



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN ESTUDIOS
MESOAMERICANOS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**LA PRESENCIA OAXAQUEÑA EN LA CIUDAD DE
TEOTIHUACÁN DURANTE EL CLÁSICO**

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN ESTUDIOS MESOAMERICANOS

PRESENTA:
VERÓNICA ORTEGA CABRERA

TUTOR PRINCIPAL

DR. BERND WALTER FEDERICO FAHMEL BEYER
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS/UNAM

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR

DRA. EDITH MARÍA DEL SOCORRO ORTÍZ DÍAZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS/UNAM

DR. LEONARDO NAUHMITL LÓPEZ LUJÁN
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

MÉXICO, D. F. JULIO DE 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Prólogo	1
Introducción	3
Planteamiento del problema	7
Objetivos	10
Estructura del trabajo	11
Capítulo 1	
1.1 El Barrio Oaxaqueño a partir de la arqueología	13
1.2 Los materiales arqueológicos	18
1.3 La construcción de la categoría "Barrio Oaxaqueño"	23
1.4 El Barrio Oaxaqueño en el imaginario urbano	27
1.5 Los barrios teotihuacanos	39
1.6 La visión urbana de barrios y vecindarios	47
- El uso de conceptos espaciales en el estudio de las concentraciones de materiales foráneos	49
- El vecindario como entidad sociológica	52
- El vecindario y la construcción de la identidad	56
- Una mirada diferente a los vecindarios en Teotihuacán	57
1.7 El estado de la cuestión	60
1.8 Hipótesis de trabajo	64
Capítulo 2	
2.1 La configuración urbana y sus posibles subdivisiones	66
2.2 Los principales ejes urbanos	67
2.3 La sección poniente de la mancha urbana	72
Capítulo 3	
3.1 Los materiales arqueológicos del vecindario <i>Tlailotlacan</i>	80
3.2 Arquitectura	84
3.3 Patrones arquitectónicos identificados	139



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

3.4 La cerámica del vecindario	158
3.5 La cerámica foránea	165
3.6 Presencia de vasijas efigie	179

Capítulo 4

Los materiales arqueológicos del cuadrante NW

4.1 Contextos arqueológicos en los conjuntos reportados en <i>Tlailotlacan</i> . .	190
4.2 Consideraciones generales del vecindario <i>Tlailotlacan</i>	277
4.3 Las otras agrupaciones de cerámica gris de manufactura local	295

Capítulo 5

La presencia oaxaqueña en la ciudad de Teotihuacán: espacio y tiempo

5.1 Las evidencias arqueológicas en el área monumental	309
5.2 De "oaxaqueños" a "oaxaqueños". Diferencias y semejanzas en la evidencia foránea	323

Capítulo 6

6.1 Discusión	330
6.2 Tiempo y cultura material	335
6.3 Resumen de las relaciones artefactuales	340
- Tlailotlacan, un vecindario con población inmigrante	344
- El Cuartel, un vecindario con diversidad cultural	354
- El vecindario de Tetitla	358
6.4 Las redes visualizadas	360
6.5 Comentarios finales	367

Bibliografía	375
---------------------------	-----

Dedicatoria

A Teotihuacán

A las personas que me dieron su tiempo, paciencia
y amor a lo largo de este proceso:

Aldo Díaz Avelar, gracias por tu guía y por compartir nuestra vida,
así como por las extraordinarias fotografías y dibujos 3D.

Antares Andrea, gracias por la luz de tu sonrisa y
tus palabras amorosas en este largo proceso.

Adhara Jimena, gracias por tu hermosa mirada
y tus constantes preguntas sobre la tesis,
siempre me impulsaste para terminarla.

Agradecimientos

A **México**, a la Universidad Nacional Autónoma de México, al Posgrado en Estudios Mesoamericanos, en especial a Elvia Castorena y Miryam Fragoso, así como a los Doctores José Alejos y María del Carmen Valverde; al CONACyT por la beca 104047, al Instituto Nacional de Antropología e Historia, por los recursos asignados al Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, particularmente a la Arqlga. Laura Pescador Cantón, quien autorizó por primera vez una partida presupuestal para la investigación en Tlailotlacan.

Mi más sincero agradecimiento a los Doctores Bernd Fahmel Beyer, Edith Ortíz Díaz y Leonardo López Luján, por haber aceptado el reto de comentar y guiar con tanta precisión este trabajo. Sus sabias observaciones son la columna vertebral de este trabajo y el impulso para profundizar sobre el estudio de las relaciones entre Oaxaca y Teotihuacán.

También a los Drs. Saburo Sugiyama y Ernesto González Licón, por la revisión al texto y sus atinados comentarios, mismos que enriquecieron la discusión final.

A mis profesores del posgrado, en especial a Michel Oudijk y Erik Velazquez, cuyos seminarios fueron siempre un faro en el camino hacia las culturas y el arte de Oaxaca.

A todos los que participaron en las diferentes temporadas del proyecto Barrio Oaxaqueño: los arqueólogos Andrés Casanova, Hussein Amador, Hugo Juárez, David Andrade, Mónica Rodríguez, Laura Bernal, Ángeles Medina, Ana Lilia Contreras, Aldo Abiú Flores, María de la Luz Escobedo, Clara Paz, Adriana Sánchez, los especialistas Mónica Gómez, Alejandro Espinosa, Jorge N. Archer, Darío Susano, a mis alumnos de la ENAH Rodolfo Esteban, Miguel Ángel Vargas, Elsa Díaz Ávila, Michael Vite, Gerardo de la Puente, Angy Díaz, Rosalinda Waybel, Xantal Rosales, a los alumnos de la UAEM Centro Universitario Tenancingo que colaboraron durante las temporadas 2008, 2009 y 2012, y a todos los trabajadores técnicos que siempre con entusiasmo colaboraron: Ángeles Espinosa, Amalia Espinosa, Edith, Freddy Espinosa y muchos otros que tendrán mi agradecimiento eterno.

A José Luis Ramírez Ramírez, jefe del Archivo Técnico del INAH, por su valioso apoyo en la consulta de informes, sus atinados comentarios y su inestimable amistad, ¡mil gracias Don Pepe!. También al Arqlgo. Miguel Ángel Cruz González, Director de la Zona Arqueológica de Monte Albán, por facilitarme las fotografías de los pisos enlajados de varios edificios de ese sitio.

A José Luis Ruvalcaba y Ángel Ramírez Luna del IIF de la UNAM, a los Drs. Raúl Valadéz y Bernardo Rodríguez del Laboratorio de arqueozoología del IIA/UNAM, por su asesoría y apoyo; al Dr. Saburo Sugiyama por los levantamientos topográficos de TL11; al Dr. Michael Spence por permitirme revisar los materiales de las ofrendas de TL6 y a la Dra. Oralia Cabrera por las facilidades prestadas para dicha consulta.

A mis compañeros de trabajo, por el aliento que me dieron estos años: Alejandro Sarabia, Claudia López, Gloria Torres, Elba Estrada, Victor Hugo Castañeda, Iris Márquez, Mary Carmen Espinosa, Juan Espinosa, especialmente a Teresa Palomares, con quien inicié la aventura de explorar el área de Tlailotlacan.

Al personal del municipio de Teotihuacán, por su valioso apoyo y la actitud colaboradora, que de manera muy entusiasta siempre demostraron, especialmente al Ing. Elio Castillo y el Ing. Arq. Jesús Vergara.

A los vecinos de la Colonia El Mirador, quienes a lo largo de los años compartieron con el proyecto Barrio Oaxaqueño las alegrías y dificultades, se asombraron con los hallazgos y se reconocieron en los restos arqueológicos, como integrantes de una comunidad que también es de inmigrantes oaxaqueños. Con especial aprecio a Don Jorge y su sobrina América, Doña Esperanza, Don Diego Patricio, Adrián y El Capitán José Romero.

Con especial reconocimiento a mi familia, mi madre Cira Cabrera y mis hermanos Martha Angélica y Victor Tomás, por su presencia, cariño y puntual sustento. A mi familia política, Lourdes Avelar e Iliana Díaz, por su afecto y alegría.

Verónica
Teotihuacán, 2014

Prólogo

El estudio de una ciudad antigua como Teotihuacán, constituye un reto intelectual que requiere de posturas transdisciplinarias, en las que se atiendan no sólo las cuestiones relativas a los artefactos que dan cuenta de las actividades humanas, sino en las que se visualicen también los aspectos sociales que pudieron integrar a las personas en comunidades.

Atendiendo al ya añejo artículo de Lewis R. Binford "Arqueología como antropología" (1962), hemos tratado de dar coherencia a los datos materiales, en una argumentación enfocada a la comprensión de los procesos culturales con los que las personas se identificaron entre sí y con otros grupos. Por tal razón, acudimos a la revisión de conceptos sociales derivados de la antropología social y la sociología, disciplinas que nos aportaron los modelos y las herramientas necesarias para definir y articular las variables que comprendieron el sistema social teotihuacano del Clásico.

Considerando que los artefactos tienen su contexto primario funcional en diferentes subsistemas operacionales del sistema cultural total (Binford, 1962: 218), optamos por visualizar algunos de esos subsistemas y los denominamos "redes". Siguiendo la idea de Binford (op.cit) se identificaron los artefactos tecnómicos, los sociotécnicos y los ideotécnicos, visualizándolos en un sistema cultural total, que les permitió fluir a través del tejido social, conformando las constantes que llegaron hasta nosotros en forma de contextos arqueológicos.

Salvo honrosas excepciones, la mayor parte de los trabajos arqueológicos emprendidos acerca del tema de la presencia oaxaqueña en Teotihuacán, se han quedado en el nivel descriptivo, donde la arqueología no interactúa con otras ramas del conocimiento más allá de los datos técnicos, físicos y químicos. La información generada tiene ahora la posibilidad de ser analizada bajo un enfoque más antropológico, con el que seamos capaces de abordar los datos materiales como referentes de un sistema social complejo, en el que los artefactos tuvieron atributos polisémicos y pudieron funcionar como marcas de contraste, pero también como elementos de coincidencia.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Los conceptos de vecindario, comunidad e identidad utilizados en la presente investigación, son una propuesta que bien podría ser enriquecida en futuros trabajos arqueológicos, pues derivan del análisis que tanto la antropología como la sociología han estado desarrollando y que hoy constituye uno de los campos más fértiles de las ciencias sociales, dadas las condiciones tan marcadas de migración campo-ciudad y de movilidad poblacional que se viven cotidianamente en México y muchos países del mundo.

El estudio de las migraciones actuales, es pues, una herramienta básica si buscamos comprender la manera en que las sociedades antiguas integraron grandes comunidades y construyeron sus referentes culturales, y en casos como el de Teotihuacán, es una oportunidad valiosa para poner a prueba los conceptos de cultura, hegemonía, diversidad de origen e incluso, de etnia.

Introducción

Teotihuacán, la gran urbe del Clásico en el altiplano central mesoamericano, fue sede de una de las sociedades más complejas e influyentes de la historia prehispánica. Sus restos arqueológicos han mostrado evidencias que llevan a considerar un componente multiétnico en su población, reflejado tanto en el ámbito público como en el doméstico, en diversas escalas y proporciones, pero haciendo siempre patente la interacción existente entre la ciudad y el territorio circundante, tanto a nivel periférico como a grandes distancias.

Es una idea generalizada considerar al factor multiétnico como un elemento que favoreció en gran medida la expansión del gobierno teotihuacano, prácticamente a todos los confines de Mesoamérica, a través de los contactos comerciales, religiosos, económicos, políticos, entre otros tantos cuya naturaleza aún no ha podido ser interpretada en el registro arqueológico. Ahora se sabe que Teotihuacán mantenía relaciones directas con la región oaxaqueña, así como con sociedades originarias de la costa del Golfo de México, las tierras bajas mayas, Guerrero y el territorio del Occidente y Bajío de México (Zacatecas, Michoacán, Guanajuato, Querétaro), lo que demuestra la comunicación existente entre las diversas regiones culturales y la centralización de ciertas actividades en el espacio urbano que albergó a la sociedad teotihuacana (Rattray, 1987, 1990; Cabrera, 1998; Clayton, 2005).

Lo anterior no resulta extraño en el paisaje social de Mesoamérica, en el que se observa prácticamente desde la prehistoria, una movilidad constante de los grupos humanos que, por diversas razones, fluyen a través del territorio en busca de recursos para la subsistencia, de mejores condiciones de vida, de paisajes míticos que refuerzan su identidad, entre muchas otras causas que podrán irse registrando con el desarrollo de la arqueología.

Existen evidencias materiales de los intercambios de materias, bienes e ideas que se llevaban a cabo desde el Preclásico (Braniff, 1995; Fahmel, 1995) entre las diversas regiones geográficas, intercambios que tuvieron una continuidad histórica y que fueron controlados por los diversos centros de poder que se desarrollaron en las etapas



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

subsecuentes, a través de múltiples redes de interacción que permitieron el auge, decadencia y abandono de pueblos, ciudades y circuitos de intercambio.

En este contexto, a principios del primer milenio de nuestra era, surgió en el centro de México un asentamiento urbano en el que se concentra un buen número de actividades relacionadas con las esferas productivas, de intercambio, políticas, religiosas, entre otras, que aglutina a una población numerosa y diversa, y que con el tiempo llega a consolidar un poderío que rebasa las fronteras de la propia urbe para establecer parámetros culturales de largo alcance en el tiempo y el espacio: Teotihuacán.

En el altiplano central mexicano, Teotihuacán fue el fenómeno social que marcó el período Clásico, como "... el primer momento de integración cultural macrorregional y de establecimiento de una tradición compartida..." (Manzanilla, 1995: 139), rasgos que podremos apreciar en diferentes aspectos y escalas tanto al interior como en el área externa a la ciudad.

Prácticamente desde sus primeras exploraciones, los restos de la antigua ciudad de Teotihuacán, han sido considerados como una de las manifestaciones más sólidas de aquellas sociedades a las que actualmente llamamos "complejas", predominando la concepción de que se trata de un estado mesoamericano, que desarrolló procesos de integración que tuvieron una fuerte influencia al interior de la urbe y en sus diversas esferas de interacción a nivel regional e inter-regional.

La información arqueológica de la que se han valido diversos autores desde la elaboración del Plano Arqueológico y Topográfico de la Antigua Ciudad de Teotihuacán (Millon *et al.*, 1973), para desarrollar modelos de integración urbana (Millon, 1966; Altschul, 1987; Manzanilla, 1993), se remite a la distribución de los conjuntos arquitectónicos registrados en dicho plano, y a la información recabada en aquellos que han sido explorados en el centro y periferia del área monumental, quedando sujetas a comprobación gran parte de las hipótesis rectoras construidas por Millon y su equipo (1966), acerca de los mecanismos utilizados por el gobierno teotihuacano para aglutinar una población tan numerosa y organizar las dinámicas de producción, distribución y consumo de alimentos y bienes. Entre los principales planteamientos a demostrar encontramos la existencia y funcionamiento del Gran Conjunto como complejo administrativo y económico, la división de la ciudad en barrios o vecindarios, la traza primigenia en cuatro grandes cuadrantes, entre otros.

Además de lo anterior, las colecciones de material cerámico, proveniente de los recorridos de superficie del *Teotihuacan Mapping Project* (TMP en adelante), proporcionaron una visión general de la distribución de los principales tipos cerámicos en

la superficie del asentamiento prehispánico y pusieron en evidencia la concentración en áreas definidas, de ciertos materiales que hacían referencia a grupos foráneos que compartían el espacio urbano.

La presencia de material cerámico oaxaqueño en Teotihuacán, confirmó las relaciones entre la gran urbe del altiplano y las sociedades que habitaron los valles centrales de Oaxaca, pues desde las excavaciones coordinadas por Alfonso Caso en la primera mitad de siglo XX en Monte Albán, se había identificado un vínculo entre ambas regiones, a través de la presencia de cerámica teotihuacana en la capital zapoteca, principalmente en el período Monte Albán transición II-III A, la cual se incrementó en el período III A (Caso *et al.*, 1967).

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en Monte Albán, los materiales foráneos en Teotihuacán indicaban una serie de actividades que trascendían el ámbito de los intercambios comerciales y/o políticos, principalmente por la identificación de cerámica gris, que compartía las formas características de los valles centrales oaxaqueños, pero que había sido manufacturada con arcilla teotihuacana. La existencia además de formas cerámicas de pasta gris, de uso común, como son los cajetes cónicos y los apaxtles, mostraron un panorama en el que se desarrollaban actividades cotidianas que incluían el uso de un utillaje cerámico adscrito a costumbres diferentes a las que se observaban en los conjuntos "típicos" teotihuacanos (Millon, 1967: 43; Rattray, 1993: 82).

Adicionalmente, estos descubrimientos pusieron sobre la mesa un problema de correlación cronológica respecto de las temporalidades asignadas a cada cultura, ya que desde las primeras investigaciones de Millon (1973) y Paddock (1983) en la década de los años sesenta, se observó un desfase entre la cerámica de ambas regiones, pues todo apuntaba a que en los mismos niveles estratigráficos coexistían tipos cerámicos de fases muy tempranas para Monte Albán (M.A. I y II 100 a. C. a 250 d. C., según la tipología de Caso *et al.*, 1967) con tipos teotihuacanos de fases más bien tardías (Tlamimilolpan Tardío - Metepec 350 a 600 d. C., de acuerdo con la tipología de Rattray, 2001), lo que dió lugar a una serie de interpretaciones acerca de la duración y naturaleza de la ocupación foránea (Millon, 1973; Paddock, 1983; Rattray, 1987, 1993 y Spence, 1996), los procesos de cambio y aculturación que sufren los grupos de migrantes (Spence, 2002, 2004; Rattray, 1997), así como las dinámicas de cambio o continuidad que pueden darse en los complejos artefactuales debido a las interacciones culturales (Gibbs, 2001).

A partir de entonces, la presencia oaxaqueña en Teotihuacán fue abordada principalmente bajo el enfoque de una sociedad estatal organizada en niveles jerárquicos, que incluían al **barrio** como una categoría política, económica, corporativa e

incluso étnica, que permitía la adscripción de grupos que no necesariamente compartían las mismas tradiciones culturales del resto de los habitantes de la ciudad, pero que participaban de manera activa en las redes sociales que se tejían en el escenario urbano.¹

En Teotihuacán el ejemplo más notable del uso de la categoría de barrio como unidad de identidad étnica y de oficio es el de los barrios oaxaqueño (*Tlailotlacan*) y de los comerciantes (*Xocotitla*). De acuerdo con Rattray (1987: 244) ambos barrios estuvieron habitados por grupos étnicos llegados de regiones lejanas al altiplano central, quienes mantuvieron sus tradiciones culturales aún viviendo en la ciudad.

La misma autora afirma que el barrio oaxaqueño "*quedó como un barrio étnico hasta la caída de Teotihuacán*", debido a las asociaciones de materiales teotihuacanos que permitían observar una continuidad de la presencia oaxaqueña en las diversas fases cronológicas de la ciudad; mientras que el barrio de los comerciantes fue habitado por extranjeros (venidos del SE de México, principalmente) y "*... para reforzar la hipótesis de un barrio foráneo se cuenta con la excelente evidencia de la continuidad de la colonia a través de un período de tiempo, con cambios definidos en los patrones de filiaciones foráneas y la introducción de materiales externos a través del tiempo*" (*ídem*: 261).

Las evidencias arqueológicas consideradas para definir los barrios étnicos, más allá de la cerámica, incluyeron las costumbres funerarias, la fabricación local de utilaje propio de sus regiones de origen, el mantenimiento de rituales específicos (Millon, 1973 Parte 1: 42; Spence, 1999, 2002) y la construcción de espacios arquitectónicos ajenos a los estándares teotihuacanos².

De esta forma se denominó Barrio Oaxaqueño a una superficie de aproximadamente 25,000 m², en la que se incluían por lo menos 14 conjuntos arquitectónicos, de los cuales hasta el año 2002 se habían explorado parcialmente 6 de ellos.

¹ En el apartado 1.7 (estado de la cuestión) de este trabajo, se fijará una postura respecto del concepto de Barrio, derivada del análisis que se hace.

² En el caso del barrio de los comerciantes se identificaron construcciones de planta circular, las cuales son completamente ajenas al diseño estándar de los conjuntos habitacionales teotihuacanos, mientras que en el Barrio Oaxaqueño las tumbas o recintos funerarios constituían espacios arquitectónicos similares a aquellos localizados en Oaxaca y hasta el momento sólo se han encontrado en este sector urbano, asociadas a la ocupación foránea.

Planteamiento del problema

Las investigaciones subsecuentes a las de Millon y su equipo se enfocaron principalmente en el estudio de las tipologías cerámicas y su cronología (Rattray, 1979, 1979a, 1993; Spence, 1998; Gibbs, 2001; Roldán, 2004 y 2010), los patrones culturales (Spence, 1989a, 1989b, 1999, 2002) y las identidades étnicas (Spence, 2004, 2005; Mahoney, 2004; Palomares, 2006a; Croissier, 2007). Todas y cada una de ellas se circunscribieron al área denominada Barrio Oaxaqueño, localizada en los sectores N1W6 y N2W6 del plano arqueológico de la ciudad, sin establecer relaciones con las otras áreas con presencia de cerámica oaxaqueña de manufactura local, reconocidas por Rattray en 1993 (*op. cit.*: 8-9).

Lo anterior permitió seguir reproduciendo la premisa de que el barrio oaxaqueño era un espacio urbano bien delimitado, en el que se había facilitado la combinación de dos culturas muy diferentes (zapoteca y teotihuacana), que coexistieron pacíficamente, en donde el estado teotihuacano toleró un enclave étnico y le permitió mantener sus costumbres extranjeras e identidad propia por 300 o 400 años (Rattray, 1993: 82; Spence, 2002, 2004; Spence y Gamboa, 1998). De esta forma incluso hubo investigadores que asignaron un gentilicio a los habitantes de este sector de la ciudad, al llamarlos *tlailotlacanos*, asumiendo una hibridación de patrones culturales, que manifestaba el mestizaje al que se había llegado al convivir en dicho ambiente urbano (Spence, 1999, 2002, 2004; Croissier, 2007).

Y la cuestión se aceptó sin mayores controversias, pero cuando observamos más detalladamente los datos que nos aportó Rattray (1993), surgen por lo menos los siguientes cuestionamientos: ¿hay solamente un barrio oaxaqueño o podemos hablar al menos de tres?, ¿son contemporáneos?, ¿habrá alguna diferencia jerárquica entre ellos?, de la misma forma ¿por qué la mayor cantidad de material oaxaqueño y las tres concentraciones de cerámica oaxaqueña de manufactura local se localizan en el cuadrante NW del asentamiento urbano y se asocian directamente con la avenida



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

oeste?, ¿cómo se relacionaron con el resto de las construcciones ubicadas en dicho cuadrante?

Podemos ver entonces que el problema de la presencia oaxaqueña va más allá de la presentación de rasgos foráneos en un sector urbano; es ante todo una cuestión de integración social, que tiene que ver con la historia misma de la ciudad y los procesos de conformación social que se gestaron en el cuadrante NW del asentamiento, los cuales parecen no haberse manifestado de la misma manera en el resto de la ciudad.

En consecuencia considero importante integrar y relacionar los datos arqueológicos recabados en los últimos años en dicho cuadrante, enfatizando los patrones culturales que manifiestan esta presencia foránea (oaxaqueña) y la forma en que se relacionan con los grandes eventos constructivos y de planeación que se dieron en el área monumental de la urbe. En este sentido considero que la información reportada por los salvamentos arqueológicos efectuados en las últimas décadas en el cuadrante NW, puede auxiliarnos en la construcción de un panorama general del mismo.

Por otro lado, en las últimas décadas se ha registrado evidencia arqueológica de una conformación cultural más diversa de los habitantes que ocuparon los conjuntos arquitectónicos del llamado barrio oaxaqueño, a través del hallazgo de cerámica del Occidente de México y posibles patrones funerarios relacionados con dicha región (Gómez, 2002). Esta información debe ser tomada en cuenta para entender los ámbitos de acción de las personas relacionadas con los materiales oaxaqueños, ya que podrían estar indicando algunas de las complejas redes de interacción e intercambio en que participaron dichos grupos, las cuales seguramente contribuyeron al fortalecimiento del estrato gubernamental teotihuacano.

Finalmente, el entendimiento más amplio del área conocida como barrio oaxaqueño, a través de nuevas exploraciones arqueológicas, aportaría datos específicos acerca de la planeación, conformación, desarrollo e integración de este sector urbano, para poder relacionarlo con las dinámicas urbanas que tuvieron lugar en el cuadrante NW de la ciudad.

En síntesis, este trabajo abordará el asunto de la presencia oaxaqueña en Teotihuacán durante el clásico a partir de 3 niveles:

- 1) La información arqueológica de los conjuntos explorados en los sectores N2W6 y N1W6 del plano arqueológico de la antigua ciudad. El objetivo es comprender la dinámica interna del área a la que se ha denominado barrio oaxaqueño.

- 2) La información arqueológica pertinente, registrada en el cuadrante NW de la ciudad. Con el objetivo de relacionar los otros sectores identificados como áreas homólogas al barrio oaxaqueño.
- 3) Los datos publicados relacionados con la presencia oaxaqueña en el resto del asentamiento prehispánico. Con el objetivo de encontrar patrones que nos permitan discernir el impacto de los grupos foráneos en la sociedad teotihuacana en general.

Bajo este esquema pretendo obtener una imagen más integral del fenómeno oaxaqueño en Teotihuacán, lo que permitirá generar nuevas líneas de investigación en torno a los grupos de teotihuacanos y oaxaqueños en el área periférica a la ciudad; contribuyendo así a una mejor comprensión de los procesos sociales que dejaron como evidencia una asociación artefactual de ambas regiones, en sitios arqueológicos integrados principalmente a la esfera de interacción teotihuacana.

Objetivos

Desde el punto de vista metodológico, resulta fundamental organizar la información empírica en niveles de análisis que parten de la unidad mínima del registro arqueológico (área de actividad) hasta el asentamiento urbano; en un procedimiento inductivo-deductivo, basado en niveles de integración de los datos, que nos permita identificar patrones en las asociaciones artefactuales, arquitectónicas y urbanas, para discernir acerca de la población relacionada con los materiales foráneos, específicamente los oaxaqueños.

Lo anterior nos dará oportunidad de visualizar el fenómeno a una escala más amplia, pero con el detalle de las áreas específicas que han sido exploradas más recientemente y con la información que se ha generado en los últimos años, tanto en los valles centrales de Oaxaca como en los corredores geográficos y culturales que conectan aquella región con el altiplano central.

De esta forma identificamos tres objetivos en la presente investigación:

- Comprender los diferentes niveles de interacción de los grupos relacionados con la cultura zapoteca, en la sociedad teotihuacana, a partir de los rasgos diferenciales observables en el registro arqueológico.
- Establecer, de manera general, a partir de cuándo podemos hablar de esa presencia oaxaqueña en la ciudad y hasta que período, de acuerdo con los datos que nos proporcionen los materiales arqueológicos.
- Desarrollar una propuesta explicativa de la presencia de dicho grupo foráneo en la ciudad.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Estructura del trabajo

Partiremos de una revisión histórica de la manera en que se ha abordado la presencia de materiales foráneos en Teotihuacán, con el objetivo de comprender cuáles han sido los planteamientos teóricos desde los que se ha conceptualizado la presencia oaxaqueña, y cómo se han definido los indicadores arqueológicos de la misma.

Analizaremos los modelos de integración urbana desarrollados para la ciudad de Teotihuacán, a partir de la definición del asentamiento y sus posibles subdivisiones, abordando el concepto de barrio y su aplicación al fenómeno de la presencia de agentes foráneos en la urbe. Posteriormente revisaremos la pertinencia del uso de la categoría “vecindario”³ como una alternativa para explicar los procesos de interacción así como de caracterización de aquellas secciones urbanas en las que existe evidencia de patrones culturales foráneos.

Una vez establecidos los parámetros de estudio, se desglosará la información empírica, en primera instancia de lo general a lo particular, para mostrar en qué sectores de la ciudad se presenta con mayor frecuencia el material arqueológico oaxaqueño.

Posteriormente integraremos toda la información arqueológica disponible, relacionada con el área conocida como barrio oaxaqueño, exponiendo los resultados de los análisis arquitectónicos y de materiales arqueológicos, con lo que dispondremos de referentes directos para ubicar la ocupación en espacio y tiempo. Contando ya con dicha información procederemos a exponer en el siguiente capítulo, la información proveniente del cuadrante NW, con lo que pondremos a prueba el concepto de vecindario.

Finalmente haremos un recuento de los elementos oaxaqueños que se han identificado en el área monumental de Teotihuacán y sus implicaciones tanto a nivel espacial como cronológico. Una vez presentados los diferentes niveles de análisis, se

³ “vecindario” es un término derivado de una posición urbano empírica desarrollada por Michael Smith y aplicada a ciudades antiguas, principalmente a las mesoamericanas (ver Smith, 2011).



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

procederá a discutir los posibles ámbitos de acción de los grupos sociales relacionados con los materiales oaxaqueños, tanto al interior como en el área periférica de la ciudad.

Capítulo 1

1.1 El Barrio Oaxaqueño a partir de la arqueología

En este capítulo abordaremos la cuestión de la presencia de una serie de rasgos arqueológicos, que salen del patrón general de los que conocemos como lo "teotihuacano" y a partir de los cuales los arqueólogos abocados al estudio de la ciudad prehispánica han abordado el tema de la diversidad social, como uno de los principios generales en la constitución de esta sociedad urbana.

Dichos rasgos o materiales arqueológicos muestran relaciones tecnológicas, estilísticas y simbólicas con elementos que caracterizan principalmente a las sociedades que habitaron el actual estado de Oaxaca. Aunque dichas relaciones son innegables dadas las similitudes en los rasgos e incluso la comprobación de que muchos de los materiales arqueológicos realmente proceden de dicha área (Paddock, 1983; Rattray, 1979, 1993; Croissier, 2007; Urcid, 2003), es importante analizar con mayor detenimiento cada uno de ellos para entender de manera más integral la forma en la que se ha construido el discurso de las presencias foráneas en una ciudad considerada cosmopolita.

La década de los años sesenta del siglo pasado fue testigo del desarrollo de la arqueología de patrones de asentamiento en el territorio mesoamericano. El patrón de asentamiento —como un recurso metodológico empleado por la arqueología—, puede ser definido como la manera en la cual los hombres dispusieron del medio ambiente en que vivieron, a través del arreglo y composición de sus viviendas y otros edificios en relación a la comunidad (Willey, 1953: 1).

Una de las contribuciones de este enfoque fue la re-conceptualización de las unidades analíticas de la arqueología, dada la necesidad de niveles de estudio que superaran los artefactos aislados; dichos niveles funcionarían además como enunciados observacionales que permitirían identificar el contenido social de las distribuciones y



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

asociaciones que el arqueólogo observa empíricamente (Trigger, 1972; Flannery, 1976: 5-6).

De esta forma la unidad espacial y analítica mínima con contenido social dentro del registro arqueológico es el área de actividad que, al reflejar acciones particulares repetidas (de carácter social y con un trasfondo funcional específico), se identifica arqueológicamente como una asociación y concentración de artefactos y desechos en superficies y volúmenes determinados, cuya organización interna es resultado de dichas actividades sociales (Flannery, 1976: 5-6; López, 1990: 102). Las áreas de actividad se realizan en localidades específicas; generalmente están delimitadas o incluidas en elementos constructivos, por lo cual poseen límites espaciales definidos. Esta característica permite asociarlas a una unidad analítica mayor que funciona como referencia observacional para inferir actividades de carácter social: la unidad doméstica. Este concepto representa el correlato arqueológico del grupo doméstico y es inferido mediante la interpretación de patrones espaciales y áreas de actividad de dichos grupos (Manzanilla, 1986).

La unidad residencial, por su parte, aparece en asentamientos nucleados donde la densidad de población es alta. Se compone de residencias que pueden variar desde simples cuartos hasta grandes complejos de cuartos, comúnmente ocupados por grupos domésticos de considerable tamaño.

Por encima de la unidad doméstica y su organización espacial, así como de las estructuras con funciones especializadas, encontramos el barrio, como unidad de análisis que aglutina las actividades comunales, tanto productivas como administrativas. La división entre barrios puede ser observada precisamente en las actividades desempeñadas, ya que la especialización artesanal o las ceremonias específicas distinguen a los distritos residenciales entre sí (Flannery, 1976 b).

La siguiente unidad analítica es el sitio, que implica el estudio de factores como la extensión del asentamiento en cada período de ocupación, la orientación de las estructuras, la formalización de las zonas internas, la definición de las áreas de función, la variabilidad y complejidad al interior del mismo, entre otros.

Finalmente el nivel regional considera la distribución de asentamientos en función al aprovechamiento y explotación diferencial de recursos en una región geográfica, así como las relaciones económicas y políticas entre sitios, que en el caso de las sociedades complejas tienden a mostrarse como una jerarquía administrativa.

En este contexto y bajo el enfoque de la arqueología de patrones de asentamiento, es como se plantean y desarrollan los trabajos de recorrido de superficie del *Teotihuacan Mapping Project*, encabezados por René Millon en la década de los años sesenta del siglo pasado, que recabaron por primera vez información que permitiría construir propuestas acerca de la configuración, organización y desarrollo de lo que hoy conocemos como la Ciudad Antigua de Teotihuacán. Los materiales arqueológicos recolectados en superficie así como los análisis fotogramétricos y topográficos, permitieron definir los límites del asentamiento y aportaron las bases para construir una propuesta de los principales componentes urbanos, su morfología y ubicación espacial.

Los primeros resultados mostraron un asentamiento urbano nucleado que abarcaba una superficie superior a los 20 km², compuesto por aproximadamente 2,600 estructuras construidas con piedra (Millon, 1973, Parte 1: 27). Con esta visión global de la urbe, René Millon y su equipo presentaron en 1966 importantes planteamientos en torno a elementos urbanos antes desconocidos, como la extensión misma de la ciudad, la existencia de la avenida este-oeste, que cruzaría perpendicularmente a la Calzada de los Muertos en el punto conocido como “La Ciudadela” y el “Gran Conjunto” —dividiendo a la ciudad en cuatro grandes sectores—; la presencia de grandes muros al oeste y norte de la Pirámide la Luna, la canalización de escurrimientos de agua dentro de la ciudad, la orientación de todas las calles y estructuras de acuerdo con aquella que guarda la Calzada de los Muertos, entre muchos otros (Drewitt, 1966: 80-88). Toda esta información consolidó la idea de la existencia de un “estado teotihuacano”, cuyo principal indicador arqueológico era precisamente la ciudad.

La comprensión del asentamiento teotihuacano como un fenómeno urbano a gran escala, marcó el inicio de una nueva etapa en la arqueología del centro de México, pues permitió el desarrollo de líneas de investigación en las que la organización urbana fue tomada como indicador arqueológico de la complejidad social, la organización política, la economía, entre muchos otros temas que se relacionan con la presencia del Estado como fenómeno sociopolítico.

Basándose en las concepciones urbanas de Paul Wheatley —quien sostiene que la ciudad fue el principio organizativo del estado—, Millon estableció una diferenciación entre ciudad y estado (1981: 215), considerando a la primera como “el lugar físico del poder del estado, es una comunidad grande o pequeña, un centro de actividad social, religiosa y cultural”, mientras que el estado es “el foco de la estratificación, el control sobre la gente y los recursos y donde la centralización de la autoridad mantiene el control

a través de las instituciones políticas" (*ibídem*). Paralelamente elaboró una serie de hipótesis rectoras sobre el funcionamiento del estado teotihuacano y su articulación con la ciudad, considerando a esta última como una manifestación del poder y control que el estado ejercía sobre la población.

Una de esas hipótesis establecía que la ciudad estuvo dividida en "barrios" o "vecindarios", agrupaciones de conjuntos arquitectónicos en los que se llevaban a cabo diversas actividades: domésticas, productivas, administrativas y religiosas, a manera de células urbanas en las que interactuaban intensamente la vida social y las funciones del estado (ver Millon, 1973 Parte 1: 40, 1974, 1976); su principal elemento de cohesión e identidad era el ritual, que debió llevarse a cabo en los templos más prominentes, llamados por él "templos de barrio" (*ibídem*).

Los barrios eran el eslabón corporativo entre la gente común y los gobernantes (Millon, 1966: 151), ya que en ellos se reproducían las relaciones sociales entre grupos de parentesco y de oficio, dentro de conjuntos arquitectónicos multifamiliares en los que los grupos de familia interactuaban estrechamente y compartían actividades productivas⁴.

Esta integración a nivel de barrio o vecindario manifestó además una característica que no había sido considerada con anterioridad: la posible existencia de grupos de extranjeros que residían en la ciudad, en espacios urbanos específicos, de acuerdo con las concentraciones de cerámicas foráneas registradas en el mapeo general. Se definieron entonces dos barrios "étnicos"⁵ a saber: el barrio oaxaqueño y el barrio de los comerciantes.

Bajo esta perspectiva, por primera vez en la historia de la arqueología de Teotihuacán se utiliza el término de "Barrio oaxaqueño", para referirse a un área en la parte oeste de la ciudad antigua, que posiblemente fue habitada por personas procedentes del actual estado de Oaxaca.

⁴ Partiendo de la distribución de los conjuntos arquitectónicos registrados, diversos autores (Millon, 1966; Altschul, 1987; Manzanilla, 1993) han desarrollado modelos de integración urbana, estructurados en niveles de autoridad y poder, que parten de la unidad mínima de registro arqueológico (área de actividad) y en forma ascendente van manifestando una complejización espacial y social, que en cierta medida refleja jerarquización al interior de la unidad urbana, a partir de los niveles del conjunto arquitectónico, el barrio, el distrito y la ciudad.

⁵ El uso del concepto "étnico" sobresale en la literatura arqueológica de Teotihuacán principalmente en las publicaciones de Evelyn Rattray (1979, 1987, 1992) y Michael Spence (1989 a, b y c, 1996, 2004, 2005), quienes establecen que la identidad étnica puede determinarse a partir del complejo cerámico, las tradiciones funerarias, los rituales religiosos y la afinidad biológica, elementos que reflejan la cohesión comunitaria.

A este respecto sólo Michael Spence especifica su inclinación hacia los modelos de la antropología estructuralista, al retomar modelos de etnicidad propuestos por Abner Cohen, Pierre Bordieu y Fredrik Barth, por lo que en sus publicaciones utiliza como niveles de análisis el "habitus" de Bordieu, y los procesos de aculturación propuestos por Cohen.

De acuerdo con René Millon: "La primera evidencia de esto fue una concentración de cerámicas finas de Oaxaca en nuestras colecciones de superficie ..." (1973, vol 1: 41, traducción mía), pero cuando John Paddock revisó los materiales, observó que además de las cerámicas finas había una buena cantidad de vasijas domésticas utilitarias, a partir de las cuales comenzó a configurarse la idea del barrio habitado por inmigrantes, ya que las excavaciones arqueológicas inmediatas en el conjunto arquitectónico 7:N1W6 (Millon, 1973 Parte 1; Paddock, 1983), revelaron la presencia de tumbas de estilo oaxaqueño, con individuos enterrados en posición decúbito dorsal extendido y ofrendas en las que se incluyeron urnas o vasos efigie, con representaciones de dioses propios de la región de los valles centrales de Oaxaca (Millon, 1973 Parte 1; Paddock, 1983 y Rattray, 1993).

Así dio comienzo un interesante debate y se abrió una línea de investigación novedosa en la arqueología teotihuacana, en torno a las relaciones externas del gobierno y la aceptación de grupos de "extranjeros" que se integraban a la sociedad urbana, involucrando modelos de organización sociopolítica, en los que el concepto de barrio pasó a formar parte del lenguaje común al momento de construir explicaciones en torno a la integración social en el núcleo urbano.

Sin embargo si hacemos una revisión detallada de los indicadores arqueológicos utilizados para argumentar la presencia del barrio oaxaqueño, podremos observar algunas limitaciones del modelo interpretativo, así como también otras alternativas de análisis, como expondremos más adelante.

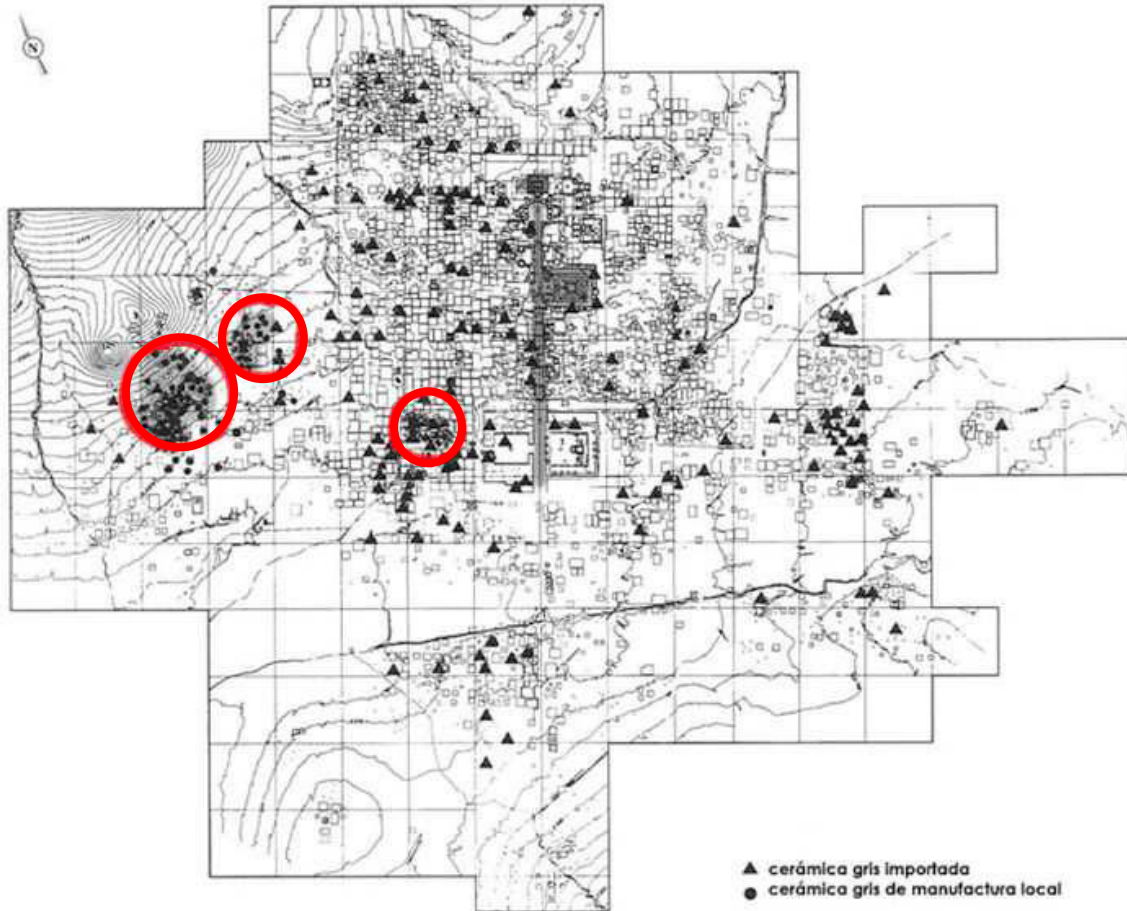
1.2 Los materiales arqueológicos

Los resultados del análisis de la cerámica de superficie recolectada por el *Teotihuacan Mapping Project*, permitieron realizar un mapa de distribución de la cerámica gris en la ciudad (Rattray, 1987: 252-253), el cual muestra una presencia amplia —prácticamente en todos los sectores urbanos— de la cerámica gris importada, así como tres concentraciones claras de cerámica gris de manufactura local en el cuadrante noroeste de la ciudad, la primera de ellas localizada en el sector N1W2 justo al poniente del Gran Conjunto y en las inmediaciones de la avenida Oeste, la segunda en los sectores N2W5-N3W5, y la tercera y más abundante en los sectores N1W6-N2W6. A la fecha sólo se han llevado a cabo investigaciones arqueológicas en el tercer agrupamiento urbano, que corresponde a lo que ahora conocemos como “Barrio Oaxaqueño” o *Tlailotlacan*, mientras que en las otras dos hay algunas exploraciones de salvamento con las que podremos establecer algunas asociaciones cronológicas⁶.

Resulta interesante además de sugerente que dichas concentraciones se encuentren justo al norte de la Avenida Oeste, formando un trazo que se dirige hacia el Gran Conjunto por uno de los principales ejes rectores de la urbe, y que en cada uno de ellos pudieran estar ubicados talleres en los que se imitaban las tecnologías y formas de la cerámica gris, por lo que es muy posible que haya más de un “barrio oaxaqueño” en la ciudad, si entendemos este término como un sector urbano habitado en cierta proporción por gente que se relacionó de una manera más directa y continua con aquella región, por lo que quedó evidencia de dicho vínculo en el registro material.

Por otro lado si observamos el mapa de distribución con más detalle, podemos notar que en la sección al oeste de la Calzada de los Muertos es donde encontramos mayor presencia de cerámica gris importada, a diferencia de lo que sucede en la sección oriente. Por supuesto que debemos tomar estos datos con las reservas necesarias, pues se trata de materiales de superficie.

⁶ De estos trabajos sobresale el salvamento realizado en el conjunto conocido como *Totometla* (Juárez Osnaya, 2006), a escasos 300 m al sur de *Tetitla*, en el área cercana al Gran Conjunto. En este sitio se registraron tiestos de cerámica gris, así como elementos arquitectónicos semejantes a los que son comunes en el “Barrio Oaxaqueño” (*op.cit.*: 109 y 167).



Distribución de cerámica gris de estilo zapoteca en el plano de la antigua ciudad de Teotihuacán (Tomado de Rattray, 1987: 252 y modificado por Ortega 2011). Se observan las tres concentraciones de las que hemos hablado.

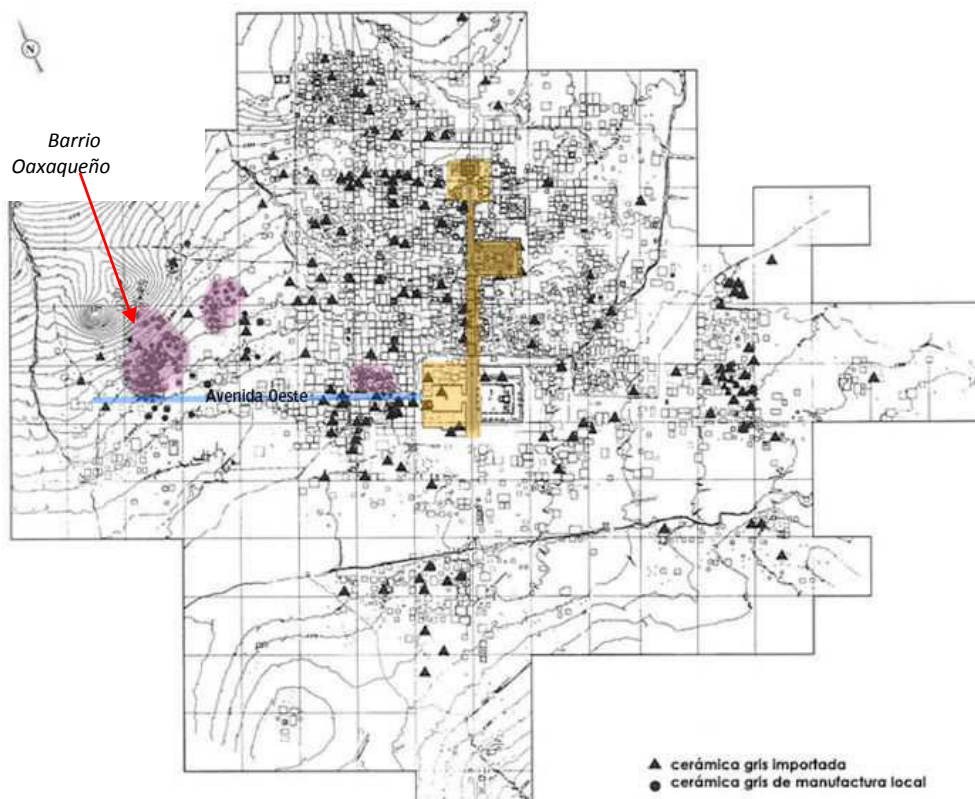
Particularmente es en el cuadrante NW del mapa arqueológico donde se observa una abundante presencia de cerámica gris, y es justo donde se ubican las tres concentraciones de esta cerámica de manufactura local detectadas por el equipo de René Millon, dato que debe ser considerado para comprender los niveles de integración de los grupos que utilizaban dichas cerámicas, con el resto de la ciudad. Ya en 1973 René Millon observaba que el cuadrante NW era por mucho el área urbana con mayor cantidad de construcciones y probablemente el más poblado, por lo que debía ser en el que se encontrara la mayor concentración de trabajadores especializados (Millon, 1973: 38).

La manufactura local de cerámica gris y de formas oaxaqueñas en Teotihuacán nos muestra la importancia que tuvo para cierto (s) grupo (s) social (es) el mantener en uso un utillaje específico, aunque a la fecha no quedan claras las razones por las que se elaboraron piezas cerámicas imitando las características físicas de un complejo cerámico foráneo, de larga tradición pero ajeno a los estándares predominantes en la urbe del altiplano central.⁷ En este sentido es importante mencionar que dentro de las imitaciones sobresalen las realizadas a los tipos G21, G12, cajetes zoomorfos y urnas o vasos efigie de la tipología cerámica de Monte Albán (Caso *et al.*, 1967), con formas que abarcan ámbitos de la vida doméstica, ritual y posiblemente artesanal y comercial (Spence, 2004:112).

Los análisis de materiales principalmente del conjunto 6:N1W6 han permitido saber que esta manufactura local tuvo lugar prácticamente desde el año 200 d.C. hasta la fase Metepec (600 d.C.), sin variaciones notables en las formas de cada grupo ni en el modo de fabricación (Gibbs, 2001), lo que representa una continuidad poco común que bien vale la pena revisar con datos de las excavaciones más recientes.

De la misma manera es muy interesante observar la amplia distribución de cerámica gris importada en la ciudad de Teotihuacán y su presencia como objeto funerario en entierros considerados como típicos teotihuacanos, así como en áreas domésticas en las que no queda muy clara su asociación. En este sentido la cerámica de superficie parece indicar que la presencia oaxaqueña fue mucho más común de lo que se piensa y que este grupo se integró más allá de lo que las evidencias registradas marcan, ya que sus ámbitos de acción rebasan los límites de un sector urbano y de una actividad determinada, haciendo patente su bagaje cultural aún fuera de los conjuntos arquitectónicos en que se ha registrado de manera directa su residencia. De hecho este último punto refuerza la idea de una integración amplia, pues las actividades a las que estuvieron adscritos, demandaron su permanencia continua por al menos 350 años en la ciudad y su área periférica.

⁷ Michael Spence ha discutido ampliamente acerca de la imitación de formas oaxaqueñas, argumentando que ese es uno de los rasgos arqueológicos que mejor nos hablan de la conservación de una identidad étnica por parte de los habitantes de *Tlailotlacan* (Spence, 1993, 2002, 2004, 2005).



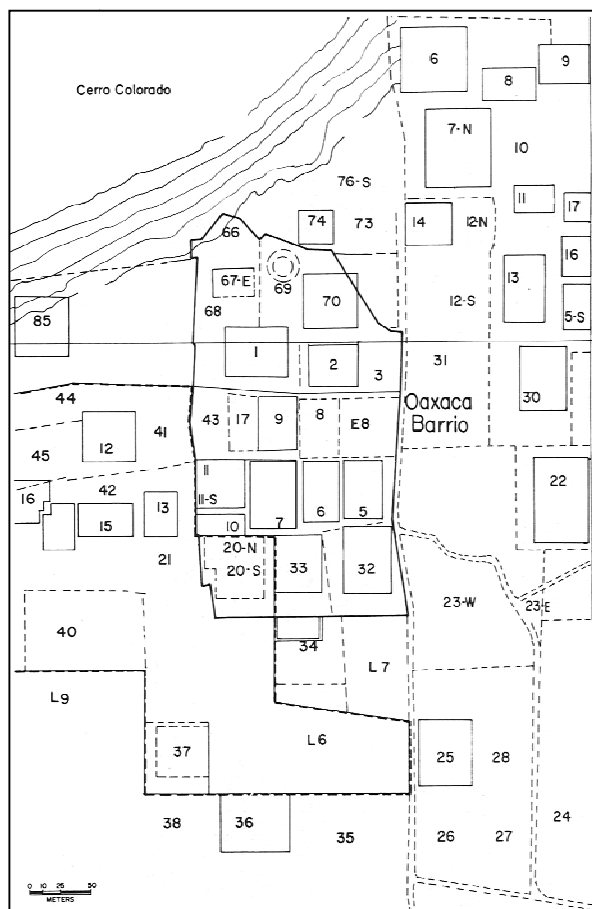
Ubicación del Barrio oaxaqueño y las otras dos agrupaciones de cerámica oaxaqueña, en el cuadrante NW del mapa arqueológico de la ciudad. Se observa una mayor concentración de cerámica gris respecto de los otros 3 cuadrantes. En color amarillo se ha resaltado la Calzada de los Muertos y el área monumental de la ciudad (Tomado de Rattray, 1993: 8-9, con modificaciones mías).

Lo anterior nos permite plantear aunque de manera muy general, un ámbito de acción más amplia para los grupos con tradiciones oaxaqueñas presentes tanto al interior de la urbe como en la zona metropolitana de Teotihuacán⁸, espacio que no ha sido abordado de manera sistemática pero que constituye una veta muy rica para la investigación de las interacciones inter regionales en el Clásico.

En particular considero que se hace necesaria una revisión de las dinámicas urbanas que se dieron lugar en el cuadrante NW de la ciudad, con el objetivo de contextualizar las tres concentraciones de cerámica gris, dejando de lado los límites establecidos con anterioridad, los cuales marcaron de manera arbitraria el ámbito de

⁸ René Millon (1972: 329-337) considera que el área urbana de Teotihuacán comprende la ciudad misma mientras que el área “metropolitana” u “orbito teotihuacano” incluye gran parte del Valle de Puebla y la región de Huapalcalco y Tepeapulco en el Estado de Hidalgo. Anteriormente Ignacio Bernal (1965) ya establecía correlaciones culturales en torno a la integración política por parte de Teotihuacán y definía la “ciudad metropolitana” y la circundante “zona metropolitana” que incluía toda la Cuenca de México y parte de Hidalgo, el Estado de México, Puebla y Morelos, noción que Paddock (1972: 326) considera pertinente para entender el alcance de las relaciones sociales construidas por el gobierno teotihuacano al interior y exterior del núcleo urbano.

acción de los grupos relacionados con este tipo de cerámica y las tradiciones culturales foráneas. Lo anterior tiene como objetivo además revalorar la utilidad del concepto de barrio establecido por Millon hace más de 4 décadas, como categoría de análisis para el estudio de un fenómeno social, en el que se involucran además de las tipologías cerámicas, la organización doméstica, las tradiciones culturales, la arquitectura civil y religiosa, la arquitectura funeraria, las actividades laborales y la afinidad biológica, entre otros.



Configuración del Barrio Oaxaqueño, de acuerdo con la distribución de cerámica foránea colectada por el *Teotihuacan Mapping Project*. (Tomado de Rattray, 1993: 10).

1.3 La construcción de la categoría “Barrio Oaxaqueño”

Como mencionamos líneas arriba, los trabajos de recorrido de superficie del *Teotihuacan Mapping Project* aportaron los primeros registros sistemáticos de material cerámico foráneo en la urbe prehispánica, su ubicación espacial y sus asociaciones cronológicas.

La necesidad de comprender estos materiales en relación con el grupo social hegemónico en la urbe, dio lugar al uso de una herramienta metodológica, que permitiera integrarlos en el discurso de la sociedad estatal predominante. En este caso dicha herramienta la proporcionó la arqueología de patrón de asentamientos, a través de sus categorías analíticas, en particular desde el nivel del barrio.

Cuando Millon menciona que un barrio es un conjunto de edificios “multifamiliares”, ocupados por grupos de parentesco y organizados en grupos corporativos (a veces con lazos de sangre y otras basados en principios de organización distintos a los consanguíneos) (Millon, 1966: 151), está asignando un peso específico a los indicadores arqueológicos que tienen que ver con la identidad de los grupos sociales; surge entonces el primer problema a resolver: es necesario determinar cuáles serán los indicadores pertinentes para delimitar espacial y temporalmente al barrio.

Bajo este criterio, se hace difícil establecer los límites físicos de un barrio (si es que alguna vez existieron), ya que el enunciado en sí es vago; por un lado los lazos de consanguineidad nos aportan datos acerca de la configuración poblacional de la ciudad, pero cuando hablamos de un asentamiento como Teotihuacán, que fue cosmopolita y con una gran diversidad cultural a lo largo de seis siglos, resulta complicado establecer sólo con datos biológicos (ADN, análisis de isótopos, etc.) los lazos de parentesco. Es cierto que las afinidades biológicas son indicadores de parámetros culturales (como la endogamia y la exogamia), pero el parentesco en sí es una cuestión que involucra factores ideológicos, históricos, lingüísticos e incluso psicológicos.

Por otro lado Millon establece que uno de los indicadores de la presencia de barrios es la especialización artesanal, la cual a su vez revela una organización corporativa, a la que además asigna poder y autoridad, al formar parte de la estructura administrativa del gobierno central (*ídem*: 155). A primera vista esta aseveración no solo es coherente con el modelo de estado centralizado, organizado en niveles jerárquicos que propone el autor (1981, 1993), sino que además proporciona una función específica al barrio, asignándole un lugar preponderante en la comprensión de la estructura económica, política, ideológica y social de la ciudad teotihuacana.

Sin embargo una vez más carece de criterios de contrastación claros, pues los grupos corporativos pueden ser muy extensos o muy reducidos, además no se establecen cuáles son los parámetros para identificarlos más allá de compartir actividades laborales, lo que genera una inconsistencia metodológica al momento de intentar delimitarlos física, administrativa y políticamente. Aunque la propuesta de Millon se enfoca a las actividades productivas —a través de la especialización del trabajo y la organización espacial que estas actividades requieren—, los indicadores arqueológicos tienden a variar conforme hablamos de diferentes sectores urbanos, ya sea para el área en la que se concentran los talleres en los que se elaboran productos de obsidiana, cerámica u otra materia prima (aquí el criterio es la producción), aquellos espacios en los que la cerámica foránea es más abundante (los criterios básicos son el comercio y la etnicidad), o los sectores en los que la arquitectura configura patrones que pueden ser identificados como agrupamientos cerrados (el criterio es entonces administrativo, político y/o religioso)

Es decir, en realidad no hay un concepto de barrio a contrastar, el nivel de análisis entonces queda como mera categoría abstracta, susceptible de ser interpretada bajo diferentes marcos teóricos⁹.

Y precisamente esa versatilidad fue lo que aseguró el éxito en el uso de la categoría, pues fue aplicable tanto en los análisis espaciales, como en los económicos, los políticos, administrativos y todos aquellos que han utilizado la configuración urbana como referente a contrastar.

Esta breve revisión nos sirve de base para comprender la forma en que la categoría de barrio se insertó en el discurso de la arqueología teotihuacana sin mayores

⁹ A diferencia de lo que pasa con el concepto de barrio en Teotihuacán, para sociedades del posclásico en el Altiplano central —específicamente la mexicana—, se cuenta por lo menos con el concepto de *calpulli*, que funciona como referente para explicar los procesos de integración comunitaria en los distintos ámbitos sociales. Aunque también está sujeto a la interpretación de diferentes modelos teóricos, *el calpulli* ha sido descrito en las fuentes históricas en sus dimensiones sociales, económicas y políticas, lo que proporciona elementos clave para definir los indicadores arqueológicos a contrastar en campo.

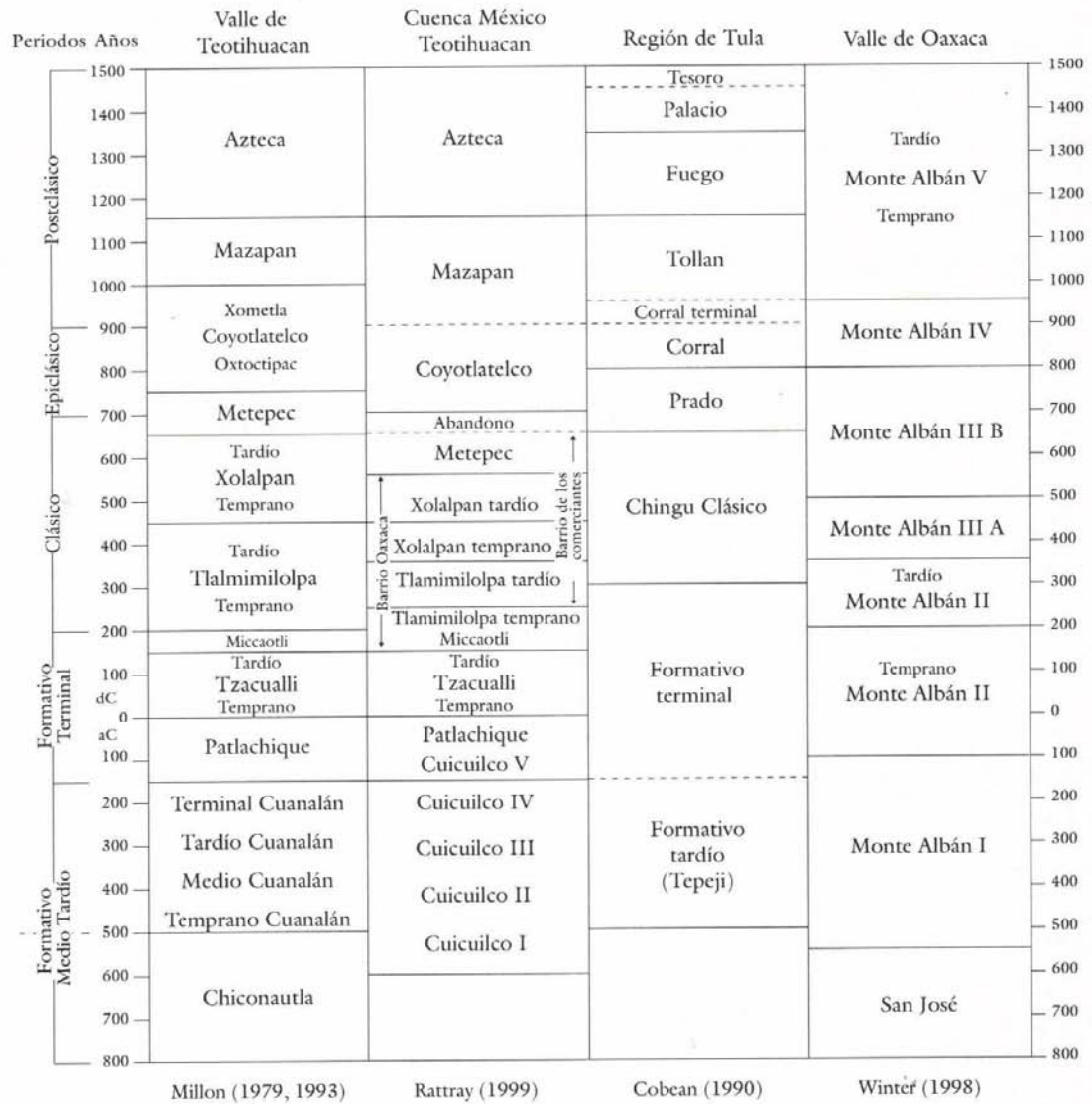
complicaciones, especialmente cuando se buscó una explicación a la presencia de materiales foráneos dentro de los límites de la ciudad.

De acuerdo con Millon (1966: 151), la información de superficie aportaba algunos datos que sugerían que la ciudad estaba dividida en barrios: "los cuales habrían tenido un género de vida corporativa, que pudieron haber sido un eslabón entre la gente común de Teotihuacán y la jerarquía". La autogestión asignada a los barrios por este modelo, permitía comprenderlos como unidades individuales, que reproducían los principios generales del estado teotihuacano y se encontraban adscritos al mismo en términos económicos e ideológicos (de acuerdo con la hipótesis del peregrino-adoratorio-templo-mercado, *ibídem*: 155), pero que también podían manifestar particularidades específicas, propias del grupo o grupos sociales que lo integraban.

Bajo esta perspectiva la presencia de cerámica foránea en concentraciones notorias y delimitadas, adquirió una justificación sencilla y ampliamente aceptada por los círculos académicos: se trataba de barrios que habían sido habitados por "extranjeros", los cuales muy posiblemente estuvieron adscritos a ciertas actividades económicas, que les permitieron ser aceptados por el gobierno central. El sistema ideológico hegemónico fue ciertamente tolerante, pues se les permitió conservar tradiciones culturales a nivel doméstico, pero siempre fueron considerados como minorías (Millon, 1973; Paddock, 1983; Spence, 1989b, 1999, 2002).

Y estos supuestos no fueron cuestionados durante las cuatro décadas siguientes, de hecho se transformaron en principios generales incuestionables que normaron las investigaciones realizadas en el área por diversos investigadores.

Cuadro 1. Correlación de las fases para México central, Región de Tula y Monte Albán, Oaxaca. Los números remiten a edades radiocarbono calibradas.



Correlación de cuadros cronológicos del Valle de Teotihuacán y los Valles centrales de Oaxaca (tomado de Rattray, 2009: 54).

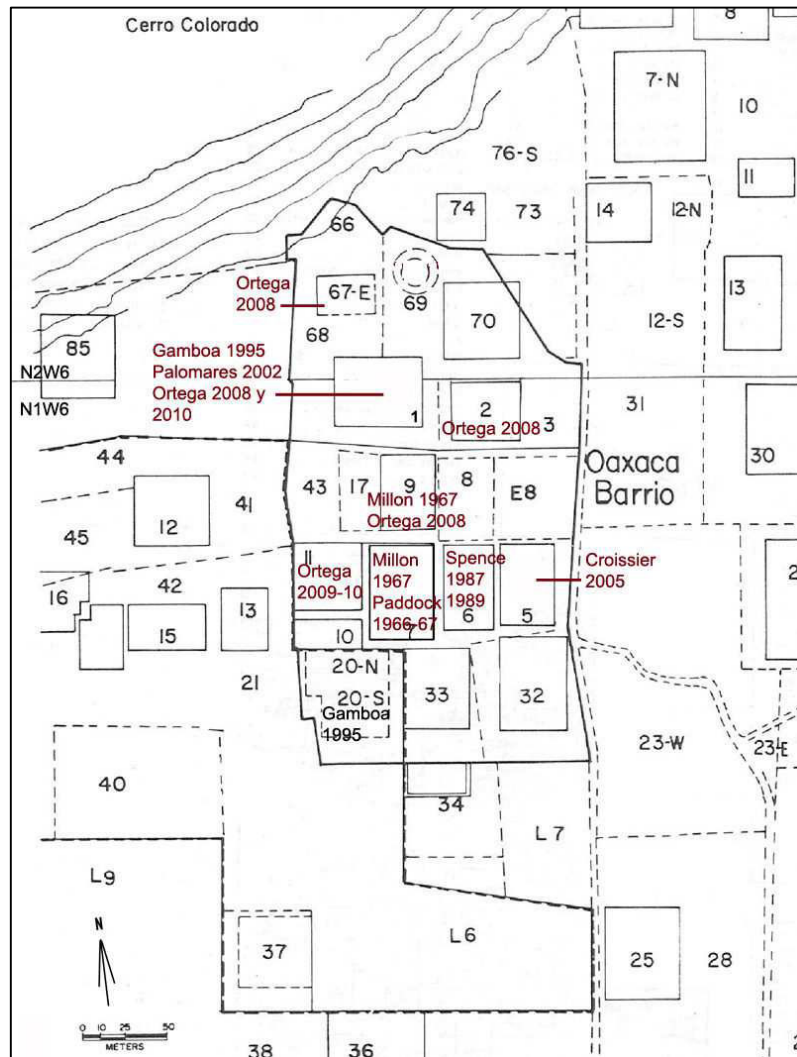
1.4 El Barrio Oaxaqueño en el imaginario urbano

Los primeros resultados del análisis de materiales cerámicos del *Teotihuacan Mapping Project*, mostraron la presencia —en porcentajes mínimos— de cerámica fabricada con arcillas y tecnologías ajenas a los estándares teotihuacanos y muy similares a las conocidas en la región de los valles centrales oaxaqueños; llamaron entonces la atención los tiestos procedentes de contextos sellados en la Pirámide del Sol fechados para la fase Tzacualli (1-100 d.C.), con los que se argumentó una interacción temprana entre el altiplano central y la región sur de Mesoamérica (Rattray, 1987: 256).

Ya hemos mencionado que estos estudios llevaron también a la delimitación física de tres concentraciones de cerámica gris, tanto foránea como de manufactura local, en el cuadrante NW de la ciudad. Desde la década de los años sesenta los estudios específicos se desarrollaron en la concentración más al NW de la ciudad prehispánica, aquella registrada en los sectores N1W6 y N2W6.

El reconocimiento del *Teotihuacan Mapping Project* permitió delimitar una superficie cercana a los 25,000 m², a la que se denominó "Oaxaca Barrio" (basándome en los datos de Rattray, 1993: 6), en la que se han desarrollado diversos proyectos de investigación, comenzando por el de John Paddock y Evelyn Rattray entre 1966 y 1967, el de René Millon y Juan Vidarte en 1967, los trabajos de la *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada* encabezados por Michael Spence entre 1987 y 1989, las excavaciones de Consuelo Quintanilla dentro del Proyecto Arqueológico Teotihuacán 1990-1992, y finalmente el encabezado por quien suscribe entre 2008 y 2011, además de diversas excavaciones de salvamento arqueológico realizadas en el área entre los años 1984 y 2002.

Los objetivos de investigación han variado, por lo que podemos agrupar los trabajos básicamente en 3 períodos, los cuales expondremos a continuación, con el fin de plantear los antecedentes generales y exponer la forma en que se han recuperado los rasgos arqueológicos, considerados como indicadores de la presencia foránea.



Plano de ubicación de las excavaciones que se han llevado a cabo en el área delimitada por Rattray, conocida como Oaxaca Barrio (Tomado y modificado de Rattray, 1993:10).

- **Década de los años 60, siglo XX**

El equipo de René Millon excavó pozos para muestreo estratigráfico en los conjuntos arquitectónicos 8 y 9 del sector N1W6, reportando una estratigrafía pobre, debido a la alta erosión de la ladera baja del cerro Colorado Chico (Millon, 1967: 42), recolectando además fragmentos de cerámica de estilo oaxaqueño, que se sumó a la que se había recogido en una extensa superficie periférica a estas excavaciones.

La cerámica gris llamó la atención de John Paddock, por lo que entre 1966 y 1967 realizó excavaciones al lado de Evelyn Rattray en el conjunto arquitectónico 7:N1W6, justo al sur de los pozos de prueba de Millon, bajo los auspicios de la Universidad de las Américas, descubriendo varios cuartos y espacios arquitectónicos de estilo teotihuacano, así como tres entierros, uno de los cuales estuvo asociado a fragmentos de una vasija efígie de estilo zapoteco de la época II-III A de Monte Albán y tiestos de incensarios teotihuacanos (Paddock, 1983: 171). La cerámica oaxaqueña localizada en estas exploraciones fue clasificada en tres grupos principalmente: 1) cerámica gris fina, importada de Oaxaca, 2) cerámica gris hecha localmente en Teotihuacán, que incluye vasijas y figurillas, y 3) urnas de Monte Albán (Rattray, 1993: 35).

A finales de 1967 René Millon comisionó a Juan Vidarte para excavar de manera intensiva la parte noroeste del conjunto 7:N1W6, liberando 64 m², complementando así las investigaciones de Paddock y Rattray al reportar la presencia de un depósito funerario en una estructura arquitectónica con las características de una tumba zapoteca, cuyo acceso contaba con una jamba en la que se talló una inscripción perteneciente al sistema de escritura zapoteca con el glifo "nueve temblor o 9 movimiento". También localizó una urna de estilo Monte Albán III A, rota intencionalmente en un evento ritual fechado con cerámica hacia la fase Metepec, en una habitación que fue rellenada para construir otro nivel arquitectónico sobre ella. Los materiales cerámicos analizados permitieron definir que la ocupación zapoteca en este sector urbano tuvo lugar entre los años 300-350 y 650 d.C. (Millon, 1967: 42-44). La arquitectura del conjunto era de características teotihuacanas, incluso reporta la presencia de un basamento con fachada de talud-tablero y una escalinata central, que probablemente formaba parte de un espacio público (plaza).

Si consideramos las excavaciones de manera integral, tenemos a la vista un conjunto arquitectónico conformado por al menos una plaza, delimitada por basamentos con talud-tablero, asociada a diversos cuartos, en algunos de los cuales se localizaron entierros extendidos, así como los restos de una tumba que fue reutilizada en diferentes momentos. De acuerdo con Millon (1967: 43), el conjunto contaba con al menos 4 momentos constructivos, lo que nos muestra la dinámica constante de ampliar, modificar y reconstruir los espacios. Desafortunadamente lo limitado de estas excavaciones no nos permite definir la contemporaneidad de los elementos arquitectónicos, es decir no hay evidencia de la asociación entre la tumba con la plaza y los basamentos con fachadas de talud y tablero, o con los muros de adobe, lo que nos ayudaría a entender si las transformaciones a los espacios respondieron a un cambio en el concepto arquitectónico

global o la configuración del conjunto sólo cambió por las necesidades de ampliar, reducir, abrir o clausurar espacios.

Sin embargo, estos trabajos permitieron registrar artefactos, arquitectura y tradiciones funerarias muy semejantes a las documentadas en los valles centrales de Oaxaca. Las asociaciones espaciales y la cronología asignada a los materiales cerámicos indicaron una ocupación más o menos prolongada en el área, así como la permanencia de los rasgos foráneos por varios siglos. No obstante John Paddock fue cauto en la cronología del barrio oaxaqueño y no compartió necesariamente la opinión de otros investigadores, que afirmaban la coexistencia de teotihuacanos y zapotecos por un periodo de más de 400 años en la metrópoli.

La cerámica registrada en este conjunto arquitectónico abrió una polémica entre Millon y Paddock al momento de asignar una temporalidad al mismo, pues se hizo evidente un desfase cronológico entre la cerámica oaxaqueña —fecha hacia la fase Monte Albán II transición IIIA (200-450 d.C.)— y la teotihuacana —perteneciente a las fases Xolalpan y Metepec (450-650 d.C.). El debate se centró en el hecho de definir cuánto había durado la interacción entre teotihuacanos y la gente migrante de los valles centrales de Oaxaca, pues para Paddock (1983) la presencia foránea había sido efímera, ya que no había elementos para afirmar lo contrario, dado que los rasgos oaxaqueños se limitaban —en sus palabras— a 4 entierros, restos de una tumba, 2 urnas y una proporción mínima de cerámica foránea en relación con la abundancia de la teotihuacana, por lo que lo más probable era que los migrantes hubieran estado presentes en épocas tempranas (Teotihuacan II o Tlamimilopan Temprano 250-300 d.C.) y que la presencia de cerámica de esta época en construcciones más tardías respondía a la constante renovación arquitectónica, que perturbaba los depósitos tempranos para usarlos como rellenos de niveles posteriores (Paddock, *op. cit.*: 172-173). Millon (1967, 1973 Parte 1) en cambio, afirmaba que la ocupación foránea podría haber durado entre 300 y 400 años y que el desfase entre las cerámicas obedecía a una falta de contacto constante entre los migrantes y sus lugares de origen, por lo que no había cambios en el complejo cerámico que se mantenía “congelado”, sobre todo en cuanto a las urnas, mientras que la cerámica de tipo utilitario como los apaxtles, tuvieron continuidad entre las épocas Monte Albán II y Monte Albán III (Millon, 1967:43).

Distinguimos entonces 3 problemas básicos que estos arqueólogos intentaron resolver:

- El reconocimiento de la cerámica foránea, comparándola con la conocida para Monte Albán y los valles centrales de Oaxaca.
- La cronología de la ocupación y su duración. Al verificar la contemporaneidad de Teotihuacán y Monte Albán se hacía necesario determinar la naturaleza de la relación entre esos dos grandes centros urbanos.
- La integración de los grupos foráneos al resto de la sociedad. En este caso ambos investigadores mostraron interés en definir cuáles eran las actividades desarrolladas por la comunidad foránea en la ciudad.

Las soluciones propuestas a estas problemáticas tomaron como referente los datos de la excavación parcial de solo uno de los más de 14 conjuntos que hipotéticamente conformaban el Barrio Oaxaqueño (Rattray, 1993: 10), delineando supuestos explicativos de la amplia relación que debieron tener Teotihuacán y Monte Albán, como centros rectores de regiones distantes.

Investigaciones posteriores aportarían mayores datos, sin embargo tuvieron que pasar 20 años para que nuevamente se realizaran excavaciones arqueológicas en el área.

- **Décadas de los años 80 y 90 del siglo XX**

En el año de 1987, bajo los auspicios del *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada* (SSHRC), Michael Spence retomó las investigaciones arqueológicas en el Barrio Oaxaqueño, a través de sus excavaciones en el conjunto arquitectónico 6:N1W6, localizado justo al poniente del 7:N1W6 que habían intervenido Millon y Paddock.

Las excavaciones tuvieron dos temporadas, una en 1987 y otra en 1989, ubicadas en la esquina noreste del conjunto arquitectónico, y pusieron al descubierto una plaza con altar central, rodeada de tres plataformas, debajo de las cuales se hallaron 2 tumbas. La presencia de cerámica zapoteca alcanzó un 3.3% del total registrado (Spence, 1989c: 36) e incluía vasijas de tipo utilitario, entre las que sobresalían los cajetes cónicos (*apaxtles*) y macetas, así como los comales, ollas, jarras, platos, cajetes zoomorfos, sahumeros, figurillas, vasijas con desgrasante de mica y fragmentos de urnas, todos correspondientes a tipos cerámicos de la época de transición II-III A. Un dato importante es que la mayoría de esta cerámica estaba hecha con arcilla local, es decir fue fabricada en Teotihuacán aunque existían algunos ejemplares importados (*idem*).

En cuanto a los entierros, se localizaron 15 contextos funerarios, entre los que había individuos depositados en posición extendida, así como una gran cantidad de entierros secundarios y huesos sin asociación anatómica, producto de las constantes remociones y reutilizaciones que se hacía de las tumbas.

Bajo el modelo del barrio oaxaqueño y con la información obtenida, Spence reconstruyó un panorama social en el que establecía que los grupos relacionados con la cerámica zapoteca llegaron a Teotihuacán hacia la fase Tlamimilolpan tardío, cerca del año 300 d.C., y que antes de establecerse en los terrenos del Barrio Oaxaqueño, éstos eran campos de cultivo, dados los canales excavados en el tepetate que él registró.

Este autor comparte con Millon y Rattray la idea de una ocupación prolongada por parte de los grupos relacionados con la cerámica oaxaqueña, ya que les asigna una estancia aproximada de 450 años, tiempo en que mantuvieron su identidad étnica a partir de los rituales domésticos y las costumbres funerarias. (Spence, *op. cit.*, 1989b, 1996). La ausencia de rasgos arquitectónicos foráneos más allá de la presencia de recintos funerarios (tumbas), es uno de los argumentos que Spence utiliza para establecer que la arquitectura de los conjuntos es típica teotihuacana, por lo que los oaxaqueños tuvieron que adaptarse a un entorno urbano ajeno, lo que los llevó a luchar por su identidad étnica desde la trinchera doméstica, donde se reproducía la ideología, las costumbres y

la cosmovisión propios de su lugar de origen (Spence, 1999, 2002). Estos elementos derivaron en la definición del enclave zapoteco que Spence utilizó en sus publicaciones a partir de 1993, cuando estableció que el área conocida como Barrio oaxaqueño o *Tlailotlacan*¹, era un enclave étnico².

Realizando un seguimiento a las publicaciones de Michael Spence referentes a este tema, podemos ver cómo paulatinamente fue integrando nuevas categorías para comprender el fenómeno de la presencia oaxaqueña en el altiplano central. Así, la cerámica foránea, las tumbas y los contextos rituales que denotaban costumbres oaxaqueñas, fueron entendidas como componentes culturales que cohesionaban al grupo, por ser la manifestación material de una adscripción, que para el autor era de carácter étnico. La identidad étnica vino a ser entonces la clave que explicaría la presencia de materiales oaxaqueños no sólo en Teotihuacán, sino en una serie de sitios ubicados en las principales rutas de comunicación entre los valles centrales del Oaxaca y el centro de México, pues de ella se derivaban la organización social y las actividades en las que estaban insertos los grupos migrantes (Spence, 2005).

Esta identidad étnica hizo eco en la propuesta de Millon acerca de la integración étnica y de oficio de los barrios teotihuacanos, por lo que Spence se dio a la tarea de construir un escenario que explicara la discordancia cronológica que había entre la cerámica teotihuacana y la de origen oaxaqueño, para lo cual introdujo el concepto de *habitus*, desarrollado por Pierre Bourdieu, entendiéndolo como “una serie de disposiciones que guían el comportamiento en todos los aspectos de la vida, incluyendo cuestiones particulares de la esfera doméstica (Spence, *op.cit.*: 185, traducción mía). A través del *habitus* el autor justificó la existencia de tradiciones y costumbres culturales compartidas por grupos específicos (en este caso grupos migrantes), haciendo entonces comprensible su permanencia en la ciudad de Teotihuacán.

¹ Michael Spence es el primer investigador en utilizar la palabra *Tlailotlacan* para identificar al Barrio Oaxaqueño. Dicho término es el nombre indígena del barrio de San Juan Evangelista, perteneciente a San Juan Teotihuacán. A partir de entonces tanto Spence como Evelyn Rattray utilizan dicho término al referirse al Barrio Oaxaqueño.

² Por extensión un **enclave** es un territorio administrativo que está rodeado o enclavado dentro de otro, que bien puede ser distrito, municipio, provincia, comunidad autónoma, país, estado, etc. También por extensión un **enclave** es un territorio caracterizado por un grupo étnico, político o religioso que está rodeado o enclavado dentro de otros grupos más extensos y de características diferentes a los primeros (por ejemplo: el Barrio Chino de Los Ángeles).
. *m.* Territorio incluido en otro con diferentes características administrativas, políticas, geográficas, etc.
Grupo étnico, político o ideológico que convive o se encuentra inserto dentro de otro y de características diferentes (Diccionario Enciclopédico Vox 1. © 2009 Larousse Editorial, S.L.)

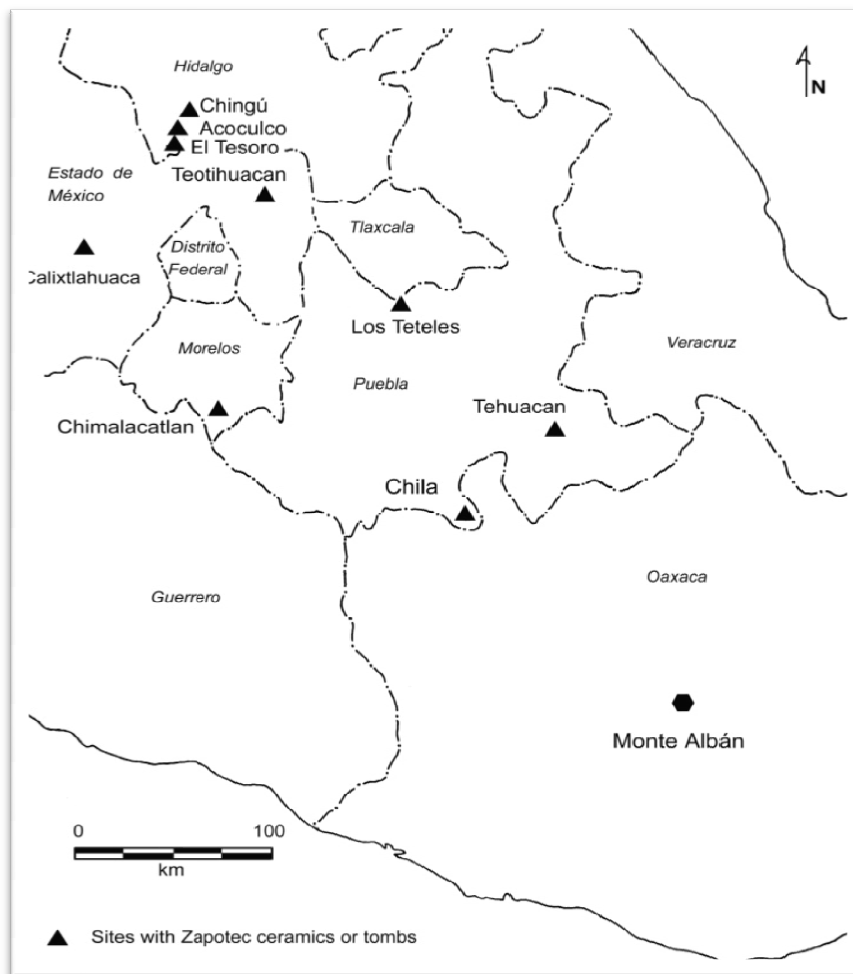
Sin embargo el *habitus* no está exento de cambios y aunque es implícito y asumido casi sin cuestionamientos (en su estado de *doxa*), existen ámbitos abiertos a la discusión y el análisis (lo que conocemos como *heterodoxia*), a través de los cuales se logran los cambios o en su caso se refuerzan ciertas prácticas (*ortodoxia*).

En este sentido, la presencia de cerámica oaxaqueña de fases tempranas (Monte Albán II y transición II-III A 200-450 d.C.) en contextos de las fases Xolalpan y Metepec (450-650 d.C.) podría estar reflejando cierta ortodoxia, pues los datos fueron interpretados como una resistencia al cambio en determinados artefactos, principalmente en aquellos que participaban en el espacio doméstico, ya que la permanencia de costumbres que pudieran transmitirse en el ambiente familiar, reforzaría la adscripción étnica (ver Spence, 2005: 185-186, Spence *et al.*, 2005). Así la producción local de cerámica oaxaqueña, principalmente de artefactos de uso doméstico (cajetes cónicos o *apaxtles*, cuencos para el servicio y vasijas efigie o urnas) se asumieron como indicadores de costumbres alimenticias y rituales familiares que identificaban a un grupo étnico, el cual reproducía sus elementos de cohesión al interior de la unidad doméstica, aunque hacia afuera se mezclara con el resto de la comunidad urbana.

De esta manera se propuso a la comunidad del barrio oaxaqueño, como una minoría que manifestaba su resistencia a la integración total y a la pérdida de su identidad étnica y que además era diferente al resto de la sociedad teotihuacana pero también de las comunidades zapotecas de los valles centrales de Oaxaca, conformando un grupo que se identificaba mejor con otros asentados en sitios localizados en las rutas de comunicación entre el altiplano central y la región oaxaqueña (Spence, 2005, Spence *et al.*, 2005).

Por lo tanto el enclave zapoteco de Teotihuacán formaría parte de una amplia red de interacción, muy posiblemente tejida en torno al intercambio comercial, en la que los grupos oaxaqueños relacionados con grupos teotihuacanos, participarían de manera muy activa. Lo anterior llevó a Michael Spence a proponer la existencia de una diáspora³, que podía ser identificada por la presencia de tumbas, cerámica gris de estilo Monte Albán, cerámica teotihuacana y vasijas de cerámica anaranjado delgado (Spence, 2005: 193-194).

³ Diáspora (griego: διασπορά [diasporá], 'dispersión'): Es la dispersión de grupos étnicos o religiosos que han abandonado su lugar de procedencia originaria y que se encuentran repartidos por el mundo, viviendo entre personas que no son de su condición. (Diccionario Enciclopédico Vox 1. © 2009 Larousse Editorial, S.L.)



Mapa del centro de México y la región oaxaqueña. Se señalan sitios en los que se han localizado tumbas y cerámica de estilo zapoteco, asociada a cerámica teotihuacana (tomado de Smith y Lind, 2005: 170).

Con lo anterior se constituyó un marco general explicativo, para las presencias de materiales y rasgos oaxaqueños y teotihuacanos localizados fuera de los principales centros urbanos involucrados en este tema (Teotihuacán y Monte Albán), poniéndose en evidencia una posible asociación entre ambos grupos, a manera de alianza estratégica, para el aprovechamiento y manejo de ciertos recursos, entre los que pudo haber destacado la explotación de la cal y la distribución de la cerámica anaranjado delgado (*ídem*: 196-197).

En resumen, las investigaciones realizadas por Michael Spence permitieron ampliar y reforzar la idea de la existencia de un grupo social caracterizado principalmente por su componente étnico, manifiesto en la conservación de costumbres y tradiciones culturales

propias e identificables en el registro arqueológico. Así los principales problemas abordados fueron:

- La asignación de una categoría que permitiera integrar la información arqueológica de manera coherente. En este caso dicha categoría fue la de enclave étnico, que sustituyó a la de barrio, utilizada en mayor medida por Evelyn Rattray.
- Al utilizar enclave en lugar de barrio y al relacionarlo con la “red” de sitios localizados en la región intermedia entre Teotihuacán y Monte Albán, Michael Spence asignó cierto nivel de independencia a este grupo social. Así, a pesar de estar integrados al núcleo urbano teotihuacano, los habitantes de *Tlailotlacan* parecen haberse vinculado de manera más estrecha con los grupos similares asentados en la mencionada red, que con los propios habitantes de la ciudad. De esta forma el mantenimiento de la identidad étnica resultó ser una estrategia vital para el desarrollo de la red de interacción.

Sin embargo, el asunto de la presencia de concentraciones de cerámica gris en la ciudad de Teotihuacán —tanto la importada como la de manufactura local—, continuó siendo visto de manera aislada, ya que se privilegió el análisis local (sólo del área conocida como *Tlailotlacan* y específicamente del conjunto 6:N1W6) y posteriormente se avanzó en el análisis regional, dejando de lado el nivel del asentamiento urbano.

La escasa superficie excavada hasta ese momento limitaba los análisis comparativos entre un conjunto y otro, por lo que se recurría a constantes generalizaciones que enfatizaban la homogeneidad de un grupo social, subordinado a los intereses político-económicos de una elite que les daba alojamiento en la ciudad, pero que negaba su identidad, por lo que tenían que recurrir a la intimidad del espacio doméstico para externar su adscripción étnica.

• **Primera década del siglo XXI**

En este período la existencia del Barrio Oaxaqueño es una idea ya consolidada, plenamente integrada a la imagen de la urbe multiétnica, sede de un poder estatal centralizado. La presencia de elementos culturales “foráneos” es considerada como indicador de la presencia de “minorías étnicas” que son toleradas por el gobierno central, debido a sus funciones como vínculo entre la ciudad y las regiones geográficas, que

proveen al sistema económico de los recursos y bienes necesarios para mantener a una población urbana de más de 100,000 habitantes.

Es amplia y diversa la literatura que trata el tema bajo esa perspectiva, incluso podríamos aseverar que a partir del descubrimiento de las concentraciones de cerámica gris por el *Teotihuacan Mapping Project*, tanto René Millon como John Paddock establecieron que esos materiales indicaban la presencia de grupos zapotecos migrantes, que se habían avecindado en espacios muy específicos de la ciudad (Millon, 1966, 1973; Paddock, 1983; Rattray, 1987, 1993). George Cowgill nos ofrece una síntesis muy clara de la forma en que se asumió este fenómeno, cuando indica que "... la impresión generalizada es la de unos pocos cientos de personas procedentes de Oaxaca, cuyos descendientes mantuvieron su identidad étnica por algunos siglos y vivieron en un enclave compacto, pero recibieron a unos pocos (*sic*) provenientes de Oaxaca después de la generación fundadora" (2008: 100).

Los ámbitos de acción para este grupo se limitan a las actividades relacionadas con la construcción y la explotación de la cal, así como al comercio, aunque hay quienes han argumentado que esta comunidad manejó cierta clase de conocimientos que les permitió su participación en la traza y diseño urbano de la ciudad (Peeler y Winter, 2001).

Debido a que el llamado "Barrio Oaxaqueño" se localiza en un punto alejado del centro de la ciudad y a que las evidencias arquitectónicas mostraban materiales constructivos y acabados modestos, se ubicó a este grupo en un estatus social más bien humilde, con escasa o nula participación política debido a la ausencia de información que los relacionara con ciertas elites (ya fueran teotihuacanas o zapotecas).

Como podemos observar todas estas aseveraciones se basaron en los datos obtenidos por las excavaciones parciales de solo dos conjuntos arquitectónicos (6 y 7:N1W6), los cuales de ninguna manera podían ser considerados como una muestra representativa para abordar el fenómeno de la presencia oaxaqueña en Teotihuacán, sin embargo para la mayoría de los investigadores fue suficiente para establecer propuestas de integración social en torno a las comunidades foráneas.

A partir de ese principio y debido a la escasez de elementos que relacionaran los materiales foráneos con otros aspectos de la sociedad teotihuacana de manera directa, los estudios más recientes (principalmente tesis de grado) han puesto énfasis en la identificación químico-física de la cerámica gris, interpretando los datos dentro del mismo marco explicativo de las minorías étnicas (Gibbs, 2001; Mahoney, 2004; Palomares, 2006a; Croissier, 2007 y Roldán 2004, 2010), refiriéndose principalmente a los materiales

arqueológicos de las estructuras exploradas en los límites marcados por Rattray para este sector urbano.

Por tal razón y en virtud de que la periferia del área monumental de Teotihuacán se encuentra severamente presionada por el crecimiento de la mancha urbana moderna, en el año 2008 presenté al Consejo de Arqueología del INAH un proyecto de investigación arqueológica para abordar el asentamiento de la ladera baja del cerro Colorado Chico, en el área del llamado "Barrio Oaxaqueño" (Ortega, 2008a), con el objetivo de realizar análisis comparativos entre diferentes conjuntos arquitectónicos, que nos permitieran comprender la dinámica social y urbana de este sector, así como de establecer una correlación cronológica más clara tanto al interior del "barrio" como con el resto de la ciudad. Un tema a abordar fue el de identificar los patrones arquitectónicos de los conjuntos involucrados, para confirmar o en su caso verificar la afirmación de que la comunidad que los habitaba se adaptó al patrón estándar conocido, además de identificar áreas de actividad que nos aportaran elementos con los cuales pudiésemos sustentar alguna adscripción social (fuese de oficio, de identidad grupal, entre otros). La comparación entre distintos conjuntos aportaría elementos para identificar algún tipo de jerarquización entre ellos, a partir de 3 escalas: la unidad doméstica, el conjunto de unidades domésticas y entre unas agrupaciones y otras⁴, de tal forma que contaríamos con evidencia más clara de la conformación de la sección urbana y estaríamos en la posibilidad de contrastar la hipótesis de la existencia de un "barrio foráneo" con información empírica proveniente de excavaciones extensivas.

Las evidencias arqueológicas registradas a través de dicho proyecto de investigación, así como la revisión de informes técnicos que han documentado rasgos oaxaqueños en otras partes de la ciudad, conforman la base fáctica del presente trabajo.

⁴ Siguiendo una metodología similar a la de González Licón en las áreas y terrazas habitacionales de ciudad de Monte Albán (2003, 2009)

1.5 Los barrios teotihuacanos

Esta breve exploración al desarrollo del concepto de “Barrio Oaxaqueño”, nos permite ubicar los parámetros desde los cuales se han interpretado los materiales culturales.

El término “barrio” orientó una buena parte de las investigaciones arqueológicas en Teotihuacán, a partir de la década de los años sesenta, principalmente cuando fue aplicado al análisis de aquellos sectores urbanos con mayor presencia de materiales foráneos. Definido como unidad administrativa y/o política, el barrio es un término que permite aglutinar, sistematizar y jerarquizar la información arqueológica, en un nivel que supera la unidad doméstica y funciona como categoría intermedia entre ésta y el gobierno. Como herramienta heurística define al Estado teotihuacano a manera de un régimen jerarquizado, cuyas políticas emanan de la cúspide social hacia los niveles inferiores, es por eso que se asume como una unidad administrativa que debe reflejar los principales componentes del gobierno: economía, religión oficial y política (Cabrera y Gómez, 2008; Gómez, 2000; Manzanilla, 2001, 2007; Ortega, 2000).

Existen por lo menos dos niveles de análisis para la categoría “barrio”, el primero y más documentado es el que lo define como entidad social, económica y territorial, cuyos mejores referentes encontramos en las fuentes del Posclásico Tardío y principios de la Colonia (López Austin, 1985: 202-207). Los elementos que lo conforman nos permiten ver al barrio (*calpulli*) como un conglomerado de grupos familiares que comparten una historia, creencias, normas de conducta, actividades productivas y patrimonio común, lo que les posibilita desarrollarse en condiciones de autosuficiencia. Estas unidades eran la base económica y social de una compleja estructura jerárquica en cuya cúspide se encontraba el poder de un estado centralizado encabezado por el *tlatoani*, y su conformación interna era la célula del poder y la autoridad que mantenían a la estructura burocrática estatal⁵.

⁵ Aunque no hay una referencia directa en el trabajo de López Austin, podemos considerar que parte de un modelo integrador de estado, en el que las instituciones centralizan y coordinan los mecanismos de

La perspectiva económica considera al *calpulli* como una unidad productiva sustentada en una comunidad campesina igualitaria, cuyo principal elemento de cohesión es el parentesco. Por tanto el *calpulli* conforma una corporación en posesión comunal de la tierra, la cual es distribuida equitativamente entre sus miembros para el uso familiar (ver Carrasco, 1980: 36-37).

Bajo esta figura el barrio constituye la unidad básica de producción material y de reproducción social, que además regula el acceso a la propiedad particular, tanto de la tierra como de las herramientas de trabajo y es un concepto que se aplica principalmente a sociedades de organización agro-artesanal, estructuradas de manera jerárquica, en las que el sentido de pertenencia se basa fundamentalmente en el parentesco, la residencia y la aceptación de normas y obligaciones comunales. Cuando nos referimos a la composición agro-artesanal, hacemos referencia a la especialización del trabajo u oficio, otro de los elementos que identifica a los barrios en las comunidades mesoamericanas (*ídem*).

Debido a que en los *calpulli* se han identificado relaciones de parentesco, oficio y jerarquía, encontramos modelos que los definen como áreas de gestión (Brüggegan, 1991), a través de los cuales el estado delegaba funciones a administradores que mantenían el control social y recaudaban contribuciones, considerándolos entonces como sub-unidades administrativas de la organización central.

De acuerdo con Smith y Novic (2010), los cronistas españoles de principios de la Colonia, utilizaron el término barrio para describir al *calpulli* azteca, tanto de los asentamientos urbanos como de los rurales, indistintamente, y su uso fue adoptado por los etnógrafos mesoamericanistas para referirse tanto a los asentamientos de campesinos, como a las subdivisiones espaciales y sociales de dichos asentamientos.

En 1928 Robert Redfield hizo una comparación explícita entre los barrios modernos del pueblo de Tepoztlán, Morelos, con el *calpulli* azteca, bajo la premisa de que la organización de las comunidades campesinas modernas tenía sus orígenes en las sociedades prehispánicas, perspectiva que fue adoptada por investigadores como Pedro Carrasco y John Ingham (Smith y Novic, 2010: 9-10). Años más tarde, Gonzalo Aguirre Beltrán, fundador del paradigma mesoamericanista —a decir de Andrés Medina (1995)—,

redistribución en la economía y administran el trabajo común en beneficio de todos los segmentos sociales, pero principalmente de los estratos más altos. De esta forma el estado aglutina bajo diversos mecanismos de reconocimiento y coerción a los *calpullis*, permitiendo a sus miembros cierta movilidad social, lo que disipa las posibilidades de conflictos potenciales que puedan desestabilizar el sistema.

establece un vínculo histórico directo entre el municipio implantado por las autoridades españolas en las comunidades indias y el *calpulli-barrio* de las sociedades prehispánicas⁶, estipulando que la organización política implantada por los españoles en el siglo XVI, habría de realizarse con base en las unidades políticas ya existentes, lo que mantendría vivas las distinciones étnicas y sociales anteriores a la conquista.

Sin embargo, en décadas recientes las investigaciones en torno al desarrollo histórico de los sistemas de cargo, los barrios campesinos, los vecindarios urbanos y otras instituciones sociales de las épocas colonial y moderna, han mostrado que el grado de continuidad en la organización social indígena de tiempos prehispánicos a la actualidad es mucho menor que la que argumentó Redfield. Las formas actuales de aquellas instituciones son el resultado del fuerte impacto de varios siglos de dominación y explotación a manos de gobiernos y elites coloniales y modernas, por lo que no pueden ser equiparadas con las de tiempos prehispánicos. Más aún, hacia finales del siglo pasado, se reconocieron dos problemas fundamentales con el término de barrio como un concepto antropológico: primero, que su uso desde la perspectiva *emic* y *folk* de las comunidades campesinas de Mesoamérica varía enormemente a lo largo y ancho del área; segundo, que los etnógrafos lo utilizan al referirse a un amplio rango de grupos socio-espaciales, por lo que algunos investigadores han identificado hasta ocho variantes locales del término en una sola comunidad campesina, incluyendo la unidad territorial basada en la localidad, la unidad administrativa, el grupo social distinguible por su ocupación o su identidad étnica, el parentesco y la religión (Smith y Novic, 2010: 10-11).

Si la definición de barrio es compleja en la antropología, que basa sus análisis en la evidencia etnográfica, para la arqueología representa un reto mayor, sobre todo cuando se carece de fuentes históricas directas y se utiliza el término sin una asociación explícita con un modelo socio-antropológico. Es por eso que Smith y Novic (*op.cit.*), nos advierten sobre la importancia de analizar los agrupamientos sociales en las ciudades antiguas, evitando el uso de analogías entre barrios de comunidades campesinas modernas y vecindarios urbanos, a menos de que se trate de casos de estudio cuidadosamente controlados.

⁶ De acuerdo con Andrés Medina (1995) el paradigma mesoamericanista tiene como punto de partida la respuesta de los antropólogos mexicanos a la ubicación de la sociedad azteca en el esquema evolucionista de L.H. Morgan, según lo consigna en su obra clásica *La sociedad primitiva*. La cuestión habría de centrarse en la presencia del Estado, de lo que dependía situar a los aztecas en la barbarie o la civilización. Los estudiosos mexicanos desarrollarían diversas investigaciones para demostrar la existencia del estado en el México antiguo, particularmente entre los aztecas (*op.cit.*: 8-10)

El segundo nivel de análisis considera al barrio como una unidad espacial urbana que aglutina las actividades de sus habitantes, tanto productivas como administrativas. Millon (1975: 225) expuso que era posible reconocer en superficie varias agrupaciones de conjuntos departamentales, que conformaron vecindarios, los cuales se congregaban en torno a complejos de basamentos con plataformas que muy probablemente eran el centro del barrio.⁷ La interacción entre los conjuntos podría reflejar en pequeña escala las características del gobierno central, de esta forma, se delineaba un modelo de barrio basado en la interdependencia de aquellos que ocupaban los diferentes conjuntos arquitectónicos, quienes además debieron asumir relaciones asimétricas en razón de la existencia de conjuntos con diversas calidades constructivas.

A la fecha dicho modelo continúa vigente, principalmente debido a la falta de referencias etnohistóricas y/o etnográficas que permitan ponerlo a prueba, pues a pesar de la cercanía geográfica entre la ciudad de Teotihuacán del Clásico y la ciudad de Tenochtitlán del Posclásico tardío, la diferencia temporal y la falta de elementos que permitan establecer una proximidad cultural, en términos de lengua e identidad de grupo, limitan el modelo explicativo.

En décadas recientes el concepto de barrio como unidad espacial ha sido revisado para establecer los indicadores arqueológicos pertinentes, principalmente a partir de las evidencias urbanas y arquitectónicas descubiertas por el Proyecto La Ventilla, dirigido por Rubén Cabrera Castro, quien considera a esta categoría como una unidad urbana conformada por un centro ceremonial, estrechamente relacionado con unidades habitacionales y áreas de producción (1996b, 2011). Cabrera basa sus estudios en las premisas establecidas por Millon, ampliando la información acerca de los conjuntos arquitectónicos que lo componen e integrándolo a un sistema urbano derivado de un esquema político y económico regido por el estado.

Por su parte Gómez (2000) propone que el barrio es una unidad económica y social estructurada a partir de elementos que se vinculan dentro de límites establecidos, bajo normas y sistemas institucionalizados, reconocidos por una comunidad en particular. Su trabajo establece que las relaciones que cohesionan al barrio principalmente son las económicas, encima del parentesco y las filiaciones étnicas y define los elementos arquitectónicos que conforman al barrio como unidad urbana, que son: el templo del barrio, la plaza pública, los edificios públicos, las residencias de grupos de élite, los

⁷ Uno de esos vecindarios incluye al conjunto de Tepantitla, identificando al centro del barrio aproximadamente 250 m al norte del conocido recinto en que se encuentra el mural del *Tlalocan* (Millon, 1976; Altschul, 1987; Cowgill, 1997).

conjuntos habitacionales, los talleres artesanales y las áreas de uso común. Sus articulaciones son entendidas como una unidad social y económica, que funge como subsistema dentro del estado teotihuacano, relacionándose con otros subsistemas (otros barrios) en el proceso histórico de la ciudad.

Ambas propuestas parten de la base de un estado teotihuacano centralizado, con una administración económica y política jerarquizada, en la que el barrio es el eslabón intermedio entre el gobierno y la gente común, como ya lo había establecido Millon (1966). Gómez abunda en la idea de que los grupos foráneos eran “tolerados” por un estado hegemónico —propietario de los medios de producción—, que captaba fuerza de trabajo de regiones distantes, como Oaxaca y el Occidente de México (2002: 619), por lo que los “migrantes” se insertaban en el sistema urbano como trabajadores especializados y enlaces para el suministro de materias primas y bienes alóctonos.

Linda Manzanilla amplía esta propuesta e integra una variable que le da un giro al concepto de gobierno estatal monolítico y hegemónico, partiendo de la base de un gobierno colectivo (2001: 464), encabezado al menos por cuatro co-gobernantes (Manzanilla, 2007: 485), dentro de un sistema corporativo, a través del cual diferentes grupos de élite controlarían la extensa amalgama de grupos étnicos y sociales que integraban la sociedad teotihuacana. Con ellos se habría fomentado la existencia de diversos focos de autoridad y poder en la ciudad, que operarían de manera simultánea y en los que la mano de obra especializada pudiese haber tenido un carácter multiétnico (*idem*: 489). Los barrios teotihuacanos entonces responderían a una economía más descentralizada, en la que élites intermedias administraban y dirigían, siendo además propietarias de tierras, recursos (tanto internos como foráneos), mano de obra y se distinguían socialmente a través de bienes de prestigio⁸.

Los centros de barrio teotihuacanos contarían entonces con 5 componentes a saber: el ritual, administrativo, artesanal, residencial y un espacio anexo multifuncional. La articulación de estos componentes permitiría un nivel de independencia en cuestiones

⁸ Linda Manzanilla basa su propuesta en el concepto de casa (*maison*) de Lévi-Strauss, definiéndolo como “un grupo corporativo grande, organizado por la residencia compartida, la subsistencia, los medios de producción, el origen, las acciones rituales o la escena metafísica (...). Tiene una propiedad territorial con riqueza material e intangible que se perpetúa a través de la transmisión de su nombre, sus bienes y sus títulos, a lo largo de una línea real o imaginaria, considerada legítima mientras su continuidad se exprese en el lenguaje del parentesco o la afinidad o ambos” (2007: 486). Adicionalmente hace una revisión al concepto de *oikos* de Mesopotamia, referido por Pollok, los cuales serían grandes unidades socio-económicas, con una mano de obra dependiente, personal administrativo, manadas de animales, pasturas, campos, huertos, almacenes y talleres artesanales. Su personal incluía agricultores y pastores que vivían parte del año en la ciudad y a cambio tenían medios básicos de subsistencia. El *oikos* controló crecientemente los medios de producción: tierra, herramientas y materia prima (*ibidem*: 488).

como el abasto, la producción, el reforzamiento de la identidad colectiva y el establecimiento de relaciones de diversos tipos con la periferia urbana y otras regiones de Mesoamérica, lo que paulatinamente derivaría en el empoderamiento político y económico de dichas élites, que en un momento dado pudieron haber salido del control de gobierno, al establecerse una contradicción entre la autoridad central colectiva y el poder individual de los barrios (ver Manzanilla, 2007: 489-499).

En resumen se puede señalar que la falta de un modelo etnográfico específico para esta ciudad deriva en que, tanto Cabrera como Gómez, den continuidad al análisis espacial de Millon y Cowgill, tratando de establecer los vínculos a través de los cuales se cohesionaron las unidades urbanas (ya fuesen políticos, económicos, productivos, ideológicos), buscando darle una lógica a las interacciones físicas que hay entre los conjuntos arquitectónicos y los espacios urbanos que los interconectan (Gómez, 2000; Cabrera, 2011), partiendo del análisis comparativo que permite la excavación extensiva de varios conjuntos departamentales como es el caso de La Ventilla. En otra lógica Linda Manzanilla, siguiendo a Gillespie (2000), opta por buscar en los modelos etnográficos de la antropología estructuralista de Lévi-Strauss para utilizar el concepto de *société à Maison* como referente del barrio, mientras que, como ejemplo arqueológico, utiliza los *oikos* de Mesopotamia, lo que en cierta forma la aleja de las dinámicas políticas mesoamericanas.

En un detallado análisis sobre la aplicación del modelo de *société à maison* en Mesoamérica, Paola Peniche (2007) argumenta que dicha propuesta funciona principalmente para aproximarse a la estructura de parentesco de los grupos corporativos, por lo que ha habido intentos de cambiar el término de "linaje" por el de "casa" en los análisis de las estructuras jerárquicas en el área maya (Gillespie, 2000; Chace, 2000); sin embargo las limitaciones de la cultura material en las que se basa la arqueología no permiten la contrastación de patrones específicos de filiación o alianza. Y es que, la base empírica que proporciona la cultura material, no aporta elementos suficientes para comprender la compleja inter-relación entre las normas y representaciones idealizadas del parentesco y la realidad cotidiana, inherente a las eventualidades de la vida diaria y de los contextos específicos en que se desarrolla. Por lo tanto la *société à maison* no puede considerarse como una unidad de análisis *per se*, sino una herramienta heurística que permite un acercamiento al parentesco, como una representación subjetiva que el grupo hace de sí mismo, pero también como un mecanismo objetivo a través del cual se pone en marcha la reproducción social y cultural. Esta compleja interdependencia entre objetividad y subjetividad se olvida al priorizar el estudio de la cultura material destacado por Gillespie (2000), que deja de lado

las contradicciones inherentes a la vida social, así como la doble naturaleza del parentesco, como un sistema de símbolos y como un conjunto de acciones.

De tal forma, el principal problema de la propuesta de Manzanilla es asumir, de manera directa, el modelo antropológico de la *société à maison*, sin la interposición de una teoría de rango medio que permita traducir los principios sociales en las evidencias materiales con que trabaja la arqueología.

Para concluir, hemos observado que el problema de la existencia de barrios en la antigua Teotihuacán es un tema en desarrollo y que el concepto mismo está siendo sometido a prueba en esquemas de corte económico y político, razón por la cual debemos ser cautelosos al considerarlo como categoría validada. La propuesta de Millon continúa siendo una de las mejores herramientas heurísticas para abordar el tema de la integración social de los teotihuacanos, pero debemos asumirla como eso, como un primer paso al acercamiento de la complejidad del mundo urbano teotihuacano.

En definitiva las unidades sociales que conocemos como barrios, son de los niveles de integración más importantes para comprender la estructura socio económica y política de las comunidades del posclásico tardío en el altiplano central de México. Indudablemente, dentro de un sistema jerarquizado, el barrio fue un espacio de interlocución en el que se concretaron acciones y se recrearon los componentes ideológicos de una sociedad urbana, razón por la cual hubo una estrecha interdependencia entre dicha categoría y la esfera de la auto-adscripción, por lo que se presume la existencia de elementos cohesionadores que podrían identificar arqueológicamente al barrio, ya sea por las actividades a las que se dedicaban sus habitantes, como por los patrones de conducta registrados en los contextos. Aún no es posible determinar de manera puntual, que la misma estructura haya existido en el período Clásico y que sus elementos hayan sido compartidos de forma generalizada, tanto por la sociedad teotihuacana como por sus contemporáneas.

Como hemos podido ver, el concepto de "barrio" está inscrito en la arqueología de Teotihuacán desde hace más de medio siglo, cuando fue propuesto como una de las hipótesis más viables para comprender los niveles jerárquicos de la administración estatal. Su construcción corresponde a un modelo integrador en el que el estado es un sistema corporativo, centralizado, jerarquizado y administrativamente bien organizado, que logra conjuntar intereses regionales a través de los cuales crece y se mantiene, utilizando estrategias de control social basadas en elementos ideológicos y religiosos (Millon, 1966; Cowgill, 1977). La mayor parte de los trabajos acerca del estado y la organización

económica y sociopolítica de Teotihuacán utiliza este modelo. Pero en las dos últimas décadas también han permeado esquemas más dinámicos que establecen la posible coexistencia de estrategias políticas corporativas por un lado y por el otro las llamadas exclusionistas o de "red"⁹ (Blanton *et al.*, 1996).

⁹ En la estrategia exclusionista los actores políticos se apoyan en el desarrollo de un sistema construido alrededor de su monopolio y control de recursos de poder. En contraste en la estrategia corporativa el poder es repartido entre diferentes grupos y sectores de la sociedad, enfatizando la solidaridad de una sociedad integrada que se basa en la interdependencia fija e inmutable que existe entre los subgrupos, así como entre gobernantes y gobernados (ver Blanton *et al.*, 1996: 4-6)

1.6 La visión urbana de barrios y vecindarios

Smith y Novic (2010) plantean que el análisis de los asentamientos antiguos puede realizarse sin la carga conceptual del término barrio, desde una perspectiva más empírica, en la que el análisis espacial de los datos arqueológicos permita detectar patrones y regularidades en su distribución, así como asociaciones específicas con espacios urbanos. Para lograr este objetivo es necesario aplicar conceptos sociales referentes al urbanismo, los cuales requieren contar con expresiones identificables en el registro arqueológico¹⁰.

Para Smith, el estudio de los asentamientos urbanos antiguos, debe ser abordado desde una teoría que cuente con la capacidad de ligar la acción de la gente en los espacios urbanos con la materialidad del ambiente construido, explorando el impacto humano en el espacio (procesos de diseño, construcción, modificación y destrucción), así como el impacto del ambiente urbano construido en las acciones, la organización social y la conciencia de la gente.

En este contexto se inscriben teorías urbanas como la del ambiente-comportamiento, la comunicación arquitectónica, la sintaxis del espacio, la morfología urbana, la teoría de la recepción, la de la planeación generativa, la teoría normativa y la teoría del tamaño de la ciudad (*ídem*), las cuales —a decir de Smith (op.cit.: 18)— presentan líneas de investigación más productivas para el análisis de los datos arqueológicos de ciudades antiguas que las grandes teorías sociales.

¹⁰ Es importante mencionar que Smith y Novic (2010) argumentan que las teorías urbanas deben ser consideradas como teorías de rango medio, ya que toman como referencia la definición sociológica de Robert K. Merton, quien establece que las teorías intermedias más que teorías son una categoría metodológica. Merton las define como: "...teorías intermedias entre esas hipótesis de trabajo menores pero necesarias que se producen abundantemente durante las diarias rutinas de la investigación, y los esfuerzos sistemáticos totalizadores por desarrollar una teoría unificada que explicara todas las uniformidades observadas de la conducta, la organización y los cambios sociales." (Merton, 1980: 52). Por otro lado, en arqueología, principalmente en la corriente procesual, las teorías de rango medio son aquellas que ponen en relación el comportamiento humano y los procesos naturales con los datos arqueológicos. Las investigaciones de nivel medio intentan proporcionar a la arqueología las herramientas necesarias para deducir comportamientos de determinadas sociedades del pasado a partir de los hallazgos arqueológicos. Estas teorías corresponden principalmente con los ámbitos etnoarqueológico, la arqueología experimental y la combinación de estos datos con estudios tafonómicos (Williams, 2005: 21).

Partiendo de la premisa que establece que los residentes de las ciudades antiguas generalmente llevaban a cabo sus actividades cotidianas en espacios urbanos delimitados, el estudio de los asentamientos demanda comenzar con el aislamiento y categorización del espacio construido, para lo cual Smith (2010: 137-139) propone un marco conceptual que debe ser aplicado en el análisis arqueológico de las zonas habitacionales y sus características sociales. Basado en información comparativa de ciudades modernas e históricas, delimita dos niveles de estudio para las zonas habitacionales: el vecindario, que es un área pequeña en la que la interacción entre los habitantes se realiza "cara a cara"; y el distrito, una amplia zona con significado administrativo o social (o ambos) al interior de la ciudad.

En el centro de México, la mayor parte de los estudios de asentamiento se basan en los mapeos intensivos y extensivo llevados a cabo en los grandes centros urbanos, como Teotihuacán, Monte Albán, Xochicalco y Tula, principalmente. El conocimiento de la extensión y traza de dichas ciudades ha permitido que diferentes investigadores propongan subdivisiones internas, de acuerdo con los patrones de distribución de diversos rasgos arqueológicos; así en Monte Albán Richard Blanton (1978: 66-93) determinó la posible división del asentamiento en zonas a las que denominó distritos y, más recientemente, Ernesto González Licón (2003 y 2009) ha estudiado la desigualdad entre unidades domésticas, considerando que éstas estaban agrupadas en vecindarios. En el caso de Xochicalco, Kenneth Hirth (2000: 234-239) identificó catorce zonas residenciales a las que llamó distritos, los cuales a su vez cuentan con subdivisiones internas. Dichos distritos fueron delimitados a partir de la distribución de rasgos, tanto del ambiente natural como del construido, así como de las barreras físicas entre ellos (barrancas, fosos, zanjas, cauces pluviales, pasos entre terrazas, muros defensivos), que bien podrían ser indicios de los límites de ciertas agrupaciones. Cuando Hirth asoció dicha información con la arquitectura cívica distribuida en torno a la colina en la que se localiza el centro del asentamiento, descubrió que cada una de las catorce zonas contaba con uno o más templos (a los cuales describe como grandes edificios) (Hirth, 2000 y 2009).¹¹

En Tula Dan Healan (2009) propone que el asentamiento debió estar dividido en "vecindarios locales", agrupamientos de conjuntos residenciales que pudieron funcionar

¹¹ Sin embargo Hirth (2009: 45-46), al igual que González Licón (2009: 8-9), establecen que tanto distritos como vecindarios, son conceptos equivalentes al de barrio. Ambos autores retoman los elementos del *calpulli* mexica para hablar de barrios, considerando que se trata de unidades organizadas por la especialización del trabajo y la filiación étnica, o una combinación de ambas. Además las actividades ceremoniales, administrativas y comunales, se realizaban con un cierto nivel de independencia respecto de otros barrios.

como un nivel intermedio entre la administración general de la ciudad y los grupos familiares (*op.cit.:* 68). De acuerdo con los diversos mapeos del sitio, es probable que la ciudad de Tula haya tenido un componente multiétnico, ya que los datos de superficie apuntan a una heterogeneidad notable en las agrupaciones de materiales arqueológicos, por lo que Healan sugiere la existencia de vecindarios compuestos por varios grupos étnicos (*ídem:* 85).

- **El uso de conceptos espaciales en el estudio de las concentraciones de materiales foráneos**

Desde una perspectiva funcional, Smith (2010: 138) considera que las ciudades antiguas eran sitios que fungían a manera de escenarios para las instituciones y el ejercicio del poder, por lo que su presencia impactaba tanto al entorno geográfico inmediato como al regional. Esta amplia definición permite la inclusión de asentamientos poco densos pero con presencia de arquitectura monumental (como muchos de los sitios del área maya), pues no se basa en parámetros de densidad demográfica, ni de tamaño o complejidad social.

La información arqueológica existente apunta a que la división espacial de las ciudades en distritos o vecindarios es uno de los pocos factores que se han mantenido en la vida urbana desde la antigüedad hasta el presente. Y es que en el pasado, los residentes de las ciudades solían desarrollar la mayor parte de sus actividades diarias en espacios muy acotados dentro de las urbes, pues en ellos satisfacían sus necesidades primarias, además de llevar a cabo actividades productivas, de intercambio y consumo.

Dichas áreas podrían conformar unidades espaciales con contenido social, reconocibles en el registro arqueológico y que corresponden a una escala intermedia entre la casa y la totalidad de la ciudad. Su importancia en la vida y la organización del asentamiento se deriva de su composición y rol social, elementos que permiten construir inferencias respecto de la forma en que interactuaban los habitantes de la ciudad. Sin embargo, como ya lo hemos comentado en las secciones anteriores, dichas áreas no fueron estáticas en el espacio ni en el tiempo, lo más seguro es que sus fronteras fueron fluctuantes y respondieron a los intereses de los diversos grupos que las habitaron e hicieron uso de ellas.

De tal manera, cuando se analizan los asentamientos urbanos antiguos, se requiere al menos de dos definiciones que funcionan como herramienta heurística: 1) una

definición social que permita establecer comparaciones entre casos concretos y 2) una definición de la cultura material que permita la identificación de elementos del concepto social en el registro arqueológico (Smith, 2010: 139).

En el nivel de lo social las comunidades locales no deben ser vistas como entidades simples, sino como colectividades que cuentan con una jerarquización que progresivamente incluye agrupaciones residenciales que conforman vecindarios, lo que a la postre se reflejará en la cultura material, formando patrones espaciales de distribución de rasgos que permitirán inferir los diversos niveles de la organización social.

Para el caso que aquí nos ocupa, hemos considerado útiles los conceptos que propone Smith (2010, Smith y Novic, 2010) para denominar las áreas urbanas de las que hemos obtenido nuestra evidencia fáctica. Cabe mencionar que dichos términos corresponden a la definición social de vecindario y distrito que marca Smith (2010: 139), como se señala a continuación:

- Vecindario: Es una zona residencial en la que la interacción social se da “cara a cara” y se distingue principalmente por sus características físicas y/o sociales.
- Distrito: Es una zona residencial que cuenta con algún tipo de identidad administrativa o social. En la mayoría de los casos los distritos son más grandes que los vecindarios; pueden contar con arquitectura y espacios públicos, aunque predominan las casas-habitación. Los distritos pueden conformarse por múltiples vecindarios y, en general, existen dos tipos de distritos que son más comunes en las ciudades: los administrativos y los sociales. En el primer caso se trata de amplias zonas residenciales que funcionan como unidades administrativas de la ciudad; mientras que los distritos sociales son amplias zonas residenciales, identificables por los patrones o características de interacción, que no están relacionados directamente con las unidades administrativas.

La identificación arqueológica de estas unidades urbanas requiere de cuatro procedimientos básicos:

- a) La delimitación del área de acuerdo con rasgos físicos (ya sean naturales o antropogénicos).
- b) La demarcación de áreas con contenido social.
- c) La agrupación espacial de construcciones o espacios.
- d) El asumir la existencia de vecindarios y distritos.

Los incisos a y c se refieren a elementos físicos que aíslan agrupaciones sociales, en el sentido de que en arqueología sólo se cuenta con la información material, mientras que el inciso b establece que la composición social de las áreas debe traducirse en patrones identificables de cultura material, aunque en muchos casos identificar dichos patrones es complejo, dadas las dificultades metodológicas para aislarlos. Finalmente el inciso d establece que los conceptos son herramientas heurísticas a través de los cuales se delimitarán los indicadores pertinentes para cada caso.

La interpretación de una zona residencial como vecindario o como distrito, en ocasiones dependerá del tamaño y la composición arquitectónica de cada caso (Smith, 2010: 146); de la misma manera que la configuración social y espacial de los vecindarios y distritos variará entre un centro urbano y otro.

En la práctica, cuando los arqueólogos estudian determinadas áreas en las ciudades antiguas, utilizan una combinación de los procedimientos descritos pues, como ya hemos mencionado, existen dificultades para identificar con claridad la diferencia entre un vecindario y otro, principalmente cuando no existen barreras físicas. Además, los residentes de estas áreas pueden participar de manera simultánea en más de una esfera social, ya sea la étnica, religiosa, de oficio e incluso de participación política, generando similitudes entre unos vecindarios y otros. Dichas similitudes pueden traducirse en patrones de cultura material, ya sea rasgos arquitectónicos, costumbres alimenticias o bienes materiales, los cuales permitirán delinear vecindarios y distritos.

En estas circunstancias Smith (2010: 146) considera que el enfoque del análisis es buscar que la composición social de las áreas se traduzca en patrones de cultura material reconocibles, para así poder aislar ciertas características con fines comparativos.

En el presente trabajo aspiramos a aislar dichos patrones de cultura material, como un paso importante en la identificación de asociaciones de rasgos, que nos permitan establecer características específicas de los sectores urbanos analizados, a partir de una estrategia inductiva en la que se defina una muestra más amplia a la anteriormente conocida. La lógica de este objetivo se fundamenta en el hecho de que —hasta el momento— los argumentos que sustentan la presencia de grupos foráneos en la ciudad antigua de Teotihuacán, se basan en una serie de datos aislados, escasamente contextualizados, que han sido tomados como axiomas¹², contribuyendo a la

¹² Un **axioma** es una proposición que se considera «evidente» y se acepta sin requerir demostración previa. En un sistema hipotético-deductivo es toda proposición no deducida (de otras), sino que constituye una regla general de pensamiento lógico, por oposición a los postulados (*Diccionario Enciclopédico Vox 1*. © 2009 Larousse Editorial, S.L).

construcción de discursos generalizantes que limitan la comprensión de la diversidad social con la que se configuró la comunidad urbana de Teotihuacán.

- **El vecindario como entidad sociológica**

Por otro lado, considero que es importante reflexionar al vecindario desde el punto de vista sociológico, pues solo bajo un modelo de comportamiento urbano podemos entender las diversas formas de vivir la ciudad, los diferentes modos de vida.

El estudio de las agrupaciones sociales que coexisten en las ciudades, —principalmente las áreas residenciales o vecindarios—, es uno de los puntos de interés de la sociología urbana.¹³ En la primera mitad del siglo XX, los teóricos de esta disciplina argumentaban que las ciudades estaban compuestas por áreas naturales distintas físicamente y cada una de ellas constituía un mundo social y cultural diferenciado. La proximidad física y el contacto entre los residentes, era la base de la organización social de estas áreas, y la combinación de las mismas convertía a la ciudad en un mosaico de vecindarios, separados física y socialmente (véase Panfichi, 1996: 37). Bajo esta premisa, los vecindarios o comunidades locales eran “zonas naturales” de la ciudad que permanecían en el tiempo con una relativa estabilidad, a pesar de la movilidad de sus habitantes; la diferencia de funciones que desempeñaba cada uno de esos territorios definía las actividades predominantes, así como la población que los habitaba y el valor del suelo urbano (Safa, 1998: 115).

Pero además de la cuestión ecológica, factores como la clase, ocupación, etnicidad y ciclos de género y familia, se sumaron al análisis de las entidades urbanas, en el que los conceptos físicos y los socioculturales permitieron comprender que, más que un “estilo de vida urbano”, lo que había que estudiar era las diferentes maneras de vida que coexisten en los contextos urbanos (Panfichi, *op.cit.*: 38).

Bajo la visión ecológica y física, los vecindarios eran vistos como unidades aisladas, con escasa interacción entre ellas, cuyos habitantes mantenían una solidaridad expresiva, ajena a conflictos internos, situación que limitaba el estudio de la ciudad, pues atomizaba

¹³ La sociología urbana se inició con la llamada Escuela de Chicago, que entre 1913 y 1940 definió teórica y empíricamente la agenda de investigación sobre los problemas urbanos de las ciudades norteamericanas (Panfichi, 1996: 36).

las dinámicas sociales. En contraste, Gerald Suttles, desde una perspectiva más integradora, propuso dos puntos de partida: 1) argumentó que un vecindario no es una isla cultural y ecológica, sino que tiene muchos lazos con la metrópolis (dimensión local) y 2) que los factores de organización más importantes de cada vecindario (etnicidad, oficio, edad, sexo) son características comunes de la sociedad entera (dimensión global); por lo tanto, el crecimiento urbano no reemplazaba las formas de organización ni las prácticas culturales más antiguas, sino que con frecuencia se desarrollaba junto a ellas. Así, tanto la dimensión local como la global, tienen efectos en la manera en que se construye el orden social de un vecindario residencial (véase Suttles, 1968). Además, Suttles argumentó que un vecindario no era necesariamente una arena de solidaridad uniforme, sino que daba cabida a una variedad de tensiones y conflictos dentro de sus fronteras (*ídem*: 74).

La sociología urbana puso entonces énfasis en el estudio de vecindarios habitados principalmente por grupos segregados de ciudades norteamericanas como Chicago y San Francisco, compuestos por migrantes de diversas nacionalidades que convivían en ámbitos que requerían de variados mecanismos de reconocimiento y lealtad, dejando de lado a amplios sectores de la ciudad, que no compartían la situación de los grupos migrantes.¹⁴

Posteriormente, con la teoría de redes se re-conceptualizó la noción de comunidad, rompiendo con las viejas premisas de que las relaciones sociales estaban necesariamente confinadas a un espacio físico delimitado y eran propias de un grupo étnico particular; en lugar de ello se argumentó que los individuos podían construir sus relaciones sobre la base de redes sociales de interés mutuo, inclusive si no compartían el mismo espacio residencial o identidad étnica (Panfichi, 1996: 40).

En la teoría de redes las "comunidades" son vistas como formaciones sociales basadas en diferentes patrones de lazos e interacciones entre la gente, los cuales pueden trascender los límites físicos de un área encapsulada (Panfichi, 1996: 46). Y este concepto comparte elementos con el de Oehmichen, cuando enfatiza que "... una comunidad no es un mero agregado residencial, sino una colectividad cultural basada en un conjunto de relaciones primarias significativas, en virtud de que sus miembros comparten símbolos comunes, que apelan a un real o supuesto origen e historia comunes, y a las relaciones de

¹⁴ Desde mi punto de vista, gran parte de las interpretaciones urbanas en arqueología se basan en la visión ecológica de los vecindarios, principalmente por la naturaleza del dato, sin embargo sería muy enriquecedor tomar en cuenta la teoría de redes, como un marco más integrador en la conformación de explicaciones.

parentesco" (Oehmichen, 2005: 31). Así las comunidades están integradas por redes de fuertes lazos que se superponen entre sí, donde los lazos débiles actúan como puentes entre los grupos de lazos fuertes, integrando un sistema de "redes de redes".

Algunos ejemplos de las redes no delimitadas espacialmente son aquellas de migrantes, organizaciones políticas o profesionales, entre otras, y son utilizadas por los residentes urbanos para obtener una variedad de fines, incluyendo recursos materiales, información básica para la sobrevivencia, control social informal y un sentido personal o colectivo de identidad.

Y en este juego de redes, los individuos tienen diversas formas de participación (roles), mismas que pueden combinarse en innumerables maneras, de acuerdo con los escenarios sociales en que se desarrollan. Cabe señalar que el estudio de redes requiere de la identificación de los diferentes niveles de relaciones, desde las políticas, de poder, las familiares, de oficio, religiosas, entre otras, pues son todas ellas las que conforman el modo urbano de vivir (véase Hannerz, 1993: 188-228).

En este contexto, la interacción cotidiana de los individuos en las ciudades responde a las diferentes redes en las que participan, por lo que asumen una variedad de identidades, pues cada red requiere de ciertos códigos de comunicación. Así, se puede agrupar a los habitantes de las ciudades de muchas formas, partiendo de la diversidad de actividades, lineamientos y perspectivas existentes, en donde cada individuo forja su concepto del "yo" en torno a cada una de las facetas mencionadas.

Para mediados del siglo XX, Erving Goffman, un teórico del interaccionismo simbólico, ya había desarrollado las bases de la micro-sociología, enfocando sus estudios en las unidades mínimas de interacción entre las personas (centrado siempre en grupos reducidos), para entender la influencia de los significados y los símbolos sobre la acción y la interacción humana *cara a cara*. El interaccionismo simbólico de Goffman se centra en el análisis del origen de la "interacción en sociedad", el análisis de las formas que adoptan las interacciones, las reglas a las que responden, los roles que desempeñan los actores involucrados, es decir, el orden específico que constituyen las interacciones que se generan cuando al menos dos individuos se encuentran uno en presencia del otro, cara a cara (Mercado y Zaragoza, 2011: 169).

Y para realizar este análisis, Goffman utiliza el enfoque dramático, cuya perspectiva es la acción de un actor —o de un equipo de actores— que pretende representar un personaje o una rutina ante un público, para lo cual presenta una

“fachada”, que es la imagen pública de sí mismo y que oculta a la parte posterior, una imagen más íntima que se manifiesta únicamente en ciertos ámbitos¹⁵ (*ídem*: 170-171).

La fachada abarca fundamentalmente dos elementos: el medio, lo que está al margen de la persona; y la fachada personal, compuesta por “...insignias de cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad, las características raciales, el tamaño, el aspecto, las pausas del lenguaje, las expresiones raciales, los gestos corporales y otras características semejantes” (Goffman, 1956: 35). Para llevar a cabo su actuación, los actantes y su público ponen en escena los valores comúnmente asociados a ciertas posiciones sociales (roles), idealizándolos; así los individuos actúan —en el marco de la vida cotidiana—, cumplen el papel o rol que asignan a cada uno de los personajes que representan, mientras que el público no tiene acceso a la verdad, por eso se atiene a la apariencia y por ello es importante el control de las impresiones por parte de los actantes. En síntesis las personas muestran sus posiciones en la escala del prestigio y el poder a través de una máscara expresiva, una “cara social” que le ha sido atribuida por la sociedad, y que le será retirada si no se conduce del modo que resulte digno de ella (*ídem*).

Esa “cara social” cuenta con una carga material (artefactos, ropa, espacios físicos) que —al estandarizarse—¹⁶ pueden conformar patrones factibles de reconocer en el registro arqueológico; por lo que el reto es determinar relaciones estrechas (en tiempo, espacio y función) entre un rasgo y otro, para visualizar esa cara. Y es en la interacción más estrecha en donde podemos aplicar estos conceptos: en las unidades domésticas y en los vecindarios, tomando siempre en cuenta que sólo podremos visualizar algunas de las redes de interacción de los individuos.

¹⁵Goffman fue uno de los precursores del estudio empírico de la vida cotidiana dentro de la corriente del interaccionismo simbólico, se centró en la dramaturgia, adoptando una perspectiva de la vida social como si se tratara de actuaciones dramáticas que se asemejan a las representaciones en el escenario. Sus metáforas están basadas en el teatro y en el juego, trasladadas a los encuentros sociales; donde los individuos interactúan confiando los unos en los otros y siendo conscientes de su participación en el acto “teatral”, en la situación de interacción (véase Rizo, 2011).

¹⁶ Esta estandarización corresponde al concepto de idealización que maneja Goffman, el cual consiste en el esfuerzo y la estrategia que activan los individuos para presentar una imagen “idealizada” de sí mismos, esto es, ventajosa para ellos y veraz para los otros (Herrera y Soriano, 2004: 63).

- **El vecindario y la construcción de la identidad**

Es un hecho que en los grandes centros urbanos prehispánicos como Teotihuacán, los individuos conformaron colectivos sociales con diferentes grados de cohesión, tanto al interior como entre sí, desarrollando y haciendo propias ciertas formas de acción, ciertos valores o significación a los componentes de su cultura y cierto afecto expresado hacia el pasado, presente y futuro histórico del grupo. Cada uno de estos elementos constituyó un referente a partir del cual los grupos se autodefinieron en la interacción con otros. Así "... la identidad no es más que la cultura interiorizada por los sujetos, considerada bajo el ángulo de su función diferenciadora y contrastiva en relación con otros sujetos, es decir, es la percepción colectiva de un "nosotros" relativamente homogéneo por oposición a "los otros", en función del reconocimiento de caracteres, marcas y rasgos compartidos (que funcionan como signos o emblemas) así como de una memoria colectiva común" (Giménez, 1996: 5).

La identidad se construye, enriquece y transforma de manera cotidiana, a través de rutinas, hábitos y rituales, en contextos de interacción estables, conformados principalmente por los mundos familiares de la vida ordinaria, que es donde confluyen los procesos macro y micro sociales (Giménez, 2000: 67).

Por la complejidad de los espacios urbanos, la vida cotidiana en las ciudades le proporciona al individuo más de una forma de adscripción así como diferentes ámbitos identitarios. Pero los individuos nunca reflejan una sola identidad ya que son "pluri identitarios" (Tamayo y Wildner, 2005: 23) y sólo alguna de esas identidades, a veces una sola, se impone y determina la personalidad y justifica las acciones;¹⁷ así el modo en que se construyen las identidades explica el tipo de identidad de que se trate, por lo que se proponen tres formas: la oposición (otredad), la historicidad (experiencia y contexto) y el conflicto (tensiones y luchas). Estas tres condiciones se entrelazan con la existencia del ser, el estar, la duración y la cooperación.

De esta forma identidad y vecindario son conceptos que guardan una estrecha relación en el análisis de los centros urbanos como Teotihuacán y nos permiten establecer criterios de estudio basados en la tipificación de patrones artefactuales y arquitectónicos,

¹⁷ En este sentido ya Giménez (1997: 7-10) establecía que la teoría de la identidad se inscribe dentro de una teoría de los actores sociales y que dichos actores se mueven en diversas esferas sociales que les confieren adscripción, por lo que podemos agregar que no existen las identidades únicas ni monolíticas, ya que tanto el individuo como las colectividades asumen identidades contextuales.

pues éstos pueden ser concebidos como un efecto de las conductas individuales y colectivas, que los sujetos manifestaron en la construcción de sus vínculos más inmediatos y de las redes sociales en que participaron. Así, la unidad de residencia es un espacio de producción simbólica sobre la cual se establecen procesos de identidad-alteridad.

- **Una mirada diferente a los vecindarios en Teotihuacán**

Así las cosas, cuando se hace arqueología en grandes centro urbanos como Teotihuacán, se debe considerar la variabilidad de significados que tienen los restos materiales, pues el alojamiento de decenas de miles de personas, genera múltiples redes de interacción, en las que los mensajes, los símbolos y los artefactos, fluyen de manera constante, construyendo identidades que corresponden a determinados ámbitos sociales. De tal forma que, un habitante de la ciudad antigua de Teotihuacán debió participar en redes de interacciones domésticas, vecinales, de oficio, políticas, religiosas, ideológicas, de aprovisionamiento, de tránsito, entre muchas otras, de las cuales solo contamos con fragmentos de los códigos comunicacionales construidos en torno a dichas redes.

En el sentido sociológico los vecindarios son lugares y personas, carecen de un tamaño definido y hasta de una escala, pues sus límites aparecen a través de la historia y la gente sabe del alcance que tiene cada uno, dependiendo de las redes que se manifiestan entre quienes los habitan. Este concepto resulta difícil de aplicar en arqueología, sobre todo cuando buscamos límites, presencia recurrente de rasgos, homogeneidad interna y heterogeneidad al exterior —como lo establecen los requisitos de identificación para las unidades urbanas que hemos mencionado en el apartado anterior—, por lo que se hace necesario establecer un criterio de partida que nos permita aprovechar los elementos del análisis sociológico en la dilucidación de los datos arqueológicos.

Si consideramos a la teoría de redes como una herramienta metodológica útil en la comprensión de las dinámicas urbanas, podemos establecer que existen por lo menos ciertas redes que deben estar presentes tanto en las unidades domésticas como en los vecindarios, éstas son:

- a) **Las redes de abasto:** Pueden subdividirse en varias ramas como son el abasto de alimentos, el de agua, el de utensilios básicos para la subsistencia (artefactos para la preparación y servicio de alimentos, así como para el almacenamiento), el

abasto de ropa y de objetos necesarios para la higiene. Otro aspecto importante es el abasto de materias primas para la producción.

- b) **Las redes de intercambio:** Incluyen los circuitos por los que fluyen objetos terminados provenientes de áreas especializadas en su manufactura dentro de la ciudad, así como todos aquellos materiales, bienes y artefactos provenientes de otras áreas y regiones externas a la ciudad.
- c) **Las redes ideológicas:** Se refieren al ámbito por el que circulan ideas, mismas que pueden tener, por un lado, connotaciones políticas y, por el otro, religiosas. Por supuesto estas redes involucran sistemas de valores, pautas de comportamiento, creencias y cosmovisiones, que incluyen factores internos de la ciudad y externos a ella, por lo que sus conexiones pueden ser de largo alcance geográfico.
- d) **Las redes administrativas:** Se refieren a los circuitos de derechos y obligaciones adquiridos por la pertenencia al sistema urbano. Esta red tiene un vínculo directo con la forma en que se estructura el gobierno y las estrategias que utiliza para financiar y mantener en funcionamiento sus instituciones.

Cada una de las redes está relacionada con determinados artefactos, objetos y contextos arqueológicos, por lo que son factibles de verificar empíricamente, por un lado, y por el otro, su identificación nos permitirá construir una idea más amplia de la interacción existente entre los habitantes de los conjuntos arquitectónicos, así como de contrastar el espacio doméstico con el colectivo, pues asumimos que en el primero podremos observar la “región posterior”, esa que Goffman define como “... un lugar en que la impresión que trata de causar la representación es contradicha conscientemente de una forma natural (...) es el sitio en el que se quitan las máscaras” (1956: 39); por lo que la casa es el sitio en donde se constituyen las identidades primarias y las redes de interacción más cercanas; mientras que el vecindario —ese lugar de uso colectivo en el que las personas interactúan de manera cotidiana fuera de los vínculos meramente familiares—, es donde podremos ver la “fachada”, la representación que se construye tanto para los vecinos, como para aquellos grupos con los que la interacción es menos constante.

Lo anterior como una alternativa para el análisis de los materiales arqueológicos foráneos y sus connotaciones en la integración de la sociedad urbana teotihuacana, pues como hemos podido ver, la visión de los barrios estáticos y homogéneos, es ya limitada, ya que vemos que los mecanismos de acción e interacción son mucho más complejos. El reto ahora es explicar el tipo de redes sociales que pueden visualizarse a

través de los materiales arqueológicos, más allá de la simple idea de que quienes utilizan cerámica gris son extranjeros que mantienen lazos estrechos con sus regiones de origen.

Pero ¿cómo demarcar al vecindario?, en este caso, debido a lo limitado de las exploraciones arqueológicas en la ciudad antigua de Teotihuacán, nuestra base primaria será la distribución en superficie de cierto tipo de cerámica que sale del común del resto de la ciudad, la cerámica gris y, en segunda instancia, la proximidad física de los conjuntos arquitectónicos que han sido excavados en los últimos 40 años, en las áreas de mayor concentración de cerámica gris. ¿Porqué la cerámica gris?, porque es un material foráneo, relacionado con la región oaxaqueña, que nos permitirá visualizar redes de abasto e intercambio internas y externas, a través de las cuales también podremos ver conexiones con las redes ideológicas y administrativas.

1.7 El estado de la cuestión

El problema de la integración del núcleo urbano teotihuacano y por tanto de las estrategias para la convivencia y organización de su masa poblacional, ha estado presente desde la definición del plano arqueológico de la ciudad. A partir de entonces la categoría de barrio fue utilizada para interpretar los materiales arqueológicos en un nivel en el que se puede observar tanto el ámbito doméstico y la organización familiar, como los mecanismos de integración económica, política y religiosa que podrían definir al gobierno teotihuacano.

Sin embargo, como mencionamos en el apartado 1.5, dicha categoría aún tiene diversos problemas que requieren de atención, principalmente aquellos relacionados con los indicadores de pertenencia y adscripción, así como de los componentes urbanos del mismo, pues originalmente se pensaba que los conjuntos de 3 templos eran los “centros de barrio” en torno a los cuales se distribuían las áreas productivas y domésticas (Millon, 1966, 1981), hipótesis que no explica el porqué dichos conjuntos no están presente en áreas extensas de la mancha urbana, mientras que se concentran principalmente en las inmediaciones de la Avenida de los Muertos y en el área de Oztoyohualco.

Cuando se asume que el concepto de barrio tiene validez, se ponen en evidencia dos posibilidades:

1) que los barrios no son homogéneos e idénticos en los diversos sectores de la ciudad ya que, de acuerdo a las actividades económicas que éstos administran y las características específicas de las comunidades que los habitan, así como el rol político y el poder que detentan en la estructura de gobierno, pueden presentar diferencias sustanciales entre sí, o

2) que no tuvieron presencia en sectores amplios de la sociedad, debido a que la estructura jerárquica administrativa centralizada no permeó en la totalidad de los grupos urbanos, permitiendo un escenario más diverso y el desarrollo de una economía dual, en la que convivieron los intereses del estado y los de grupos semi-autónomos que acumularon poder.

Aunado a lo anterior se agregó al concepto en cuestión una categoría cuyo marco de referencia no ha sido suficientemente explícito —a pesar de su constante presencia en la literatura arqueológica del sitio— se trata del término “étnico”, el cual comenzó a utilizarse cuando se asumió que la presencia de materiales provenientes de otras regiones, era un indicador directo de entidades sociales cultural y genéticamente diferenciadas de una población mayoritariamente “homogénea”.

A la fecha se carece de datos arqueológicos que puedan sustentar con suficiente firmeza la participación económica, política o de cualquier otra índole de los grupos sociales relacionados con los materiales foráneos oaxaqueños, así como de la organización interna y los mecanismos de interacción con el resto de la población, ya que las investigaciones realizadas en los conjuntos arquitectónicos con dicha presencia son mínimas, dando pie a una serie de generalizaciones que es necesario superar.

Considero que los niveles de análisis de área de actividad y conjunto arquitectónico han aportado información muy valiosa, a partir de la cual se ha construido la idea de la ocupación foránea, sin embargo debemos avanzar ampliando la perspectiva hacia el siguiente nivel de análisis, el de la interacción entre diferentes conjuntos que se relacionan cronológica y espacialmente, con el objetivo de establecer si la categoría de barrio es válida para el análisis de un sector urbano que definitivamente se está diferenciando por una presencia más tangible y amplia de materiales oaxaqueños.

Debo aclarar que no estoy en contra del uso del concepto de barrio, pero pienso que la inercia con la que se ha mantenido su aplicación no nos ha permitido realizar un análisis de la categoría en sí y de su peso en la asignación de jerarquías sociales, específicamente para las comunidades más fuertemente relacionadas con materiales y rasgos de otras regiones de Mesoamérica.

De cierta forma hemos obviado la participación de las comunidades foráneas, reduciéndolas a una integración subordinada, bajo el modelo de un estado teotihuacano homogéneo que monopolizaba el poder y la autoridad, asignando roles económicos y políticos a diversos grupos que se sumaban (ya fuera voluntariamente o bajo estrategias coercitivas) a la entidad urbana. Sin embargo es importante enfatizar que la arqueología desarrollada en Teotihuacán aún no ha podido sustentar que el poder de dicho gobierno fue detentado por grupos sociales que guardaran una correspondencia étnica entre sí, por lo que es posible que hayan existido múltiples intereses regionales que debieron

concentrarse en la ciudad, estableciendo una dinámica de negociación, reafirmación del poder y delegación de la autoridad en diversos niveles y a diferentes escalas.

Recientemente, Linda Manzanilla (2011, 2007) ha trabajado una propuesta de Estado teotihuacano corporativo, que descentraliza sus funciones económicas y de autoridad, bajo un esquema en el que se establece que los barrios debieron contar con poderes individuales, que representaban los intereses de los diferentes grupos que conformaban la comunidad urbana. Esta perspectiva ofrece un panorama alterno a la visión centralista —en la que los barrios encarnan de manera directa los intereses del estado teotihuacano y reproducen sus estructuras para satisfacer las necesidades de una élite hasta ahora desconocida—, buscando analizar, desde un punto de vista más abierto, la posible existencia de estrategias diversificadas para la integración del poder y la autoridad en el gobierno teotihuacano, desde los intereses de grupos intermedios.

Los cinco componentes que dicha autora utiliza para identificar arqueológicamente al barrio (en su caso a los centros de barrio), están diseñados para buscar posibles jerarquías existentes entre los conjuntos arquitectónicos que se interrelacionan espacial y cronológicamente, y funcionan como herramienta metodológica para determinar las funciones que pudieron cubrir los grupos sociales que habitaron los conjuntos, dentro de un marco explicativo en el que el estado teotihuacano continúa detentando el poder central, pero en donde también se enfatizan los niveles de autoridad y poder que estaban delegados en otros grupos que debieron favorecer ciertos intereses regionales.

Bajo dicho esquema y siguiendo a Blanton y sus colegas (1996), Manzanilla prioriza el escenario exclusionista, a través del cual observa el ascenso económico de las élites intermedias y los conflictos que debieron generarse en la competencia por espacios más amplios de autoridad y poder, los que a la postre minaron al gobierno central hasta generar su colapso (Manzanilla, 2011, 2007).

La participación de personas y grupos relacionados con otras regiones mesoamericanas toma entonces un nuevo matiz, pues ya no pueden ser observados como agentes pasivos y subordinados, sino como actores dinámicos insertos en una red de intereses internos y externos, que los involucra en ámbitos y niveles de acción más amplios.

En este contexto, el presente trabajo parte de un enfoque en el que se busca privilegiar la base fáctica (la información arqueológica) sin asumir de entrada que el fenómeno debe delimitarse sólo espacialmente. Bajo la estrategia de mirar “desde otra

perspectiva” los rasgos culturales “ajenos” a lo teotihuacano, sin la premisa de la segregación y marginación con que frecuentemente se asume a los grupos de origen foráneo, se intentará ubicar a los materiales arqueológicos de tipo oaxaqueño en un modelo que priorice el análisis comparativo de los datos en los diferentes niveles de agregación urbana (escalas doméstica, de vecindario y de sitio), con la finalidad de comprender las relaciones establecidas por los grupos que conformaron la sociedad teotihuacana.

1.8 Hipótesis de trabajo

Partimos del principio que la antigua ciudad de Teotihuacán es la manifestación física de una organización social compleja, cuyo desarrollo y estructuración requirió de la construcción de espacios privados y públicos, los cuales debieron estar distribuidos en la geografía del valle de acuerdo a las necesidades de los grupos que los habitaron y de las condiciones generadas por la planeación del asentamiento.

La organización compleja de la sociedad requirió de una serie de redes de interacción que involucraban a los habitantes en distintos ámbitos: el del abasto, el ideológico, el político, el administrativo, el del intercambio, por lo que dichas redes trastocaron los diferentes niveles de acción de los individuos: el doméstico, el del vecindario y el urbano, construyendo en cada uno de ellos una serie de identidades con las que cada habitante de la ciudad se incorporaba a cadenas relacionales, razón por la cual la identidad del teotihuacano no es única ni atemporal, por el contrario es dinámica, diversa y temporal, independientemente de su carga genética, de su estatus social o de sus vínculos con la periferia y las regiones externas al asentamiento.

Por lo tanto, el argumento central de la presente investigación sostiene que la ciudad antigua de Teotihuacán es la manifestación física de redes de interacción inter-regionales que se manifestaron en un modo de vivir “urbano”¹⁸, en donde las diferencias culturales y de origen de sus habitantes, pasaron a segundo término en el entramado de relaciones, intereses y estrategias administrativas, que dieron paso al establecimiento de lazos de identidad, solidaridad y competencia entre los diversos niveles jerárquicos en que se subdividió la sociedad¹⁹.

Dichos niveles jerárquicos debieron establecer redes de interacción entre sus similares dentro y fuera de la ciudad, enfatizando o participando prioritariamente en

¹⁸ Un modo de vida “urbano” es el opuesto al modo de vida rural o tradicional, según la definición de Louis Wirth (1938), quien reconocía la existencia de un mosaico de órdenes sociales en las metrópolis, pero argumentó que en el nuevo ambiente urbano industrializado (caracterizado por su gran extensión, alta densidad y heterogeneidad social) los lazos primarios de parentesco y la solidaridad mecánica, serían trastocados, modificando de manera profunda los estilos de vida “tradicionales”.

¹⁹ No dejo de reconocer que los lazos de parentesco debieron ser fuertes y que dieron sentido a muchas redes, sin embargo este ámbito aún no es factible de reconocer arqueológicamente, por lo que lo dejo en el nivel de una de las identidades a las que debieron adscribirse los habitantes urbanos.

determinadas redes, de acuerdo con los intereses que sustentaban su existencia como nivel en el orden social, razón por la cual en algunos sectores de la ciudad son más evidentes las relaciones de intercambio, en otras las ideológicas o las de abasto, en fin, todas las redes son visibles, pero hay algunas que lo son más en determinadas áreas urbanas, por los vínculos que establecieron sus habitantes.

Por otro lado, en el nivel de la interacción "cara a cara" que permiten el vecindario y las unidades domésticas, es posible observar las identidades a las que debían adscribirse los individuos, tanto al interior de la casa, como entre pares, por lo que podremos observar tanto la "fachada" como la "región posterior" de los habitantes, es decir, al menos dos de las identidades que debieron asumir y las redes a las que estuvieron vinculados.

Así, considero que la presencia de materiales foráneos de origen oaxaqueño en la antigua ciudad de Teotihuacán, es un indicador de las redes de intercambio inter-regional que funcionaron durante el Clásico y de las diversas identidades a las que se adscribieron los habitantes de la ciudad. La concentración de dichos materiales en sectores específicos del asentamiento urbano manifiesta la vinculación más estrecha de ciertos sectores sociales con las redes de intercambio e ideológicas.

Capítulo 2

2.1 La configuración urbana y sus posibles subdivisiones

La ciudad, entendida como un conglomerado urbano, ha sido siempre el elemento caracterizador de la sociedad que la ha creado y también expresión de su cultura, de sus valores y de sus actividades; ha sido fiel reflejo de su articulación, sus fundamentos culturales y de sus valores básicos, tanto en el mundo antiguo como en el actual.

Mesoamérica cuenta con una importante cantidad de proyectos urbanísticos cuya realización seguramente respondió a necesidades específicas, desprendidas tanto de los ambientes geográficos diversos como de los requerimientos sociales de los grupos que los desarrollaron.

Las ciudades mesoamericanas materializaron las necesidades de sus sociedades, constituyéndose en manifestación de entidades más amplias y complejas, como los Estados, los reinos o los imperios, por lo que su sentido más profundo debe buscarse en las funciones sociales, políticas y económicas que desempeñaban, más que en sus formas externas. Según Richard Blanton (1981: 393) la ciudad es en efecto “una manifestación del crecimiento de entidades capaces de constituir grandes regiones en sistemas integrados”. La distinción entre ciudad y pueblo reside precisamente en su función: la ciudad concentra servicios no productivos que el pueblo no ofrece, sobre todo de orden político, social y religioso.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

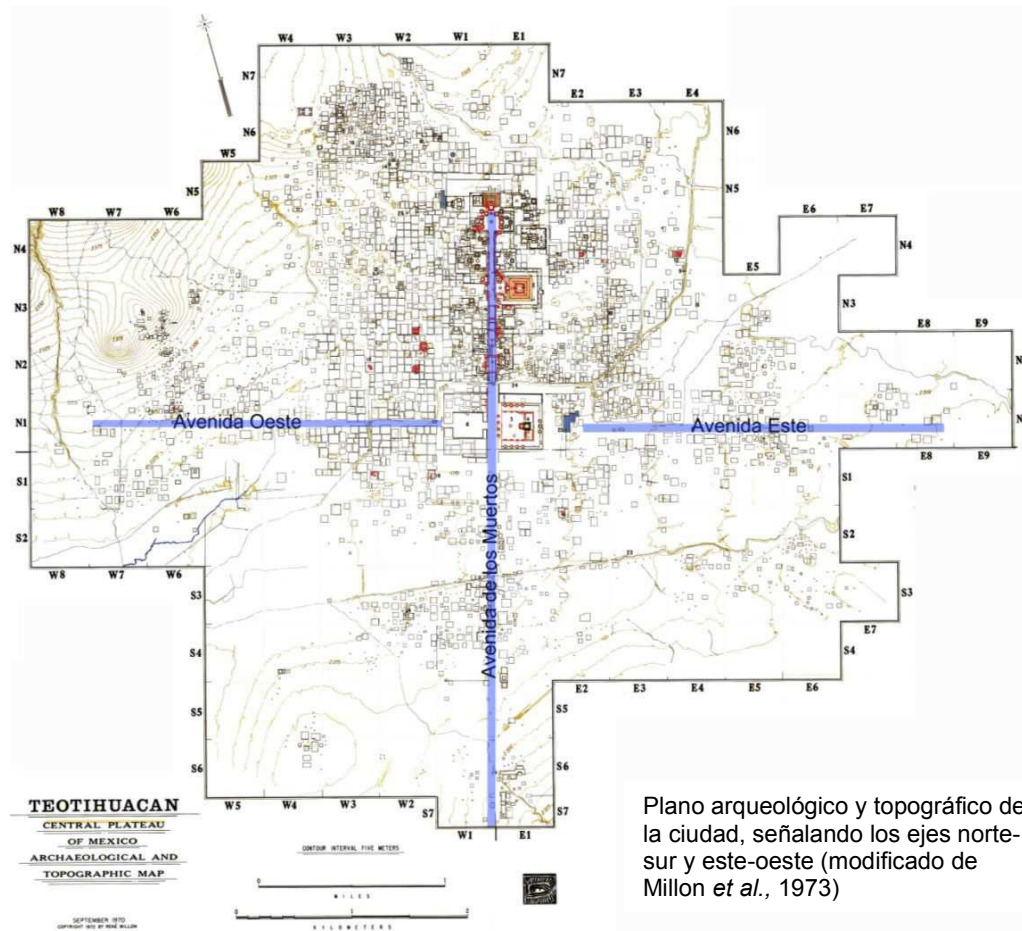
El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

2.2 Los principales ejes urbanos

En el centro de México, durante la época Clásica, Teotihuacán fue la ciudad por antonomasia. Su planeación, trazo y diseño permitieron la concentración de una población promedio de ciento veinte mil habitantes durante cinco siglos, en una superficie de 20 a 22 km². De acuerdo con Millon (1973, Parte 1: 43), la construcción del foco urbano en un período de varios siglos, pudo ser la consecuencia de un crecimiento gradual de las áreas planeadas originalmente, incluso pudo ser el resultado de una serie de adiciones al plan base cruciforme, adiciones que variaron en grados de magnitud y complejidad.

La existencia de dos ejes de trazo que rigen la orientación y crecimiento de la mancha urbana teotihuacana, ha sido uno de los planteamientos más importantes derivados del reconocimiento del TMP, pues a partir de dichos ejes se configuró una visión cuatrimpartita del asentamiento, que se habría compuesto de cuatro grandes cuadrantes. La Calle de los Muertos constituiría el eje Norte-Sur, y sería cruzada perpendicularmente por dos avenidas a la altura de La Ciudadela y el Gran Conjunto, llamadas Avenida Este y Oeste, que aunque no forman ángulos exactos de 90 grados con la primera, siguen una traza recta en los sentidos mencionados (Millon, 1973 Parte 1: 37).

Según Millon, el plan cruciforme de la ciudad y sus divisiones en cuadrantes podría datar de la fase Tzacualli (*ídem*: 52), pues la evidencia arqueológica indica que para ese momento Teotihuacán se había convertido en un importante centro religioso, con énfasis en la construcción de complejos de tres templos así como de proyectos monumentales que incluyeron la edificación de las pirámides del Sol y la Luna. Es posible que para entonces ya se hubiera definido la traza del eje Norte-Sur de la ciudad, partiendo de la Plaza de la Pirámide de la Luna hacia el sur hasta el río San Juan, sin embargo dicho eje aún no se proyectaba más allá de dicho cauce, como lo indican las construcciones localizadas entre La Ciudadela y el Gran Conjunto, al sur del río San Juan, que datan muy probablemente de la fase Tzacualli (Cabrera y Soruco, 1982: 217-219, Cabrera, 2010).



Respecto del eje oriente, el propio Millon sugiere su existencia desde dicha fase (1966: 72), sin embargo hasta la fecha existen pocos datos para corroborar arqueológicamente su presencia, incluso hay quienes argumentan que el eje este-oeste aún es debatible, pues a diferencia de lo evidente que es la Calle de los Muertos, las amplias avenidas perpendiculares podrían corresponder a los remanentes de pequeñas calles, plataformas bajas o diferencias topográficas relacionadas con la existencia de cursos de agua (naturales y artificiales), pues no existen montículos que las delimiten ni evidencias de piso que definan los amplios espacios abiertos que avenidas de esa importancia hubiesen requerido (Sugiyama, 1993: 110). En este sentido es importante mencionar que en el límite oriente de La Ciudadela, el equipo del TMP reconoció un posible depósito de agua asociado a un cauce natural, el cual fue modificado para evitar su paso hacia el complejo monumental (ver planos de sectores N1E3-5). Dicho cauce fue registrado en décadas recientes a través de una excavación de salvamento, en la que se exploró un amplio canal que corre en dirección este-oeste, justo al centro de

la hipotética avenida, y tiene una profundidad de 3.20 m por 37 m de ancho (Aguilera, 1997), por lo que sería difícil establecer un paso franco hacia la Calle de los Muertos desde esta sección.

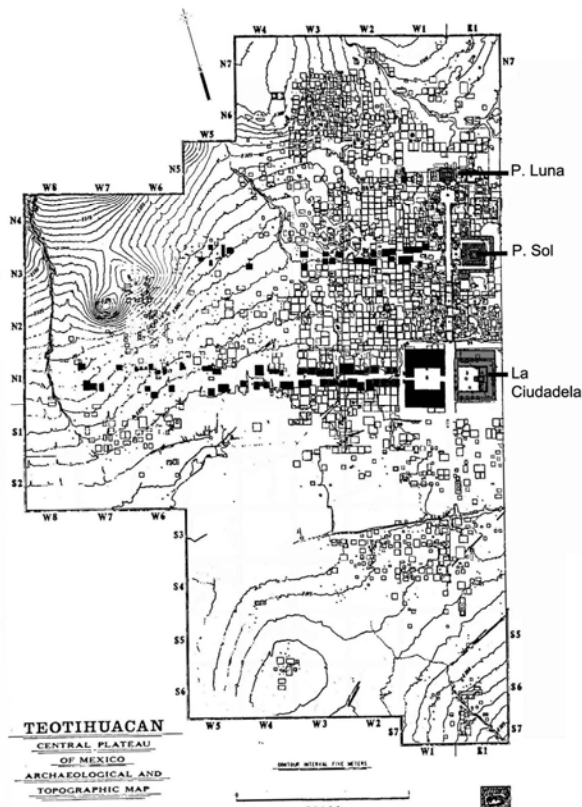
Por otro lado, entre las escasas evidencias de la Avenida Este, se encuentran los vestigios arquitectónicos localizados durante el salvamento arqueológico “Carretera Tulancingo-Pirámides, libramiento Teotihuacán” (Rodríguez, 1996), cuyas excavaciones liberaron el conjunto arquitectónico 11:N1E6, dejando al descubierto dos amplias plataformas cuadrangulares de baja altura, construidas en la parte central del remate de la hipotética Avenida Este, así como amplios muros que corresponden a plataformas transversales que parten de las ya mencionadas, hacia lo que serían los límites de la avenida en el norte y sur, cubriendo una longitud de 76 m. Las construcciones datan de la fase Miccaotli, aunque hay datos que indican que desde la fase Tzacualli ya había un asentamiento en el área, con arquitectura que difiere en buena medida de las orientaciones teotihuacanas de fases posteriores (Delgado, 2000: 215-224). No se detectaron muros que delimitaran la Avenida Este en sus flancos norte y sur, pero la presencia de arquitectura que no es de carácter doméstico y que requiere de una importante inversión de trabajo en su construcción —por presentar características monumentales (las grandes plataformas transversales no son comunes en espacios habitacionales)— podría indicar, por lo menos, la realización de actividades de carácter público que rebasaron el nivel doméstico o local.

Pasemos ahora a revisar la situación hacia el poniente de la Calle de los Muertos; en dicho flanco existen al menos dos posibles ejes que comunican al sector con el área monumental, el primero de ellos parte desde la Pirámide del Sol y, a juicio de Cabrera (2010), debió ser uno de los ejes más importantes de la primera traza urbana, la cual tenía como punto central la gran pirámide con su cueva subyacente. Cabrera retoma los planteamientos de Sellerier (1983) y Angulo (1997) en el sentido de la posible existencia de una avenida o calle que permitía el acceso a la Plaza de la Pirámide del Sol desde el poniente, a través de una serie de plazas concatenadas, que para el año 600 d.C. habían sido bloqueadas por otras construcciones, por lo que la única evidencia clara de la hipotética calle era un conjunto de 3 templos (31 A, B, C, D:N3W2), localizado en su flanco norte (Angulo, 1997: 189).

Dicha presunción se basa principalmente en el análisis del plano arqueológico y topográfico de la ciudad (Millon *et al.*, 1973), enfatizando la relevancia simbólica que debió tener un elemento de esa naturaleza, al especificar que la traza de la calle

coincidía con la puesta del sol en su paso cenital y se alineaba con una muesca creada por el relieve de los cerros Malinalco y Colorado Chico (Angulo, *op. cit.*: 187). A la fecha no se han llevado a cabo excavaciones que permitan argumentar la existencia de la calle con datos más sólidos.

Adicionalmente, hacia el sur se localizaría la hipotética Avenida Oeste, de la cual se cuenta con menor cantidad de información que la que existe para su contraparte oriental. Este elemento debió comunicar al Gran Conjunto con la sección poniente de la ciudad, en una trayectoria aproximada de 3 km de largo por 40 m de ancho, de los cuales los primeros 500 m al oeste del la plataforma del Gran Conjunto siguen una trayectoria paralela al Río San Juan hasta entroncar con la Barranca Cozotlán,¹ de tal forma que no hay evidencias de que dicha avenida efectivamente haya funcionado como medio de comunicación directo hacia la Calle de los Muertos, pasando por el Gran Conjunto.



Ubicación de las dos posibles avenidas que pudieron haber comunicado al sector poniente de la ciudad con el eje norte-sur. Se marcaron en color negro las estructuras que hipotéticamente delimitan dichas avenidas (modificado de Millon *et al.*, 1973, por Verónica Ortega).

¹ La Barranca Cozotlán se encuentra alineada con la Calle de los Muertos, por lo que se considera es un elemento natural modificado por los teotihuacanos para adaptarlo a la traza de la ciudad, al igual que la barranca Malinalco y otros escurrimientos localizados en las laderas bajas de la serranía del Malinalco (Nava Rivera, 2008).

Es importante mencionar que las desviaciones del cauce del río San Juan para flanquear el sitio en el que se construirían La Ciudadela y el Gran Conjunto crearon un amplio espacio con apariencia de entrada a dichos complejos arquitectónicos, sin embargo cuando revisamos a detalle los sectores N1W2 y N1E2 podemos observar que dicha área se relaciona en mayor medida con los cursos desviados del río que con la creación de una vialidad que comunicara hasta la Calle de los Muertos. Excavaciones futuras podrán corroborar la existencia de las avenidas este y oeste, pero por el momento solo podemos afirmar que éstas terminan por lo menos 500 m antes de llegar al eje nort-sur de la ciudad.



Localización de los elementos mencionados en el texto (tomado de Millon *et al.*, 1973, con modificaciones mías).

2.3 La sección poniente de la mancha urbana

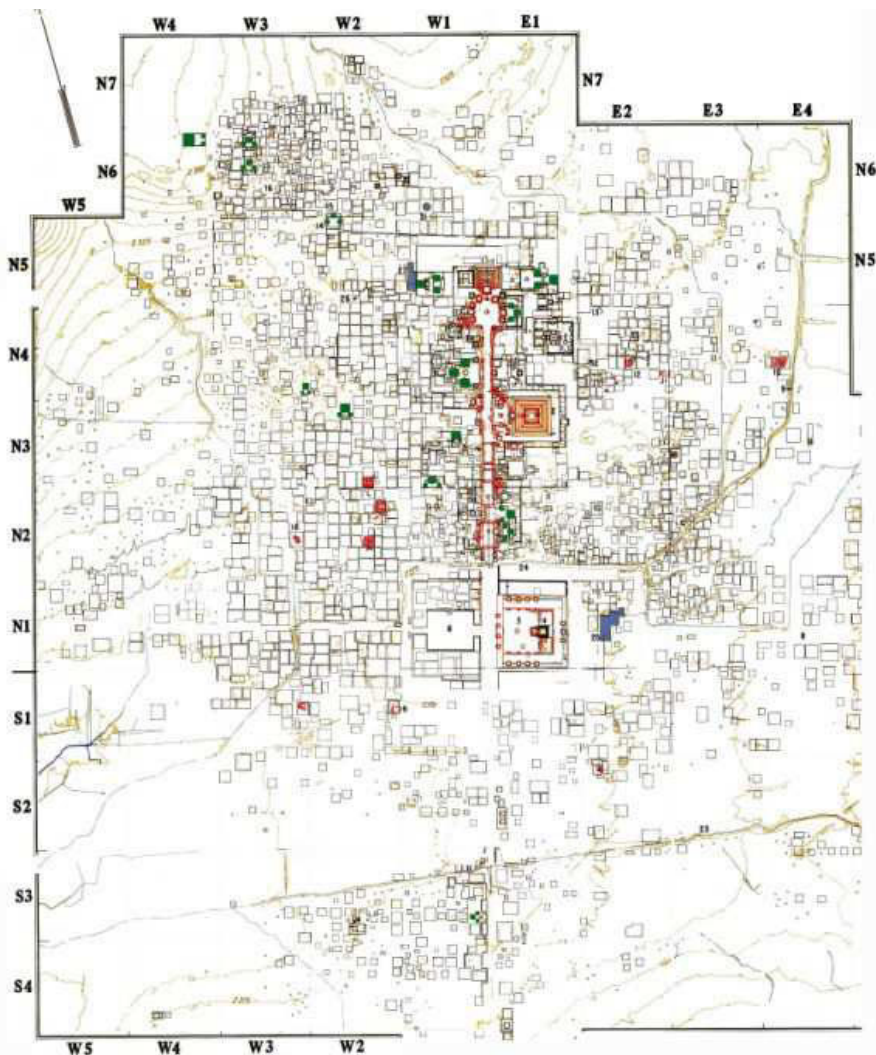
La razón por la que damos relevancia a esta sección, es porque en ella se localizan las mayores concentraciones de cerámica gris de manufactura foránea, así como los tres agrupamientos en los que se ha identificado cerámica gris de origen local, incluyendo el conocido “Barrio Oaxaqueño”.

Desde los reconocimientos del TMP se hizo evidente que los posibles cuatro grandes sectores de la ciudad presentaban enormes diferencias en cuanto a densidades de construcción y distribución de los espacios para la fase Xolalpan, las cuales en buena medida estaban determinadas por las condiciones y características de la geografía, así como de los recursos aprovechables. Particularmente la mitad poniente de la urbe (partiendo del eje principal N-S de la ciudad, la Calle de los Muertos) muestra una mayor concentración de construcciones prácticamente desde los primeros momentos del asentamiento, sobre todo en el cuadrante NW.

De acuerdo con Millon (1973, Parte 1: 38) dicho cuadrante tiene suelos escasos, pobres para el cultivo, lo que pudo ser la razón para que el asentamiento urbano se diera en esta área desde épocas muy tempranas, favoreciendo así el uso de la sección sur del valle para las actividades agrícolas, por contar con suelos profundos y la presencia de diversas fuentes de agua (ríos, barrancas y manantiales). De hecho este autor establece que hacia la fase Patlachique debieron existir al menos dos pueblos que abarcaban una superficie aproximada de 4 km², localizados en la parte norte de lo que posteriormente sería la ciudad; uno de ellos ocupaba las laderas baja y media de los cerros Colorado y Malinalco (Millon 1966: 71), extendiéndose hacia el oeste en dirección del actual pueblo de Maquixco (Cowgill, 1977; Rattray, 2001), mientras que el otro se extendía entre Oztoyohualco y lo que actualmente es el pueblo de San Francisco Mazapa, hacia el norte. Sellerier, en cambio, menciona la posible existencia de al menos 25 pequeños poblados en la fase Patlachique, algunos de ellos de muy baja densidad, pero la concentración poblacional más alta se ubicaba principalmente en los sectores hacia el

NW y SW del cerro Colorado, formando dos núcleos unidos por una ocupación continua del terreno al norte y este de la eminencia natural (1983: 148).

Durante la fase Tzacualli ocurrió una “verdadera explosión demográfica en el sector noroeste de la ciudad (la ciudad vieja) y en la vecindad de la Pirámide de la Luna” (Rattray, 2001: 362). La concentración de edificaciones en dicha área demuestra una alta densidad demográfica, que habitó un espacio urbano abundante en templos y con un patrón de complejos arquitectónicos que se “apiñonan” y muestran dimensiones reducidas, comparadas con las que veremos en épocas más tardías en el resto de la ciudad (Cowgill, 2008: 105). En esta área existen al menos dos complejos de tres basamentos, relativamente grandes, lo cual ha llevado a Cowgill a pensar que podría tratarse de un distrito urbano con cierto nivel de independencia de la autoridad central, a pesar de que la orientación de las edificaciones guarda el patrón que rige a toda la ciudad.



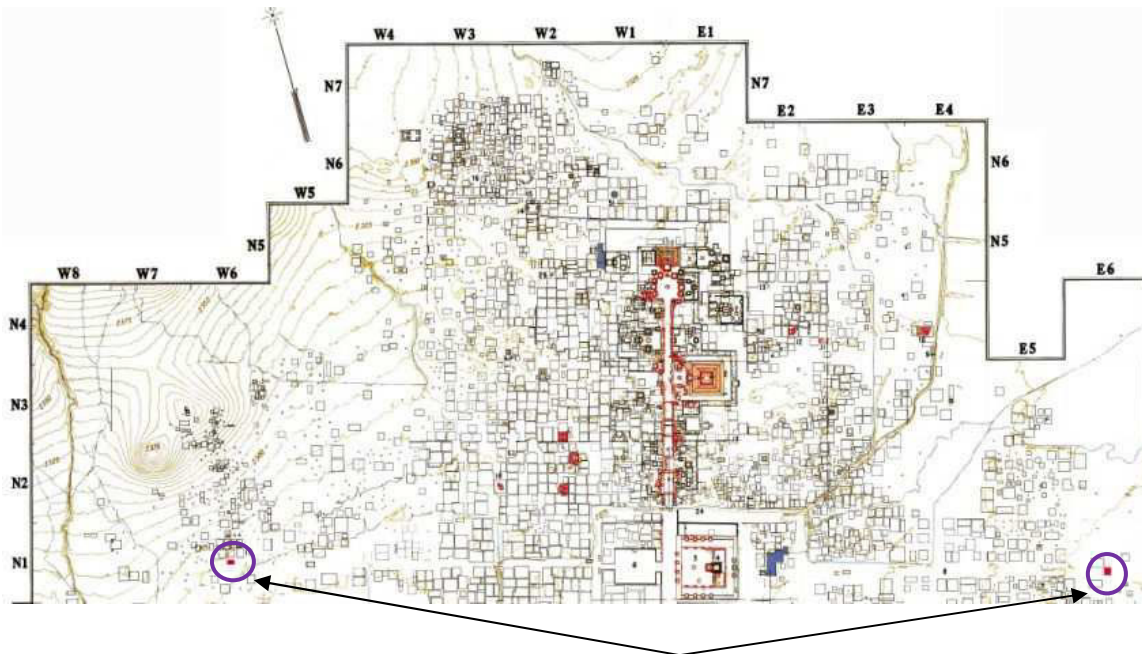
Fragmento del plano de la ciudad en el que se muestran, en color verde, los complejos de tres templos. Nótese que la mayor concentración de ellos se localiza en la parte poniente de la ciudad (modificado de Millon *et al.*, 1973).

Es por tanto, el cuadrante NW de la mancha urbana, el que cuenta con la mayor cantidad de templos y conjuntos arquitectónicos que cualquier otra sección de la ciudad, prácticamente desde la fase Tzacualli e incluso Patlachique, constituyéndose en el asentamiento más antiguo, razón por la que se le denominó la "Ciudad Vieja", además de presentar la mayor cantidad de unidades en las que se desarrollaron actividades artesanales especializadas (ver Millon, 1973 Parte 1: 38). Otra de las particularidades de la sección poniente de la mancha urbana es la presencia de enormes muros alineados en torno a la Pirámide de la Luna, principalmente en sus lados norte y poniente, los cuales pudieron tener funciones defensivas, impidiendo el acceso a la Calzada de los Muertos (*ídem*).

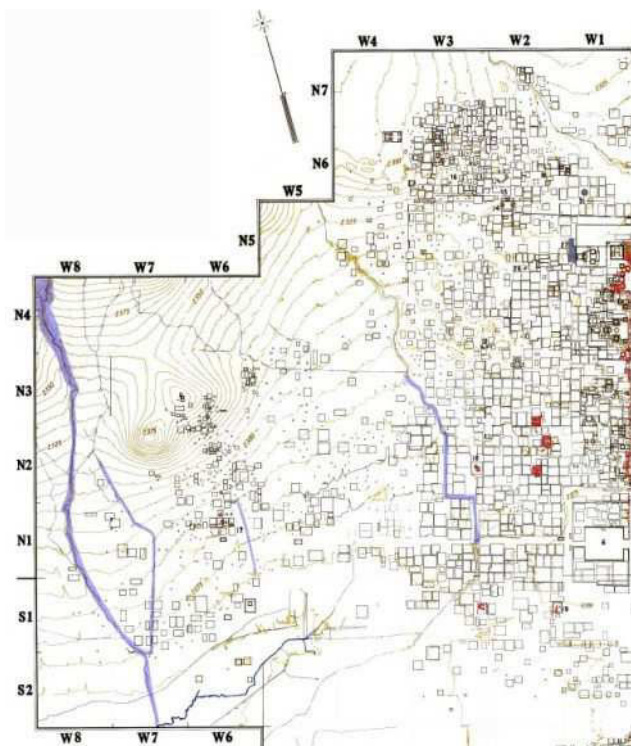
Como mencionamos líneas arriba, uno de los principales ejes de trazo en el área poniente de la ciudad es la hipotética avenida Oeste, sin embargo varios montículos obstruyen el curso de la calle en varias partes (Drewitt, 1966: 84), aspecto que fue abordado por Millon en 1973, quien propuso que el hecho podría deberse a la existencia de límites originales de la extensión de la ciudad, los cuales habrían sido fijados en los ejes principales, de tal forma que la Avenida Este estaría delimitada por la estructura 11:N1E6, mientras que la Avenida Oeste habría rematado originalmente en la estructura 34:N1W6. Ambos montículos se encuentran exactamente a 3.5 km de distancia de la Calle de los Muertos. Bajo este supuesto también se plantea una posible frontera que definiría lo que se encuentra "dentro de la ciudad" y lo que se encuentra "fuera de la ciudad" (Millon, *op.cit.*: 43), incluso se llega a aseverar que el "Barrio Oaxaqueño" se encontraba fuera de la ciudad de manera deliberada y que, al igual que el resto del asentamiento que rebasaba dichos límites, podría ser considerado como diferente. Sin embargo a la fecha no existen datos que puedan corroborar este planteamiento, por el contrario, considero que Millon se apresuró en interpretar los datos de superficie en lo tocante a este tema, dando la impresión de la existencia de políticas excluyentes hacia los grupos foráneos.

Otros elementos que resultan relevantes de la sección poniente de la ciudad, son los rasgos topográficos que, en ocasiones, fueron modificados posiblemente dentro de un programa de aislamiento defensivo del asentamiento. En este sentido existen principalmente 3 barrancas o cauces de aguas broncas en el área; así de oriente a poniente encontramos la llamada Cozotlán, posteriormente la Malinalco y finalmente la gran barranca del Coche, todas ellas relacionadas con la serranía del Malinalco. Estas barrancas constituyen importantes barreras naturales al tiempo que proveen de agua y materiales para la construcción, principalmente arenas y cantos rodados, los cuales

fueron intensamente utilizados en la manufactura de muros y empedrados de los conjuntos departamentales, como podremos ver más adelante.



Estructuras 34:N1W6 y 11:N1E6



Barrancas localizadas en la sección poniente de la ciudad (modificado de Millon *et al.*, 1973).

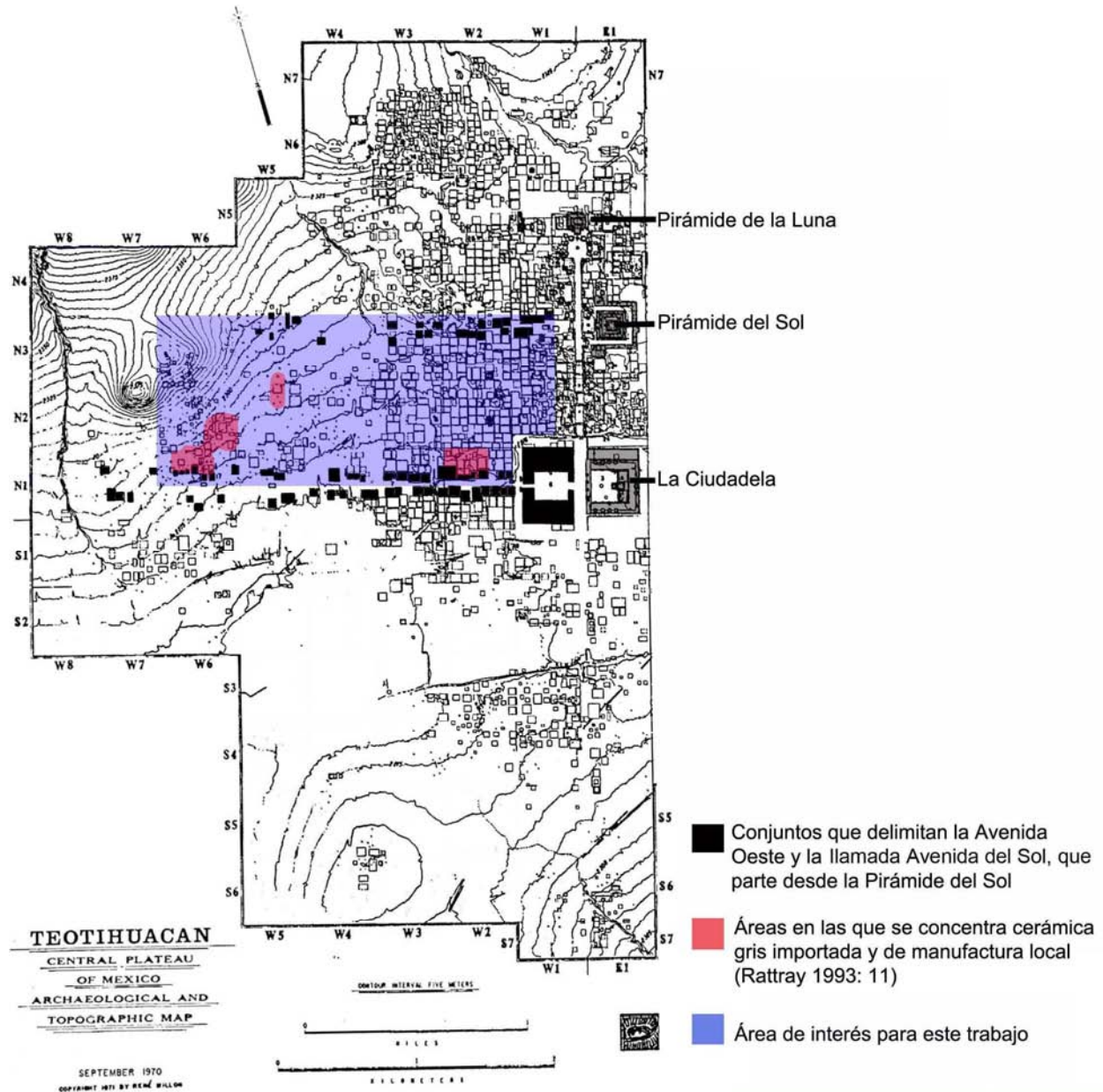
Hacia el sur de la Avenida Oeste, el asentamiento es menos nucleado y se concentra principalmente en torno a los ejes poniente y sur, así como en la ribera sur del río San Lorenzo. Sin embargo, datos obtenidos por excavaciones profundas en el cuadrante SW, principalmente a través de trabajos de salvamento arqueológico, demuestran que en tiempos teotihuacanos esta zona mostraba un desnivel topográfico abrupto respecto de la parte central de la ciudad, por lo que los vestigios de arquitectura de fases teotihuacanas se localizan debajo de los 4 m de profundidad, razón por la cual no pudieron ser detectados por los recorridos de superficie del TMP. La relevancia de esta información radica en el hecho de que la ciudad pudo ser más extensa de lo que muestra el plano arqueológico, y que los teotihuacanos aprovecharon el área como zona urbana y no como campos de cultivo, idea que ha prevalecido por varias décadas (González y Sánchez, 1991).

Así, *grosso modo*, podemos observar que la sección poniente de la ciudad es, en gran medida, el corazón de la dinámica urbana desde tiempos muy tempranos, que alberga casi el 70% de los conjuntos arquitectónicos, la mayor parte de las áreas de producción de manufacturas, una buena cantidad de templos y múltiples obras de ingeniería hidráulica que transformaron el paisaje natural en un escenario apto para la residencia. Su contraparte oriental, sin embargo, alberga los complejos monumentales más importantes de la ciudad, aquellos que marcaron la vida política, religiosa y económica de la sociedad, complementando la visión de la urbe y equilibrando las dos principales secciones en que está dividido el asentamiento.

Para finalizar, vale la pena hacer mención de las observaciones de Sellerier (1983: 122) respecto de la funcionalidad de la Calle de los Muertos, quien después de realizar un análisis detallado del plano arqueológico, expone que "(...) debido a su extrema grandiosidad, juzgamos que difícilmente sirvió de medio de comunicación para los teotihuacanos en su vida diaria; antes bien constituía una barrera entre los sectores noroeste y noreste. Podría haber servido únicamente como medio de relación interna entre los conjuntos del área sagrada (...)". De ser así, podríamos estar ante dos grandes secciones que no se vinculaban de manera directa en lo cotidiano, situación que pudo no ser deliberada y, en caso de serlo, estamos muy lejos de comprender su significado social.

Sin embargo para los fines de este trabajo resulta significativo, pues las concentraciones de cerámica gris de manufactura local se encuentran específicamente en el cuadrante NW, por lo que enfocaremos la recopilación de información

arqueológica a un área muy específica, localizada entre los dos posibles ejes urbanos que la definen (Avenida del Sol y Avenida Oeste), entendiéndola como una unidad espacial, en la que se desarrollaron dinámicas sociales que incluyeron la vinculación entre grupos de diverso origen geográfico, imprimiendo un sello muy particular al área.



En 1973, Millon estableció que el rápido crecimiento de la ciudad hacia el final de la fase Patlachique e inicios de la Tzacualli no pudo tener lugar sin una organización social que permitiera la incorporación de grupos foráneos, construyendo cuartos para que los habitaran, ya fuera individualmente o en grupos, para que la gente de los alrededores se moviera a la nueva ciudad, para lo cual la sociedad debió estar estratificada y compuesta por diversos grupos (1973, Parte I: 54). La formación del estado teotihuacano debió acelerarse en el proceso de la resolución de conflictos y antagonismos.

Y es que desde el formativo terminal es posible visualizar una fuerte interacción cultural en el altiplano central, en una región comprendida por el Valle de México y partes adyacentes del sur de Hidalgo, el oeste de Puebla-Tlaxcala y Morelos. De acuerdo con Rattray "... Los distintos recursos de las regiones de la tierra fría y de la tierra templada y los mecanismos necesarios para su distribución se vieron como el estímulo para que se diera una intensa interacción entre las regiones..." (Rattray, 2001: 360). La fase Tzacualli se caracteriza además por una enorme movilidad poblacional que fluye en gran medida hacia el Valle de Teotihuacán (Sanders, Parsons y Santley, 1979: 127), ya sea por los efectos ecológicos provocados por los eventos volcánicos del sur y oriente de la Cuenca de México (Manzanilla, 1997: 20-23), como por la atracción generada al desarrollarse grandes proyectos constructivos (Pirámides del Sol y la Luna), en los que pudieron estar involucrados grupos especializados provenientes de la Costa del Golfo y de Puebla-Tlaxcala (véase Rattray, 2001: 362).

En este contexto es muy probable que personas relacionadas con la región oaxaqueña llegaran a Teotihuacán, a través de diversos corredores culturales, de entre los que sobresale el del valle Puebla-Tlaxcala, en donde se localiza el llamado "corredor teotihuacano", mismo que "... cruza las llanuras de Apizaco rumbo a Huamantla donde posiblemente se bifurca hacia el Golfo central y hacia el valle poblano, Tehuacán y Oaxaca..." (Vega Sosa, 1981: 44). Este corredor existía desde el Clásico temprano (fase Tenanyécac 100-650 d.C.) y hay evidencias de un intercambio cultural importante prácticamente desde la fase Tzacualli (Vega Sosa, *op.cit.*, López y Argote, 2007: 174).

En lo que respecta a Oaxaca, hacia la fase Rosario (700-500 a.C.) la información arqueológica disponible indica que durante las etapas anteriores a la fundación de Monte Albán, la élite de San José Mogote afianzaba su poder a través del desarrollo de redes de intercambio de mercancías entre regiones distantes, que incluían la Cuenca de México y la costa del Golfo (González Licón, 2011: 141), situación que permitió una comunicación temprana entre Teotihuacán y los valles centrales oaxaqueños. Este punto

es fundamental, pues nos permite inferir que en la conformación de la sociedad teotihuacana, pudieron participar grupos relacionados con la cultura arqueológica de Oaxaca, aunque aún no es posible determinar hasta qué punto y específicamente en qué ámbitos de acción lo hicieron. Lo que si sabemos, es que en fases subsecuentes la relación entre las dos metrópolis incluyó aspectos económicos y políticos que quedaron evidenciados en diversos materiales y contextos arqueológicos.

Capítulo 3

3.1 Los materiales arqueológicos del vecindario de *Tlailotlacan*

Bajo los criterios establecidos en el capítulo anterior, desglosaremos la información arqueológica utilizando el concepto de **vecindario**, por lo que haremos referencia a los elementos físicos que aíslan determinadas agrupaciones sociales, así como a los patrones identificables de cultura material, que nos permitan establecer parámetros acerca de su composición social.

En este sentido, el presente capítulo integra datos arqueológicos obtenidos en la sección norponiente de la mancha urbana del Clásico, área a la que se le ha denominado “Barrio Oaxaqueño”. Para fines prácticos y siguiendo a Spence (1989 a, 1989 b, 1996, 1998, 2002), utilizaremos el vocablo náhuatl *Tlailotlacan*, nombre indígena del barrio de San Juan Evangelista, Teotihuacán, comunidad actual que se asienta sobre los vestigios arqueológicos.

Los conjuntos explorados se localizan en los sectores N1W6-N1W5 y N2W6-N2W5, donde se han implementado excavaciones derivadas de proyectos de investigación específicos, así como salvamentos arqueológicos, recuperando información de una veintena de estructuras. Presentaremos datos de aquellos conjuntos arquitectónicos explorados en los límites definidos por Evelyn Rattray como el asentamiento oaxaqueño (1993), así como de otros que, aunque se encuentran fuera de dichas fronteras, presentan rasgos similares o se relacionan con los primeros.

Esta sección de la mancha urbana se localiza en la ladera baja de la serranía conformada por los cerros Colorado, Colorado Chico y Malinalco. El espacio geográfico se encuentra dominado por barrancas y barranquillas, algunas de las cuales parecen haber sido modificadas en su cauce para hacerlas correr de manera paralela a la Calzada de los Muertos, como la Barranca Malinalco y la barranquilla Cerro Colorado.



Universidad Nacional
Autónoma de México

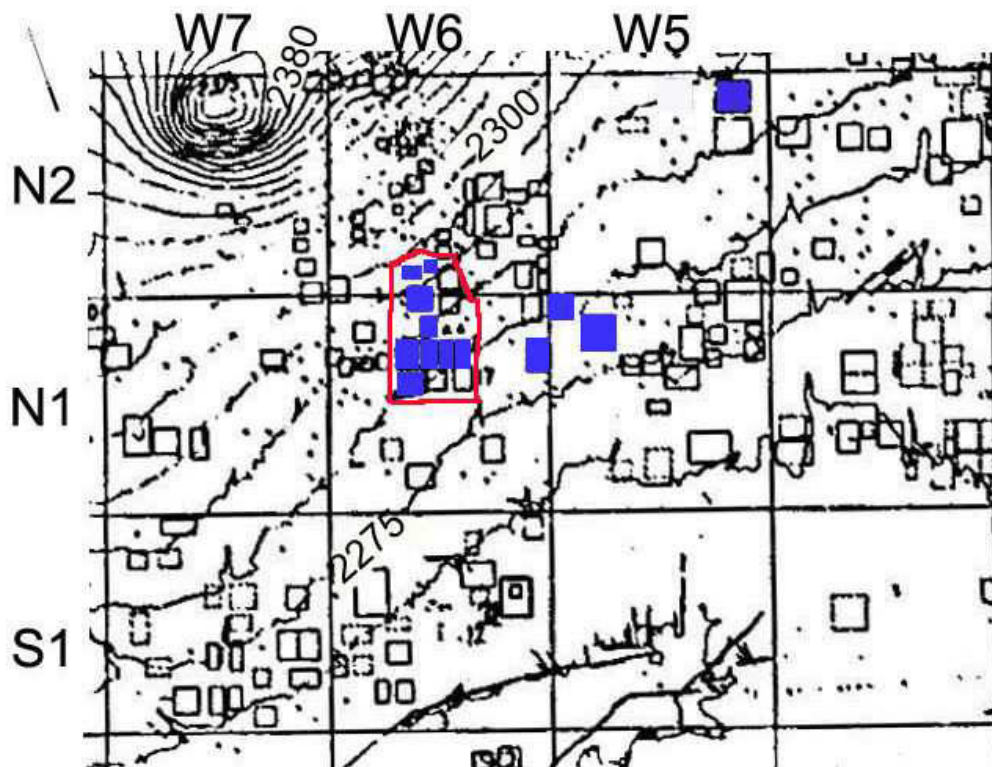


UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



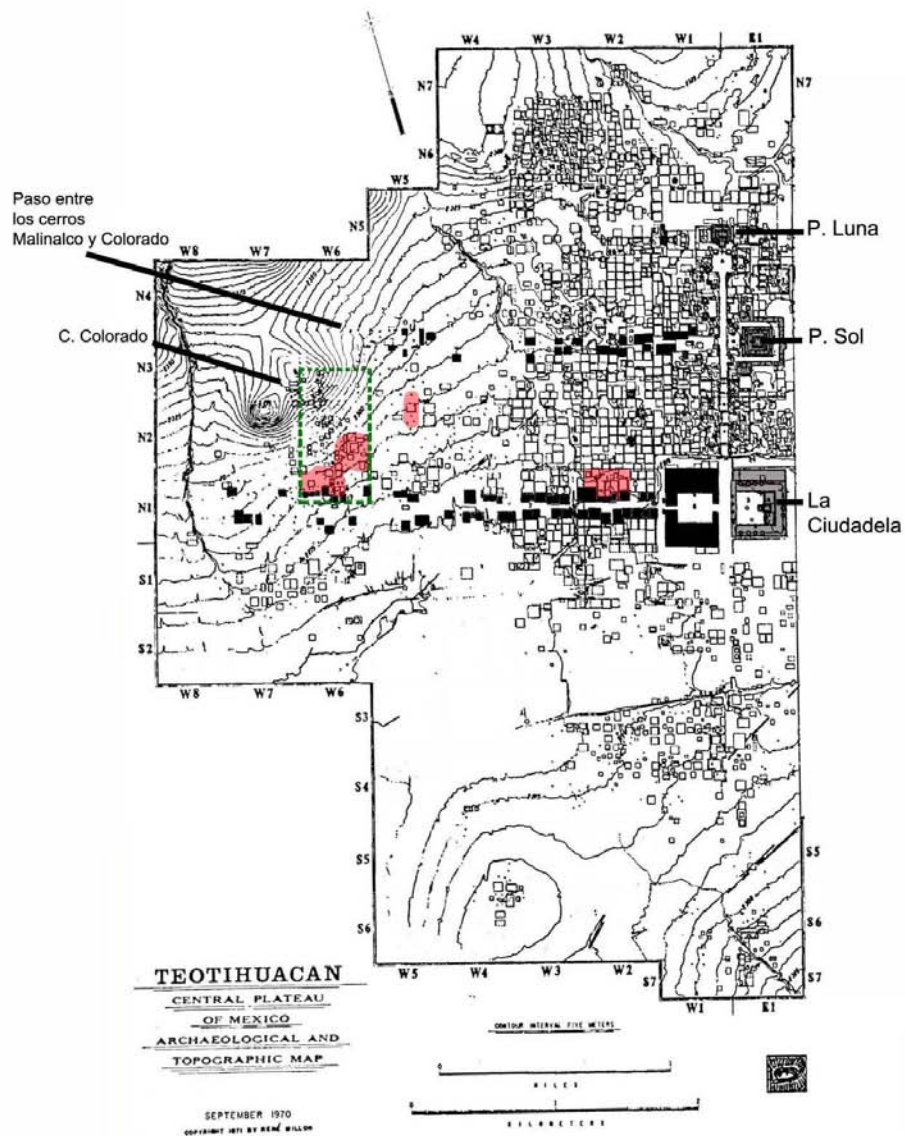
Plano de ubicación de los conjuntos arquitectónicos a los que se referirá este apartado. En color rojo se ha delimitado el llamado "Barrio Oaxaqueño". (Redibujado de Millon *et al.*, 1973 con datos de Rattray, 1993).

Existen pendientes pronunciadas debido a las elevaciones topográficas, por lo que la erosión y acarreo de material ha provocado la existencia actual de suelos poco profundos e inclusive el tepetate o roca estéril se puede observar en superficie. En cuanto a la vegetación, hoy en día es un área con arbustos pequeños, árboles de huizache y pirúl, algunas nopaleras y pastizal, sin embargo en el plano arqueológico (Millon *et al.*, 1973) se señalan numerosas terrazas en el área, las cuales al parecer se construyeron aprovechando el relieve del propio terreno, minimizando las fuerzas erosivas generadas por la pendiente.

Diversas excavaciones han documentado la existencia de canales artificiales excavados en el tepetate, que pudieron ser aprovechados para la obtención y abastecimiento de agua, tanto para el riego como para consumo humano. Existen algunos estudios en los cuales se menciona que dichos canales debieron formar parte de un complejo sistema de irrigación en épocas anteriores al asentamiento del clásico (Nichols, Spence y Borland, 1991), no obstante considero que éstos más bien debieron conducir el agua de lluvia hacia depósitos excavados en el tepetate, hoy conocidos

como jagüeyes, de los cuales existen varias evidencias en el área (Millon, 1966 c; Cid Beciéz, 1992 y Ortega, 2008); pues la irrigación de campos de cultivo es poco probable, ya que la ocupación del clásico parece haberse dado en una superficie carente de suelos apropiados para la agricultura, como podremos ver más adelante.

El abastecimiento de agua para consumo humano también se efectuó a través de la excavación de pozos artesianos, como lo demuestran los datos recabados en la estructura arquitectónica 19:N2W5 (Gómez, 2002), así como en las inmediaciones del sitio 22:N1W6 (Cid Beciéz, 1992).



Vecindario de *Tlailotlacan*. En el recuadro verde se señala la agrupación de conjuntos arquitectónicos con presencia de cerámica gris de manufactura local, en la que se encuentra el llamado “Barrio Oaxaqueño”. Se observa el contexto urbano general (Modificado de Millon *et al.*, 1973, por Verónica Ortega).



Detalle de los sectores N1W5-6 y N2W5-6 en los que se marcaron en color azul marino los conjuntos arquitectónicos a los que nos referimos en el capítulo y en azul claro los principales cauces de agua, así como la ubicación de los jagüeyes localizados por diversos investigadores (modificaciones sobre los planos de Millon *et al.*, 1973).

3.2 Arquitectura

Los conjuntos arquitectónicos explorados hasta la fecha en este sector, guardan cierto grado de correspondencia en cuanto a dimensiones, configuración interna y materiales constructivos, respecto de otros localizados cerca del área núcleo o monumental de la ciudad. En general se ha considerado que se trata de conjuntos departamentales teotihuacanos típicos (Millon, 1973 Parte 1; Cowgill, 2007; Rattray, 1987, 1993; Spence, 1989, 1992; Cid, 2011).

La mayoría de los conjuntos departamentales conocidos en Teotihuacán están fechados en las fases Tlamimilolpan y Xolalpan Temprano; al parecer su construcción coincide con la expansión de la producción artesanal en la ciudad y con el desarrollo cultural teotihuacano fuera de la Cuenca de México (Millon, 1981: 209). Se ha intentado dar una definición general válida para este tipo de estructuras basándose en sus características arquitectónicas, sin embargo existen diferencias notables entre ellas, por lo que la mayor parte de las descripciones pone énfasis en sus características formales más evidentes. Sirva de ejemplo la siguiente cita:

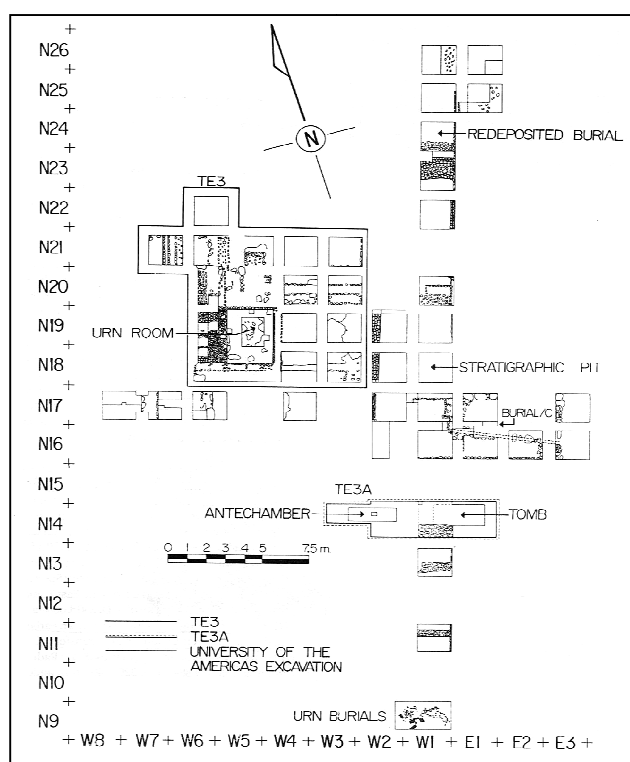
...Los conjuntos habitacionales generalmente consisten en varios cuartos a diversos niveles, dispuestos alrededor de patios abiertos (algunos son de tipo ritual, y otros sirven de colectores de agua pluvial y de receptores de desechos, además de proporcionar ventilación y luz); constan de diversos "apartamentos" unidos por pasillos de circulación; tienen santuarios domésticos, y todo el conjunto está circundado por un muro externo... (Manzanilla, 1996: 33).

Las particularidades de la vida doméstica y la especialización laboral de los habitantes de Teotihuacán son consideradas factores determinantes para la vida en conjuntos departamentales. Millon (1976: 221) menciona que éstos estuvieron asociados a talleres y que en su mayoría el sitio de trabajo y el de residencia no debieron de estar separados, reforzando la hipótesis de que pudieron haber sido ocupados por grupos corporativos que compartían oficio, parentesco y territorio doméstico, ya que los materiales de superficie mostraban ciertos patrones de especialización artesanal en conjuntos separados (Spence, 1966, Millon, 1967, 1968).

- **Conjunto Arquitectónico 7:N1W6 (TL7)**

En 1966 el equipo encabezado por John Paddock exploró 78.75 m² de un conjunto de aproximadamente 1000 m², llegando a la roca estéril o tepetate únicamente en 11.25 m², mientras que en el resto la exploración terminó en el primer piso que encontraron, es decir, el último nivel arquitectónico conservado hasta ese momento (Paddock, 1983: 171).

Entonces se descubrieron varios cuartos y espacios arquitectónicos de estilo teotihuacano, así como tres entierros, uno de los cuales estuvo asociado a fragmentos de una urna zapoteca de la época II-III A y tiestos de incensarios teotihuacanos.



Plano de excavación en el sitio 7:N1W6 (TL7) TMP (TE3, TE3A, 1967) y Universidad de las Américas (1966). (Tomado de Rattray, 1993).

A finales de 1967 René Millon comisionó a Juan Vidarte para excavar de manera intensiva la parte noroeste del mismo conjunto, liberando entonces 64 m² adicionales a los del proyecto de John Paddock, complementando la información al reportar la presencia de un depósito funerario en una estructura arquitectónica con las características de una tumba zapoteca, cuyo acceso contaba con una jamba, en la que se talló una inscripción perteneciente al sistema de escritura zapoteca con el glifo "nueve temblor o 9 movimiento". También localizó una urna de estilo Monte Albán IIIA, rota

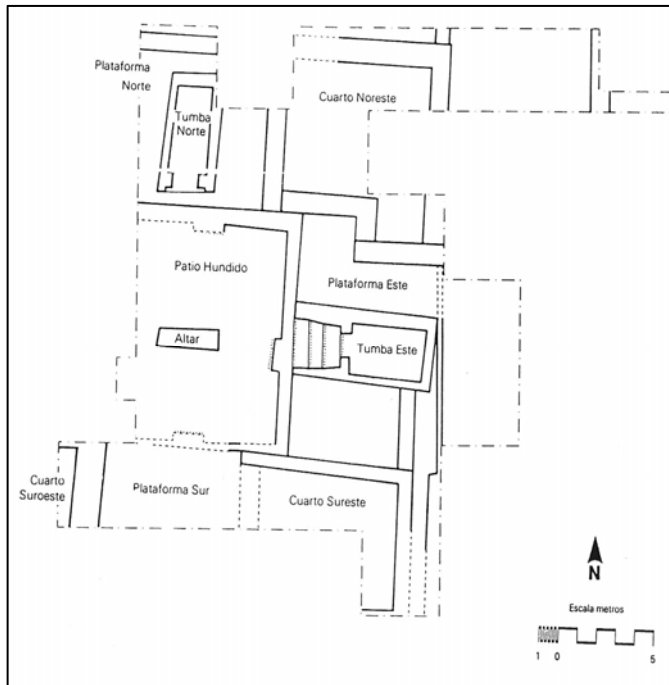
intencionalmente en un evento ritual fechado hacia la fase Metepec, en una habitación que fue rellenada para construir otro nivel arquitectónico sobre ella. La arquitectura del conjunto era de características teotihuacanas, incluso reporta la presencia de un basamento con fachada de talud-tablero y una escalinata central, que probablemente formaba parte de un espacio público (plaza).

Si consideramos las excavaciones de manera integral, tenemos a la vista un conjunto arquitectónico conformado por al menos una plaza, delimitada por basamentos con talud-tablero, asociada a diversos cuartos, en algunos de los cuales se localizaron entierros extendidos, así como los restos de una tumba que fue reutilizada en diferentes momentos. De acuerdo con Millon (1967: 43), el conjunto contaba con al menos 4 momentos constructivos, lo que nos muestra la dinámica constante de ampliar, modificar y reconstruir los espacios. Desafortunadamente lo limitado de estas excavaciones no nos permite definir la contemporaneidad de los elementos arquitectónicos, es decir no hay evidencia de la asociación entre la tumba con la plaza y los basamentos con fachadas de talud y tablero, o con los muros de adobe, lo que nos ayudaría a entender si las transformaciones a los espacios respondieron a un cambio en el concepto arquitectónico global o la configuración del conjunto sólo cambió por las necesidades de ampliar, reducir, abrir o clausurar espacios.

- **Conjunto Arquitectónico 6:N1W6 (TL6)**

En 1987, bajo los auspicios del *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada (SSHRC)*, Michael Spence realizó excavaciones en el conjunto 6:N1W6, localizado justo al poniente del conjunto 7:N1W6 que habían intervenido Millon y Paddock dos décadas antes. Sus exploraciones abarcaron un área de 130 m² en la sección noreste del conjunto y pusieron al descubierto una plaza con altar central, rodeada de tres plataformas, debajo de las cuales se hallaron dos tumbas.

Se registraron al menos ocho etapas constructivas (Spence, 1989a: 81-82), de las cuales las dos más antiguas contaban con muros de adobe. Para la tercera etapa se registró una plataforma, cuya fachada es de adobe, construida sobre un piso de piedra (posiblemente un empedrado).



Plano de excavación en el sitio 6:N1W6 (TL6) *Tlailotlacan*, "Barrio Oaxaqueño", (Tomado de Spence, 1989c: 65).

En la etapa siguiente, fechada hacia la fase Xolalpan Temprano, Spence reporta la presencia de un patio hundido con piso empedrado, delimitado por una serie de habitaciones en sus esquinas noreste y suroeste, las cuales contaban con pisos de argamasa y enlucido de estuco (*ídem*: 87). Las plataformas norte y oriente, asociadas también al patio empedrado, presentaron tumbas en su núcleo; dichas tumbas tenían planta rectangular y contaban con cámara y vestíbulo, el techo estaba construido a base de grandes lajas. De acuerdo con Michael Spence (2004:107) en el templo localizado en la plaza explorada, el cual veía hacia el poniente, "el tablero es de la variante oaxaqueña, denominada 'tipo escapulario', en la que los bordes salientes se encuentran solamente en los extremos superior y laterales, dejando abierto el margen inferior".

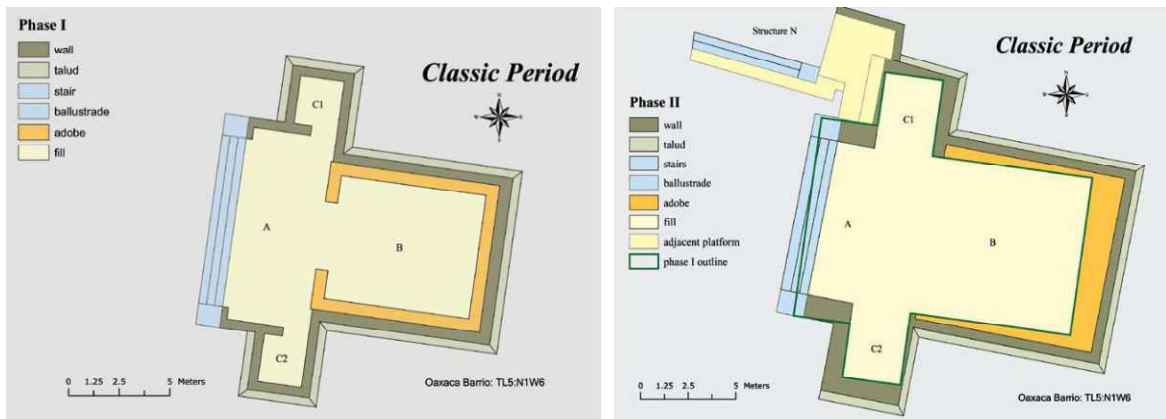
En la quinta etapa, correspondiente a la fase Xolalpan tardío, el piso empedrado del patio hundido fue cubierto por un entortado de concreto, además de que en su parte central se construyó una tumba de planta rectangular. Las plataformas anexas sufrieron una serie de adecuaciones, al igual que el propio patio, el cual fue ampliado y reducido en las etapas 6 y 7, mientras que para la etapa 8, fechada hacia la fase Metepec, la superficie del patio recibió nuevamente un empedrado (*ídem*: 92-93).

- **Conjunto Arquitectónico 5:N1W6 (TL5)**

Excavado parcialmente por Michelle Croissier en el año 2003, quien dejó al descubierto una superficie aproximada de 300 m², de un conjunto arquitectónico de la época Clásica, que tuvo al menos 2 etapas constructivas.

Los vestigios registrados de la etapa más antigua (fechada hacia Tlamimilolpan Temprano) incluyen una plataforma de aproximadamente 90 m², en forma de letra T, cuya fachada está dispuesta hacia el poniente, por donde se comunica a través de una amplia escalinata de 10 m de ancho, a un patio o plaza con piso de argamasa.

La segunda etapa constructiva cubrió parcialmente a la primera, respetando el trazo arquitectónico e integrando dos plataformas en torno al patio, en sus flancos norte y poniente (Croissier, 2006: 4-6). Las técnicas constructivas son semejantes a las utilizadas en otros conjuntos de la ciudad y muestran que las bases fueron construidas con rocas sedimentarias locales y tepetate. Los muros divisorios fueron manufacturados con adobes, recubiertos con aplanado de argamasa y, en algunos casos, con enlucido de estuco.



Plantas arquitectónicas del área explorada en el conjunto TL5 por Michelle Croissier. Se observan las dos etapas constructivas reportadas (tomado de Croissier, 2007).

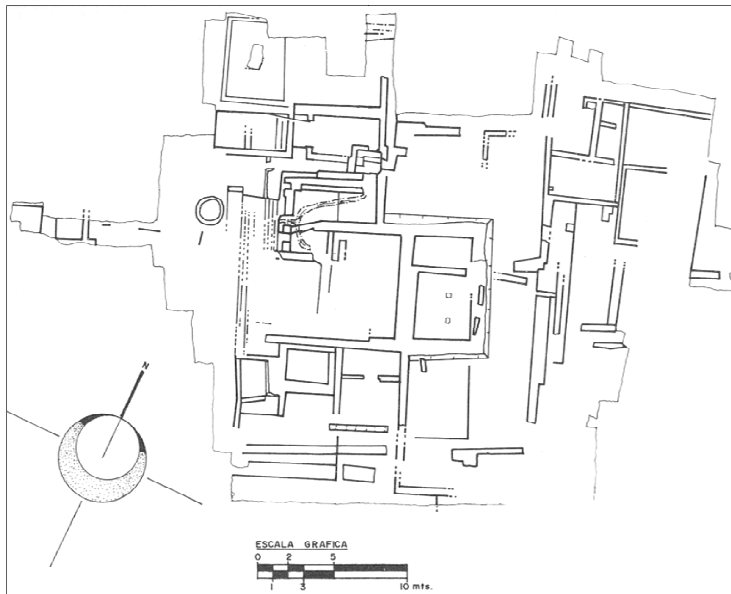
- **Conjunto Arquitectónico 69:N2W6 (TL69)**

Excavado por Patricia Quintanilla entre los años 1981-1982. Se exploraron aproximadamente 600 m², dejando al descubierto por lo menos tres patios hundidos, delimitados por habitaciones. El conjunto cuenta con dos etapas constructivas de la época clásica, en las que se utilizaron materiales que incluyen muros de adobe y piedra, recubiertos con argamasa de cal y recubrimiento de estuco, lajas y cantos rodados para el recubrimiento de los pisos de los patios e, incluso, en algunos muros se observaron

rastros de pigmento rojo, evidencia de que las paredes se encontraban decoradas (Quintanilla, 1982 b).



Patio con piso enlajado en el conjunto arquitectónico 69:N2W6. Fototeca del CET.

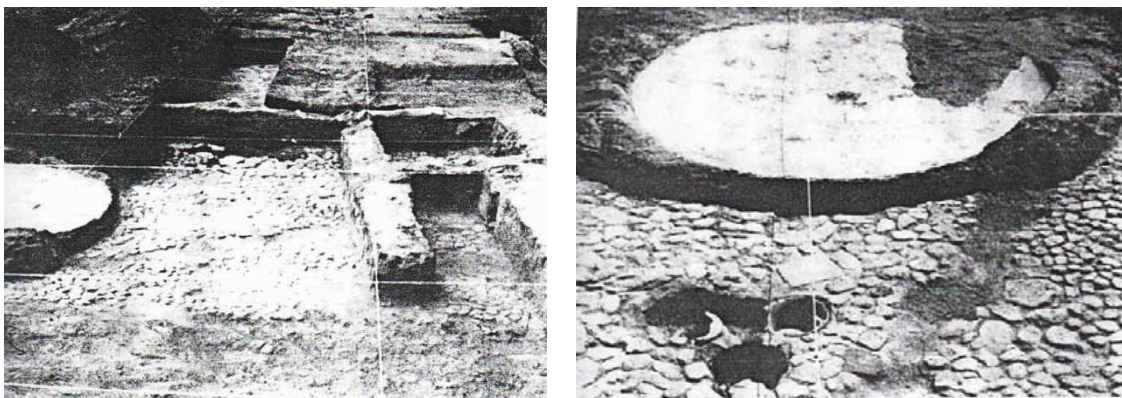


Planta arquitectónica del conjunto 69:N2W6 (Tomado de Quintanilla, 1982 b).

- **Conjunto arquitectónico 20:N1W6 (TL20)**

Explorado a partir de una excavación de salvamento en el año de 1995; se registró el límite norte del conjunto, localizando un patio empedrado en el que había una estructura circular, de 2 m de diámetro aproximadamente por 0.45 m de altura, con paredes de adobe y recubrimiento de argamasa de gravilla con enlucido de estuco, que además presentó restos de pintura roja en su interior (Gamboa, 1995). A una distancia de 8 m había otra estructura semejante, aunque de menores dimensiones (1.80 m de diámetro),

con paredes y fondo recubiertos de argamasa de gravilla y enlucido de estuco. Adicionalmente fue registrado un pequeño altar al que estuvo asociado un entierro primario, depositado en posición decúbito dorsal extendido en una fosa excavada en el tepetate (*idem*). Se reporta únicamente una etapa constructiva, edificada sobre la roca madre (tepetate), correspondiente a la fase Tlamimilolpan tardío.



Patio empedrado, estructura de fondo circular y ofrenda de vasijas en un área muy cercana a la estructura mencionada (tomado de Gamboa, 1995: 37-39)

- Conjunto arquitectónico 22:N1W6

Explorado por Rodolfo Cid, como parte de un salvamento en 1991, quien excavó una superficie de 1,867 m². Se trata de un conjunto arquitectónico que tuvo al menos dos etapas constructivas, compuesto por unidades domésticas contiguas, individualizadas y conformadas por espacios definidos para el culto, el descanso, la preparación de alimentos; así como plazas, patios, traspacios y áreas de circulación (Sanders y Cid, 2011: 50).

Aunque en sus generalidades el conjunto es muy semejante a otros excavados en las zonas más cercanas a la Calzada de los Muertos, presenta rasgos particulares que enfatizaremos a continuación:

- a) La plaza de la unidad doméstica A mide más de 100 m² y su superficie se encuentra completamente empedrada; cuenta con un altar rectangular al centro. Al norte de la plaza se localiza un amplio espacio abierto y anexo a éste hay un depósito de agua (*idem*: 52).
- b) Las molduras de las jambas de las puertas en varias habitaciones tienen forma de "T".

- c) En la unidad doméstica B se localiza un edificio con talud, pero su escalinata no sobresale hacia la plaza, sino que está remetida en el núcleo del edificio (*ídem*: 54).
- d) En la unidad doméstica C se localizó un patio empedrado y en una de las banquetas que lo delimitan se registraron dos nichos o molduras remetidas en el macizo (*ibídem*: 55).

Otro rasgo peculiar es la presencia de cistas o cajas para ofrendas en el interior y exterior de altares, hechas de bloques de tepetate o rocas, sus dimensiones variaron de acuerdo al contenido y por lo menos se encontraron asociadas a 3 de los 5 altares registrados en el conjunto (Cid, 1992: 50).



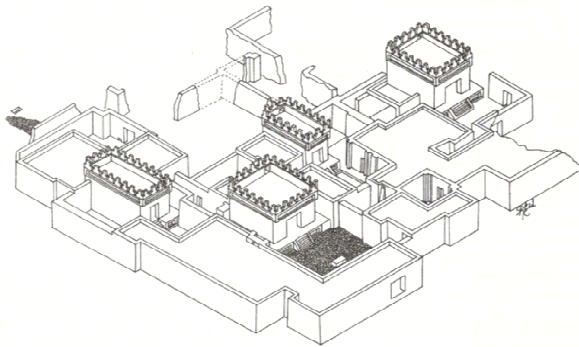
Vista general de la excavación del conjunto 22:N1W6. En el primer plano se aprecia la Plaza 1 con la superficie empedrada (Tomado de Cid , 1992).



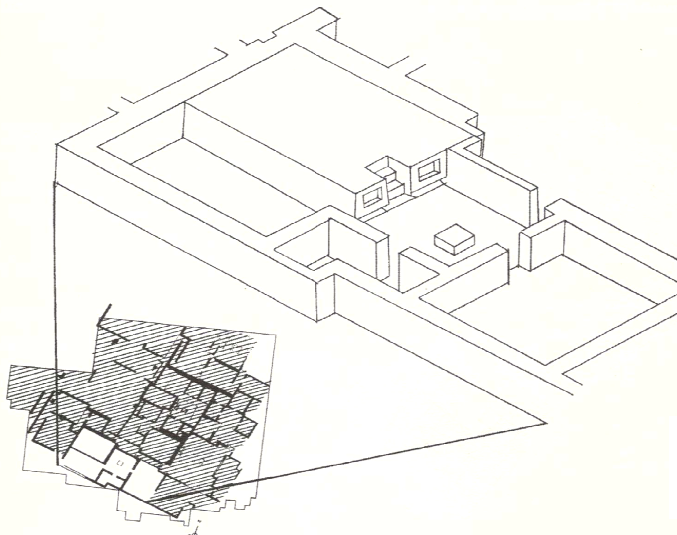
Detalle de la Plaza 1, se observa el basamento norte y el altar central (*ídem*).



PROY. SALVAMENTO CUARTEL MILITAR
 Plano arquitectónico
 Sitio 22-N1W6
 Levanta y dibuja J. R. Cid Bealer
 Escala 1:100



Planta arquitectónica y modelo isométrico del conjunto 22:N1W6 (tomado de Sanders y Cid, 2011: 49).

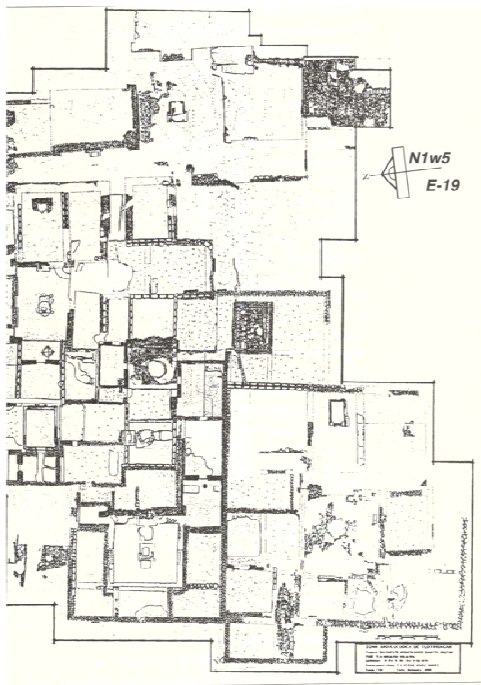


Detalle del basamento de la unidad doméstica B, con la escalinata remetida en el núcleo del edificio (*idem*: 53).

- **Conjunto arquitectónico 19:N2W6**

Este conjunto fue excavado parcialmente a través de un proyecto de salvamento arqueológico por Sergio Gómez en el año de 1992. De acuerdo con la evidencia registrada, el conjunto está conformado por diferentes unidades arquitectónicas que se integran en dos secciones, claramente separadas por un muro divisorio que corre en sentido este-oeste. La sección norte del conjunto pudo haber sido ocupada por varias familias de filiación étnica relacionada con grupos procedentes del Occidente de México, mientras que la sección sur habría sido ocupada por una o varias familias zapotecas (Gómez, 2002: 570-571).

De acuerdo con el arqueólogo responsable de la excavación "Las fachadas principales de los pequeños templos —orientados hacia el oeste en el caso de los más importantes— presentan el tablero en forma de 'U' invertida, parecidos de alguna manera al tablero escapulario de Oaxaca" (*ídem*: 574). Además la arquitectura del conjunto incluye pisos enlajados tanto en plazas como en patios y pasillos, así como una tumba zapoteca con vestíbulo (*ibíd.*: 602) y un tubo de cerámica granular utilizado para drenar las aguas del conjunto, elemento que —a decir del autor—, es muy recurrente en la arquitectura de Monte Albán. La cronología asignada a este conjunto va de Tlamimilolpan tardío a Xolalpan tardío.



Izquierda: Planta general de la excavación.

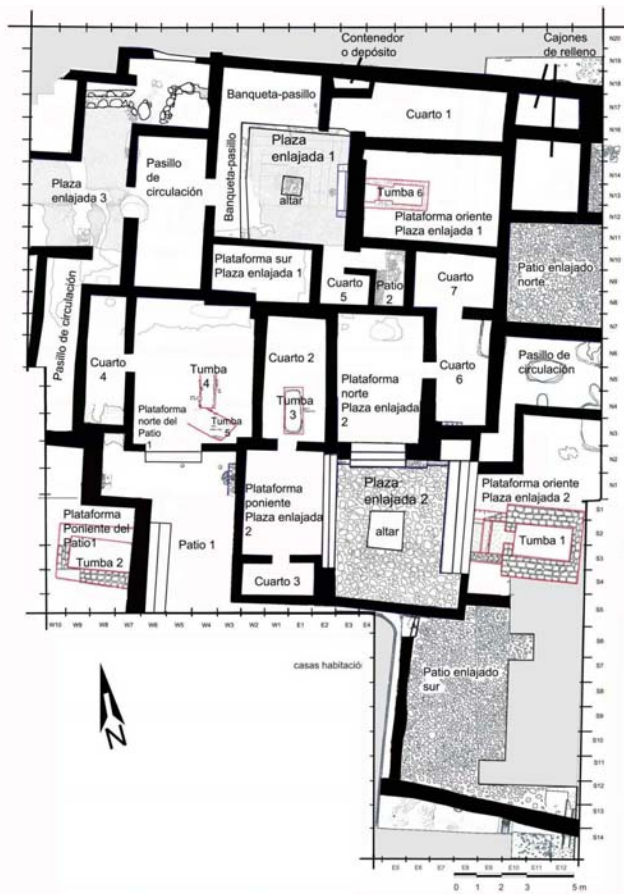
Derecha: Detalle de piso enlajado (ambas imágenes tomadas de Gómez, 2002: 573 y 575, respectivamente).

- **Conjunto arquitectónico 1:N1W6 (TL1)**

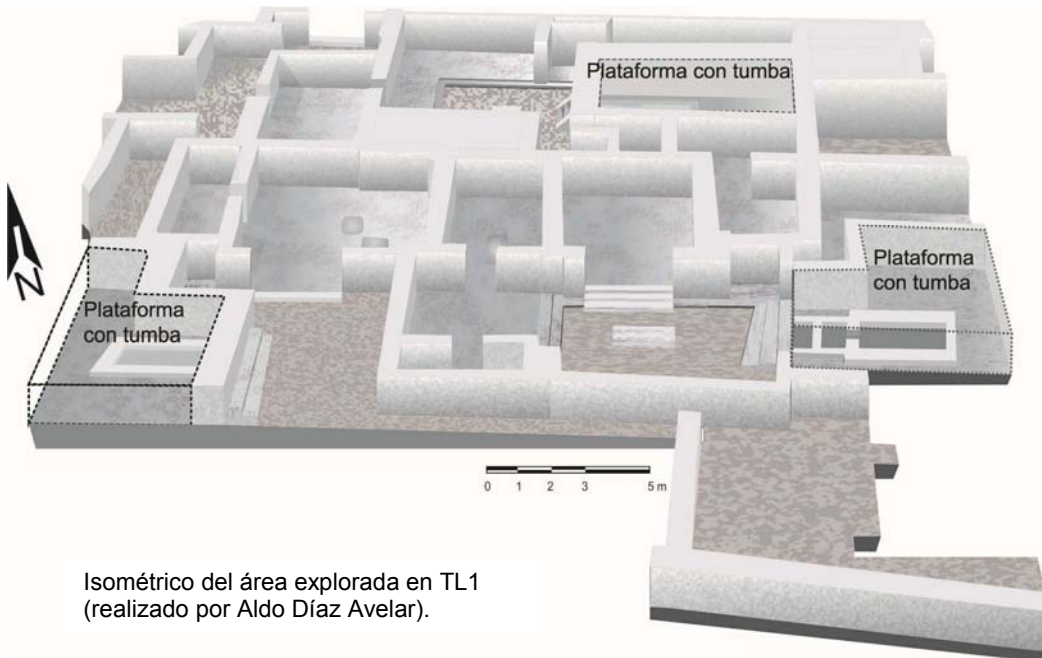
La arquitectura de este conjunto sufrió diversas transformaciones a lo largo de su historia funcional, además de ser perturbada y en varios casos destruida tanto por fenómenos naturales como por los asentamientos urbanos modernos. A pesar de lo anterior, los datos arqueológicos recabados por las intervenciones realizadas entre 1993 y 2010, son suficientemente sólidos y permiten definir el plano de la primera etapa constructiva, aquella asociada directamente al relieve natural de la ladera baja del cerro Colorado chico.

Al relacionar los planos arquitectónicos, la estratigrafía, la secuencia constructiva y la lógica espacial de los conjuntos teotihuacanos, logramos delinear el patrón general de dicha etapa, así como las modificaciones de que fue objeto. Retomamos entonces los informes técnicos de Gamboa Cabezas (en Cabrera, 1994), Palomares Rodríguez (2002, 2007) y Ortega Cabrera (2009, 2011 y 2012), analizando sus planos arquitectónicos y estratigrafía.

Lo anterior nos muestra un conjunto arquitectónico diseñado y planeado a partir de unidades arquitectónicas compuestas por espacios abiertos, ya sea plazas (cuando tienen altar central) o patios (cuando carecen de dicho elemento), cuya característica principal es que se encuentran empedrados o enlajados; en torno a ellos se distribuyen plataformas, banquetas y habitaciones, conectadas en ocasiones a través de estrechos pasillos. Los muros están hechos principalmente con piedra bola, bloques de tepetate y adobes, aunque cuando se trata de las esquinas y los peldaños de las escalinatas también se utilizaron basaltos y tezontles careados. En los acabados de muros y pisos interiores se utilizó argamasa de cal, en ocasiones recubiertos con enlucido de estuco, y también hay evidencias de pintura roja que decoró la parte interna de los muros de algunas habitaciones. Las evidencias estratigráficas (Gamboa 1993, Palomares 2002 y Ortega 2008, 2010), muestran que este conjunto fue construido directamente sobre la roca madre, sin que mediara depósito de suelo alguno, de hecho en diversos espacios se observan las nivelaciones y el desbaste necesario para aprovechar la topografía accidentada de la ladera. La pendiente norte-sur del terreno también fue un elemento a considerar en la planeación del conjunto, ya que en cierta medida debió condicionar el tamaño y distribución de las unidades arquitectónicas que lo integraron.

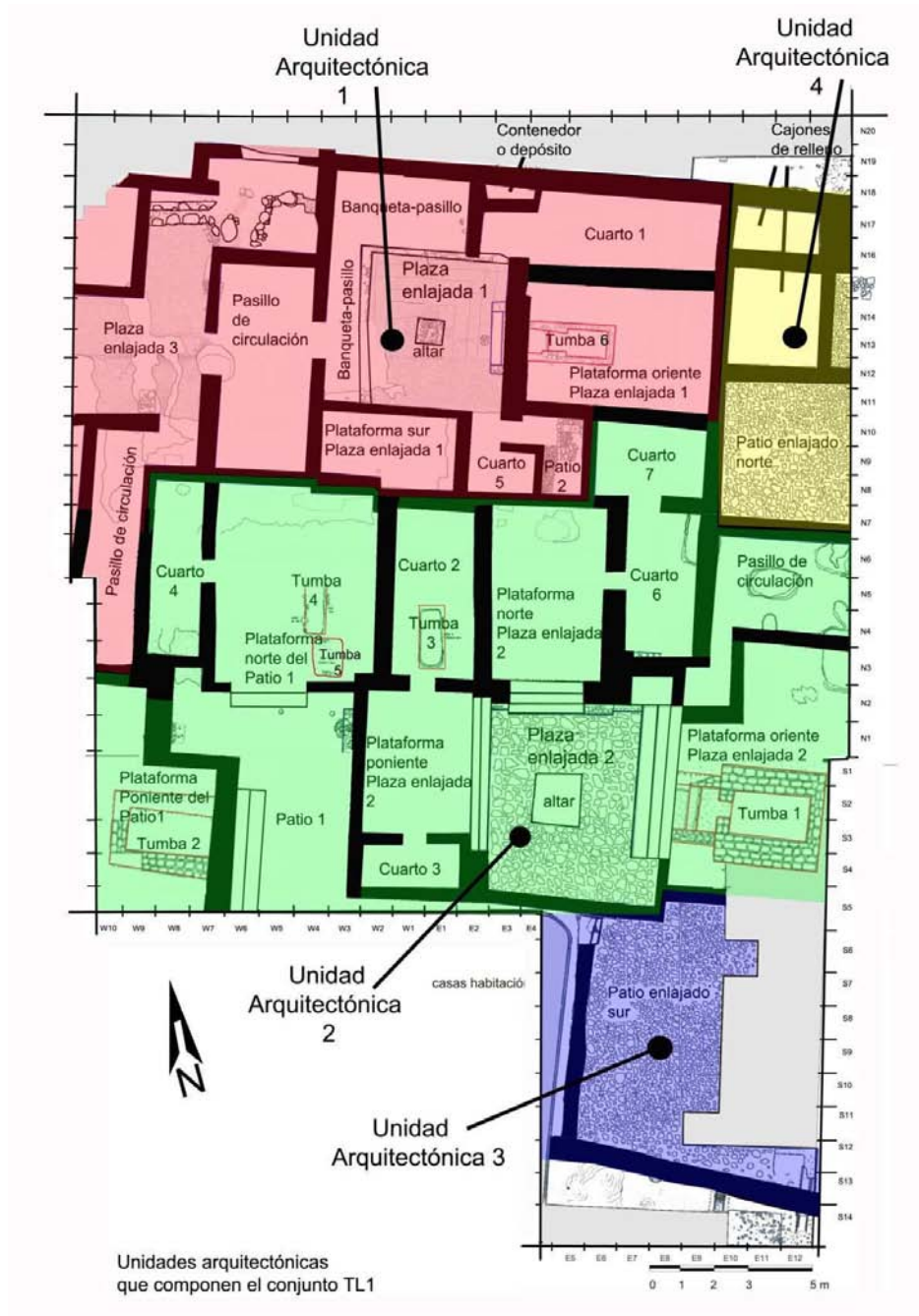


Planta arquitectónica de TL1, realizado por Verónica Ortega Cabrera.



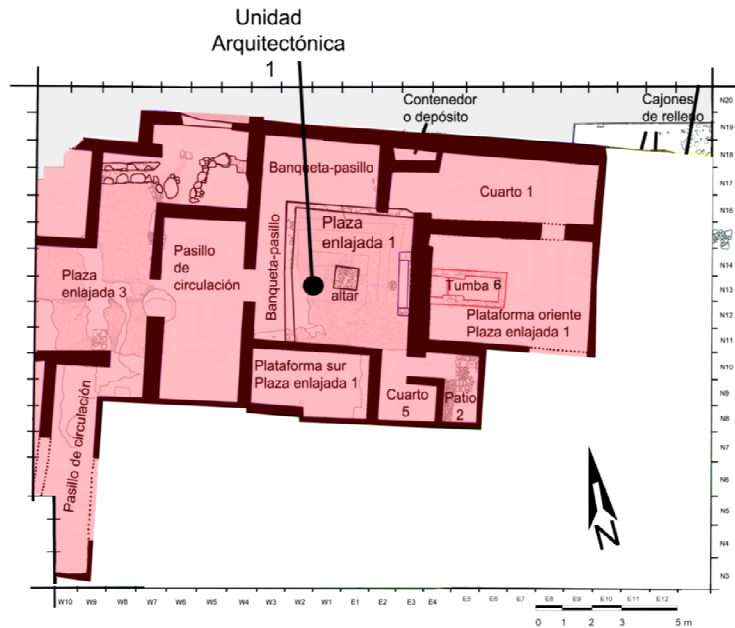
Isométrico del área explorada en TL1 (realizado por Aldo Díaz Avelar).

De acuerdo con el plano general identificamos 4 unidades arquitectónicas independientes, definidas cada una por un espacio abierto (patio o plaza empedrados), en torno al cual se distribuyen diversos espacios cerrados.



Unidad arquitectónica 1

Se conforma de un gran espacio abierto (Plaza enlajada 1) que cuenta con altar central y está flanqueada en dos de sus costados por plataformas, una elevada en el oriente (que albergó en su interior una tumba) y otra posiblemente baja en el sur. Al poniente presenta una banqueta-pasillo que conduce hacia un amplio pasillo de circulación que comunica con otra plaza enlajada (Plaza 3).



distribución (Patio 2) y la habitación asociada a él.



La plaza enlajada es un espacio abierto a partir del cual se definieron las estructuras circundantes. Su planta es rectangular (5.9 m N-S y 4.48 m E-W), tiene una superficie de 26.43 m² y seguramente contó con un altar central, ahora prácticamente devastado.

Uno de sus accesos se localiza en la esquina sureste, comunicándola mediante un pasillo con un pequeño patio de

La superficie de la plaza es un empedrado manufacturado con cantos y artefactos reutilizados, tales como pulidores, manos y fragmentos de metate; éstos fueron ordenadamente dispuestos en bloques y secciones hasta cubrir la extensión total, de manera que crearon una superficie regular. El altar es cuadrangular y debido a que su parte superior se encontró arrasada, solo sabemos que sus muros estaban recubiertos con argamasa.

El flanco oriente de esta plaza fue delimitado por una plataforma de planta rectangular (5.43 m N-S y 4.40 m E-W), cuya fachada principal se localizó en el oeste encarando al altar central. Todos sus muros fueron construidos con piedra de río y algunas piedras de cantera trabajada, las caras expuestas fueron cubiertas por un aplanado de argamasa y enlucido de estuco.

En el núcleo de esta plataforma se encontraron los vestigios de una tumba (Tumba 6) de planta rectangular, orientada en sentido oriente-poniente. Sus burdos muros fueron manufacturados con cantos y rocas irregulares, sin acabado alguno, debido a que serían cubiertos por el relleno de la plataforma.

La tumba mide 2.40 m E-W y 0.80 m N-S, su entrada se localiza en el extremo oeste y se compone de un vano de escasos 0.40 m de ancho, delimitado por un escalón. El vano de la entrada se encontró tapiado con grandes piedras de cantera; al bajar el escalón inmediatamente se presentan a cada lado dos paredes de adobe adosados a los muros, que reducen el acceso a la tumba, a manera de vestíbulo.



Vista este-oeste de la Tumba 6. Se observan restos humanos, los bloques de adobe que reducían la entrada al recinto y el escalón de acceso.

En el relleno de la tumba se localizaron múltiples fragmentos de aplanado de lodo con restos de pintura roja y blanca, por lo que suponemos que los muros interiores del recinto debieron contar con un acabado fino, del cual sobresale la decoración con pigmentos.



Vista E-W. Entrada a la tumba 6 una vez que fueron retiradas las piedras que la tapiaban. Se observa el escalón de acceso y los muros de adobe que reducían el vano.

Por otro lado, la banqueta situada al norte de la plaza comunica al cuarto 1, en cuya esquina noroeste se registró una especie de pileta o contenedor, de planta rectangular, mide 2.20 m E-W por 0.80 m N-S y 0.45 m de profundidad; está construida con piedras careadas de gran tamaño que conforman las paredes este y sur, pues sus lados norte y oeste son parte de los muros del conjunto arquitectónico. En su cara externa las piedras están muy bien perfiladas, pero al interior no se tuvo cuidado de darle el mismo acabado pues no presentan ningún tratamiento, lo que nos lleva a suponer que la estructura estaba rellena con arcilla.



Vista sur-norte de la pileta o contenedor adosado a la esquina NW del cuarto 1.

Cabe mencionar que elementos similares a éste fueron localizados en el conjunto 22:N1W6; Rodolfo Cid (1992: 27, 29 y 44) menciona la presencia de "pilas" o "receptáculos de agua" que guardan proporciones muy similares a la que nos ocupa y más adelante podremos observar que este tipo de estructuras son recurrentes en el área.

Hacia el poniente, la plaza está delimitada por la banqueta-pasillo que funciona como entrada a un pasillo de circulación que comunica con la Plaza Enlajada 3, un

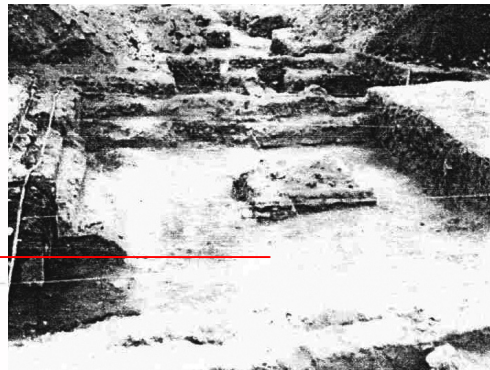
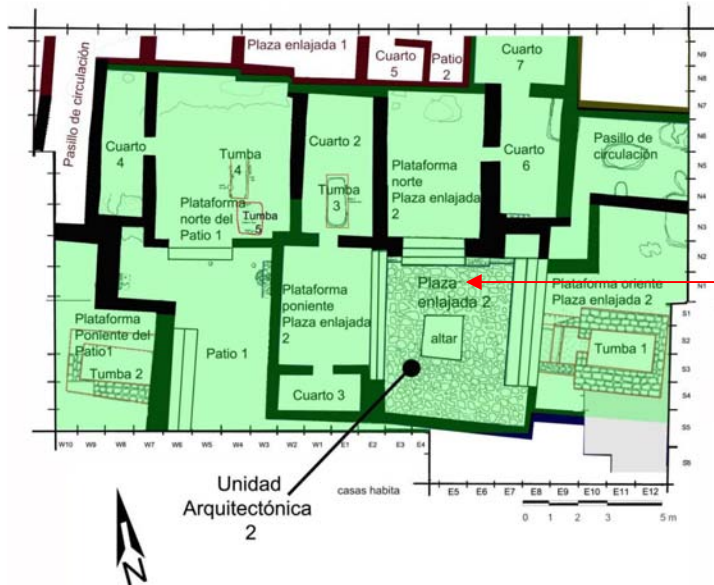
espacio abierto empedrado, de planta rectangular, explorado parcialmente pero con seguridad se extendía hacia el oeste. Se registró una longitud de 6.53 m N-S y parcial de 4.07 m sobre el eje E-W.

La superficie de la Plaza Enlajada 3 es muy similar al de la Plaza Enlajada 1, en cuanto a materiales constructivos y confección, en su esquina NE se registró un alineamiento semicircular de grandes rocas (0.80 x 0.50 m en promedio), que tiene forma de media luna, orientado hacia el sur. En la parte NE y al interior del alineamiento se halló una especie de banquillo o escalón, de forma cuadrada, hecho también de piedras de gran tamaño. La superficie sobre la que desplantan las grandes piedras corresponde al tepetate natural, el cual fue nivelado para obtener un relieve plano, sin embargo a partir de este elemento se observa un desnivel muy marcado del terreno en dirección SW, que finaliza en la Plaza empedrada 2. El desnivel fue recubierto con lajas muy bien acomodadas de diversos tamaños (a manera de mosaico), las cuales hacían contacto con la plaza mediante fragmentos de mano de metate recicladas.

El límite norte de la Plaza Enlajada 3 está definido por los vestigios de una posible plataforma, ya que se localizaron grandes piedras alineadas en sentido este-oeste. Se trata de un escalón muy burdo, construido con bloques de piedra sin ningún acabado que conducía hacia el exterior del conjunto.

Unidad Arquitectónica 2

Esta sección se compone de al menos 2 espacios abiertos en torno a los cuales se distribuyen diversas habitaciones. Comenzaremos la descripción a partir de la Plaza enlajada 2, la cual es un espacio abierto de planta cuadrangular, cuyas dimensiones son de 5 m en su eje E-W por 4.70 en su eje N-S (seguramente alcanzó los 5 m pero el límite sur se encontró fuertemente perturbado), cubriendo una superficie aproximada de 25 m²; su superficie fue construida con lajas o xtapaltetes, acomodados a manera de mosaico, sobre un somero relleno de arena y arcilla colocado inmediatamente sobre el tepetate natural. En su parte central se localizó un altar de forma cuadrangular, hecho con piedras basálticas, que medía 1 m por 1.10 m y cuyo interior se encontró completamente alterado.



Vista W-E de la Plaza enlajada 2 durante el proceso de exploración (tomado de Gamboa, 1993). A la izquierda se aprecia la escalinata de la Plataforma Norte frente el altar central, mientras que al fondo observamos la Plataforma Oriente.

La plaza estaba delimitada al norte, oriente y poniente por los restos de plataformas, cuyas fachadas difieren de las típicas teotihuacanas, ya que cuentan con muros verticales y escalinatas saledizas que carecen de alfardas (Gamboa 1993, Roldán 2004).

La plataforma norte (3.80 m E-W por 6 m N-S) contaba con una escalinata de 3 escalones de 3 m de largo, el primero de los cuales (de abajo hacia arriba), se delimitaba a sus lados por una pequeña banqueta hecha con cantos, mientras que los otros 2 colindaban con los muros verticales de la plataforma.

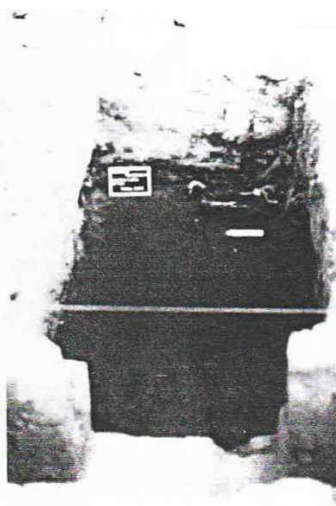
El recinto principal de esta plataforma se comunicaba por su lado oriente con 2 habitaciones (cuartos 6 y 7), formando un espacio privado. El cuarto 6 mide 2.50 m E-W por 4 m N-S y en su esquina NW se localizó un vano de 1.15 m de ancho a través del cual se entraba al cuarto 7, el cual mide 4 m E-W por 2.50 m N-S, ambos con piso de argamasa.

En la esquina NE del cuarto 6, se localizó un contexto funerario que —por las características del depósito y las evidencias de derrumbe de piedras registradas sobre él— bien podría inferirse que se trató de una tumba, sin embargo se carece de datos arquitectónicos lo suficientemente sólidos como para sustentarlo, ya que este sector del conjunto prácticamente fue arrasado por la nivelación de la calle, pero sus características coinciden en gran parte con los otros recintos funerarios registrados en el conjunto arquitectónico.

Como en la mayoría de los casos, la plataforma Oriente es la más amplia de la plaza, su fachada de 6 m de largo está orientada hacia ésta y cuenta con una escalinata de 3 amplios escalones (4.50 m de largo) delimitada por muros verticales; desafortunadamente no se encontraron vestigios del recinto superior, pero el núcleo del edificio albergaba la primera tumba descubierta en este conjunto. Se trata de La Tumba 1, construida con una orientación E-W, es un recinto funerario que cuenta con antecámara y cámara; las dimensiones de la primera son de 1.50 m por 1.40 m, mientras que la cámara principal medía 2.70 m de largo por 1.40 m de ancho (Gamboa 1993, Roldán 2004: 156). Los muros fueron hechos con cantos y piedras unidas con lodo, cuya cara interna fue recubierta con aplanado de argamasa; como techo se utilizaron grandes losas de piedra algunas de las cuales aún se encontraban dentro de la cámara (ver Roldán 2010: 89).



Vista este-oeste de la Tumba 1



Interior de la Tumba 1. Se observa el entierro flexionado

Imágenes tomadas de Gamboa, 1993, etiquetadas para este trabajo por quien suscribe.

La plataforma Poniente muestra una fachada con 2 amplios escalones de 5 m de largo, a través de los cuales se llega a un recinto delimitado al norte y sur por los cuartos 2 y 3. Esta distribución es muy similar a la que observamos en los conjuntos TL5 (Croissier, 2007) y TL11 (Ortega, 2009).

El cuarto 3 es un pequeño espacio techado de 3 m E-W por 2 m N-S y se halló muy destruido, mientras que el cuarto 2 —localizado hacia el norte— es el doble de largo que el anterior y en su núcleo albergó un depósito funerario al que hemos denominado Tumba 3.

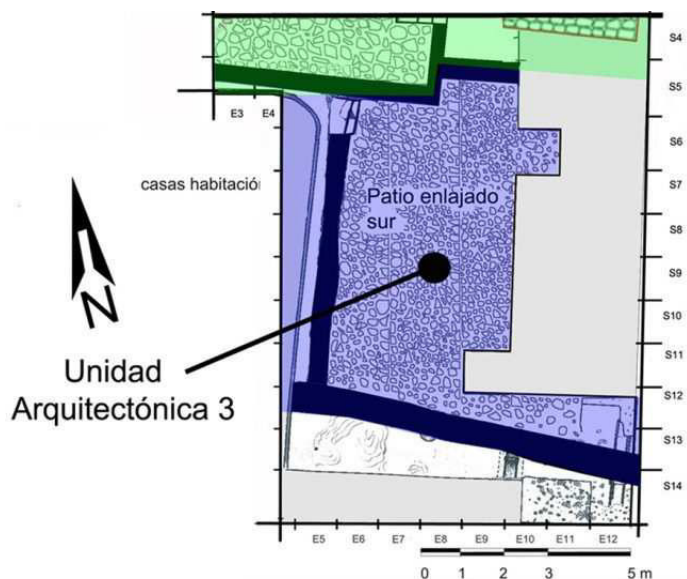
Continuando hacia el poniente encontramos otro espacio abierto (Patio 1), cuya silueta en planta semeja una L invertida; las excavaciones de Palomares (2003) dejaron al descubierto los muros de las plataformas que lo delimitaban, manufacturados con cantos de río y bloques de tepetate, algunos de ellos recubiertos con aplanado de argamasa y siempre desplantando del tepetate natural, formando pequeños espacios cerrados (probablemente cajones de relleno) de 1.70 m por lado en promedio. En torno a los muros se localizaron oquedades alineadas en el tepetate, lo que sugiere la colocación de algún tipo de palizada o andamio utilizados para la construcción; por otro lado también pudo observarse la nivelación del tepetate para obtener superficies lo suficientemente planas que permitieran el tránsito entre una plataforma y otra, pues también fue evidente que en los núcleos de éstas no hubo necesidad de trabajar la superficie original de la roca madre.

El Patio 1 permite la entrada a 2 plataformas, la primera de ellas ubicada en su límite norte. Esta plataforma mide 5 m E-W por 7.50 m N-S y para entrar al recinto que estaba dispuesto en su parte superior se construyó una escalinata de 2.50 m de ancho, sin alfardas, cuya altura se desconoce debido a la destrucción del edificio; el núcleo de esta Plataforma Norte albergó 2 tumbas (números 4 y 5).

En el límite occidental del Patio 1 se encuentra la Plataforma Poniente, que —al igual que aquellas que delimitan la Plaza enlajada 2— cuenta con muros verticales en su fachada y escalinata salediza, sin alfardas, de al menos 2 peldaños. En su núcleo se localizó la Tumba 2, manufacturada con piedras, bloques de tepetate y cantos unidos con lodo, es de forma rectangular y se encuentra orientada en sentido E-W. Mide 3 m E-W por 1.20 m N-S.

Unidad arquitectónica 3

Localizada al sur de la Unidad 2, su estado de conservación fue mínimo, ya que únicamente sobrevivió un amplio patio enlajado (sur) mientras que las estructuras asociadas a él fueron completamente arrasadas y destruidas por las construcciones modernas de casas-habitación. El



patio sur es un amplio espacio abierto (9 m N-S por 8 m E-W) cubierto por lajas colocadas sobre una delgada capa de arena con la que se niveló parcialmente el tepetate natural. Su límite norte lo conforman el muro sur de la Plataforma Oriente de la Plaza enlajada 2 y el posible muro sur de la misma plaza, mientras que al poniente está delimitado por un ancho muro que corre en sentido N-S, con una orientación de 7° al noroeste, y una altura promedio 40 cm por 40 cm de ancho. En su extremo norte se localizó una pequeña escalinata de 1 m de ancho, compuesta por dos escalones, hechos de piedra unida con lodo y recubiertos con argamasa, que comunicaba al patio sur con la plataforma sur de la Plaza enlajada 2. En el meridión este patio se limita por el muro sur, el cual debido a su grosor (50 cm) y porque después de él únicamente se registró el tepetate natural sin nivelaciones y con una gran cantidad de cárcavas, fue considerado como el límite del conjunto arquitectónico (ver Ortega, 2008).

Unidad Arquitectónica 4

Los vestigios registrados corresponden a un patio enlajado (norte) de 5 m N-S por 5 m E-W, fue delimitado al sur por el muro del pasillo de circulación de la Unidad arquitectónica 2, mientras que al norte se identificó otro muro de piedra que separa a este patio de otro también enlajado y de un par de cajones de relleno que seguramente sirvieron para la elevación de alguna plataforma.

- **Conjunto arquitectónico 9:N1W6 (TL9)**

Se han explorado 210 m², desde la superficie hasta el tepetate o roca madre (Ortega, 2008). La arquitectura registrada consta del muro perimetral sur, el cual tiene una orientación de 103° al este del norte magnético, con una longitud de 12.5 m y 1 m de ancho, pero continúa rumbo al oriente, donde hay construcciones modernas, por lo que ha sido perturbado y muy probablemente destruido. El muro está hecho a base de cantos rodados, bloques de tepetate recortado, piedras careadas de basalto, argamasa de lodo y aplanado de arcilla; en su parte externa contaba con tres muros transversales que semejan contrafuertes, mismos que presentaron aplanado de lodo y gravilla, además de elucido de estuco.

Un ancho muro marca el perímetro oeste del conjunto. Se orienta a 10° al este del norte magnético, mide 1 m de ancho por 10 m de largo y presenta los mismos materiales constructivos que el muro perimetral sur, incluyendo las rocas utilizadas para el desplante

del muro en la cara externa del conjunto, las cuales son de mayores dimensiones que las rocas utilizadas en la cara interna.

De esta forma ambos muros forman la esquina suroeste del conjunto TL9, cuya orientación general parece ser E-W y no N-S, como propone Millon en el plano del sector. Su apariencia es la de un gran espacio abierto delimitado por anchos muros de piedra que desplantan en el tepetate natural; el espacio abierto contaba con un apisonado de arcilla como superficie y era atravesado por un drenaje abierto, como veremos más adelante.

Al interior de la estructura, en la esquina SW, se encuentra un fogón (*tlecuil*), construido con dos hileras de piedra bola y argamasa de arcilla, su forma es semi-circular y desplanta del tepetate natural.



Vista N-S. Fogón al momento de ser descubierto y antes de iniciar su exploración. Al fondo se aprecia el muro perimetral sur y a la derecha el muro perimetral poniente.

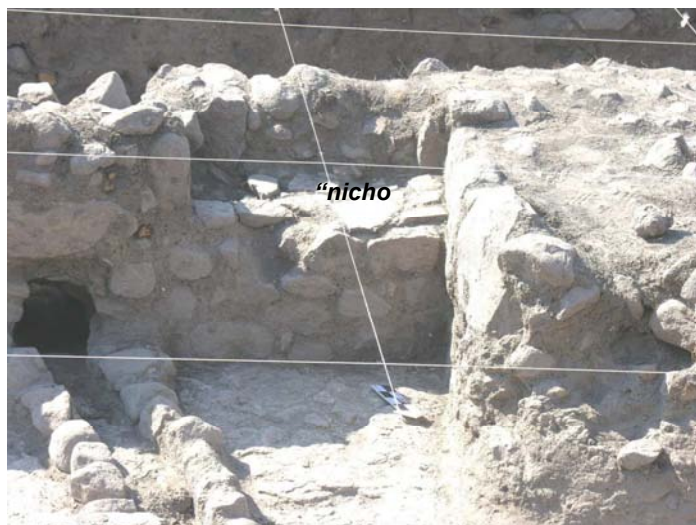


Vista N-S. Fogón una vez terminada su exploración. Se aprecia que el fondo es el propio tepetate natural.

En la cara interna del muro perimetral sur, a 1 m al oriente del fogón, se localizó una especie de “nicho” o cuadrete, remetido en el ancho del muro. Su parte inferior presentaba lajas acomodadas, de tal manera que la superficie era homogénea, mientras que a sus lados las piedras habían sido alineadas para enmarcar el espacio.



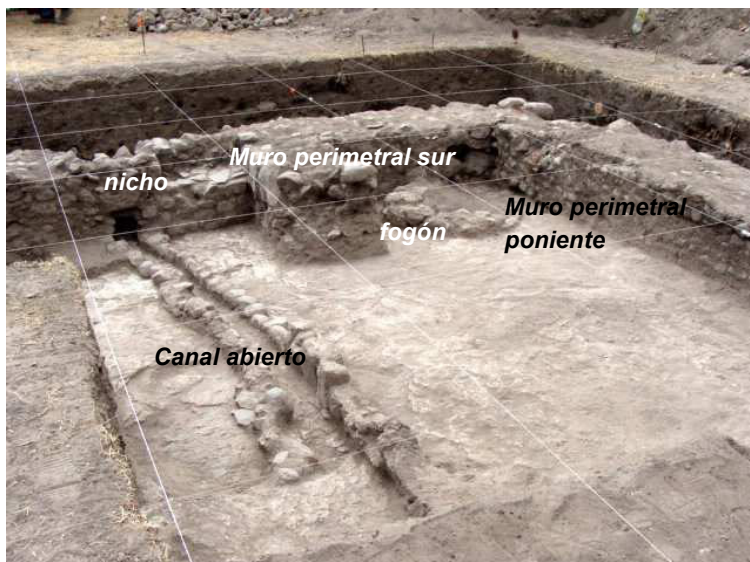
Arriba: Vista N-S. "Nicho" visto desde la parte superior
 Derecha: Vista N-S. Vista frontal del "nicho"



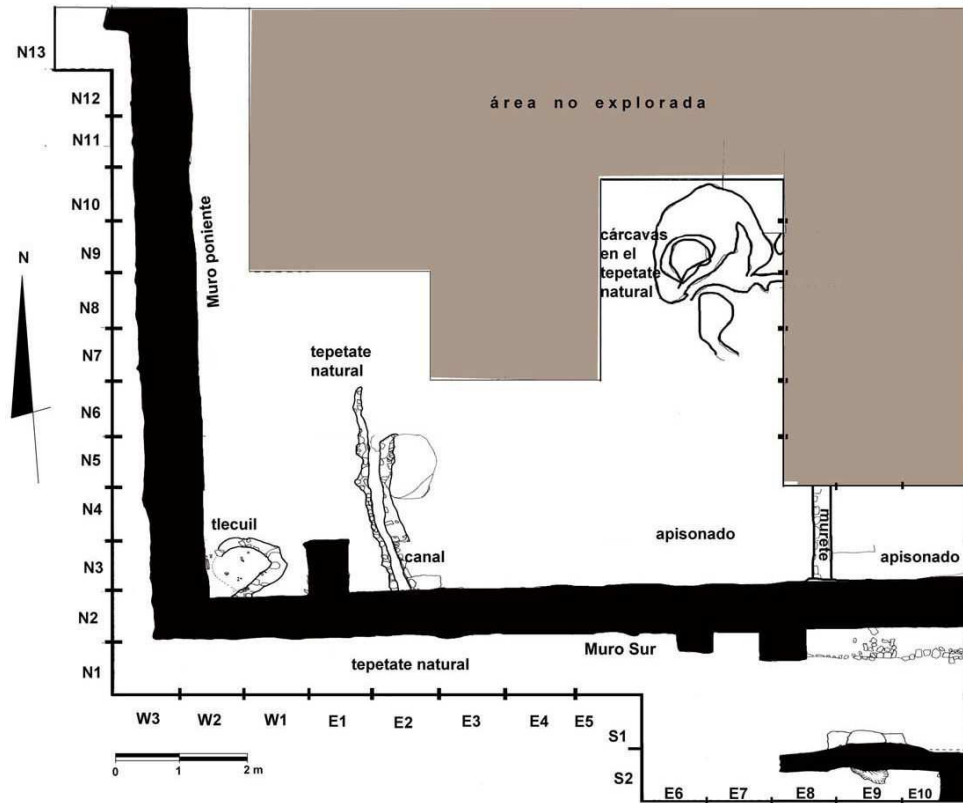
A 0.5 m al oriente del "nicho" se encuentra un canal abierto, construido con cantos rodados y fragmentos de tepetate, unidos con lodo, que utilizó el propio tepetate natural como fondo; el canal tiene un trazo sureste-noroeste, con una orientación de 5° al este del norte magnético; su extremo sur se introduce en el muro perimetral desembocando en la parte exterior del conjunto.

El canal tuvo un acabado interior con aplanado de arcilla tanto en el fondo como en las paredes, mientras que la parte externa de los muretes quedó cubierta con el apisonado que cubría todo este sector interno de la estructura. Debido a que no tenía ninguna cubierta deducimos que los escurrimientos se canalizaban a "cielo abierto".

En general la parte interna del conjunto arquitectónico presentó un apisonado de arcilla muy compactada.



Vista N-S.
 Canal abierto y su desembocadura en el muro perimetral sur.



Planta general de las evidencias arquitectónicas registradas en el conjunto TL9.

- **Conjunto Arquitectónico 67:N2W6 (TL67)**

La sección explorada del conjunto arquitectónico corresponde a una plaza enlajada que contaba con un altar, seriamente arrasado por la introducción del drenaje sanitario en el predio. La plaza se encuentra delimitada en sus cuatro lados por escalinatas que conducían a pórticos y posteriormente a habitaciones, de las cuales únicamente se conservaron vestigios de la parte norte.

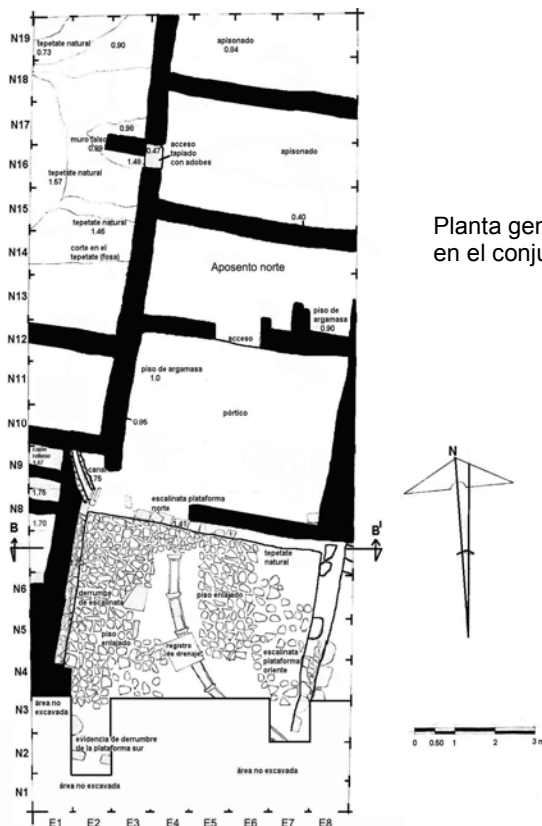
La plataforma norte se comunica con la plaza a través de una amplia escalinata compuesta por dos escalones hechos de piedras careadas. El ancho de la escalinata es de 5 m, prácticamente las mismas dimensiones de la plaza en cada uno de sus costados; este elemento conduce hacia un amplio pórtico, de 3 x 5 m, desde donde se accede a una habitación de casi la mitad del tamaño del pórtico, es decir de 1.5 x 5 m.

La plaza enlajada tiene un perímetro de 5.8 m N-S x 5.1 m E-W; su superficie consta de un acomodo de lajas y objetos de lítica pulida reutilizados, tales como pulidores y fragmentos de metate con la parte más pulida expuesta.

En los restos de la plataforma poniente se localizó un pequeño canal de paredes de piedra y fondo de tepetate natural, que dirigía descargas de agua hacia la plaza, haciéndola pasar antes de desaguar por una oquedad que interpretamos como "pozo de visita", en la que seguramente se verfían sedimentos, para posteriormente permitir que el agua corriese por la plaza gracias a la pendiente del terreno. Se registró una sola etapa constructiva y posiblemente 2 niveles de ocupación.



Vista E-W.
Plaza enlajada y drenaje que afectó los vestigios.



Planta general del área explorada en el conjunto TL67.

La primera y segunda etapas cuentan con un registro más amplio en el sector norte del conjunto, mientras que la tercera y subsecuentes están mejor representadas en la sección sur, por lo que nuestra descripción se realizará precisamente en sentido nortesur, siguiendo su historia constructiva y lógica espacial.

- Primera etapa constructiva

La sección norte del conjunto arquitectónico TL11 muestra una secuencia constructiva de por lo menos dos etapas; la más antigua se encuentra asociada directamente al tepetate natural y es de la que menos información tenemos por haber sido cubierta por una construcción posterior.

Los datos estratigráficos permiten determinar que el primer asentamiento en esta zona se dio sobre una superficie sin depósito de suelo, pues la roca madre es el sustrato sobre el que se encuentran los elementos, incluso algunos de ellos intruyen en el tepetate natural, como se detallará más adelante. Los espacios registrados están asociados directamente con el manejo del agua, ya que se trata de canales artificiales, algunos alineamientos de lajas y una tina o depósito de agua alimentado por un sistema de canalización, que incluyó el desbaste de la superficie del terreno y el acomodo de grandes piedras. La cronología relativa, de acuerdo a la cerámica registrada, fecha esta etapa en la fase Miccaotli.

De esta etapa se registró un fragmento de enlajado, que corre en sentido orienteponiente y desplanta del tepetate natural. Se compone de piedras basálticas careadas y fragmentos de lajas acomodadas de tal manera que su cara superior es lisa y permite un desplazamiento uniforme; desafortunadamente la construcción de los muros perimetrales norte y poniente del conjunto destruyeron este elemento, pues se ve segmentado por dichos muros.

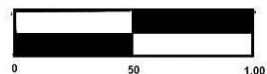
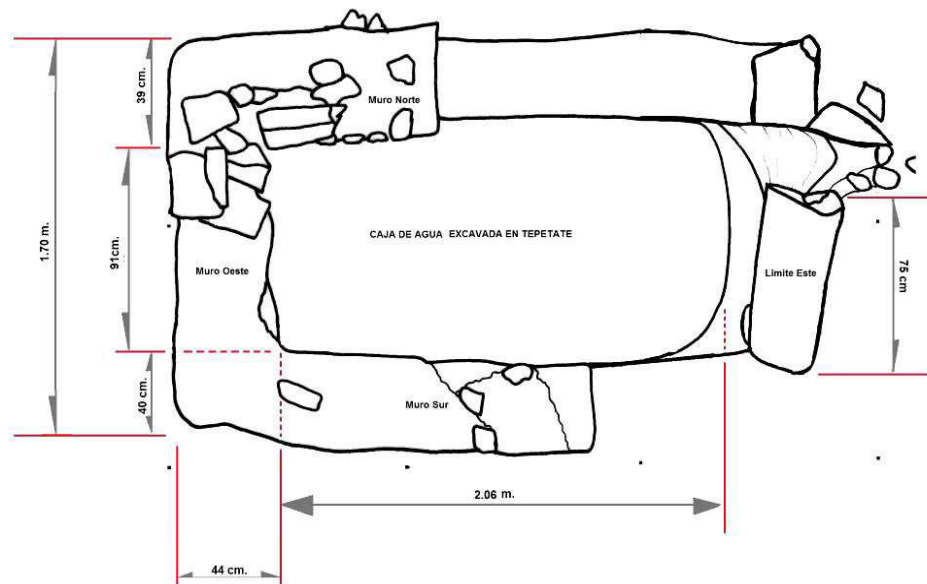


Vista W-E. Se observa el enlajado y su desnivel ascendente hacia el poniente.

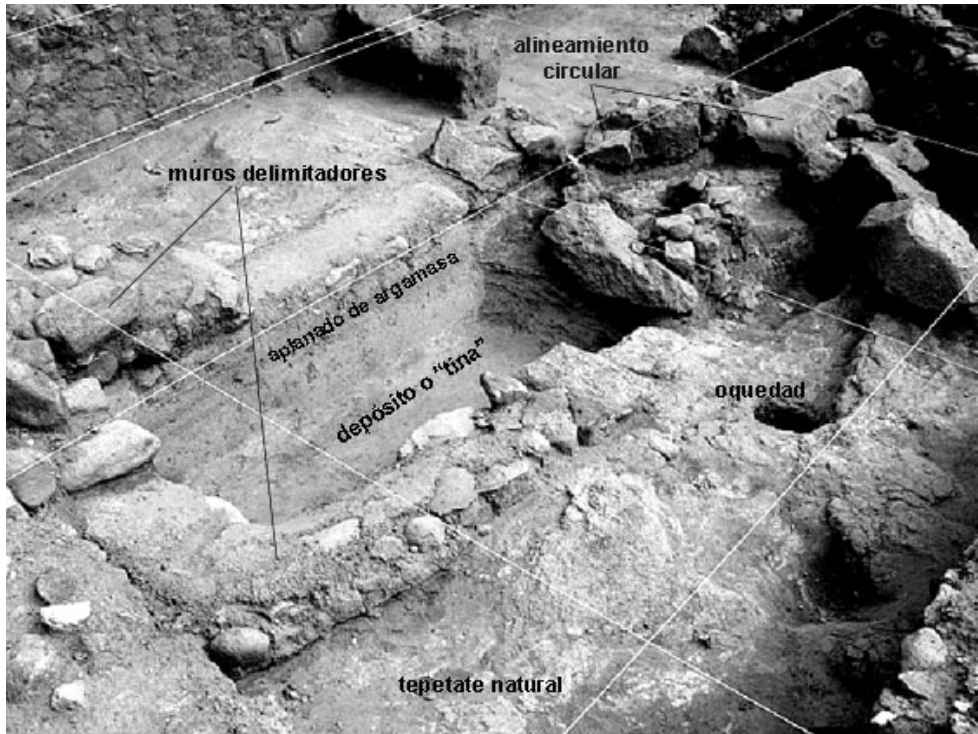


Vista NE a SW. Detalle del enlajado en el que se observa el desnivel ascendente hacia el poniente.

Hacia el norte del enlajado se localizó un sistema para la captación de agua, el cual fue construido modificando el suelo a través de una excavación en el tepetate natural. Dicha excavación es de forma rectangular y se adapta al relieve de la roca madre, la cual presenta un desnivel topográfico en sentido norte- sur. La excavación tiene las siguientes dimensiones: 2.06 m oriente-poniente, 1.70 m en norte-sur y 0.56 m de profundidad, con un volumen de 1.9611 m³; sus paredes fueron recubiertas con un aplanado de argamasa hecho a base de gravilla de tezontle negro mezclado con arcilla y cal, en el que además se presentaron fragmentos de enlucido de estuco con pigmento rojo. Este depósito de agua al que también denominamos “tina” fue bien delimitado en sus bordes con el aplanado de argamasa pues éste, además de recubrir las paredes del depósito, cubría también los bordes, definiendo la altura final del elemento arquitectónico.



Planta y corte del depósito de agua o “tina”.



Vista suroeste-noreste del depósito de agua o “tina”. Se aprecia el contexto en que se encuentra, excavada en el tepetate natural y asociada a oquedades y alineamientos circulares de piedra.

El sistema hidráulico se basa en la modificación del suelo y la utilización de rocas para contener y encauzar el líquido en la dirección requerida, haciendo uso de dos “rebosaderos” de forma circular, excavados también en el tepetate.



Vista norte-sur del depósito de agua o “tina” y los elementos asociados a la misma.

Otro de los elementos hidráulicos de esta etapa constructiva consta de un canal excavado en el tepetate natural, de hechura muy elemental, calzado con piedras a los lados, de 0.25 m de ancho por 0.12 m de profundidad, que corría en sentido NE-SW.

Este canal parece formar parte de una red hidráulica cuyas evidencias más tempranas fueron reportadas por Nichols, Spence y Borland (1991) en el conjunto 6:N1W6, donde registraron canales debajo de la primera etapa constructiva, excavados en el tepetate natural. De acuerdo con estos autores la red hidráulica corresponde a un sistema de irrigación que debió funcionar en las fases Tzacualli (1-150 d. C.) y Miccaotli (150-200 d. C.), para eventualmente ser cubierto por las construcciones del Barrio Oaxaqueño (*op. cit.*: 128). Aunque comparto la idea de la existencia del sistema, difiero en pensar que el funcionamiento del mismo estuviera relacionado con la irrigación de campos de cultivo, pues las evidencias estratigráficas nos indican que el área prácticamente carecía de suelos en los cuales cultivar, ya que el tepetate natural se encontraba aflorando. En este sentido ya he mencionado que existen más elementos para proponer que el sistema hidráulico funcionó para conducir escurrimientos pluviales hacia áreas de almacenamiento (jagüeyes) y a los conjuntos habitacionales que debieron existir en el área en fases tempranas, en la ladera del Cerro Colorado.

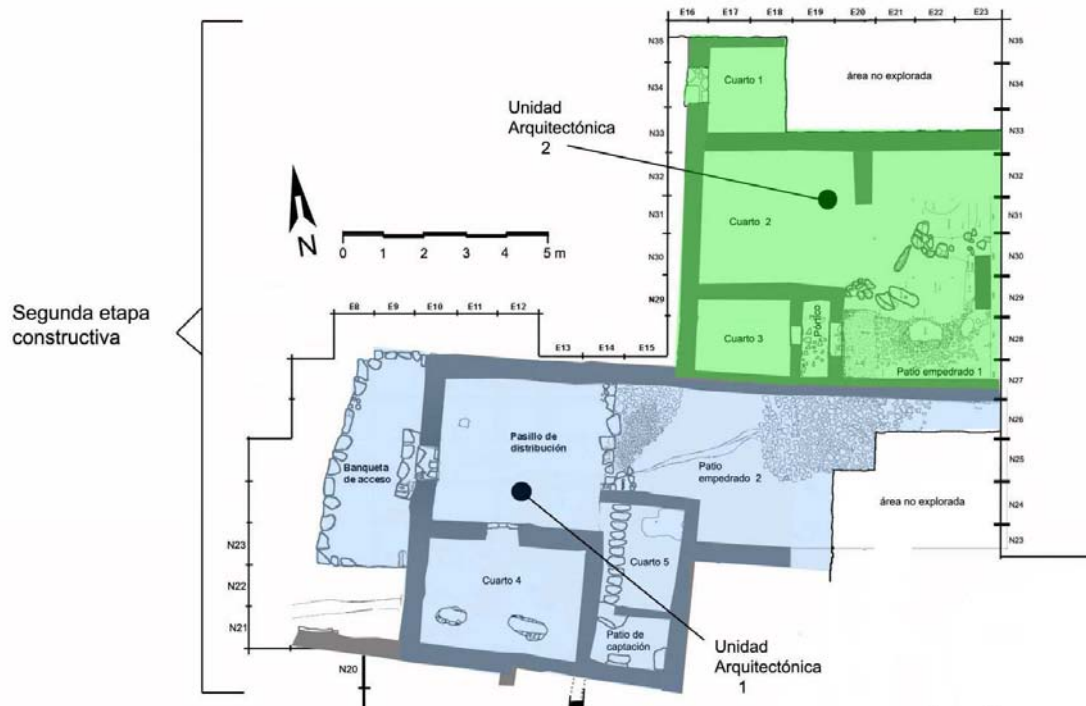
- Segunda etapa constructiva

El conjunto arquitectónico fue edificado sobre el tepetate o roca madre, siendo éste el estrato estéril. El terreno fue acondicionado previamente para la construcción, pues fue emparejado para lograr una superficie nivelada.

Para fines prácticos, hemos asignado una nomenclatura a cada espacio y los hemos agrupado por unidades arquitectónicas, de las cuales esta segunda etapa constructiva cuenta con dos, como veremos a continuación:

El sistema constructivo incluye una cimentación de grandes rocas semi-careadas, posiblemente extraídas de las barrancas que bajan de los cerros Colorado y Colorado Chico, ubicadas al oriente y poniente del conjunto. La argamasa que las une está hecha a base de arcilla y el cuerpo de los muros está logrado con piedra "bola" y basaltos trabajados únicamente en las caras visibles. Los cimientos de grandes rocas desplantaban directamente del tepetate natural, por ello fue necesario que tanto el material como el tamaño de las rocas resistiera el embate de los escurrimientos provenientes de la ladera

norte del cerro Colorado Chico, configurando muros de gran espesor (1.0 m en promedio).



Planta general de la segunda etapa constructiva subdividida en unidades arquitectónicas



Vista norte-sur de la banqueta de acceso a la unidad arquitectónica 1. Se aprecia el tepalcate natural como nivel de desplante de la arquitectura, así como la nivelación que se realizó en dicho estrato.



Vista norte-sur de la cara externa del muro perimetral poniente. Se observa el sistema de carga estructural de los muros del conjunto, a base de grandes rocas.

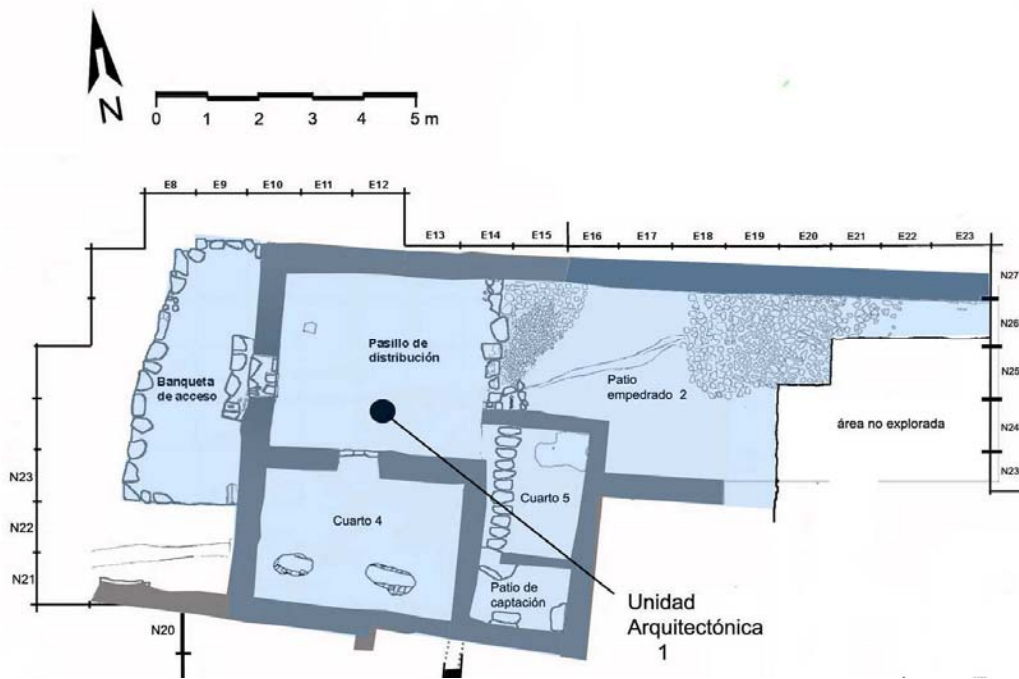
Esta etapa constructiva cubrió por completo todos los elementos anteriormente descritos, con un relleno de arcilla y tepetate de 0.50 m de espesor en promedio, ampliando el espacio construido y modificando la planta arquitectónica, que creció principalmente hacia el poniente y norte.

Los análisis de materiales indican que esta etapa corresponde cronológicamente a la fase Tlamimilolpan temprano (200-250 d.C. de acuerdo con la cronología de Evelyn Rattray, 1999, 2011) (Andrade y Rodríguez, en Ortega, 2009).

Unidad arquitectónica 1

Orientada en sentido este-oeste, esta unidad cuenta con una entrada en su extremo poniente, asociada a una amplia banqueta de planta semi-rectangular, que mide 5 m N-S por 2.0 a 2.50 m E-W, elevando el nivel de la superficie natural para evitar la entrada de agua pluvial al conjunto. Fue construida alineando grandes rocas de basalto unidas con argamasa de lodo. El límite norte de la banqueta guarda la misma orientación del muro perimetral norte, mientras que el límite poniente no es completamente paralelo con el muro del conjunto, sino que muestra una ligera desviación de aproximadamente 10° respecto del mismo, por lo que se va abriendo en dirección poniente; por otro lado el límite sur si es paralelo con el muro del conjunto que corre en esa dirección.

El núcleo de la banqueta está hecho de un relleno de arcilla de 0.40 m de espesor en promedio, nivelado a la altura de las rocas que forman el perímetro de la misma.



Planta general de la Unidad Arquitectónica 1, correspondiente a la segunda etapa constructiva del conjunto 11:N1W6 (TL11).



Vista poniente-orienté de la banqueta en la entrada principal de la sección norte de TL11. Se observa la banqueta y el escalón de entrada, además de algunas piedras del perímetro de la banqueta fuera de su lugar (extremo izquierdo al centro de la fotografía).

Una vez cruzada la entrada localizamos un espacio abierto al que denominamos patio de distribución, desde donde se puede entrar a otras habitaciones, como veremos más adelante. Dicho patio de distribución comprende dos niveles, los cuales se encuentran divididos por un alineamiento de rocas semi-careadas, orientadas a 15° al este del norte magnético, formando un escalón. El primer nivel cuenta con un piso de gravilla, mientras que el segundo o inferior es un empedrado de rocas sin carear.



Vista oriente-poniente. Alineamiento de rocas semi careadas que conforman el escalón del patio de distribución.

El primer nivel del patio funcionó además como base para el desplante de los muros pertenecientes al cuarto 4, un amplio recinto de 4.50 m E-W por 4 m N-S, con piso de argamasa y muros de rocas unidas con lodo. En sus esquinas NE y NW se localizaron dos concentraciones de material cerámico y lítico, principalmente desechos de talla de obsidiana verde.

En cuanto al nivel empedrado del patio de distribución, éste es de planta rectangular, de 9 m E-W por 3 m N-S. Estaba dividido al centro por un apisonado de tepetate, en cuya parte central se percibía una ligera depresión, con la que se concentraba y distribuía el agua pluvial captada por el patio hacia un canal de desagüe, ubicado al sur del escalón que divide el patio en dos niveles. El canal pasa por debajo de un muro con el que se tapió un pequeño patio de descargas pluviales localizado justo al oriente del cuarto 4.

El pequeño patio de 2 m E-W por 1-50 m N-S, localizado al oriente del cuarto 4, fue construido para la captación de aguas pluviales, pues en sus muros norte y oriente cuenta con bajadas de agua, hechas con argamasa sobre los muros de piedra, las cuales finalizaban en la parte inferior en unas grandes rocas planas. Los escurrimientos captados en este patio se unían a los provenientes del canal de desagüe norte-sur para posteriormente drenarse a través del canal este-oeste hacia la parte externa del conjunto.



Vista norte-sur del canal con su tapa de grandes piedras, del lado derecho se aprecia el cuarto 4.



Vista norte a sur de la esquina suroeste del patio empedrado, se aprecia la atarjea o colector del agua del patio, formando el extremo norte del canal.



salida del canal norte-sur

Bajadas de agua

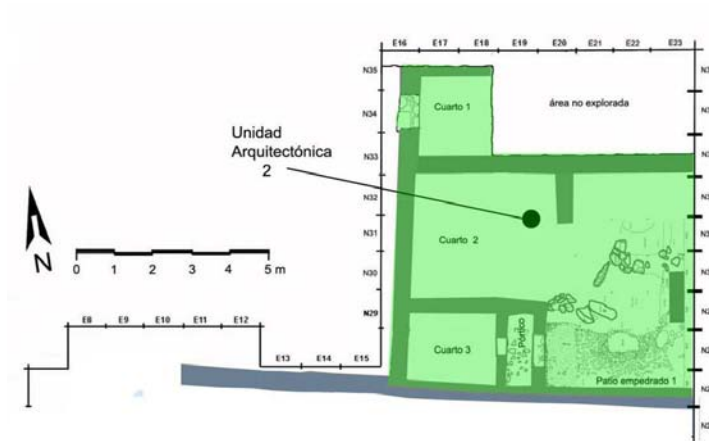
apisonado de arcilla y tepetate

Vista superior. Patio destinado para la captación de aguas pluviales y los escurrimientos provenientes del patio de distribución, encausando toda el agua hacia la parte externa del conjunto por el canal este-oeste.

Unidad Arquitectónica 2

Orientada en sentido E-W, esta unidad arquitectónica presenta su entrada principal en el muro perimetral poniente del conjunto, desde donde se accede al cuarto 1. Por su ubicación e independencia respecto de la unidad 1, es posible que se trate de una ampliación al diseño arquitectónico original, ya que su muro sur corresponde a un ancho muro E-W, de 21 m de longitud (hasta donde se exploró), de 1.14 m de altura por 0.82 m

de ancho, que debió funcionar como muro perimetral inicial del conjunto, y posteriormente se adosó lo que hoy hemos nombrado Unidad Arquitectónica 2.



Vista suroeste-noreste del cuarto 1. Se aprecia su entrada desde la parte externa del conjunto y el relleno de piedras (derrumbe) que lo cubría.

Consta de tres cuartos o habitaciones que cuentan con apisonado de arcilla y muros hechos con piedras unidas con lodo, que desplantan del tepetate natural. Su construcción cubrió por completo la primera etapa del conjunto, correspondiente al sistema de captación de agua que incluía la tina o receptáculo.

Al sur del cuarto 2 encontramos el cuarto 3, una habitación porticada, orientada en sentido E-W con la entrada por el oriente, que medía 2.50 m por lado y con un pórtico de 1.50 m E-W por 2.50 m N-S. La habitación conserva los restos de un piso hecho a base de tepetate y gravilla de color blanco y muros de piedra unida con argamasa de lodo, sin aplanado en el interior.

La entrada a este cuarto fue tapiada con un muro de adobes, dejando en función únicamente el pórtico, el cual posiblemente fue utilizado como espacio doméstico pues

se localizaron un fragmento de metate y cerámica. Posteriormente el pórtico también fue tapiado con adobes y piedras amarradas con lodo, dejando completamente sellado el espacio.

En el exterior del cuarto se localizó un empedrado que se delimita en sus extremos sur y poniente por muros de piedra, mientras que al norte se encuentra destruido debido a una alteración contemporánea en el terreno, ya que fue utilizado como basurero. Dicho empedrado forma parte del espacio abierto que comunicaba a los cuartos 2 y 3, cubriendo por completo la primera etapa constructiva del conjunto arquitectónico.

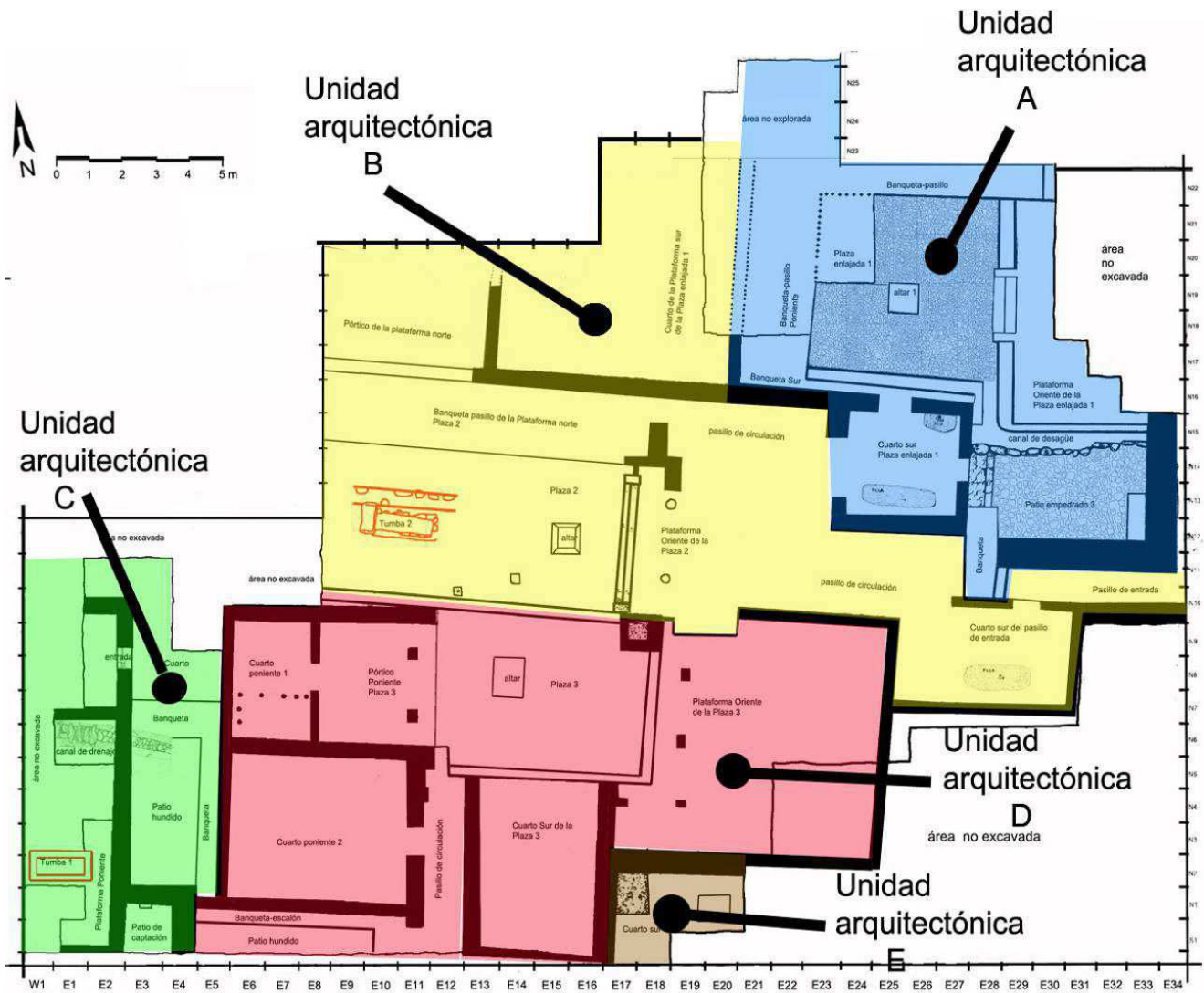
Los análisis de materiales cerámicos sugieren que la cronología de esta etapa constructiva corresponde a la fase Tlamimilolpan tardío (250-350 d.C.) e incluso Xolalpan Temprano (350-450 d.C.) (Andrade y Rodríguez en Ortega, 2009).

- Tercera etapa constructiva

La tercera etapa cubrió por completo todo el sector sur del conjunto arquitectónico. Por razones prácticas la hemos dividido en unidades arquitectónicas diferenciadas, pero debemos aclarar que todos los espacios se comunican entre sí, formando un solo complejo de plazas, patios y habitaciones que permiten una circulación fluida entre áreas abiertas y cerradas. Los acabados arquitectónicos de esta etapa tienen mayor calidad que los de la etapa anterior, ya que todos los espacios cuentan con pisos de argamasa de gravilla con enlucido de estuco, incluso en algunos recintos se apreciaron vestigios de pintura roja en muros y bordes de pisos, dándole un aspecto más elaborado que la arquitectura de la etapa previa. De la misma manera los materiales constructivos de los muros incluyen en gran parte piedras de tezontle y basalto careados, pisos de laja acomodados en mosaicos, altares tipo maqueta en los centros de las plazas y recintos muy espaciosos que permiten inferir el desarrollo de actividades públicas o colectivas.

Lo anterior constituye una diferencia más entre las etapas 2 y 3, pues en la segunda etapa la arquitectura hace mayor referencia a las actividades domésticas, ya que encontramos habitaciones de reducidas dimensiones, asociadas a patios empedrados de burda manufactura, mientras que en la etapa posterior la mayoría de los espacios se distribuyen en torno a plazas con altares centrales, refiriéndose en mayor medida a las actividades relacionadas con el culto. De acuerdo con el material cerámico asociado a esta etapa, su cronología corresponde a la fase Xolalpan (400-550 d. C.).

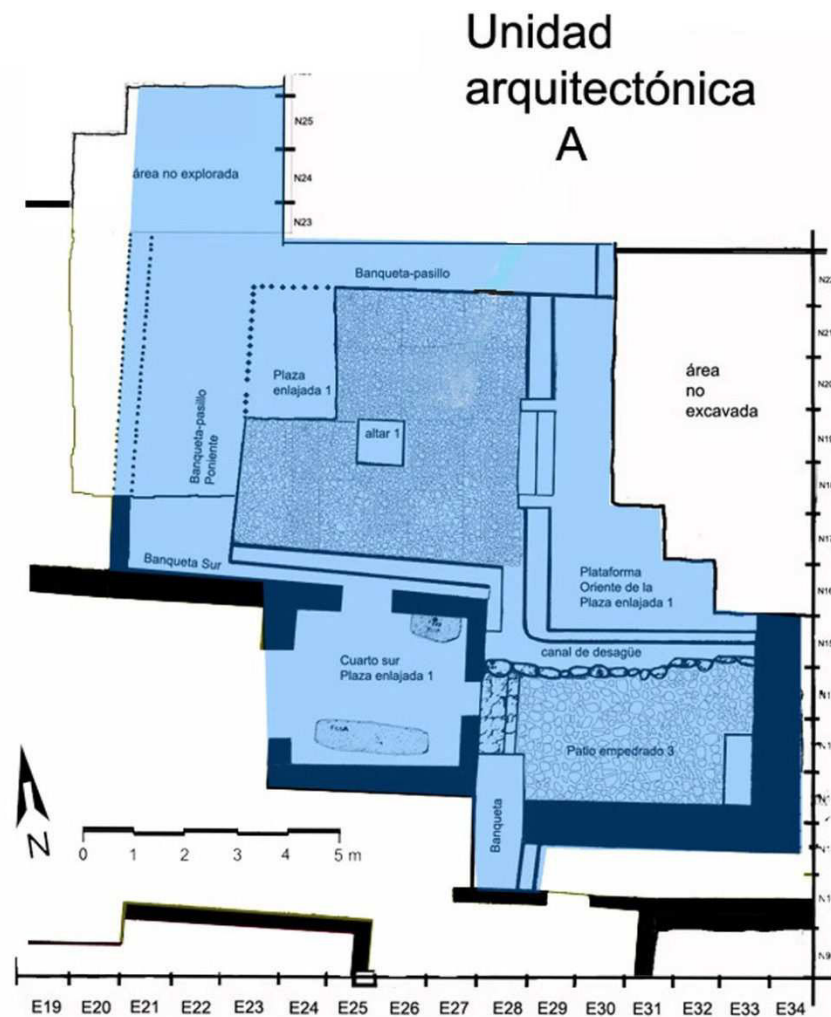
Para evitar confusiones con las unidades arquitectónicas de la segunda etapa constructiva, en la tercera las identificamos con letras, de tal manera que tenemos unidades de la A a la E, su descripción se hace de norte a sur y de oriente a poniente.



Planta general de la tercera etapa constructiva del conjunto arquitectónico 11:N1W6 (TL11).

Unidad Arquitectónica A

Esta unidad se distribuye en torno a una amplia plaza enlajada a la que hemos dado el número 1, de 6 m por lado, delimitada al norte y poniente por una ancha banqueta de 0.40 m de altura respecto a la superficie de la plaza, mientras que al sur la limita un escalón que permite la entrada a una habitación y al poniente se localiza el basamento principal de la unidad, una plataforma de 2 cuerpos que seguramente alojó un recinto en su parte superior¹.



¹ La distribución de los espacios es muy similar a la de la Plaza Enlajada 1 del conjunto 1:N1W6 (TL1), ya que ambas comparten la banqueta al norte y poniente, mientras que el basamento principal se encuentra en el oriente, con su fachada hacia el poniente.

La banqueta norte debió funcionar también como pasillo de distribución, ya que al intersectarse con la banqueta poniente permitía el flujo a los espacios que se encontraban en dicho rumbo.

A diferencia del típico patrón de distribución de espacios en los conjuntos arquitectónicos teotihuacanos, donde por lo menos hay 2 basamentos delimitando la plaza, en este caso se cuenta únicamente con el del lado poniente, patrón que tiene mayor recurrencia en este sector de la ciudad, conformando una característica arquitectónica específica.



Escalinata con alfardas del basamento oriente de la Plaza Enlajada 1.

En el centro de esta plaza se localizó un altar de planta cuadrada, de 0.80 x 0.90 m y 0.25 m de altura, cuyo núcleo semi-destruido aún mostraba cuatro pequeños muros de piedra careada, que formaban una caja o receptáculo, cuya función debió ser similar a la localizada en otro de los altares de este conjunto, es decir como continente de una ofrenda ritual.

En lo que se refiere a la arquitectura asociada a la plaza, hacia el sur ésta se delimita por un escalón que abarca todo ese flanco y que conduce hacia un recinto al que denominamos cuarto sur de la Plaza Enlajada 1, un cuarto de 4 x 4 m que se comunica tanto con la plaza como con un pasillo de circulación por su límite poniente, y con un pequeño patio empedrado (3) hacia el oriente. Está hecho a base de muros de piedra unida con lodo, recubiertos con argamasa y enlucido de estuco, el piso es de argamasa de gravilla y en él encontramos dos huellas de fosas, ambas selladas con argamasa, que al ser exploradas dejaron al descubierto dos contextos funerarios.

Por su parte el flanco oriente de la Plaza Enlajada 1 estaba definido por la presencia del basamento principal, una estructura escalonada de 2 cuerpos, a la que se asciende por una escalinata central de 4 escalones y alfardas laterales, que debió rematar en un templo, del cual ya no quedaron vestigios más allá de escasos restos de piso de argamasa. La fachada del basamento debió contar con talud-tablero, sin embargo sus precarias condiciones de conservación sólo permitieron observar restos de las cornisas que delimitaron el tablero sur, observando que éste se componía de 3 cornisas a manera de letra U invertida.



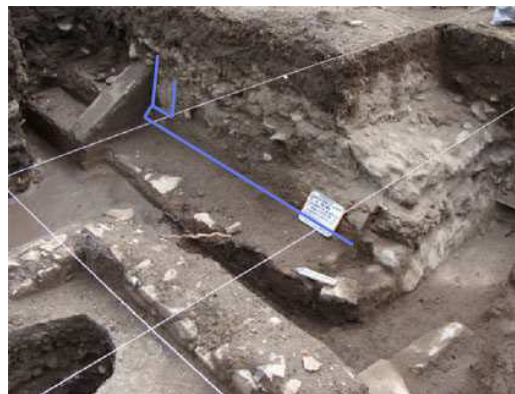
Vista de frente de la escalinata del basamento oriente, Plaza Enlajada 1.



Se observa el desmantelamiento de la sección norte del basamento.



Detalle del tablero sur, el cual se observa muy destruido y a pesar de eso se conservó una buena parte de la cornisa norte, el talud y el paramento vertical del tablero.



Esquema de los restos del tablero en forma de U invertida de esta plataforma.

Es importante mencionar que tanto el desplante de la plataforma oriente como el del cuarto sur no iniciaban al nivel de la plaza enlajada, sino sobre una banqueta de 20 cm de alto, cuya presencia permitía el drenado de las aguas pluviales hacia la esquina sureste de la plaza, desembocando en un canal de desagüe a cielo abierto, que corría paralelamente a la fachada sur del basamento. Dicho canal fue construido colocando grandes piedras alineadas, unidas entre sí con mortero de arcilla, cuya trayectoria sigue el contorno sur del basamento.



Vista S-N del basamento poniente, se puede observar el canal de desagüe que va rodeando la plataforma.



Vista N-S donde se observa la desembocadura de los escurrimientos de la plaza hacia el canal de desagüe.

Justo al sur del canal de desagüe se localiza el Patio Empedrado 3, un espacio abierto orientado en sentido E-W, de 5 m de largo por 2.5 m de ancho, cuya superficie de paso está hecha a base de cantos rodados colocados en un firme de arcilla sobre el tepetate natural. En su superficie cuenta con dos pequeñas banquetas en las esquinas sureste y noroeste, construidas con piedras careadas unidas con lodo.

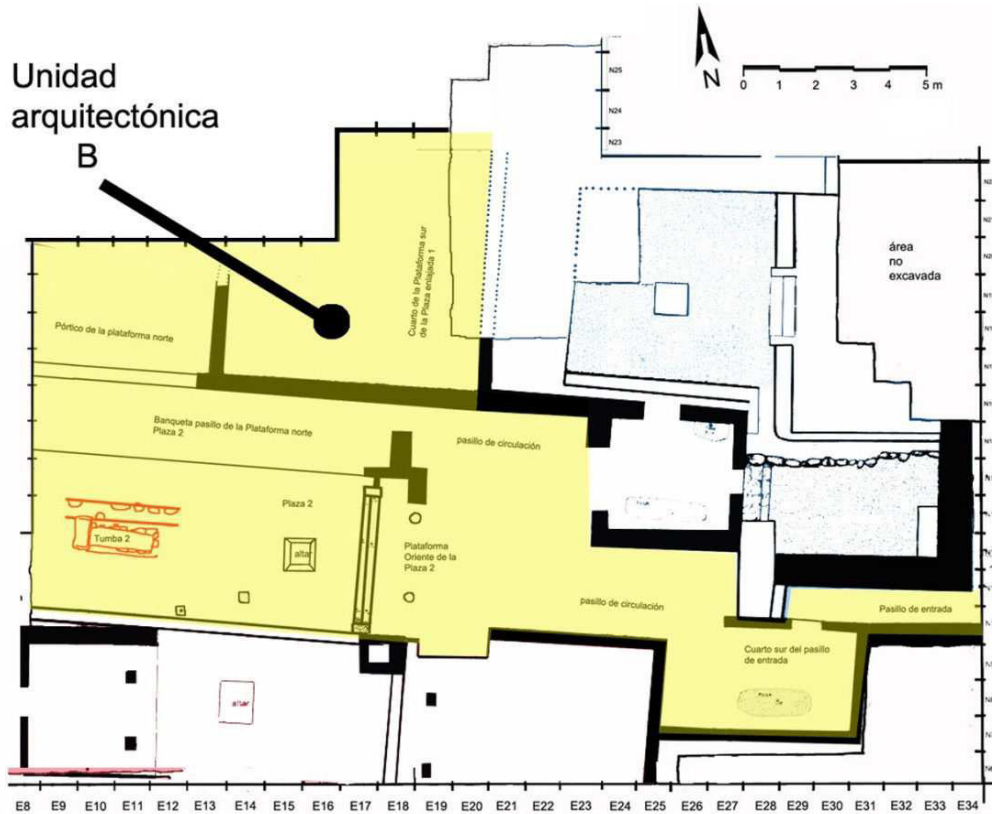
El patio tiene comunicación directa por su extremo poniente con el Cuarto 1 de la Plaza enlajada, a través de un escalón, así como con un pasillo de entrada al conjunto, localizado hacia el sur. La peculiaridad de este espacio fue la presencia de una gran cantidad de entierros, la mayoría de ellos de individuos infantiles.

Unidad Arquitectónica B

Comunicada a través del Cuarto 1 de la Plaza Enlajada 1 y de la banqueta poniente de la misma plaza, esta unidad se compone de un amplio espacio abierto con altar central,

un basamento porticado, varias habitaciones y un pasillo de entrada en el límite oriente del conjunto arquitectónico.

Toda la arquitectura de esta unidad está hecha con materiales constructivos de muy buena calidad, entre los que se incluyen rocas careadas de basalto y tezontle, pisos de argamasa de gravilla, con enlucido de estuco y en varios muros se observaron evidencias de pintura roja, indicando que los muros fueron decorados con dicho color.



La Plaza 2 es un espacio abierto de 4 m N-S por 10 m E-W (hasta donde fue posible explorarla), delimitada al norte por una banqueta que funciona como plataforma de una habitación porticada. Dicha banqueta no solo abarca todo el flanco norte de la plaza, sino que hacia el oriente su función cambia a pasillo de circulación que comunica al recinto de la plataforma oriente con el Cuarto 1 de la Unidad Arquitectónica 1.

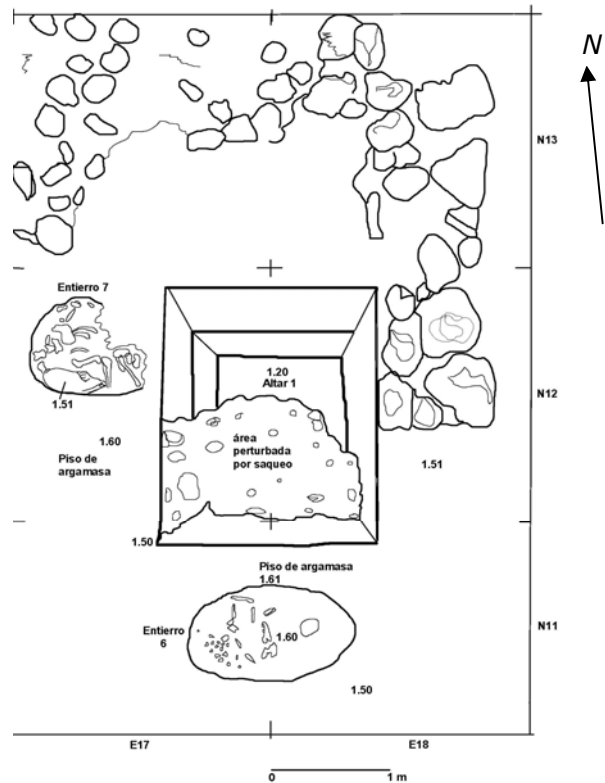
Hacia el sur la Plaza 2 limita con un escalón que permite la entrada a otro nivel arquitectónico con plaza; y hacia el oriente se localiza el basamento principal de este espacio abierto, un amplio recinto al que hemos denominado Plataforma oriente de la Plaza 2.

Como mencioné anteriormente, esta plaza cuenta con un pequeño altar central, de tipo maqueta. Su planta es rectangular de 0.90 m N-S por 0.80 m E-W y 0.42 m de altura; compuesto de dos cuerpos en talud, como la maqueta de un basamento cuyo templo en la parte superior dejó una huella visible en el aplanado, aunque ya no se encontró en su lugar, debido a la perturbación ocasionada por un saqueo al elemento, de la misma forma la escalinata que debió tener en su parte frontal (hacia el poniente), ya no fue encontrada en su lugar, pero de la misma forma el aplanado de la fachada conservó la huella de dicho elemento.



Vista de norte a sur de la Plaza 2 y el altar tipo maqueta localizado en su parte central.

Planta del altar central de la Plaza 2 y los entierros de cáñido asociados a sus costados.



El núcleo del altar consiste en un contenedor hecho a base de piedras unidas con lodo, a manera de caja o nicho de forma rectangular, la cual se encontró vacía muy posiblemente por el saqueo que sufrió el elemento. Tanto los materiales arqueológicos recuperados en las ofrendas como la estratigrafía de la plaza, nos indican que esta fase constructiva puede fecharse en la fase Xolalpan (400-550 d. C.).

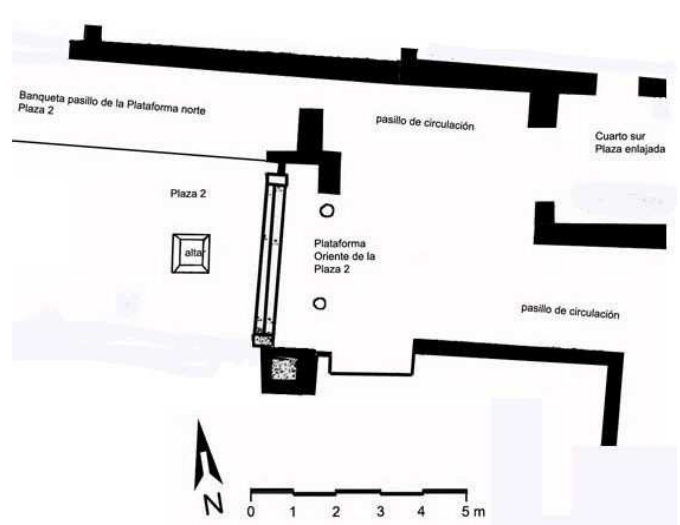
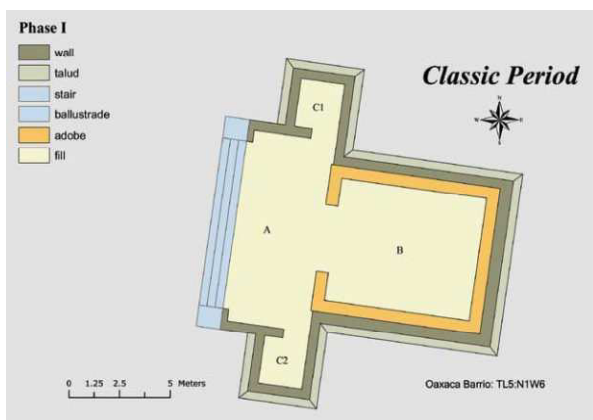
Respecto a la plataforma oriente, para llegar al nivel del pórtico había que ascender por una escalinata de 8.5 m de largo, compuesta por tres escalones. El piso del pórtico norte presenta dos huellas circulares de columnas al frente, equidistantes a 1.80 m.



En su remate sur, la escalinata limitaba con un gran cajón, al que denominamos altar. Esta construcción de forma cúbica rectangular, intruía en la unión remetida de las dos escalinatas de la plataforma oriente, desplantando sobre el piso de arranque de las mismas.

Este altar mide 1.10 m E-W y 1 m N-S, con una altura de 0.43 m, está hecho de piedras irregulares pegadas con lodo sin aplanado.

La arquitectura de esta plataforma es muy similar a la registrada por Michelle Croissier (2007: 46-48) en el conjunto arquitectónico 5:N1W6, localizado a escasos 80 m al oriente de TL11, la cual también cuenta con una amplia escalinata de acceso a la parte superior, de hecho al compararlas podemos observar que la planta es semejante.



Plantas arquitectónicas de las plazas a que hacemos referencia. A la izquierda la plaza de TL5 (tomado de Croissier, 2007:46), a la derecha la Plaza 2 de TL11.

La Tumba 2

Este elemento arquitectónico funerario fue localizado en la Plaza 2, bajo la huella de un posible altar, del cual se encontraron escasas evidencias, pues había sido afectado por completo por los saqueos y perturbaciones modernas. Por su ubicación sabemos que pertenece a la segunda etapa constructiva del conjunto y fue cubierta por la tercera etapa.

La construcción de la tumba 2 tuvo lugar antes de colocar el piso de la plaza en la segunda etapa constructiva; ubicada junto a uno de los muros que formaba la esquina de una construcción anterior, es decir, correspondiente a la 1ª fase, pero durante la modificación de estos espacios, con la creación de la plaza fue perturbada, retirando el contenido y volviéndola a cubrir ya vacía, dejando únicamente algunos fragmentos de hueso y de cerámica dispersos en el relleno; posteriormente fue colocado el nuevo piso de la Plaza 2 y un nuevo altar.

Su planta es rectangular, de techo plano, construida con cuatro muros verticales, hechos de piedra pegadas únicamente con lodo, y donde el individuo debió ser colocado desde arriba; mide 1.90 m de largo por 0.45 m de ancho y 0.40 m de profundidad y tenía como fondo la capa natural de tepetate, que parece haber sido nivelado para lograr una superficie homogénea; su orientación es de 105° al este del norte magnético; su techo fue plano hecho a base de grandes lajas de piedra, encontrándose únicamente dos de éstas en los extremos opuestos (oriente y poniente). Del lado poniente hallamos una gran losa de piedra basáltica de 0.80 m de largo por 0.38 m de ancho y 0.16 m de espesor, recortada en ángulo en las aristas para poder embonar con los muros paralelos y con la primera laja que le seguía. Esta losa parecía haber sido el dintel de alguna entrada porque además presentaba la cara posterior destruida como quien deseara borrar algo grabado, para ser reutilizada.

Eventos muy similares relacionados con una tumba al centro de una plaza son reportados por Michael Spence en el conjunto 6:N1W6 (1989a: 92-93).

La habitación arrasada de la plataforma oriente se comunica en ese mismo rumbo —a través de un pasillo de circulación— con otra habitación a la que denominamos Cuarto Sur del pasillo de entrada, por su relación directa con la entrada oriente al conjunto arquitectónico; este cuarto es de planta rectangular (5 m E-W por 2.50 m N-S) y cuenta con una puerta en su muro norte, que lo comunica con el pasillo de entrada, mientras que su esquina noroeste mantiene circulación libre hacia la plataforma oriente. Los muros de esta habitación son de adobe, recubiertos con argamasa de lodo; el piso es

de argamasa de gravilla sin enlucido de estuco, lo que le dio un aspecto completamente distinto al resto de las habitaciones.

En cuanto al límite oriente del conjunto, localizamos también los muros del pasillo de acceso al mismo, muros con una característica distinta a los que delimitaban los cuartos, pues estaban hechos con rocas muy grandes, hasta de 0.95 m de ancho, unidas con lodo.



Vista E-W de la Tumba 2, con las 2 piedras que sirvieron de techo, en el momento de su hallazgo.



Vista E-W de la Tumba 2, una vez que fue explorada.

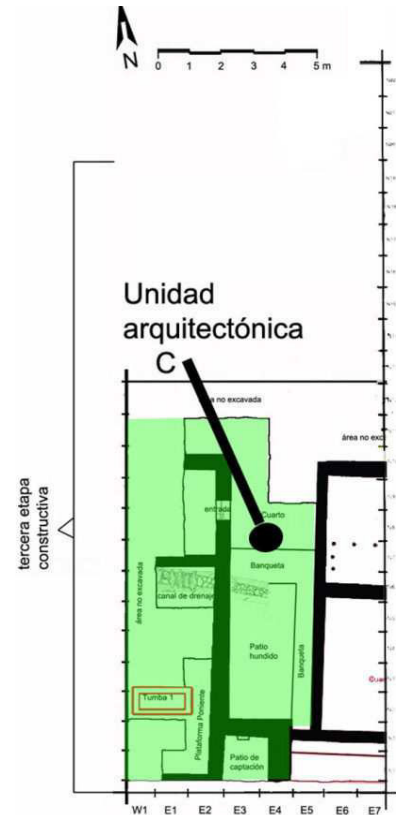
Unidad Arquitectónica C

Localizada en la sección oriente del conjunto arquitectónico, esta unidad se distribuye en torno a un patio hundido de 4 m N-S por 2 m E-W, delimitado por un escalón o banqueta que conduce a una habitación en su lado norte. Es muy posible que este patio haya funcionado —en una etapa constructiva anterior— como área abierta para comunicar entre sí por lo menos a dos habitaciones, sin embargo las modificaciones arquitectónicas de la tercera etapa constructiva lo transformaron en un espacio cerrado, al que se podía entrar únicamente por el norte.

La plataforma poniente presentó grandes y gruesos muros de piedra careada unida con lodo, sin recubrimiento alguno, desafortunadamente se encontró muy destruida, pero en su núcleo se localizaron grandes piedras colocadas transversalmente sobre 2 pequeños muros de piedra unida con lodo, correspondientes a una tumba de cajón, orientada en sentido E-W.

Los muros de la Tumba están contruidos con piedras irregulares, sin trabajar de 10 X 6 cm, 30 x 25 cm, 40 x 20 cm, en promedio, la mayoría de ellas son de basalto y andesita; fueron pegadas con lodo, constituyendo muros que desplantan desde el tepetate natural y cuya cara trabajada se encuentra hacia el interior. Los muros alcanzan una altura de 85 cm y sostienen un techo de cuatro grandes piedras de basalto, de forma rectangular, colocadas en secuencia y orientadas en sentido transversal a los muros. El acceso se encuentra en el lado oriente y está delimitado en su parte inferior por una hilada de piedras a manera de reborde. Al parecer estuvo sellado con adobes y trozos de tepetate unidos con lodo. La tumba estaba orientada 95° al este del norte magnético y sus dimensiones internas fueron de 85 cm de altura, 1.53 m de largo por 43 cm de ancho; el piso era el mismo tepetate natural, sin recortar.

Esta tumba se utilizó en un solo evento funerario, después del cual la entrada fue sellada, posteriormente se colocaron las grandes tapas de piedra cubriendo las ranuras con lodo para finalmente quedar cubierta por el relleno del núcleo de la plataforma.



Vista de oriente a poniente Tumba 1, se observa el sistema constructivo y su ubicación en el núcleo de la plataforma poniente.

A escasos 3.50 m al norte de la tumba, también en el núcleo de la plataforma poniente, se registró un canal hidráulico que corre en dirección W-E debajo del patio hundido y su arquitectura es muy semejante a la de la Tumba 1, pero guardando las proporciones, de tal forma que cuenta con dos muretes hechos de piedra pegada con lodo y revestidos con aplanado de argamasa hacia el interior del canal, ya que en la parte externa las piedras no tienen ningún acabado. El fondo del canal está recubierto con lajas acomodadas a manera de “petatillo” o mosaico y su parte superior está cubierta por grandes piedras sin trabajar unidas con lodo.



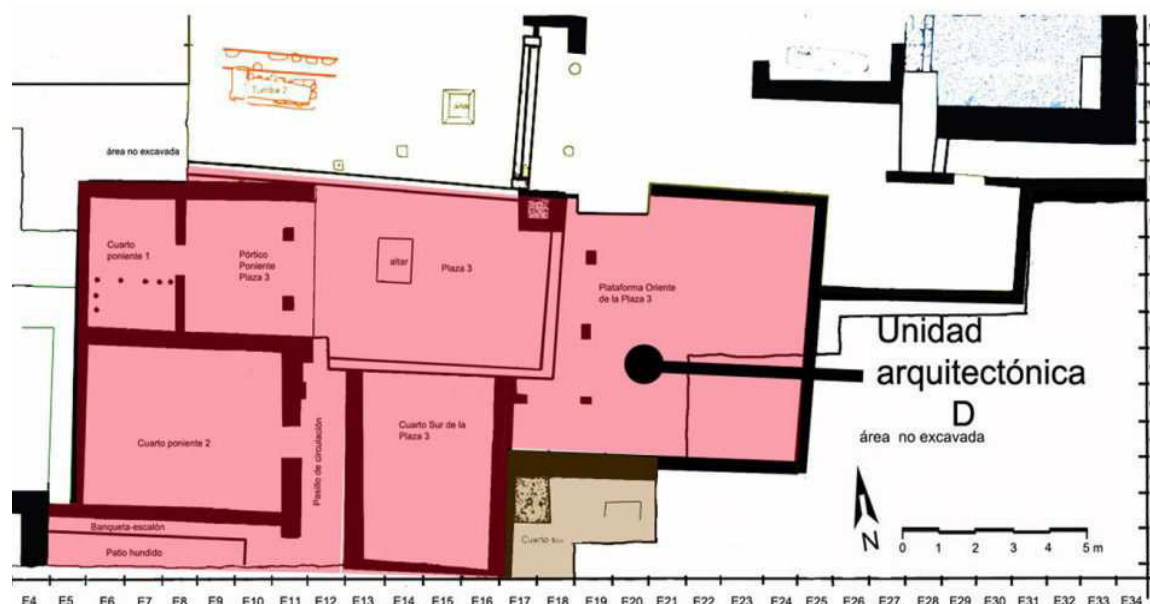
Vista E-W. Detalle del canal que corre debajo del patio hundido, se aprecia su arquitectura.



Vista E-W
Ubicación de la Tumba 1 y el canal hidráulico en el núcleo constructivo de la plataforma poniente.

Unidad Arquitectónica D

La unidad arquitectónica a la que nos referiremos a continuación, está directamente asociada a la Unidad B, ya que se comunican con ella a través del límite sur de la Plaza 2, por medio de un escalón que sube, por lo que está 25 cm arriba del nivel de aquella. La Unidad D se compone de una plaza, dos habitaciones porticadas en sus lados oriente y poniente y otras dos en sus límites sur y suroeste.



Denominamos a la plaza con el número 3 y consiste en un espacio de forma rectangular, de 5 m N-S por 6 m E-W, con piso de argamasa de gravilla y enlucido de estuco. El altar de la plaza se localizó en el sector noroeste, es decir no estaba justo al centro del espacio abierto, sino ligeramente desplazado hacia esa esquina. Este elemento de planta cuadrangular, mide 0.68 m N-S por 0.63 m E-W y 0.22 m de altura. Su manufactura es de piedras semi-careadas, unidas con lodo, formando un prisma rectangular, cubierto de aplanado de argamasa y enlucido de estuco; en su parte inferior, donde hacía ángulo recto con el piso, se podía apreciar aún una tenue línea de color rojo, lo cual nos indicó que el altar estuvo decorado con dicho color. Además presentaba en el lado poniente una pequeña abertura rectangular de 7 x 7.5 cm de altura, tapada por una piedra móvil que se ajustaba con perfección a la oquedad, permitiendo introducir la mano.

La parte superior del altar presentaba manchas de humo o fuego, señal de que soportaba braseros o algún otro instrumento que utilizaba fuego. Dichas marcas también pudieron observarse en el piso de la Plaza, frente al altar, lo que reforzó nuestra interpretación del uso del espacio con fines rituales.

Frente al altar (lado poniente) se localizó una fosa que contenía dos vasos monocromos café, completamente cubiertos de pigmento rojo, cada uno de ellos de 12 cm de altura, 8 cm de diámetro, mientras que en el interior del altar había una laja de piedra con 21 caracoles marinos, parte de la última ofrenda colocada en su interior.



Altar de la Plaza 3 visto desde el lado poniente, se aprecia con su tapa colocada y frente a él una mancha de quemadura en el piso.



Altar de la Plaza 3, una vez retirada la tapa.

Hacia el poniente la Plaza 3 está delimitada por un espacioso pórtico (3.5 m por lado), que funcionaba como recibidor del Cuarto Poniente 1. A pesar de que el piso del pórtico se encontró muy destruido, se conservaron las huellas de las dos columnas que sostenían su cubierta.

El Cuarto Poniente 1 tenía su acceso en el muro oriente, con un umbral de 80 cm de ancho. El acabado de su piso era de menor calidad que el del pórtico, ya que se encontró muy erosionado y presentaba siete huellas circulares (semejantes a las oquedades para postes), alineadas en forma de L.



Croquis en el que se muestran las huellas circulares en el piso del Cuarto Poniente 1.

Al sur del cuarto poniente 1 se localiza el cuarto 2, que se comunica con la Plaza 3 a través de un estrecho pasillo de circulación que mide 6 m de largo por 1.20 m de ancho, orientado en sentido N-S.

El Cuarto Poniente 2 mide 6 m E-W por 6 m N-S, tenía piso de argamasa con enlucido de estuco y muros de piedra recubiertos con aplanado de argamasa.

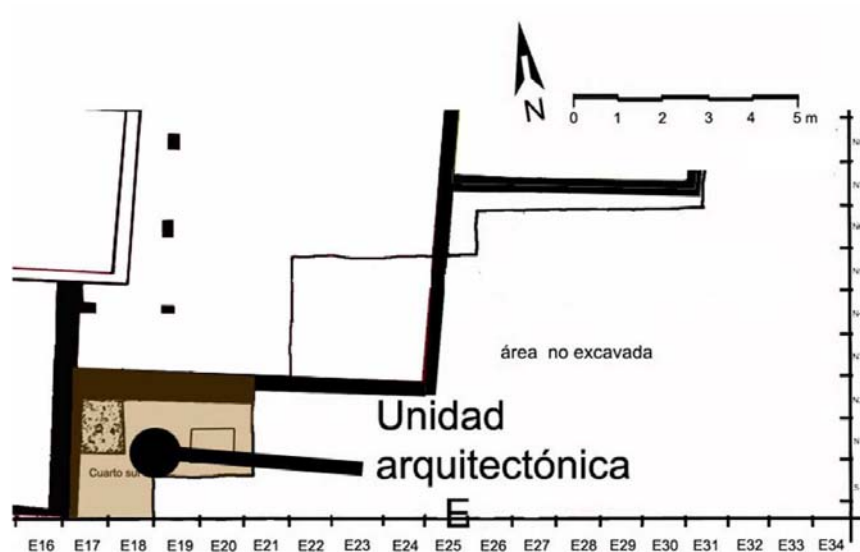
El Cuarto Sur es un amplio espacio techado, de 6 m N-S por 4 m E-W cuya comunicación hacia la plaza incluye todo su costado norte, pues no cuenta con vano para puerta, por lo que pudo ser utilizado de forma colectiva ya que no existe ninguna restricción de acceso. Cuenta con piso de argamasa con enlucido de estuco y muros de piedra recubiertos de argamasa, con restos de pintura roja.

Finalmente, hacia el oriente la Plaza 3 se delimitaba con la Plataforma Oriente, una estructura de 0.40 m de altura, que contaba con una amplia escalinata de 2 escalones que corrían a todo lo largo de la fachada. El aposento de la parte superior contaba con un amplio pórtico, del cual se registraron las columnas que soportaban la cubierta.

Unidad Arquitectónica E

A pesar de que la extensión explorada de esta unidad arquitectónica es mínima, los contextos en ella encontrados aportan una información muy valiosa para comprender la distribución del conjunto.

Se exploró de manera parcial una habitación, cuya intercomunicación y orientación desconocemos y en su interior se localizaron dos estructuras a las que denominamos "altares", ya que a ellos se asociaron elementos ofrendatorios y entierros humanos y animales; sin embargo el patrón de localización y arquitectónico es atípico en Teotihuacán.



Los muros de este espacio están hechos con piedra unida con lodo, sin aplanado, sin embargo el muro poniente tenía además un muro adosado hecho de adobes unidos con arcilla, sin aplanado ni enlucido; el piso era de argamasa de gravilla sin enlucido de estuco.

En su esquina noroeste se localizó una construcción cuadrangular, hecha de piedras pegadas con lodo, sin revestimiento alguno, de 1.50 m de largo por 1.10 m de ancho y 1.25 m de altura, completamente rellena de arcilla con piedras. Al explorar la estructura localizamos el esqueleto de un cánido, colocado justo en la parte superior del relleno, mientras que en la esquina noreste, junto al muro norte del espacio, se localizó una olla de cerámica, de color café, colocada en posición invertida sobre el piso, acompañada de tres candeleros pellizcados y un pulidor de tezontle.



Vista E-W. Construcción cuadrangular localizada en la esquina NW de la Unidad Arquitectónica E.

El interior de la construcción se componía de un relleno de piedras de río con restos de adobes y recortes de tepetate, además de arcilla y fragmentos de cerámica.

Aproximadamente a 1.20 m al oriente de esta construcción se encontró una segunda, aunque de características distintas, ya que se trata de una estructura cuadrangular, hecha con piedras unidas con lodo, pero con aplanado de argamasa y enlucido de estuco. Sus dimensiones fueron de 1 x 1.10 y 0.30 m de altura y durante la exploración de su núcleo no se reportó la presencia de ofrenda ni entierro alguno.



Vista W-E. Estructura cuadrangular localizada en el sector oriente de la Unidad Arquitectónica E.



Vista W-E de las estructuras localizadas en la Unidad Arquitectónica E.



Vista SW-NE de la Unidad Arquitectónica E.

Por la cerámica recuperada podemos fechar esta tercera etapa constructiva en las fases Xolalpan Temprano (350-450 d. C.) y Xolalpan Tardío (450-550 d. C.).

3.3 Patrones arquitectónicos identificados

Como patrones arquitectónicos nos referiremos a la recurrencia de determinados elementos que constituyen los espacios construidos. Es probable que los constructores de estos conjuntos hayan sido quienes los habitaron, adaptando los espacios a sus necesidades, pero siguiendo siempre normas generales respecto a la orientación y tamaño de los conjuntos, de tal forma que se integraron armónicamente a la traza general de la ciudad. El proceso de construcción debió requerir de tiempos específicos y de mano de obra calificada para la obtención de la materia prima, la planeación de los espacios, la construcción y los acabados finales, por lo que podemos proponer que los habitantes contaban con grupos de personas especializadas, separadas de los procesos productivos de alimentos y bienes de subsistencia, dedicados a la construcción, por lo menos temporalmente.

En esta sección de la ciudad son evidentes diversos rasgos que la distinguen de otras áreas urbanas, como detallaremos a continuación:

- 1) Construcción con cantos rodados: De los conjuntos arquitectónicos explorados hasta el momento, prácticamente el 100% fue construido con este tipo de material. Los muros de habitaciones, plataformas, cajones de relleno y los propios muros perimetrales, fueron cimentados con grandes rocas semi-careadas, de gran tamaño (70 X 40 cm en promedio), sobre las que descansan hiladas de cantos rodados, sin carear, unidos con mortero de arcilla. El uso de este material corresponde al medio ambiente en que se ubica la sección urbana, pues las diversas barrancas y arroyos intermitentes que se encuentran en el área, arrastran cantos de la parte superior de los cerros Malinalco, Colorado y Colorado Chico, conformando ricos bancos de materiales para la construcción. La utilización de basaltos y tezontles se circunscribe específicamente para las esquinas de muros,

banquetas y escalones; incluso los drenes para aguas pluviales están elaborados con cantos y rocas semicreadas.



Diversos ejemplos del uso de cantos rodados en la construcción de muros de los conjuntos a que hace referencia este trabajo (fotografías del Proyecto de Investigación arqueológica Barrio Oaxaqueño, *Tlalotlacan*, Teotihuacán, dirigido por Verónica Ortega Cabrera).

2) Superficies enlajadas o empedradas: Los pisos de patios, plazas y pasillos de los diversos conjuntos arquitectónicos que componen esta sección urbana, con una alta frecuencia están elaborados a partir del acomodo de lajas, las cuales son distribuidas a partir de líneas "maestras" o "cajones", que dan la apariencia de arreglos tipo mosaico. De la misma forma, abundan los ejemplos de pisos empedrados, elaborados con cantos rodados y fragmentos de objetos de lítica pulida (morteros, metates, manos de metates, alisadores), reutilizados para ser combinados con los cantos y lograr una superficie lo suficientemente plana para el uso cotidiano.

El uso de lajas o de cantos parece ser indistinto, pues en un mismo conjunto podemos encontrar ambas formas de construir los pisos, desde las etapas más tempranas hasta las más tardías, es decir, su uso fue prolongado en este vecindario. Por la presencia de pisos de habitaciones recubiertos con argamasa de gravilla y enlucido de estuco, deducimos que los enlajados y empedrados no responden a una carencia de esa tecnología o de los materiales necesarios para la manufactura, sino que podría manifestar un patrón arquitectónico específico del área.

En lo que respecta a los empedrados, éstos fueron manufacturados con recursos locales (cantos rodados) y desechos de lítica pulida; los cantos son abundantes en las laderas de los cerros que conforman nuestra área de interés, mientras que los desechos constituyen una forma de reciclaje de los artefactos utilizados por quienes habitaron los conjuntos.

Por otro lado, las lajas basálticas son un recurso procedente del Cerro Gordo o del área de Otumba (Mooser, 1968), ambas zonas localizadas a más de 5 Km de distancia del vecindario, razón por la cual inferimos que el uso de enlajados más que un rasgo impuesto por los recursos locales, debe ser una característica específica de esta área, ya que los materiales para su manufactura proceden del otro extremo del valle.



Plaza enlajada en el conjunto TL1.



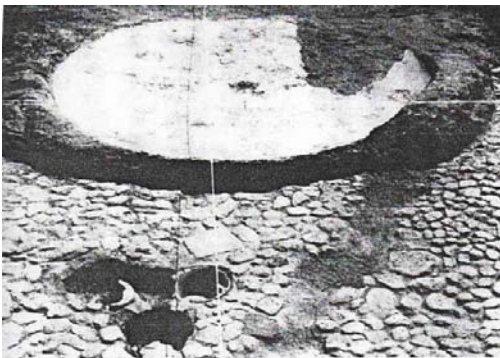
Patio enlajado en el conjunto TL1.



Plaza enlajada en el conjunto TL11.



Plaza enlajada en el conjunto TL67.



Patio enlajado en el conjunto TL20 (tomado de Gamboa, 1995: 39).



Pasillo enlajado en el conjunto 19:N2W6 (tomado de Gómez, 2002: 575).



Patio con piso enlajado en el conjunto arquitectónico 69:N2W6. Fototeca del CET.



Fragmento de piso enlajado en el conjunto arquitectónico 52:N2W6 (tomado de Ortega, 2010).



Plazas 1 y 3, con superficie empedrada del conjunto 1:N1W6 (TL1).



Plaza 1, con superficie empedrada del conjunto 22:N1W6. (Tomado de Cid, 1992).



Patio empedrado en el conjunto TL11.



Uso de enlajados y empedrados en diferentes niveles constructivos del conjunto TL1.



Fondo de ducto de drenaje con enlajado, localizado en el conjunto TL11.

Es importante mencionar que este patrón arquitectónico está presente en diversas construcciones de la ciudad prehispánica de Monte Albán, tanto en los edificios que delimitan la plaza central (CBA, 1967: 99-101 y 113-114), como en la periferia de la misma, en las unidades habitacionales que conforman los distritos de la ciudad (ver González Licón, *et al.*, 1992: 69, 79, 93-95 y González Licón, 2007: 11). De acuerdo con los fechamientos estratigráficos de Caso, Bernal y Acosta (1967), los empedrados en Monte Albán están presentes desde la fase MA Ic, así como en MA II, mientras que el equipo encabezado por González Licón los registra en construcciones domésticas correspondientes a las fases MA II-III A. En recientes exploraciones realizadas con motivo de trabajos de conservación en la plaza central de Monte Albán, se han documentado pisos enlajados y empedrados, además de que muchas de las construcciones expuestas cuentan con dicho

elemento en superficie, tales como el juego de Pelota o el piso de la tumba 104 (comunicación personal con el Arqlogo. Miguel Ángel Cruz González). Los recintos funerarios integraron el uso de pisos enlajados desde épocas muy tempranas (época Monte Albán I), como podemos ver en la tumba 204, fechada en la fase Pe (300-100 a.C.), cuya superficie interna contó con dicho elemento, sobre el cual fue depositado el cuerpo de un individuo (Martínez López, 2011: 327), así como la tumba 10 de San José Mogote, perteneciente a la fase Rosario (770-500 a. C.) que, a decir de Marcus y Flannery (2001: 160), contaba con un piso elaborado con grandes baldosas, a manera de enlajado.

Con lo anterior observamos un antecedente muy antiguo y recurrente de este tipo de acabados arquitectónicos en los valles centrales de Oaxaca, tanto en los grandes espacios públicos como en las construcciones de tipo doméstico.



Vista general de la entrada a la tumba 11, desde un patio con piso enlajado, Unidad Habitacional C del área de estacionamiento, Monte Albán (González Licón, *et al.*, 1992: 79).



Edificio J, adoratorio superior, Monte Albán. Se observan muros desplantando de un piso enlajado. Fotografía cortesía de Miguel Ángel Cruz González.

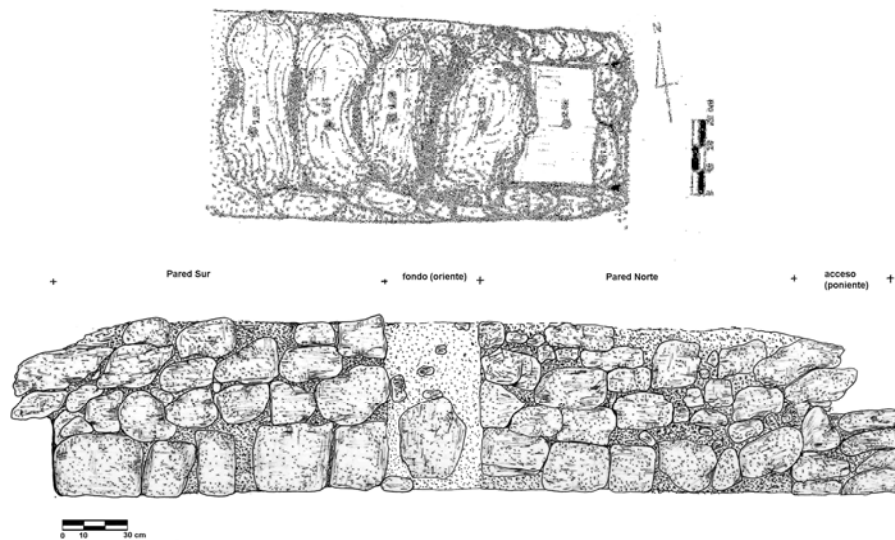


Residencia de la tumba 56, Monte Albán. Patio enlajado. Fotografía cortesía de Miguel Ángel Cruz González.



Tumba 104, Monte Albán. Se aprecia el piso enlajado en el interior de la tumba. Fotografía cortesía de Miguel Ángel Cruz González.

3) Tumbas: Se han localizado construcciones funerarias (tumbas) en los conjuntos TL1, TL6, TL7, TL11 y 19:N2W6, la mayoría de ellas en el relleno de plataformas orientadas hacia plazas. Se han registrado al menos 2 tipos de tumbas: el primero corresponde a construcciones sencillas, de planta rectangular, con muros verticales y techo plano de grandes rocas basálticas sin trabajar o de losas trabajadas rectangularmente, muy similares a las llamadas tumbas de "fosa" o "cajón" (Gallegos, 1978: 119, Martínez López, 2001: 320); los pisos son de tierra apisonada o se utilizó la propia roca madre, desbastada (ver Gómez, 2002 y Ortega, 2008, 2009, 2010). Sus dimensiones son reducidas, apenas para recibir un cuerpo humano en posición extendida, variando entre el 2.10 y 0.90 m de largo por 1.20 y 0.90 m de ancho y 0.50 a 1.0 m de profundidad. Todas las tumbas de este tipo localizadas hasta el momento, son de manufactura burda, hechas con bloques de tepetate, cantos rodados y basaltos semi-careados, unidas con lodo, sin acabados internos ni aplanados en los muros. Su orientación puede ser N-S o E-W y sólo en un caso la tumba fue hallada al centro de una plaza (conjunto TL11). Las tumbas de cajón se han localizado en los conjuntos: TL1, TL7, TL11 y 19:N2W6.



Planta y desplegado de muros de la Tumba 1 (tumba de cajón), localizada en el conjunto arquitectónico TL11 (Tomado de Ortega, 2008).



Aspecto general de una tumba de cajón. Entrada y techo de piedras planas. Tumba 1 del conjunto arquitectónico TL11.



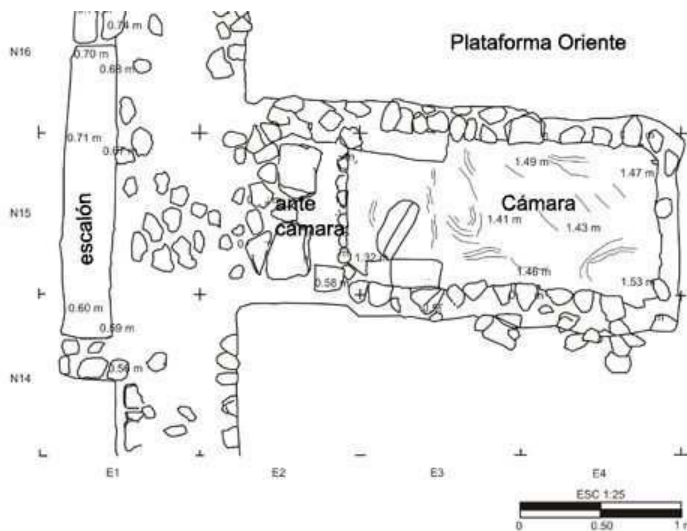
Tumba de cajón localizada en el relleno de una plataforma en el conjunto arquitectónico TL7 (foto Aldo Díaz).

El segundo tipo corresponde a construcciones más elaboradas, en las que además de la cámara principal, existe un pequeño espacio previo, al que se le ha designado como "antecámara". La conexión entre ambos espacios frecuentemente lo constituyen uno a tres escalones, enmarcados por un remetimiento del cuerpo rectangular, hecho con bloques de tepetate o adobes, es decir, el vano se reduce para adquirir la forma de dos espacios separados. Estas tumbas están construidas con piedras careadas, principalmente basaltos y andesitas, unidas con lodo, y frecuentemente cuentan con aplanado de lodo al interior; sus pisos están hechos de apisonados de arcilla o del propio tepetate natural desbastado. Los techos fueron elaborados con grandes piedras planas

acomodadas una tras otra y la entrada fue tapiada con piedras y adobes. Las dimensiones son más amplias que las tumbas de cajón, aunque no lo suficiente para albergar a más de dos cuerpos humanos en posición extendida, ya que los rangos varían entre los 2.80 y 2.00 m de largo por 1.30 a 1.00 m de ancho y entre 0.50 a 1.50 m de profundidad. Las “antecámaras” funcionan como pequeños recibidores, en los que ocasionalmente se depositaron objetos a manera de ofrenda; la orientación de las tumbas puede ser N-S y E-W. Todas las tumbas con antecámara exploradas hasta el momento se localizan en el relleno de plataformas o basamentos asociados a plazas y han sido localizadas en los conjuntos: TL1 y TL6.



Tumba 6 del conjunto TL1. Vista general de la morfología del recinto funerario y detalle de la entrada una vez que fueron retiradas las piedras que la tapiaban. Se observa el escalón de acceso y los muros de adobe que reducen el vano.



Formato general de una tumba con antecámara (Tumba 6 del conjunto TL1).

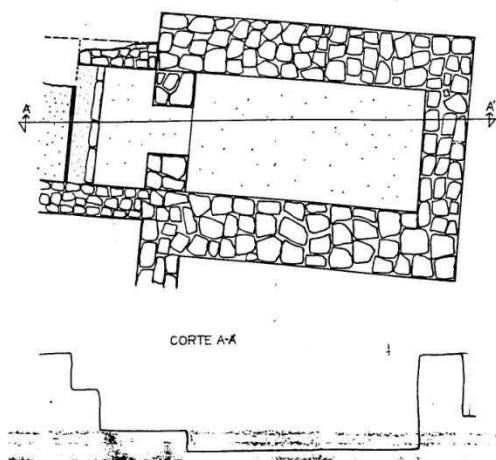
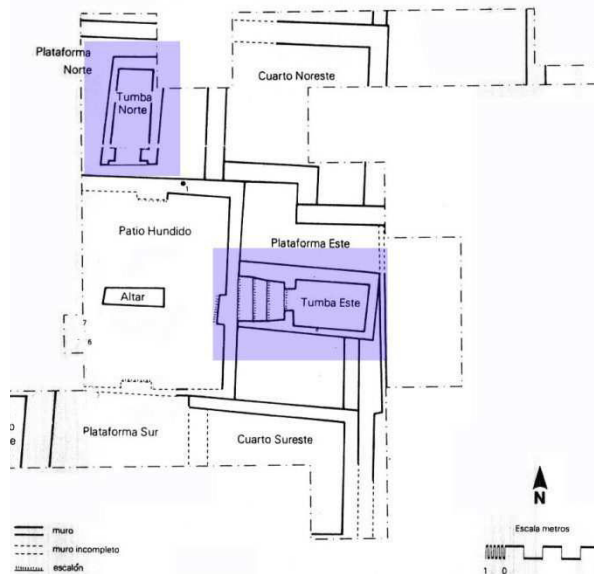
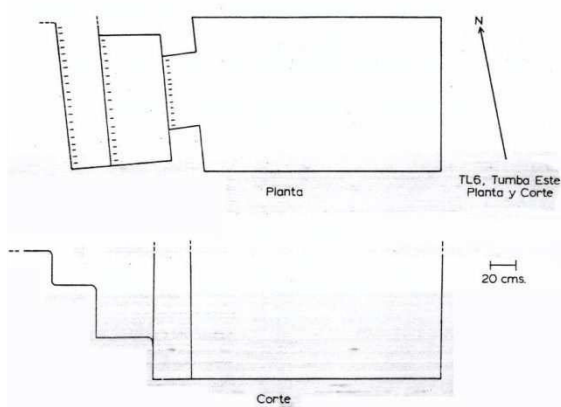


FIG.5 PLANTA TUMBA ESTE

Tumba con antecámara del conjunto TL1 (Tomado de Gamboa, 1995).



Ubicación de tumbas con antecámara del conjunto TL6 (Tomado de Spence, 1989a: 83).



Planta y corte de una de las tumbas con antecámara del conjunto TL6 (Tomado de Spence, 1989a: 88).



Tumba con escalinata a la entrada, localizada en el conjunto arquitectónico TL7. Se observan los muros con aplanado de arcilla (Foto Aldo Díaz).

Construcciones muy similares las podemos encontrar en los valles centrales de Oaxaca desde fases muy tempranas, como parte de una tradición funeraria en la que se inhumaba a los individuos en posición extendida. De acuerdo con Cira Martínez (2011: 324) "...el concepto de crear espacios formales —las tumbas— para las inhumaciones parece coincidir con la fundación de Monte Albán". Sin embargo es a partir del Preclásico Medio cuando se construyen las llamadas "tumbas de cajón", construcciones rectangulares de baja altura (no mayor a 50 cm), con techo plano y sin puerta, cuyas paredes y techo están elaborados con adobes rectangulares y cuentan con piso de tierra (Obregón de la Parra, 1948: 31 y Gallegos, 1978: 119). Este tipo de tumbas está presente en varios sitios del Valle de Oaxaca, como Macuilxóchitl, Yagul y Cuilapan, así como en la Mixteca Alta, en el sitio de Etlatongo (Martínez, 2011: 321).

Hacia el Preclásico Tardío (Fases Pe 300-100 a. C. y Nisa 100 a. C.-200 d. C.) la planta más utilizada en los recintos funerarios es la cámara con antecámara, sin jambas y con nichos, aunque no hay una división formal entre la cámara y la antecámara, de manera muy semejante a las que hemos registrado en el vecindario de *Tlailotlacan*. Si seguimos las aseveraciones de Cira Martínez, ambos modelos de tumbas persisten en los valles centrales por lo menos hasta el año 200 d. C., pues posteriormente las tumbas muestran plantas más elaboradas, llegando a constituir suntuosas edificaciones. De acuerdo con Marcus y Flannery (2001: 220) "durante el período II, las tumbas de los nobles zapotecas se hicieron mucho más impresionantes, sugiriendo con ello que las simples tumbas rectangulares ya no eran lo suficientemente elaboradas a juicio de la clase gobernante en embrión". La construcción de las tumbas adquirió formas determinadas de acuerdo a su evolución en los distintos periodos; los estudios relativos a la arquitectura de las mismas muestran la variación de formas que tenían con respecto a la bóveda, la planta, los nichos, las fachadas, los umbrales; había techos planos, angulares, arcos hechos en la roca y otras variantes (González Licón, 2007 y Marquina, 1964). En el centro de México existe el reporte de al menos una tumba de cajón, localizada en un sitio con presencia teotihuacana y oaxaqueña. Nos referimos al sitio "El Tesoro", Hidalgo, en donde se encontró un recinto funerario de forma rectangular, con piso de lajas, muros de piedras y techo de grandes losas, el cual es fechado estilísticamente y por algunos de los artefactos hallados en el recinto, en la fase Monte Albán II (Hernández Reyes, 1994).

En general, las tumbas registradas en *Tlalotlacan* forman parte de los rellenos constructivos de plataformas y habitaciones, por lo que frecuentemente están asociadas a los primeros niveles constructivos y varias de ellas fueron reabiertas en diversos momentos. Su planeación fue paralela a la de las edificaciones a las que se integraron, por lo que forman parte de un diseño propio de los conjuntos habitacionales de nuestra área de interés.

- 4) Depósitos o "tinajas": Un elemento que está presente al menos en cinco de los conjuntos arquitectónicos explorados hasta el momento, es el receptáculo o reservorio al que hemos denominado, por su forma genérica, "tina". Se trata de depósitos que pueden tener forma rectangular o circular, de paredes bajas, que en ocasiones están asociadas a ductos que conducen el agua a su interior, mientras que en otras parecen estar aisladas. Estos depósitos fueron construidos con cantos unidos con lodo y aplanados con argamasa en su interior, pero también los hay excavados en el tepetate y con recubrimiento de argamasa en las paredes y fondo. Se localizan principalmente en espacios abiertos, ya sean patios centrales o traspatios, y en torno a ellas se han localizado entierros y ofrendas de vasijas. Los ejemplos con que contamos se localizan en los conjuntos TL1, TL7, TL11, TL20 y 22:N1W6. Por el momento desconocemos su función exacta, pero cabe la posibilidad de que hayan sido utilizadas para almacenar algún líquido, principalmente agua.



Contenedor excavado en tepetate con recubrimiento de argamasa, conjunto arquitectónico TL11.



Contenedor adosado al N con el muro límite Norte y al W con el muro Oeste del cuarto 1, en el Conjunto arquitectónico TL1.

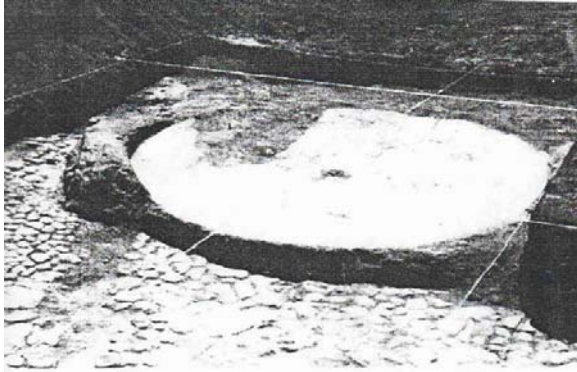


Figura 38: Sitio 20N, piso circular

Contenedor de forma circular construido sobre patio enlajado, conjunto arquitectónico TL20 (tomado de Gamboa, 1995:39).



Contenedor excavado en el tepetate natural. Se observa su escurridero, conjunto arquitectónico TL7. (Foto de Aldo Díaz).

- 5) Plataformas con tableros en Π ("u" invertida): Un elemento que suele ser recurrente en este vecindario es el tablero de tres molduras, es decir, aquel que cuenta con ambas molduras laterales y la superior, pero carece de la inferior, por lo que regularmente el talud que soporta al tablero parece introducirse en él y delimitar el panel. Rubén Cabrera (2002) menciona que dicho elemento recuerda a los tableros de tipo "escapulario" característicos de la arquitectura de Monte Albán², sin embargo investigadores como Bernd Fahmel (comunicación personal, 2010)

² Jorge Acosta (1965: 827) comenta que el tablero de doble escapulario comienza a aparecer prácticamente en todos los edificios de Monte Albán hacia el periodo IIIA. A diferencia del tablero cerrado teotihuacano, éste es abierto en su parte inferior y está formado por una serie de tableros rectangulares dispuestos en dos paneles sobrepuestos.

han realizado análisis más extensos acerca de este elemento arquitectónico y su evolución, observando que el estilo de U invertida se encuentra en Teotihuacán desde épocas tempranas, por lo menos desde la fase Tlamimilolpan temprano (200-250 d. C.), como se puede observar en la subestructura 2 del Edificio 1B' de La Ciudadela, cuya fachada poniente ostenta tableros con las características mencionadas.



Vista lateral del tablero poniente, Edificio 1B' de La Ciudadela. Se aprecia la cornisa lateral y la ausencia de cornisa inferior, ya que el tablero descansa directamente sobre el talud.

En Monte Albán, el tablero de tipo escapulario simple está presente en la plataforma norte entre los años 540 y 680 d. C., es decir en una época muy tardía respecto del modelo referido en Teotihuacán. Las cornisas superiores salientes, aparecen en la ciudad zapoteca durante la época III B, al igual que los tableros tipo doble escapulario que caracterizan a los sistemas M y IV (Fahmel, 1996: 91).

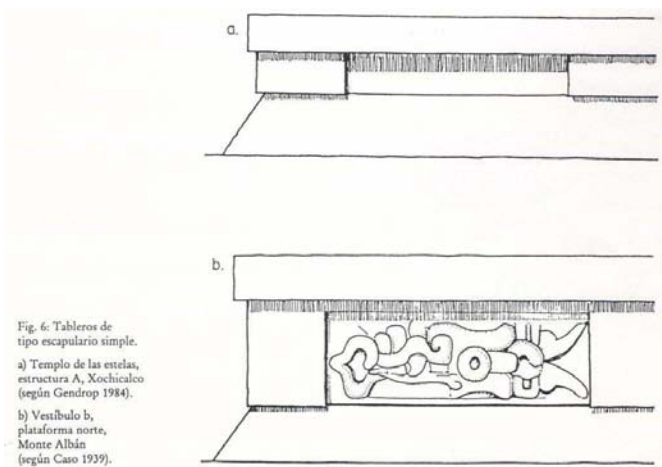
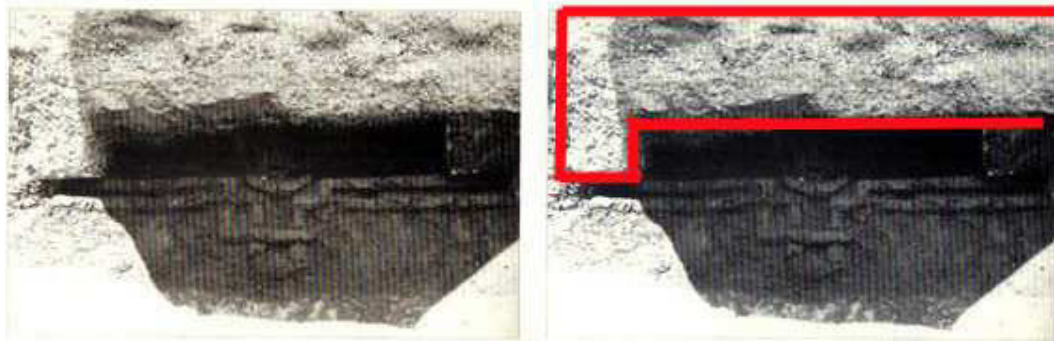


Fig. 6: Tableros de tipo escapulario simple.
a) Templo de las estelas, estructura A, Xochicalco (según Gendrop 1984).
b) Vestibulo b, plataforma norte, Monte Albán (según Caso 1939).

Tableros simples con cornisa volada, procedentes de Xochicalco y Monte Albán (Tomado de Fahmel, 1996: 97).

Sin embargo, los tableros de tres molduras cuentan con un antecedente anterior a Teotihuacán, en un sitio del altiplano central localizado a unos 15 Km de Cholula, en el flanco nororiental del Popocatepetl. Se trata del sitio de Tetimpa, un asentamiento del formativo tardío cuya cronología abarca del año 50 a.C. al 100 d. C. (Plunket y Uruñuela, 2002: 530-531), y en el que se registró un patrón de distribución espacial muy similar al reportado para la gran metrópoli, consistente en tres plataformas ubicadas en torno a un espacio abierto, patrón conocido como “conjunto de tres templos”. De acuerdo con las autoras es posible que dicho patrón (que incluye plataformas con tableros en U invertida), se desarrolle en Teotihuacán con base en una larga tradición de arquitectura doméstica compartida por muchos pueblos del altiplano central durante el formativo (*ídem*: 543).

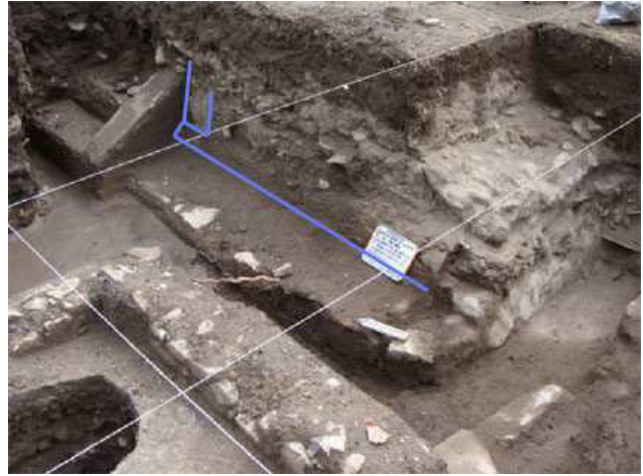


Tablero en U invertida de una plataforma del sitio de Tetimpa, Puebla. A la izquierda se observa la imagen original y a la derecha se enfatizó la forma del tablero (Tomado de Plunket y Uruñuela, 2002: 534).

En el caso del vecindario de *Tlailotlacan*, el tablero de tres molduras está presente en los conjuntos TL1, TL6, TL11 y 19:N2W6, es decir en cuatro de los diez conjuntos expuestos en este trabajo, por lo que podemos considerar que su frecuencia es alta a pesar de lo reducido de las exploraciones y de las condiciones de devastación que presentan los vestigios arqueológicos. La mayor parte de estos elementos puede fecharse entre las fases Tlamimilpan y Xolalpan (250-550 d. C.).



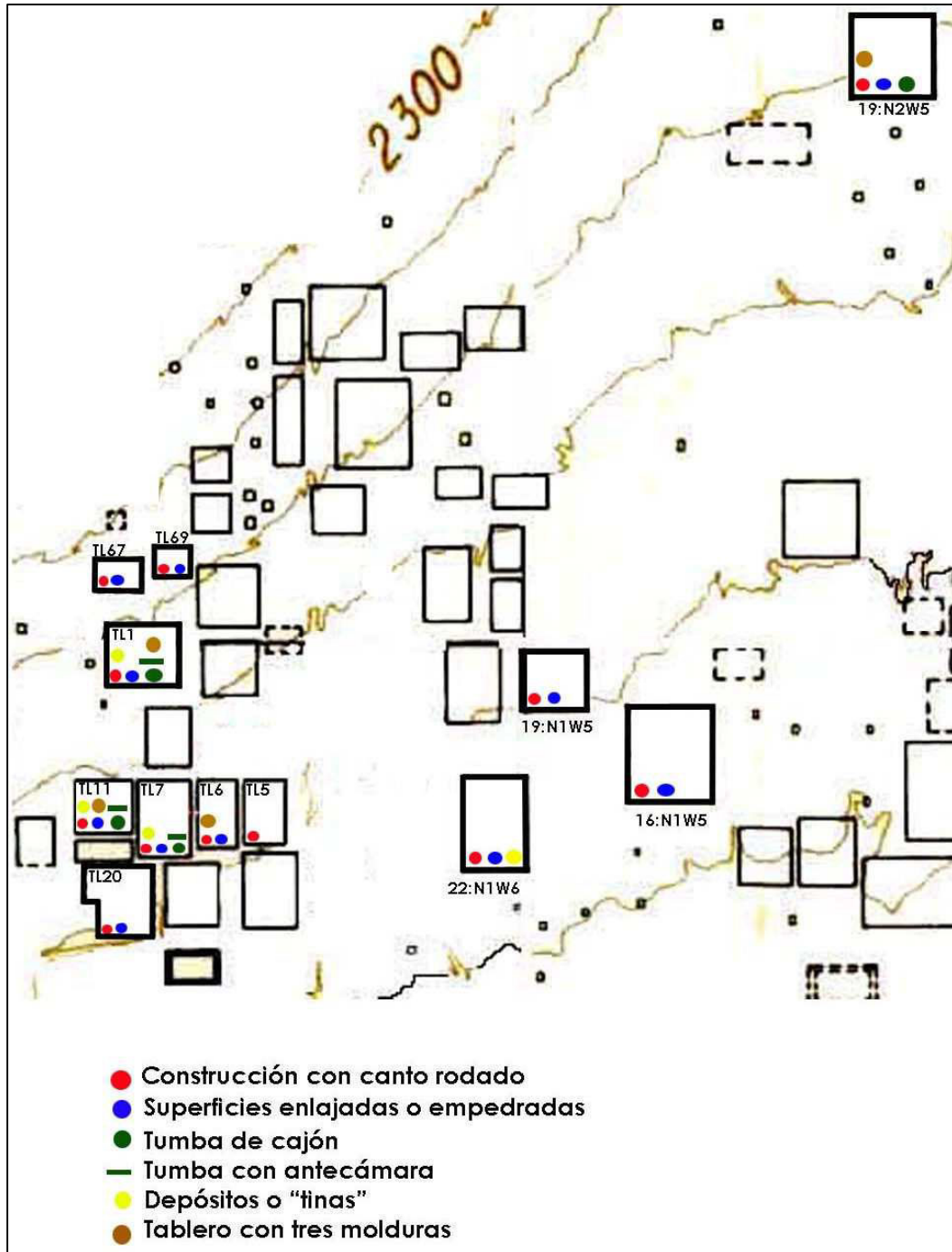
Detalle de tablero de tres molduras localizado en una plataforma del conjunto TL1.



Restos de un tablero de tres molduras en la plataforma oriente de la Plaza Enlajada 1 del conjunto TL11.

De cierta manera, este tipo de tablero es más recurrente en edificios localizados en áreas en las que también están presentes otros rasgos "oaxaqueños", como podremos observar en el siguiente capítulo. Por otro lado, es importante cuestionar el esquema predominante en el que se establece que los tableros de tres molduras son una copia de los de tipo escapulario que caracterizan la arquitectura monumental de Monte Albán, pues hemos podido constatar que el diseño tiene antecedentes más antiguos en el altiplano central que en los valles centrales de Oaxaca y que, una vez introducido el modelo a la urbe zapoteca, evolucionó complejizando su estructura para lograr el diseño del doble escapulario, con lo que se diferenció por completo de aquel que observamos en Teotihuacán.

Resumiendo todo lo anterior, en términos generales, los diversos espacios y estructuras que conforman el vecindario de *Tlailotlacan* se ubicaron en varios niveles topográficos, debido a la pendiente del terreno, en torno a la ladera oriente del cerro Colorado, conformando una unidad espacial reconocible y configurando un núcleo de población territorialmente bien definido.



Plano de ubicación de los rasgos de los que se ha hecho mención. Sectores N1W6, N2W6, N1W5 y N2W5, modificado de Millon, *et al.*, 1973).

Por otro lado, en lo referente a los elementos que llamaríamos “típicamente teotihuacanos”³, los patrones observados tienen que ver principalmente con la distribución de los espacios.

En primer lugar el vecindario se compone de conjuntos arquitectónicos⁴, unos de uso habitacional y otros en los que además se llevaban a cabo actividades de tipo administrativo-político y religioso. Este tipo de vivienda es la principal característica de la ciudad teotihuacana a partir de la fase Miccaotli (Rattray, 2001).

El emplazamiento de los conjuntos se integra a la retícula general de la ciudad y observamos que la orientación de las construcciones corresponde a la que rige al resto del asentamiento (15°25´al este del norte magnético). Esto nos muestra un nivel de planeación común que integra, además de la disposición, la infraestructura hidráulica que evitará inundaciones tanto al interior de cada conjunto como entre pares.

Los conjuntos cuentan además con muralla delimitadora y un solo acceso, por lo que las unidades habitacionales están confinadas y su uso se restringe a las familias que lo habitan, quienes comparten espacios abiertos (patios, plazas, pasillos) y espacios de culto (plazas con altares), pero se enfatiza siempre la individualidad del grupo familiar.

Los muros interiores y pisos de habitaciones generalmente cuentan con aplanados de argamasa y en muchas ocasiones fueron decorados con color rojo, principalmente. En el caso de los aposentos que se localizan sobre plataformas y basamentos, existe un pórtico que precede al espacio cerrado, mientras que las escalinatas de los basamentos generalmente se encuentran al centro de la fachada principal y cuentan con alfaridas, además de que sobresalen del paño del basamento. Se han encontrado fragmentos de almenas en los escombros de algunos edificios, lo que indica que había construcciones que contaban con este tipo de remate.

Durante las fases IIIA y IIIB en Monte Albán, la arquitectura doméstica consistía en un patio central cuadrado con cuartos a cada lado y en ocasiones había patios secundarios (González Licón, 2011:69), lo que nos muestra que el modelo general de vivienda familiar era muy parecido en ambas ciudades.

³ Se considera “típico” a aquel rasgo que es propio, característico o representativo de un lugar (Diccionario manual de la lengua española Vox, 2007, Ed. Larousse). Para el caso, consideramos “típico” teotihuacano a los rasgos arquitectónicos recurrentes o comunes en diversas partes de la ciudad y que definen a la cultura arqueológica tanto en su asentamiento principal como fuera de él.

⁴ René Millon utiliza el término “*apartment compounds*” porque son construcciones que contienen varias viviendas, lo que indica que fueron ocupados por diversas unidades domésticas. Con la palabra conjunto se refiere a que están agrupadas por grandes muros exteriores que tienen pocas o sólo una entrada y se separan entre uno y otro a través de calles (Millon, 1976).

3.4 La cerámica del vecindario

Bajo el criterio de la identificación de patrones en el registro material, así como del fechamiento relativo del vecindario *Tlailotlacan*, el presente apartado expone los resultados de los análisis del material cerámico de los conjuntos arquitectónicos TL1, TL9, TL11 y TL67.

Se analizó la totalidad de la cerámica procedente de las estructuras arquitectónicas y el 65% de la que fue localizada en las calles adyacentes a las mismas. Por la fuerte pendiente del terreno, los materiales de las calles estuvieron sujetos a una fuerte erosión y rodamiento que dificultó su identificación; por ello (y para evitar sesgos) los materiales menores a 1.5 cm por lado y/o muy erosionados no fueron clasificados, aunque sí se cuantificaron. Se analizaron un total de 63,975 tiestos, además de 5,819 fragmentos de lítica tallada (obsidiana y sílex) y 86 fragmentos de lítica pulida (basalto, tezontle y riolita).

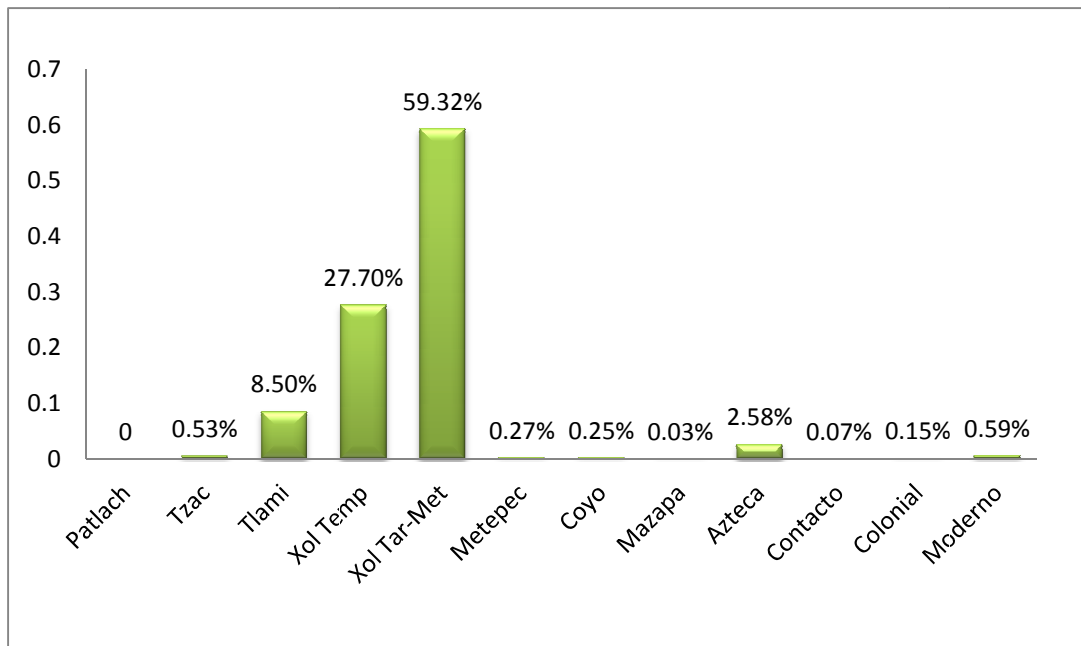
Los objetivos planteados para el análisis fueron: conocer la secuencia ocupacional del vecindario, es decir, determinar su proceso de desarrollo y crecimiento, ubicando la posición cronológica de cada estructura y nivel ocupacional, identificar los patrones de consumo de los diferentes tipos cerámicos, tanto foráneos como locales y de materia prima como la obsidiana y concha. Esto mediante la comparación de las muestras entre sí y con otras procedentes de conjuntos ubicados fuera del área de estudio. De forma paralela se buscó identificar las actividades desarrolladas por los ocupantes de los conjuntos arquitectónicos, para conocer su articulación interna y su relación con el resto de la ciudad y con otras áreas de Mesoamérica.

La cerámica se clasificó siguiendo el método grupo-forma propuesto por Rattray (2001) para poder realizar comparaciones con muestras procedentes de otros conjuntos departamentales, ya que este es el sistema clasificatorio más empleado en Teotihuacán. Se definieron grupos cerámicos tomando en cuenta criterios formales-tecnológicos tales como la forma, la pasta y el acabado de superficie, en cuyo interior se distinguieron formas de vasijas en base a criterios relacionados con la forma genérica de la pieza. No todas estas "formas" representan tipos cerámicos en el sentido estricto, pero se

establecieron subgrupos con implicaciones cronológicas en base a pequeñas variaciones formales (mayor o menor curvatura del cuerpo, proporción entre ancho y largo o entre cuerpo y cuello, morfología de algún componente de la pieza, etc.) variaciones en la pasta (cocción, materiales accesorios, textura) y/o en el acabado de superficie (color del acabado final, intensidad del pulimento) y decoración (ausencia/presencia y forma de ésta).

Al interior de las formas más significativas se establecieron subgrupos relacionados con las diferentes fases cronológicas, con lo cual, por ejemplo, dentro de las formas cajete curvo divergente, vaso cilíndrico u olla, se distinguieron subgrupos de éstas, pertenecientes a las diferentes fases. Los agrupamientos cerámicos menores serían entonces cajetes curvo divergentes Metepec, cajetes curvo divergentes Xolalpan Tardío, cajetes curvo divergentes Xolalpan temprano, etc.

Los materiales proceden de los conjuntos arquitectónicos TL1, TL9, TL11 y TL67, así como de una calle localizada al poniente de la estructura TL1. En esta muestra se detectaron 8 tiestos de la Fase Patlachique, 341 Tzacualli, 5,439 Tlamimilolpan, 17,702 Xolalpan Temprano, 37,953 Xolalpan Tardío-Metepec y 170 netamente Metepec, 159 Coyotlatelco, 22 Mazapa, 49 del Contacto (Colonial Temprano de la segunda mitad del siglo XVI), 101 Colonial Medio-Tardío (de producción local) y 380 Modernos.



Porcentaje de cerámica por fases.

En toda el área se detectaron evidencias de una larga secuencia ocupacional que va desde la fase Tzacualli hasta nuestros días, aunque con variaciones en las proporciones. Las mayores concentraciones corresponden al Clásico (fases Tlamimilolpa a Xolalpan y Metepec).

Únicamente en la calle al poniente de la estructura TL1 se detectaron materiales de la fase Patlachique, en el resto de las áreas excavadas los materiales más tempranos corresponden a la fase Tzacualli. Las concentraciones más altas de las cerámicas de esta fase se registraron en la estructura TL1 y las más bajas en las estructuras TL9 y TL67. En esta última se detectó un entierro con materiales Tzacualli y Monte Albán II.

Las proporciones de las cerámicas Tzacualli indican que durante aquella fase la ocupación fue dispersa y con bajas densidades, posiblemente con un foco principal ubicado en la estructura TL1. Por la asociación de materiales oaxaqueños y teotihuacanos de la fase Tzacualli suponemos que desde este momento inicia la ocupación de este sector urbano. Para la fase Tlamimilolpa, en todas las estructuras hay un sensible aumento en las proporciones de la cerámica, el cual podría relacionarse con un incremento demográfico. Este es más notable en la estructura TL11, donde la cerámica Tzacualli alcanza el 33.43 % del total de la muestra, y en la estructura TL1 y la calle poniente, donde alcanzan el 15 %, lo que puede considerarse como un indicador de incremento poblacional en toda el área, pero ahora con dos centros principales ubicados en la estructura TL11 y en la estructura TL1 respectivamente. Para este momento, en la parte central de la urbe inicia la adopción de los conjuntos departamentales como la forma de vivienda dominante, aunque, en este vecindario las viviendas debieron ser más modestas y de menores dimensiones en comparación con los conjuntos departamentales.

Para la fase Xolalpan Temprano continúa el incremento en la proporción de la cerámica, como una probable consecuencia del aumento en los índices demográficos, incremento que se sostiene hasta la fase Xolalpan Tardío. Hacia Xolalpan Temprano la arquitectura local comienza a reproducir la arquitectura dominante representada por los conjuntos departamentales. Las viviendas modestas (aposentos alrededor de un patio o casas aisladas) comienzan a formar unidades arquitectónicas más similares a los conjuntos teotihuacanos (sistemas de patios intercomunicados). En esta fase es cuando el patrón de asentamiento del vecindario adquiere su configuración final ya que la población se distribuye al interior de las diversas estructuras registradas por el *Teotihuacan Mapping Project* (estructuras TL1, TL9, TL11 y TL67).

Materiales diagnósticos de la fase Metepec fueron registrados en todas las estructuras, incluyendo la calle poniente de TL1, por ello podemos inferir que esta sección del vecindario estuvo ocupada hasta el colapso de la ciudad. En esta área existe una larga secuencia ocupacional que va por lo menos de la fase Tzacualli hasta la fase Metepec.

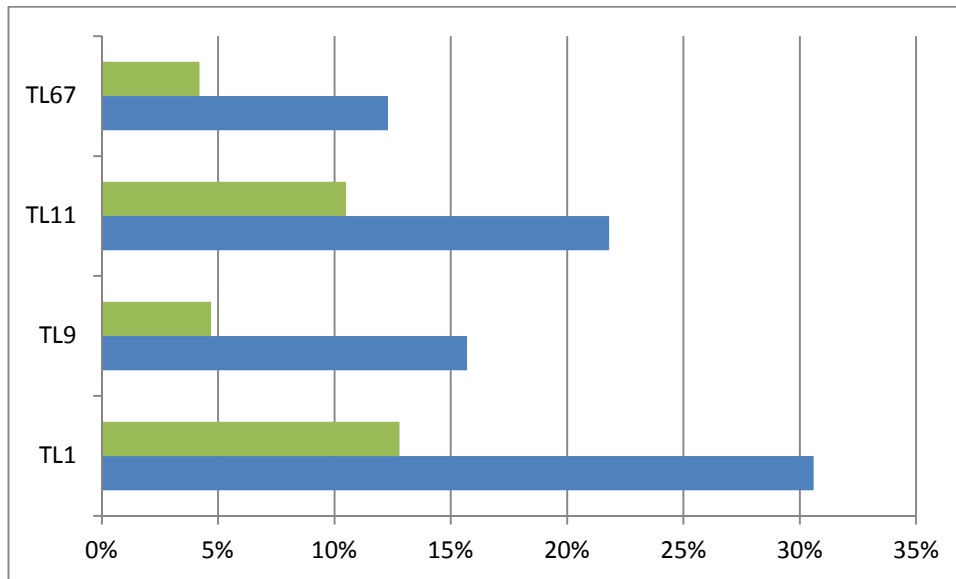
Se detectaron cerámicas oaxaqueñas en asociación con cerámica teotihuacana de las fases Tzacualli, Tlamimilolpa, Xolalpan y Metepec, tanto en contextos rituales como en depósitos funerarios principalmente, por lo que suponemos que en el vecindario debieron operar redes de circulación de bienes foráneos (oaxaqueños, de Guerrero y Michoacán, en orden decreciente) durante toda la historia de la ciudad, situación que nos habla de una demanda constante de dichos objetos.

En lo que se refiere a la cerámica teotihuacana, las proporciones de los diferentes grupos se mantienen constantes en las estructuras excavadas, con diferencias sutiles pero significativas, a excepción del grupo Naranja San Martín. El grupo mate burdo local (braseros, incensarios) representa menos del 3 % de las muestras de cada estructura, por lo que podemos inferir una actividad ritual generalizada, es decir, practicada a nivel doméstico en todas las estructuras (sin que una se distinga como centro ritual especializado) y con características homólogas. Las aplicaciones de incensarios tipo teatro y los candeleros están escasamente representados, hecho que contrasta con otras áreas de la urbe, ya que, por ejemplo, en el área de estudio solo se detectaron 125 fragmentos de candelero dentro de la muestra total representada por 63,975 tiestos cerámicos.

La frecuencia de piezas del grupo mate burdo (anafres, incensarios, braseros y candeleros), junto con la presencia de figurillas típicamente oaxaqueñas y de vasijas efigie, tanto completas (en entierros), como fragmentos (en rellenos) nos habla de una cierta integración de los elementos locales con los foráneos en los ámbitos ritual y simbólico, situación que podría expresar una complementariedad entre las costumbres rituales de las dos regiones culturales (Altiplano Central y Oaxaca), es decir, que no había un choque ni un conflicto entre un mundo ritual y otro por un lado, mientras que por otro podría ser la evidencia de que las personas relacionadas con los objetos oaxaqueños, seleccionaban únicamente aquellos que les eran más representativos, mientras que el resto del utillaje era de más fácil acceso en los circuitos de intercambio locales.

En todas las estructuras el grupo cerámico más numeroso fue el Bruñido (ollas, cazuelas, jarras), con valores muy similares que oscilan entre el 30 % y el 40 %. Estos

porcentajes indican que las estructuras son primordialmente de carácter doméstico y al no detectarse frecuencias muy por encima o por debajo de la media, los grupos que las ocuparon fueron similares entre sí, es decir, podemos hablar de una homogeneidad social en el área.



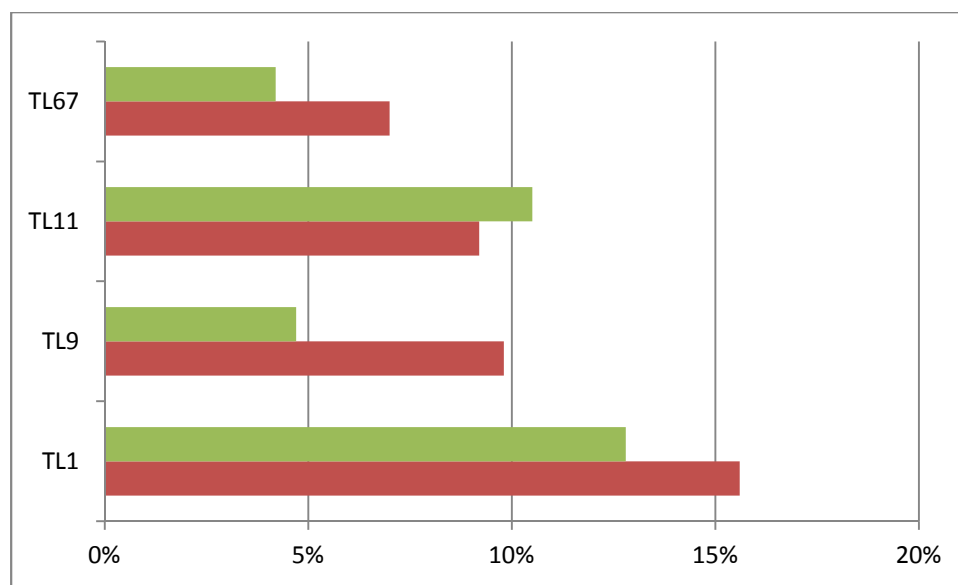
Porcentaje de la cerámica doméstica, de preparación y almacenamiento (Bruñido, color azul), así como la de servicio de alimentos (Pulido, color verde).

El pulido es el grupo cerámico que presenta las variaciones máximas en los porcentajes, ya que entre la estructura TL67 donde es menos frecuente y la estructura TL1 donde es más abundante, existen 11 puntos porcentuales de diferencia. Sin embargo, por la gran variedad de formas y funciones de los objetos de este grupo no podemos relacionar las divergencias en los porcentajes con una especialización o diferenciación social. Objetos del grupo Bruñido raramente se asocian a contextos rituales (ofrendas constructivas y entierros) pero objetos del grupo pulido aparecen tanto en contextos rituales como en áreas de actividad doméstica. Su función es muy variada, ya sea para preparar alimentos, para el servicio y como objetos involucrados en actividades rituales.

La calle tiene un comportamiento claramente diferente al resto de las áreas excavadas, ya que presenta los valores más extremos en los porcentajes de los diversos grupos. En esta área debieron desalojar la basura de diferentes conjuntos departamentales, pero este desalojo debió ser selectivo ya que la muestra es la que difiere más del resto. Este espacio contiene los valores más altos de los grupos pulido y

bruñido y los más bajos de cerámicas foráneas, lo cual indica que objetos domésticos de uso cotidiano y origen local eran desechados con mayor frecuencia que las piezas importadas. Esto puede explicar las diferencias en las frecuencias de dicha área.

Los grupos copa y pintado son los que se encuentran más homogéneamente repartidos en todas las estructuras y su frecuencia es más bien modesta. El primero no alcanza el 1 % en ninguna de las muestras y el segundo, no rebasa el 5%, con una diferencia de menos de 2 puntos porcentuales entre las estructuras con mayor y menor concentración. El grupo copa es el más homogéneo de Teotihuacán ya que solo presenta dos formas, sin embargo, sus funciones son variadas ya que pueden ser tanto de servicio como rituales. El grupo pintado es de los más diversos tanto en relación a las formas como a las funciones. Pese al desconocimiento de las funciones de las diversas formas de estos grupos, sus frecuencias hablan de usos parecidos o semejantes a los que tuvieron en la sociedad teotihuacana en general. El grupo estucado está subrepresentado en el área, ya que está ausente en todas las estructuras excepto en la número TL67, pero incluso aquí solo se detectaron 10 fragmentos de vasijas de este grupo.

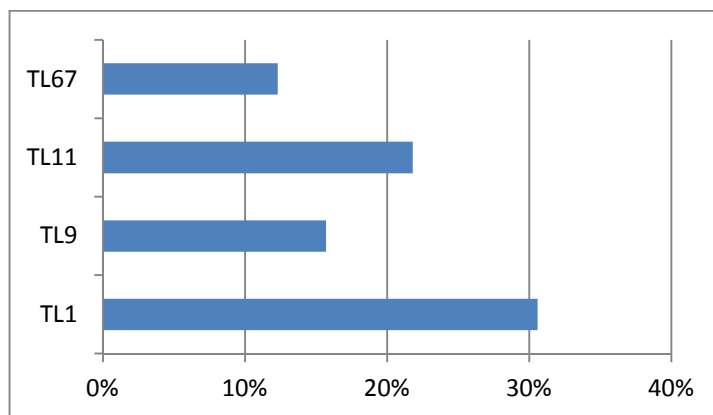


Porcentaje de los grupos Pintado (color verde) y Copa (color rojo) del total de la muestra de cada estructura.

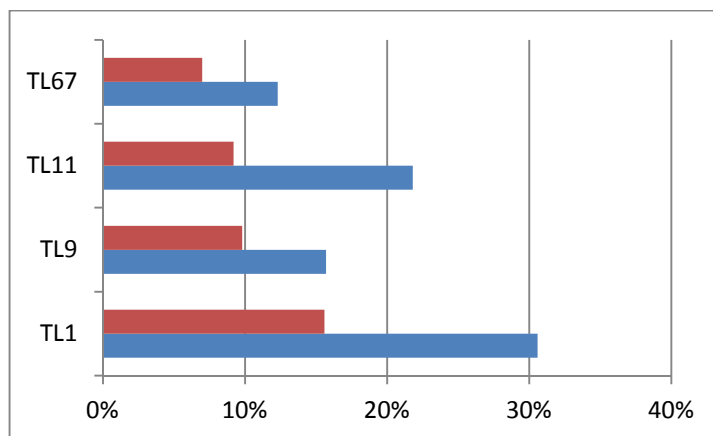
El grupo Naranja San Martín en la mayoría de las estructuras presenta valores similares que no rebasan el 12 %. Sin embargo, en la estructura TL67 su porcentaje se eleva hasta alcanzar casi el 30 % del total de la muestra. En esta estructura se detectó más del doble de cerámica Naranja San Martín que en cualquier otra. El 80 % de la cerámica de

este grupo corresponde a fragmentos de ánfora y solo el 20% son cazuelas cráteres. En el resto de Teotihuacán son más numerosos los fragmentos de cráter, lo cual nos habla de cierta especialización de los ocupantes de la estructura TL67. Por su forma, se ha dicho que las ánforas funcionaron para almacenamiento o bien para el transporte. Por la posición de sus 3 asas y por el fondo convexo de las piezas detectadas, suponemos que las altas concentraciones de ánforas en esta estructura se relacionaron con el transporte, ya que, para almacenar la cantidad de material indicado por el elevado número de ánforas, sería más eficiente el uso de un solo recipiente de grandes dimensiones, ya fuese de madera o de piedra.

Es posible que la estructura estuviera ocupada por un grupo dedicado al transporte de materiales que aún desconocemos. Por la ubicación del vecindario en el pie de monte, lejos de las fuentes permanentes de agua, es probable que fuera agua el material repartido. No hemos determinado si los transportistas circulaban materiales a nivel local, es decir dentro del valle, a nivel regional o extra regional.



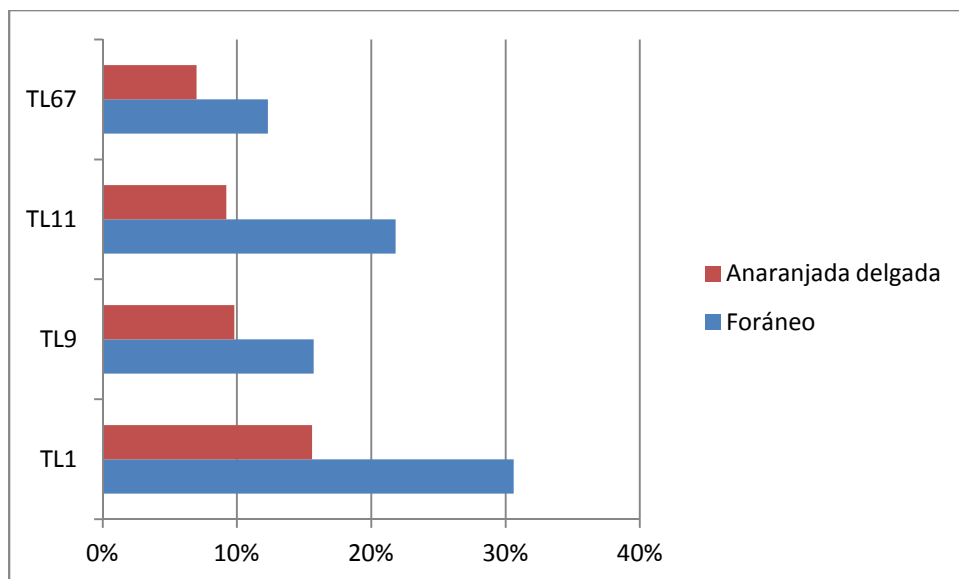
Porcentaje del grupo Naranja San Martín por estructura.



Porcentaje de Ánforas (color azul) y Cráteres (color rojo) dentro del Grupo Naranja San Martín.

3.5 La cerámica foránea

Los porcentajes de cerámicas foráneas son muy parecidos en las estructuras TL1 y TL9, por lo que se puede hablar de un similar acceso a los materiales alóctonos. Sin embargo, las estructuras TL67 y TL11 tienen los porcentajes mínimos y máximos respectivamente, con una diferencia de 9.5 %, cifra que nos permite hablar de un acceso diferente a los materiales foráneos. La presencia de cerámica naranja delgada es más homogénea en relación a los materiales oaxaqueños, ya que en la primera la diferencia entre el máximo y el mínimo es de 3 puntos porcentuales, mientras que en las cerámicas oaxaqueñas la diferencia es de 7 puntos porcentuales, es decir, más del doble. Solo en la estructura TL11 los materiales oaxaqueños son más numerosos que la cerámica anaranjada delgada, en las demás son iguales o incluso menores. Estos datos pueden indicar que las cerámicas anaranjada delgada y las oaxaqueñas se distribuían por canales diferentes y que cada uno de los conjuntos tenía una relación propia con los productores de la cerámica de tradición oaxaqueña.



Porcentajes de cerámicas foráneas en general, incluyendo del Golfo, granular, de Occidente y del área maya y porcentajes de materiales oaxaqueños y Anaranjada Delgada (estos valores representan porcentajes respecto al total de la muestra de cada estructura).

Proporciones de cerámica foránea por conjunto arquitectónico

- **Conjunto arquitectónico TL1**

En esta estructura se detectaron un total de 68 subtipos cerámicos con las formas de todos los grupos cerámicos teotihuacanos (excepto el grupo estucado) y foráneos más comunes (sin contar los del área maya y Occidente). Las frecuencias de las diversas formas o subtipos están dentro de lo que podemos llamar la “norma teotihuacana”, pues la forma más numerosa son las ollas del grupo bruñido (36 % del total de la muestra), seguida por las jarras del grupo pulido (7.7%), los cajetes curvo divergentes (7.6%) los cajetes curvo convergentes (6.7%) y los cajetes hemisféricos anaranjado delgado (5.9%). En este conjunto se detectaron los porcentajes más altos de jarras pulidas del área de estudio, de platonos rojo/natural (0.72%) y de ollas oaxaqueñas (1.3%) y por el contrario, los valores más bajos de candeleros (0.14%) y de cajetes hemisféricos de base anular del grupo anaranjado delgado (5.9%). Al comparar los valores de formas locales con sus homólogas oaxaqueñas, observamos que se consume el doble de cazuelas teotihuacanas (6.5%), en relación a los cazuelones oaxaqueños (3%) y cinco veces más incensarios locales. Por el contrario, pero al igual que en el resto de las estructuras, existe un consumo más elevado de sahumadores oaxaqueños que de candeleros teotihuacanos. Las frecuencias del total de formas de esta estructura se muestran en el cuadro 1.



Vaso acampanado en pasta K.1.



Cajete zoomorfo en pasta gris.



Sahumadores tipo cucharón, el primero con cazoleta redonda y el segundo con cazoleta rectangular y remate de garra. Ofrenda 7 (TL67) y Ofrenda 33 (TL11) respectivamente.



Figurillas oaxaqueñas antropomorfas.

- **Conjunto arquitectónico TL2**

En esta estructura se detectaron un menor número de subtipos cerámicos (44 en total), siendo la forma más numerosa la olla (26.8 % del total de la muestra), seguida por los cajetes curvo convergentes (9.1%), los cajetes hemisféricos de base anular (9.3%), los cráteres naranja San Martín (8.04%), los cajetes curvo divergentes (7.4%) y las jarras del grupo pulido (7.3%). En este sitio se detectaron los porcentajes más altos de cajetes curvo convergentes pulidos en comparación con el resto de las estructuras (9.1%), de vasos

cilíndricos (6.4%), de cajetes rojos (1.9%), de cráteres naranja San Martín (8.04%) y de cajetes hemisféricos del grupo naranja delgado (9.3%). Estos porcentajes elevados pueden relacionarse con el reducido tamaño de la muestra (en términos comparativos) y con la poca variedad de formas. Por el contrario, en este mismo sitio se detectaron los valores más bajos de ollas (0.14%) e incensarios (0.62 %). En Términos comparativos, el consumo de sahumadores y candeleros es similar, pero el de cazuelas locales es ampliamente mayor. Las frecuencias del total de formas de esta estructura se muestran en el cuadro número 2.

FRECUENCIAS POR FORMA ESTRUCTURA 1	
FORMAS	FRECUENCIAS
Incensario	139
Anafre de 3 Protuberancias	6
Almena	1
Candelero	12
Sello	1
Tapa platos	193
Platón	216
Miniatura	200
Figurillas	49
Aplicación	5
Ollas	3111
Cazuelas	202
Palanganas Bruñidas	7
Jarras	101
Comal	7
Cajete Curvo Divergente	651
Cajete Curvo Convergente	582
Cajete Recto Divergente	30
Cajete Hemisférico de Base Anular	1
Vaso Cilíndrico	86
Vaso Recto Divergente	12
Cajete Recurvado	2
Florero	4
Jarra	663
Jarra Tlaloc	5
Cajete de Silueta Compuesta	14
Palanganas Rojo/Natural	27
Platón Rojo/Natural	62
Cajete Rojo/Natural	48
Jarra Rojo/Natural	39
Vaso Rojo/Natural	6
Cráter Rojo	2
Cajete Rojo	61
Jarra Roja	36
Vaso Rojo	13
Cajete Blanco y Rojo/Natural	5
Miniatura Roja	5
Vaso Copa	33
Copa Copa	26
Ánfora Naranja san Martín	240
Cráter Naranja san Martín	367

FORMAS	FRECUENCIAS
Cajete Hemisférico Naranja Delgado	509
Cajete Curvo Divergente Naranja Delg.	29
Jarra Naranja Delgado	89
Vaso Naranja Delgado	10
Sellado Naranja Delgado	6
Jarra Naranja Delgado Burdo	14
Granular	77
Lustroso del Golfo	7
Otra del Golfo	2
Incensario Oaxaqueño	26
Sahumador Oaxaqueño	45
Urna Oaxaqueña	6
Olla Oaxaqueña	112
Maceta Oaxaqueña	34
Vaso Burdo Oaxaqueño	15
Charola Oaxaqueña	5
Cazuelón Pulido Interior	241
Cazuelon Inciso	16
Cajete Convergente Gris	2
Cajete Curvo Divergente Gris	31
Cajete Acanalado	20
Vaso Gris	7
Jarra Gris	6
Cajete Zoomorfo Gris	6
Figurillas Oaxaqueñas	3
Otros Oaxaqueños	1
Instrumento Musical	1
Cajete Rojo/Natural	6
Foráneos no Identificados	11
Tejo	3
Erosionados	7

Cuadro 1

FRECUENCIAS POR FORMA ESTRUCTURA 2	
FORMAS	FRECUENCIAS
Incensario	11
Almena	1
Candelero	4
Esfera	2
Tapa platos	23
Platón	49
Miniatura	33
Figurillas	5
Aplicación	1
Tubo	1
Ollas	473
Cazuelas	24
Palanganas Bruñidas	1
Jarras	8
Cajete Curvo Divergente	130
Cajete Curvo Convergente	160
Cajete Recto Divergente	1
Vaso Cilíndrico	113
Jarra	129
Cajete de Silueta Compuesta	2
Platón Rojo/Natural	10
Cajete Rojo/Natural	6
Jarra Rojo/Natural	2
Cráter Rojo	6
Cajete Rojo	33
Jarra Roja	8
Vaso Rojo	1
Vaso Copa	4
Copa Copa	1
Ánfora Naranja san Martín	43
Cráter Naranja san Martín	142
Cajete Hemisférico Naranja Delgado	165
Cajete Curvo Divergente Naranja Delgado	3
Jarra Naranja Delgado	5
Jarra Naranja Delgado Burdo	3
Granular	8
Sahumador Oaxaqueño	4
Olla Oaxaqueña	13
Vaso Burdo Oaxaqueño	1
Cazuelón Pulido Interior	29
Cajete Curvo Divergente Gris	2
Jarra Gris	1
Figurillas Oaxaqueñas	1
Cajete Rojo/Natural	1
Foráneos no Identificados	4
Tejo	1
Erosionados	97

Cuadro 2

- **Conjunto arquitectónico TL9**

En esta estructura se detectaron 66 subtipos cerámicos, siendo la forma más numerosa la olla del grupo bruñido (33.7 % del total de la muestra), seguida por los cajetes curvo divergentes (9.5%), los cajetes hemisféricos naranja delgado (8.6%), las jarras (6.6%) y los tapaplatos (5.2%). Este conjunto es donde se detectaron los porcentajes más altos de tapaplatos y platonos (platos abiertos del grupo mate fino), formas estrechamente relacionadas (5.2 y 3.3 % respectivamente), así como la presencia de vasos cilíndricos. Proporcionalmente la presencia de tapaplatos es del doble en comparación con las restantes estructuras, lo cual puede ser el resultado de una especialización de las actividades de este conjunto. Sin embargo, como desconocemos su función, es difícil interpretar estas concentraciones anormales. En términos comparativos, la presencia de incensarios locales es cuatro veces mayor en relación a los oaxaqueños y las cazuelas están en una proporción de 2 a 1 a favor de las locales, pero al igual que en el resto de las estructuras del área, los sahumerios oaxaqueños abundan más que los candeleros. Las frecuencias del total de formas de esta estructura se muestran en el cuadro 3.



Apaxtles del tipo G.2.



Caras y torsos de estilo oaxaqueño.

En este conjunto se recuperó una interesante muestra de figurillas que posiblemente procedan del Occidente de México, cuyos rasgos físicos incluyen grandes ojos alargados y ornamentos como orejeras, collares y brazaletes.

Se reconocieron principalmente dos tipos: las figurillas denominadas *Choker*, caracterizadas por su modelado en pasta fina, y el tipo *Slant eyes*, que se identifican por

su decoración al pastillaje tanto en el rostro como en los cuerpos. Estas figurillas también se han reportado en la Cuenca de México, donde se les denomina H4 (Vaillant, 1930, Porter, 1956) así como en la región Puebla, Tlaxcala y en Morelos, donde son consideradas un indicador de la influencia Chupícuaro.



Figurilla tipo *Choker*. Foto A. Díaz.



Figurilla tipo *Slant eyes*. Foto A. Díaz.



Figurillas del Occidente. Del lado izquierdo figurilla tipo *Choker*. Las siguientes cinco corresponden al tipo *Slant eyes*, procedentes del conjunto arquitectónico TL9. (Foto A. Díaz.)

- **Conjunto arquitectónico TL11**

En esta estructura se detectaron un total de 65 subtipos cerámicos, de los cuales el más numeroso es el de las ollas del grupo bruñido (27.3 % del total de la muestra), seguido por

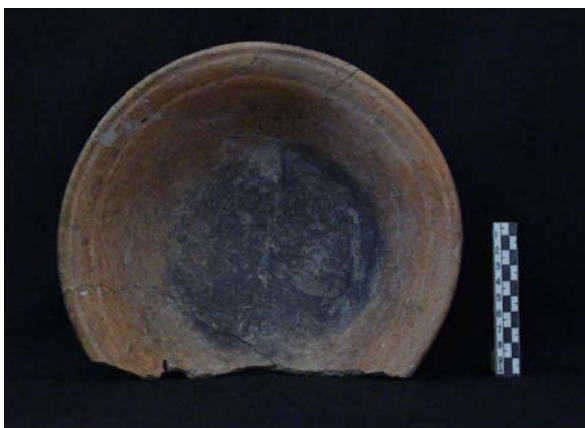
los cajetes curvo divergentes (9.2%), los cajetes hemisféricos de base anular (7.7%), las jarras (5.6%) y las ánforas naranja San Martín (4.5%). Este conjunto presenta los porcentajes más altos de incensarios (2.8%), candeleros (0.32%), figurillas tanto teotihuacanas (1.6 %) como oaxaqueñas (0.09%), de cazuelas bruñidas (3.10 %) y de palanganas bícromas (0.85%). De igual forma, incluye los porcentajes más altos de todas las formas oaxaqueñas excepto de las ollas, pero también incluye los porcentajes más bajos de cazuelas cráter (2.7 %) y de ollas. Estos porcentajes tanto máximos como mínimos se adecuan a la hipótesis de que los ocupantes de este conjunto pertenecen a un estatus más elevado respecto a sus vecinos. Como en todas las restantes, en esta estructura el consumo de sahumerios oaxaqueños es superior y ampliamente menor el de incensarios teotihuacanos, sin embargo es la única donde las cazuelas oaxaqueñas superan en número a las locales (tanto del grupo bruñido como naranja San Martín). Las frecuencias del total de formas de esta estructura se muestran en el cuadro número 4.



Bases con decoración de estaca. Pasta Gris, tipo G21.



“Maceta”, con decoración de estaca, cuerpo pulido G.21.



Cajetes cilíndricos con decoración acanalada bajo el borde, pertenecientes al grupo G12.



Cajete zoomorfo elaborado en pasta crema.



Cajete zoomorfo, hecho en barro G.1.



Rana con aplicaciones de pastillaje. Torsos de rana con diferentes técnicas de decorado.



Cerámica foránea de la estructura TL11, cuya procedencia puede ser el Occidente de México.



Cerámica tipo "Queréndaro, procedente del conjunto TL11.

FRECUENCIAS POR FORMA ESTRUCTURA 9	
FORMAS	FRECUENCIAS
Incensario	208
Anafre de 3 Protuberancias	9
Candelero	17
Almena	2
Tapa platos	454
Platón	286
Miniatuara	157
Figurillas	69
Aplicación	4
Tubo	2
Esfera	3
Ollas	2956
Cazuelas	93
Palanganas Bruñidas	7
Jarras	45
Comal	4
Cajete Curvo Divergente	834
Cajete Curvo Convergente	311
Cajete Recto Divergente	30
Cajete Hemisférico de Base Anular	5
Vaso Cilíndrico	52
Vaso Recto Divergente	7
Cajete Recurvado	1
Jarra	578
Jarra Tlaloc	2
Cajete de Silueta Compuesta	30
Palanganas Rojo/Natural	47
Platón Rojo/Natural	30
Cajete Rojo/Natural	45
Jarra Rojo/Natural	35
Vaso Rojo/Natural	25
Cráter Rojo	3
Cajete Rojo	54
Jarra Roja	48
Vaso Rojo	4
Cajete Blanco y Rojo/Natural	2
Miniatuara Roja	1
Vaso Copa	28
Copa Copa	29
Ánfora Naranja san Martín	385
Cráter Naranja san Martín	382

FORMAS	FRECUENCIAS
Cajete Hemisférico Naranja Delgado	752
Cajete Curvo Divergente Naranja Delg.	32
Jarra Naranja Delgado	58
Vaso Naranja Delgado	8
Jarra Naranja Delgado Burdo	11
Cazuela Naranja Delgado Burdo	4
Granular	86
Lustroso del Golfo	2
Incensario Oaxaqueño	6
Sahumador Oaxaqueño	56
Urna Oaxaqueña	3
Olla Oaxaqueña	66
Maceta Oaxaqueña	24
Vaso Burdo Oaxaqueño	11
Charola Oaxaqueña	3
Cazuelón Pulido Interior	201
Cazuelon Inciso	1
Cajete Convergente Gris	4
Cajete Curvo Divergente Gris	20
Cajete Acanalado	19
Jarra Gris	6
Cajete Zoomorfo Gris	6
Vaso Gris	1
Figurillas Oaxaqueñas	4
Olla Rojo/Natural	3
Foráneos no Identificados	2
Erosionados	109

Cuadro 3

FRECUENCIAS POR FORMA ESTRUCTURA 11	
FORMAS	FRECUENCIAS
Incensario	88
Anafre de 3 Protuberancias	9
Candelero	10
Sello	1
Tapa platos	60
Platón	67
Miniatura	93
Figurillas	50
Aplicación	14
Tubeo	2
Esfera	2
Ollas	866
Cazuelas	97
Palanganas Bruñidas	12
Jarras	68
Comal	1
Ánfora	2
Cajete Curvo Divergente	292
Cajete Curvo Convergente	100
Cajete Recto Divergente	7
Copa Pulida	4
Vaso Cilíndrico	39
Vaso Recto Divergente	8
Cajete Recurvado	1
Jarra	179
Jarra Tlaloc	1
Florero	2
Palanganas Rojo/Natural	27
Platón Rojo/Natural	16
Cajete Rojo/Natural	23
Jarra Rojo/Natural	12
Vaso Rojo/Natural	3
Cráter Rojo	8
Cajete Rojo	27
Jarra Roja	16
Vaso Rojo	3
Cajete Naranja/Rojo	1
Vaso Copa	3
Copa Copa	10
Ánfora Naranja san Martín	143
Cráter Naranja san Martín	86

FORMAS	FRECUENCIAS
Cajete Hemisférico Naranja Delgado	243
Cajete Curvo Divergente Naranja Delg.	21
Jarra Naranja Delgado	8
Vaso Naranja Delgado	6
Sellado Naranja Delgado	1
Jarra Naranja Delgado Burdo	8
Cazuela Naranja Delgado Burdo	3
Tapadera Naranja Delgado	1
Granular	62
Lustroso del Golfo	3
Área Maya	1
Incensario Oaxaqueño	18
Sahumador Oaxaqueño	16
Urna Oaxaqueña	1
Olla Oaxaqueña	31
Maceta Oaxaqueña	33
Vaso Burdo Oaxaqueño	2
Cazuelón Pulido Interior	189
Cazuelon Inciso	10
Cajete Curvo Divergente Gris	16
Cajete Acanalado	17
Cajete Zoomorfo Gris	3
Figurillas Oaxaqueñas	3
Cajete Rojo/Natural	1
Foráneos no Identificados	1
Tejos	7
Erosionados	15

Cuadro 4

- **Conjunto arquitectónico TL67**

Por ser la muestra de mayores dimensiones, en esta estructura se detectaron 76 subtipos cerámicos, siendo las formas más numerosas las ollas (28.4%), las ánforas naranja San Martín (23.7%), los cajetes curvo divergentes (6.9%), los cajetes hemisféricos naranja delgado (6%), las cazuelas cráter Naranja San Martín (5.8%) y las jarras (3.4%%). Este conjunto es donde se detectaron los porcentajes más altos de ánforas naranja San Martín, mas de cinco veces más que en cualquier otro, lo cual supone una especialización de este grupo en el transporte y almacenamiento. Por el contrario, se detectaron las menores concentraciones de incensarios (1.1%), cajetes curvo divergentes (6.9%), cajetes curvo convergentes (3%), jarras (3.4%) y cajetes rojos (.32%). Esta es la estructura donde existe una menor presencia de materiales foráneos incluyendo los oaxaqueños, por lo que el consumo de las formas locales es ampliamente mayor al de formas oaxaqueñas. Sin embargo, incluso aquí, los sahumeros son más abundantes que los candeleros. Las frecuencias del total de formas de esta estructura se muestran en el cuadro 5.



Fragmentos de figurillas zoomorfas.



Fragmentos de figurillas antropomorfas.

Un factor relevante de este conjunto arquitectónico fue la presencia de cerámica procedente del Valle de Toluca, de la que registramos ánforas y ollas de silueta compuesta, pintadas en color rojo sobre natural (Sodi y Herrera, 1993; Tommasi, 1978, Castillo 1991). Esta cerámica se relaciona con la teotihuacana de las fases Tlamimilolpan y Xolalpan (González, 1992: 74-80; Sugiura, 1981:157-167).



Cerámica del Valle de Toluca, del lado izquierdo se pueden observar ánforas de la región y ollas silueta compuesta con decoración rojo sobre natural.



Jarra localizada en la ofrenda del entierro 4, conjunto arquitectónico TL67.

La literatura del Valle de Toluca menciona la existencia de un importante corredor comercial entre la Cuenca de México y la región occidental del Estado de México, que pasa por sitios como Calixtlahuaca, Ocoyoacac y Almoloya del Río, por lo que se ha propuesto una ruta comercial de la época Clásica proveniente de Teotihuacán, que pasaba por Azcapotzalco y Tlatilco para llegar al Valle de Toluca y continuar hacia Michoacán (González de la Vara, 1992).

FRECUENCIAS POR FORMA ESTRUCTURA 67	
FORMAS	FRECUENCIA
Incensario	304
Anafre de 3 Protuberancias	51
Candelerero	78
Sello	2
Tapa platos	664
Platón	557
Miniatura	330
Figurillas	167
Aplicación	44
Tubo	4
Ollas	7815
Cazuelas	483
Palanganas Bruñidas	29
Jarras	207
Comal	4
Cajete Curvo Divergente	1884
Cajete Curvo Convergente	818
Cajete Recto Divergente	80
Cajete Hemisférico de Base Anular	43
Vaso Cilíndrico	420
Vaso Recto Divergente	29
Cajete Recurvado	5
Florero	8
Plato	2
Jarra	926
Jarra Tlaloc	5
Tapa	3
Cajete de Silueta Compuesta	4
Palanganas Rojo/Natural	190
Platón Rojo/Natural	133
Cajete Rojo/Natural	117
Jarra Rojo/Natural	83
Vaso Rojo/Natural	12
Cráter Rojo	27
Cajete Rojo	89
Jarra Roja	56
Vaso Rojo	12
Cajete Blanco y Rojo/Natural	1
Vaso Estucado	10
Vaso Copa	88
Copa Copa	78
Ánfora Naranja san Martín	6504
Cráter Naranja san Martín	1614
Cajete Hemisférico Naranja Delgado	1662
Cajete Curvo Divergente Naranja Delg	92

FORMAS	FRECUENCIA
Jarra Naranja Delgado	100
Vaso Naranja Delgado	20
Tapa Naranja Delgado	1
Miniatura Naranja Delgado	11
Vaso Sellado Naranja Delgado	6
Jarra Naranja Delgado Burdo	22
Cazuela Naranja Delgado Burdo	19
Ánfora Naranja Delgado Burdo	1
Granular	232
Lustroso del Golfo	9
Cajete Querendaro	14
Jarra de Occidente	2
Vaso Área Maya	2
Incensario Oaxaqueño	51
Sahumador Oaxaqueño	143
Urna Oaxaqueña	12
Olla Oaxaqueña	213
Maceta Oaxaqueña	100
Vaso Burdo Oaxaqueño	74
Charola Oaxaqueña	18
Cazuelón Pulido Interior	365
Cazuelon Inciso	6
Cajete Convergente Gris	20
Cajete Curvo Divergente Gris	73
Cajete Acanalado	55
Jarra Gris	13
Cajete Zoomorfo Gris	11
Figurillas Oaxaqueñas	6
Olla Rojo/Natural	8
Cajete Rojo/Natural	18
Foráneos no Identificados	22
Tejo	18
Erosionados	61

Cuadro 5

3.6 Presencia de vasijas efigie

Las urnas de cerámica o vasijas efigie, constituyen una de las principales categorías de artefacto de la etapa urbana (500 a. C.–750 d. C.) en los valles centrales de Oaxaca (Winter, 1990) y han sido relacionadas con creencias y eventos religiosos. Son características de la región zapoteca, es decir, de los valles centrales y montañas cercanas, aunque también aparecen en la Mixteca baja y alta. Su presencia en tumbas, entierros y ofrendas dedicatorias asociadas a edificios, sugiere que las urnas fueron utilizadas en contextos rituales.

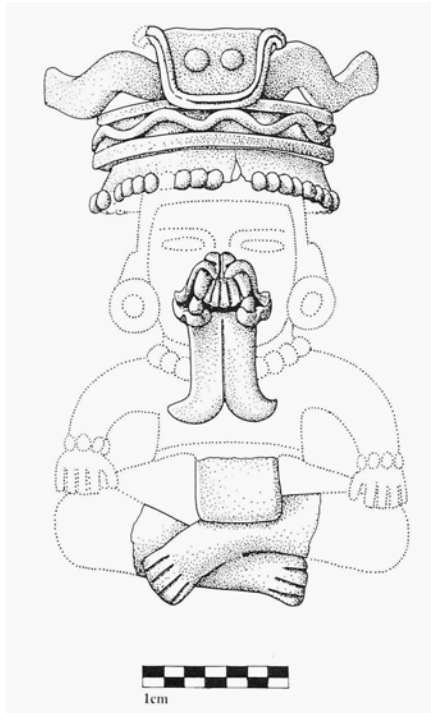
En el estudio de las Urnas de Oaxaca (Caso y Bernal, 1952), los autores se refieren a estas vasijas como representaciones de dioses, aunque también existe la categoría de acompañantes.

Hasta la fecha se han identificado siete vasijas efigie en el vecindario de *Tlailotlacan*. Las dos primeras se localizaron en el conjunto TL7 (Rattray, 1993, Millon, 1967), cuatro más en el conjunto TL1 (Palomares, 2007) y la séptima en el conjunto TL11 (Ortega, 2009), en donde además se registraron restos de por lo menos 2 vasijas efigie más.

Las vasijas efigie del conjunto TL7 fueron localizadas en contextos rituales, la primera de ellas asociada a un entierro múltiple de la fase Xolalpan tardío (Rattray, 1993) y la segunda se localizó “matada” al interior de una habitación de la misma fase (Millon, 1967). La vasija del entierro fue identificada y descrita estilísticamente por Ignacio Bernal, quien la fechó en la fase Monte Albán Transición II – III A. Representa a un individuo sentado con las piernas cruzadas y braguero; lleva un tocado de pantalla decorado con cuentas y una banda ondulante, así como una máscara con lengua bífida. En la parte superior central muestra el glifo C con dos puntos (Rattray, 1993), que posiblemente corresponda a su nombre calendárico: 2 agua (Urcid, 2003). La vasija fue manufacturada con barro proveniente del valle de Teotihuacán, es decir, es de manufactura local.

Por otro lado, la vasija efigie que fue “matada” en la habitación, también fue revisada por Ignacio Bernal, quien la fechó estilísticamente en la fase Monte Albán IIIA. El personaje tiene una máscara de serpiente con lengua bífida que cubre la boca y el

tocado añadido en la parte superior de la chimenea lleva el glifo 8J (8 Maíz). A través del análisis de activación neutrónica realizado en su arcilla, sabemos que es originaria de Atzompa, Oaxaca (Palomares, 2007).



Vasija efigie localizada en el sitio TL7, representa al “Dios con máscara bucal de serpiente” con el glifo C en el tocado, perteneciente a la fase Monte Albán Transición II – III A (Tomado de Rattray, 1993).



Vasija efigie que representa al “Dios con máscara bucal de serpiente con lengua bífida”, en el tocado lleva el glifo 8J (Tomado de Millon, 1967).

Las cuatro vasijas efigie del conjunto arquitectónico TL1 fueron registradas en contextos funerarios, es decir, como parte de los ajuares mortuorios de 2 entierros depositados en tumbas, que fueron fechadas arquitectónicamente en la fase Tlamimilolpan temprano (Palomares, 2007). La primera de ellas acompañaba a un entierro de 2 individuos y muestra un personaje sentado con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas. Cuenta con un tocado que presenta líneas incisas onduladas y en la parte frontal de éste se encuentra el glifo “C” con dos cordones que forman una “m”. El rostro del personaje presenta anteojeras cuadrangulares, nariz redonda y una máscara bucal de la cual emergen una lengua bífida y dos colmillos. Presenta orejeras de placa

rectangular con una cuenta circular adherida (*ídem*: 93-96). La vasija fue cubierta con pigmento rojo.

Palomares (2007) la identifica como una personificación del Dios Cocijo, basándose en la presencia del glifo C en el tocado, y la fecha estilísticamente en la fase Monte Albán Transición II – IIIA, lo cual es confirmado por Urcid (2003). De acuerdo con los análisis de activación neutrónica realizados en su arcilla, se determinó que fue elaborada en los valles centrales de Oaxaca (Palomares, 2007: 108).



Urna No. 1 del sitio TL1, representando al “Dios Cocijo”, en el tocado lleva el glifo C. La urna iconográficamente pertenece a la fase Monte Albán II- IIIA (Caso y Bernal, 1952).
Fotografía de Aldo Díaz Avelar.

Las tres urnas restantes forman parte del ajuar funerario de un individuo depositado al interior de una tumba. La urna No. 2 se identificó cerca de la pierna derecha del individuo, mientras que la urna No. 3 se encontró hacia el sur del entierro a la altura de la tibia de la pierna izquierda, orientada con la cabeza hacia el poniente, por último la urna No. 4 se ubicó por debajo de la columna vertebral del individuo (Palomares, 2007: 98).

La Urna No. 2 presenta algunos elementos característicos de un Dios Viejo, descrito en el estudio realizado por Caso y Bernal (1952); las representaciones de éste dios se han identificado principalmente en la época de transición, observándose también en Monte Alban IIIA y IIIB, inclusive se piensa que probablemente fue conocido desde la época II. Los rasgos representativos de éste dios se observan principalmente en el rostro: la boca

está generalmente hundida, rodeada de arrugas y mostrando los dientes, así como la presencia de una máscara o antifaz que abarca los ojos y parte de la nariz, representando un pico de ave. La arcilla con que fue elaborada procede del Valle de Teotihuacán, es decir que es un objeto elaborado en la ciudad del altiplano central.



Vasija efigie No. 2 del conjunto arquitectónico TL1 que posiblemente represente al “Dios Viejo” o “5.F”, con pectoral en forma de rostro. Iconográficamente pertenece a la época Transición II – III A (Caso y Bernal, 1952) (Tomada de Palomares, 2007: 100).

Por su parte, la vasija efigie No. 3, también antropomorfa, presenta rasgos faciales incisos y adheridos (pastillaje), siendo los ojos en forma de “almendra” o alargados; porta una máscara bucal en forma de pico de ave; sus orejas tienen forma de placa rectangular con orejeras circulares y en la mayor parte del rostro tiene restos de pigmento rojo. De acuerdo con Palomares (2007: 102) la sencillez del atavío es característica en las representaciones de épocas tempranas en los valles centrales de Oaxaca y, tanto por la máscara bucal como por el posible glifo C del tocado, se podría tratar del Dios con máscara bucal de serpiente. Con estos argumentos, fecha la vasija en la fase Monte Albán II, mientras que con el análisis de activación neutrónica, se determina que fue manufacturada en el Valle de Teotihuacán (*idem*).



Urna No. 3 del conjunto TL1 que podría representar al “Dios con máscara bucal de serpiente”. Iconográficamente pertenece a la época Transición II – III A (Caso y Bernal, 1952). Fotografías de Aldo Díaz Avelar.

La vasija efigie No. 4 corresponde a una figura antropomorfa sentada con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, su rostro presenta un antifaz formado por pequeñas placas, tanto en la parte superior como inferior del ojo, delimitándolo a través de dos líneas onduladas entre las cuales se observan incisiones paralelas verticales, el ojo es una aplicación circular con incisión al centro. Tiene arrugas, especialmente en los pómulos y barbilla. La nariz es de forma redondeada con puntos incisivos, los labios son pronunciados y los dientes marcados, mostrando solamente los superiores. Al igual que las urnas anteriormente descritas, en el rostro de ésta se observan restos de pigmento rojo, identificándose también diseños de líneas onduladas paralelas pintadas en negro sobre los pómulos. En el pecho porta dos nudos o moños, razón por la cual se podría relacionar con la representación del “Dios Viejo 5 F” (Palomares, 2007: 106). El análisis de activación neutrónica determina que la arcilla procede de un sitio desconocido en el estado de Oaxaca, mientras que estilísticamente está fechada en la fase Monte Albán II (*idem*).



Vasija efigie No. 4 del conjunto TL1, que podría representar al “Dios Viejo 2. Tigre”. La pieza iconográficamente pertenece a la época Transición II – III A (Palomares, 2007: 106) (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

En lo que respecta a la vasija efigie localizada en el conjunto arquitectónico TL11, ésta formaba parte del ajuar mortuario de un entierro depositado en la esquina SW de una habitación, fechada arquitectónicamente en la fase Xolalpan temprano. El entierro se encontró parcialmente removido, y se compone de al menos 3 individuos, de los cuales el más completo (60% del esqueleto) es un sujeto masculino, de una edad de 30-35 años. La vasija efigie estaba asociada al entierro, al igual que un *omechicahuaztli* y una mandíbula de cánido. El personaje antropomorfo representado en esta vasija tiene los rasgos característicos del Dios viejo 5F (Caso y Bernal, 1952: 187), como son la máscara facial, las arrugas en el rostro, el tocado de ave, las orejas de jaguar y el pectoral con nudo; además se encontró completamente cubierta con pigmento rojo (Ortega, 2009).



Vasija efigie localizada al interior de una habitación, como parte de un ajuar mortuario en el conjunto arquitectónico TL11 (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Tocado de ave de pico ancho

Turbante acolchado con círculos

"Orejas" de jaguar con voluta interna, flequillo y chalchihuites

Nariguera y orejeras



Personaje sentado en posición de "flor de loto", vestido con una capa. El rostro muestra arrugas en las mejillas y posible barba, además muestra los dientes en una expresión "sonriente"



Urnas del Dios 5F, de Ejutla. Nótese las similitudes formales con la vasija del conjunto TL11. (Tomado de Caso y Bernal, 1952: figs. 317 y 321).

Fragmentos de otra vasija efígie fueron hallados en asociación al entierro de un cráneo que fue depositado en la esquina oriente de un patio empedrado, en el conjunto TL11. Se trata de 3 fragmentos con rasgos antropomorfos, elaborados en barro del grupo G4. Los fragmentos corresponden a las piernas, el tocado y una orejera circular. El personaje se encuentra en posición sedente, con las piernas cruzadas una sobre la otra (flor de loto); las manos portan pulseras de cuentas realizadas al pastillaje y en los pies se observa un elemento circular sobre el empeine. Desafortunadamente no se pueden identificar los atributos que lo relacionen con alguna deidad. Su temporalidad estilística corresponde a Monte Albán II - IIIA. Fue elaborado por medio de modelado y decorado al pastillaje y punzonado.



Fragmentos de vasija efígie, al parecer fue matada y depositada en un contexto funerario (Ofrenda 21 conjunto TL11) (Ortega, 2009).

En el relleno de una plaza del mismo conjunto arquitectónico, muy cerca de un altar, se registraron los fragmentos de otra vasija efígie manufacturada en barro del grupo G3. Se recuperaron 6 fragmentos pertenecientes a la fase Monte Albán II - IIIA. Se identifica a un personaje en posición sedente con las piernas cruzadas una sobre la otra (flor de loto) y las manos sobre las rodillas; a la altura del pecho lleva un adorno en forma

de moño amarrado. El fragmento izquierdo del rostro muestra una orejera circular y parte del tocado de banda, el cual está decorado con chalchihuites y plumas. Desafortunadamente no tenemos todos los atributos que lo definen pero podría tratarse de una vasija del tipo acompañante, como las que mencionan Caso y Bernal (1952).



Fragmentos de vasija efígie localizados en un relleno arquitectónico del conjunto TL11 (Ortega, 2009).

Inferencias

Por la asociación de cerámicas de las fases Tzacualli y Monte Albán II, tanto en rellenos como en contextos funerarios, podemos inferir la ocupación del vecindario desde por lo menos los inicios de nuestra era. Hacia finales de la fase Tzacualli y durante las fases siguientes, en el área se registra un notable crecimiento demográfico y urbano que alcanzaría su máximo durante las últimas fases de la secuencia teotihuacana (Xolalpan temprano, tardío e incluso Metepec). La asociación de materiales oaxaqueños con cerámicas teotihuacanas de todas las fases, sugiere que los ocupantes del vecindario, durante toda su historia, mantuvieron vínculos con la región sur de Mesoamérica, específicamente con poblaciones de tradición oaxaqueña.

En términos generales, el vecindario debió tener canales de abasto de productos muy semejantes a los del resto de la urbe, ya que las proporciones de los grupos cerámicos teotihuacanos son similares a los de otros conjuntos departamentales de la ciudad, como Atetelco o La Ventilla.

Aunque no podemos afirmar que el vecindario funcionó como una unidad política, si es posible inferir cierto nivel de organización y coordinación en su interior. Los habitantes del vecindario mantuvieron cierta unidad religiosa y posiblemente cultural, relativamente diferente a la del resto de la ciudad (aunque con elementos locales) y compartieron similares vías de circulación de productos. Sin embargo, pese a esta unidad, no todas las estructuras fueron iguales en términos de acceso a determinados productos y bienes.

Los conjuntos TL1 y TL67 son los más similares entre sí en términos de la arquitectura y de los materiales arqueológicos como la cerámica y la lítica. Las más divergentes serían las estructuras TL9 y TL11, las cuales se ubicarían en los extremos opuestos de un continuo representado por las estructuras TL67, TL1 y TL2. Los valores más altos de materiales foráneos corresponden a la estructura TL11, cuyos habitantes debieron tener un mayor acceso a este tipo de recursos. En este conjunto la arquitectura es más parecida a los espacios típicamente teotihuacanos y sus acabados son de mejores calidades. Por el contrario, la estructura con los registros más bajos de materiales foráneos es el conjunto TL67, cuya arquitectura es completamente diferente a la teotihuacana y los acabados son más modestos. En esta estructura se detectaron evidencias de una mayor producción de navajillas de obsidiana para el autoconsumo, lo que indica que a ella llegó un menor número de navajas ya terminadas. De igual forma, en dicha estructura se registraron

cantidades sobresalientes de ánforas del grupo Naranja San Martín, más del doble que en cualquier otra de las estructuras, por lo cual sugerimos que los ocupantes de este grupo, pudieron dedicarse al transporte de materiales como granos, líquidos o semi- líquidos, ya sea a larga distancia o a nivel local y regional.

Si bien el vecindario *Tlailotlacan* presenta cierta homogeneidad cultural y similares vías de abasto de bienes, en términos económicos existieron divergencias entre los ocupantes de las diferentes estructuras. En la base debieron estar los ocupantes de la estructura TL67, dedicados a labores manuales y de transporte; en el medio los ocupantes de las estructuras TL1, TL9 y posiblemente la TL2 y en un nivel superior los habitantes de la estructura TL11. Estos dos últimos grupos debieron dedicarse a labores diversificadas, aunque no se detectaron evidencias de trabajo artesanal especializado en concha, lítica o cerámica, por lo que pienso que de haberse realizado trabajo artesanal éste fue ejecutado en materiales perecederos de los cuales no sobrevivieron evidencias.

Capítulo 4

Los materiales arqueológicos del cuadrante NW

4.1 Contextos arqueológicos en los conjuntos reportados en Tlailotlacan

Como hemos visto, contamos con información fáctica de conjuntos arquitectónicos, compuestos por unidades habitacionales, que seguramente fueron ocupadas por grupos domésticos, de los cuales se ha podido realizar el registro arqueológico de sus contextos, recuperando información de las asociaciones y concentraciones tanto de artefactos como de desechos, en superficies y volúmenes determinados, que reflejan acciones particulares repetidas (de carácter social y con un trasfondo funcional específico), cuya organización interna es resultado de dichas actividades sociales (Flannery, 1976: 5-6; López, 1990: 102).

En el presente capítulo presentaremos los contextos arqueológicos de los conjuntos TL1, TL9, TL11 y TL67, tal como lo marcan los objetivos de este trabajo, con la finalidad de integrar la información arqueológica, para definir una dinámica de interacción entre los conjuntos arquitectónicos que han sido explorados de manera parcial en el área denominada Barrio Oaxaqueño o Tlailotlacan, estableciendo una propuesta general acerca de su estructura interna y su proceso de crecimiento. De esta forma también podremos inferir el grado de interacción que hubo entre los habitantes de los conjuntos arquitectónicos mencionados, así como las posibles actividades en las que estuvieron involucrados.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

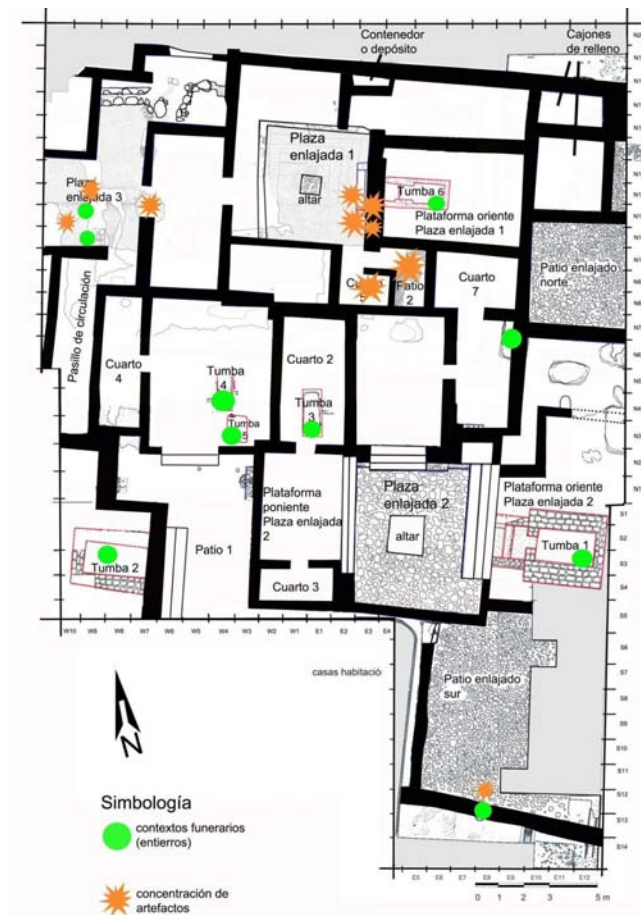
Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Conjunto Arquitectónico 1:N1W6 (TL1)

Los contextos arqueológicos identificados en este conjunto arquitectónico, corresponden principalmente a depósitos primarios de tipo funerario y concentraciones de artefactos (rituales, áreas de desecho) asociadas a espacios específicos. La distribución de cada una de estas categorías tiende a concentrarse en diferentes unidades arquitectónicas, lo que nos permite inferir las actividades desarrolladas en las mismas, así como el uso que se le dio a los espacios en términos de ser privados o de uso colectivo. Es fundamental comentar que todos los espacios de este conjunto son contemporáneos, y están fechados con el material cerámico entre las fases Tlamimilolpan temprano-Xolalpan tardío (250-500 d.C.), es decir la segunda mitad del la época teotihuacana.

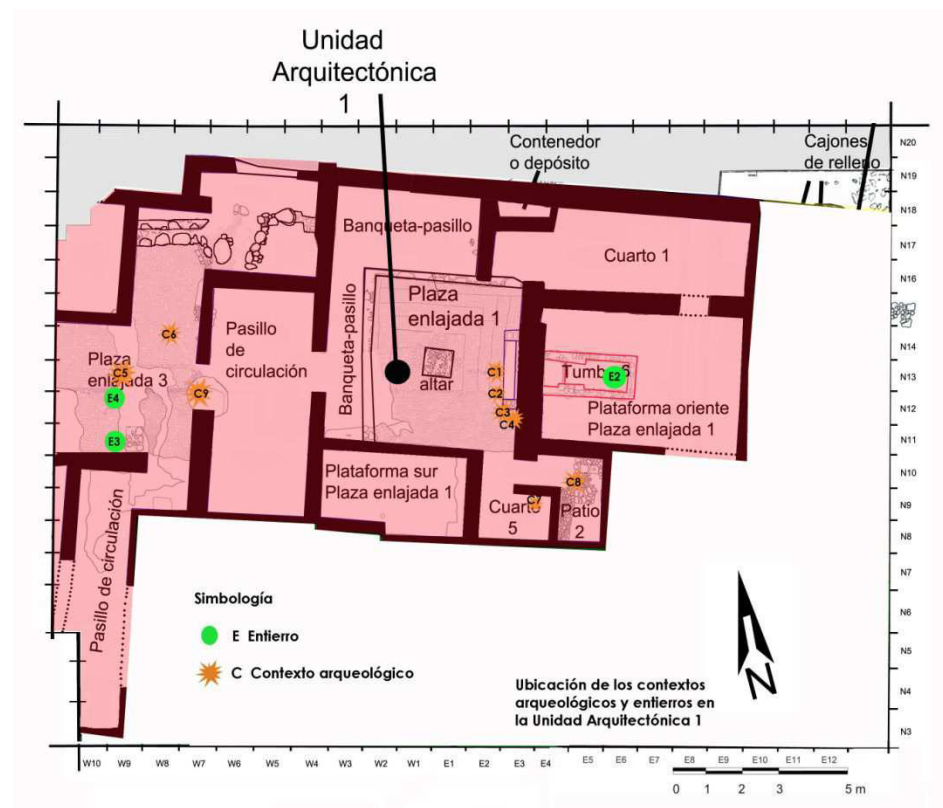
De esta forma los contextos arqueológicos están mejor representados en las unidades arquitectónicas 1 y 2; en la primera los contextos funerarios se encuentran en la tumba localizada al interior de la plataforma oriente de la Plaza Enlajada 1, así como en la sección sur de la Plaza Enlajada 3, mientras que las concentraciones de artefactos se agrupan principalmente en dichos espacios abiertos.



La Unidad Arquitectónica 2 en cambio, muestra una mayor presencia de contextos funerarios (6), la mayoría de ellos localizados en recintos específicos (tumbas), mientras las concentraciones de materiales se limitan a aquellas asociadas directamente a los individuos inhumados. Finalmente la unidad arquitectónica 3 cuenta con un contexto funerario y una concentración de materiales, que por su relación espacial, es posible que correspondan a un mismo evento. La mayor parte de las concentraciones de artefactos están asociadas a edificios y altares, por lo que podrían ser consideradas como áreas de actividad de uso-consumo de la esfera ideológica (Manzanilla, 1986:13), e incluyen materiales teotihuacanos y foráneos (principalmente oaxaqueños); sin embargo también hay otras en las que se dispusieron objetos utilitarios pertenecientes a una misma industria, a manera de almacenaje, entre los que predominan los pulidores hechos con basalto y tezontle.

Unidad Arquitectónica 1

Definida como una unidad de uso residencial, compuesta de habitaciones que delimitan espacios abiertos enlajados y pasillos que intercomunican a unos patios con otros, esta unidad presentó las siguientes áreas de actividad:



Contextos arqueológicos de uso-consumo

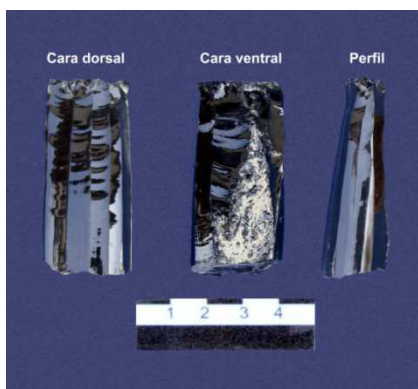
En la unidad arquitectónica 1 se localizaron 9 concentraciones de artefactos, de las cuales 6 se encuentran en las plazas. De esta forma en la Plaza enlajada 1 encontramos que las concentraciones se ubican principalmente en la esquina suroeste del basamento o plataforma oriente, constituyéndose de la siguiente manera:

Contexto arqueológico 1: Ubicado debajo de la tapadera de un registro o colector de drenaje, reutilizado en el empedrado de la plaza. Al retirar dicho elemento se localizaron 2 fragmentos de cráneo humano y 20 cm más abajo se advirtieron los siguientes objetos:

- abundantes fragmentos de artefactos de obsidiana verde
- un núcleo agotado de obsidiana verde
- un fragmento de candelero de doble cámara, pulido e inciso
- un tejo de cerámica café
- un fragmento de asta de venado con huellas de corte



Contexto arqueológico 1. Oquedad realizada debajo del nivel de la plaza enlajada 1, con el objetivo de depositar artefactos y posteriormente cubrirla reutilizando una tapa o colector de drenaje.



Artefactos que formaron parte del contexto arqueológico 1.

Contexto arqueológico 2: Localizado sobre el piso de la plaza y adyacente a la fachada de la plataforma oriente, se conforma por fragmentos de una olla globular del Grupo Bruñido así como otros artefactos dispersos en derredor de ella. Es muy posible que los materiales circundantes se encontraran al interior de la vasija y que con el colapso de los edificios ésta haya perdido su parte superior con la consecuente liberación del contenido original.

Los artefactos que integran el contexto arqueológico son:

- una olla globular
- dos pulidores
- una navajilla de obsidiana verde
- un fragmento de objeto de *tecalli* acanalado
- tres fragmentos de figurilla antropomorfa (una de ellas oaxaqueña)
- un fragmento de cráneo humano trabajado
- un artefacto de hueso (fragmentado)
- una cuenta fitomorfa de cerámica
- un posible fragmento de vasija efigie



Artefactos que conforman el contexto arqueológico 2.



Detalle del fragmento de objeto de *tecali* (arriba: vista anterior, abajo: vista posterior).



Fragmento de figurilla antropomorfa oaxaqueña. Corresponde a las figurillas del Grupo 3 de Monte Albán (Martínez y Winter, 1994) comunes en las épocas I y II. (500 a.C. al 350 d.C.).

Contexto arqueológico 3: Ubicado debajo del piso enlajado de la plaza, junto al muro de la fachada de la plataforma oriente. Se trata de una intrusión de forma cuadrada, en la que fueron depositados un par de vasijas fragmentadas sobre el lecho del tepetate natural.

- una base de incensario
- un cajete curvodivergente



Contexto arqueológico 3 "in situ".



Fragmento de base de incensario.

Contexto arqueológico 4: Localizado bajo el piso de la plaza, en una pequeña fosa de silueta semicircular, se integra de los siguientes objetos:

- una punta de proyectil de obsidiana verde
- un fragmento de olla globular
- un fragmento de navaja de obsidiana verde
- fragmentos de hueso con huellas de trabajo
- una punta de proyectil de obsidiana verde



Artefactos que integran el contexto arqueológico 4.



Detalle de los fragmentos de hueso trabajado.

Por otro lado, en la Plaza enlajada 3 se registraron 2 concentraciones de artefactos, consistentes en:

Contexto arqueológico 5: Ubicado sobre la plaza enlajada, comprende los siguientes objetos:

- fragmentos de una almena de cerámica
- un candelero de doble cámara con "impresiones de dedo"
- dos cajetes fragmentados
- Un fragmento de laja



Contexto arqueológico 5. Dispersión de fragmentos de almena y candelero en la porción suroeste de la Plaza enlajada 3. Vista suroeste-noreste.



Fragmentos de almena cerámica que pudieron ser parte de la misma pieza.

Este contexto fue perturbado por las actividades agrícolas desarrolladas en el área, sin embargo se pudo establecer su asociación directa con los restos de un altar de forma cuadrada del que sólo se percibían algunas piedras del cimiento.



Objetos que conforman el contexto arqueológico 5.



Detalle de uno de los cajetes, muestra patrón pulido en el exterior.

Contexto arqueológico 6: Se ubicó debajo del piso de la plaza, en una pequeña fosa de planta rectangular. Los objetos que la componen son:

- un fragmento de hueso humano cocido
- una macronavaja de obsidiana verde
- una vértebra de venado
- dos fragmentos de figurillas zoomorfas



Artefactos que integran el contexto arqueológico 6.

En lo que se refiere a los contextos en otros espacios, localizamos 2 muy relacionados en el Cuarto 5 y el Patio 2, así como una más en el pasillo de circulación que conecta ambas plazas enlajadas.

Contexto arqueológico 7: Sobre el piso del Cuarto 5 se registró una concentración de artefactos de lítica pulida, compuesta por 48 objetos asociados, principalmente varios tipos de pulidores, complementados con otra variedad de ejemplares tales como un metate abierto ápodo, manos de mortero, "cortineros", esferas líticas, un ixtapaltete y un fragmento de almena estucada con pigmento rojo. Respecto a materiales de otras industrias, de lítica tallada una punta de proyectil triangular y un par de percutores; una porción de diáfisis de fémur humano con huellas de corte y un fragmento de concha correspondiente a residuos de trabajo. También se recuperaron varios fragmentos cerámicos, con características propias de la fase Xolalpan Tardío, así como un candelero con decoración de impresión de "dedo" de esta misma temporalidad.

Por las características contextuales y de contenido, se puede plantear que dicha concentración de artefactos corresponde a un depósito primario, producto de las actividades desarrolladas al interior del Cuarto 5, al parecer relacionadas con el uso y/o almacenaje de objetos de lítica pulida, muchos de ellos herramientas propias del sector de la construcción.



Superficie de hallazgo de la concentración de materiales denominada como contexto arqueológico 7, directamente sobre el piso en la esquina suroeste Cuarto 5. Vista sur a norte.



Diversos tipos de pulidores localizados en el contexto arqueológico 7.



Arriba: Pulidores rectangulares con agarradera baja, pulidor con asa estribo, nótese la variedad de la textura del tezontle para manufacturar las piezas.
Abajo: Cortineros ovalados de tezontle y esferas de basalto.

Contexto arqueológico 8: Ubicado sobre el piso del Patio 2, en la esquina sureste; al parecer se encuentra estrechamente relacionada con el área de actividad 7, al encontrarse únicamente separados por un muro que divide a ambos espacios.

Los artefactos yacían prácticamente sobre el enlajado del Patio 2; la principal concentración de ellos se ubicó en un área en la que el enlajado del patio se observa intencionalmente "desmontado". Ahí fueron depositados:

- catorce pulidores manufacturados en tezontle
- un yunque
- una gubia de hueso
- una esfera de basalto
- una mano de metate manufacturada en basalto
- una macronavaja de obsidiana
- seis fragmentos de olla bruñida



Contexto arqueológico 8. Concentración de materiales hallados sobre la superficie enlajada del Patio 2.



Artefactos de piedra (esfera) y hueso que formaron parte del contexto arqueológico 8.



Contexto arqueológico 9: Localizado sobre el piso de la entrada oriente al pasillo de circulación. Se trata de una concentración de 672 caracolillos, de forma alargada, de tamaños que varían entre los 3 mm y los 3 cm de largo, distribuidos en un área de 1.20 por 2 m en sentido norte-sur.



Caracolillos del contexto arqueológico 9 una vez limpios en laboratorio, junto a la escala se muestran los diferentes tamaños.

Contextos de tipo funerario

Los entierros localizados en esta unidad residencial difieren únicamente en el depósito, pero comparten diversos rasgos que permiten ubicarlos dentro de una misma tradición funeraria, como se muestra a continuación:

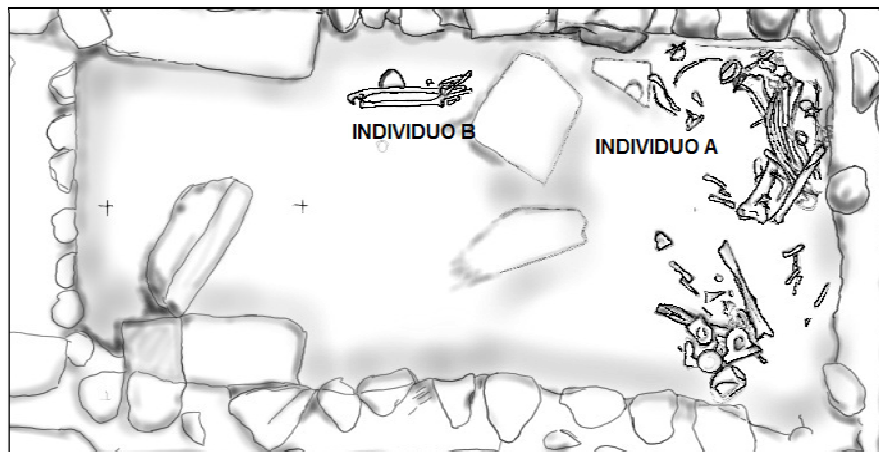
Entierro 2

Localizado al interior de la Tumba 6, se compone de los restos óseos de al menos 3 individuos, los cuales no guardaban posición anatómica por haber sido removidos en diferentes momentos. Entre los objetos asociados que pueden ser considerados como parte del ajuar funerario; se localizaron:

- seis fragmentos de concha
- un plato miniatura del grupo mate fino
- un vaso esgrafiado del grupo pulido
- un cortinero manufacturado en tezontle negro
- un fragmento de metate abierto, manufacturado en basalto
- un posible pulidor
- una olla miniatura
- un mortero cuadrado, hecho en basalto, con soportes redondos y caras en forma de tablero teotihuacano.



Izquierda: Vista general de la tumba en sentido este-oeste. Se observa el Entierro 2 al fondo
Derecha: Vista oeste-este de la tumba, al fondo se aprecia la entrada a la misma.



Planta del entierro localizado al interior de la tumba 6 (dibujo de Jorge Archer.)



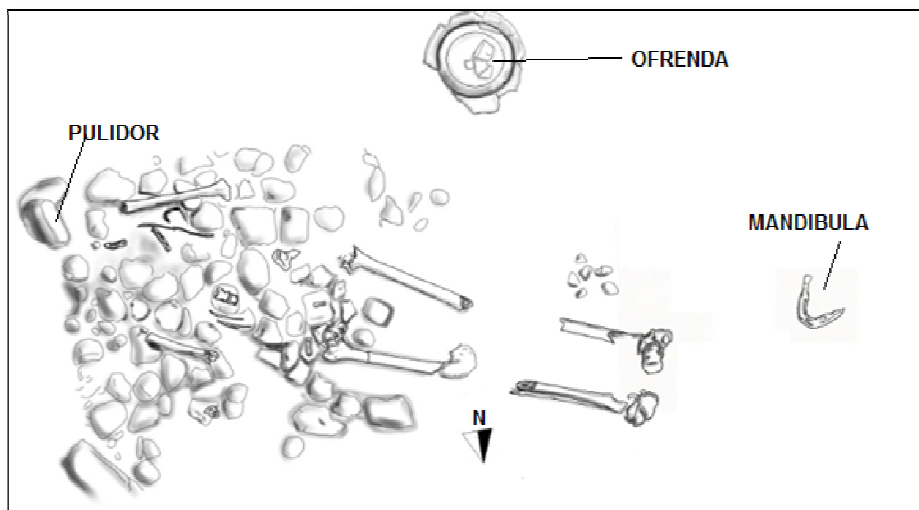
Algunos de los objetos de piedra localizados a la entrada de la tumba 6.

Entierro 3

Localizado directamente sobre el piso de la Plaza Enlajada 2, el individuo se encontró en mal estado de conservación, pues solo se recuperaron parte de las extremidades superiores e inferiores. Se trata de un individuo de sexo femenino, de una edad aproximada de 35-40 años, que fue colocado en posición decúbito dorsal extendida, orientado de este a oeste, acompañado de vasijas cerámicas que incluyen cajetes y tapaplatos teotihuacanos.



Vista general del Entierro 3. Se observan los restos óseos depositados directamente sobre el piso de la plaza enlajada.



Planta del Entierro 3 y objetos asociados (Dibujo de Jorge Archer).

Este individuo presentó entesopatías¹ en la clavícula izquierda, al registrarse huellas de actividad en el área proximal de la epífisis, en la inserción del deltoides. En el húmero izquierdo se observaron rebordes óseos en la epífisis distal, sobre la tróclea, en la cresta del tubérculo mayor. El fémur izquierdo presenta proceso de línea áspera en el área distal y en la epífisis distal de la fíbula derecha se pueden apreciar procesos de formación de osteofitos por actividad; de la misma manera en el área medial del calcáneo izquierdo se puede observar la formación de un espolón óseo. Todas estas características son evidencia de estrés ocupacional, posiblemente ocasionado por llevar cargas pesadas y caminar frecuentemente largas distancias (Archer, 2010).

Entierro 4

Este entierro se localizó en una posible fosa en la sección sur de la Plaza Enlajada 2; se trata de un individuo infantil de entre 2 y 3 años de edad, colocado en posición decúbito ventral extendido, al que no se le localizaron objetos asociados.



Entierro 4, vista en planta.



Entierro 4, reconstrucción de Jorge Nukyén Archer (2010).

¹ De acuerdo con Archer (2012: 163) las entesopatías son lesiones o huellas de modificación ósea, presentes en las áreas de inserción muscular o de los ligamentos, ocasionadas por la prolongada y continua repetición de movimientos. Las modificaciones se pueden presentar en hueso o en las piezas dentales y son un reflejo de actividades culturales.

Entierros localizados en la Unidad Arquitectónica 1

Ubicación	Entierro	Edad	Sexo	Patologías	Ofrenda	Temporalidad
N15E4	2 A Individuo 1	30-35 años	Masculino	Si	Si	Xolalpan Temp
N15E4	2 A Individuo 2	15-18 años	Femenino	No	Si	Xolalpan Temp.
	2 B	25-30 años	Posible Masculino	No	Si	Xolalpan Temp.
N14W10, N14W11, N14W12, N13W10	3	35-40 años	Femenino	Si	Si	Xolalpan Temp.
N15E4	4	2-3 años	Indeterminado	no	no	Xolalpan Temp.

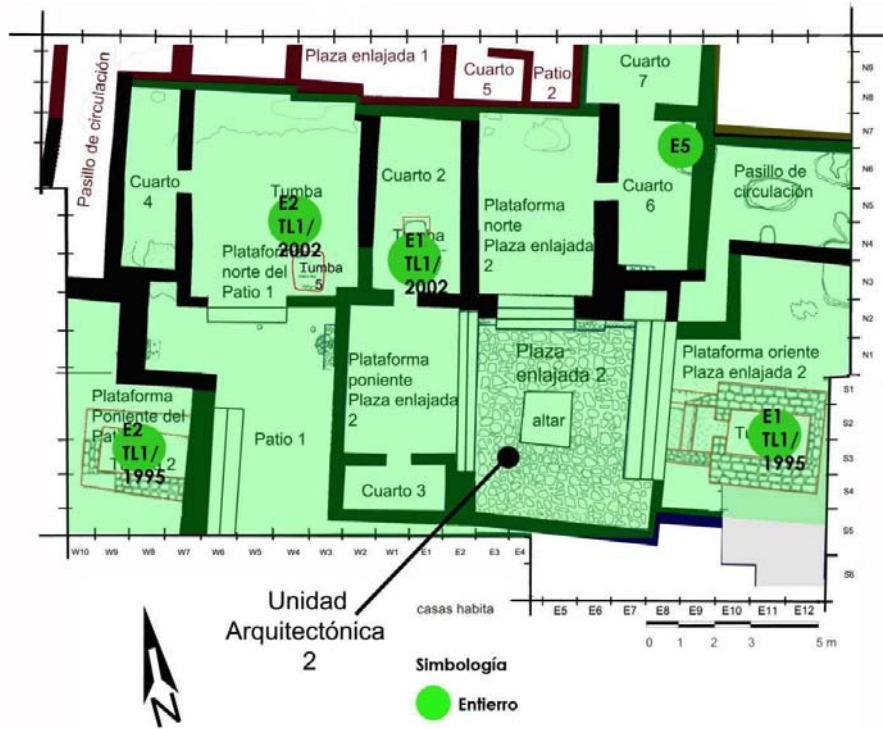
Respecto de otras evidencias de consumo en la unidad doméstica, los restos óseos de fauna nos indican que ésta fue diversa, incluyendo especies como *artiodáctilo* (ciervos), *Chelonidae* (tortugas), *Colinus virginianus* (codorniz), *Odocoileus virginianus* (venado cola blanca), *Canis sp* (cánido), *Carcharhinus sp* (tiburón), *Antilocapra americana* (berrendo), *Anatidae* (patos o gansos), *Sylvilagus floridanus* (conejo castellano), algunos de ellos con huella de corte y al parecer con evidencias de haber sido sometidos a fuentes de calor externa, cuando aun tenían paquetes musculares, tipo cocción (Gómez y Espinosa, 2012).

Unidad Arquitectónica 2

Al igual que la anterior, se trata de una unidad de uso residencial; por sus características, consideramos que esta unidad arquitectónica fue la de mayor jerarquía en el conjunto, pues se compone de dos espacios abiertos, en torno a los cuales se distribuyen diversas habitaciones. Las características de sus componentes muestran volúmenes constructivos más elaborados, ya que prácticamente todas las habitaciones se encuentran sobre plataformas bajas, además de que hay evidencias de que varios de los recintos contaban con muros que tenían acabado de estuco, pintado en color rojo.

La plaza y el patio alrededor de los cuales se distribuyen las plataformas, tienen superficies enlajadas y sistemas de drenaje subterráneo, que permiten un ambiente seco y distribuyen el agua pluvial hacia el exterior del conjunto.

Como habíamos mencionado líneas arriba, en esta unidad residencial se concentra el mayor número de contextos funerarios del conjunto, de acuerdo al siguiente desglose de información:



Vista W-E de la Plaza Enlajada 2 durante el proceso de exploración (tomado de Gamboa, 1993). A la izquierda se aprecia la escalinata de la Plataforma Norte y de frente el altar central, mientras que al fondo observamos la Plataforma Oriente.

Entierro 5 (TL1/2002)

En la esquina NE del Cuarto 6, se localizó un contexto funerario que —por las características del depósito y las evidencias de derrumbe de piedras registradas sobre él— bien podría inferirse que se trató de una tumba, sin embargo se carece de datos arquitectónicos suficientemente sólidos como para sustentarlo, ya que este sector del conjunto prácticamente fue arrasado por el asentamiento moderno, pero sus características coinciden en gran parte con los demás recintos funerarios registrados en el resto del conjunto arquitectónico.

La fosa excavada en el tepetate natural, tiene forma rectangular, orientada en sentido N-S, mide 1.80 m de largo por 0.80 m de ancho, con una profundidad de 25 cm, siendo más profunda en su extremo sur. Contenía un entierro colectivo (fecha en la fase Xolalpan Temprano por la cerámica del contexto) de dos individuos: el individuo A o principal, se encontró en posición decúbito dorsal extendido con el cráneo orientado hacia el norte (dicho cráneo presentó deformación intencional de tipo bilobular), mientras que el material óseo del individuo B se encontró apilado hacia la esquina NW de la fosa, por lo que se trató de un entierro secundario. La ofrenda acompañante incluyó los siguientes elementos:

- asociado al Individuo A:
 - un punzón de hueso
 - un fragmento de tapaplato con asas
 - una olla grande
 - un cajete trípode de paredes divergentes
 - dos ollas miniatura de borde divergente
 - hacia el poniente del fémur de la pierna derecha se halló el cráneo de un perro (*canis familiaris*), asociado a dos cajetes curvo divergentes; debajo de uno de ellos se ubicaba una figurilla antropomorfa de estilo Mezcala, de piedra verde jaspeada con la cabeza orientada hacia el sur.
 - bajo las costillas, en el costado izquierdo del individuo, se ubicó un cajete trípode con soportes de botón y paredes divergentes.

- La ofrenda asociada al Individuo B o entierro secundario se encontró concentrada hacia el norponiente del cráneo, compuesta por:
 - una cuenta de piedra verde de forma fitomorfa o flor de cuatro pétalos
 - un cajete trípode de paredes divergentes con soportes de botón
 - un vaso Tláloc
 - una vasija zoomorfa de cerámica gris (muy similar a las vasijas zoomorfas del grupo G1, de la época Monte Albán II que presentan CBA, 1967: 218, aunque más abstracta, pues carece de cabeza y/o cola) (ver Palomares, 2003 y 2006a: 61-62).



Planta del entierro localizado en la esquina NE del cuarto 6 y su ofrenda acompañante.



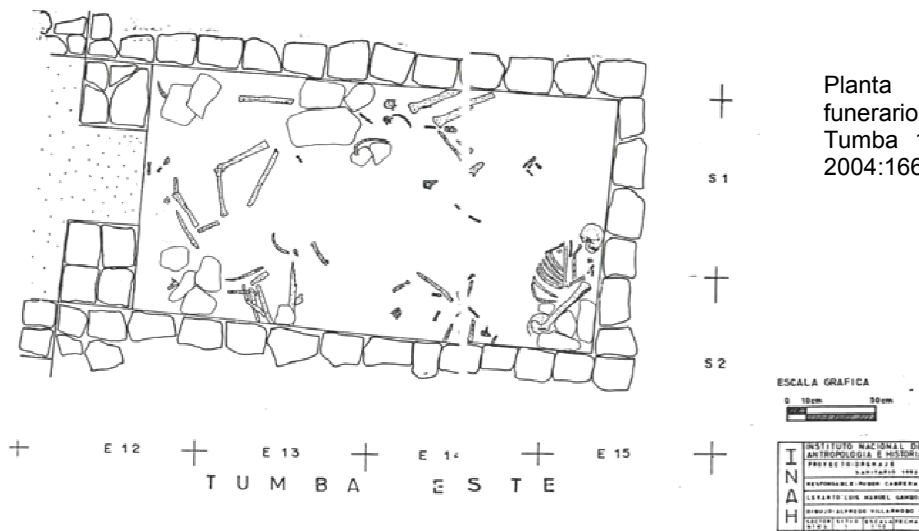
Objetos que componen la ofrenda del entierro localizado en la esquina NE del Cuarto 6 ((Foto Aldo Díaz), (Tomado de Palomares 2006: 62).

Entierro 1 (TL1/1995)

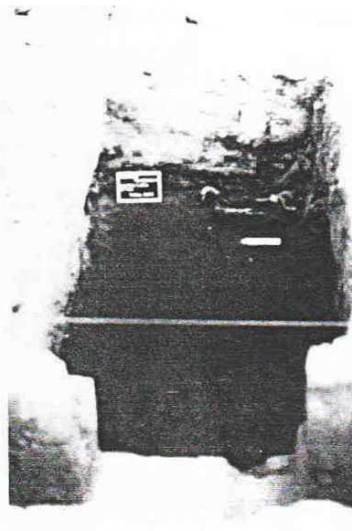
Localizado en el núcleo de la Plataforma Oriente de la plaza, al interior de la Tumba 1. Dicho recinto funerario fue construido con una orientación E-W; cuenta con antecámara y cámara; las dimensiones de la primera son de 1.50 m por 1.40 m, mientras que la cámara principal medía 2.70 m de largo por 1.40 m de ancho (Gamboa 1993, Roldán 2004: 156). Los muros fueron hechos con cantos y piedras unidas con lodo, cuya cara interna fue recubierta con aplanado de argamasa; como techo se utilizaron grandes losas

de piedra, algunas de las cuales aún se encontraban dentro de la cámara (véase Roldán, 2010: 89).

En su interior se localizó el entierro de un individuo masculino, adulto (35-40 años), colocado en la esquina SE, en posición flexionada, aparentemente sin ofrenda asociada, mientras que en el resto del recinto se localizaron huesos humanos desarticulados, pertenecientes por lo menos a otros 3 adultos, acompañados de 12 a 15 vasijas características de la fase Xolalpan, así como de los restos óseos de un perro (*canis familiaris*) (Spence y Gamboa 1999: 187).



Vista este-oeste de la Tumba 1



Interior de la Tumba 1. Se observa el entierro flexionado

Imágenes tomadas de Gamboa, 1993, etiquetadas por quien suscribe.

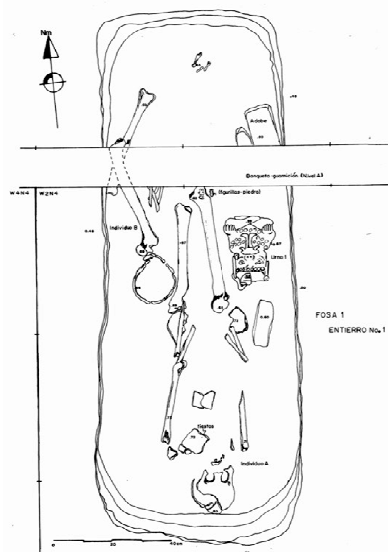
Entierro 1 (TL1/2002)

Ubicado en el núcleo de la plataforma que soportaba al Cuarto 2, al interior de la Tumba 3. Dicho elemento corresponde a una fosa excavada en el tepetate natural, de silueta rectangular, orientada de norte a sur.

El entierro está orientado en sentido N-S, se compone de dos individuos, uno de ellos inhumado en posición decúbito dorsal extendido, cuenta con deformación craneal intencional de tipo bilobular, mientras que el segundo había sido removido y colocado en la esquina NW de la fosa; este individuo también presentó deformación craneal intencional, pero de tipo tabular oblicua. Asociado directamente al individuo en posición extendida, se identificó una ofrenda compuesta por las siguientes piezas:

- una urna o vasija efigie con elementos alusivos al Dios Cocijo
- dos figurillas antropomorfas de piedra verde jaspeada (de estilo Mezcala)
- un cajete pequeño con borde rojo
- un cajete semiesférico con base anular (Palomares, 2007:53)

El individuo 1 es una persona adulta (45-50 años) de sexo femenino. Por su parte, del individuo 2 únicamente se conservaron algunos fragmentos de costillas y vértebras, por lo que no fue posible identificar edad ni sexo.



Planta del entierro localizado al interior de la Tumba 3 (tomado de Palomares, 2007: 54).



Ofrenda asociada al entierro de la Tumba 3 (Foto Aldo Díaz) (tomado de Palomares, *idem*).

Entierro 2 (TL1/2002)

Localizado en el núcleo de la Plataforma Norte del Patio 1, al interior de la Tumba 4. Dicho recinto se configura por una fosa excavada en el tepetate natural, en cuyas paredes sur y oriente aún se conservaban alineamientos de piedra que debieron ser parte de los muros de la tumba. En su interior se registró un contexto funerario primario muy destruido y alterado, que contenía un individuo, orientado en sentido E-W, en posición decúbito dorsal extendido, que se acompañaba de una ofrenda funeraria compuesta por:

- un cajete curvodivergente del grupo pulido
- dos jarras completas y un fragmento de otra, del grupo pulido
- tres platos miniatura del grupo mate fino
- un vaso del grupo pulido
- un cuenco miniatura del grupo mate
- un objeto miniatura de cerámica
- tres urnas o vasijas efigie de estilo zapoteco



Ofrenda del entierro localizado al interior de la Tumba 4 (Foto Aldo Díaz Avelar). Se aprecian 3 vasijas efigie (urnas) y diversas vasijas de cerámica que corresponden a la fase Xolalpan Temprano (tomado de Palomares, 2007: 55).



Vista en planta de los vestigios de la Tumba 4, una vez retirado el contenido. Se aprecian los alineamientos de piedra en los perfiles oriente y poniente que indican el desplante de muros, así como las perturbaciones modernas representadas por la colocación de un poste de telefonía y la guarnición de la banquetta, que corta transversalmente el límite sur de la tumba (Fotografía de Verónica Ortega, archivo fotográfico de la ZMAT).

Tumba 5

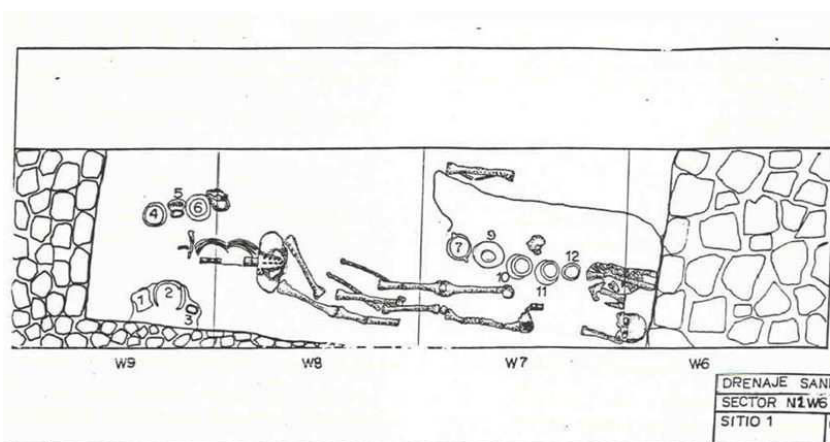
La Tumba 5 se encontró destruida en un 90%; aún así se recuperaron restos de material óseo disperso, depositado en una fosa excavada en el tepetate, orientada en sentido norte-sur, de 1.50 m de largo por 0.50 m de ancho, aproximadamente. A pesar de la destrucción se pudo observar la presencia de alineamientos de piedras (basalto y bloques de tepetate) unidas con lodo sobre los márgenes poniente y oriente de la fosa, lo que podrían ser vestigios de sus muros (véase Palomares, 2007: 56).



Vista E-W de la Plataforma Norte donde se aprecian los vestigios arrasados de la Tumba 5 (archivo fotográfico de la ZMAT).

Entierro 2 (TL1/1995)

Localizado en el núcleo de la Plataforma Poniente del Patio 1, al interior de la Tumba 2. Este recinto funerario fue manufacturado con piedras, bloques de tepetate y cantos unidos con lodo, es de forma rectangular y se encuentra orientada en sentido E-W. Mide 3 m E-W por 1.20 m N-S y en su interior se localizó un entierro colectivo de dos individuos (hombre y mujer) con edades comprendidas en un rango de 20 y 40 años, depositados en posición decúbito dorsal extendido, invertidos uno respecto del otro (el hombre presentó el cráneo hacia el poniente mientras que la mujer hacia el oriente), acompañados de una ofrenda que incluía los restos óseos de un perro (*canis familiaris*) y vasijas de cerámica correspondientes a miniaturas del grupo mate fino, cajetes anulares del grupo anaranjado delgado, un vaso trípode con soportes de almenas, un florero y un patojo rojo, con el diseño inciso de un signo trilobulado, el cual es muy común en Monte Albán desde épocas tempranas (Gamboa, 1993; Spence y Gamboa, 1999: 188 y Roldán, 2004: 157). Las vasijas fechan este evento en la fase Xolalpan temprano.

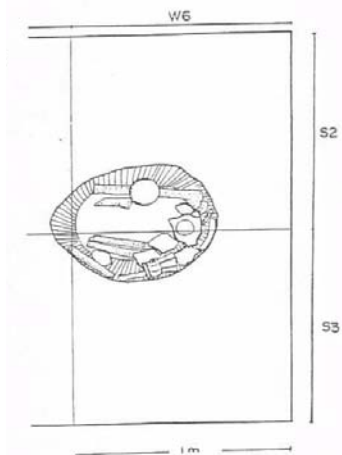


Planta del entierro localizado en la Tumba 2 e imagen del patojo con el diseño inciso de un signo trilobulado (tomado de Roldán, 2004: 154 y 157).

Otro entierro localizado en asociación al recinto, corresponde a un individuo que fue depositado en una fosa excavada en el tepetate natural, debajo de la esquina NW de la Tumba 2. Se trata de un hombre de entre 18 y 20 años de edad, colocado en posición sedente y acompañado de:

- un plato
- un brasero bicónico
- un florero de pedestal con tres asas

Por la cerámica y la relación que guarda respecto a la tumba, este entierro parece ser anterior al colectivo extendido que abarcaba el espacio interno del recinto funerario, pues se ha fechado en la fase Tlamimilolpan tardío (Spence y Gamboa, 1999: 188).



Planta del entierro depositado en una fosa excavada en el tepetate (tomado de Gamboa 1993: s/n).



Florero de pedestal con 3 asas, pieza de cerámica asociada al entierro depositado en la fosa (tomado de Roldán, 2004:154).

Al igual que en la Unidad Doméstica 1, en esta unidad se recuperaron fragmentos óseos de animales que pudieron ser consumidos en ésta, mismas que incluyeron las siguientes especies: *Odocoileus virginianus* (venado cola blanca), *Canis sp.* (cánido), *Antilocapra americana* (berrendo), *Anatidae* (patos o gansos), *Sylvilagus floridanus* (conejo castellano), *Meleagris gallopavo* (guajolote), *Trachemys scripta* (tortuga jicotea) y *Lepus californicus* (liebre). Algunos fragmentos de hueso presentaron modificaciones antropomorfas, tales como mordeduras, sometimiento a alguna fuente de calor y hasta modificación del hueso, con la finalidad de ser utilizados como herramienta que sirviera en su vida cotidiana (Gómez y Espinosa, 2012).

De acuerdo con los análisis osteológicos, los individuos registrados en la unidad doméstica presentaron un estado de salud bueno en general, sin embargo en algunos de ellos dieron muestra de la existencia de marcadores de estrés en húmeros, radios, ulnas, fémures y tibias; además hay presencia de espolón óseo, lo que supone un estrés ocupacional.



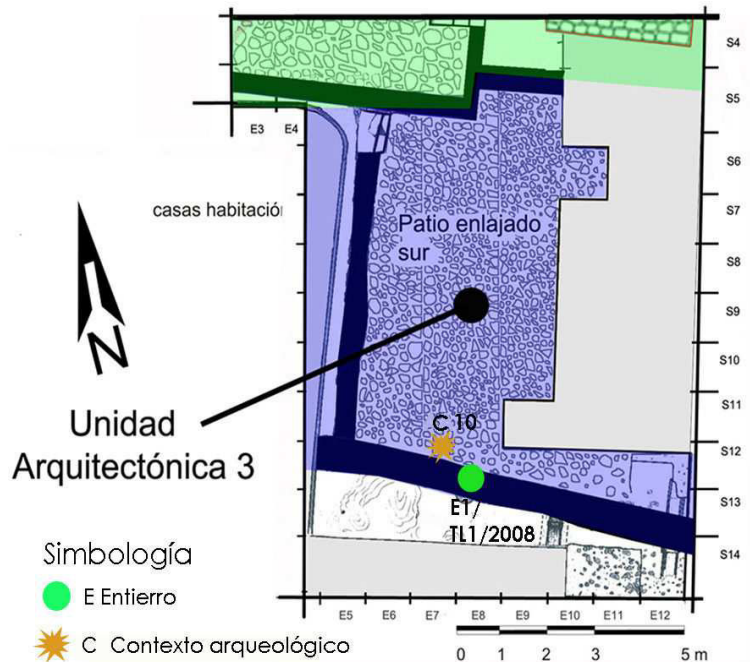
Ejemplar de espolón óseo desarrollado en uno de los individuos de la Unidad Arquitectónica 2 (tomado de Archer, 2011).

Entierros localizados en la Unidad Arquitectónica 2

Sitio	Temporada	Ubicación	No Ent.	Sexo	Edad	Posición	Tipo	Disposicion	Continente	Ofrenda	Temporalidad	Deformación
TL1	2002	N1W6.N4W2	1A	F	Adulto M	Dec. Dorsal Ext.	Primario	Directo	Tumba	Si	Tlamimilolpa temprano	Tabular oblicua
TL1	2002	N1W6.N4W2	1B	M	Adulto J	No determinable	Secundario	Directo	Tumba	Si	Tlamimilolpa temprano	Tabular oblicua
TL1	2002	N1W6.N4W6	2	M	Adulto J	Dec. Dorsal Ext.	Primario	Directo	Tumba	Si	Tlamimilolpa temprano	No determinable
TL1	2002	N1W6.N2W6	3	F	Adulto J	Dec. Dorsal Ext.	Primario	Directo	Tumba	No	No determinado	Tabular oblicua
TL1	2002	N1W6.N2W6	4	F	Adulto J	No determinable	Secundario	Directo	Tumba	No	Xolalpan tardío	No determinable
TL1	2002	N1W6.N8E6	5A	M	Adulto J	Dec. Dorsal Ext.	Primario	Directo	Fosa	Si	Tlamimilolpa tardío	No determinable
TL1	2002	N1W6.N8E6	5B	F	Adulto J	No determinable	Secundario	Directo	Fosa	Si	Tlamimilolpa tardío	Tabular oblicua
TL1	2002	N1W6.N4,5,6W6	6	I	Adulto J	No determinable	Secundario	Directo	Fosa	No	Meteppec	No determinable

Unidad Arquitectónica 3

Por su independencia respecto de la Unidad Arquitectónica 2, consideramos que el patio localizado es parte de otra unidad doméstica, que debió contar con habitaciones y estructuras circundantes, las cuales desafortunadamente fueron arrasadas por el asentamiento moderno. La Unidad Arquitectónica 3 se ubica en el límite sur del conjunto y en ella se registraron un contexto funerario y un contexto arqueológico posiblemente asociado al contexto funerario.



Contexto arqueológico 10: Se ubica en el Patio enlajado sur, directamente sobre el piso de lajas, está integrada por los siguientes artefactos:

- un vaso de forma acampanada, manufacturado en barro café (K) sin pulir (CBA, 1967: 208)
- un fondo circular de una jarra de base anular, color naranja
- una orejera de barro de color naranja oscuro



Contexto arqueológico 10 *in situ*.

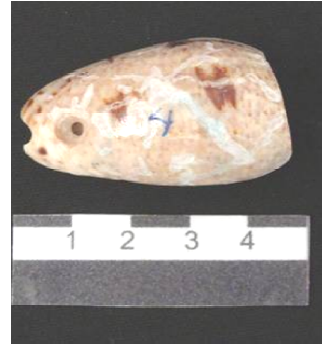


Vaso de forma acampanada, de tradición oaxaqueña.

Entierro 1 (TL1/2008)

Al oriente del área de actividad 10 se detectó una fosa excavada en el tepetate natural, orientada norte-sur y cuyo extremo sur corría debajo del muro perimetral sur del conjunto. La fosa contenía la osamenta de un individuo, adolescente (10-14 años), posiblemente masculino, colocado en posición decúbito dorsal extendido, orientado sur-norte, carente de cráneo y acompañado de los siguientes objetos:

- fragmentos de un cajete
- un cuello de olla del grupo bruñido
- un caracol marino del género *olivella*
- un pulidor manufacturado en cuarzo
- una pequeña esfera de *tecalli*
- tres platos de fondo plano, color crema
- un vaso trípode de borde evertido, del grupo pulido
- dos cajetes cilíndricos, pequeños, de pasta crema, con paredes ligeramente divergentes hacia el exterior, con reborde basal y líneas diagonales, rojas, pintadas en el cuerpo. Estas vasijas son similares a las que muestra Winter, *et al.*, 1995: 35, en el entierro 1972-17, objeto 5C.



Piezas arqueológicas asociadas al entierro de la Unidad Arquitectónica 3.



Vista completa del entierro localizado en la Unidad Arquitectónica 3. Se aprecia la ausencia de cráneo así como la ofrenda asociada.

En términos generales los datos indican que este conjunto arquitectónico estaba compuesto por diversas unidades, que pudieron albergar familias, las cuales vivían independientemente una de la otra en lo que se refiere a los espacios. Cada unidad familiar contaba con espacios abiertos propios, alrededor de los cuales se distribuían las habitaciones en las que se realizaban las actividades cotidianas. Por lo tanto, se trata de un conjunto multifamiliar que debió albergar por lo menos a 5 familias y que, por la cronología relativa —determinada principalmente por la cerámica—, fue habitado a partir de la fase Tlamimilolpan temprano, hasta la fase Metepec (200-550 d. C.), es decir, entre 5 y 6 generaciones.

Las diferentes unidades arquitectónicas son similares en cuanto a calidad constructiva y distribución de los espacios, así como a las áreas de actividad registradas y

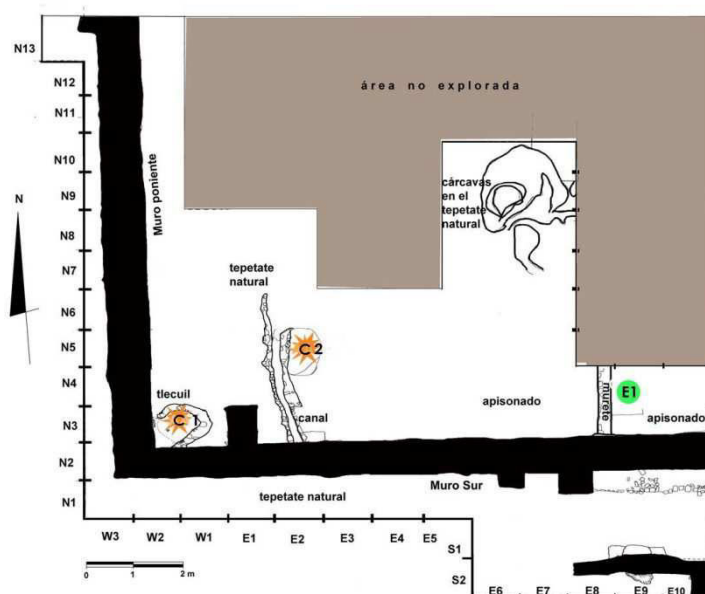
los patrones funerarios, por lo que podemos inferir que sus ocupantes compartían un patrón general de comportamiento y un acceso estandarizado a recursos tanto locales como foráneos; incluso los datos osteológicos, así como el análisis de la los restos de fauna, nos permiten saber que la alimentación dentro del grupo pudo haber sido buena y que no hubo afectación en las primeras etapas del desarrollo de estos individuos (Archer, 2010).

Sin embargo es importante resaltar que la Unidad Arquitectónica 1 cuenta con dos contextos arqueológicos (7 y 8), compuestos por una concentración de artefactos líticos relacionados con las actividades constructivas, todos ellos con escasas huellas de uso, que podrían estar indicando que el grupo ocupante de dicha unidad, mantenía cierta relación con la circulación y/o uso de dichos objetos. Si cruzamos este dato con la presencia de marcadores de estrés ocupacional asociados a la carga y a la caminata larga, podríamos inferir una posible actividad de transporte de bienes, aunque desconocemos las distancias y las esferas geográficas involucradas. Con lo anterior no estamos determinando una actividad específica para los grupos que habitaron el conjunto, sólo hacemos uso de los datos reportados a través de las excavaciones y los análisis de materiales, para establecer posibles relaciones causales.

Conjunto Arquitectónico 9:N1W6 (TL9)

Este conjunto presenta espacios poco comunes para la arquitectura doméstica teotihuacana. Todas las áreas de actividad registradas en él dan cuenta de manifestaciones que se inscriben en la esfera ideológica, pues no representan procesos productivos ni de desecho.

Es fundamental comentar que todos los espacios de este conjunto son contemporáneos y están fechados con el material cerámico entre las fases Tlamimilolpan tardío - Xolalpan tardío (300-500 d. C.).



Contexto arqueológico 1: Ubicado en la esquina SW del conjunto, al interior de la estructura, en un fogón (*tlecuil*), conformado por dos hileras de piedra bola y argamasa de arcilla, de forma circular que desplanta en el tepetate natural. Dentro del fogón se localizó ceniza y carbón mezclados con arcilla, así como fragmentos de cerámica y una serie de objetos que pudieron ser parte de una evento de clausura, como fueron:

- ocho puntas de maguey quemadas
- dos caracoles
- una concha
- un fragmento de cráneo de ave
- tres cuentas de piedra (dos de color blanco y una verde)
- cuatro figurillas antropomorfas, dos de cerámica y dos de piedra verde



Fogón al momento de ser descubierto y antes de iniciar su exploración. Al fondo se aprecia el muro perimetral sur y a la derecha el muro perimetral poniente.



Objetos que forman parte del Contexto arqueológico 1 del Conjunto Arquitectónico TL9. Todos los objetos son de procedencia foránea; las figurillas de piedra verde del tipo “Mezcala” proceden del sur de México, al igual que las cuentas de piedra; por su parte los caracoles son originarios de costas del Pacífico y el fragmento de figurilla antropomorfa de cerámica corresponde al tipo “Choker” de la región del Occidente de México (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

Contexto arqueológico 2: Esta concentración de artefactos fue localizada en el extremo norte del canal de drenaje a cielo abierto, depositada sobre el apisonado de tierra compacta que cubría el patio. Los objetos que la componen son:

- un bifacial de obsidiana (cuchillo)
- un tejo de cerámica
- un plato miniatura



Objetos recuperados en el área de actividad 2.

Entierro 1

En la sección suroriente del área explorada, entre el apisonado y el tepetate natural, se localizaron dos cráneos humanos. Ambos miraban hacia el sur y no contaban con materiales asociados ni fosa funeraria o cualquier otro elemento que hiciese referencia al motivo de su deposición en este espacio.

El individuo 1 es de sexo masculino, de 25 a 30 años de edad. El cráneo presenta una ligera deformación craneal de tipo tabular erecta; posiblemente el individuo fue decapitado *postmortem* pues no se observaron marcas de corte en las áreas de inserción muscular. Tiene patologías dentales como la presencia de cálculos dentales en maxilar y mandíbula; además muestra entesopatías como el desarrollo de osteofitos en la protuberancia occipital externa y rebordes óseos en mastoides, así como desarrollo del área del músculo masetero en mandíbula. Las vértebras cervicales c3 y c4 presentan aplastamiento de cuerpos vertebrales y rebordes óseos, probablemente por actividad.

Por su parte el cráneo 2 corresponde a un individuo femenino, de entre 20 y 25 años de edad; presenta una ligera deformación de tipo tabular oblicua y entre las entesopatías registradas se observa el desarrollo de rebordes óseos en el occipital y desarrollo de osteofitos en mastoides (Archer, 2010).



Entierro 1 del Conjunto arquitectónico TL9.



Cráneo 1, norma lateral derecha.



Cráneo 2. Rebordes óseos en el occipital.

Sitio	Temporada	Ubicación	No Ent.	Sexo	Edad	Posicion	Tipo	Disposicion	Continente
TL9	2008	N1W6.N7E10	1A	M	Adulto M	No determinable	Secundario	Directo	No observable
TL9	2008	N1W6.N7E10	1B	F	Adulto J	No determinable	Secundario	Directo	No observable

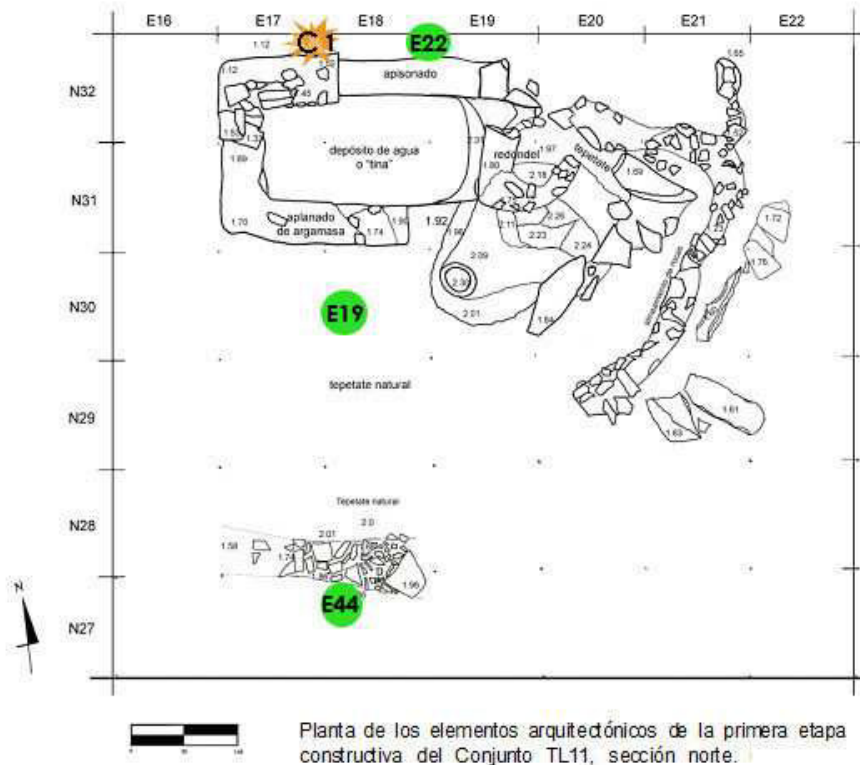
La singularidad de este conjunto, además de su arquitectura, fue la presencia en mayor proporción de materiales foráneos provenientes de regiones como el Occidente de México (fragmentos de figurillas) y Guerrero-Morelos (figurillas tipo Mezcala), siendo realmente escasa la proporción de materiales cerámicos oaxaqueños.

Por otro lado, las entesopatías documentadas indican que los individuos inhumados debieron realizar trabajos pesados, pues las protuberancias óseas revelan actividades relacionadas con la carga de cosas con la cabeza (Archer, 2010, 2012).

Conjunto Arquitectónico 11:N1W6 (TL11)

Primera etapa constructiva

Como ya se ha mencionado en la descripción arquitectónica de esta etapa, la mayoría de los contextos están asociados a la canalización, abastecimiento y almacenamiento de agua, así como a la inhumación de individuos. El fechamiento relativo para estos contextos corresponde a la fase Miccaotli-Tlamimilolpan temprano (150-250 d. C.).



Contexto arqueológico 1: Asociado directamente al depósito de agua o "tina", se localizó justo en el borde norte de la misma. Este contexto se compone de los siguientes elementos:

- un caracol *strombus gigas*
- una cuenta de piedra verde
- un cajete zoomorfo hecho con pasta C6 (CBA, 1967: 218 y 46)

A pesar de su cercanía con el entierro 22, el evento que conformó el área de actividad 1 se manifiesta como una acción independiente, al vincularse en mayor medida con la tina, por lo que inferimos que los objetos fueron depositados como parte de un evento de clausura de esta etapa constructiva.



Objetos que forman parte del contexto arqueológico 1.

Entierro 19

Ubicado al sur del contenedor de agua, se trata de un entierro primario. Sólo fueron localizadas las extremidades inferiores en posición anatómica y cruzadas, se infiere que la posible posición que tuvo el entierro fue sedente con las piernas flexionadas hacia su costado izquierdo. Corresponde a un individuo femenino, con una edad al morir de entre 35-40 años (Archer, 2012).



Imágenes del Entierro 19, al sur del depósito de agua o "tina" (tomados de Ortega, 2009 y Archer, 2012).

Entierro 22

El entierro ubicado al norte del depósito de agua, corresponde a un individuo adulto, posiblemente femenino, de entre 25-30 años de edad, colocado en posición decúbito dorsal extendido. Es un entierro primario parcial, debido a que la extremidad inferior derecha fue extraída para colocar el aplanado que cubre el depósito de agua en este extremo.



Vista norte-sur del entierro 22, localizado al norte del depósito o "tina".

Entierro 44

En el nivel superior de un enlajado se localizó un entierro secundario, correspondiente al esqueleto de un infante de entre 4 y 6 años, depositado sobre una capa de arcilla, en posición decúbito lateral izquierdo (*ibídem*).

Los restos óseos se encontraron en muy mal estado de conservación; un rasgo interesante fue que del cráneo solo se encontró la parte facial, apuntando hacia el cenit, mientras que del resto de la bóveda craneal no se localizó ningún indicio.



Vista N-S, se observa el enlajado y la ubicación del entierro 44 con respecto a éste.

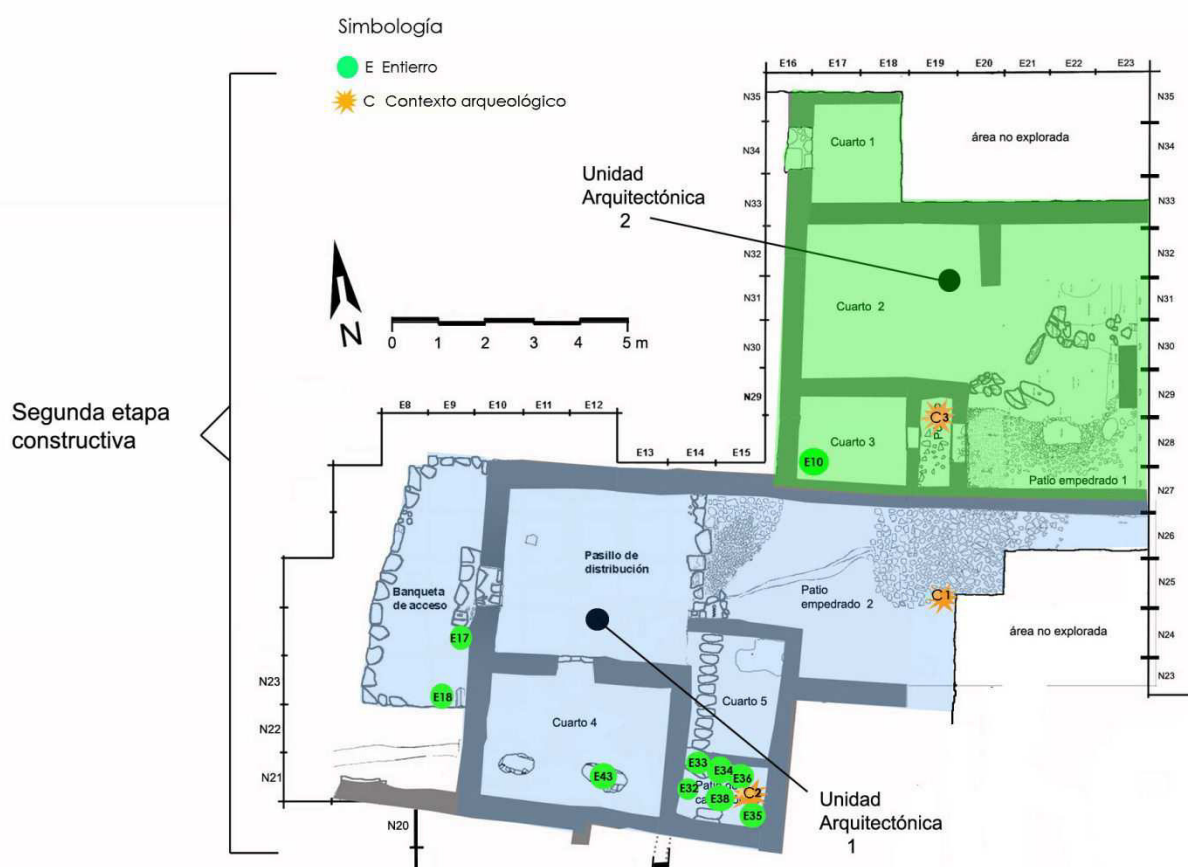


Detalle del cráneo.

Segunda Etapa Constructiva

Los análisis de materiales indican que esta etapa corresponde cronológicamente a las fases Tlamimilolpan temprano y Tlamimilolpan tardío (200-350 d. C. de acuerdo con la cronología de Evelyn Rattray, 1999, 2001), (Andrade y Rodríguez, en Ortega, 2009).

Se trata de un conjunto de uso habitacional, del que se recuperaron datos de dos unidades arquitectónicas, las cuales pudieron ser utilizadas por grupos familiares que presentaron contextos arqueológicos principalmente de tipo funerario, como se desglosa a continuación:



Contexto arqueológico 1: Ubicado en la sección central del Patio Empedrado 2, se trata de fragmentos de dos huesos largos (fémures), humanos, depositados sobre el empedrado. Dichos huesos presentaron huellas de corte y marcas de cocción.



Vista en planta de los fragmentos de hueso localizados sobre el patio empedrado.

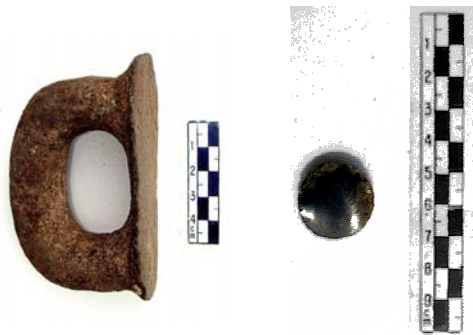
Contexto arqueológico 2: Al interior del Patio de Captación se localizó una alta concentración de objetos, distribuidos de manera aleatoria y sin un orden aparente. Se contabilizaron los siguientes artefactos:

- catorce pulidores
- dos fragmentos de mano de metate
- tres manos de mortero
- dos esferas de basalto
- una incrustación circular de obsidiana verde

Es probable que estos objetos hayan sido depositados como parte de las exequias a los entierros infantiles descubiertos con posterioridad en este espacio, como se describirá más adelante.



Vista en planta del patio de captación. Se observan los objetos de lítica que formaron parte del contexto arqueológico 2.



Algunos de los objetos localizados en el contexto arqueológico 2.

Izquierda: Pulidor de basalto.

Derecha: Incrustación circular de obsidiana.

Contexto arqueológico 3: Localizado en el pórtico del Cuarto 3, es muy probable que este contexto haya sido depositado una vez que fue tapiada la entrada a la habitación, lo que causó que el pórtico se transformara en un espacio cerrado, utilizado posiblemente como cocina. En el extremo norte del pórtico se registraron los siguientes artefactos:

- un fragmento de metate
- fragmentos de una olla
- una laja colocada en el piso

Posteriormente el pórtico también fue tapiado con adobes y piedras amarradas con lodo, dejando completamente sellado el espacio.

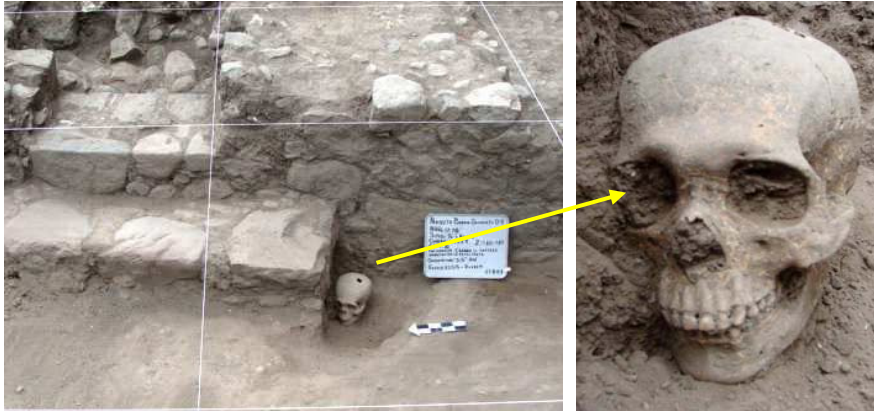


Contexto arqueológico 3. Concentración de materiales localizada en el pórtico una vez que fue tapiada la entrada al cuarto 3.

Entierro 17

Como hemos descrito en el apartado correspondiente, la entrada a la unidad se realizaba a través de una puerta a la que se llegaba desde la banqueta por medio de un escalón. En el costado sur del escalón, en el firme del apisonado de la banqueta, fue localizado el cráneo de un individuo adulto joven (25-30 años), de sexo masculino,

orientado hacia el Oeste. El cráneo presenta deformación intencional de tipo anular con variante bilobular, la cual no fue bien lograda ya que está ligeramente desviada hacia el parietal izquierdo. Se localizó solo el cráneo, mandíbula, cuatro vértebras cervicales en posición anatómica e hioides.



Entierro 17, localizado en el costado sur del escalón de entrada a la unidad arquitectónica 1. Vista general y detalle.

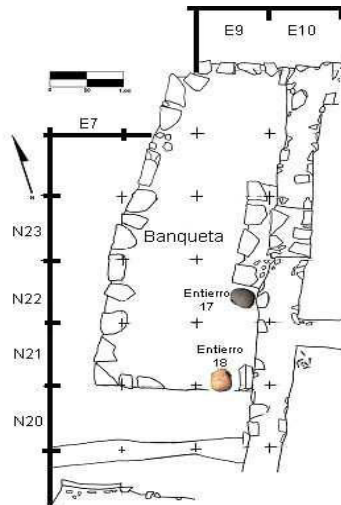
Entierro 18

En el extremo sur de la banqueta fueron sustraídas dos rocas, con el objetivo de depositar el cráneo de un individuo adulto joven (25-30 años), de sexo masculino, orientado hacia el norte, con una posible deformación de tipo tabular erecta. El cráneo se encontró con axis y atlas en posición anatómica.



Vista W-E del entierro 18, en el límite sur de la banqueta.

Vista frontal del entierro del cráneo, se observa a detalle que la matriz en la que está depositado es el tepetate natural.



Planta de los entierros asociados a la banqueta y el acceso a la unidad arquitectónica 1.

Entierro 43

Se localizaron dos fosas excavadas en el piso del Cuarto 4, las cuales originalmente buscaron llegar hasta el canal de desagüe que corría por debajo de la habitación, para abrirlo y colocar una serie de huesos largos en su interior, posteriormente ambas fueron tapadas y selladas con seis capas de arcilla y rocas.

Los huesos al interior del drenaje corresponden a un entierro secundario y pertenecen a 2 individuos, de los cuales únicamente fueron depositados un fragmento de ulna izquierda, ulna derecha incompleta, un fragmento de fémur derecho con huellas de exposición térmica, 2 fragmentos de tibias izquierdas, una derecha y siete dientes humanos. Al parecer las tibias izquierda y derecha corresponden a un solo individuo, el cual es posiblemente masculino (Archer, 2010).



Vista en planta de las fosas y el canal de desagüe en el que fueron colocados diversos segmentos de hueso largo, debajo del cuarto 4.

Patio de Captación. Entierros 32, 33, 34, 35, 36, 38 y 39

El pequeño patio al que hacemos referencia fue construido *ex profeso* para la captación de aguas pluviales, sin embargo, en un momento dado, su entrada hacia el sector norte de la unidad arquitectónica fue tapiada y el espacio se destinó a la deposición de seis entierros de infantes y uno de animal, los cuales se describen a continuación:

Entierro 32

Se trata de un entierro primario directo, de un infante del sexo masculino, de entre 5 y 6 años, que fue colocado en el punto de intersección de los canales norte-sur y este-oeste. Se localizó en posición decúbito lateral derecho flexionado, la cabeza fue recargada sobre una roca y no presentó materiales asociados directamente al cuerpo.



Detalle del esqueleto de infante, se aprecia el cráneo asociado a una roca.

Entierro 33

El esqueleto se halló en malas condiciones de conservación, debido a la alta humedad del terreno, por lo que no se pudo definir la posición del cuerpo *in situ*. Corresponde a un individuo perinato, depositado en una matriz de arcilla, debajo de una vasija de cerámica.



Vista en planta del entierro 33. Es un individuo perinato, asociado directamente al canal de drenaje.

Entierro 34

Se trata de un entierro primario, que pertenece a un individuo infante de aproximadamente 1 año de edad, enterrado en una fosa excavada en el apisonado de tepetate, el mismo con el que está conformado el canal de desagüe. El cuerpo fue colocado en posición decúbito lateral derecho flexionado, no presentó materiales asociados.

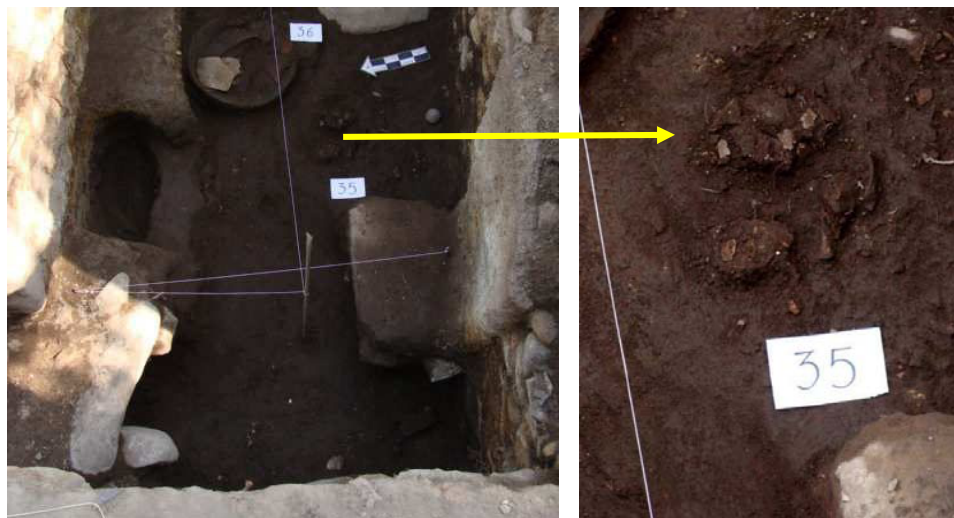


Vista sur-norte del Entierro 34, localizado en una fosa excavada en el apisonado de tepetate.

Detalle del esqueleto.

Entierro 35

Este entierro, de tipo primario, fue depositado en una matriz de arcilla en el lecho del canal, en el extremo oriente del Patio de Captación. Los restos óseos presentaron mal estado de conservación, impidiendo esclarecer la edad, sexo o posición en la que se encontraba el cuerpo, sin embargo por el tamaño y desarrollo óseo se pudo determinar que correspondía a un infante.



Vista en planta del cuarto entierro. Se aprecia su ubicación espacial.

Detalle del entierro 35.

Entierro 36

Corresponde a un entierro primario, de un perinato depositado en el interior de un cajete curvo-divergente y cubierto con un tapaplato del grupo mate, ambos elementos cerámicos fueron colocados sobre una capa de arcilla en el lecho del canal.



Vista en planta del entierro 36. Se trata de un perinato depositado en un cajete curvo-divergente.

Entierro 38

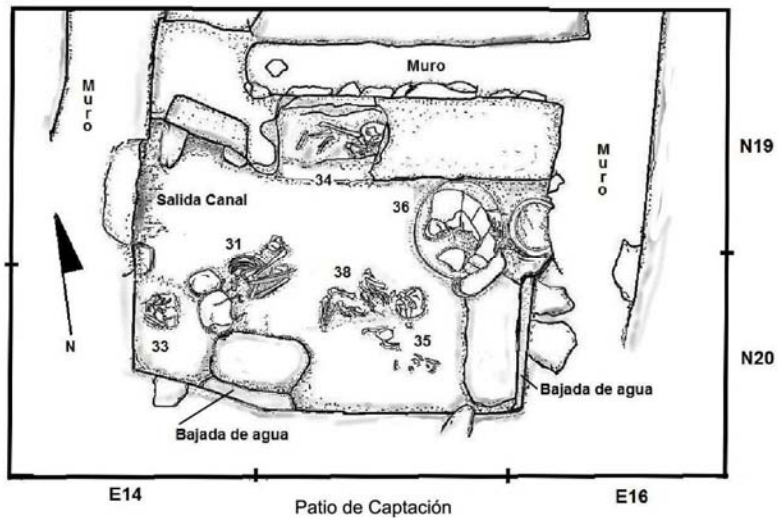
Se trata de un entierro primario, de un infante depositado en posición decúbito lateral izquierdo flexionado. Fue colocado en una matriz de arcilla en el lecho del canal de desagüe y debajo del Entierro 37. Se trata de un infante de aproximadamente cuatro años de edad que no presentó materiales arqueológicos directamente asociados.



Vista en planta del Entierro 38.

Entierro 39

Corresponde a un entierro primario, colocado sobre una matriz de arcilla, en el interior del canal y entre las dos bajadas de agua que se localizan en el interior del Patio de Captación. Los restos óseos pertenecen a un animal, sin embargo debido al mal estado de conservación de los mismos, fue imposible definir la posición y especie del vertebrado.



Vista en planta de los esqueletos pertenecientes a los individuos que fueron depositados en el patio de captación (Dibujos de Archer, 2012: 198).

Entierro 10

En la esquina suroeste del Cuarto 3 se localizó un entierro primario/secundario, indirecto, múltiple, compuesto de al menos 3 individuos, de los cuales el esqueleto más completo (60% del cuerpo) corresponde a un individuo del sexo masculino, de entre 30 y 35 años de edad, colocado en posición sedente, con el cráneo orientado hacia el sur. A pesar de que el cráneo se encontró incompleto se apreció una deformación craneal intencional de tipo tabular. Debajo de este esqueleto se recuperaron huesos de otros 2 individuos, como son una mano derecha completa, así como huesos largos de las extremidades

inferiores; lo anterior nos permite deducir que un primer entierro fue alterado para colocar al individuo sedente.

El contexto funerario carece de fosa, ya que los elementos óseos se localizaron sobre el piso de la habitación; por la posición del individuo es posible que haya sido depositado como bulto mortuario en una habitación que fue clausurada después del evento. Este entierro sobresale de entre los demás, por los materiales asociados al cuerpo del individuo sedente, los cuales incluyen una mandíbula de cánido, un fémur humano trabajado con incisiones perpendiculares, a manera de los instrumentos conocidos como *omechicahuaztli*² y una vasija efígie, con la representación del Dios zapoteca 5F (Caso y Bernal, 1952: 187-198). Dicha vasija se recuperó en la parte medial de la pierna derecha del individuo sedente, además de un fragmento de lasca de obsidiana y un fragmento de pedernal, mientras que el fémur con incisiones se encontró de forma vertical en el costado poniente del cráneo.

De acuerdo con Caso y Bernal (*ídem*), las vasijas efígie con la representación del dios 5-F son más frecuentes en la época de transición II-IIIa en la cerámica de Monte Albán que en otras etapas. Hasta el momento esta es la primera vez que se registra al Dios 5-F en Teotihuacán.



Ubicación del Entierro 10 en la esquina suroeste del cuarto 3.



Detalle. Se aprecia la posición de la vasija efígie y el instrumento de hueso junto al cráneo.

² Es un instrumento musical, cuyo sonido es parecido a un güiro actual. En el México prehispánico, en la ciudad de Teotihuacán, eran hechos de escápula de venado y en astas de este mismo organismo. Pero también es fabricado en huesos largos (tibias o fémures) humanos, de cánidos y felinos. En el posclásico eran hechos en hueso humano, en fémures regularmente. En la superficie del hueso largo o asta se tallaban varias incisiones transversales en el eje axial del mismo; el cual era frotado con otro hueso o madera, o valva de concha y éste provocaba el sonido antes mencionado (Gilberto Pérez Roldán en <http://huesotrabajado.wordpress.com/2010>)



Vasija efigie con la representación del Dios 5-F. Su manufactura es en cerámica color café claro y fue pintada con pigmento rojo, únicamente en el frente (Foto de Aldo Díaz Avelar).



Perfil derecho y vista trasera de la vasija efigie (Foto de Aldo Díaz).



Instrumento de hueso asociado al cráneo del individuo (Foto del Aldo Díaz Avelar).

En síntesis, en esta etapa constructiva observamos una serie de eventos funerarios asociados al agua, como son los entierros de niños, colocados en el Patio de Captación de aguas pluviales y los huesos largos depositados en los ductos de drenaje, lo que marca una continuidad respecto de la etapa previa, en la que la mayor parte de los eventos funerarios también están relacionados con la "tina" o depósito y sus sistema de abastecimiento de agua pluvial.

Por otro lado, la presencia de la vasija efigie con la representación del Dios 5-F, permite ampliar el panteón de deidades foráneas, específicamente de la región zapoteca, en Teotihuacán.

Tercera Etapa constructiva

Como se mencionó en el apartado correspondiente a la descripción arquitectónica, todas las unidades que componen el conjunto en la tercera etapa se comunican entre sí, formando un solo complejo de plazas, patios y habitaciones que permiten una circulación fluida entre áreas abiertas y cerradas. Los acabados arquitectónicos tienen mayor calidad pues todos los espacios cuentan con pisos de argamasa de gravilla con enlucido de estuco, incluso en algunos recintos se apreciaron vestigios de pintura roja en muros y bordes de pisos, dándole un aspecto más elaborado a la arquitectura. Los muros están hechos con piedras de tezontle y basalto careados, algunos pisos son de lajas acomodadas en mosaicos, hay altares tipo maqueta en los centros de las plazas y recintos muy espaciosos que permiten inferir el desarrollo de actividades públicas o colectivas.

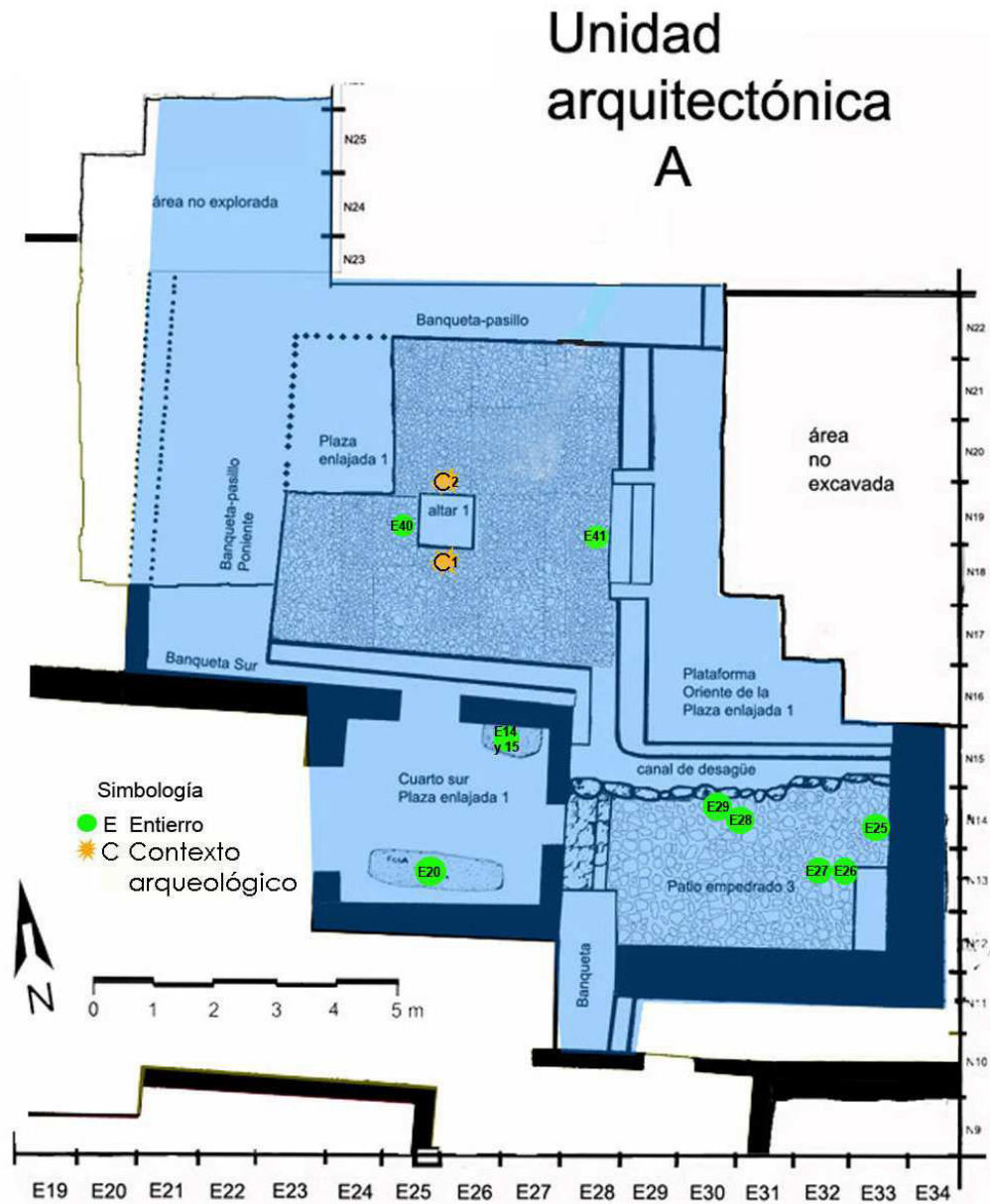
Lo anterior constituye una diferencia importante entre las etapas 2 y 3, pues en la segunda etapa la arquitectura hace mayor referencia a las actividades domésticas, ya que encontramos habitaciones de reducidas dimensiones, asociadas a patios empedrados de burda manufactura, mientras que en la etapa posterior la mayoría de los espacios se distribuyen en torno a plazas con altares centrales, refiriéndose en mayor medida a las actividades relacionadas con el culto. Por la cerámica recuperada podemos fechar esta tercera etapa constructiva en las fases Xolalpan Temprano (350-450 d. C.) y Xolalpan Tardío (450-550 d. C.).

Los contextos arqueológicos registrados hacen alusión en su mayoría a la esfera ideológica, al componerse de objetos enterrados en espacios públicos. Por su parte los entierros individuales se presentaron en tumbas y fosas, mientras que hay entierros colectivos asociados a patios y canales de drenaje de aguas pluviales.

La descripción de los contextos arqueológicos se llevará a cabo por unidad arquitectónica.

Unidad Arquitectónica A

Se distribuye en torno a la Plaza Enlajada 1, la cual limita al sur con una habitación y al poniente se localiza el basamento principal de la unidad, una plataforma de 2 cuerpos que seguramente alojó un recinto en su parte superior³.



³ La distribución de los espacios es muy similar a la de la Plaza Enlajada 1 del conjunto 1:N1W6 (TL1), ya que ambas comparten la banqueta al norte y poniente, mientras que el basamento principal se encuentra en el oriente, con su fachada hacia el poniente.

Contexto arqueológico 1: Al explorar el límite sur del altar central de la Plaza Enlajada 1, se observó un patrón lineal en las lajas del piso, por lo que se procedió a levantarlas, hallando un conjunto de vasijas de cerámica que incluyen:

- cuatro cajetes curvodivergentes de diversos tamaños
- dos tapaplatos
- un cajete rectodivergente
- un sahumador de coladera, del tipo C7 (CBA, 1967: 358).⁴



Vista de sur a norte del contexto arqueológico 1.



Vasijas recuperadas en el contexto arqueológico 1.

Contexto arqueológico 2: Al explorar el flanco norte del altar se registró otra concentración de vasijas de cerámica, depositadas en una pequeña fosa debajo del piso enlajado de la plaza, que consta de:

- un cajete de paredes curvodivergentes
- un tapaplatos

⁴ La disposición de las vasijas es muy similar a la reportada por Michael Spence en el sitio 6:N1W6 (Spence 2002: 59 y 2005:186), en donde localizó cajetes contrapuestos unos con otros, es decir el cajete inferior es cubierto con otro que funciona a manera de tapa. De acuerdo con estudios etnográficos reportados por Elsie Clews Parsons en comunidades zapotecas, existe la costumbre de colocar los residuos del parto (cordón umbilical y placenta) en vasijas que son enterradas en los patios familiares, por lo que Spence establece una analogía entre dicha costumbre y la actividad a la que pueden estar haciendo referencia este tipo de ofrendas de vasijas. Hasta el momento no existe ninguna evidencia material que permita establecer alguna alternativa a esta propuesta.



Vista de norte a sur, lado norte del altar, contexto arqueológico 2.



Piezas de cerámica que conforman el contexto arqueológico 2.

Entierro 40

Localizado en el flanco poniente del altar, en una fosa de silueta rectangular, orientada en sentido E-W y excavada debajo del piso de la plaza. Se trata de un entierro secundario que incluía unidades óseas sin asociación anatómica, de un individuo adulto joven (20-25 años), de sexo masculino. Se encontró en mal estado de conservación; los restos óseos muestran marcas de entesopatías, como es la ulna izquierda, que tiene rebordes óseos por inserción muscular muy marcada, en epífisis proximal en el área del proceso coronoideo; además en la tibia izquierda presenta marcada inserción muscular en la línea del músculo soleo (Archer, 2012).



Vista de poniente a oriente del entierro 40, en el flanco poniente del altar central.

Entierro 41

Localizado al pie de la escalinata del basamento principal, se registró bajo una silueta rectangular formada por el alineamiento de las lajas del piso, que al ser explorada dejó al descubierto un depósito funerario que fue reutilizado por lo menos una vez, ya que se localizaron los restos óseos de 2 individuos. El mejor conservado de ellos corresponde a un adulto, orientado de E-W, en posición decúbito dorsal extendido, al que se asociaron 8 vasijas teotihuacanas:

- tres jarras trípodes miniatura, de cuerpo hemisférico, cuello largo y borde evertido del grupo pulido
- cinco cajetes miniatura del grupo anaranjado delgado, colocados a los lados y sobre los restos óseos (Ortega, 2009).



Vista W-E del entierro 41 localizado al pie de la escalinata del basamento oriente Plaza enlajada 1.



Vasijas asociadas al individuo 1.

El esqueleto pertenece a un individuo adulto (30-35 años), de sexo masculino, cuyo estado de conservación fue regular. Su cráneo presenta deformación de tipo tabular erecta y en la columna vertebral se apreció un ligero aplastamiento de los cuerpos vertebrales de las lumbares, así como un desarrollo inicial de osteoartritis.



Norma lateral izquierda.



Norma anterior.



Radio izquierdo con marcas de corte (tomado de Archer, 2010).

Entre el material asociado se localizaron las epífisis distales de dos radios, izquierdo y derecho, al parecer del mismo individuo. El radio izquierdo presenta marcas de corte, posiblemente se trate de marcas del proceso de manufactura de alguna herramienta.

Por su parte el individuo 2 es un adulto masculino (35-40 años), del cual sólo se encontraron las vértebras L3, L4 y L5, la cadera (iliaco y sacro) y los miembros inferiores. Por el estado del material fue difícil observar patologías, solo se observó desarrollo de rebordes óseos en vértebras por posible osteoartritis y entesopatías en la línea áspera de los fémures (Archer, 2010 y 2012: 138-139).

Los contextos localizados en la plaza enlajada, resultan ser las evidencias de las actividades de tipo ritual que se llevaron a cabo en este espacio abierto, mientras que los individuos inhumados tuvieron un tratamiento mortuario que incluyó la excavación de

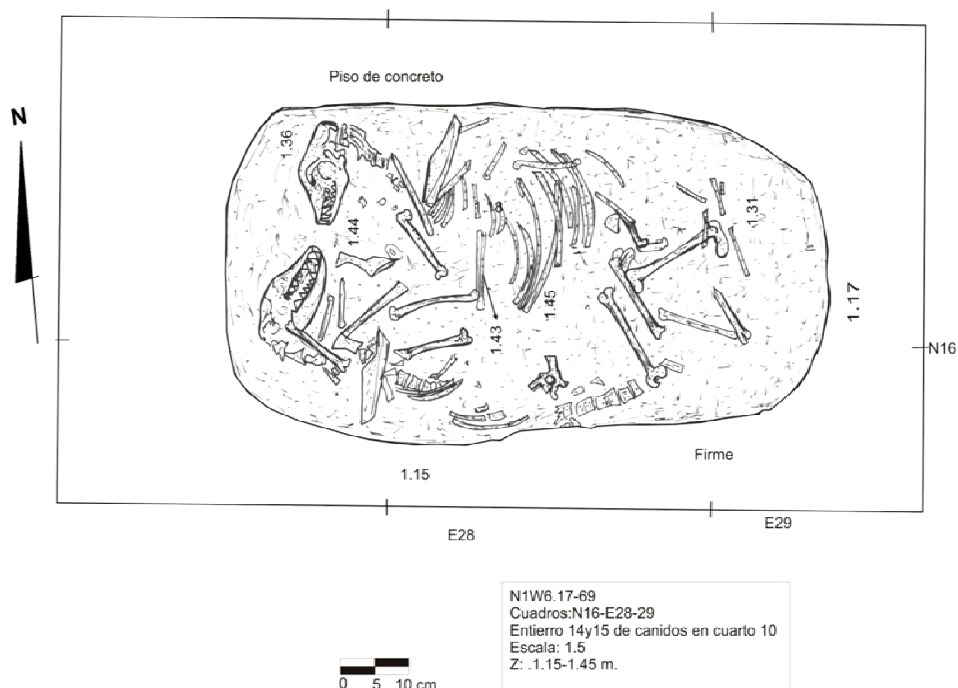
fosas rectangulares que pudiesen contener los cuerpos en posición extendida, una característica recurrente en este sector de la ciudad.

Entierros 14 y 15

Localizado en una fosa excavada en la esquina noreste del Cuarto Sur, se trata de los esqueletos de dos cánidos (*canis sp.*), colocados en posición decúbito lateral derecho e izquierdo respectivamente, por lo que los animales se veían de frente. No se localizó ningún objeto asociado, sin embargo los análisis de los restos óseos indican que se trata de un macho y una hembra.

En particular este entierro es muy semejante a otro descubierto en 1994, en el "Proyecto de Túneles y Cuevas en Teotihuacán" dirigido por Linda Manzanilla, aunque aquél fue fechado hacia el Posclásico temprano (Gómez y Espinoza, 2012).

Los especímenes del entierro 14-15 son una hembra de 2 años de edad y un macho de entre 8 y 9 años. La hembra tenía una alzada de 493 mm, 732.4 mm de longitud y un peso aproximado de 10 kilos; mientras que el macho tenía unos 479.7 mm de alzada, 788 mm de longitud y un peso que rondaba los 15 kg (*ídem*).



Dibujo en planta de los entierros 14 y 15, correspondientes a dos cánidos (tomado de Ortega, 2009: 134).



Vista en planta de los cánidos.



Reconstrucción hipotética del entierro (tomado de Archer, 2012: 186).

Entierro 20

Localizado en una fosa junto al muro sur del Cuarto Sur, orientada en sentido E-W, se trata de un entierro primario, de un individuo posiblemente femenino, adulto (45-50 años), colocado en posición decúbito dorsal extendido, orientado de poniente a oriente. Los fémures presentan restos de pigmento rojo en epífisis distales y en el material asociado se localizó un incisivo central superior con mutilación dental intencional tipo B2. El individuo fue acompañado con una agrupación de objetos:

- tres vasos con la efigie de Tláloc unidos por puentes, tanto en los bordes como en las bases
- una miniatura de cuerpo globular con decoración acanalada
- huesecillos de animal
- una pieza de piedra metamórfica, de forma cuadrada, con desgaste en dos de sus bordes, que probablemente corresponda a una herramienta de trabajo.



Entierro 20, localizado en el límite sur del cuarto sur de la plaza enlajada 1.



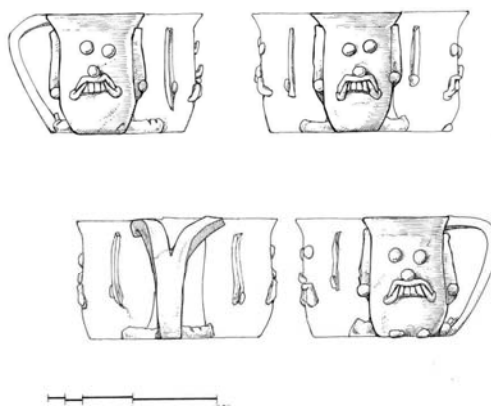
Restos de pigmento rojo en huesos.



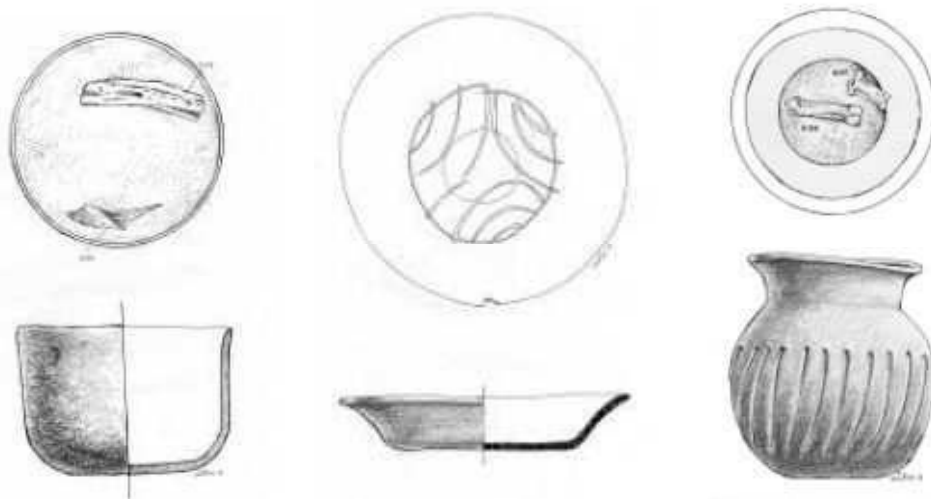
Incisivo central con mutilación dental.



Piezas asociadas al entierro 20.



Vasijas "Tlálloc" asociadas al entierro 20.



Piezas de cerámica asociadas al entierro 20.

Entierro 25

Al pie de la banqueta sureste, se registró el entierro de un cráneo humano perteneciente a un individuo adulto, orientado hacia el poniente, al que se le asociaron de manera directa, en su costado sur:

- tres fragmentos de vasija efigie (urna), correspondientes a las piernas de un personaje, un tocado de pantalla y una orejera
- un tejo de cerámica
- un fragmento de vasija zoomorfa del grupo granular
- un fragmento de figurilla antropomorfa
- un fragmento de vaso pulido con la efigie del Dios Gordo
- un cuchillo de obsidiana
- cinco navajillas prismáticas de obsidiana
- una mitad de metate colocada en posición invertida fuera de la fosa.

El cráneo perteneció a un individuo de sexo masculino, adulto joven (25-30 años) que presenta deformación craneal intencional de tipo tabular erecta. Las partes conservadas fueron un cráneo, mandíbula y un astrágalo. Entre las entesopatías detectadas se observó hiperostosis porótica en el área posterior de los parietales, así como reabsorción alveolar y sarro dental en maxilar y mandíbula (Archer, 2010).



Vista W-E del entierro 25, localizado al poniente de la banqueta sureste del patio empedrado 3.



Artefactos asociados al cráneo.



Fragmentos de vasija efigie (urna) antropomorfa.

Entierros 26 A, B y C

Algunas de las piedras del Patio Empedrado 3 estaban fuera de su sitio, por lo que fue posible detectar una serie de esqueletos colocados justo debajo de él, en fosas excavadas en el tepetate natural. En primera instancia se registró un entierro primario múltiple, de 3 niños colocados en posición decúbito dorsal extendido, con orientación de oriente-poniente, en mal estado de conservación; ninguno estaba acompañado de objetos asociados.

El individuo A tenía alrededor de 12 meses de edad, se encontró en regular estado de conservación; se identificó deformación craneal intencional de tipo bilobular. El individuo B es un infante de entre 3 y 4 años de edad, posiblemente masculino; presenta deformación craneal intencional de tipo tabular erecta. Finalmente el individuo C es un infante de 12 meses aproximadamente, del cual sólo se localizaron 2 fragmentos de costilla, un fragmento de frontal, un fragmento de temporal izquierdo y 2 molares (Archer, 2010). No se localizó ningún tipo de afección visible en ninguno de los individuos.



Norma superior del cráneo del individuo A.



Norma lateral del cráneo del individuo B.

Entierro 27

Al interior de una fosa excavada en el tepetate natural, a unos centímetros al poniente del entierro 26, se localizaron los restos del cráneo de un infante de aproximadamente 1 año de edad y un esqueleto completo de un individuo infantil, de aproximadamente 5 años de edad.

Entierro 28

Al norte del entierro 27 se localizó el esqueleto de un infante de entre 2 y 3 años de edad, posiblemente del sexo masculino, colocado en posición decúbito dorsal extendido, sin ofrenda asociada. Presenta deformación craneal intencional de tipo tabular oblicua y en los incisivos centrales superiores muestra lo que pudiera ser mutilación dental intencional de tipo B6. No hay presencia de afecciones en esqueleto post craneal. (Archer, 2010).



Uno de los individuos del entierro 27.



Norma anterior.



Posible mutilación en incisivos.

Entierro 29

En una fosa orientada en sentido norte-sur en el Patio Empedrado 3, se localizó un esqueleto, correspondiente a un entierro primario, directo, de un individuo infantil de aproximadamente 1 año de edad, de sexo indeterminado. El cuerpo fue depositado en

posición decúbito dorsal extendido, orientado de sur a norte; se halló en mal estado de conservación e incompleto.



Vista de poniente a oriente. Entierro 29.

Como hemos podido observar, la Unidad Arquitectónica A presenta una serie de áreas de actividad asociadas a los procesos de inhumación de individuos de todas las edades y de ambos géneros, de entre los que sobresalen los infantes enterrados en el Patio Empedrado 3, pues el contexto en que se encuentran está íntimamente relacionado con el agua, ya que por este espacio drenaban las aguas pluviales que fluían desde la Plaza Enlajada 1 a través de un canal de desagüe a cielo abierto, así como las que escurrían desde los techos de las habitaciones circundantes.

Dicho evento comparte elementos formales, espaciales y de selección de edad con el que fue registrado en el Patio de Captación de la segunda etapa constructiva, conformando un patrón de comportamiento respecto de las variables involucradas en las inhumaciones de infantes.

Relacionado con lo anterior consideré fundamental buscar analogías o datos similares en las áreas habitacionales y residenciales exploradas en Oaxaca, principalmente en Monte Albán, encontrando que estos casos y los de esa ciudad comparten características semejantes, como la presencia de entierros de niños, tanto individuales como colectivos, depositados debajo de los pisos enlajados de patios y plazas (Entierros 1993-51, 1993-52, 1993-58, 1994-63, 1994-64, así como los reportados en 1991 en dos casas de la época MA IIIA) (Winter, *et al.*, 1995: 124, 187, 202, 213 y 162)), e incluso asociados a los desagües, como es el caso del entierro 1993-18 (*ídem*: 113). Los entierros reportados por Winter y su equipo en 1995 se ubican entre las fases MA II temprano y MA IIIB-IV,

abarcando un amplio rango cronológico que engloba a la época clásica en ambas regiones geográficas, lo que probablemente nos hable de una larga tradición conceptual respecto de los entierros de infantes y los espacios por donde corría el agua, dentro de los conjuntos habitacionales.

Por otro lado, las posiciones en que fueron depositados los cuerpos de los infantes también comparten varios rasgos, pues en ambos casos se documentan por lo menos tres: decúbito dorsal extendido, decúbito ventral extendido y, en menor medida, decúbito dorsal con las piernas flexionadas. Otro elemento común es la ausencia de objetos directamente asociados a los cuerpos de los infantes a manera de ofrenda ya que, cuando los hay, éstos más bien son recipientes de individuos perinatos. De la misma manera la deformación craneal de tipo tabular (ya sea erecta u oblicua) en los infantes y la mutilación dental están presentes en ambos casos.

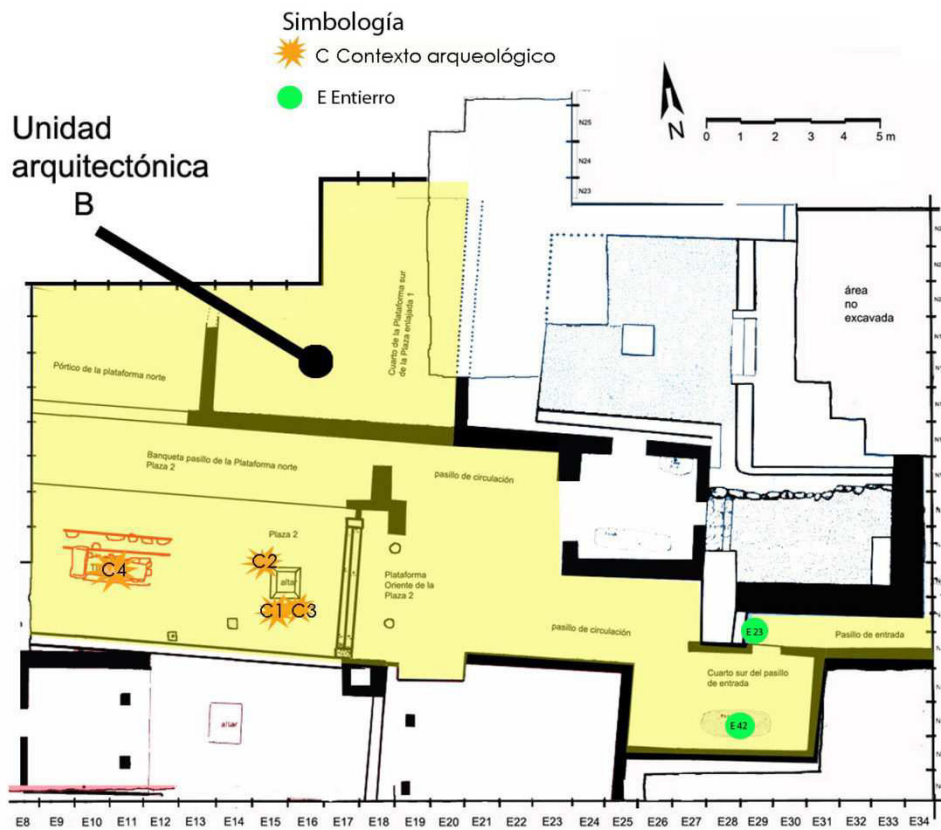
Otro caso singular de esta unidad arquitectónica es el de los entierros 14 y 15, correspondientes a la pareja de cánidos depositados en una fosa. Como podremos ver más adelante, la presencia de éstos en el conjunto arquitectónico sobresale respecto de otros del mismo vecindario, incluso del resto de la ciudad prehispánica, sin embargo en Monte Albán, los cánidos son elementos frecuentes en los entierros, principalmente como parte de la ofrenda mortuoria (Winter, *op.cit.*: 20, 37, 50, 51), lo que ha llevado a Urcid (2005) a apuntar que, para el caso de la región zapoteca:

“... la evidencia de sacrificio de animales como parte de los rituales funerarios es substancial, e involucra la ofrenda de perros, por lo general cachorros, y de aves pequeñas (...), se hace evidente que el sacrificio de perros constituía una práctica generalizada más allá de cualquier diferencia social o económica. De hecho el sacrificio de perros era habitual en el caso de los entierros colocados en sepulcros o simples sepulturas, mientras que el sacrificio de aves tendía a ser un fenómeno restringido a las tumbas de alto rango (...). El sacrificio de perros debe estar relacionado con una creencia pan mesoamericana relacionada con el papel que dicho animal jugaba durante el período liminal, cuando el alma del muerto destinada al inframundo llegaba a su destino final.” (*idem*: 43-44).

Sin embargo, en este caso, los cánidos no son acompañantes directos de un humano, sino que fueron enterrados en un evento independiente, que pone en un lugar especial a estos animales, en el imaginario colectivo de los ocupantes de la unidad arquitectónica.

Unidad Arquitectónica B

Se compone de un amplio espacio abierto con altar central, un basamento porticado, varias habitaciones y un pasillo de entrada en el límite oriente del conjunto arquitectónico. Su arquitectura cuenta con materiales constructivos de muy buena calidad y en varios muros se observaron evidencias de pintura roja, indicando que los muros fueron decorados con dicho color.



Contexto arqueológico 1: La Plaza 2 cuenta con un pequeño altar central, de tipo maqueta. En el costado sur de dicho altar, inmediatamente debajo del piso de la plaza, se localizó el esqueleto de un cánido, depositado en posición decúbito lateral derecho. De acuerdo con el análisis de los restos óseos, se trata de una hembra cría, de 2 a 3 meses de *Canis familiaris* (Gómez y Espinoza, 2011).



Entierro de cánido colocado en el flanco sur del altar, debajo del piso de argamasa de la Plaza 2.

Contexto arqueológico 2: En la esquina noroeste del altar, debajo del piso de la plaza, se localizó el esqueleto de un cánido. Se trata de una cría de entre cuatro y cinco meses de edad, posiblemente hembra de *Canis familiaris* (Gómez y Espinoza, 2011), depositada en posición decúbito lateral derecho. Asociado al mismo se recuperaron cerca de 12 fragmentos de vasija efigie antropomorfa, principalmente aplicaciones de tocados, entre ellos parte de un rostro con orejera, unas piernas cruzadas con manos sobre las rodillas y un torso bajo que muestra un braguero a la altura de la cintura, todos elaborados en pasta gris.



Fragmentos de vasija efigie (urna) antropomorfa, localizados en asociación con el esqueleto de cánido en el contexto arqueológico 2.

Contexto arqueológico 3: Debajo del contexto arqueológico 1 (esqueleto de cánido) se registró un conjunto de vasijas de cerámica, que incluye:

- un tapaplato sobre un cajete gris
- un cajete anaranjado delgado de base anular, decorado con líneas onduladas incisas en el exterior, colocado en posición invertida sobre dos cajetes de color café sobrepuestos



Contexto arqueológico 3.



Piezas de cerámica que conforman el Contexto arqueológico 3.

Tanto los materiales arqueológicos recuperados en los contextos como la estratigrafía de la Plaza 2, nos indican que esta etapa constructiva puede fecharse en la fase Xolalpan (400-550 d. C.).

Contexto arqueológico 4: De esta forma nos referimos al recinto funerario registrado debajo de la Plaza 2, bajo la huella de un posible altar. Por su ubicación sabemos que pertenece a la segunda etapa constructiva del conjunto y fue cubierta por la tercera etapa, momento en que también se retiró el contenido del recinto, dejando únicamente algunos fragmentos de hueso y de cerámica dispersos en el relleno; posteriormente fue colocado el nuevo piso de la Plaza 2 y se construyó otro altar. La Tumba 2 es de planta rectangular y techo plano, construida con cuatro muros verticales, hechos de piedra pegada con lodo, y donde el individuo debió ser colocado desde arriba.



Contexto arqueológico 4. Tumba 2, al momento de ser explorada.

Entierro 42

Localizado en el Cuarto Sur del pasillo de entrada, en una fosa que era evidente en el piso de argamasa, orientada en dirección este-oeste. Se trata de un entierro primario, directo, múltiple, en el que sobresale la presencia de un individuo adulto (35-40 años), muy probablemente del sexo femenino, colocado en posición decúbito dorsal extendido, con orientación E-W, con el cráneo muy destruido y muchas partes óseas faltantes. Tenía asociadas 3 vasijas, a la altura de las tibias, y para su colocación se intruyó en un piso de piedras, probablemente correspondiente a la primera etapa constructiva del conjunto.

Los otros dos individuos son infantes, el primero con una edad de 3 a 4 años, localizado en muy mal estado de conservación, mientras que el segundo es un infante de

entre 1 y 2 años de edad, del cual no fue posible determinar el sexo por el mal estado de conservación de los restos óseos, sin embargo se identificó un posible trauma en el parietal izquierdo.

Las vasijas asociadas al individuo adulto incluyen:

- un tapaplato del grupo mate
- un cajete curvodivergente con soportes de botón, color café, del grupo pulido
- un vaso trípode con soportes de botón, del grupo pulido



Vista en planta del Entierro 42 *in situ* y vasijas asociadas.

Entierro 23

En el extremo poniente del pasillo de entrada al conjunto, se localizó una marca de fosa en el piso de argamasa, que al ser explorada reportó el hallazgo de un entierro primario indirecto, de un individuo infante colocado en posición decúbito dorsal extendido, orientado de norte a sur, sin objetos asociados. El individuo se encontró en regular estado de conservación, se trata de un infante (4-5 años de edad), cuyo cráneo presenta deformación intencional posiblemente de tipo bilobular.



Vista E-W del Entierro23, localizado en el pasillo de entrada oriente al conjunto.

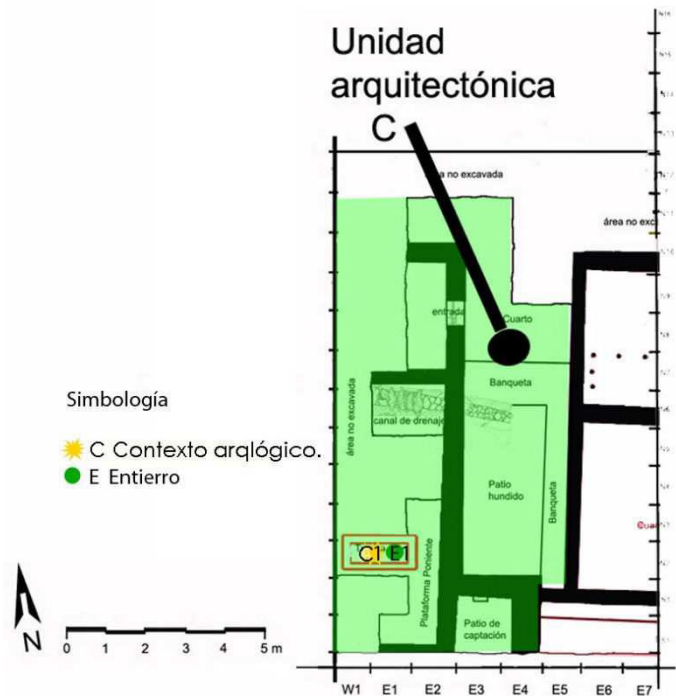


Norma superior del cráneo, se observa la deformación intencional.

En este caso las áreas de actividad se concentran en la Plaza 2 y su altar central, y hacen referencia a eventos de carácter ofrendatorio o ritual, en el que los cánidos fueron un elemento importante, pues al menos dos individuos se asocian directamente al altar. Por otro lado, los entierros se agrupan en la sección oriente de la unidad arquitectónica, aunque no presentan un patrón específico, más allá de ubicarse en espacios comunes que permiten la entrada y salida del conjunto.

Unidad Arquitectónica C

Se distribuye en torno a un patio hundido de 4 m N-S por 2 m E-W, delimitado por un escalón o banqueta que conduce a una habitación en su lado norte.



Contexto arqueológico 1 y Entierro 1

El contexto 1 corresponde a la Tumba 1 de este conjunto arquitectónico, un recinto funerario de tipo "cajón", de forma rectangular, orientada en sentido este-oeste. La Tumba 1 se localizó en el relleno de la plataforma poniente, apareció sellada y su entrada se encuentra en el lado oriente. Su orientación es de 95° al este y sus dimensiones internas fueron de 85 cm de altura, 1.53 m de largo por 43 cm de ancho; el piso era el mismo tepetate natural, sin recortar.

De acuerdo con los hallazgos, esta tumba se utilizó en un solo evento funerario, después del cual la entrada fue sellada, posteriormente se colocaron las grandes tapas de piedra cubriendo las ranuras con lodo, para finalmente quedar cubierta por el relleno del núcleo de la plataforma.

En su interior se registró el Entierro 1, que corresponde a un entierro de tipo primario, individual, con el esqueleto depositado en posición decúbito dorsal extendido, con las piernas ligeramente flexionadas, debido al pequeño espacio de la tumba, con el cráneo hacia el poniente.

El análisis osteológico indica que el esqueleto perteneció a un individuo de 6 años de edad al momento de la muerte (su rango es de 5 a 10 años), de sexo femenino; el cráneo mostró deformación de tipo tabular oblicua, variedad bilobular. Dentro de los marcadores de entesopatías se registraron huellas de periostitis en todos los huesos (húmeros, tibias, peronés, fémures, costillas), mientras que en los parietales se observó espongio hiperostosis (Archer, 2010, 2012).

Los objetos asociados al esqueleto se desglosan a continuación:

- restos óseos del cráneo de un ejemplar de *Canis familiaris*, adulto, masculino (Gómez y Espinoza, 2011)
- fragmentos de carbón

A la altura de los pies se localizaron:

- un cajete zoomorfo hecho con pasta C6 (CBA, 1967: 218 y 46)
- una jarra de cuerpo globular, cuello recto y borde curvo divergente, con acanaladuras verticales en forma de gajos en el cuerpo, color café bayo
- un vaso de paredes recto-divergentes, con base y fondo planos, con tres soportes almenados, color café bayo, pertenece al grupo copa

A la altura de la cabeza contaba con:

- un plato de paredes rectas, de borde evertido, fondo y base rectos, de color anaranjado mate. Contenía 6 miniaturas teotihuacanas:
 - a) florero miniatura color anaranjado, del grupo mate fino
 - b) plato miniatura de paredes recto-divergentes, color rojo, grupo pulido
 - c) tapaplatos miniatura, del grupo mate fino

- d) florero miniatura color anaranjado, del grupo mate fino
- e) plato miniatura de paredes recto-divergentes, color rojo, grupo pulido



Arriba: Vista E-W. Interior de la Tumba 1 y Entierro 1.

Derecha: Detalle de los objetos asociados *in situ*.



Vasijas asociadas al entierro de la Tumba 1 (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Resulta muy importante destacar la enorme similitud de esta tumba y el entierro en ella depositado, con la tumba 33 de Monte Albán que reporta Alfonso Caso, la cual:

“... apareció en un pozo excavado casi 2 m debajo de un patio de una estructura posterior a la tumba. Era un cajón rectangular de 1.30 por 0.50 m, orientado oeste-este (supuestamente la entrada al oeste aunque no hubo antecámara), sin nichos y con un techo plano. Contuvo un pequeño esqueleto en posición de

decúbito dorsal, con ofrenda de por lo menos 34 objetos, la mayoría vasijas de cerámica colocadas en dos concentraciones, una por la cabeza y otra por los pies. Caso (1933: 646) escribió que en la tumba 33 «... encontramos el esqueleto de una niña de 9 a 10 años de edad, acompañada de varias vasijas y juguetes de barro»...” (Winter *et al.*, 1995: 236).

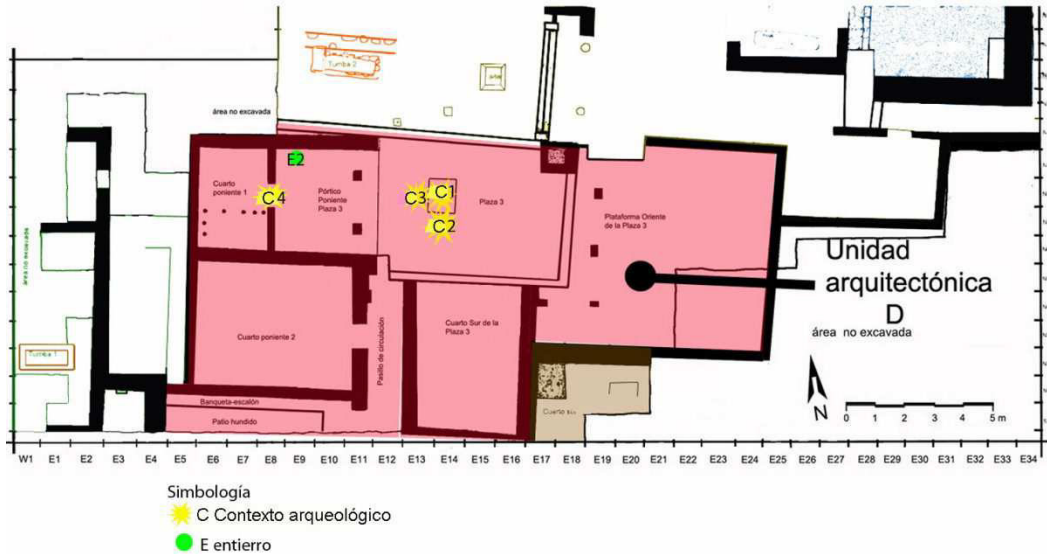
Dicho entierro fue fechado en la época más temprana de Monte Albán (MA I) y sobresale por el tratamiento funerario ofrecido a una niña, lo que marca una diferenciación social que no está determinada por el mérito de las personas, sino por el estatus o prestigio heredado (*ídem*), situación que parece tener continuidad 400 años después en este vecindario teotihuacano, donde encontramos un contexto casi idéntico, que nos permite definir con mayores elementos, una correspondencia cultural de larga tradición.



Algunas de las vasijas de cerámica localizadas en la Tumba 33 (CBA, 1967: 157 Fig.100, 161 fig. 111, 173 figs. c y d, 206 fig. a y 156 fig. 98).

Unidad Arquitectónica D

La unidad D se compone de una plaza, dos habitaciones porticadas en sus lados oriente y poniente y otras dos en sus límites sur y suroeste.



Contexto arqueológico 1: Se trata del altar de la Plaza 3, localizado en el sector noroeste de dicho espacio abierto. Este elemento mide 0.68 m N-S por 0.63 m E-W y 0.22 m de altura; tiene la forma de un prisma semi cuadrangular, cubierto de aplanado de argamasa y enlucido de estuco, decorado con una franja de color rojo en su borde inferior. En el lado poniente tiene una pequeña abertura rectangular de 7 x 7.5 cm de altura, tapada por una piedra móvil que se ajusta con perfección a la oquedad, permitiendo introducir la mano. La parte superior del altar presentaba manchas de humo o fuego, señal de que soportaba braseros o algún otro instrumento, dichas marcas también pudieron observarse en el piso de la plaza, frente al altar, lo que reforzó nuestra interpretación del uso del espacio con fines rituales.



Altar de la Plaza 3, se aprecia con su tapa colocada y frente a él una mancha de quemadura en el piso.



Altar de la Plaza 3, una vez retirada la tapa.

Al explorar el interior del altar, desde su base, se retiró una laja de piedra en cuya superficie se encontraron los siguientes objetos:

- ocho ejemplares completos de concha, de la especie *chama echinata*, sin trabajar
- un fragmento de desecho de concha, de la especie *chama echinata*, evidencia de proceso productivo
- un ejemplar completo de concha de la especie *pleuroploca gigantea*, sin trabajar
- siete ejemplares completos de concha de la especie *Melongena melongena*, sin trabajar
- un ejemplar completo de concha de la especie *oliva scripta*, sin trabajar
- un ejemplar completo de concha de la especie *oliva incrassata*, sin trabajar (Paz Bautista, 2012)
- un fragmento de figurilla zoomorfa de cerámica, cubierta de pigmento rojo



Altar de la Plaza 3 visto desde el poniente. Exploración del núcleo en donde se observa una concentración de conchas.



Concentración de conchas con pigmento rojo colocada en el núcleo del altar de la Plaza 3.



0 5 10 cm.

Ejemplares de concha que forman parte del Contexto arqueológico 1.

Contexto arqueológico 2: Se trata de una fosa circular detectada en el flanco sur del altar, la cual contenía los siguientes objetos:

- un cajete del grupo pulido cubierto con un tapaplatos del grupo mate fino colocado de forma invertida



Vasijas que conforman el contexto arqueológico 2.

Contexto arqueológico 3: Localizado al interior de una fosa en el lado poniente del altar, consta de los siguientes objetos:

- dos vasos monocromos café, completamente cubiertos de pigmento rojo, cada uno de ellos de 12 cm de altura 8 cm de diámetro.



Contexto arqueológico 3, vasos cubiertos con pigmento rojo *in situ*.



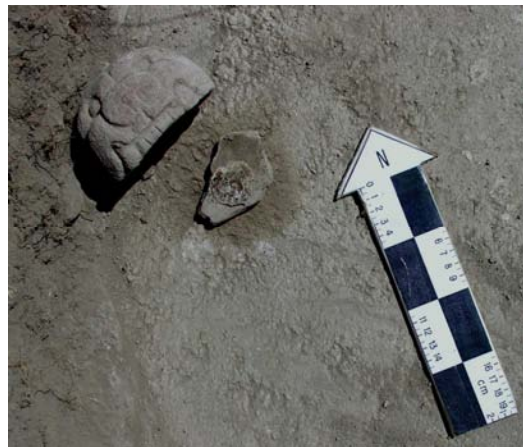
Vasos cubiertos con pigmento rojo (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Contexto arqueológico 4: Localizado en el umbral de la puerta del cuarto poniente 2, sobre el piso de argamasa, consta de:

- una escultura zoomorfa realizada en riolita, con la representación de la cabeza de un felino¹, con una cavidad de 4 cm de diámetro en la parte superior, a manera de un pequeño recipiente, donde posiblemente se colocaba cera o algún líquido del que no quedó vestigio. La pieza de forma semi esférica, mide aproximadamente 11 cm de diámetro, cuenta con una base semi cóncava y estaba colocada sobre un fragmento de cerámica y un disco de mica de 4 cm de diámetro.
- cuatro fragmentos de placas de mica de formas irregulares, con un tamaño promedio de 8 x 5 cm.
- Dos fragmentos de laja



Escultura zoomorfa *in situ*, asociada a lajas y fragmentos de cerámica sobre el piso del cuarto poniente 2.



Detalles de los elementos localizados debajo de la escultura zoomorfa una vez que ésta fue removida (fragmento de cerámica y disco de mica).



Detalle de la escultura zoomorfa (fotografía de Aldo Díaz Avelar).

¹ Piezas con iconografía y estilo muy semejante fueron publicadas por Javier Urcid (2005, Fig. 5.40), aunque en su caso todos los objetos son manoplas.

Entierro 2

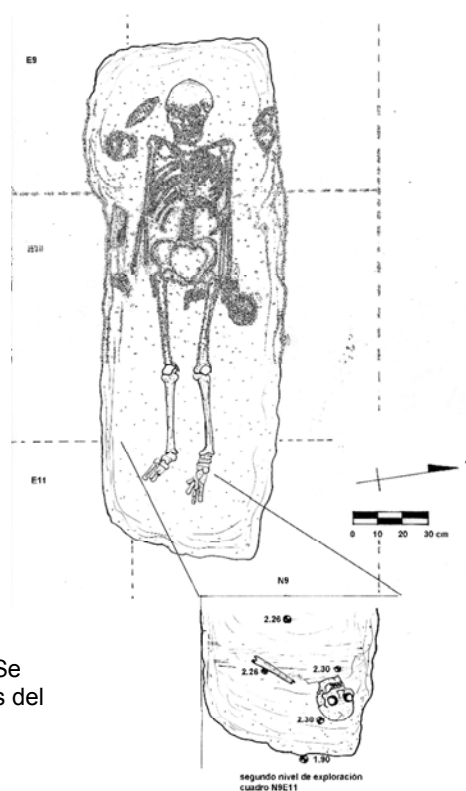
Entierro primario, múltiple, depositado en una fosa excavada en el tepetate natural, colocado en posición decúbito dorsal extendido, orientado poniente-oriente, con el cráneo hacia el poniente. Se localizó en el extremo noroeste del pórtico poniente de la plaza 3.

El individuo completo es de sexo masculino, aproximadamente de 25 a 30 años de edad, muestra deformación craneal de tipo tabular erecta, así como pigmento rojo en la parte proximal de la tibia izquierda, en la parte interna del hueso y en la rótula izquierda. El análisis de entesopatías puso en evidencia la existencia de espolones óseos en ambos calcáneos, aunque más desarrollado en el calcáneo izquierdo (Archer, 2012: 97).

En el límite sureste de la fosa, debajo de las extremidades inferiores del individuo, se localizaron los restos de otro cráneo humano y un fragmento de fémur. Todos los restos se encontraron en buen estado de conservación. Se trata de un adulto femenino, de 30 a 35 años de edad, con deformación craneal de tipo tabular erecta.



Vista en planta del Entierro 2.



Dibujo en planta del mismo entierro. Se observan con mayor detalle los restos del individuo 2.

Los objetos asociados a este entierro incluyen:

- Un bifacial de forma lanceolada de obsidiana verde, localizado al sur del cráneo del individuo completo
- un vaso cilíndrico de paredes recto divergentes
- un cajete de paredes curvo convergentes, de fondo y base planos, color rojo marrón, localizado a la altura del cúbito y radio derechos
- una olla miniatura de cuerpo globular, cuello curvo divergente, color grisáceo, localizada a la altura de la mano derecha
- un cajete de cuerpo curvo convergente de base anular, color anaranjado, localizado a nivel de hombro izquierdo
- once pequeñas valvas de concha marina, de la especie *chama echinata*, rugosas, de color rosáceo en su interior, ubicadas cerca del tórax, probablemente fueron colocadas sobre el cuerpo. De los once ejemplares, cuatro son materia prima para la producción de objetos y los otros siete son desechos (Paz Bautista, 2012).
- dos vértebras de animal
- un hueso de animal hervido y trabajado



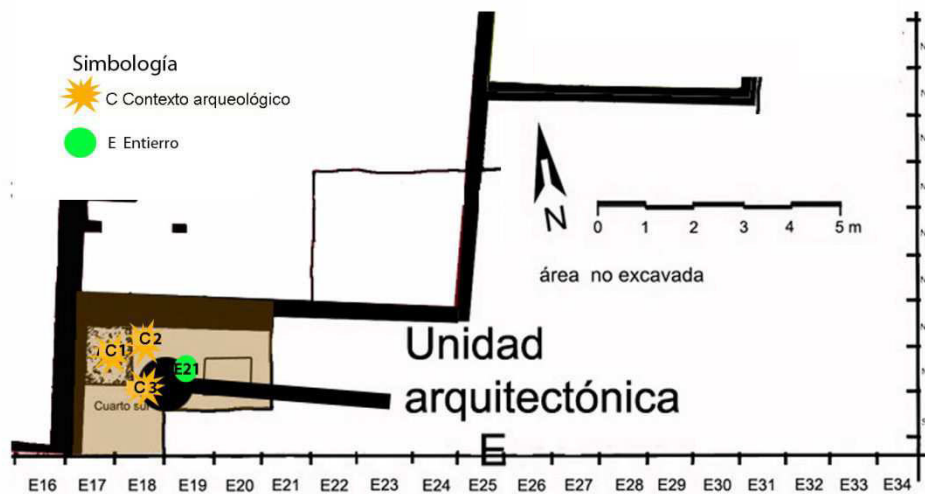
Algunos de los objetos asociados al Entierro 2 (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Como hemos podido observar, esta unidad arquitectónica muestra cierta individualidad respecto del resto del conjunto, a pesar de comunicarse directamente con la Plaza 2 en su límite norte, por lo que inferimos que debió ser utilizada por un grupo que realizaba actividades más específicas, que no requerían de la participación del colectivo que hacía uso del conjunto en general.

Se registró un único contexto funerario, el cual parece haber funcionado por lo menos en dos ocasiones, sin embargo, a diferencia de todas las otras unidades arquitectónicas, ésta es la que presenta la menor cantidad de entierros, ya sea humanos o de animales, pero también es la única en la que se registró una pieza de piedra con la representación de un felino.

Unidad Arquitectónica E

Consta de una habitación, cuya intercomunicación y orientación desconocemos, en su interior se localizaron dos estructuras a las que denominamos "altares", ya que a ellos se asociaron áreas de actividad posiblemente rituales, así como entierros humanos y de animales. El patrón de localización y arquitectónico es atípico en Teotihuacán.



Contexto arqueológico 1: Se trata del esqueleto de un cánido (*Canis sp.*) que fue depositado sobre el altar 1.



Altar 1. Construcción cuadrangular localizada en la esquina NW de la unidad arquitectónica E.



Esqueleto de cánido ubicado en la parte superior del relleno del altar 1.

Contexto arqueológico 2: En la esquina noreste del altar 1, sobre el piso, se localizaron los siguientes objetos asociados:

- una ánfora de cerámica, de color café, colocada en posición invertida sobre el piso
- tres candeleros pellizcados
- un pulidor de tezontle
- un fragmento de caparazón de tortuga, con huellas de corte en la zona de unión entre plastrón y caparazón, trabajado, además presenta placas quemadas así como un corte transversal. Pertenece a la especie *Trachemys scripta* (Gómez y Espinoza, 2010).



Contexto arqueológico 2. Vasija, candeleros y pulidor de tezontle asociados al altar 1.



Piezas de cerámica del Contexto arqueológico 2.

Contexto arqueológico 3: En la esquina sureste del altar 1, se localizó una pequeña fosa excavada ex profeso, que contenía los siguientes objetos:

- un cajete monocromo café bayo, del grupo pulido, de paredes curvo-divergentes, borde redondeado de fondo y base rectas
- un cajete curvo-divergente, del grupo pulido, monocromo naranja, de paredes curvo-convergentes, borde redondeado, base anular, con faltante de un 5 % en el cuerpo.



Vasijas colocadas en la esquina inferior SE del altar 1, Contexto arqueológico 3.

Entierro 21

Al interior de la habitación, en el espacio intermedio entre los altares 1 y 2, se identificó un parche en el piso de argamasa, el cual cubría una fosa en la que fue depositado el entierro de un individuo adulto (35 a 40 años), del sexo femenino, colocado en posición decúbito dorsal flexionado, orientado de este a oeste; a la altura de la pelvis se registró un tapaplatos. Enseguida, debajo de éste aparecieron los restos de otro individuo adulto, posiblemente femenino, consistente únicamente en dos fémures, registrados en posición anatómica, decúbito dorsal extendido, que pudieron ser los restos de un entierro anterior que fue removido cuando se depositó el individuo más completo. El cuerpo estuvo acompañado de un gran vaso pulido, con decoración esgrafiada, que representa una serpiente emplumada.

Este contexto es un ejemplo de la reutilización del espacio funerario y de la remoción de los restos óseos previamente depositados, patrón que se presenta de manera recurrente en este sector de la antigua ciudad.

La mujer enterrada en posición flexionada presentó deformación craneal intencional de tipo bilobular, entre las entesopatías registradas en el análisis óseo, se identificaron desarrollos marcados de las inserciones de los músculos deltoides y pectoral. Directamente asociado a este individuo, se localizaron dos colmillos superiores humanos, los cuales presentaron mutilación dental intencional de tipo B5 (Archer, 2012: 113-116).



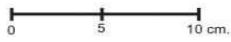
Vista E-W del entierro localizado en la unidad arquitectónica E.



Norma superior del cráneo. Se aprecia la deformación intencional.



Colmillos con mutilación tipo B5.



Tapaplatos asociado al esqueleto del individuo 1.



Vaso esgrafiado asociado al cuerpo del individuo 2.



Diseño de serpiente emplumada con glifo de Tláloc B en cartuchos intercalados.



Reconstrucción del Entierro 21 y 21 a.

1) Se coloca el primer individuo. 2) Se sella la fosa y posteriormente se tapa con un segundo piso. 3) Se elabora una fosa circular, removiendo el segmento superior del cuerpo del primer individuo, para así depositar al segundo individuo (Tomado de Archer, 2012: 184).

Con base en el análisis de antropología física, realizado en los individuos de este conjunto arquitectónico por Jorge Archer (2010, 2012), se pudieron identificar una serie de lesiones óseas (patologías y entesopatías), relacionadas con una marcada actividad de los individuos desde edades tempranas. Llama la atención su relativa abundancia, y en algunos casos la severidad de los casos. Estas observaciones sugieren, aunque sólo en términos probables (dada la muestra), que las condiciones de trabajo eran duras y que a muy temprana edad ya había trastornos por actividad, principalmente en columna vertebral (vértebras cervicales y lumbares). Vale la pena señalar que este tipo de inferencias solo pueden realizarse dentro de un contexto arqueológico bien documentado, en el cual los datos paleopatológicos y de contexto funerarios cobran un significado más sólido.

Por otro lado, el análisis de fauna muestra que en este conjunto arquitectónico existe una mayor representación de cánidos, que suman un total de 15 ejemplares, de entre los cuales se identificaron crías, juveniles, sub adultos y adultos de ambos sexos. De manera más sintética es posible enlistar las cinco especies con mayor presencia: *Canis familiaris* (perro), *Odocoileus virginianus* (venado cola blanca), *Meleagris gallopavo* (guajolote), *Sylvilagus floridanus* (conejo) y *Trachemys scripta* (tortuga). Las especies antes mencionadas, probablemente son las que tuvieron un mayor uso, ya sea que fuesen empleadas en actividades domésticas, como alimento o materia prima para la manufactura artesanal, el comercio o el intercambio, entre otros. Sin embargo también se identificaron restos de otras especies, que destacan por sus características y las de sus hábitats, como son: el puma (*Puma concolor*), la tortuga de orejas rojas (*Trachemys scripta*), la tortuga casquito (*Kinosternon sp*) y el tiburón (*Carcharhinus sp*), (Gómez y Espinosa, 2010).

Es importante mencionar que varios ejemplares de hueso mostraron huellas de corte y sometimiento al fuego, principalmente de las especies *Canis familiaris* (perro), *Trachemys scripta* (tortuga) y ave. Además se identificaron diversos huesos trabajados, con el propósito de obtener artefactos de uso en la vida cotidiana, ya fuese como ornamento o como herramienta de trabajo (agujas, cinceles), de los cuales una gran mayoría corresponden a restos óseos de mamíferos, principalmente artiodáctilo (ciervos) y *Canis familiaris* (perros) (*ídem*).

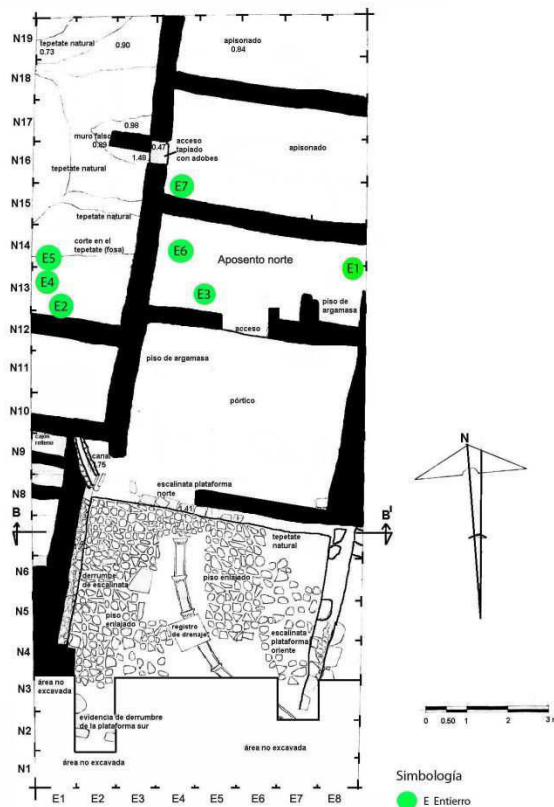
Con esta información es posible ubicar al perro como uno de los animales más abundantes en el conjunto arquitectónico, cuya presencia incluyó ámbitos domésticos y colectivos, pues pudo haber sido una de las principales fuentes de proteína animal en la

alimentación de los habitantes del conjunto, además de participar en las actividades rituales, tanto como elemento de ofrenda, como también acompañando a los difuntos en el camino a su última morada. De tal forma que, tanto su asociación directa con la subsistencia, como su participación constante en la esfera ideológica, lo colocan en un lugar destacado en el imaginario colectivo del grupo, situación que hasta la fecha no ha sido registrada en otra área urbana de Teotihuacán.

Conjunto Arquitectónico 67:N2W6 (TL67)

La sección explorada del conjunto arquitectónico corresponde a una plaza enlajada que contaba con un altar. La plaza se encuentra delimitada en sus cuatro lados por escalinatas que conducían a pórticos y posteriormente a habitaciones. Las áreas de actividad registradas corresponden principalmente a entierros humanos, distribuidos en los diferentes espacios.

De acuerdo con los materiales cerámicos y la estratigrafía, este conjunto arquitectónico data de la fase Tzacualli tardío y mantuvo una ocupación continua hasta la fase Tlamimilopan (50-250 d. C.), siendo éste el conjunto más temprano registrado hasta la fecha en este sector urbano.



Entierro 1

Localizado en la esquina noreste del Aposento Norte, al interior de una fosa circular, es un entierro de tipo primario, individual, femenino, orientado en dirección este-oeste, de 50 a 55 años de edad, que fue colocado en posición decúbito lateral izquierdo, flexionado, con el cráneo hacia el poniente y el cráneo facial viendo hacia el muro. Muestra deformación craneal intencional de tipo tabular erecta, variedad bilobulada. Se le asocia una vasija fragmentada.

De acuerdo con el análisis de entesopatías, el cráneo presenta criba orbitaria de grado 3 e hiperostosis porótica en frontal, misma que también se detectó en el esternón. Además se observaron rebordes óseos en costillas y lesiones de osteoartritis en la columna vertebral, así como fusión de la vértebra L5 con el sacro. Tanto el cráneo como los húmeros y radios muestran inserciones musculares muy marcadas (Archer, 2012: 148). Estos datos permiten inferir que el individuo realizó grandes esfuerzos físicos en vida, posiblemente de carga.



Entierro 1, *in situ*.



Fusión de la vértebra lumbar con el sacro (tomado de Archer, 2010).

Entierro 2

Corresponde a un entierro primario, indirecto, de un perinato depositado en una vasija (tapaplatos); debido al mal estado de conservación no se pudo determinar su posición original.



Vista en planta del Entierro 2.

Entierro 3

Cerca de la esquina suroeste del aposento norte, se detectó una fosa rectangular en la que fue depositado un entierro primario, individual, colocado en posición decúbito dorsal extendido, con las extremidades inferiores flexionadas; orientado en sentido E-W, con el cráneo hacia el oeste.

Se trata de un individuo masculino, de una edad aproximada entre 45 a 50 años, con deformación craneal intencional de tipo tabular oblicua. El análisis de entesopatías reportó la fusión de las vértebras C2, C3 y C4, así como rasgos de osteoartritis grado II en vértebras cervicales y dorsales; también un alto grado de desarrollo de osteofitos, afectaciones musculares en miembros y espolón óseo en el calcáneo izquierdo. Dichos rasgos se relacionan principalmente con actividades de carga (Archer, 2012: 150-151). Al sur del cráneo se localizó una vasija.



Vista en planta del Entierro 3.

Entierros 4 y 5

Se trata de un entierro primario, múltiple compuesto de 2 individuos, depositados en posición decúbito dorsal extendido, orientados en sentido W-E, con el cráneo hacia el poniente. Ambos cuerpos fueron inhumados en el interior de un cuarto cuya entrada fue tapiada.

El individuo depositado en el extremo sur del contexto funerario (entierro 4), es un adulto masculino (40-45 años de edad), con deformación craneal intencional de tipo tabular oblicua. El análisis de entesopatías reporta un desgaste dental muy marcado en maxilar y mandíbula, a la altura de los segundos molares inferiores y superiores, además la columna vertebral presenta compresión en los cuerpos vertebrales, mientras que las vértebras C2 y C3 muestran tendencia a la osificación e inicio de osteoartritis. Existe un

ligero desarrollo de inserciones musculares en miembros superior e inferior (Archer, 2012: 154).

Por su parte el individuo depositado en el extremo norte del contexto (entierro 5), es de sexo femenino, con una edad aproximada de 50 a 55 años, con deformación craneal intencional de tipo tabular erecta, variedad bilobulada. Las entesopatías registradas incluyen el desgaste de grado 3 en los molares, inserciones musculares en ambos húmeros y espolón óseo en los calcáneos, así como desarrollo de osteofitos en el área de articulación del calcáneo con el astrágalo del pie izquierdo (*ídem*: 155).

Las afecciones detectadas en ambos esqueletos muy probablemente corresponden a actividades de carga y caminata pesadas.

Los materiales asociados a los esqueletos se detallan a continuación:

Entierro 4

- un cajete hemisférico de base anular, anaranjado delgado
- un vaso trípode, del grupo copa, con bandas rojas verticales en el cuerpo
- una copa del grupo del mismo nombre, con decoración al negativo en el borde
- una jarra de cuello curvodivergente, anaranjado delgado
- un cajete hemisférico, de base anular, de pasta café
- una jarra de cuello largo, de pasta gruesa y decoración en líneas rojo sobre bayo
- una navajilla prismática de obsidiana verde
- un colmillo de cánido



Objetos asociados al individuo masculino. Incluye materiales teotihuacanos y foráneos (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Entierro 5

- una olla miniatura
- una piedra tallada de forma rectangular, la cual fue colocada debajo de las rodillas
- fragmentos de cerámica

- un fragmento de obsidiana verde
- dos navajillas prismáticas de obsidiana color verde
- pequeños fragmentos de mica y huesos de animal

En las áreas aledañas a este esqueleto se localizaron dos fragmentos de peroné, así como un iliaco derecho de un individuo masculino (30-35 años de edad), un fragmento de fémur de un adolescente (15-20 años de edad), una costilla izquierda de un infante con periostitis y una falange izquierda.



Arriba vista S-N
Se observan los dos individuos en la
oquedad del tepetate natural.



Derecha vista E-W
Individuo masculino con objetos asociados.



Vista general de los dos individuos depositados en el espacio cuya entrada fue tapiada. Se aprecia el lecho de tepetate natural debajo de los restos óseos (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Reconstrucción hipotética del contexto funerario (Tomado de Archer, 2012: 196).

Entierro 6

Localizado en la esquina noroeste del Aposento norte, al interior de una fosa de silueta rectangular excavada en el tepetate natural; se trata de un entierro primario, individual. El esqueleto se encontró en posición decúbito dorsal flexionado, con una orientación este-oeste, con el cráneo ubicado hacia el oeste y perteneció a una mujer adulta, de entre 30 y 35 años de edad. El análisis de entesopatías mostró el desarrollo de osteofitos en los cuerpos vertebrales (*ídem*: 156).

Por la asociación estratigráfica, se infiere que el entierro fue depositado en las primeras etapas constructivas del conjunto arquitectónico.



Entierro 6 *in situ*.

Entierro 7

Muy cerca del acceso tapiado se localizó una fosa de silueta circular, en cuyo interior se halló un entierro secundario, que consta de huesos largos superiores e inferiores, correspondientes a un individuo juvenil (15-20 años), sin embargo el mal estado de conservación de los huesos no permitió realizar el análisis de entesopatías.

Se le asocia un conjunto de objetos integrado por:

- un sahumerio de coladera del tipo C7, muy probablemente de la fase Monte Albán II (50 a. C.- 200 d. C. (CBA, 1967)
- un cajete curvo divergente, con decoración al negativo, del grupo pulido, que corresponde a la fase Tzacualli (1-150 d. C. Rattray, 2001)
- una cuenta de cerámica
- un cajete hemisférico de base plana con decoración rojo/bayo
- un fragmento de figurilla antropomorfa con el rostro de un anciano
- un fémur, posiblemente de ave, con huellas de exposición al fuego
- un fragmento de mandíbula de cánido



Entierro 7 *in situ*.



Cajete curvodivergente con decoración al negativo, fase Tzacualli.



Sahumador de coladera, fase Monte Albán II



Cuenco hemisférico con decoración rojo sobre café.



Cuenta de barro.



Fragmento de figurilla antropomorfa.



(Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

Como hemos podido observar, la población registrada en TL67 muestra una importante presencia de entesopatías en columna vertebral y extremidades inferiores, situación que comparte con los habitantes de TL1 y TL11. De acuerdo con Archer (2012: 147) el tipo de afectación nos indica que los huesos estaban en constante estrés, principalmente por carga pesada. Muy probablemente esta gente se dedicó a transportar fardos usando un mecapal, pues las lesiones más frecuentes se localizan en vértebras cervicales y lumbares, así como en el hueso occipital del cráneo, afecciones asociadas a la necesidad de realizar esfuerzos importantes con cabeza y cuello. Lo anterior podría estar directamente relacionado con la mayor presencia —en términos

proporcionales— de cerámica Naranja San Martín que en cualquier otra. Como mencionamos en el apartado correspondiente, el 80 % de la cerámica de este grupo corresponde a fragmentos de ánfora y solo el 20% son cazuelas cráteres. En el resto de Teotihuacán son más numerosos los fragmentos de cráter, lo cual nos habla de cierta especialización de los ocupantes de la estructura TL67. Por su forma, se ha dicho que las ánforas funcionaron para almacenamiento o bien para el transporte. Por la posición de sus 3 asas y por el fondo convexo de las piezas detectadas, suponemos que las altas concentraciones de ánforas en esta estructura se relacionaron con el transporte, pues el almacenamiento en el conjunto debió realizarse en otro tipo de depósitos. Sin embargo, aún no es posible determinar si los transportistas circulaban materiales a nivel local, es decir dentro del valle, a nivel regional o extra regional.

Tabla general de los entierros del Conjunto Arquitectónico 67:N2W6 (TL67)

Sitio	Temporada	Ubicación	No Ent.	Sexo	Edad	Posición	Tipo	Disposición	Conteniente
TL67	2008	N2W6.N14E6,7	1	F	Adulto M	Dec Lat Flex Izquierdo	Primario	Directo	Fosa
TL67	2008	N2W6.N2E2	2	I	Perinatal	No determinable	Primario	Indirecto	Vasija
TL67	2008	N2W6.N13E4,5	3	M	Adulto Med	Dec dorsal flexionado	Primario	Directo	Fosa
TL67	2008	N2W2.N14E1-3	4	M	Adulto Med	Dec. Dorsal Ext.	Primario	Directo	Fosa
TL67	2008	N2W2.N14E1-3	4A	I	Perinatal	No determinable	Primario	Directo	Fosa
TL67	2008	N2W2.N13-18E1-3	5	F	Adulto Med	Dec. Dorsal Ext.	Primario	Directo	Fosa
TL67	2008	N2W2.N14E4	6	F	Adulto Med	Dec Lat Flex Izquierdo	Primario	Directo	Fosa
TL67	2008	N2W2.N15,16E4,5	7	F	Adulto J	No determinable	Secundario	Directo	Fosa

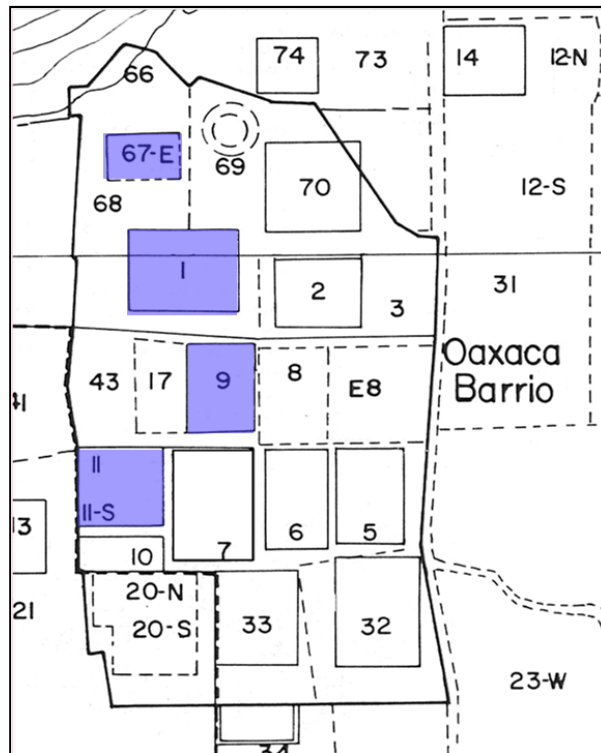
Con respecto a la fauna encontrada en este conjunto arquitectónico, se identificaron evidencias de las siguientes especies, en orden de abundancia: *Canis familiaris* (perro), *Odocoileus virginianus* (venado cola blanca), *Meleagris gallopavo* (guajolote), *Procyon lotor* (mapache) y *Canis sp.* Cabe destacar que tanto el perro como el venado, fueron los animales más representativos del conjunto (Gómez y Espinosa, 2011).

4.2 Consideraciones generales del vecindario Tlailotlacan

En el contexto de la agrupación de los conjuntos que hemos revisado, es posible inferir niveles de organización y coordinación, tanto al interior como entre los diferentes conjuntos. De acuerdo con los materiales arqueológicos y sus contextos, los habitantes del vecindario mantuvieron cierta unidad religiosa y posiblemente cultural, relativamente diferenciada a la del resto de la ciudad (aunque con elementos locales), compartiendo además similares vías de circulación de productos. Sin embargo, y como ya se discutió en el capítulo 3, no todos los conjuntos muestran equivalencia en términos de materiales constructivos, distribución de los espacios, grupos cerámicos dominantes y presencia/ausencia de materiales foráneos, lo que nos permite asumir una relación asimétrica entre los conjuntos que conforman la agrupación, la cual sólo es posible a partir de la existencia de diversas categorías sociales (estratificación social).

De esta forma, considero importante marcar las similitudes y las diferencias entre los conjuntos arquitectónicos a los que nos hemos referido, con el objetivo de visualizar las implicaciones sociales respecto de los vínculos culturales de la agrupación y su relación con otras áreas de la ciudad.

Desde el punto de vista de la arquitectura y de los materiales arqueológicos como la cerámica y la lítica, los conjuntos TL1 y TL67 son más similares entre sí, mientras que los más divergentes serían TL9 y TL11. Los valores más altos de materiales foráneos corresponden a la estructura TL11, cuyos habitantes debieron tener un mayor acceso a este tipo de recursos, sin embargo en este conjunto la arquitectura es más parecida a los espacios típicamente teotihuacanos y sus acabados son de mejor calidad. En este sentido vale la pena apuntar que TL11 se localiza hacia el sur del área definida como "Oaxaca Barrio" (Millon, 1973), zona en la que se ubican las edificaciones más grandes y —hasta ahora— las que cuentan con mejores acabados arquitectónicos, por lo que podría considerarse como la zona "núcleo" del vecindario, pues los conjuntos están dispuestos de forma alineada, a escasos metros del límite norte de la Avenida Oeste, en la ladera baja del cerro Colorado Chico, lo que los hace más accesibles y les permite una mejor comunicación entre sí.



Ubicación de los conjuntos arquitectónicos a los que se hace referencia en este capítulo (modificado de Millon *et al.*, 1973).

Un elemento importante a considerar, es la presencia constante de un cartucho o glifo identificado en diversos materiales arqueológicos del conjunto TL11, se trata del “glifo de Tláloc B o Tláloc jaguar”, que se compone de tres círculos en la parte superior, un labio superior —cuyos extremos están volteados hacia arriba— ubicado en la parte media y en la parte inferior un signo acuático, el quincunce².

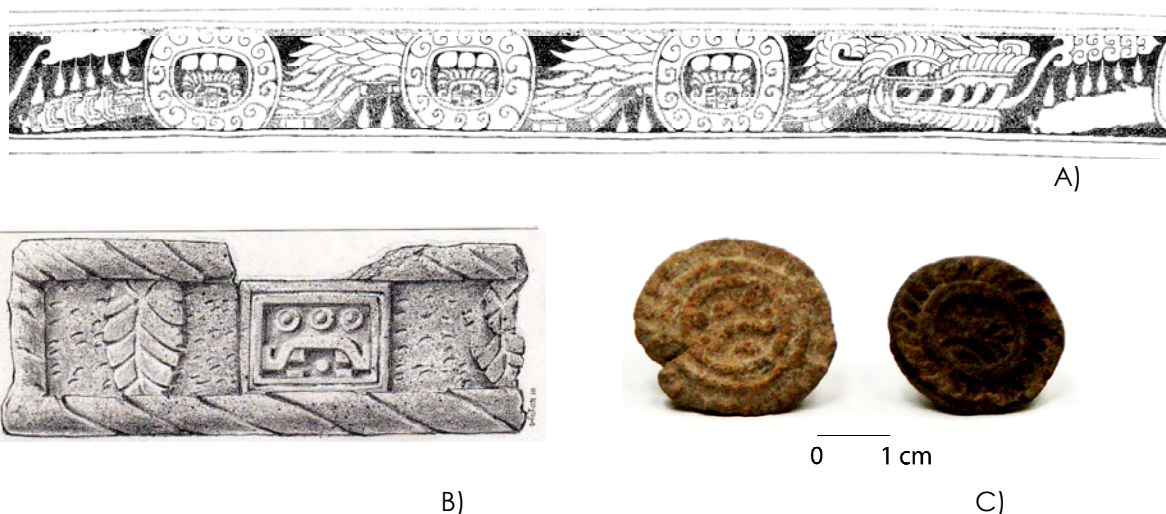
De acuerdo con Von Winning (1987, tomo II: 66), el glifo de Tláloc B se refiere a Tláloc-jaguar, deidad relacionada principalmente con la guerra y el sacrificio del corazón, pero también con la tierra y el agua, por lo que podría tratarse de un glifo tardío, posiblemente de las fases Xolalpan y Metepec, pues su presencia en los materiales arqueológicos no ha sido hallada en épocas tempranas. En nuestro caso se trata de un elemento incluido en materiales de la fase Xolalpan, por lo que hay correspondencia con lo asentado por Von Winning.

En un reciente estudio de Taube (2010: 101-104) sobre este signo, el autor propone que el significado cósmico del quincunce y su presencia debajo de la boca de Tláloc

² El *quincunce* o quintero, como el *chalchihuite*, significa igualmente el jade, el color verde o azul, y simboliza el agua. Von Winning (1987, tomo II: 11) sugiere que en Teotihuacán se refiere al agua terrestre, al agua acumulada a causa de la lluvia, debido a la semejanza con que se representa una corriente de agua.

podrían leerse como “el devorador del mundo” y, en un contexto político, estaría identificando al estado teotihuacano como quien domina el territorio. Los signos de Tláloc y el quincunce entonces identificarían a Teotihuacán y el territorio bajo su dominio, interpretación que suena bastante sugerente al registrar dicho signo de manera reiterada en esta área.

Ligado a lo anterior, TL11 es el único conjunto en que se identificaron huesos dispersos de grandes felinos (*puma concolor*) así como una figura de piedra con la representación de una cabeza de felino.



Cartucho con el glifo de Tláloc B en materiales cerámicos del conjunto arquitectónico TL11. A) Vaso con decoración incisa, B) borde de incensario, C) sellos.

Por otro lado, TL11 presenta una historia arquitectónica en la que pasa de ser un conjunto habitacional en las fases más tempranas (Miccaotli-Tlamimilolpan), a ser un espacio de uso colectivo con grandes áreas para el ritual, transformándose así en un lugar que pudo tener usos administrativos ligados también al ritual religioso en la fase Xolalpan.

Lo anterior destaca como evidencia de la evolución que tuvo el propio vecindario, pues en las fases tempranas (Micaotli-Tlamimilolpan, incluso Tzacualli para TL67), todos los conjuntos explorados muestran evidencias de uso habitacional y de que son ocupados por grupos familiares con estatus diferenciados, proporcionándonos un paisaje homogéneo en cuanto a funciones, pues no hay contrastes significativos entre uno y otro conjunto. Hacia la fase Xolalpan el conjunto TL11 cambia en complejidad y calidad constructiva, diferenciándose de una manera muy marcada del resto de los demás y, a pesar de mostrar elementos foráneos abundantes, los cánones arquitectónicos muestran

una estandarización respecto de las modalidades constructivas características del resto de la ciudad, es decir, en lo general parece ser un conjunto muy “teotihuacano”, pero hacia el interior abundan los rasgos oaxaqueños. Esta información podría explicarse en términos de la presencia de una élite o de un grupo social que busca establecer una identidad propia, que lo diferencia de otros grupos teotihuacanos pero también de otros grupos oaxaqueños.

Las transformaciones históricas del vecindario indican posiblemente una paulatina integración de los grupos foráneos (en este caso oaxaqueños), en las dinámicas políticas y económicas de la ciudad, ya que las diferencias de estatus se van ligando a las posiciones de poder y autoridad relacionadas con el gobierno de la ciudad; en este caso el glifo de Tláloc B puede ser un indicador del vínculo que hubo entre el grupo que ocupó TL11 y los sectores dominantes del gobierno.

En el otro extremo, el conjunto arquitectónico con los registros más bajos de materiales foráneos es TL67, cuya arquitectura es muy diferente respecto de la teotihuacana, con acabados más modestos. En esta estructura se detectaron evidencias de una mayor producción de navajillas de obsidiana para el autoconsumo, lo que indica que a ella llegó un menor número de navajas ya terminadas, es decir, tenía un menor acceso a dichos productos o sus canales de abasto eran insuficientes. Sin embargo aquí es donde se registraron cantidades sobresalientes de ánforas del grupo Naranja San Martín, más del doble que en cualquier otro de los conjuntos y las entesopatías registradas en la mayoría de los esqueletos reportan evidencias de estrés por carga y caminata pesadas, por lo que sugerimos que sus ocupantes pudieron dedicarse al transporte de materiales como granos, líquidos o semi líquidos, ya sea a larga distancia o a nivel local e incluso regional.

Otro aspecto que vale la pena resaltar de TL67, es la presencia de materiales cerámicos provenientes del Valle de Toluca, mismo que se localiza en una probable ruta de comercio y comunicación entre la Cuenca de México y el Occidente, incluyendo los ricos valles de Michoacán, situación que se vincula con los materiales del Occidente de México —principalmente de Michoacán— que han sido hallados en los conjuntos de este vecindario, como es el caso de TL9 (Ortega, 2008) y 19:N2W5 (Gómez, 2002, 2009). De esta forma el vecindario presenta materiales cerámicos foráneos provenientes por lo menos de tres regiones: Oaxaca, Valle de Toluca y Occidente de México, de los cuales el más abundante es el primero. La distribución de estos materiales entre los conjuntos está dada de la siguiente manera:

Conjunto	Cerámica oaxaqueña	Cerámica del Occidente	Cerámica del Valle de Toluca
1:N1W6 (TL1)	Si	No	No
9:N1W6 (TL9)	Si	Si	No
11:N1W6 (TL11)	Si	Si	Si
67:N2W6 (TL67)	Si	No	Si
19:N2W5	Si	Si	No

Otro de los aspectos importantes a considerar para comprender las actividades desarrolladas por los habitantes del vecindario, son las marcas de estrés ocupacional o entesopatías registradas en los esqueletos recuperados. En este caso nos referiremos principalmente al desgaste dental y la degeneración osteoarticular, por ser afecciones relacionadas directamente con actividades de repetición constante y prolongada, que se engloban en el nivel de lo cotidiano y nos permiten esbozar los esfuerzos requeridos para ciertas actividades. Nos basamos en los datos de Jorge Archer, quien analizó los 68 esqueletos que conforman la muestra de las temporadas 2008-2011 del proyecto de investigación arqueológica con el que se exploraron los conjuntos arquitectónicos de este vecindario.

En lo concerniente al desgaste dental por género, las mujeres presentaron los valores más altos, posiblemente debido a la realización de actividades específicas y al consumo de una dieta dura³. Por otro lado, las huellas de estrés ocupacional en áreas de inserción muscular, fueron las afecciones más frecuentes de la muestra estudiada, alcanzando un 36% (25/68) (Archer, 2012: 165-167). Las lesiones osteoarticulares se observaron en 8.8% (13/68) de la población, y se localizaron principalmente en áreas de articulación, como hombros, muñeca, cadera, rodillas y tobillos.

Distribución de degeneración osteoarticular por sexo (tomada de Archer, 2012: 166)

		DegOsteoArt			Total
		No observable	No Presente	Presente	
Sexo	Indeterminado	10	14	0	24
	Masculino	12	3	4	19
	Femenino	14	2	9	25
Total		36	19	13	68

³ Con dieta dura, nos referimos a alimentos como carne o alimentos que por el proceso de elaboración presentan partículas abrasivas, por el uso de molcajete y piedra de molienda (Archer, 2012: 165).

Las lesiones en columna vertebral se presentaron en 9.5% (14/68), de los cuales 2.04% (3/68), mostraron fusión en vertebras y 7.4% (11/68) desarrollo de osteofitos en los cuerpos vertebrales.

Distribución de Afecciones en columna vertebral por sexo (idem)

		Columna Vertebral				Total
		No observable	No presente	Fusion	Osteofitos	
Sexo	Indeterminado	10	14	0	0	24
	Masculino	11	2	1	5	19
	Femenino	15	2	2	6	25
Total		36	18	3	11	68

En cuanto a casos de afecciones de la columna vertebral por edad, se observó que solo un 9.5 % de la muestra las presenta, ubicados en grupos de edad adultos.

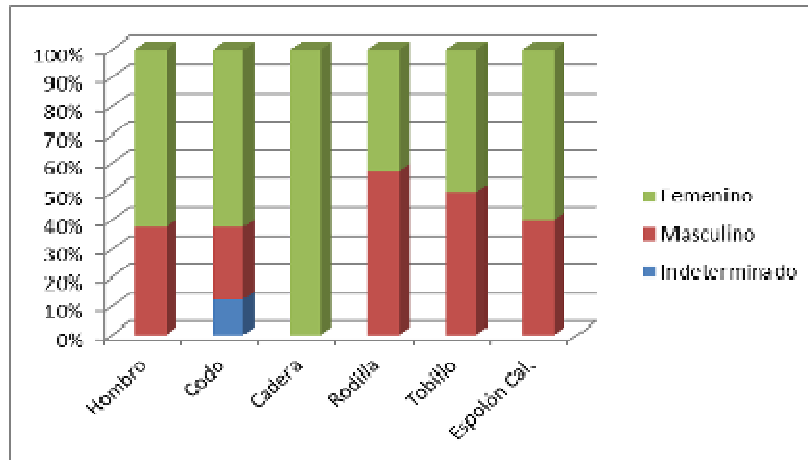
Distribución de Afecciones en columna vertebral por edad (ibídem)

		Columna vertebral				Total
		No observable	No presente	Fusión	Osteofitos	
Edad	Perinatal	2	10	0	0	12
	Infantil	3	2	0	0	5
	Niñez	5	6	0	0	11
	Adolescente	2	0	0	0	2
	Adulto Joven	20	0	1	4	25
	Adulto Medio	4	0	1	7	12
	Adulto Mayor	0	0	1	0	1
Total		36	18	3	11	68

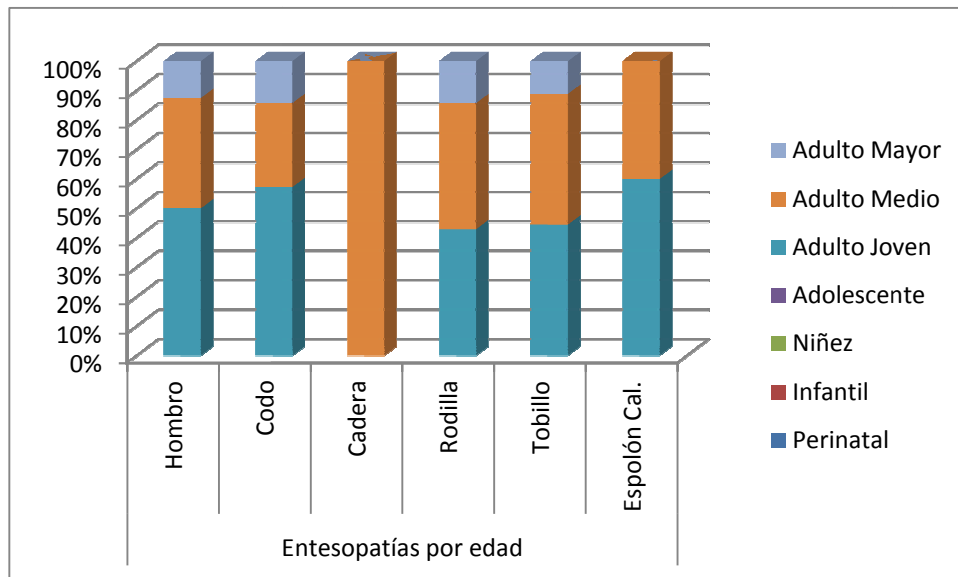
La degeneración osteoarticular y las afecciones en la columna vertebral fueron evidentes en 9 casos femeninos contra 5 casos de individuos masculinos. La mayor incidencia de casos en individuos del sexo femenino podría relacionarse con actividades de molienda u otras asociadas con el género.

En el resumen por áreas de articulación y de inserciones musculares la distribución fue interesante, pues las mujeres presentan mayor cantidad de entesopatías en hombros, codo y rodillas, mientras que los hombres en tobillo. En cuanto a la distribución por rangos de edad, las afectaciones son ligeramente mayores en grupos de adultos medios.

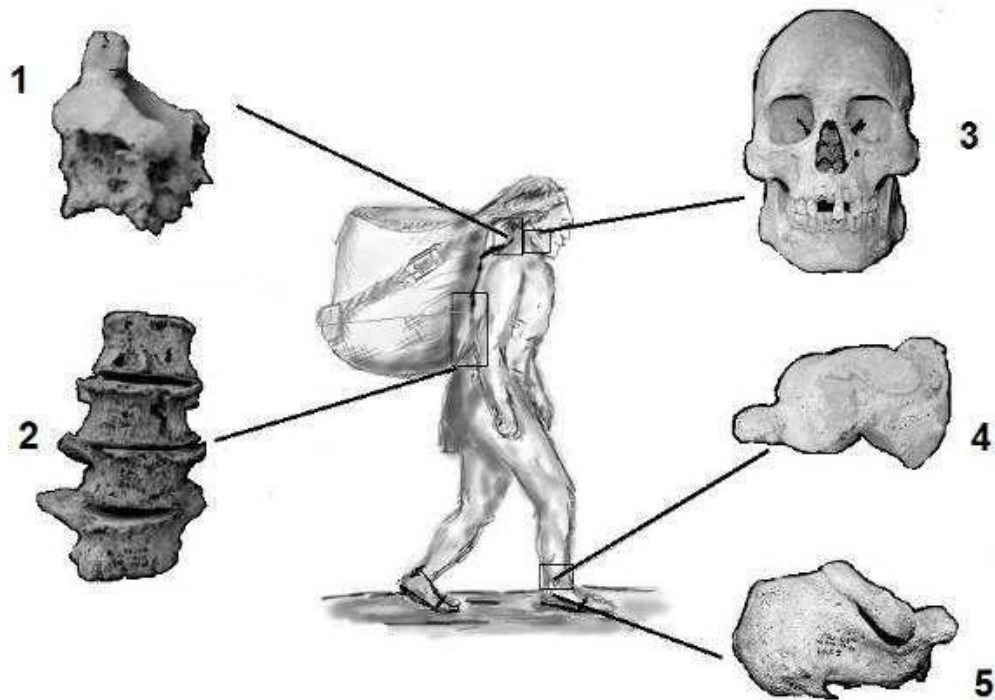
Distribución de entesopatías por sexo (ibídem)



Distribución de entesopatías por edad (ibídem)



Las zonas en las que se identificaron las entesopatías, nos dan una idea de las actividades que esta población realizaba, pues el tipo de afectación indica que los huesos estaban en constante estrés, principalmente por carga pesada. Muy probablemente esta gente se dedicaba a transportar fardos usando un mecapal. Los espolones óseos encontrados en calcáneos sugieren que la actividad de carga y la de caminar largas distancias, era posiblemente un oficio realizado tanto por hombres como por mujeres (Archer, 2012: 170).



Áreas de afectación en el esqueleto por la acción de carga con mecapal. 1) Vértebras cervicales fusionadas, 2) Generación de osteofitos en vértebras lumbares, 3) Desarrollo de inserciones en músculo macetero, 4) Generación de rebordes óseos por actividad en tobillo, 5) Espolón óseo en calcáneo (tomado de Archer, *op.cit.*: 171).

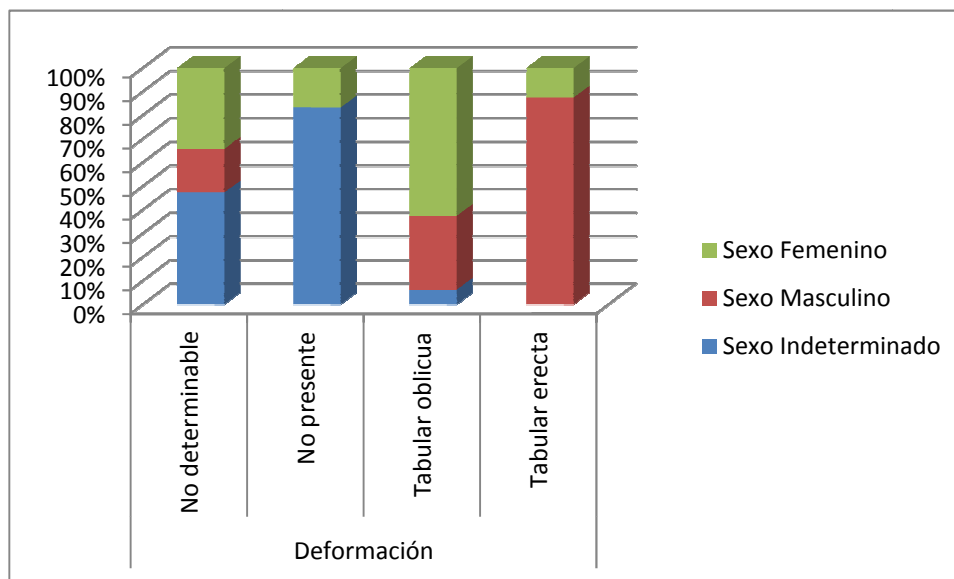
Los datos obtenidos en esta muestra coinciden en gran medida con los reportados por Sanders y Cid (2011: 81-83) en los conjuntos arquitectónicos 22:N1W6, 20:N1W5 y 13:N4W5, que forman parte de este vecindario, pues en sus registros de entesopatías determinan que los habitantes de esos tres conjuntos son muy semejantes al coincidir en gran medida en la presencia de robusticidad asimétrica en los brazos, colapsamientos en cuello, desgaste articular en rodilla y fuertes inserciones y picos en peronés y talones de ambos pies, tanto en hombres como en mujeres.

En lo que se refiere a los rasgos culturales identificados en los esqueletos, se encuentra la deformación cefálica intencional, la cual es una práctica constante en las antiguas poblaciones mesoamericanas. Para el caso de la población estudiada en este trabajo, se pudo observar que los individuos de sexo masculino presentaron una mayor frecuencia de deformación tabular oblicua, mientras que las mujeres presentan con mayor frecuencia deformación de tipo tabular erecta (*ídem*: 172).

Deformación cefálica intencional por sexo

		Deformacion				Total
		No determinable	No presente	Tabular oblicua	Tabular erecta	
Sexo	Indeterminado	18	5	1	0	24
	Masculino	7	0	5	7	19
	Femenino	13	1	10	1	25
Total		38	6	16	8	68

Deformación cefálica intencional por sexo (Ibid.)



En base a lo observado, la deformación cefálica predominante en este vecindario es la tabular, variedad oblicua, misma que es más común en los individuos de sexo femenino y la tabular erecta en masculinos. A este respecto vale la pena apuntar los reportes de Cid y Torres (1999: 321) de los entierros localizados en los conjuntos 22:N1W6, 20:N1W5 y 13:N4W5, pertenecientes al mismo vecindario, de los cuales se reportan 16 cráneos con deformación intencional, lo que hace de esta práctica cultural un elemento común entre esta población. El tipo de deformación predominante en dicha muestra fue el tabular erecto, aunque hay un individuo con deformación tabular oblicua; además se localizaron evidencias de mutilación dental, presentándose los tipos A-4, B-5, B-6 y C-3 (*ídem*: 329).

La dieta de los habitantes del vecindario, en cuanto a ingesta de carne animal, parece haber sido variada, pues existen evidencias claras de que los animales fueron

consumidos, al identificarse huellas de corte, huesos hervidos, huesos mordidos, trabajados y quemados (sometidos a calor); dichos procesos, en su gran mayoría son llevados a cabo por el hombre con el objetivo de que la fauna potencialmente aprovechable le sirva como alimento y/o herramienta; en este sentido se encontraron todos los procesos antes expuestos.

La fauna más abundante identificada en la categoría especie, por orden de abundancia, fue: *Canis familiaris* (perro), *Odocoileus virginianus* (venado cola blanca), *Meleagris gallopavo* (guajolote), *Sylvilagus floridanus* (conejo castellano), *Trachemys scripta* (toruga), *Lepus callotis* (liebre), *Lepus californicus* (liebre cola negra), *Felis concolor* (puma), *Antilocapra americana* (berrendo), *Mustela frenata* (comadreja), *Pappeogeomys thylorhinus* (tuza) y *Didelphys virginiana* (tlacuache) (Gómez y Espinoza, 2012).

Como ya se ha mencionado con anterioridad, uno de los organismos que está mejor representado en la fauna del vecindario es el perro. Su abundancia en contextos domésticos, rituales y funerarios nos permite inferir que fue un elemento de vital importancia en las dinámicas de convivencia de los habitantes de los conjuntos. Cabe destacar, además, que este animal se halló incorporado en una gran cantidad de figurillas de cerámica, en diversas modalidades, desde aquellas muy elaboradas que incluso cuentan con pintura, hasta las más sencillas; sin embargo éstas no fueron halladas en contextos de ofrenda, ya que generalmente se les registró en rellenos constructivos.



Algunos ejemplares de figurillas de barro en las que se representan perros.

En una cuantificación más fina, que considera la abundancia por especie de acuerdo a la cantidad de organismos representados, podemos argumentar que son 5 los animales más frecuentes:

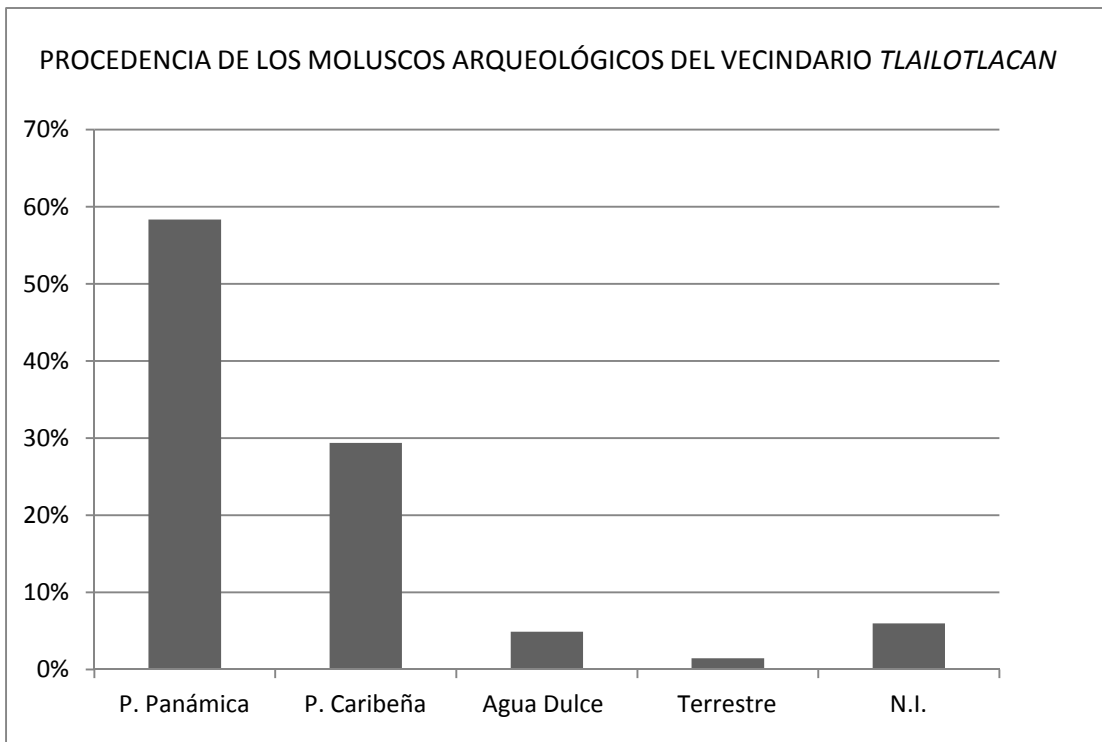
- 1.- *Canis familiaris* (perro)
- 2.- *Odocoileus virginianus* (venado cola blanca)
- 3.- *Meleagris gallopavo* (guajolote)
- 4.- *Sylvilagus floridanus* (conejo)
- 5.- *Trachemys scripta* (tortuga)

Estos animales probablemente son las que tuvieron un mayor uso entre los pobladores del vecindario; sin dejar de considerar aquellos organismos que también tuvieron un papel importante en la vida de estos habitantes, ya sea que fuesen empleados en actividades domésticas, alimento o elemento que aportaba materia prima para la manufactura artesanal, comercio, intercambio, entre otros. De estas especies destacan el puma (*Puma concolor*), la tortuga de orejas rojas (*Trachemys scripta*), la tortuga casquito (*Kinosternon sp*) y el tiburón (*Carcharhinus sp*) (*ibídem*).

Pero también la fauna marina tuvo presencia, principalmente en contextos de rituales (ofrenda) y funerarios. En este caso consideramos fundamental comprender el uso que se le daba al material malacológico, en el entendido de que —cuando son marinos— su hábitats se encontraban a distancias considerables del altiplano central y, si se trataba de organismos dulceacuícolas, era importante identificar los nichos ecológicos de donde los estaban sustrayendo y la disponibilidad de los mismos en diversas actividades. Lo anterior en el entendido de que las conchas constituyeron uno de los materiales más utilizados en la elaboración de objetos y su accesibilidad no debió ser uniforme para todos los estratos sociales de la ciudad.

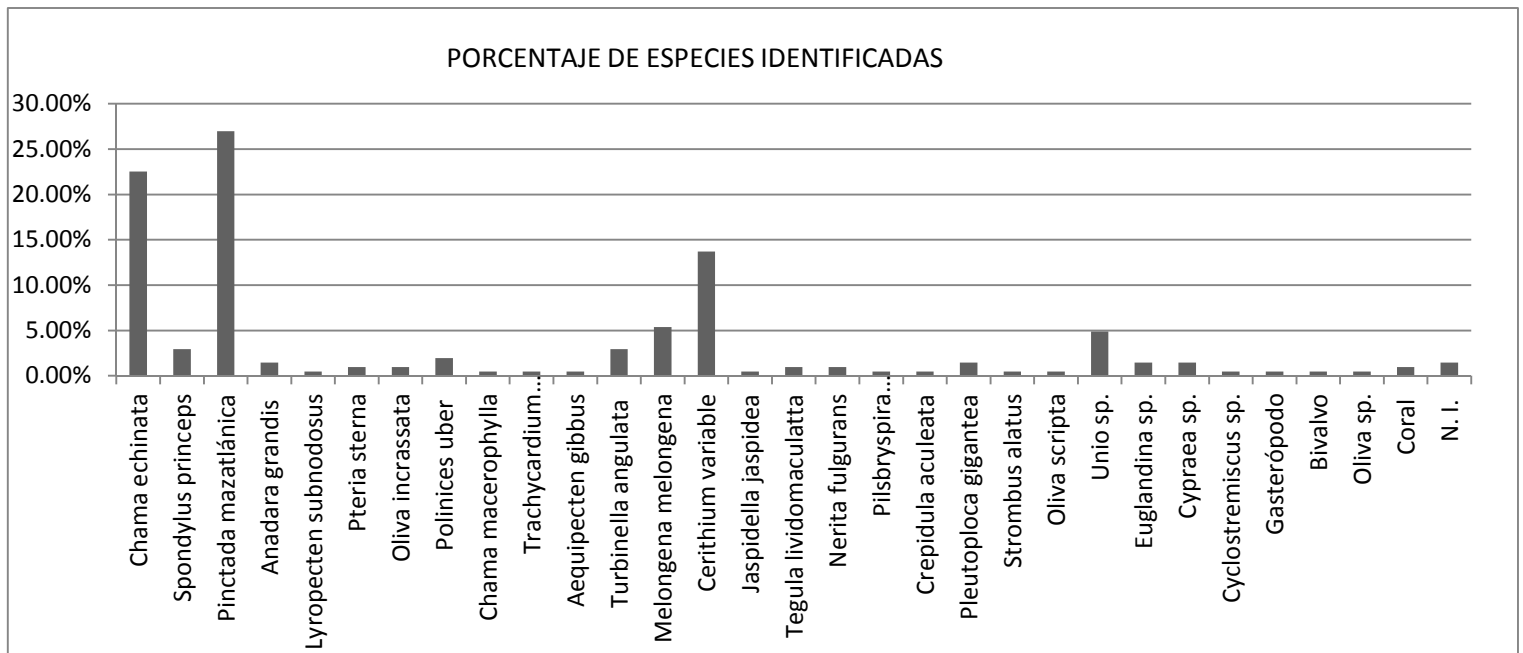
En este caso se realizó la identificación taxonómica de las especies presentes en el vecindario, para deducir las zonas de hábitat y la preferencia por determinadas especies; de la misma forma se estudiaron las técnicas de manufactura para precisar los procesos de trabajo y las herramientas susceptibles de haberse utilizado (Paz Bautista; 2012).

Así, se pudo observar que La mayoría de las especies identificadas (58.32%) tuvieron su lugar de procedencia en la Provincia Malacológica Panámica. El 29.4 % de los moluscos se desarrollaron en la Provincia Malacológica del Caribe; procedentes de un hábitat de agua dulce un 4.9% y de un ambiente terrestre solamente el 1.47%. Como especies no identificadas (6%), se agruparon los géneros *Cypraea sp.* *Cyclostremiscus sp.* *Oliva sp.* Gasterópodos, Bivalvos, dos fragmentos de coral y tres fragmentos que fueron imposibles de agrupar.



Se identificaron un total de 22 especies, ocho de estas corresponden a la Provincia Malacológica Panámica, seis se agruparon como bivalvos (*Chama echinata*, *Spondylus princeps*, *Pinctada mazatlánica*, *Anadara grandis*, *Lyropecten subnodosus* y *Pteria sterna*) y dos como gasterópodos (*Oliva incrassata* y *Polinices uber*). En la Provincia Malacológica del Caribe, se identificaron los bivalvos *Chama macerophylla*, *Trachycardium muricatum* y *Aequipecten gibbus* y los gasterópodos: *Turbinella angulata*, *Melongena melongena*, *Cerithium variable*, *Jaspidella jaspidea*, *Tegula lividomaculata*, *Nerita fulgurans*, *Pilsbryspira albomaculata*, *Crepidula aculeata*, *Pleuroploca gigantea*, *Strombus alatus*, y *Oliva scripta*. La familia *Unionidae* desarrollada en agua dulce y el género *Euglandina* sp. de ambiente terrestre arbóreo (tomado de Paz Bautista, 2012).

Se registraron un total de 204 objetos de concha, de cuyo análisis se desprende que hubo una mayor disponibilidad de dos especies importantes en la historia de la urbe y que fueron utilizadas por los teotihuacanos como marcadores de estatus, como símbolos de identidad de las jerarquías intermedias (Velázquez, Pérez y Paz 2012, en prensa) y para la elaboración de objetos que definen el estilo lapidario de Teotihuacán (Turner 1992: 89-112).



Estas dos especies tienen su hábitat en la Provincia Malacológica Panámica, distribuida en la costa del Pacífico y supera en frecuencia a los especímenes que se obtuvieron en el Golfo de México y Mar Caribe. Llama la atención que estos bivalvos son los especímenes que aparecen con mayor frecuencia, como es el caso de la *Pinctada mazatlánica*, de la cual encontramos las evidencias de producción y, en menor proporción, objetos de uso ornamental (muchos de estos elaborados aparentemente con desechos de manufactura). La otra especie panámica es *Chama echinata* y también se encontraron evidencias de producción y objetos votivos (algunos de los cuales presentan evidencias de cinabrio). Los datos anteriores nos permiten sugerir algunas ideas en torno a la obtención, producción y circulación de los moluscos en el vecindario *Tlaliloltlacan*:

1) La obtención y acceso al bivalvo de aspecto nacarado con el que se manufacturaron ornamentos como incrustaciones circulares caladas y pendientes trapezoidales con muescas y a la especie *Chama echinata* (de tonalidades que van del rosa al violeta pasando por el rojo), que fue utilizada junto con valvas de *Spondylus princeps*, *Spondylus calcifer* (hábitat en la costa del Pacífico), *Spondylus americano* y *Spondylus ictericus* (procedencia de la costa del Atlántico) en contextos de carácter ritual con una carga simbólica importante en la cosmogonía de la antigua ciudad (Paz Bautista, 2010, en prensa), indica que el control que el estado teotihuacano tuvo sobre este tipo de materiales fue permisible para los habitantes del vecindario o bien, que los propios

residentes consiguieron estos recursos por cuenta propia. En ambos casos la producción de los bienes estuvo controlada y la circulación de los productos más aún.

2) La presencia de un elevado porcentaje de evidencias de manufactura —materia prima, desechos, objetos errados, piezas reutilizadas— relacionada con la producción de por lo menos un tipo de ornamento (incrustaciones circulares caladas elaboradas con *Pinctada mazatlánica*)⁴ indica que este tipo de objetos fueron manufacturados en el vecindario, sin embargo, el uso fue exclusivo para los residentes de origen local o teotihuacano, ya que estos ornamentos solo se han encontrado en conjuntos residenciales de niveles elevados. En los contextos de *Tlailotlacan* no hay objetos completos de este tipo, solo fragmentos que fueron reutilizados como piezas votivas.

La precisión de las herramientas utilizadas en la manufactura y la presencia de pulidores de pedernal, aunados a la gran cantidad de evidencias de producción, confirman que en el vecindario se elaboraron estos bienes de circulación restringida durante la fase Xolalpan (Paz Bautista, 2012).

En síntesis, los datos arqueológicos nos indican que el vecindario de *Tlailotlacan* cuenta con una larga historia de ocupación, prácticamente desde las fases urbanas más tempranas hasta el momento de la desintegración del sistema sociopolítico teotihuacano, proceso que se puede resumir de la siguiente manera:

- Fases Tzacualli - Miccaotli (1-250 d. C.)

De acuerdo con la información recuperada en los conjuntos TL11, TL67, así como los canales excavados en el tepetate en TL6 reportados por Nichols, Spence y Borland (1991), las construcciones eran sólidas, hechas de piedra (principalmente cantos rodados) y adobes unidos con lodo, siguiendo un patrón de cuartos y patios cuya distribución aun no es clara, dada la escasez de evidencias, sin embargo sabemos que desde estas fases ya se utiliza el sistema de enlajado en las superficies habitables. La canalización del agua pluvial fue imprescindible, razón por la cual se desarrolló un sistema hidráulico enfocado a encauzar los escurrimientos de la partes altas y a almacenarla en depósitos excavados en el tepetate, tanto al interior como en los espacios abiertos entre conjuntos. Es posible que el patrón de asentamiento haya sido disperso, dada la cantidad de habitantes en la ciudad, lo que se refleja en el hecho de que no localizamos evidencias arquitectónicas de estas fases en todos los conjuntos.

⁴ Dichos objetos fueron usados como aplicaciones de tocados, como pectorales y como objetos votivos asociados a prácticas funerarias, generalmente localizados en contextos mortuorios o rituales fuera de este vecindario.

- Fase Tlamimilolpan (200 - 450 d. C.)

La densidad de ocupación en el área aumenta considerablemente, pues existen restos arquitectónicos de esta fase en todas las zonas excavadas. Las construcciones son sólidas, hechas a base de grandes piedras basálticas, cantos rodados y adobes unidos con lodo, ya se aplanan los muros, tanto con arcilla como con argamasa, utilizándose además los enlucidos de estuco e incluso la decoración con pigmentos en los bordes de pisos y muros. Los pisos de patios, plazas y pasillos son cubiertos con lajas, como una característica propia de este sector y las habitaciones se distribuyen en torno a estos espacios abiertos, conformando un patrón claro de unidades habitacionales individuales, integradas en conjuntos arquitectónicos amurallados. Dentro del patrón arquitectónico se incluye la tumba, un recinto funerario construido de manera previa a las plataformas de los templos domésticos y debajo de los patios y las plazas, lo que nos indica que el diseño de los conjuntos ya incluía la presencia de este elemento. El sistema hidráulico para el desalojo de aguas pluviales y residuales se encuentra muy desarrollado, pues debajo de los pisos corren los ductos que canalizan los escurrimientos desde los patios hasta el exterior de los conjuntos, además existen ductos a cielo abierto que rodean algunas plataformas (como el caso de la plataforma oriente en la plaza enlajada 1 de TL11). Todo este complejo sistema constructivo es un indicador de la accesibilidad a los recursos con que cuentan estos grupos, así como idea de una permanencia continua en el lugar, pues están realizando construcciones sólidas, que no requieren de mucho mantenimiento y que le permitirán habitar el sitio por más de una generación.

Las funciones de los conjuntos arquitectónicos están orientadas al ámbito doméstico, distinguiéndose diferencias internas que pueden indicar distinciones jerárquicas entre los habitantes de los mismos, en las que sobresalen ciertas familias, dada la presencia de objetos suntuarios, calidad de construcción de su unidad residencial y complejidad del ritual funerario de sus integrantes, los cuales son depositados mayoritariamente en tumbas.⁵

Se aprecia además la circulación de bienes foráneos al interior del vecindario, provenientes de por lo menos tres regiones: Oaxaca, el Valle de Toluca y el Occidente de México (posiblemente Michoacán), situación que podría estar determinando la

⁵ De acuerdo con González Licón (2011:17) en el contexto arqueológico los niveles de estratificación o evidencia de clases sociales están indicados también por una mayor cantidad de bienes o de riqueza en general. Sin embargo se debe tener en cuenta que las clases sociales no pueden identificarse por su relación directa con algunos bienes u objetos suntuarios, sino que deben distinguirse por una evaluación multi causal de diferencias cuantitativas y cualitativas de bienes de prestigio y no prestigio, ubicación de lugar de residencia, tamaño de la casa, condiciones de salud y tratamiento funerario, entre otros.

participación de estos grupos en circuitos de intercambio hacia dichas regiones. Las diferencias significativas entre los conjuntos se dan con base en el tipo de materiales foráneos que circulan en su interior, así tenemos que los bienes procedentes del Occidente de México están presentes en TL9, TL11 y 19:N2W5, los del valle de Toluca en TL67 y TL11, mientras que los oaxaqueños se encuentran en todos los conjuntos, sin que se halla detectado hasta el momento la presencia específica de un tipo de objeto, materia prima o artefacto determinado para un conjunto en particular, lo que nos habla de cierta homogeneidad respecto de los bienes procedentes de Oaxaca en el vecindario.

En el nivel ideológico es claro que existe un culto a los ancestros, dada la presencia de tumbas que son reabiertas en diferentes momentos para depositar cadáveres más recientes, así como la reutilización de segmentos de esqueletos (principalmente cráneos), posiblemente para asegurar la cercanía parental con las familias de mayor prestigio en el vecindario⁶. Las vasijas efigie son más abundantes en esta fase que en otras, y el conjunto TL1 parece tener un acceso más amplio a este tipo de objetos, que son utilizados principalmente para acompañar a los difuntos. La mayoría de los individuos enterrados en tumbas son adultos, en muchos casos se trata de hombres y mujeres, a manera de parejas "primordiales", posiblemente las parejas fundadoras de los grupos familiares, y son acompañados de cánidos (ya sea esqueletos completos u objetos elaborados con partes de cánido, como son los pendientes de colmillo), mientras que aquellos que fueron enterrados de manera individual en fosas excavadas debajo de patios o habitaciones, no parecen mostrar un patrón de edad o género.

Llama la atención la abundancia de restos de infantes, colocados principalmente en patios y plazas, y entre ellos sobresalen los esqueletos de los niños depositados en el Patio de Captación de TL11, así como los niños depositados en posición decúbito ventral extendido sobre los pisos enlajados de patios, como en el caso de TL1. Estos patrones funerarios son exclusivos de este sector urbano hasta el momento, y marca una particularidad propia de los habitantes del mismo.

- Fases Xolalpan - Metepec (450 - 600 d.C.)

Durante este período el área del vecindario continúa densamente ocupada, prácticamente todos los conjuntos explorados cuentan con evidencias de funcionamiento, incluso de crecimiento y transformaciones en muchos de sus espacios.

⁶ Contextos en los que se reutilizan cráneos humanos han sido localizados en unidades domésticas del Clásico tardío en Monte Albán. González Licón (2011: 207) subraya que algunos etnógrafos reconocen el significado de estos cráneos que son recuperados por sus descendientes como un símbolo político y un elemento de legitimación en el interior del grupo doméstico.

TL11 se distingue del resto de los conjuntos por su nuevo patrón arquitectónico, que incluye una traza en la que predominan los espacios abiertos (patios, plazas), mejorando la calidad de sus materiales constructivos, pues ahora están integrados los basaltos y tezontles en las esquinas de vanos, escalones y muros; además de que disminuyen las evidencias de actividades domésticas para dar mayor preponderancia a las actividades de carácter ritual y colectivo.

El resto de los conjuntos muestran un patrón habitacional similar al de la fase anterior, pero también hay algunos cambios relacionados con el almacenamiento y posible transporte de ciertos artefactos, como son las herramientas para la construcción, principalmente alisadores hechos con basalto y tezontle. Diversas concentraciones de estos objetos fueron localizados en el conjunto TL1, lo que nos permite inferir cierta especialización en el manejo de estos objetos, la cual no está relacionada con su manufactura, pues no hay registro de desechos de producción, más bien se cuenta con los objetos terminados, concentrados en áreas que pudiesen ser de almacenamiento. Por su parte TL67 muestra una gran cantidad de restos de ánforas del grupo Anaranjado San Martín, las cuales posiblemente hayan sido utilizadas por los habitantes del conjunto para el transporte de objetos o sustancias.

Los conjuntos muestran ya una tendencia a la especialización en ciertas actividades, de hecho es probable que en algunas unidades domésticas se estuviesen produciendo objetos de concha que no eran para el autoconsumo, sino para el intercambio, pues hay evidencias de los procesos productivos, pero los objetos terminados no se encuentran en el vecindario, sino que forman parte de los ajuares y vestimentas de grupos sociales identificados en el sector central de la ciudad.

Por otra parte, en este período sobresale por primera vez un motivo iconográfico que no es identificado con anterioridad, se trata del glifo de Tláloc B, cuya presencia en TL11 podría ser un indicador del vínculo entre el gobierno central y las autoridades o grupos jerárquicos superiores de este vecindario.

Es posible que las jerarquías sociales cuenten con un sustento ideológico en el que predominen los conceptos de linaje y pertenencia jerárquica, pues el único entierro localizado en una tumba de esta fase en TL11, es el de una niña, cuya identidad grupal está siendo marcada con un ajuar funerario que incluye objetos locales y foráneos.

La cerámica oaxaqueña utilizada en el vecindario continúa perteneciendo a las vajillas domésticas y utilitarias (cajetes cónicos, apaxtles, macetas, vasos, figurillas antropomorfas y zoomorfas), mientras que las vasijas efigie parecen escasear, pues solo se

registran fragmentos de ellas en depósitos rituales de TL11, así como una pieza “matada” en TL7 (Millon, 1967).

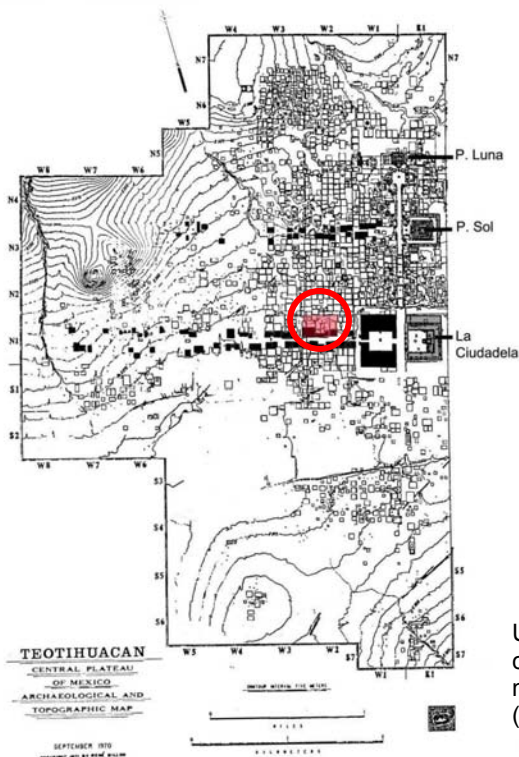
En general las condiciones de vida parecen haber sido positivas en todas las fases, pues no hay evidencia de afecciones relacionadas con la desnutrición, además de que los conjuntos contaban con la infraestructura necesaria para mantener a los habitantes en condiciones de higiene promedio, evitando así ciclos infecciosos que afectarían a determinados grupos de edad. La ingesta de proteína animal estaba garantizada en cierta medida con la posible crianza doméstica de aves de corral (guajolote), conejos y perros, así como con la caza periódica de venado y liebre.

La evolución del vecindario tiene una correspondencia directa con el desarrollo urbano que se da en el Valle de Teotihuacán, pues aquí podemos observar el mismo ciclo de crecimiento poblacional y desplazamiento de la mancha urbana, por lo que es posible proponer que la historia del vecindario está ligada a la historia de la ciudad, desde su traza primigenia, hasta los últimos momentos del fenómeno teotihuacano.

4.3 Las otras agrupaciones de cerámica gris de manufactura local

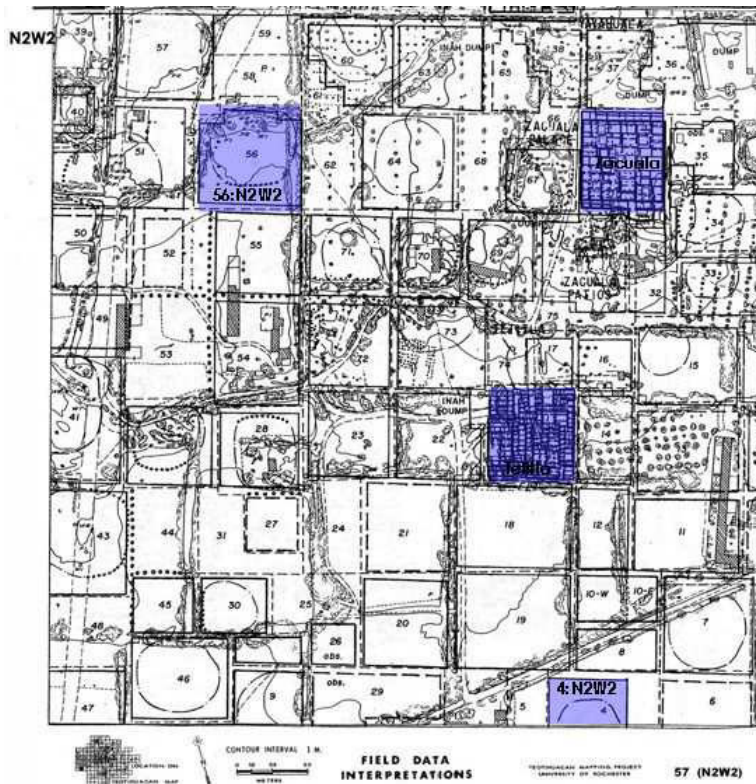
La segunda agrupación de cerámica gris de manufactura local identificada por el TMP (1973) y posteriormente verificada por Rattray (1987), es la que se localiza al poniente del Gran Conjunto, en los sectores N1W2 y N2W2, donde se han excavado algunos conjuntos arquitectónicos, tanto por proyectos de investigación como por salvamentos arqueológicos.

La cercanía del área con la Calzada de los Muertos, así como con el complejo público conocido como el Gran Conjunto, la ubican como una zona céntrica, densamente urbanizada y en la que existen conjuntos arquitectónicos de gran calidad constructiva, en los que se han registrado importantes ejemplos de pintura mural.



Ubicación de la concentración de cerámica gris de manufactura local al norponiente del Gran Conjunto (Modificado de Millon *et al.*, 1973)

Los datos de que disponemos provienen específicamente del sector N2W2, e incluyen elementos arquitectónicos, cerámicos e iconográficos, aunque es importante mencionar que aún podrían considerarse como datos aislados, pues hasta el momento no se han realizado excavaciones extensivas con las que se pueda obtener información que permita asociar etapas constructivas y contextos específicos, sin embargo no deja de ser relevante la presencia de elementos ajenos a lo “teotihuacano” en esta sección de la ciudad.



Ubicación de los conjuntos arquitectónicos en los que se han localizado rasgos arqueológicos foráneos. Sector N2W2 del Plano Arqueológico de la Ciudad de Teotihuacán (redibujado de Millon, *et al.*, 1973).

Esta sección urbana se localiza en terreno plano, con una ligera pendiente nortesur, delimitada hacia el sur por la hipotética Avenida Oeste y el cauce natural del Río San Juan; hacia el norte se localiza la también hipotética Avenida de la Pirámide del Sol (a la que nos hemos referido en el capítulo anterior); en el oriente hay vecindad con el Gran Conjunto y hacia el poniente una serie de conjuntos arquitectónicos alineados en torno a la barranca Cozotlán. El área se encuentra densamente ocupada por construcciones, al grado que en el mapa arqueológico se aprecia un “apiñamiento” de conjuntos que se comunican unos con otros a través de estrechas callejuelas y comparten pequeños

espacios abiertos. Se trata además de una sección urbana relativamente céntrica, localizada a menos de 1 km al oeste de la Avenida de los Muertos.

Las características específicas de los conjuntos a los que haremos referencia varían en cuanto a distribución de los espacios y por lo tanto a funcionalidad, sin embargo comparten rasgos que podrían definir al vecindario, como lo son la buena calidad de los materiales constructivos y los acabados arquitectónicos, así como la presencia de pintura mural.

A diferencia de la información presentada en el capítulo previo, en este caso carecemos de información cronológica precisa, dada la falta de excavaciones amplias y sistemáticas; sin embargo aún en esas condiciones es posible resaltar que los conjuntos arquitectónicos debieron estar en franco proceso de construcción, ampliación y modificaciones hacia la fase Tlamimilolpan (200-350 d. C.) pues —a decir de Cowgill (1992: 214)— a finales de dicha fase la mayoría de las personas vivían en complejos departamentales contruidos con paredes de piedras careadas recubiertas de concreto. Contamos además con los datos de algunos conjuntos pertenecientes a esta sección, con los que se determina una ocupación en el área a partir de la fase Tlamimilolpan Tardío, como es el caso de Atetelco (Ortega, 2011: 81), Tetitla (Angulo, 1987 y 1997), Zacuala (Rattray, 1997) Yayahuala (Rattray, 1997) y Totometla (Juárez Osnaya, 2006).

A pesar de que Rattray (1993: 8-9) registra la presencia de cerámica gris de manufactura local en la superficie del área, las diversas exploraciones arqueológicas no han reportado el hallazgo de contextos primarios para esos materiales, ni ejemplos específicos de las vasijas correspondientes. Sin embargo, en lo que se refiere a vasijas de pasta gris importadas, es en esta zona en donde se han recuperado muy buenos ejemplos, provenientes principalmente de contextos de ofrenda, como desglosamos a continuación:

- Patios de Zacuala

Como parte de la ofrenda del entierro 7, localizado durante las excavaciones realizadas por personal del INAH en la década de los años sesenta, se recuperó un vaso de paredes rectas, con ángulos basales ligeramente redondeados; diseño de motivos de escama y línea en un formato de banda (Rattray, 1997: 177). Es una vasija de pasta negra, pulida, de forma similar a las reportadas por CBA (1967: 322, fig. 271d, e), correspondiente al período Monte Albán IIIA. Cabe mencionar que el entierro está fechado en la fase Xolalpan Tardío.



Vasija de pasta negra proveniente de los Patios de Zacuala (tomado de Rattray, 1993: 46).

- Conjunto arquitectónico 65:N3W2

Durante un salvamento arqueológico se exploró el límite oriente de este conjunto arquitectónico, dejando al descubierto un pequeño patio enlajado, delimitado por banquetas, en cuya esquina NW se localizó una fosa, que al ser excavada dejó al descubierto una ofrenda compuesta por placas circulares de concha y dos vasijas de pasta gris compacta, de procedencia foránea (Torres Contreras, 1996).



Pequeño patio enlajado del conjunto 65:N3W2 (Tomado de Torres Contreras, 1996).



Conjunto de placas circulares de concha colocadas en la esquina NW del patio enlajado (*idem.*).



Vasijas de barro gris localizadas debajo de las placas circulares de concha (*idem.*).



Olla con asa vertedera una vez restaurada.



Fragmento de cajete cilíndrico, con decoración de líneas incisas.

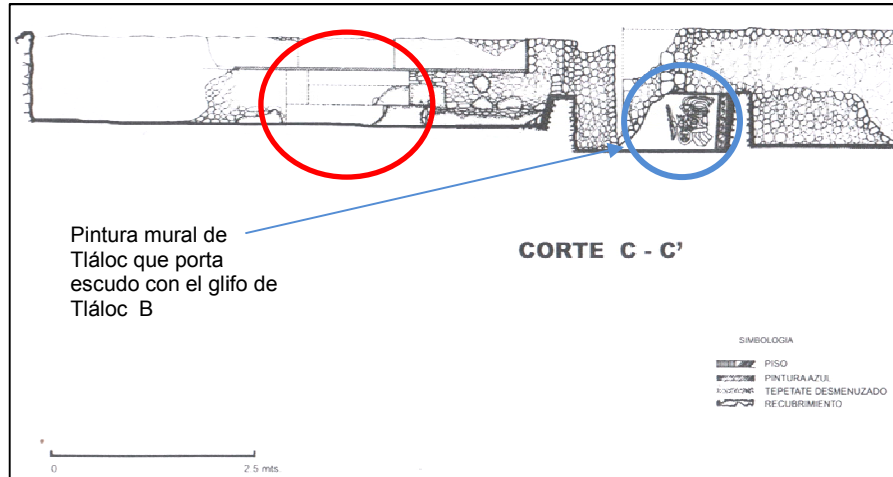
La primer vasija es una olla pulida con asa vertedera, del tipo G.3. Al igual que las mencionadas por CBA (1967: 340-342), esta pieza es de silueta bicónica, cuello recto y vertedera unida al cuerpo con un puente. De acuerdo con los autores citados (*ibídem*: 341), esta forma es una innovación en la cerámica de Monte Albán para la época MA IIIA, pues no se deriva de formas anteriores y bien podría tener su origen en el Valle de Oaxaca, debido a la falta de reporte en otros sitios y/o regiones.

En Monte Albán las jarras vertederas tanto con un asa como de dos son formas que se producen prácticamente desde la época I (CBA, 1967: 171, 222, 223, 290), sin embargo la olla bicónica con asa vertedera es exclusiva de la época MA IIIA, lo que nos permite delimitar cronológicamente con mayor precisión el contexto en que fue encontrada.

Respecto de la segunda vasija, se trata de un fragmento de cajete cilíndrico, pulido, de pasta gris correspondiente al grupo G.9, muy similar al que presentan CBA (1967: 324 Fig. 271d). Cuenta con decoración incisa de líneas rectas paralelas al borde y fondo; tipológicamente pertenece a la época MA IIIA.

- Conjunto arquitectónico Totómetla (27C:N1W2)

En este caso solo se reporta la presencia de tientos de cerámica gris, posiblemente de origen oaxaqueño, en algunos rellenos constructivos (Juárez Osnaya, 2006: 167), sin embargo corresponde al criterio arquitectónico el rasgo que resalta en el conjunto. Se trata de las molduras de dos tableros que enmarcan la escalinata central de una pequeña plataforma, dichas molduras guardan la forma de \sqcap ("u" invertida), como aquellas que hemos descrito en el capítulo anterior en el vecindario de *Tlailotlacan*.



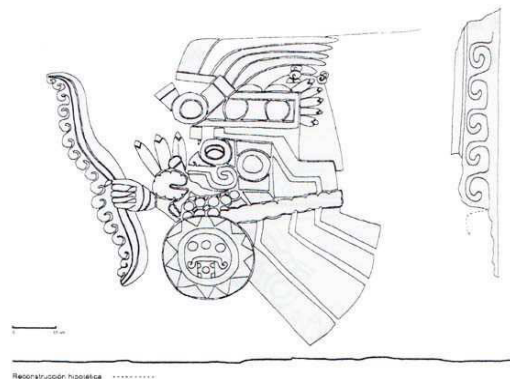
Tablero de tres molduras registrado en el conjunto Totómetla 27C:N1W2 (tomado de Juárez Osnaya, 2006: 106)

Otro elemento relevante en este conjunto es la presencia de pintura mural, y precisamente en los muros que delimitan la plaza en la que se encuentran los tableros de tres molduras, se registraron pinturas murales con la imagen de Tláloc, dibujado de perfil y en procesión, siguiendo direcciones este-oeste, convergiendo hacia la entrada a una habitación. Los personajes portan un escudo rojo con el glifo de Tláloc, es decir, tres círculos en la parte superior, en la parte media un labio superior y abajo un quince (Juárez y Ávila, 1995, Tomo I: 359).



Lámina 14. Totómetla, Pintura 2, mural 1 (Tláloc). Foto Leticia Salinas, junio, 1994.

Fragmento de pintura mural de Totómetla (tomado de Juárez y Ávila, 1995: 355, lámina 14).



Dibujo del fragmento de mural del muro norte, del cuarto nivel constructivo, Totómetla (tomado de Juárez, 2006: 216).

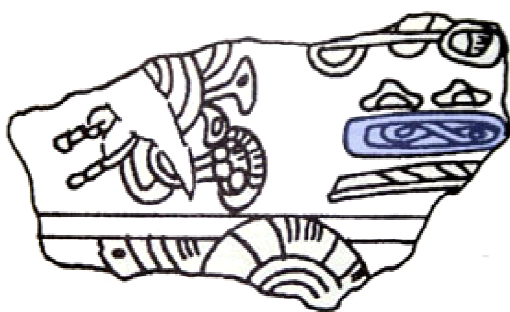
- Conjunto arquitectónico Tetitla (1:N2W2)

En Tetitla localizamos el mismo rasgo arquitectónico que en Totometla, es decir, está presente el tablero de tres molduras en uno de los basamentos de la sección norte del conjunto, en el área en que están dispuestos una serie de habitaciones y patios cuya función más probable fue la doméstica. El basamento se encuentra orientado hacia el sur, y su fachada consta de talud y tablero con las características que ya hemos mencionado.



Basamento con tableros en forma de U invertida, en el conjunto de Tetitla.

Por otro lado, respecto de la iconografía presente en el conjunto, investigadores como Ruíz Gallut (2002: 318-324) han sugerido que en la pintura mural del corredor 12a, algunas imágenes se puedan leer como cartuchos alusivos a días calendáricos, muy semejantes a los de la escritura zapoteca, así como numerales de barras y puntos, sin embargo esta iconografía se encuentra muy fragmentada, por lo que aún no es posible asociar de manera directa los elementos que la conforman.



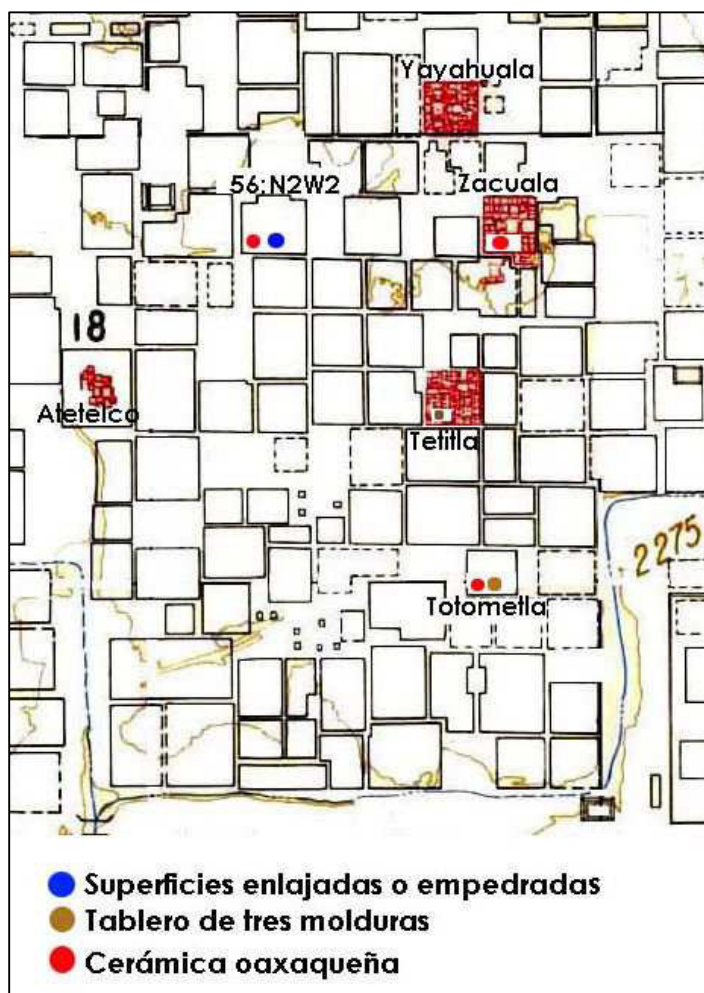
“8” horizontal que posiblemente haga alusión a una fecha calendárica (Ruíz Gallut, *op.cit.*: 321, iluminado mío).



Posible numeral de barras y puntos (*idem*: 324).

A pesar de que en la superficie de esta área se identificaron tiestos de cerámica oaxaqueña manufacturada con arcillas teotihuacanas (Rattray, 1994), a la fecha no hemos encontrado reportes de excavaciones arqueológicas en donde se mencione el registro de dichos materiales, contrario a lo que sucede con piezas completas de procedencia foránea, que han sido halladas en contextos específicos, como hemos mostrado.

En términos espaciales resulta complejo establecer límites en este vecindario, pues la alta densidad de construcciones y la carencia de datos de excavación no permiten verificar la relación funcional y cronológica entre los diversos conjuntos arquitectónicos, sin embargo en el plano adjunto hemos marcado la presencia de rasgos similares a los del vecindario Tlailotlacan, que podrían sugerir cierto vínculo entre los ocupantes del vecindario, así como entre éstos y los de Tlailotlacan.



Plano arqueológico del sector N2W2 (Millon, et. al., 1973) en el que se muestran los rasgos que sobresalen en este posible vecindario.

La cerámica oaxaqueña reportada hasta el momento en esta área corresponde a la fase Monte Albán IIIA y es congruente con la cronología general de algunos conjuntos arquitectónicos (Tlamimilolpan-Xolalpan), pero notoriamente más tardía a la registrada en el vecindario de Tlailotlacan, donde abundan los ejemplos de cerámica oaxaqueña Monte Albán II y transición II-IIIa.

Finalmente nos referiremos a la tercera agrupación de cerámica gris de manufactura local reportada por Rattray (1993), localizada en los sectores N2-N3W5, muy cerca de Tlailotlacan. En este caso, las excavaciones han sido sumamente escasas, al grado de contar únicamente con la información de los conjuntos arquitectónicos 19:N2W5, 21 y 22:N2W6. La información del primero ya ha sido presentada en el capítulo anterior, en la sección relativa a Tlailotlacan, pues su cercanía con el vecindario y la magnitud de las excavaciones, nos permiten contar con datos más precisos que lo contextualizan con el vecindario.

Esta agrupación de conjuntos arquitectónicos se localiza en la parte media de la vertiente sur del Cerro Colorado, cerca de su cara oriente. En esta área la pendiente es medianamente pronunciada, suavizada ligeramente por la erosión en el sur, ya que al este la pendiente es algo más abrupta. En algunas áreas aflora la roca madre, formada por derrames de riolitas o canteras rosáceas, mezcladas con zonas de tobas del mismo color pero más deleznable. El área actualmente está ocupada en su mayoría por pastos y matorral bajo o, en algunas parcelas, por plantíos de nopal.

El Cerro Colorado, junto con el Cerro Malinalco y su lomerío adyacente, delimitan el Valle de Teotihuacán por su extremo oeste, separándolo de las planicies de Tecámac, las cuales se extienden hasta las orillas del antiguo lago de Zumpango - Xaltocan. En esta loma, de acuerdo con el *Teotihuacan Mapping Project* (Millon, 1973) se ubican varias estructuras arquitectónicas que, al parecer, corresponden a conjuntos departamentales teotihuacanos. Estos, a diferencia de la mayoría, se ubican en zonas altas, lejos de la planicie aluvial y de fuentes conspicuas de agua, pero en sitios fácilmente defendibles (aunque dudamos que esta sea la causa de su ubicación), con un dominio visual de la totalidad del valle y de sus rutas más fáciles de acceso. Las estructuras arquitectónicas ubicadas sobre las laderas del Cerro Colorado forman un agrupamiento relativamente compacto y bien definido por la topografía y por su distribución espacial.

El agrupamiento se ubica en el límite oeste de la ciudad, entre los sectores N2W6, N2W7, N3W6 y N3W7, en un área aproximada de 500 por 500 m. Su emplazamiento inicia

200 m al norte del vecindario *Tlailotlacan*, 600 m al norte de la Avenida Oeste y 3 km al oeste de la Pirámide del Sol.



Planos arqueológicos y topográficos de los sectores N2W6 y N2W5, en los que se marca la ubicación de los conjuntos a los que hacemos referencia (modificado de Millon *et al.*, 1973).

- Conjunto arquitectónico 21:N2W6

Fecha con la cerámica en la fase Tlamimilolpan, se trata de un conjunto de uso doméstico, en el que se identificaron al menos 3 unidades arquitectónicas individuales: la primera de ellas consta de un patio central delimitado por habitaciones hacia el oriente, norte y sur, la segunda se integra por una habitación y un pasillo de circulación, mientras que la tercera se compone de un amplio patio central que comunica hacia los cuartos oriente, norte y sur. Todos los muros están orientados 15° al este del norte geográfico y están hechos principalmente con cantos rodados y bloques de tepetate cortado, unidos con argamasa de arcilla. La infraestructura incluye canales de drenaje con tapa de piedras planas y lajas. Una de las características relevantes del conjunto es que tanto el pasillo como los dos patios registrados presentan empedrado en su superficie, y en las esquinas de los patios se localizaron contextos de ofrenda compuestos por vasijas, lítica tallada y objetos de lítica pulida.

El material teotihuacano asociado a la arquitectura pertenece principalmente a cerámica de los grupos Bruñido y Pulido, relacionado con actividades domésticas como almacenamiento, preparación y consumo de alimentos (ánforas, ollas, cajetes); aunque también hay cerámica del Grupo Mate Fino asociada a actividades rituales: miniaturas y

figurillas, así como cerámica foránea, principalmente de los Grupos Anaranjado Delgado y Granular. Los objetos de lítica pulida localizados como ofrenda corresponden a alisadores y pulidores de estuco, percutores, cortineros, lajas y fragmentos de piedras careadas; los alisadores y pulidores eran objetos usados pues todos contaban con restos de argamasa en su cara activa (Zamora, 2007).



Vista sur norte de un pórtico cuyo ducto de drenaje conduce las aguas pluviales hacia un patio empedrado (extremo izquierdo de la fotografía). Arquitectura doméstica del conjunto 21:N2W6 (tomado de Zamora, 2007: 210).



Concentraciones de artefactos de lítica pulida (alisadores, manos de mortero, entre otros), depositados en las esquinas del patio central (*idem*: 212).

- Conjunto arquitectónico 22:N2W6

Por la pronunciada pendiente de la ladera oriente del Cerro Colorado, la estructura 22:N2W6 fue construida en niveles que se adaptaron a la topografía, razones por las que,

a pesar de que la distribución arquitectónica, materiales y técnicas constructivas se acercan al prototipo teotihuacano, la forma general debió de diferir de los típicos conjuntos departamentales de la zona de planicie del valle.

En los diversos muros predominan las rocas parcialmente obliteradas que debieron ser colectadas en las inmediaciones, pero también se detectaron tezontles posiblemente traídos de las minas del área conocida como Oxtoyohualco; en menor cantidad pero con una frecuencia considerable, se detectaron las lajas basálticas procedentes del cerro Gordo o del área de Otumba.

En la estructura se detectaron dos etapas constructivas que a su interior reconocen transformaciones menores, representadas por los niveles constructivos o pisos superpuestos. La etapa más antigua, fechada hacia la fase Tlamimilopan por la cerámica registrada, desplanta sobre la roca madre y se distingue por la construcción de pisos empedrados y enlajados, aunque en asociación a pisos de argamasa. El uso de empedrados más que un rasgo impuesto por los recursos locales parece ser una característica del área, ya que el enlajado detectado en la sección norte está construido con materiales procedentes del otro extremo del valle.

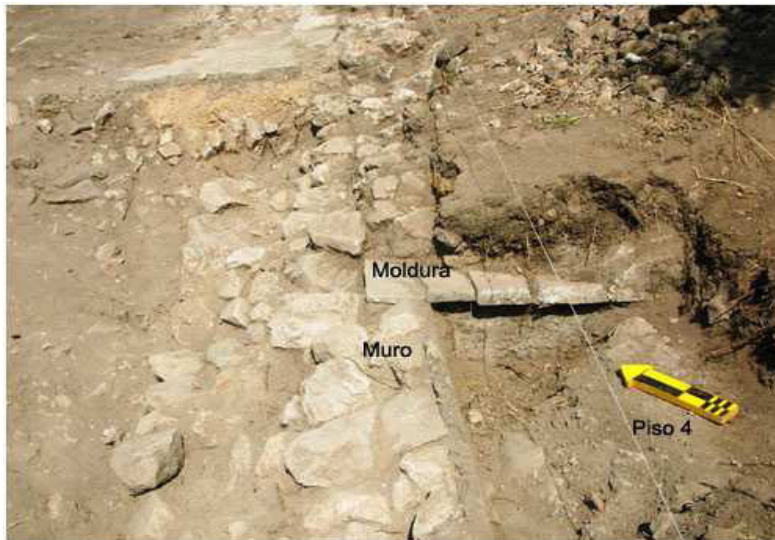
Para la siguiente etapa, fechada hacia Xolalpan temprano, se realizaron grandes modificaciones que transformaron la distribución de espacios y estructuras, ya que se construyeron aposentos donde existían espacios abiertos y viceversa, además de que se construyeron plataformas con fachada en talud-tablero asociadas a pisos enlajados (Ortega, 2010).



Vista norte-sur
Aposento (A) y
pórtico (B) visibles
desde la superficie.



Vista en planta de uno de los patios del conjunto 22:N2W6. Se trata de un espacio empedrado, delimitado por piedras careadas.



Vista sur-norte
Fachada de la plataforma norte del Patio 2 (piso 4), la cual contaba con elementos de talud-tablero.



Vista poniente-orient, limite oriente de la excavación.
Enlajado correspondiente al piso 12 y moldura poniente de un posible altar que no pudo ser explorado.



Vista poniente-oriental del área explorada en 22:N2W6. Al fondo se aprecia la Pirámide del Sol (tomado de Ortega, 2010).

En esta tercera agrupación únicamente se reportan algunos tiestos de cerámica gris, principalmente de cajetes cónicos (Ortega, 2010) en el conjunto 22:N2W6, por lo que la información más sobresaliente proviene de la arquitectura que, como se ha expuesto, cuenta con patrones muy característicos en el área. Nos referimos principalmente a las superficies empedradas y enlajadas, las cuales están presentes en los tres conjuntos explorados hasta el momento. La cronología relativa indica que son contemporáneos (fases Tlamimilolpan y Xolalpan), por lo que estuvieron en funcionamiento al mismo tiempo que los del vecindario Tlailotlacan.

Queda claro que se requiere de más investigaciones en las dos últimas agrupaciones que hemos presentado, pues apenas comienza a definirse su configuración y posible relación con Tlailotlacan, sin embargo, a pesar de la escasez de datos, es posible visualizar patrones culturales compartidos por lo menos en la arquitectura. Otro elemento relevante es la similitud entre las agrupaciones más alejadas del centro de la ciudad (Tlailotlacan y la del cerro Colorado) respecto de la que se encuentra al poniente del Gran Conjunto, lo que podría ser un indicio de jerarquización, similar a la que se presenta en Monte Albán entre los vecindarios más cercanos a la Plaza Central y aquellos que se ubican en las laderas del cerro (véase González Licón, 2011: 224).

Capítulo 5

La presencia oaxaqueña en la ciudad de Teotihuacán: espacio y tiempo

5.1 Las evidencias arqueológicas en el área monumental

Como hemos visto, la presencia oaxaqueña en la antigua ciudad de Teotihuacán, podría estar relacionada con otros rasgos, además de la cerámica gris, pues al menos en las agrupaciones de las que hemos hablado, se distinguen elementos arquitectónicos, funerarios y algunos otros de carácter iconográfico que tienden a relacionarse espacial y temporalmente.

En lo que concierne al área central del asentamiento, en donde se localizan los complejos arquitectónicos monumentales que seguramente albergaron a las élites políticas, administrativas y religiosas de la sociedad teotihuacana, se cuenta con reportes arqueológicos de elementos aislados, que requieren ser observados en conjunto, para establecer una posible relación entre ellos y aquellos definidos en la periferia. Por tal razón, en el presente apartado se exponen los elementos foráneos, de posible origen oaxaqueño, que han sido registrados en algunos de los complejos arquitectónicos explorados en la zona central de la urbe, con fines comparativos entre éstos y los que se han mencionado en los capítulos anteriores.

- La Ciudadela

Existen referencias que enfatizan algunas semejanzas formales en materia de arquitectura, así como tradiciones culturales que podrían relacionarse con aquellas conocidas para el área oaxaqueña, como es el caso del complejo arquitectónico de La Ciudadela. A este respecto Bernd Fahmel (1995, 1997: 13) sostiene que el Templo de la Serpiente Emplumada "... incorpora dentro de sus tableros de inconfundible estilo



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



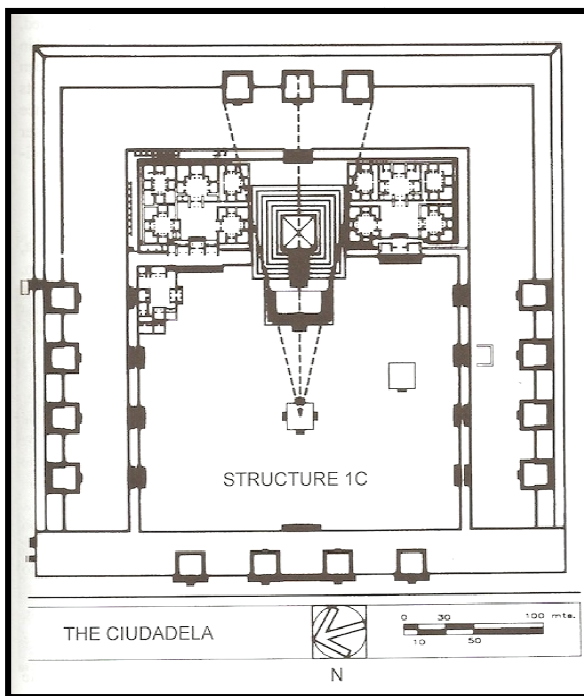
UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

teotihuacano una serie de representaciones, cuya iconología proviene de Oaxaca y/o el sureste mesoamericano"; además el grupo de edificios que define la porción centro-oriental de La Ciudadela y el propio Templo de la Serpiente Emplumada "... comprenden un arreglo arquitectónico que tiene sus antecedentes en el Petén y la depresión central de Chiapas (...) de donde pasó a Monte Albán" (Fahmel 1997: 11-12). Dicho arreglo integra al basamento de la Serpiente Emplumada junto con los tres basamentos ubicados al oriente del mismo, en un acomodo similar al desarrollado durante el Formativo tardío en el istmo y las tierras bajas mayas, pero cuyos antecedentes funcionales ya se conocían en el altiplano central posiblemente desde los tiempos de Cuicuilco, pues está basado en la observación y delimitación de dos ciclos solares complementarios, vinculados a fechas importantes para fijar los períodos agrícolas, intensificando así la producción¹. De acuerdo con Fahmel (1995: 105-107) "... El ciclo astronómico dual también se incorporó a la esfera ideológica como una oposición complementaria entre Xipe y Tláloc, dos deidades que fueron celebradas con un enorme ritual propiciatorio al construirse el Templo de la Serpiente Emplumada."



Plano de La Ciudadela en donde se esquematizan las líneas visuales que parten de la Estructura 1C y que ilustran el sistema de observación astronómica cuya función era determinar los solsticios y equinoccios (tomado de Cabrera, 2000: Figura 7.1).

¹ Este arreglo arquitectónico de posible origen maya se ha interpretado como un Conjunto tipo E, el cual ha sido reportado en sitios del sureste de Mesoamérica como Dzibilchaltun en el norte de Yucatán, El Resbalón y Nicolás Bravo en el sur de Quintana Roo, y Tikal y Uaxactun en el Petén guatemalteco (Cabrera Castro, 2000: 195-196; Laporte, 2003: 215; López Camacho, 2006; López Camacho y Tsukamoto, 2003). De acuerdo a Vilma Fialko (1988), La Ciudadela de Teotihuacán presenta una marcada similitud con el Complejo de Conmemoración Astronómica de Mundo Perdido, Tikal. Sin embargo, el ejemplo de La Ciudadela es al parecer de una índole más imitativa que funcional.

Desde esta perspectiva pareciera ser que el trazo, ubicación y construcción del complejo arquitectónico de La Ciudadela fue la expresión material de un acuerdo inter-regional entre los principales centros de poder del altiplano central y el sureste mexicano, toda vez que para ese momento (200 - 250 d. C.)² ya se reconoce una estrecha interacción entre Teotihuacán, Monte Albán y el área Maya.

Otros elementos que resultan significativos para este proceso incluyen los entierros recuperados a través de las excavaciones de Cabrera y Sugiyama en el Templo de la Serpiente Emplumada, que en conjunto sumaron alrededor de 200 personas sacrificadas ritualmente, algunas de las cuales presentaban mutilación dental y deformación craneal de tradición oaxaqueña-chiapaneca (Fahmel, 1997: 18, Cabrera, 1998: 64)), lo que ha llevado a considerar que entre los sacrificados hubo personas provenientes de dichas regiones. De ser así, las relaciones entre las élites estarían contribuyendo a la construcción de un imaginario colectivo, reconocible para todos los grupos involucrados en el funcionamiento y evolución del gran complejo arquitectónico.

Aunado a lo anterior, en la sección sur-poniente de la explanada de La Ciudadela, se localiza el Edificio 1B', cuya secuencia constructiva es de las mejor conocidas para este complejo arquitectónico, gracias a las excavaciones profundas que se han realizado en su núcleo y contornos (Cabrera, 1998a: 153). La secuencia cuenta con al menos seis etapas constructivas, de las cuales la penúltima (subestructura 2 del exterior hacia el interior) es un basamento piramidal orientado hacia el oeste, donde se le adosó una angosta escalinata. De acuerdo con Cabrera (*ídem*: 155) "... Su perfil exterior es diferente al típico tablero sobre talud teotihuacano: no tiene la moldura inferior debido a que el tablero se encuentra remetido con respecto al plano inclinado del talud; está limitado sólo hacia los lados y hacia arriba formando una moldura en forma de U invertida, como se representan algunos edificios de Monte Albán". Además, cuenta con pintura mural en los tableros, con diseños de figuras en forma de cruces superpuestas las cuales —a decir de Cabrera (*ídem*)— aluden a representaciones astronómicas muy semejantes a aquellas localizadas en Tikal.³

² Los fechamientos de las muestras obtenidas en los entierros ofrendatorios de la erección del Templo de la Serpiente Emplumada indican que el ritual tuvo lugar entre los años 200 y 250 d.C. (Cabrera, 1998a: 148, Sugiyama, 1998: 174, Cowgill, 1998: 197).

³ Se refiere a la estructura 5C-53 de Mundo Perdido en Tikal, la cual en su segunda etapa constructiva, muestra pintura mural en el tablero que consta de un par de anillos, mientras que en el talud se aprecian elementos a manera de triángulos invertidos que descansan sobre la mitad de un cuadro, pero el edificio data de la fase Ik tardía (650-700 d.C.), por lo que es probable que fuese mandada a construir por un gobernante (*Jasaw Chan K'awiil I*) con la intención de acentuar su poder con base en la representación de formas arquitectónicas antiguas (García Capistrán, 2006: 78), razón por la cual no se relaciona cronológicamente con

Con base en lo anterior, la subestructura 2 es fechada aproximadamente entre los años 375 y 450 d. C., aunque el estilo pictórico de los murales ha sido fechado hacia el año 200 d. C. (*Ibidem*: 156).



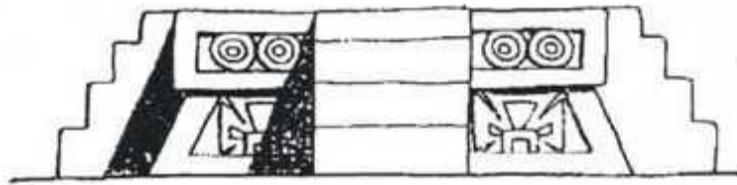
Fachada sur del Edificio 1B', subestructura 2. Se observa la moldura lateral y la ausencia de moldura inferior en el tablero, así como los diseños de la pintura mural.



Esquina SW del Edificio 1B', subestructura 2. Se aprecia el detalle de las molduras laterales y el remetimiento del tablero con respecto del talud.

Por otro lado, de acuerdo con el plano que presenta Rattray (1992), se localizó cerámica gris de manufactura foránea en la plataforma norte de La Ciudadela, sin embargo se carece de algún dato específico, ya sea formal o funcional de dicha cerámica.

el edificio 1B' de La Ciudadela, Teotihuacán. De la misma manera en Tikal existe la estructura 6E-144, cuyo estilo en talud-tablero está decorado con círculos concéntricos en el tablero y "cruces de malta" o flores de cuatro pétalos en el talud. Esta pequeña plataforma fue construida hacia 708 d.C. (*idem*: 84), por lo que es contemporánea a la anterior y no se relaciona cronológicamente con Teotihuacán.



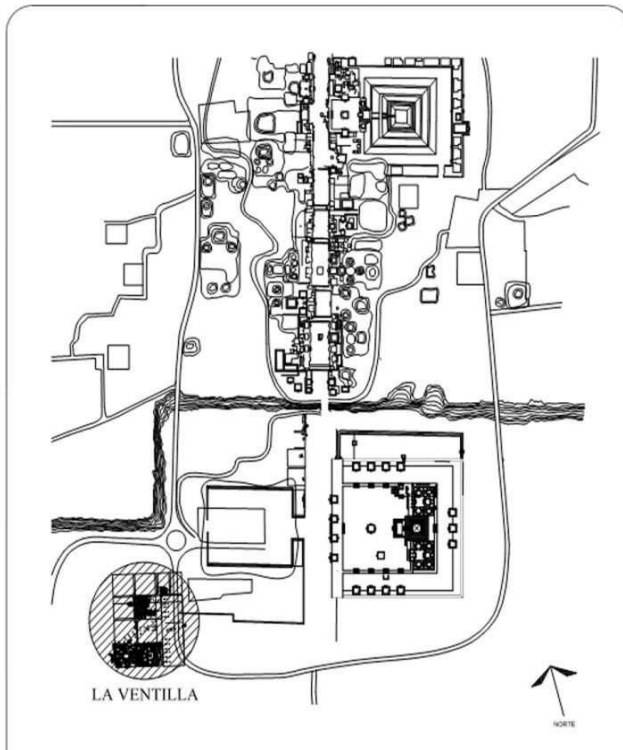
ESTRUCTURA 6E-144-1, TIKAL
(PULESTON 1979)

Estructura 6E-144-1 de Tikal (tomado de García Capistrán, 2006: 84).

- La Ventilla

Localizada a 500 m al poniente de La Ciudadela y a escasos 100 m de la esquina suroeste del Gran Conjunto, los espacios arquitectónicos de La Ventilla 92-94⁴ cuentan con algunos elementos similares a los mencionados en el apartado anterior.

De acuerdo con el plano arqueológico de la ciudad (Millon, *et al.*, 1973) La Ventilla se encuentra en los sectores N1W2, N1W1, S1W2 y S1W1; limita al Norte con el río San Juan, al Este con el Gran Conjunto, al sur y oeste con el actual Rancho el Hóreo.



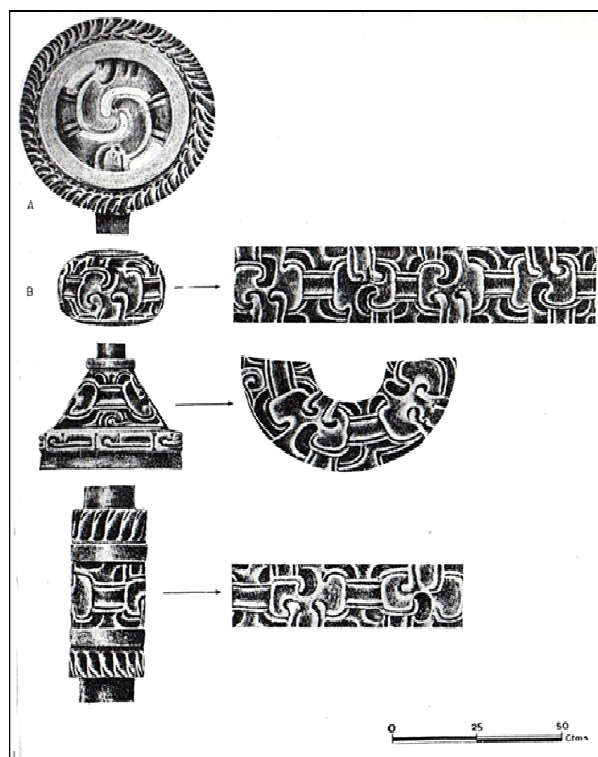
Plano de ubicación de La Ventilla.
(Tomado de Cabrera, 2007).

⁴ Llamaremos La Ventilla 92-94 a la agrupación de conjuntos arquitectónicos explorados durante el proyecto “Teotihuacán 92-94” encabezado por Eduardo Matos Moctezuma. Las excavaciones en La Ventilla fueron dirigidas por Rubén Cabrera Castro, quien además propone que esta agrupación podría ser un ejemplo de la conformación de los barrios teotihuacanos, compuestos por áreas cívico-administrativas, áreas de culto, conjuntos domésticos y talleres especializados en la producción de diversas manufacturas (Cabrera, 1996b).

En el marco del Proyecto Teotihuacán 1992-1994, se excavó en el área de La Ventilla una extensión de 14,000 m², liberando una serie de conjuntos arquitectónicos limitados por muros gruesos y separados por calles y callejones. A decir de Cabrera (1996a) los diferentes conjuntos arquitectónicos registrados demuestran funciones específicas, entre ellas la especialización en el culto y la administración que se desarrollaron en el "Templo de Barrio", en donde se registraron altares y basamentos que sostenían templos (Cabrera, *op.cit.*, Serrano, 2003). Otro conjunto ubicado al Oeste del anterior sugiere actividades administrativas; está conformado por amplios aposentos de buenos acabados; en una de sus plazas se localizaron 42 figuras o glifos pintados directamente en un piso de estuco, algunos de los cuales podrían sugerir topónimos que aluden a regiones con las que Teotihuacán tenía relaciones, otros más sugieren actividades productivas, mientras que en algunos hay representaciones de personajes que portan elementos alusivos a Tláloc, como son las anteojeeras y bigoteras (Taube, 2010: 85, 87, 102).

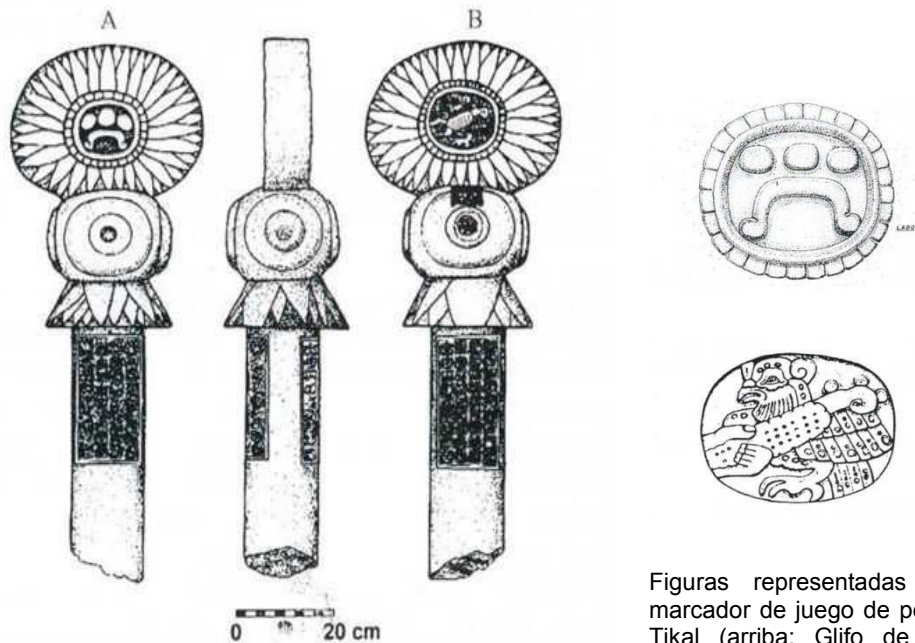
Igualmente se identificaron conjuntos arquitectónicos con construcciones más austeras, cuyas áreas de actividad y materiales asociados permiten inferir su uso como espacios domésticos, en los que también se llevaron a cabo tareas relacionadas con la producción artesanal de objetos de concha y piedra (Cabrera, 1996a).

La secuencia ocupacional de La Ventilla inicia en la fase Miccaotli —a partir de la evidencia de canales de riego que probablemente abastecían campos de cultivo— y muestra construcciones a partir de la misma fase, con sucesivos cambios en el programa arquitectónico en las fases Tlamimilolpan, Xolalpan y Metepec (Cabrera, 1996b, 2011). Desde las primeras investigaciones en el área se reconocieron materiales de procedencia foránea, relacionados con regiones como la costa del Golfo y el área maya (Rattray 1997: 43, 93) entre



Estela de La Ventilla (Aveleyra, 1963:31).

los que sobresale el conocido “marcador de La Ventilla”, una pieza articulada, que pudo funcionar como marcador móvil de juego de pelota, cuya iconografía hace alusión a los diseños que abundan en la región de la costa del Golfo de México (Aveleyra, 1963; Piña Chán, 1963). Juan Pedro Laporte halló uno muy semejante en el grupo 6C-XVI de Tikal, asociado al glifo “Tláloc-jaguar” (Laporte, 1985: 311).



Marcador de juego de pelota, Tikal (tomado de Laporte, 2003).

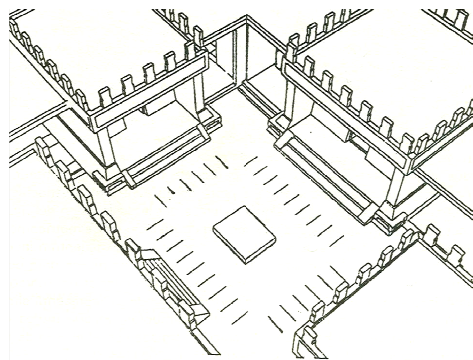
Figuras representadas en el marcador de juego de pelota de Tikal (arriba: Glifo de Tláloc-Jaguar, abajo: ave y mano con átlatl) (tomado de Laporte, 2003).

En lo que respecta a los objetivos de este trabajo, nos enfocaremos al conjunto en el que se localizó la “Plaza de los glifos”, el cual está integrado por 3 secciones y cuenta con 5 entradas (Cabrera, 2007).

A partir de excavaciones profundas en diversos puntos se sabe que este conjunto tuvo una larga secuencia ocupacional, manifestada por la diversidad de etapas constructivas. La Plaza de los glifos es un espacio limitado hacia el sur, este y norte por tres basamentos para templos, con escalinata central, cuyas fachadas ostentan tableros en forma de “U” invertida, mientras que hacia el oeste de la plaza, el basamento de templo principal cuenta con fachada de talud y tablero. Cabe apuntar que en recientes excavaciones estratigráficas realizadas en las esquinas noroeste y suroeste del basamento, se ha registrado una secuencia de al menos 2 etapas constructivas previas,

que también ostentan tablero en "U" invertida, por lo que podríamos fechar la primera manifestación de este estilo de tablero en la fase Tlamimilolpan temprano (250 d.C.) (comunicación verbal con Rubén Cabrera, agosto de 2013).

Fecha hacia la fase Tlaimilolpan tardío (300 - 350 d.C.), la Plaza de los glifos cuenta con un altar central de forma cuadrada. Su piso estucado, al igual que las paredes en talud del basamento oeste y el muro del pasillo sur, fueron utilizados para pintar 42 diseños en color rojo, ordenados en series de 1 y 3 glifos, dentro de una retícula hecha con líneas rojas, que se extiende por toda la superficie de la plaza. Los diseños incluyen figuras antropomorfas, zoomorfas, fitomorfas y mixtas y, de acuerdo con Cabrera (1996a) y Taube (2010) podrían formar parte de un antiguo sistema de registro escrito.



Dibujo reconstructivo de la Plaza de los Glifos, las fachadas de los templos que se observan tienen el tablero en forma de U invertida. Abajo se muestran algunos de los glifos pintados en el piso de la plaza. (Tomado de Cabrera 2002: 79).

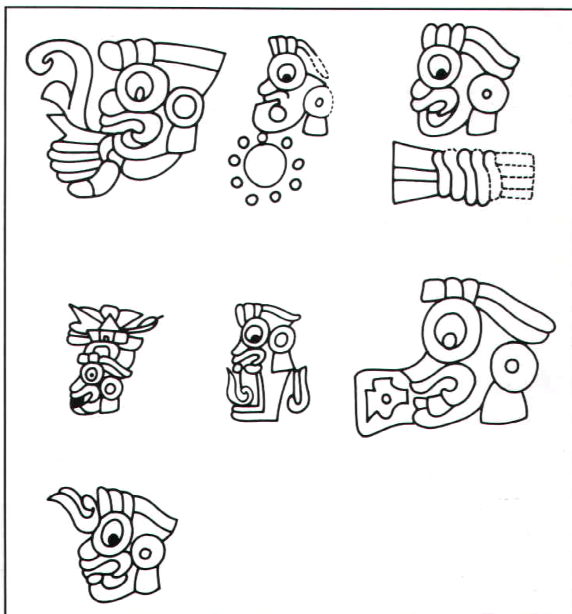


Tablero de 3 molduras localizado en la esquina sur del basamento oriente, Plaza de los Glifos, La Ventilla.



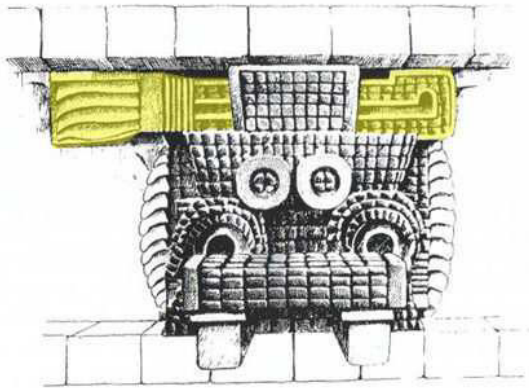
Esquina Noreste del mismo edificio (tomado de Cabrera, 1995: 419).

A decir de Rubén Cabrera algunos de los glifos pintados en el piso muestran parecido con la figura que Caso y Bernal (1952) denominaron el “dios con el moño en el tocado” que aparece en las urnas zapotecas de las épocas Monte Albán IIIA y IIIB (véase Cabrera 1998: 62-63).



Figuras antropomorfas de la Plaza de los glifos, con atributos de Tláloc, como son las anteojeeras; se observa también el tocado al que Cabrera interpreta como “moño” (tomado de Cabrera, 1995: 425).

Y es que Cabrera (1995: 403) retoma la propuesta de Caso y Bernal (1952: 113-116) en la que se relaciona al “Dios del moño en el tocado” con los mascarones que decoran los tableros del Templo de la Serpiente Emplumada, principalmente por la disposición horizontal del atado que lleva sobre la cabeza. En el caso de los glifos de La Ventilla podemos observar que todos los personajes que portan un tocado con posible nudo muestran atributos de Tláloc, como las anteojeeras y un probable colmillo en el labio inferior, sin embargo el tocado difiere en gran medida del “moño” aludido por Caso y Bernal, pues más bien semeja una banda con un nudo de 3 torsiones al frente, por lo que pienso que se trata de un elemento distinto al “moño”; además, de acuerdo con la descripción de las vasijas efigie, el “moño” forma parte de un elaborado peinado y corresponde al conjunto de componentes del glifo “Ñ” y del dios *Pitao Cozobi* o de algún númen relacionado con el maíz (cfr. Sellen, 2007), situación que no es observable en los glifos a los que hemos hecho alusión.



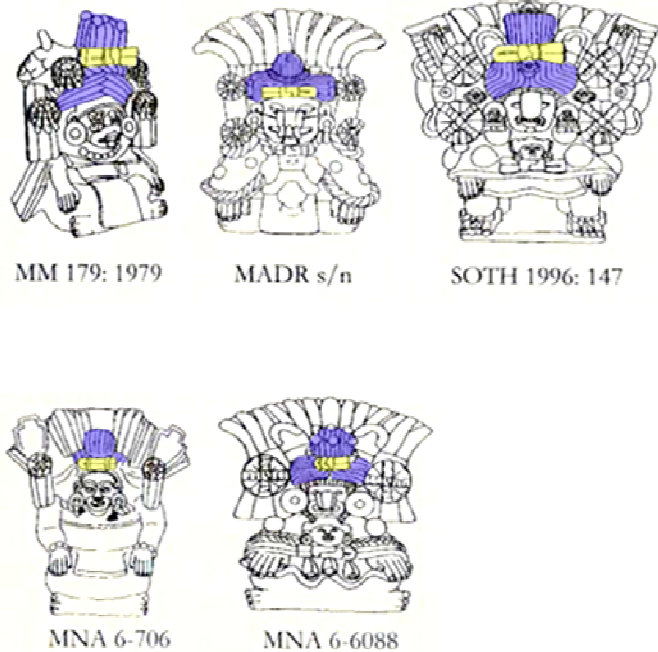
Mascarón de uno de los tableros de la fachada del Templo de la Serpiente Emplumada en la que Caso y Bernal reconocen el elemento del “moño” (Redibujado de Caso y Bernal, 1952:114, figura 184a).

Figura 184 a. Dios del moño en el tocado, Teotihuacan, templo de Quetzalcoatl, visto de frente.



Figura 189. Dios del moño en el tocado (6-707), Tlaxochahuaya, altura 32 cm (fotografía de I. Limón).

Vasija efigie del “Dios del moño en el tocado”. Se observa el elemento anudado en asociación con un elaborado peinado (Caso y Bernal, 1952: 103, figura 169).



Vasijas efigie que corresponden al glifo Ñ y en los que se observa el nudo como parte de un elaborado peinado (tomado y redibujado de Sellen, 2007: 174, figura 4.20).

A este respecto es importante resaltar el hecho de que el nudo no es un elemento aislado y forma parte de un contexto iconográfico, como lo han marcado los propios Alfonso Caso e Ignacio Bernal, cuando especifican que “... el tocado consiste en esa especie de saliente decorada con discos o bolitas, sostenida con un gran moño” (*op.cit.*: 114), mientras que Adam Sellen (2007: 221) ofrece un listado de los elementos que integran el atuendo de las vasijas efigie que portan moño, estableciendo los siguientes:

- El pelo está siempre atado por un nudo
- Lleva la máscara del tipo 2 o aparece sin máscara
- Generalmente lleva una capa adornada con bolitas
- Tiene moños redondos decorando los lado o el tocado
- Puede tener el glifo 109 en el tocado
- Algunos ejemplares van adornados con el glifo del maíz

Estamos claros que las diferencias entre las representaciones zapotecas y las teotihuacanas pudiesen obedecer a estilos artísticos, sin embargo considero que se requiere de mayor información para poder establecer una relación directa entre los glifos y el personaje representado en la iconografía de los valles centrales de Oaxaca.

Finalmente, otro rasgo foráneo detectado en las recientes excavaciones estratigráficas de la Plaza de los glifos, es la cerámica oaxaqueña que formaba parte de los rellenos constructivos. Por su ubicación en los depósitos que cubrieron al menos 2 etapas constructivas previas al piso en el que se encuentran los glifos no es un material confiable, sin embargo vale la pena presentarlo, pues se trata de cerámica foránea cuya tipología no ha sido registrada en otras áreas de Teotihuacán.



Fragmento de copa, de pasta gris compacta, con pequeños orificios en las paredes. El cuerpo superior es curvo-divergente con borde redondeado; los orificios de las paredes fueron hechos pre-cocción, con un instrumento puntiagudo, del interior hacia el exterior. El fondo es convexo mientras que la base (que se encontró incompleta) es un pedestal anular. Formas similares, aunque sin los orificios, están reportadas en CBA (1967: figuras 158 y 159) y corresponden a copas de barro gris pulido de la época MA I (Registro fotográfico de Aldo Díaz, autorizado por Rubén Cabrera, director del Proyecto La Ventilla).



Vaso de pasta café, base plana, sin soportes, con decoración incisa en forma de líneas cruzadas enmarcadas por otras horizontales. Tiene restos de pigmento rojo. Formas similares están reportadas en CBA (1967: figura 273b) y son clasificadas como "vasos tradicionales" de la época MA II-III, los cuales se caracterizan porque nunca tiene soportes. (Fotografía de Aldo Díaz, autorizada por Rubén Cabrera).





Vaso de paredes recto-divergentes y borde redondeado; el fondo es plano y la base tiene 3 soportes de botón. La pasta es gris, muy compacta. CBA (1973: figura 255c) los denominan “vasos en forma de flor de loto”, son características de la época MA II y, en el caso de los que cuentan con soportes sólidos, recuerdan a los cajetes trípodes, aunque con un cuerpo más alto. Los autores comentan que estas formas tienen un parecido al estilo teotihuacano. (Fotografía de Aldo Díaz con autorización de Rubén Cabrera).

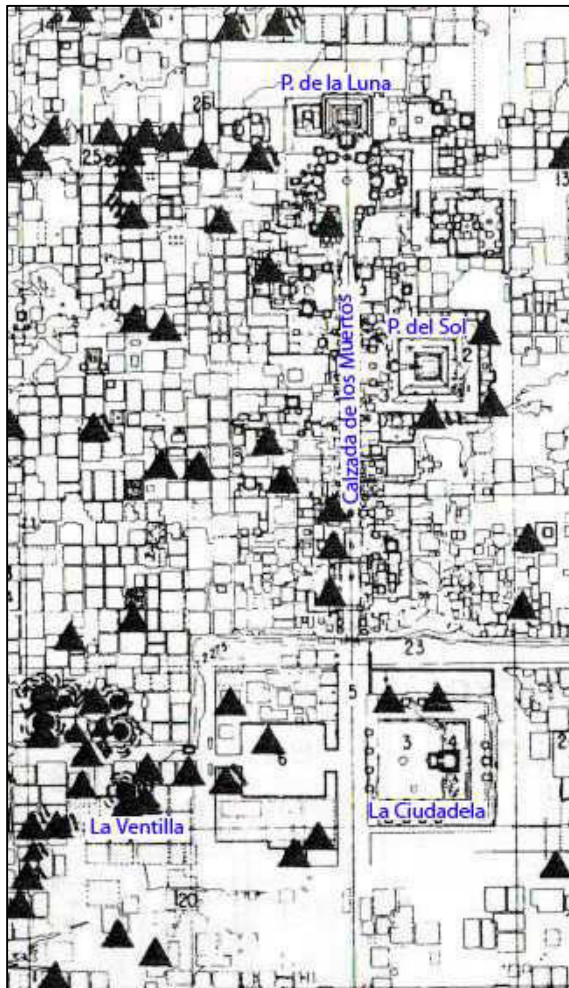


Cajete de pasta micácea, tiene el cuerpo cilíndrico, el fondo y base planos y el borde evertido. Formas similares las encontramos en CBA (1967: figura 201b). (Fotografía de Aldo Díaz con autorización de Rubén Cabrera).



Cajetes de casquete esférico, uno en pasta café y otro en pasta crema. De acuerdo con CBA (1967: figura 251g) son piezas características de la época MA II-III A. (Fotografía de Aldo Díaz con autorización de Rubén Cabrera).

Es importante recordar la distribución de cerámica oaxaqueña de origen foráneo localizada en el área monumental de la ciudad, de acuerdo con los materiales recolectados por el TMP.



Recuadro del área monumental. Los triángulos señalan las áreas en donde se reconocieron tiosos de cerámica gris importada (Redibujado de Rattray, 1992: 8).

Respecto de la cerámica gris importada, ya Rattray había apuntado que su distribución en la ciudad era totalmente distinta a la de la cerámica gris de manufactura local, lo que podría sugerir la presencia de un grupo diferente de gente oaxaqueña (Rattray, 1987: 253). El inventario de dicha cerámica incluye 260 vasijas, provenientes de colecciones de superficie, así como de excavaciones de sondeo, siendo especialmente abundantes en los sectores N1W2 (justo al poniente del Gran Conjunto) y N1E5 (cerca del límite oriente de la Avenida Este) y aparecen de manera dispersa a lo largo de la Calzada de los Muertos. Las importaciones más frecuentes fueron las cerámicas cocidas a altas temperaturas, de fina textura, que incluyen vasos con elegantes acabados, efigies, cajetes y algunas figurillas, que comparten características formales y funcionales con los

tipos de la cerámica MA II y IIIA, aunque también existen ejemplares de la fase MA IIIB (*idem*).



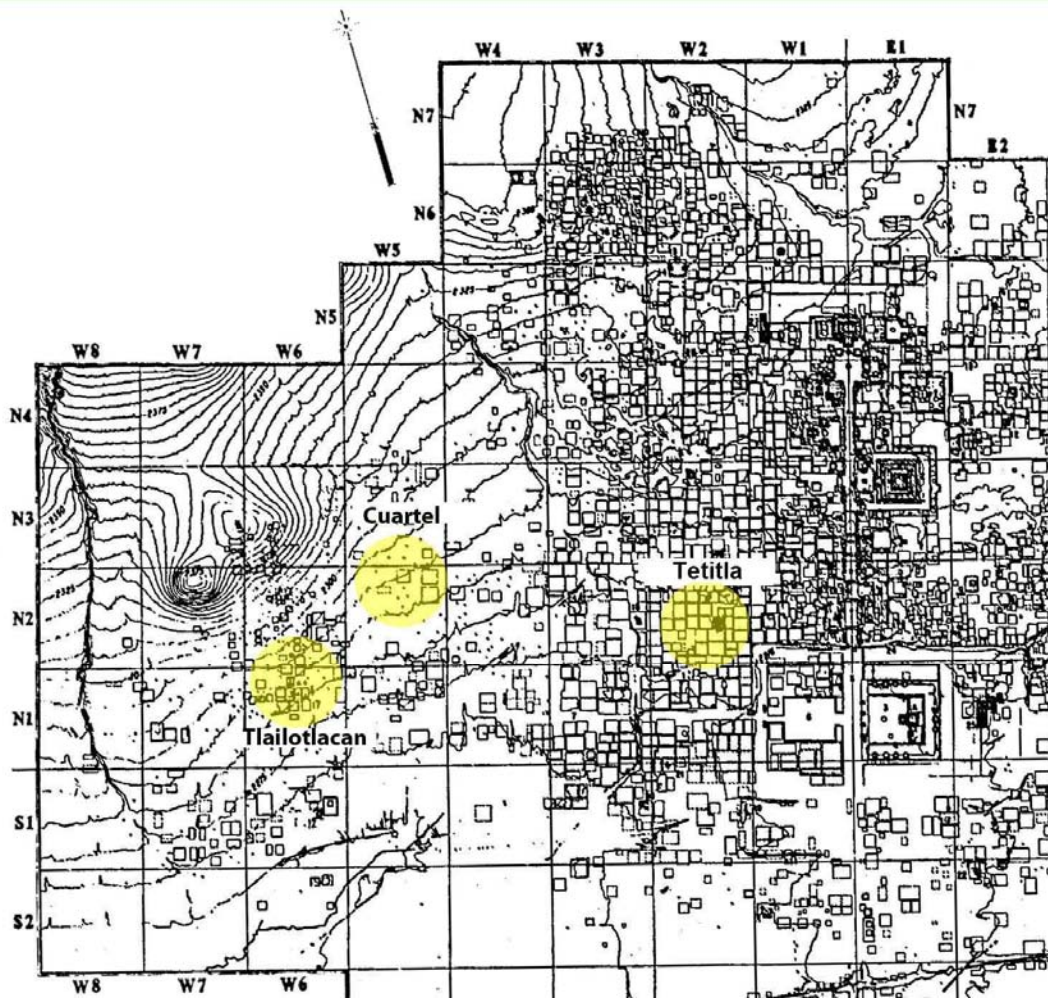
Jarras con asa vertedera, elaboradas en cerámica café y gris. El número 10-336495 procede del anexo norte de La Ciudadela, mientras que el 10-411064 no cuenta con datos de procedencia. Ambas piezas se encuentran en el Museo de la Cultura Teotihuacana de la Zona Arqueológica de Teotihuacán (Fotografías de Miguel Morales).

5.2 De “oaxaqueños” a “oaxaqueños”. Diferencias y semejanzas en la evidencia foránea

Como hemos podido observar, existen diferencias importantes entre los tres agrupamientos de cerámica gris de manufactura local, así como entre éstos y las evidencias de cerámica gris importada distribuida en la urbe. Dichas diferencias se manifiestan esencialmente a través de los tipos cerámicos más abundantes, la arquitectura asociada y los elementos iconográficos, sobre todo aquellos relacionados con los sistemas de registro calendárico (glifos y numerales).

De tal forma que, primero estableceremos las diferencias y semejanzas entre las agrupaciones de cerámica gris de manufactura local, tomando este rasgo arqueológico como un indicador estándar de la presencia de elementos foráneos, específicamente oaxaqueños.

Tenemos entonces tres agrupaciones, mismas que hemos retomado del plano de Rattray (1993) y a las que denominamos: Tlailotlacan, Cuartel y Tetitla. En ellas aplicamos un filtro que consta de tres variables: manufacturas, patrones arquitectónicos y conocimientos, todos ellos son rasgos arqueológicos observables que comparten características claras con sitios ubicados en los valles centrales oaxaqueños y la mixteca alta, razón por la cual los consideramos como indicadores de presencia y permanencia de grupos relacionados con dicha región.



Ubicación de las tres agrupaciones de cerámica gris de manufactura local (modificado de Millon *et al.*, 1973).

Tabla de variables

Agrupaciones	Manufacturas			Patrones arquitectónicos		
	cerámica gris importada	cerámica gris local	vasija efigie	tumba	empedrado/enlajado	tablero en U
Tlailotlacan	X	X	X	X	X	X
Cuartel	X	X		X	X	X
Tetitla	X	X			X	X

En el análisis de la tabla, salta a la vista la enorme similitud entre las tres agrupaciones, siendo hasta el momento Tlailotlacan el vecindario que cuenta prácticamente con todas las variables puestas a prueba, debido en gran medida a que ha sido el área más explorada, tanto a nivel extensivo como intensivo, circunstancia que provee de mayor cantidad de datos para su caracterización. Por su parte, tanto Cuartel como Tetitla cuentan con un panorama menos abundante en materia de exploraciones y aún así cubren casi todas las variables, incluso la presencia de tumbas y numerales, por lo que el único elemento que hasta el momento no ha sido identificado con claridad en ambos vecindarios, es la presencia de vasijas efigie. Para el caso de Tlailotlacan, las vasijas efigie son artefactos relacionados con actividades religiosas de tipo doméstico, pues en su mayoría forman parte de ajuares funerarios o rituales privados, llevados a cabo en conjuntos habitacionales ocupados por familias nucleares, situación que bien podría presentarse en exploraciones futuras en las otras dos agrupaciones.⁵

Por otro lado, en un nivel más fino de análisis, la cerámica gris de manufactura local difiere en gran medida en cuanto a sus formas en las tres agrupaciones, aunque esta situación también podría ser consecuencia del desequilibrio en la muestra, debido a la diferencia en excavaciones arqueológicas. Así, tenemos un *corpus* de formas relacionadas con actividades domésticas, principalmente con aquellas asociadas al almacenamiento, elaboración y servicio de alimentos, así como las utilizadas en actividades rituales (sahumadores).

Formas	Tlailotlacan	Cuartel	Tetitla
Cajete cónico	X		X
Apaxtle	X	X	X
Maceta	X	X	
Sahumador de coladera	X		
Vaso	X		
Cajete de paredes rectas	X	X	X
jarra con asa vertedera			X

⁵ De acuerdo con Sellen (2007: 126) las vasijas efigie zapotecas que se encuentran en contextos funerarios y fuera de ellos fueron significativas en la vida ritual y social de un amplio segmento de la población.

De las tres agrupaciones, Tetitla sobresale por la abundancia de formas y pastas importadas, lo que podría indicar un mejor acceso a las redes de intercambio directo, asociado también a su cercanía con el Gran Conjunto y los circuitos de circulación de bienes y objetos que llegaban al centro de la ciudad.

En lo relativo a los patrones arquitectónicos, las tres agrupaciones comparten el uso de patios enlajados y empedrados, así como el tablero de tres molduras, cada una con características y acabados propios de la posibilidad al uso de ciertos recursos y materiales de construcción, pero manteniendo siempre la esencia formal y funcional. En esta sección, el punto discordante es la presencia de tumbas, mismas que sólo están ausentes en el vecindario de Tetitla, situación que, de mantenerse a futuro, podría ser un indicador clave de los patrones de residencia de los grupos con nexos foráneos, ya que la construcción de tumbas forma parte de un concepto muy particular sobre la muerte y la veneración a los ancestros, que se manifiesta claramente en los espacios ocupados por familias y grupos domésticos, de residencia continua y permanente⁶.

De acuerdo con las características urbano-arquitectónicas del vecindario de Tetitla, así como con la presencia de materiales oaxaqueños importados, propongo que sus habitantes oaxaqueños estaban diferenciados socialmente de los de Tlailotlacan y el Cuartel, ubicándose en una posición jerárquica más cercana a la de los grupos dominantes teotihuacanos y compartiendo —muy probablemente— niveles de autoridad. Las diferencias sociales son observables también en los otros dos vecindarios, por lo que podríamos hablar al menos de tres estratos para los grupos oaxaqueños.

Cabe mencionar que en el caso de Monte Albán, se tienen pruebas claras de que existía desigualdad social prácticamente desde la fase MA I, mismas que fueron haciéndose más claras y profundas en periodos posteriores (González Licón, 2011: 225). La desigualdad social se basa en aspectos como el acceso diferencial y el control sobre la tierra, recursos estratégicos, información e ideología, así como su institucionalización en sistemas estatales (*ídem*: 13). Si partimos de un principio ontológico en el que las sociedades teotihuacana y zapoteca (de Monte Albán) se encuentran en el nivel de las organizaciones estatales, estamos asumiendo la existencia de estratos sociales, conformados por categorías o grupos de individuos organizados jerárquicamente en términos de estatus (*ibídem*: 15). González Licón (*op.cit.*: 17) menciona que, de manera

⁶ En este sentido considero que las tumbas son un indicador respecto de la permanencia por más de una generación, de grupos domésticos o administrativos.

general, los arqueólogos consideran que la estructura social es compleja, pero es posible reconocer al menos tres clases sociales: "... una clase alta, integrada por la nobleza; una clase media, compuesta por artesanos especializados, comerciantes, militares y algunos otros grupos dedicados al servicio y asistencia en las actividades administrativas y ceremoniales del Estado; finalmente una clase baja, formada por gente común, dedicada principalmente al cultivo y la recolección, donde puede haber pequeños propietarios y no propietarios de la tierra."

La identificación arqueológica de estos estratos se logra con el registro de una cantidad mayor de bienes o de riqueza en general, la presencia/ausencia de objetos suntuarios locales o importados; la complejidad y calidad de la arquitectura residencial, así como por el tratamiento funerario (*ídem*). Retomando dichas variables, podemos categorizar las agrupaciones o vecindarios oaxaqueños de Teotihuacán de la siguiente manera:

- 1) **Oaxaqueños de clase alta:** Se encuentran habitando un sector céntrico de la ciudad —el vecindario de Tetitla—, en donde los patrones arquitectónicos siguen los cánones de los conjuntos que flanquean la Calzada de los Muertos. Por los diseños plasmados en la pintura mural, podemos inferir que se trata de grupos que manejan conocimientos del sistema gráfico y calendárico, además de utilizar el glifo emblema de Tláloc-Jaguar, posiblemente como marca de identidad político-religiosa.
- 2) **Oaxaqueños de clase media:** Residen en los vecindarios de Tlailotlacan y el Cuartel, se trata de grupos ubicados en conjuntos habitacionales que combinan funciones domésticas con las políticas y administrativas. Destacan del resto de la comunidad por realizar actividades ligadas a un ritual religioso que rebasa los límites de la unidad familiar, convocando a una serie de grupos domésticos y aglutinándolos en amplios espacios públicos, en los que se manipulan elementos simbólicos foráneos y locales. Dentro de los rasgos iconográficos más recurrentes en estos grupos, se encuentra el glifo emblema de Tláloc-Jaguar. Dichos grupos ocuparon conjuntos como TL11 y 22:N1W6.
- 3) **Oaxaqueños de clase baja:** También los denominamos gente común, se trata de familias que habitan en unidades domésticas, dedicadas a trabajos cotidianos relacionados con la subsistencia y la producción. Reproducen tradiciones culturales como el culto a los ancestros, la veneración de dioses predominantes en su región de origen, así como la elaboración y consumo de

utensilios similares a los de la región oaxaqueña. Los conjuntos TL1, TL2, TL6, TL7, TL9, TL65 y TL67 fueron ocupados por esta clase social.

Bajo esta premisa encontramos que la comunidad con nexos oaxaqueños vecindada en Teotihuacán no era homogénea, ni mantenía un solo tipo de relación con los grupos dominantes de la urbe, sino que también se diferenciaba en su interior, dadas las evidencias de desigualdad social que dichos grupos muestran. Esto nos permite abrir el panorama de las relaciones entre los teotihuacanos con la región amalgamada por Monte Albán, mismas que pudieron ser de diversa índole, desde la alianza estratégica en las dinámicas políticas, hasta la competencia por las rutas de intercambio, la comunicación de conocimientos, así como el control de la extracción y circulación de determinadas materias primas, entre muchas otras. Los diferentes grupos de interés representados en los estratos sociales oaxaqueños, debieron haberse relacionado de forma directa con sus homólogos teotihuacanos, conformando así un mosaico de lazos del que apenas estamos identificando ciertos códigos.

En otro orden de ideas, revisaremos los datos recuperados en el área central de la ciudad, con las mismas variables aplicadas a las agrupaciones anteriores:

Tabla de variables

Agrupaciones	Manufacturas			Patrones arquitectónicos		
	cerámica gris importada	cerámica gris local	vasija efigie	tumba	empedrado/enlajado	tablero en U
La Ciudadela	X					X
Calzada de los Muertos	X					
La Ventilla	X					X

En este caso, el denominador común es la presencia de cerámica gris importada, seguida por el uso del tablero de tres molduras. No hay evidencia de patrones de residencia, pues están ausentes las tumbas y la cerámica gris de manufactura local, por lo que podemos inferir que en el área monumental de la ciudad circularon elementos importados de los valles centrales oaxaqueños, que incluyeron vasijas de cerámica, mica⁷, posiblemente conchas, así como materias primas y diversas manufacturas; sin embargo la

⁷ En esta área se encuentran las dos acumulaciones de mica más grandes que se han descubierto hasta el momento en la ciudad: la del Grupo Viking (Armillas, 1944) y la del Complejo Arquitectónico Xalla (Rosales y Manzanilla, 2011).

escasez de información limita en gran medida la construcción de explicaciones. Diversos autores han propuesto que hubo grupos de oaxaqueños que manejaron conocimientos astronómicos de gran utilidad para los teotihuacanos (Fahmel, 1997, Peeler y Winter, 2001), lo que supone la presencia de personas con conocimientos especializados, muy probablemente pertenecientes a la clase alta, mismos que se relacionaron con sus contrapartes teotihuacanas en el centro de la ciudad.

Esta información es congruente con la registrada en las agrupaciones de cerámica gris de manufactura local, donde las clases sociales mantienen una relación directamente proporcional respecto del centro de la ciudad.

Tabla de variables

Agrupaciones	Manufacturas			Patrones arquitectónicos		
	cerámica gris importada	cerámica gris local	vasija efigie	tumba	empedrado/enlajado	tablero en U
Tlailotlacan	X	X	X	X	X	X
Cuartel	X	X		X	X	X
Tetitla	X	X			X	X
La Ciudadela	X					X
Calzada de los Muertos	X					
La Ventilla	X					X

Por lo tanto, la presencia oaxaqueña en la antigua urbe teotihuacana muestra una variedad de relaciones y dinámicas más amplia de que la se había establecido con anterioridad, redimensionando la importancia de los grupos foráneos en la integración de las clases sociales que dieron forma, vida y sustento a la ciudad, pues es posible establecer que la élite de la sociedad urbana integró a más de un grupo cultural y que las clases media y baja estuvieron conformadas tanto por personas nacidas en la ciudad, como por personas de orígenes distintos, lo que marca que la identidad étnica no fue un factor determinante para pertenecer a determinados estratos sociales, sino más bien las relaciones de las personas con los procesos productivos.

Capítulo 6

6.1 Discusión

Cuando hablamos de presencia oaxaqueña nos referimos a la evidencia material de tradiciones alfareras, arquitectónicas, funerarias y simbólicas que tuvieron su origen en el territorio que actualmente conocemos como Oaxaca. Es ahí en donde encontramos sus manifestaciones más antiguas, y en donde podemos ver su desarrollo, cambio y adecuaciones a través del tiempo, mismas que se hicieron presentes después en regiones más amplias, incluyendo la parte sur del actual estado de Puebla, así como en Morelos y Guerrero. Estamos claros, además, que en tiempos prehispánicos dicho territorio fue habitado por diversos grupos étnicos¹, muchos de las cuales aún son desconocidos por la arqueología. Sin embargo, se han reconocido dos grupos culturales a través de elementos que manifiestan una identidad específica y los ubican en el tiempo y el espacio. Ellos son los grupos Zapoteco y Mixteco.

Como aún desconocemos las fronteras de la identidad de dichos grupos durante el período Clásico, hemos decidido utilizar el término "oaxaqueño" y no "zapoteco", para los elementos foráneos hallados en Teotihuacán, ya que habría restringido la cuestión a una expresión étnica, cultural o lingüística.²

¹ El término "grupo étnico" es utilizado generalmente en la literatura antropológica para designar una comunidad que: 1) En gran medida se autoperpetúa biológicamente, 2) Comparte valores culturales fundamentales realizados con unidad manifiesta en formas culturales, 3) Integra un campo de interacción y comunicación, 4) Cuenta con unos miembros que se identifican a sí mismos y son identificados por otros, y que constituyen una categoría distinguible de otras categorías del mismo orden (Barth, 1976: 11).

² De acuerdo con la referencias que nos aportan los documentos pictográficos del Posclásico, para los grupos que habitaron la región sur de México (específicamente el actual estado de Oaxaca) en dicho período, la filiación étnica no era un factor decisivo, misma que, en buena medida, es una construcción colonial. Lo anterior no quiere decir que la filiación étnica no existiera entonces, pues de ello existen claras indicaciones en los códices, vocabularios coloniales y otros documentos indígenas; lo que pasa es que no tuvo la importancia que se le dio después de la conquista. Parece que la identidad más importante entre la élite era la del señorío, como está claramente indicado en los patrones matrimoniales, los cuales ignoraron totalmente las fronteras étnicas. Seguramente las diferencias culturales fueron reconocidas entre los mixtecos, zapotecos y nahuas en la Oaxaca prehispánica, pero la cuestión es que no tenían importancia respecto de la élite, ya que éstos basaban sus diferencias en el poder económico, religioso y político de los señoríos y sus linajes relacionados (véase Oudijk, 2008: 62).



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

No podemos dejar de lado que muchos de los rasgos "zapotecos" de Monte Albán, como su cerámica, sus dioses, sus costumbres funerarias e incluso algunos elementos arquitectónicos, también se encuentran en otros sitios de los valles centrales de Oaxaca (CBA, 1967; Caso y Bernal, 1952; Winter, 1995; Lind, 2009), en la Mixteca (Acosta, 1992; Zanabria, Rivero y Fahmel, 2006; Winter, 2006) en el valle Puebla-Tlaxcala (Vega, 1981; Vargas y Jarquín, 2006), e incluso en Morelos (Angulo y Hirth, 1981), lo que nos lleva a pensar que dichos rasgos fueron compartidos por más de una cultura arqueológica, aunque tuvieron su expresión más abundante en los valles centrales de Oaxaca, y particularmente en Monte Albán, de acuerdo con los datos arqueológicos disponibles hasta hoy.

Diversos rasgos arqueológicos relacionados con la región mixteca son similares a los de Monte Albán, desde sus fases más tempranas hasta las tardías, como es la construcción de tumbas y algunas formas cerámicas (Acosta, 1992). De acuerdo con Winter (1995: 26-47), durante la etapa urbana temprana (500-100 a.C.) los zapotecos colonizaron las montañas y otras regiones colindantes a los valles centrales, razón por la cual Monte Albán funcionó como centro urbano dominante que irradió patrones y rasgos culturales hacia la Mixteca Alta, la Mixteca baja y el Valle de Tehuacán. Sin embargo, hacia los años 100-300 d.C. se dieron cambios importantes en la región de la Mixteca, ya que varios centros urbanos como Monte Negro, Cerro de las Minas y Yucuita fueron abandonados y posiblemente quemados, ocasionando la pérdida de poder de Monte Albán en la zona. Dos siglos después, algunos de ellos surgieron de nuevo, pero ahora afiliados a Teotihuacán, en una probable dinámica expansionista del estado teotihuacano, lo que ha sido interpretado también como indicador de conflictos entre los dos grandes centros urbanos, por el control de las comunidades mixtecas. Fahmel (1986) en cambio, sugiere que fueron las propias comunidades mixtecas las que forjaron su futuro político.

En asentamientos como Cerro de las Minas se han identificado ciertos elementos estilísticos teotihuacanos que hubo en la cerámica (Winter, 1991), lo que respalda la idea de los vínculos entre ambas ciudades. Ello no resulta extraño si tomamos en cuenta la cercanía de la Mixteca con el área de producción de la cerámica anaranjado delgado, cuya circulación en Mesoamérica fue monopolizada por los teotihuacanos.

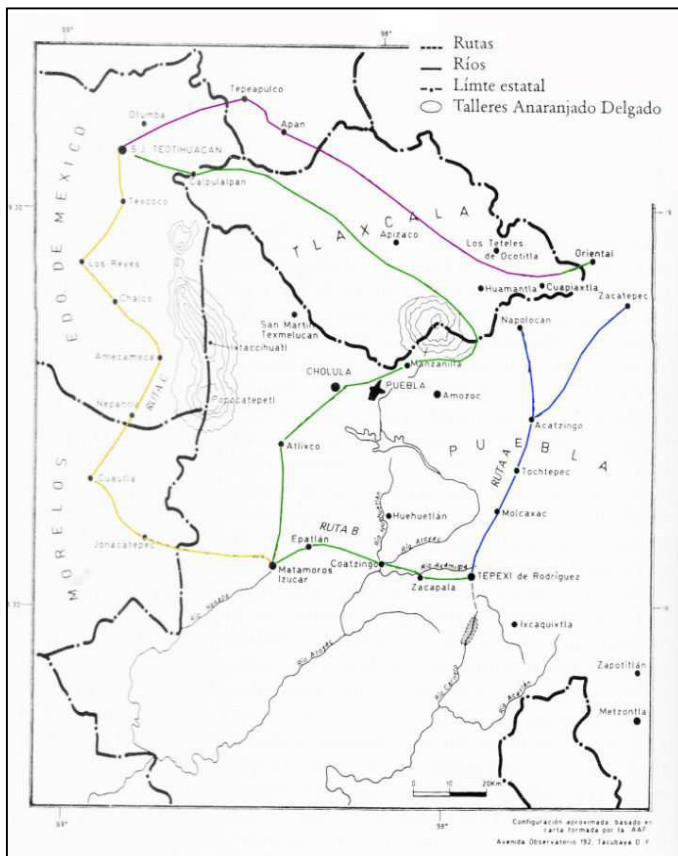
La información arqueológica indica, entonces, la fuerte interacción cultural que hubo entre el Altiplano Central y los valles centrales oaxaqueños, así como con la región Mixteca, misma que fue posible a través de diferentes rutas de comunicación que

involucraron a numerosos asentamientos, en los que quedaron registros del paso de los viajeros. De esta manera se conformaron verdaderos corredores culturales donde quedaron evidencias materiales que reconocemos como “zapotecas”, “teotihuacanas”, “mixtecas” y variantes locales de éstas (Vega, 1981; Plunket y Uruñuela, 1998; Fahmel, 1995: 110-113; García y Merino, 1996; Rattray, 1998). Desde la perspectiva económica, religiosa y política, es indudable que durante el Clásico temprano la región centro-sur de Mesoamérica definió sus dinámicas de acción bajo los principios marcados por Teotihuacán y Monte Albán³. Sin embargo, los rasgos materiales que observamos en una u otra ciudad, son el resultado de una compleja red social en la que se involucraron regiones enteras, pues Teotihuacán y Monte Albán fueron el centro y la manifestación urbana de sistemas estatales que rigieron amplios territorios, marcando las dinámicas sociales en los ámbitos públicos y privados de los asentamientos integrados a sus esferas geopolíticas y económicas.

Los datos arqueológicos sugieren que hubo un flujo constante de personas a través de diversos corredores geográficos, en los que se han localizado rasgos arquitectónicos, patrones funerarios y artefactos de diversa índole, fabricados con tecnologías comunes en los valles centrales de Oaxaca, así como por una gran variedad de objetos originarios de dicha área.

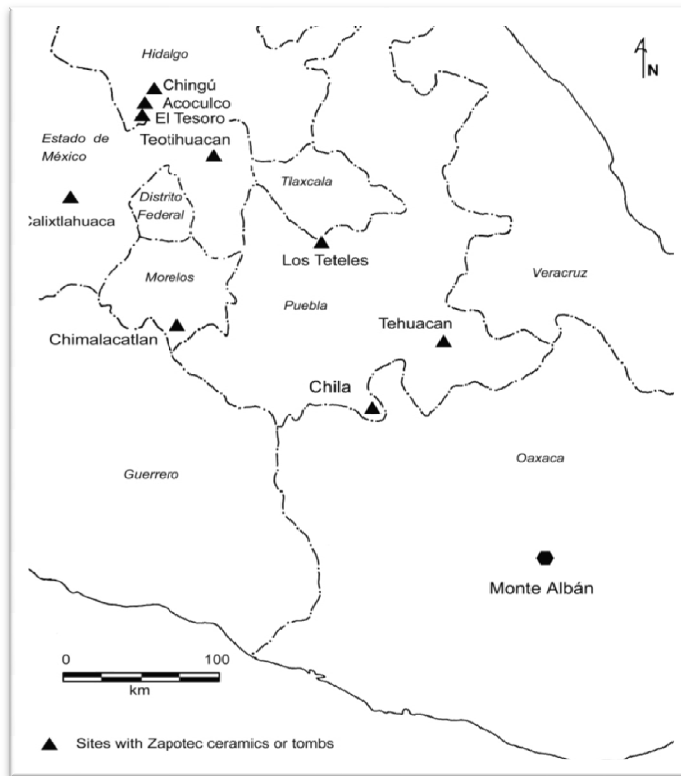
Sabemos que existen al menos dos corredores geográficos que fueron utilizados en tiempos prehispánicos para comunicar los valles centrales de Oaxaca con el Altiplano Central: uno de ellos recorre la ruta Tehuacán- Tlaxcala- Teotihuacán, y el otro es más occidental, ya que atraviesa la Mixteca baja hacia el sur de Puebla, continuando hacia Morelos, la Sierra Nevada y el Valle de México. Evelyn Rattray (1998) menciona 4 rutas, 2 de ellas que conducen de Teotihuacán hacia los valles centrales de Oaxaca y las otras 2 hacia la costa del Golfo de México.

³ Dichas perspectivas se perciben principalmente en los ámbitos cuyas evidencias materiales son más abundantes. Sin embargo, se corre el riesgo de caer en generalizaciones y de no considerar la complejidad de las comunidades ni la variabilidad intrínseca de los procesos históricos. Además se parte de una visión centralista en la que se enfatiza la hegemonía de los grandes centros urbanos, pasando a segundo término la trascendencia de las regiones intermedias. Bernd Fahmel (1995) abre una interesante discusión en torno a la manera en que los arqueólogos vemos las relaciones entre regiones como un todo homogéneo, cuando en realidad en muchas ocasiones sólo partimos de elementos que fueron significativos principalmente para los niveles superiores de la jerarquía social



Rutas que parten de Teotihuacán hacia el sur de Puebla y la Costa del Golfo de México (modificado de Evelyn Rattray, 1998).

La interacción constante entre el centro y la región sur de Mesoamérica durante el Clásico es un tema recurrente en la literatura arqueológica (Rattray 1987). Las rutas entre el centro de México y regiones como Michoacán, Colima, Jalisco y otras más al norte, apenas se han explorado y puesto de relieve. De ahí la importancia de su estudio y rastreo en los materiales arqueológicos. En este sentido es muy probable que la Cuenca de México, además de ser una importante zona política, comercial y religiosa, haya sido también un paso obligado para los viajeros que se dirigían hacia tierras más norteñas, en las que se explotaban recursos y materias primas de gran importancia, tales como la turquesa, la obsidiana, el cinabrio, entre otros (véase Rattray, 1998).



Mapa del centro de México en el que se muestran sitios en los que se han localizado tumbas y cerámica de estilo zapoteco (tomado de Smith y Lind, 2005: 170)

Con base en lo anterior queremos resaltar la posibilidad de que entre los grupos foráneos que han sido identificados como oaxaqueños en Teotihuacán, hubiera zapotecos, mixtecos y algunos otros que compartían parte de la cultura material "zapoteca". Por ello consideramos más viable el término "oaxaqueño", esperando que en un futuro se pueda definir con mayor claridad, la pertenencia cultural de quienes utilizaron artefactos y símbolos de aquella región.

6.2 Tiempo y cultura material

Diversas investigaciones realizadas en las regiones periféricas al Altiplano Central (Vega Sosa, 1981; Angulo y Hirth, 1981, Plunket y Uruñuela, 1998) revelan una relación entre Teotihuacán y los valles centrales oaxaqueños desde épocas muy tempranas, a través de diversos corredores que conectan al centro de México con aquella región. De ahí que sea posible inferir que gentes provenientes de esas tierras estuvieron presentes en la Cuenca de México desde el Clásico Temprano, aprovechando una extensa red comercial y política que tiene sus antecedentes en el Preclásico tardío (véase Cyphers, 1981; Fahmel, 1998: 202).

Los pozos de sondeo excavados en diversas partes de la ciudad de Teotihuacán, principalmente aquellos que llegaron a contextos sellados en la Pirámide del Sol, reflejan una interacción temprana, con la detección de tiosos provenientes de la región Oaxaca-Tehuacán asociados a cerámica teotihuacana correspondiente a la fase Tzacualli tardío (Rattray, 1987: 256).

En este contexto destaca la cerámica gris doméstica y utilitaria, que refleja no sólo un contacto con Oaxaca, sino además el probable establecimiento de inmigrantes que conservaron y reprodujeron algunas de las manifestaciones culturales propias del lugar de origen, de manera cotidiana. La persecución de intereses específicos debió tener como consecuencia la adscripción a ciertas redes, en las que la ideología, la religión o la información tecnológica fungían como mecanismos de vinculación y podían existir independientemente de otras redes. Es en estos entornos en los que circulaban bienes, creencias, tradiciones, costumbres, conocimientos en general, que configuraban y daban identidad a los grupos que los integraban.

En cuanto a la cronología de las evidencias arquitectónicas que indican la permanencia de grupos foráneos en el espacio urbano teotihuacano, los datos arqueológicos y estratigráficos indican que en el vecindario de Tlailotlacan son muy tempranas, probablemente de las fases Tzacualli- Miccaotli. En este lugar se han hallado

sobre un estrato de roca estéril (tepetate natural), el cual fue nivelado para obtener superficies planas y en algunos casos el propio tepetate fue la superficie de ocupación. Esto nos habla de un ambiente carente de suelo que fue aprovechado para la urbanización, aunque en un área ciertamente aislada de lo que posteriormente sería el eje central de la ciudad (la Avenida de los Muertos).

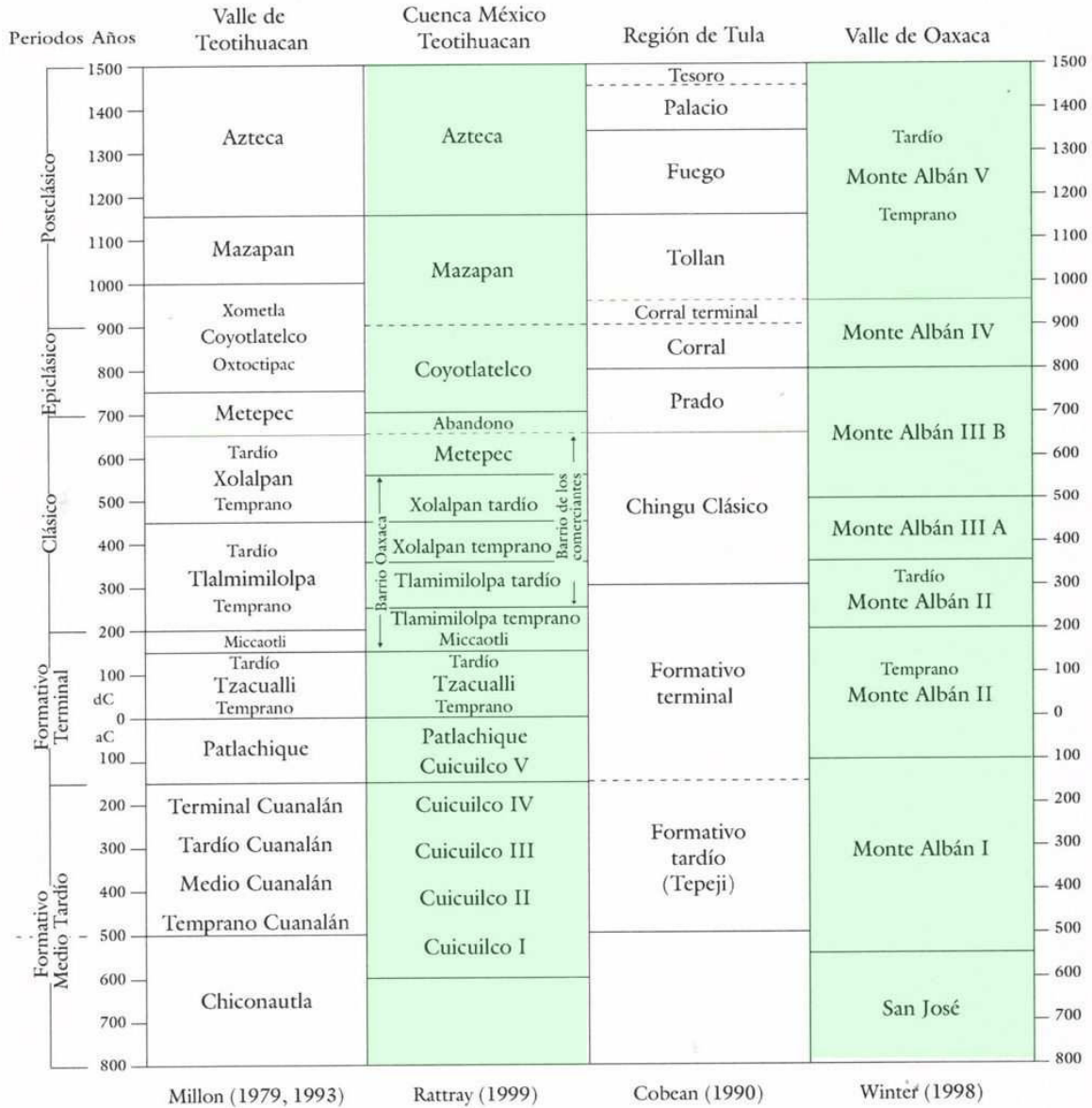
A este respecto es importante mencionar que Evelyn Rattray (2001) observa que las cerámicas de la fase Tzacualli reflejan la presencia de elementos extranjeros en Teotihuacán, probablemente originarios de Cholula. También apunta que durante esta fase surgieron asentamientos en las laderas del Cerro Gordo, en una zona al oeste de la ciudad, en la región del cerro Malinalco y la zona norte de San Juan Evangelista (*op. cit.*: 368). Sabemos además, que la cúspide del Cerro Colorado Chico es un área densamente ocupada por conjuntos arquitectónicos de buena calidad constructiva, aunque desafortunadamente se carece de excavaciones sistemáticas en el área. Empero, podemos ver un patrón de crecimiento que va de las partes altas de los cerros hacia las laderas, y en este caso en particular es posible que el crecimiento del vecindario Tlailotlacan haya seguido dicho proceso, por lo que proponemos que los conjuntos que se localizan hacia el norte del mismo serán los más tempranos (fases Tzacualli a Tlamimilolpan Temprano), mientras que los de la sección sur podrían ser más tardíos (de Tlamimilolpan Temprano a Metepec).

En el caso del vecindario de Tlailotlacan, existe una muestra representativa de fechamientos por radiocarbono que le asigna una cronología que va del año 150 al 550 d.C. (fases Miccaotli a Xolalpan Tardío), como podemos apreciar en la siguiente tabla, fechas que corresponden a las fases MA II tardío (200-350 d.C.) y MA IIIA (350-500 d.C.).

De acuerdo con Rattray (2009: 64) estas fechas permiten relacionar los materiales oaxaqueños (antes considerados bastante tempranos) con sus contextos del clásico teotihuacano, resolviendo en parte la discusión iniciada entre Millon y Paddock, respecto a la incongruencia entre la cerámica oaxaqueña temprana y los contextos tardíos en los que era hallada. Para Rattray (*ídem*), tanto las asociaciones cerámicas, la estratigrafía y los estilos de las piezas de barro, respaldan la idea de que las relaciones interregionales abarcan las fases MA II tardío y MA IIIA, ubicadas en los años 200 a 550 d.C.

Cuadro Cronológico

Cuadro 1. Correlación de las fases para México central, Región de Tula y Monte Albán, Oaxaca. Los números remiten a edades radiocarbono calibradas.



Correlación de cuadros cronológicos del Valle de Teotihuacán y los Valles centrales de Oaxaca (tomado de Rattray, 2009: 54, con modificaciones en el sombreado hechas por esta autora).

Lo anterior es congruente con la propuesta de Caso *et al.* (1967) en lo referente al período en que es más notoria una relación permanente y constante entre Monte Albán y Teotihuacán, al cual ubican en la fase MA transición II-III A o II Tardío y III A (200-500 d.C.).

En Tlailotlacan dichos períodos están bien representados con fechamientos absolutos y estilos cerámicos, por lo que podemos ver una secuencia de ocupación —por parte de grupos oaxaqueños o relacionados con aquella región— desde la fase Miccaotli hasta Xolalpan tardío y es posible que el vecindario del Cuartel sea similar. Sin embargo, en el caso del vecindario de Tetitla la situación es diferente, pues hasta el momento sólo se han hallado materiales cerámicos oaxaqueños de la fase MA III A, situación compartida con el área central de la ciudad, en donde hasta el momento no se ha localizado una muestra representativa de objetos de cerámica MA II o transición II-III A.

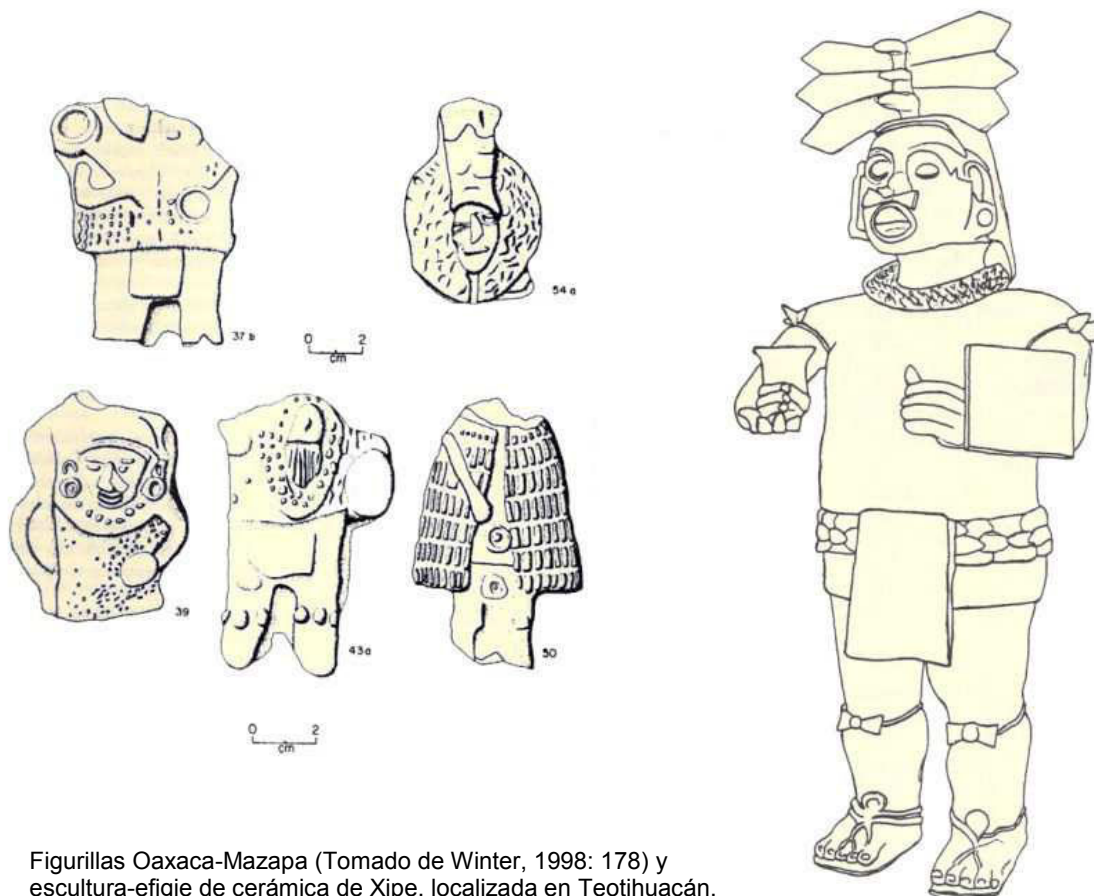
En particular la fase Xolalpan Tardío muestra una diferenciación social más marcada entre los habitantes del vecindario de Tlailotlacan, siendo el ejemplo más representativo el conjunto TL11. En aquel momento este conjunto sufrió adecuaciones tanto arquitectónicas como funcionales, que nos llevan a pensar en la presencia de uno o varios grupos de élite relacionados con los estratos sociales dominantes de la ciudad. Este escenario es congruente con la importación de objetos cerámicos de pasta gris fina, como los que se han localizado en las áreas centrales de la urbe y en el vecindario de Tetitla, pues los grupos foráneos avecindados en dichas áreas, debieron pertenecer a clases sociales que hacían un mayor uso de objetos, mercancías y bienes de prestigio.

Cabe apuntar que, hasta el momento, no se han hallado evidencias de algún objeto cerámico representativo de la fase MA III B, como son los vasos-garra o vasijas efígie. Sin embargo, en el Altiplano Central siguen operando redes de intercambio en las que si circulan dichos objetos, como lo demuestran las piezas localizadas en Calixtlahuaca (Smith y Lind, 2005), en Xochicalco (Litvak, 1970) y Teotenango (Álvarez, 1992).

La fase Metepec no marca el fin de la presencia oaxaqueña en el valle de Teotihuacán, pues existen evidencias de una relación importante entre las dos regiones que corresponden a la fase Mazapa (900-1150 d.C.) del Posclásico temprano. Las excavaciones de Sigvald Linné en los predios Xolalpan y las Palmas, en el pueblo de San Francisco Mazapa, dejaron al descubierto conjuntos arquitectónicos con restos de dicha fase, en los que se localizaron figurillas antropomorfas idénticas a las utilizadas en Lambityeco, Oaxaca, un sitio localizado en el Valle de Tlacolula, así como una escultura efígie del Dios Xipe que porta en la mano un vaso-garra (Scott, 1993: 8, 1998).

De acuerdo con Winter (1998: 177), en Monte Albán las representaciones de Xipe se registran desde la fase MA IIIB, y el culto a dicho dios es especialmente importante en la fase MA V temprano, momento en el cual se pierde la interacción entre los dos grandes centros regionales (Monte Albán y Teotihuacán). No obstante, las relaciones entre Oaxaca y el centro de México continúan, pues se mantienen circuitos de intercambio entre diversos grupos, aunque no se han identificado élites específicas.

Tanto las figurillas como la escultura-efigie, son un buen indicador de la presencia de grupos oaxaqueños del Posclásico temprano en el Valle de Teotihuacán, pero hace falta ampliar la discusión sobre las implicaciones de dicha presencia.



Figurillas Oaxaca-Mazapa (Tomado de Winter, 1998: 178) y escultura-efigie de cerámica de Xipe, localizada en Teotihuacán. Sostiene un vaso-garra en la mano derecha (tomado de Scott, 1998: 192).

6.3 Resumen de las relaciones artefactuales

Los elementos que hemos vertido en las secciones anteriores, nos permiten visualizar un panorama un tanto más amplio, de la presencia de grupos sociales relacionados con redes en las que participaron objetos y costumbres de origen oaxaqueño en la Ciudad de Teotihuacán durante el Clásico. Conforme la muestra arqueológica es más abundante, estamos en mejores condiciones de comprender las relaciones artefactuales, tanto en el tiempo como en el espacio, e inferir algunas de las redes de interacción de los grupos relacionados con los materiales foráneos. Para ello contamos al menos con dos niveles de información: el del ámbito doméstico y el del vecindario.

Las concentraciones de cerámica gris de manufactura local en el mapa arqueológico son la base de la muestra para esta investigación. En cada una de ellas hemos rastreado todos aquellos materiales, construcciones y contextos que hacen referencia a un vínculo con la región oaxaqueña. Incluso, a cada una de las concentraciones le hemos asignado un nombre: Tlailotlacan, Cuartel y Tetitla, a partir de una estrategia de identificación como unidades espaciales. Es posible que cada una de estas áreas corresponda a un vecindario en particular, ya sea por su ubicación geográfica, por la vecindad que guardan los conjuntos arquitectónicos que las componen, así como por los patrones artefactuales que hemos podido aislar, y a los que hemos hecho referencia en los capítulos 3 y 4.

Consideramos a dichas concentraciones o áreas urbanas como vecindarios, asumiendo que la interacción entre sus habitantes se dió "cara a cara" de manera cotidiana, lo que permitió la generación y soporte de numerosas identidades sociales, algunas de las cuales las podemos inferir. Pero es importante ser cautelosos, pues la contigüidad vecinal no conduce necesariamente al desarrollo de algún sentimiento de identificación colectiva. En algunos casos podría crear meros agregados anónimos de

individuos con poca o nula relación entre sí (Oehmichen, 2005: 31).⁴ Por esto es fundamental revisar en qué y hasta qué grado son comparables entre sí los vecindarios, y especialmente en la forma como se organizaron sus habitantes en el nivel doméstico, pues es ahí en donde se forjan las identidades primarias, aquellas que involucran el reconocimiento propio del individuo y su pertenencia a una colectividad.

En este sentido, sólo en Tlailotlacan se han realizado estudios sistemáticos desde los años sesenta del siglo pasado, razón por la cual contamos con gran cantidad de información. Por ello se pone en relieve la importancia de investigar y excavar determinados puntos de los otros dos vecindarios, con el objetivo de reforzar (o en su caso invalidar) la propuesta de una relación más amplia entre ellos.

La necesidad de comprobar la existencia de las tres agrupaciones nos llevó a relacionar información arqueológica que se encontraba aislada y que —una vez integrada— nos ofreció una versión actualizada del fenómeno, en la que pudieron reconocerse patrones arquitectónicos, artefactuales y simbólicos similares a los detectados en Tlailotlacan, mismos que nos permiten establecer ciertas correspondencias entre los grupos que habitaron cada una de las áreas. De esta forma ahora tenemos una idea más clara del alcance y la amplitud de la presencia oaxaqueña en la urbe, la cual bien podría manifestarse en otras partes del propio Valle de Teotihuacán y el Altiplano Central como un fenómeno más complejo de las relaciones interregionales durante el Clásico.

- Comparando tres vecindarios

La comparación de tres vecindarios, en los que hemos observado artefactos, arquitectura y contextos relacionados con la región oaxaqueña, nos permite comprender mejor los sistemas de circulación de objetos y mercancías procedentes de la región suroeste de Mesoamérica, pues pone en evidencia los diferentes intereses a los que respondieron los circuitos de comercio e intercambio. Si tenemos grupos diferenciados socialmente, entonces existen necesidades específicas por satisfacer, lo que habría llevado al desarrollo de vínculos en diferentes escalas con la región que producía los bienes deseados. Así vemos que en Tlailotlacan y el Cuartel —caracterizados principalmente por

⁴ Aunque las relaciones entre los individuos de las ciudades fueran cotidianas y cara a cara, sus contactos podrían ser concebidos como “superficiales, impersonales, transitorios y segmentarios” (Wirth, 1988: 167-169). Esto no significa que los individuos que conforman agregados anónimos en las ciudades carecieran de pertenencia social, simplemente su filiación grupal no estaba dada por relaciones de vecindad (Oehmichen, 2005: 31).

grupos domésticos⁵— son escasos los objetos importados de la región oaxaqueña. Localmente se producía gran parte del utilaje para la preparación y servicio de alimentos así como para el ritual, haciendo uso en gran medida de los productos teotihuacanos. De ahí que se importaron y utilizaron principalmente objetos rituales con una carga simbólica, como son las vasijas efigie. Desafortunadamente, hasta el momento no se han localizado hornos ni talleres dedicados a la producción de cerámica en estos vecindarios, pero sabemos que gran parte de la cerámica con rasgos oaxaqueños utilizada en las actividades domésticas, era producida en Teotihuacán, de acuerdo con análisis de activación neutrónica (Croissier, 2006, Gibss, 2001, Roldán, 2010) así como de termoluminiscencia (Ramírez, 2012).⁶ Habría entonces, una producción de cerámica para el autoconsumo, posiblemente en baja escala, debido a que los grupos familiares también podían obtener cerámica teotihuacana con cierta facilidad.

En el caso de Tetitla, el intercambio incluyó en mayor medida la importación de vasijas de pasta fina manufacturadas en Oaxaca, lo que nos lleva a pensar en dos posibilidades: 1) la ausencia de grupos de artesanos especializados que se dieron a la tarea de fabricar utensilios similares a los oaxaqueños en el vecindario, y 2) una escasa interacción entre este vecindario y los de Tlailotlacan y el Cuartel, por lo que no se establecieron circuitos de intercambio en los que fluían las manufacturas locales con formas oaxaqueñas. Lo que si podemos inferir, es que los habitantes del vecindario de Tetitla se auto-diferenciaron de los otros dos a partir de un mayor consumo de artefactos manufacturados en Oaxaca, lo que sugiere una relación más constante con aquella región o por lo menos un vínculo más estrecho con las redes de circulación de dichos objetos.

Como ya se ha mencionado, aun hace falta respaldar estas ideas con información proveniente de excavaciones. No obstante, los datos recuperados hasta el día de hoy nos permiten establecer una integración más amplia y diversa de los grupos foráneos en la sociedad teotihuacana.

⁵ Retomo el concepto de Manzanilla (1986: 14) que establece que un grupo doméstico está formado por los individuos que comparten el mismo espacio físico para comer, dormir, crecer, procrear, trabajar y descansar. Los tres criterios básicos que nos permiten definir este concepto son: el de residencia, el de actividades compartidas y el de parentesco.

⁶ Para este trabajo de investigación se analizaron 8 muestras de cerámica de color gris, con formas de cajetes cónicos, provenientes de los conjuntos TL1, TL11 y TL67, bajo la técnica de termoluminiscencia. De acuerdo con el reporte del M. en C. Ángel Ramírez Luna, del Laboratorio de Termoluminiscencia del Instituto de Geofísica de la UNAM, las muestras no pudieron ser fechadas por medio de esta técnica debido a la mineralogía de la arcilla, situación que es común con las muestras de cerámica local teotihuacana, por lo que se asume que los tiestos corresponden a formas manufacturadas con arcilla teotihuacana.

- ¿Fueron contemporáneos los tres vecindarios?

La evidencia arqueológica apunta a una posible contemporaneidad entre los vecindarios, principalmente en las fases más tardías (Xolalpan temprano a Xolalpan Tardío 450-600 d.C.), ya que únicamente se cuenta con datos tempranos para Tlailotlacan. Con futuras investigaciones podrán afinarse las cronologías de las tres áreas.

Resulta interesante que durante la fase Xolalpan se visualiza una presencia amplia y continua de elementos foráneos (oaxaqueños) tanto en los vecindarios aquí tratados como en algunas zonas del sector central de la ciudad. Ello da cuenta de la participación activa en la sociedad teotihuacana de quienes se relacionaban con la región sureña de Mesoamérica.

Por su parte, durante la fase IIIA (contemporánea a Xolalpan temprano) en Monte Albán existen evidencias de un intenso contacto entre las dos metrópolis "..... La influencia de Teotihuacán en Monte Albán es visible en la arquitectura, la pintura mural, estilos de cerámica e inscripciones jeroglíficas que impregnaron los niveles públicos, privados y funerarios..." (González Licón, 2011: 228). Para la fase Xolalpan, los vínculos entre las dos ciudades requirieron de la participación de grupos con autoridad política y económica que atendieron intereses muy específicos, lo que quedó plasmado en la iconografía oaxaqueña.



Estela Lisa, Monte Albán. Se observan cuatro personajes (visitantes) y un señor zapoteca, la escena se labró en una de las estelas empotradas en la plataforma sur (Tomado de Marcus y Flannery, 2001, redibujado de Acosta, 1968-59: 14).

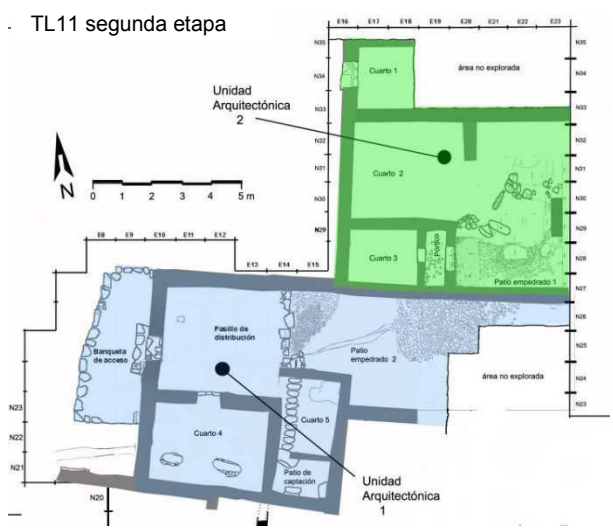
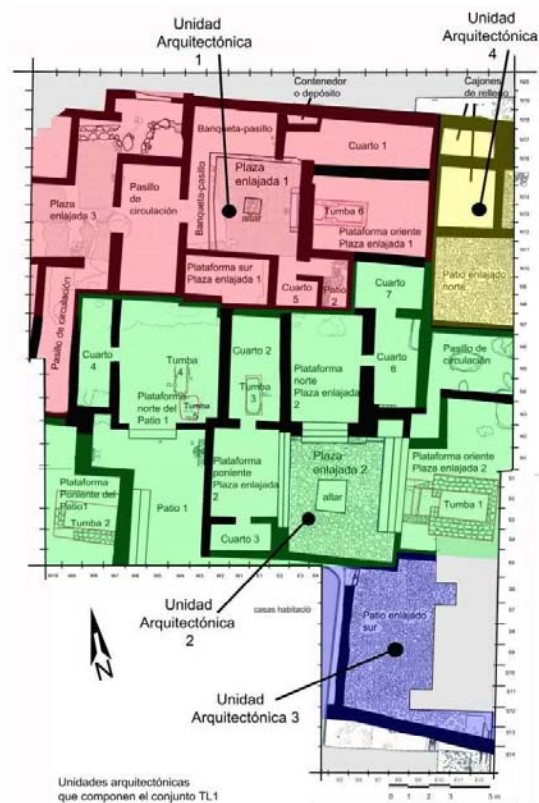


Lápida de Bazán, Monte Albán. Se observan dos figuras humanas con elementos que los distinguen como un teotihuacano y un zapoteca. (Tomado de Joyce Marcus, 1983, redibujado de Caso, 1965).

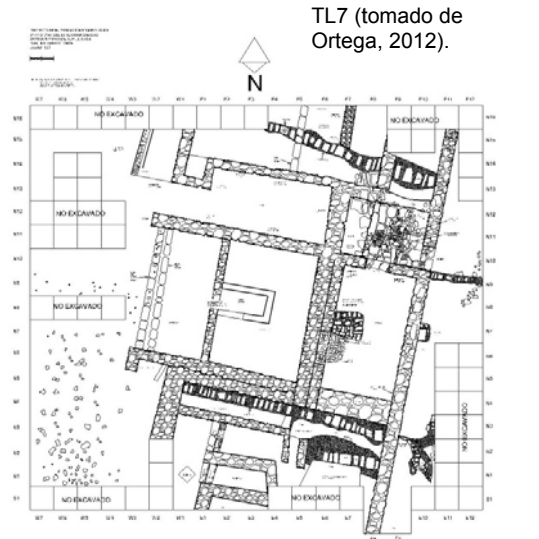
- **Tlailotlacan, un vecindario con población inmigrante**

Las exploraciones realizadas en este vecindario apuntan a que estuvo compuesto principalmente por conjuntos arquitectónicos en los que habitaban grupos domésticos. Es decir, se trataba de conjuntos multifamiliares en los que tres o más familias compartían el espacio doméstico y algunas actividades rituales, pero tenían cocinas, almacenes, dormitorios, patios rituales, patios de servicio y actividades económicas particulares (véase Manzanilla, 2007b: 460).

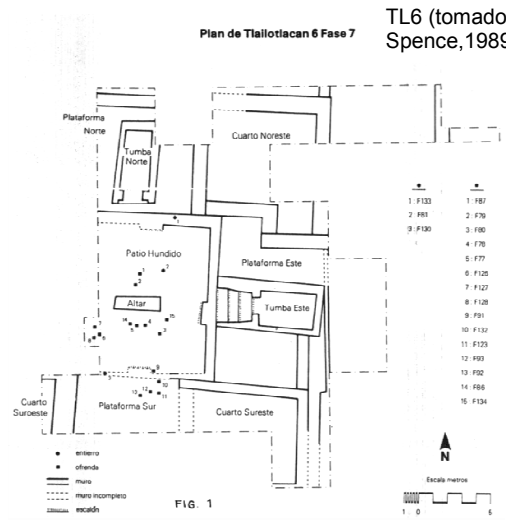
Conjuntos arquitectónicos como TL1, TL2, TL6, TL7 y TL11 (en sus dos primeras etapas) son muestra clara de la forma en que convivían diferentes familias, las cuales compartían el espacio doméstico de una manera estrecha, pero siempre conservando su individualidad en viviendas independientes.



TL1 y TL11, segunda etapa constructiva.



TL7 (tomado de Ortega, 2012).



TL6 (tomado de Spence, 1989a).

Plantas de algunos de los conjuntos arquitectónicos del vecindario Tlailotlacan.

En general se trata de conjuntos departamentales similares a los de otras partes de la ciudad, pero en su planeación se incluyeron algunos elementos que los separan del común: la construcción de recintos funerarios (tumbas) ubicados principalmente en los rellenos de plataformas, mismos que pudieron ser reabiertos en diversas ocasiones.

Las viviendas del vecindario estaban hechas de piedra y adobe, con muros y pisos aplanados; contaban con drenaje para las aguas pluviales y con piletas para el almacenamiento y abastecimiento de agua. Al igual que muchas construcciones en otras partes de la ciudad, las habitaciones más amplias tenían almenas como remate arquitectónico y hay indicios de que muchos espacios estuvieron pintados de color rojo.

Hacia el exterior, el vecindario debió ser muy similar a los del resto de la ciudad, con calles rectas, paralelas a la Calzada de los Muertos y perpendiculares a ella, compuesto de edificaciones que conservaban la orientación común en la urbe y sus conjuntos se vinculaban entre sí a partir de su contigüidad. El crecimiento de los conjuntos habitacionales fue constante, pues se aprecian ampliaciones y cambios de distribución de los espacios, lo que indica la adecuación de los mismos a las necesidades de las familias que los habitaban. No existen evidencias de una delimitación física del vecindario, más allá de su disposición al norte de la Avenida Oeste y al poniente de la Barranca Malinalco. Esta última, por cierto, es una barrera natural que afecta a otros vecindarios, por lo que no podemos relacionarla únicamente con Tlailotlacan.

Lo anterior nos permite establecer que **los límites del vecindario tuvieron fundamentalmente un carácter social antes que un componente físico**, por lo que su tamaño debió variar en el tiempo, de acuerdo con los intereses de sus habitantes y las identidades predominantes, lo que hace posible observar fluctuaciones en la abundancia de materiales foráneos respecto de los locales, tanto a nivel general como en la individualidad de los conjuntos y las viviendas⁷.

Es importante traer a colación el hecho de que la presencia de conceptos y materiales foráneos, principalmente oaxaqueños, es una constante a lo largo de la historia del vecindario, desde la fase Miccaotli hasta Metepec, y que éstos corresponden básicamente a dos tipos de redes: las ideológicas (construcción de tumbas, uso de vasijas efigie, sahumerios de colador y uso de superficies enlajadas) y las de abasto (uso de cajetes cónicos y vasos). Los elementos mencionados existen en la región oaxaqueña desde el Formativo, pues hay reportes de tumbas en edificios de la Fase Rosario (700-500 a.C.) en San José Mogote (Marcus y Flannery, 2001: 157-160), vasijas efigie desde la fase

⁷ Hasta el momento no existen límites físicos en la Ciudad Antigua de Teotihuacán que permitan definir en dónde empieza y termina un vecindario. Pienso que los límites fueron establecidos de manera arbitraria por los propios habitantes de los diferentes vecindarios, siendo cada uno un espacio de producción simbólica a partir de la unidad de residencia, sobre la cual se establecían los procesos de identidad-alteridad. Lo anterior contrasta fuertemente con la idea de un Estado teotihuacano hegemónico y monolítico que organizaba y controlaba todas las facetas de la vida social en la ciudad, imponiendo límites administrativos y sociales a través de los que se ha llamado "barrios". Ello nos da una visión más amplia de las diversas formas de integración y pertenencia que debieron aglutinar a los diferentes grupos que compartían el espacio urbano.

MA I (Caso y Bernal, 1952), sahumadores de coladera a partir de la fase MA II (CBA, 1967) cajetes cónicos y vasos cilíndricos desde MA I (*ibíd*), así como pisos o superficies enlajadas en Monte Albán desde la fase Ic (CBA, 1967: 99-101 y 113-114) así como en San José Mogote desde la fase Rosario (Marcus y Flannery, 2001: 160).

El reconocimiento de redes ideológicas es trascendental, pues implica la presencia de sistemas de valores, pautas de comportamiento, creencias y cosmovisiones, ligados a la interacción social que genera identidades, tanto individuales como colectivas, con las que se reconocen determinados grupos de personas. Además, dichas identidades son reproducidas en el ámbito más íntimo: el doméstico, aquel en el cual (de acuerdo con Ervin Goffman) podemos observar la "región posterior del individuo", donde las máscaras sociales pasan a segundo término y las personas se relacionan de una manera más abierta.

Así, las viviendas aquí documentadas, podrían dar cuenta de una organización de familias nucleares (parientes en primera instancia: padre, madre, hijos, abuelos), que comparten recursos, derechos y obligaciones, emanados de un sistema de valores que asigna deberes y funciones a cada miembro del grupo doméstico.

Siguiendo a Marvin Harris (2001: 204), dentro de las organizaciones domésticas, la familia nuclear —presente en la mayoría de los grupos humanos—, cumple funciones vitales como son: la relación sexual, la reproducción, la educación y la subsistencia. Sin embargo, muchas sociedades están organizadas a manera agrupamientos más grandes que las familias nucleares: las familias extensas, definidas como el grupo doméstico integrado por hermanos, sus cónyuges y sus hijos, así como los padres. La familia extensa proporciona un contingente mayor que el de la familia nuclear, y puede realizar una gran variedad de actividades simultáneamente. Harris (*op.cit.*) menciona que es importante considerar que ambos tipos de familia pueden ser poligínicas, es decir, que el principal miembro masculino o varios de la familia pueden tener más de una esposa, lo que deriva en una enorme variedad de formas de interacción.

En relación a las reglas del matrimonio, la endogamia proporciona menor beneficio que la exogamia, pues en un entorno estatal ésta última provee ventajas económicas, sociales y culturales. Es decir, las alianzas entre grupos exógamos tienen importantes consecuencias infraestructurales, como el incremento de la fuerza de trabajo, además de que permite la explotación de recursos en áreas más vastas, facilita el comercio y eleva el tamaño de los grupos. Entre las élites, la endogamia se combina con

la exogamia, propia de la familia extensa, para mantener la riqueza y poder de la clase dirigente (véase Harris, 2001: 204-206).

En la organización familiar intervienen dos principios fundamentales: la idea de afinidad a través del matrimonio, y la idea de filiación, de las que se deducen los deberes, derechos y privilegios de los individuos con respecto a otras personas, y su relación con muchos aspectos de la vida social: su nombre, familia, residencia, rango, propiedades, entre otros. Todos los miembros del grupo de filiación pueden especificar los lazos genealógicos exactos que los emparentan con el fundador del linaje, lo que permite la formación de grupos domésticos de personas co-residentes que mantienen intereses colectivos sobre personas y propiedades, determinando además la pauta de residencia así como el quién entra, sale o permanece en el grupo doméstico (*ibíd*).

Lo anterior nos permite visualizar los entornos en donde se forjaron las identidades primarias de los habitantes del vecindario: por un lado aquellas relacionadas con su origen familiar (filiación) y, por el otro, aquellas vinculadas a los grupos con los cuales se podían crear futuros lazos familiares o de otra índole (afinidad). Pero es importante establecer las diferencias entre un aspecto y otro, pues cada ámbito tuvo referentes materiales que nos permitirán ubicar a los habitantes del vecindario en su dimensión social.

Así, tenemos que la **filiación** se refiere a las pertenencias sociales en las que se inserta el individuo, ya sean parentales, jerárquicas, territoriales, es decir, todos aquellos aspectos que permiten que el individuo se incluya en una colectividad, compartiendo, al menos parcialmente, su repertorio simbólico-cultural (Oehmichen, 2005: 294). En este caso, las evidencias arqueológicas indican que en el vecindario debió existir una organización familiar basada en la "pareja conyugal" como unidad de reproducción biológica y social, pues tenemos varios casos de entierros colectivos en los que se depositaron un individuo femenino y uno masculino: Entierro 2 (TL1/1995), Entierro 1 (TL1/2002), Entierro 5 (TL1/2002), Entierro 1 (TL9), Entierros 4 y 5 (TL67) y Entierro 2 (TL11). Esta unidad de filiación básica conservó su importancia aún después de la muerte de los individuos, pues lo mismo encontramos a estas parejas en tumbas que en fosas, en los diferentes conjuntos que componen el vecindario.

La presencia de individuos masculinos y femeninos compartiendo el espacio funerario, es un indicador de que el concepto de pareja tuvo un peso específico en la organización familiar. Los análisis de isótopos de oxígeno realizados por Michael Spence y Christine D. White en una muestra de esqueletos de Tlailotlacan (Spence *et al.*, 2005)

indican que tanto hombres como mujeres tenían movilidad territorial, es decir, permanecían por largos períodos de tiempo fuera de Teotihuacán, y que los niños nacidos en el vecindario pasaban una buena parte de su primera infancia en otras regiones, para regresar a la ciudad durante su juventud. Además, los análisis de entesopatías realizados a los esqueletos obtenidos en las temporadas 2008-2012 del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño (Archer, 2012b), revelan que ambos géneros tienen marcas de estrés y trabajo pesado, lo que indica que las condiciones de vida, salud y esfuerzo fueron semejantes en hombres y mujeres. En cuanto a la deformación cefálica intencional —considerada como una práctica cultural relacionada con la identidad jerárquica—, los datos refieren que fue aplicada a ambos géneros, aunque los individuos de sexo masculino presentan una mayor frecuencia de deformación tabular oblicua, mientras que las mujeres presentan con mayor frecuencia deformación de tipo tabular erecta (*ibíd*: 172).

La existencia de una potencial equidad de género, indicaría que se dio un reconocimiento social similar a hombres y mujeres, con la posibilidad de que las líneas de filiación cognáticas fuesen bilaterales, favoreciendo la integración de individuos con orígenes diversos, lo que habría permitido crear redes parentales amplias y de largo alcance territorial.

Por lo tanto, es posible proponer que los lazos parentales estaban basados en el reconocimiento de un ancestro común, una “pareja conyugal”, que fungió como soporte para la transferencia de la propiedad y los derechos a los descendientes.

Los contextos funerarios se relacionan de manera directa con la concepción que se tiene tanto de la muerte como de los vínculos con los antepasados; en este sentido, el tratamiento que se daba a los cuerpos y a la memoria de los individuos a los que pertenecieron, forma parte de las costumbres del grupo. Un aspecto que salta a la vista de inmediato es que las inhumaciones se realizaban al interior de las unidades habitacionales, lo que indica que los grupos domésticos compartían un conjunto de ideas y valores centrados en la conmemoración de los ancestros, misma que “... desempeñaba un papel importante en la formación de identidades, en el traspaso de propiedad, oficios y otras prerrogativas de una generación a otra” (Urcid, 2008: 513), además de que fue un elemento central en la reproducción social de los grupos corporativos de mayor rango (Martínez, 2011: 318).

La creación de espacios formales (tumbas) para las inhumaciones puede ser un referente de la existencia de diferencias jerárquicas al interior de los grupos domésticos.⁸ No obstante, también nos lleva a pensar en la seguridad de la propiedad del bien inmueble y en la libertad de crear los espacios necesarios para resolver las necesidades ideológicas, pues en muchas ocasiones las tumbas fueron planeadas en el proyecto original de construcción del conjunto, lo que implica que desde un principio se tenía asignada la morada final a los miembros de la familia.

Las tumbas forman parte de los aspectos ideológicos que caracterizaron a los grupos domésticos, pues están relacionadas con una particular concepción de la muerte y su impacto en la vida de los integrantes del grupo. Su ubicación en las plataformas de las habitaciones más amplias, o en las plazas hundidas, refiere un conocimiento colectivo del lugar en donde se estaban depositando los cadáveres y un acceso relativamente fácil para los habitantes de la casa. La re-apertura de las tumbas para la colocación de nuevos cadáveres, indica que la funcionalidad del recinto estaba pensada para varias generaciones, lo que perpetuaría esta forma de inhumación. Sin embargo, no todas las casas cuentan con tumbas, pues algunas de ellas sólo tienen fosas rectangulares, excavadas en los pisos de habitaciones y patios, donde los cadáveres fueron colocados en posición extendida, acompañados de diversos enseres, entre los que sobresalen aquellos que son de origen foráneo o imitan formas ajenas a lo que reconocemos como "teotihuacanas", ya sean vasijas, figurillas de piedra verde y conchas de moluscos.

De esta forma, las tumbas habrían materializado el potencial de comunicación entre vivos y muertos, abriendo la posibilidad de visitar al difunto, honrarlo a través de ritos y pedir su mediación para beneficio de la familia (véase Martínez, *op. cit.*: 324). En este sentido, las evidencias arqueológicas apuntan a una frecuente reapertura de las tumbas, ya fuese para depositar a un nuevo individuo, como para colocar pigmento rojo en las osamentas que ya había ahí, actividades que debieron requerir de la participación del grupo, dándole un sentido de pertenencia.

Incluso pudo darse el caso de que las reaperturas de los recintos funerarios se aprovecharan para extraer algunos huesos, que serían utilizados posteriormente para simbolizar la cercanía con la pareja conyugal o la pertenencia al grupo, colocándolos en lugares específicos, como hemos visto con los huesos largos hallados en diversos ductos

⁸ Michael Spence señala que los líderes de la comunidad (aquellos que fueron enterrados en tumbas) no representaban necesariamente a una élite social separada, sino que posiblemente se trataba de jefes de linaje con las mismas responsabilidades y obligaciones que el resto de sus seguidores, por lo que no podrían tener un estilo de vida visiblemente superior. Para ello parte de la idea de que el grupo estaba fuertemente integrado y era relativamente igualitario (véase Spence, 2002: 65).

de drenaje en TL9, TL11 y TL7. De particular interés resulta el caso de los dos segmentos de fémures humanos localizados sobre el patio empedrado de una vivienda de TL11, por su semejanza con los encontrados en la tumba 7 de Monte Albán, a los que Urcid (2010: 140) identifica como los posibles percutores de cajas de resonancia hechas con cráneos humanos. En el caso de los fémures de TL11, éstos presentan huellas de corte y cocción, por lo que Pérez Roldán (2013) los clasifica como “claves musicales”, pues al golpear uno contra otro se obtiene un sonido similar al de las claves de madera.

Visto así, existían varios elementos que ligaban al individuo con su grupo familiar: el reconocimiento de una descendencia común, que probablemente le daba nombre y apellido, el apego a una historia genealógica a través de la conmemoración de los ancestros, la idea de la existencia de un canal de comunicación entre diferentes generaciones y el reconocimiento de una continuidad histórica que legitimaba tanto su existencia, como sus derechos, propiedades y participación social.

Pero no hay que dejar de lado que también hay contextos funerarios en los que sólo fueron depositados los cráneos de los individuos, como podemos ver en los entierros 1 de TL9, así como 17 y 18 de TL11, lo que marca que no todos los grupos familiares compartían las mismas ideas, o por lo menos que no son completamente homogéneos y que existe la posibilidad de que entre los habitantes del vecindario hubiera personas que conocían y reproducían variantes de las prácticas funerarias mencionadas o incluso que provinieran de otras regiones mesoamericanas, como el Occidente o la Costa del Golfo de México, dada también la presencia de algunos tiosos de cerámica de aquellas zonas.⁹

Por otro lado, la **afinidad** está relacionada con la pertenencia a determinadas redes sociales en las que los individuos comparten códigos de comunicación que les permiten ampliar sus ámbitos de acción más allá del espacio familiar. Es aquí donde se construyen las identidades colectivas, aquellas derivadas de la interacción social y simbólica, de las relaciones intersubjetivas y la solidaridad a través de la vinculación,

⁹ De los cuatro cráneos encontrados en Tlailotlacan, (Ent.1 de TL9, 16 y 17 de TL11) los primeros dos cuentan con vértebras cervicales en relación anatómica y los dos restantes no presentan evidencia de decapitación cuando los cuerpos aún contaban con masa muscular, por lo que es posible que los cráneos se hayan obtenido de esqueletos ya descarnados. De la misma forma, se cuenta con un entierro (Ent.1 TL1/2008), en el que el esqueleto carece de cráneo. Casos similares se reportan en Monte Albán (Ent. 1993-2, Ent. 1993-43 correspondiente a 18 cráneos de niños según Winter *et al.*, 1995: 84, 151), pero también en el Occidente de México durante el Preclásico y Clásico (Pereira, 2010: 255), así como en la propia ciudad de Teotihuacán (González y Salas, 1999; Sugiyama, 2010).

fundando la idea de comunidad¹⁰. Es importante enfatizar que una comunidad no es un mero agregado residencial sino "... una colectividad cultural basada en un conjunto de relaciones primarias significativas en virtud de que sus miembros comparten símbolos comunes, que apelan a un real o supuesto origen e historia comunes y a las relaciones de parentesco. Puede ser también definida como una forma de integración social primaria que genera vínculos con carácter de primordialidad frente a otras adscripciones o pertenencias sociales" (Oehmichen, 2005: 31). Así, la comunidad es una unidad de pertenencias y lealtades que implican criterios de membresía, es un constructo cultural cuyos límites rebasan los ámbitos jurídicos y territoriales.

Cuando hablamos de grandes centros urbanos, como espacios que albergan a una población integrada en buena medida por inmigrantes, debemos recordar que, tanto los inmigrantes como quienes se quedan en los lugares de origen, forman parte de una misma comunidad y conforman comunidades extendidas, que operan a través de grupos y redes, manteniéndose unidas a pesar de la distancia física, porque sus miembros comparten símbolos comunes (*Ibíd*: 32). Lo anterior es fundamental para visualizar la gran cantidad de redes sociales que debieron operar en Teotihuacán y la diversidad de comunidades que se vincularon e interactuaron en el escenario urbano de manera cotidiana. Así, es posible que la comunidad urbana albergara a muchas otras comunidades y que, en determinados espacios y momentos, las pertenencias sociales pudiesen ser intercambiables, dependiendo de la capacidad de sus integrantes para negociar y resistir frente a otros grupos.

En Tlailotlacan la idea de comunidad podría estar referida a través del uso de vasijas efigie y sahumadores de coladera; ambos artefactos son participantes de los rituales domésticos, las primeras como objetos de culto con los que se buscaba una mediación entre los seres vivos y los dioses a través de los ancestros (Sellen, 2007: 127) y los segundos como instrumentos para portar el humo y el fuego (Argüelles, 2012: 49). Resalta el hecho de que los análisis de material cerámico indiquen una predominancia de los sahumadores de coladera sobre sus homólogos teotihuacanos (incensarios y candeleros), lo que marca una "preferencia" por el uso de dichos objetos, a pesar de que la adquisición de las piezas teotihuacanas pudo haber sido más directa. Observamos entonces un elemento de contraste que indica la participación activa de los grupos domésticos en redes ideológicas en las que se inscribieron los mencionados artefactos, a

¹⁰ El sentimiento de comunidad es subjetivo, una máscara de igualdad que todos pueden portar. Funciona como una poderosa presencia simbólica en la vida de la gente, dándole un punto de referencia en la formación de su identidad personal. Lo más importante es que los símbolos comunes hacen aparecer a las personas como iguales (véase Balslev, 2008).

los cuales se les asignó un valor especial, ya sea por sus cualidades simbólicas, como por su significado cultural.

De tal forma, tenemos que en el nivel doméstico existen elementos que hacen alusión a los procesos de constitución de identidades, tanto a nivel individual, como colectivo. Y aunque hemos enfatizado los factores foráneos, no debemos soslayar la importancia de los objetos y los materiales locales, que también forman parte de la realidad que se vivía al interior de las viviendas. De hecho, lo local es proporcionalmente más abundante que lo foráneo, lo que podría significar:

- 1) que las redes de abasto de materiales foráneos tuvieron un papel secundario respecto de aquellas en las que circulaban objetos, ideas y conceptos locales, y ...
- 2) que los objetos foráneos con contenido simbólico tuvieron mayor demanda que los meramente utilitarios, ya que su participación en el ámbito ideológico los hacía necesarios para el fortalecimiento de ideas y creencias específicas.

En síntesis, una parte de los habitantes de Tlailotlacan debieron participar en por lo menos dos tipos de comunidades: 1) la urbana, teotihuacana, cuya identidad es evidente a través del uso cotidiano del espacio, de los objetos que circulan al interior de la urbe, de las soluciones comunes que se les dio a las necesidades básicas de subsistencia y del orden social que les asignó un lugar específico en la colectividad, y 2) la de inmigrantes que mantenían vínculos con sus lugares de origen a través de la preservación de costumbres, tradiciones y ritos, mismos que funcionaron como marcas de contraste y podían ser utilizados de acuerdo a fines específicos, tanto al interior del grupo, como en su relación con otros agregados¹¹.

Además de estas dos, seguramente se adscribieron a comunidades de artesanos, campesinos y políticos, entre otras, cuyos referentes de identidad no se encuentran tan claramente especificados en el registro arqueológico, por lo que hasta el momento no es

¹¹ Es muy interesante revisar casos etnográficos en los que determinados “grupos étnicos” utilizan y manipulan sus símbolos de identidad, principalmente aquellos que están estereotipados (como el vestido y la lengua), para conseguir determinados fines y negociar frente a otros grupos. Esto es posible cuando hay condiciones de desigualdad en una sociedad, conformándose una arena de lucha por el poder en la que algunos actores tienen más sensibilidad y saben aprovechar las circunstancias mejor que otros. Lo que hay detrás de dichas luchas son las condiciones sociales que son más ventajosas para una determinada clase social y que son representadas como las más convenientes para toda la sociedad. Ejemplos actuales de estas luchas son las que se mantienen entre el estado nacional mexicano y los grupos indígenas (Balslev, 2008; Oehmichen, 2005; Tamayo y Wildner, 2005).

posible hablar en términos concretos acerca de sus actividades y funciones dentro de la ciudad.

El análisis del ambiente doméstico y de las relaciones de vecindad nos ha permitido detallar las diferentes adscripciones en las que pudieron insertarse algunos de los miembros del vecindario. Por un lado tenemos al individuo que formaba parte de una familia que le inculcaba valores sociales y morales, que le permitían interactuar con otros individuos a través de caracteres que lo diferenciaban y/o semejaban con el resto de la sociedad. Por el otro, estaba el individuo integrante de una colectividad que compartía símbolos y referentes con los cuales podía negociar o mantener posiciones sociales (llámense jerárquicas o económicas, entre otras), tanto al interior de la ciudad como en su periferia y en regiones alejadas.

Al interior del vecindario los códigos comunicacionales incluyeron costumbres y tradiciones relacionados con la región oaxaqueña —independientemente de las diferencias específicas entre un conjunto y otro—, mismas que pueden ser comparadas con las que caracterizan a los grupos domésticos de los valles centrales de Oaxaca, particularmente de Monte Albán (véase González, 2011; Martínez, 2011; Urcid, 1996, 2005, 2008; Winter, 1986a, 1995), sin que ello condujera a un aislamiento respecto del resto de la sociedad. Por el contrario, compartieron hábitos, costumbres y tradiciones teotihuacanas en todos los aspectos (alimenticios, funerarios y de vivienda) que les permitieron convivir, permanecer y vincularse. Los datos arqueológicos no nos permiten establecer el nivel de contraste que los habitantes de este vecindario mostraron ante otros similares y sólo podemos decir que hacia el exterior fueron tan teotihuacanos como muchos y hacia el interior fueron tan oaxaqueños como quisieron y necesitaron ser.

- **El Cuartel, un vecindario con diversidad cultural**

El vecindario de El Cuartel está representado por los conjuntos arquitectónicos 19:N1W5 y 22:N1W6. Dichos conjuntos tuvieron un carácter habitacional y estuvieron ocupados por familias agrupadas en unidades departamentales limitadas por un muro perimetral. Las construcciones eran sólidas, hechas a base de tepetate, andesita, cascajo y basalto, entre otros. Contaban con habitaciones, espacios de circulación, áreas abiertas y patios comunes que las articulaban entre sí, permitiendo la realización de actividades como el trabajo, el culto, el descanso y la preparación de alimentos (véase Torres y Cid, 2011: 107).

No es posible establecer un límite físico para dicho vecindario y estimamos que, al igual que Tlailotlacan, sus fronteras variaron en el tiempo y el espacio, dependiendo de las circunstancias sociales de sus habitantes. En términos generales es muy similar al de Tlailotlacan, pues los conjuntos arquitectónicos que lo componen muestran el mismo patrón constructivo de otras áreas de la ciudad, pero comparten rasgos con aquél como la presencia de una tumba de cajón construida en el núcleo de un basamento, la utilización del tablero de tres molduras en la fachadas de los basamentos y el uso de superficies enlajadas en patios y pasillos (Gómez, 2002: 574, 575, 602). Dos rasgos que son distintivos —que no fueron localizados en Tlailotlacan—, son la silueta en forma de "T" que muestran varios altares, algunas molduras de las jambas de las puertas y las almenas (Torres y Cid, 2011: 52), así como los depósitos funerarios de silueta semi-circular y tiro vertical (Gómez, *ibíd*). Las construcciones exploradas han sido fechadas en las fases Tlamimilolpan a Metepec, por lo que son contemporáneas a Tlailotlacan.

De acuerdo con los análisis de materiales cerámicos obtenidos en depósitos rituales y funerarios del conjunto 19:N1W5, se identificaron fragmentos de recipientes, vasijas y algunas figurillas antropomorfas procedentes del Occidente de México, así como cerámica zapoteca (Gómez, *op.cit*: 578).

Las actividades registradas en los contextos arqueológicos hacen referencia principalmente al ámbito de la ideología, específicamente al concepto de la muerte, a través del manejo de los individuos durante y después del fallecimiento. Se obtuvo información de la variabilidad de tratamientos que se le dio a los cadáveres, misma que incluye desmembramiento, mutilación, decapitación, cremación, así como pigmentación y remoción de restos óseos; incluso se establece que debió llevarse a cabo la práctica del sacrificio humano (véase Torres y Cid, *op.cit.*; Gómez, *op.cit.*). Algunos de los depósitos funerarios fueron planteados para ser re-abiertos en más de una ocasión, como lo demuestra la tumba que se encontró tapiada y el depósito semi-circular que contaba con tapas de piedra (véase Gómez, *op.cit.*: 580, 603).

Se observan entonces tres formas distintas de inhumación: por un lado tenemos la presencia de una tumba de cajón, localizada en el núcleo de un basamento, en cuyo interior había restos óseos dispersos de dos individuos adultos, acompañados de un ajuar funerario compuesto por vasijas teotihuacanas (Gómez, *op.cit.*). Los huesos mostraron restos de pigmento rojo, lo que refiere que hubo al menos una re-apertura del recinto para colocar el colorante. Esta evidencia demuestra que algunos miembros del conjunto 19:N1W5 compartían prácticas funerarias con los habitantes de Tlailotlacan, mismas que a

su vez los diferenciaban del resto de sus vecinos inmediatos, ya que otros grupos de El Cuartel enterraban a sus muertos en fosas excavadas en los pisos de patios y habitaciones, así como en los núcleos de altares, colocándolos en posición flexionada y acompañándolos con vasijas teotihuacanas (Torres y Cid, *op.cit.*).

Otra porción de los habitantes del vecindario tuvo preferencia por la inhumación colectiva en fosas semi-circulares o semi-cuadrangulares, con tiros verticales que van de los 1.17 a los 2.70 m de profundidad, uno de ellos con una posible "cámara" lateral. Dichas fosas fueron excavadas en el núcleo de los basamentos de al menos dos viviendas y en su interior se encontraron los restos óseos de varios individuos, sin relación anatómica, que en algunas ocasiones fueron expuestos a altas temperaturas. Sobresale el entierro 27 del conjunto 19:N1W5 por la presencia de segmentos óseos con relación anatómica, evidencia de desmembramiento, así como por la colocación específica de los cráneos, que se encontraron separados del resto del cuerpo. Este entierro múltiple podría evidenciar la práctica de sacrificio humano (Gómez, *op.cit.*: 576-605). Un elemento a resaltar es que en estos contextos funerarios se identificaron objetos de cerámica y lítica propios de la región del Occidente de México, acompañadas de vasijas teotihuacanas y discos de mica.

Las variadas formas de inhumación refieren distintos conceptos acerca de la muerte y la participación comunitaria en los eventos funerarios, lo que nos da una muestra de la heterogeneidad cultural que manifestaron los habitantes del vecindario, el cual hasta el momento es uno de los que mayor diversidad muestra en términos de prácticas funerarias en la ciudad. Sin embargo, dichas manifestaciones tuvieron lugar al interior de las viviendas, es decir, en el espacio íntimo del grupo familiar, en donde además se manipularon objetos de manufactura y características ajenas al común teotihuacano, mismos que no rebasaron los límites del espacio habitacional, por lo que pueden ser considerados como indicadores de una pertenencia social primaria, que abarca al grupo doméstico y que refiere que éste pudo tener un contacto directo con las redes ideológicas y de abasto de regiones como el Occidente de México y Oaxaca, aunque no es posible determinar hasta qué punto.

Y es que dicho contacto no manifiesta evidencias arqueológicas de un mayor impacto en la organización social del vecindario, pues no existen indicios de que sus habitantes se hayan dedicado a alguna ocupación en particular, ni de que la estructura social fuera marcadamente diferente a la del resto de la comunidad urbana; incluso en su

parafernalia ritual también están presentes elementos del culto a Tláloc, Huehuetéotl y el llamado Dios Mariposa (véase Torres y Cid, *op.cit.*: 109).

Las condiciones de vida de los individuos fueron muy semejantes a las de los habitantes de Tlailotlacan, pues los esqueletos de ambos sexos mostraron indicios de una nutrición satisfactoria, así como una buena adaptación biológica. Practicaron la deformación cefálica, principalmente la del tipo tabular erecta,¹² y realizaron actividades demandantes de mucho esfuerzo físico, como lo demuestran las lesiones observadas en cuello, espalda media y región lumbosacra, por sobrecargas, lo que también les provocó carillas adicionales en zonas de articulación y espolones óseos en pies, quizás por posiciones forzadas durante tiempos prolongados (*ibídem*).

Así, tenemos que los habitantes de este vecindario compartieron redes ideológicas y de abasto similares a los de Tlailotlacan, pero en este caso es más abundante la información que refiere un vínculo con comunidades del Occidente de México, o con grupos relacionados con dicha región.

El contraste de los rituales identificados en las viviendas nos indica que la población de El Cuartel era más heterogénea en términos de prácticas culturales y que tenía mayor acceso a las redes de circulación de objetos provenientes del Occidente de México, pero el uso de dichos artefactos estaba restringido al ámbito doméstico y a las actividades de culto privadas.

La semejanza en condiciones de vida y salud entre ambos vecindarios nos permite visualizar cierta equidad social, que revela que las relaciones con otras regiones o la posible calidad de inmigrantes de sus habitantes, no impactaron negativamente en el abasto de alimentos ni restringieron las posibilidades de contar con un espacio digno en donde vivir.

Finalmente, en este vecindario la idea de comunidad, basada en filiaciones y afinidades resulta más difusa que en el anterior, precisamente por la diversidad de adscripciones que debieron tener sus habitantes y la variedad de identidades que se forjaron dentro y fuera de las viviendas. Además, la escasez de datos publicados de las excavaciones arqueológicas, no nos permite visualizar el nivel de convivencia que hubo entre las familias, tanto al interior de cada conjunto, como entre conjuntos arquitectónicos, ni la persistencia de determinadas prácticas culturales a lo largo del tiempo.

¹² En este caso en Tlailotlacan la deformación craneal más abundante también fue la del tipo tabular erecta.

Sólo podemos argumentar que, de acuerdo con la información arqueológica disponible del Cuartel, éste vecindario fue el escenario de la interacción “cara a cara” de personas con orígenes distintos y costumbres variadas, que construyeron de manera conjunta una “fachada de unidad” bajo la cual yacía la diversidad. En este sentido, el modo urbano de vivir, abrió las posibilidades de la conformación de una población heterogénea, que encontró en la ciudad el espacio adecuado para subsistir, independientemente de sus particularidades culturales.

- **El vecindario de Tetitla**

Cercano al Gran Conjunto y a la Calzada de los Muertos, este vecindario estuvo conformado por conjuntos arquitectónicos de entre los que sobresalían algunos que presentaban una excelente calidad constructiva y acabados finos que incluían pintura mural, la cual reflejaba una ideología compleja, cargada de simbolismo. Los conjuntos arquitectónicos se componían de viviendas independientes, intercomunicadas entre sí a través de pasillos y patios, agrupadas por un muro perimetral que funcionaba como límite.

En la traza del vecindario coexistieron conjuntos de uso habitacional con otros en los que se llevaban a cabo actividades de tipo administrativo y/o religioso. Se ha sugerido, por ejemplo, que el conjunto de Yayahuala pudo haber funcionado como un templo principal, Tetitla como una sede del gobierno o como escuela y Zacuala como residencia de elite (véase Rattray, 1997: 87). La amplitud de algunos espacios ha llevado a considerar el uso colectivo de los mismos en eventos de carácter cívico y religioso, y los contextos arqueológicos de carácter ritual explorados ahí han puesto a la vista tanto objetos teotihuacanos como foráneos. De éstos últimos sobresalen las conchas marinas, los fragmentos de mica, la cerámica anaranjado delgado y algunas vasijas de pasta fina gris.

De acuerdo con Rattray (*op.cit.*: 100-104), los conjuntos explorados en este vecindario cuentan con una historia constructiva que va de las fases Tlamimilopan a Metepec, por lo que hay contemporaneidad con Tlailotlacan y El Cuartel. Como ya se mencionó, existen datos acerca del uso del tablero de tres molduras y de patios enlajados en algunas de las viviendas, aunque hasta el momento dichos rasgos son aislados y no es posible determinar un patrón generalizado.

La escasa relación contextual, así como la falta de registros arqueológicos detallados en los conjuntos explorados, dificulta el establecimiento de una secuencia

clara de acontecimientos, en los que se pueda analizar la presencia de los elementos foráneos y su permanencia, así como la interacción entre un conjunto y otro en términos de convivencia y cohesión social. Por lo anterior, sólo podemos enumerar una serie de rasgos, recuperados en contextos rituales, que podrían ser comunes con los otros dos vecindarios.

En primera instancia, los entierros detectados dan cuenta de un patrón funerario consistente en la deposición de los cuerpos al interior de fosas excavadas en el tepetate, acompañados de objetos que varían e cantidad y calidad, pero que mayoritariamente son de manufactura local. En algunos casos se localizaron restos óseos de perro en asociación con los esqueletos humanos (Sejourné, 2002: 55), y en otra ocasión (Entierro 27 de Zacuala) los huesos de un individuo se hallaron cubiertos de pigmento rojo (*ibíd.*: 61). La autora menciona que en el conjunto de Zacuala fue común localizar huesos de perro en las ofrendas mortuorias, algunas veces solos, pero en la mayoría de los casos junto con huesos de ave.

En lo que respecta a la iconografía, se ha identificado el glifo conocido como “Tlaloc B” en sellos (Sejourné, *op.cit.*) y pintura mural (Juárez, 2006), así como posibles signos numerales del sistema de puntos y barras en algunas de las composiciones plásticas de Tetitla (véase Ruíz Gallut, 2002).

Dada la escasez de datos, solo podemos establecer que este vecindario difiere en buena medida de los anteriores, en cuanto a la manifestación de las redes ideológicas en las que participan sus habitantes, pues el concepto de la muerte y el tratamiento del cadáver es más similar al identificado en la sección monumental de la ciudad y otros sectores urbanos —como La Ventilla, Xolalpan y Oztoyohualco—, en donde la deposición del individuo se realizaba en pequeñas fosas que intruían los pisos de habitaciones y patios.

Por otro lado, al no contar con referencias para establecer el porcentaje de cerámica oaxaqueña u otra foránea al interior de las viviendas, ni en los espacios públicos, no es posible determinar cómo fue utilizada, por quiénes y hasta cuándo, ni tampoco su relación con las redes de abasto de dichos materiales al interior de la ciudad. Lo que se puede establecer, es que en este vecindario es más frecuente encontrar objetos de cerámica de pasta fina gris, los cuales debieron participar en los circuitos de intercambio que funcionaron en la ciudad, aunque no hay elementos para relacionarlos con alguna dinámica social ligada a los procesos constitutivos de identidad.

6.4 Las redes visualizadas

Una vez recopilados los materiales oaxaqueños hallados en los diversos sectores urbanos a los que nos hemos referido, es posible observar las redes a las que pertenecieron, como especificamos en el apartado 1.6, así como las diferencias y semejanzas entre un vecindario y otro.

a) Redes de abasto

Estas pueden ser subdivididas en varias ramas, como son el abasto de alimentos, el de agua, el de utensilios básicos para la subsistencia (artefactos para la preparación y servicio de alimentos, así como para el almacenamiento), el abasto de ropa y de objetos necesarios para la higiene, el abasto de materias primas para la producción, entre otras.

En estas redes circularon los artefactos foráneos que se enlistan a continuación:

Preparación y servicio de alimentos
Apaxtle
cajete cónico
Cajete de paredes rectas
Jarra con asa vertedera
vaso
maceta
Abasto
Apaxtle
Materias primas
conchas de molusco

En Tlailotlacan y el Cuartel tenemos evidencia de todos estos objetos, a excepción de la jarra con asa vertedera que únicamente se ha registrado en el vecindario de Tetitla, lo que sugiere que una buena parte de sus habitantes estaba involucrada en la producción, circulación y uso de artefactos con características oaxaqueñas por lo que toca a sus actividades más básicas, como son las de abasto, preparación, servicio y almacenamiento de alimentos. Esto podría significar que había una identificación cotidiana con objetos que no pertenecían al común teotihuacano, así como una relación

estrecha con determinadas formas de preparar ciertos alimentos y presentarlos ante los comensales, aunque no es posible establecer la frecuencia ni los eventos sociales en los que se hacía uso de los mismos. Tomando en consideración que el vecindario se compone principalmente de unidades domésticas, es viable deducir el uso de estos artefactos como referentes de identidad grupal, alusivos a la condición de inmigrantes que mantenían una relación con su región de origen.

En lo que se refiere a conchas de moluscos, ya hemos mencionado que en Tlailotlacan se registró la presencia mayoritaria de dos especies provenientes de la provincia Malacológica Panámica¹³: *Pinctada mazatlánica* y *Chama echinata*. De ambas especies se encontraron evidencias de producción de objetos votivos (algunos de los cuales presentan evidencias de cinabrio).

En el caso de la *Chama echinata*, su obtención estuvo orientada a la elaboración de ornamentos para uso en contextos de carácter ritual, con una carga simbólica importante en la cosmogonía de la antigua ciudad, por lo que es muy posible que la manufactura de los mismos fuera controlada por grupos dominantes. Sin embargo, los habitantes del vecindario tuvieron acceso a los mismos o consiguieron estos recursos por cuenta propia. La presencia de un elevado porcentaje de evidencias de manufactura —materia prima, desechos, objetos errados, piezas reutilizadas— relacionada con la producción de por lo menos un tipo de ornamento (incrustaciones circulares caladas elaboradas con *Pinctada mazatlánica*) indica que estos objetos fueron elaborados en el vecindario, más no fueron utilizados por sus habitantes, pues en los contextos de Tlailotlacan no hay objetos completos de este tipo, solo fragmentos que fueron reutilizados como piezas votivas. Las evidencias materiales confirman que en el vecindario se elaboraron estos bienes de circulación restringida durante la fase Xolalpan (Paz Bautista, 2012). Así, había un abastecimiento de materia prima para la producción, al tiempo que el vecindario abastecía de objetos ornamentales a otros sectores sociales, ya fuese internos o incluso externos.

b) Las redes de intercambio

Estas incluyen los circuitos por los que fluían los objetos terminados provenientes de áreas que se especializaban en su manufactura dentro de la ciudad, así como todos aquellos materiales, bienes y artefactos provenientes de otras áreas y regiones externas a la ciudad.

¹³ La provincia Panámica incluye las costas mexicanas y centroamericanas del Océano Pacífico.

En Tlailotlacan tenemos el caso de los objetos que pudieron estarse manufacturando durante la fase Xolalpan. Las evidencias indican que las incrustaciones caladas elaboradas con *Pinctada Mazatlánica* no fueron hechas para el consumo de sus habitantes, por lo que asumimos que fueron integradas a los circuitos de intercambio de la ciudad, de forma que había una participación clara del vecindario en las redes internas.

Los vecinos consumían prácticamente todos los objetos utilitarios que circulaban en la urbe, como son las vasijas de cerámica, la lítica pulida y la tallada, aunque ésta última no es muy abundante. De hecho, se observa la reutilización constante de las navajillas prismáticas, por lo que es posible que la obtención de dichos artefactos no fuese tan abierta. Al no contar con evidencia de lascas de descortezamiento ni desechos de talla, suponemos que estos objetos no fueron producidos en el área, llegando ya como objetos terminados.

Los artefactos de hueso utilizados en el vecindario fueron hechos mayoritariamente con hueso humano, seguidos por los de hueso de venado y guajolote, e incluyen herramientas empleadas en actividades de lapidaria, sastrería, albañilería y alfarería (Pérez, 2013). No hay evidencia clara de la fabricación de dichos implementos en el área, así que éstos también debieron formar parte de los bienes que circulaban en los mercados.

En lo que se refiere a la cerámica teotihuacana, observamos que el grupo Anaranjado San Martín es el más abundante, principalmente en la forma de ánforas, mismas que fueron adquiridas en gran número, posiblemente en función de una actividad específica en la que se usaban. El resto de los grupos y formas cerámicas está presente prácticamente en todas las fases, lo que hace de este vecindario un espacio "común" en cuanto al consumo de bienes manufacturados en la ciudad.

Tlailotlacan debió tener canales de abasto de productos semejantes a los del resto de la urbe. Sin embargo, las proporciones de los diversos conjuntos del vecindario son más similares entre sí que con otros conjuntos de la ciudad. Esto podría indicar cierta homogeneidad en la circulación de esos productos, relacionada con un cierto nivel de organización y coordinación en su interior.

La participación en las redes de intercambio externas se observa principalmente en la adquisición de vasijas efigie, que llegaron de la región de los valles centrales de Oaxaca¹⁴ al vecindario de Tlailotlacan, específicamente, así como en la de sahumadores

¹⁴ De acuerdo con los análisis de activación neutrónica realizados en las vasijas efigie halladas hasta el momento en este vecindario (Palomares, 2006a).

de coladera. De la misma forma tenemos cerámica de Queréndaro y figurillas de cerámica del Occidente de México, tanto en Tlailotlacan como en el Cuartel, lo que permite ver redes de intercambio con aquella región. Aunque aun no es posible determinar una participación clara de estos vecindarios en las mismas, se puede decir que hubo consumidores de los artefactos que en ellas fluían.

En el caso del vecindario de Tetitla, hubo una participación más directa en los circuitos de intercambio de vasijas de pasta fina gris, como son los cajetes de paredes rectas y las jarras vertedera, aunque en este caso el circuito corresponde particularmente a la fase Xolalpan.

c) Las redes ideológicas

Estas se refieren al ámbito por el cual circulaban las ideas, mismas que pudieron tener, por un lado, connotaciones políticas y, por el otro, religiosas. Estas redes involucran sistemas de valores, pautas de comportamiento, creencias y cosmovisiones, que incluían elementos propios de la ciudad y externos a ella, por lo que sus conexiones debieron ser de largo alcance geográfico.

Estas redes son visibles principalmente en Tlailotlacan, en donde contamos con contextos arqueológicos que hacen alusión a ideas y pautas de comportamiento de los que ya hemos hablado en el apartado anterior y que se refieren a: los sistemas funerarios, el panteón de dioses, la organización familiar y los mecanismos de pertenencia, la adquisición y traspaso tanto de bienes como de derechos, la idea de una comunidad extendida y el reconocimiento de elementos de cohesión e identidad de grupo.

Los vecinos de Tlailotlacan debieron participar en redes ideológicas con otros grupos de los valles centrales de Oaxaca y posiblemente con quienes habitaron los asentamientos que se encuentran en los actuales estados de Tlaxcala (Teteles de Ocotitla) e Hidalgo (Chingú, El tesoro y Acoculco).

d) Las redes administrativas

Estas se refieren a los circuitos responsables del cuidado de los derechos y obligaciones adquiridos por la pertenencia al sistema urbano. Esta red tuvo vínculos directos con la forma en que se estructuró el gobierno y con las estrategias que utilizó para financiar y mantener en funcionamiento sus instituciones.

Como hemos comentado antes, existe una diferencia importante entre el vecindario de Tetitla y los de Tlailotlacan y el Cuartel, en términos de la calidad constructiva, la parafernalia institucional y la cercanía con el centro político y

administrativo de la ciudad, por lo que podríamos hablar de al menos dos niveles de adscripción a las redes administrativas. En el primero participó Tetitla, un vecindario cercano al Gran Conjunto y a la Calzada de los Muertos, compuesto por complejos arquitectónicos en los que abundan los murales de variada iconografía y los objetos suntuosos. Las referencias a lo foráneo están dadas a través de la iconografía (símbolos pintados en el conjunto de Tetitla), el uso de vasijas importadas de pasta fina gris, figurillas de piedra verde y conchas empleadas en la parafernalia ritual y los ornamentos.

En otro nivel participaban Tlailotlacan y el Cuartel, vecindarios en los que habitaban familias dedicadas a actividades domésticas y productivas. En estos vecindarios había diferencias internas que podrían indicar distinciones jerárquicas entre los habitantes, ya que ciertas familias sobresalían, mediante el uso de objetos suntuarios, la calidad de construcción de su unidad residencial y la complejidad del ritual funerario de sus integrantes, los cuales fueron depositados mayoritariamente en tumbas.

Los cambios en complejidad y calidad constructiva que se observan en el conjunto TL11 durante la fase Xolalpan, podrían explicarse en términos de la presencia de una élite o de un grupo social que buscó establecer una identidad propia, que lo diferenciaría de otros grupos teotihuacanos pero también de otros grupos oaxaqueños. Las transformaciones históricas del vecindario indican una paulatina integración de sus habitantes a las dinámicas políticas y económicas de la ciudad, ya que las diferencias de estatus se fueron ligando a las posiciones de poder y autoridad relacionadas con el gobierno. La presencia del glifo conocido como Tláloc B en el conjunto TL11 podría indicar un vínculo entre el gobierno central y las autoridades o grupos jerárquicos superiores de este vecindario.

La distribución similar de materiales locales y foráneos en los conjuntos arquitectónicos también podría relacionarse con un nivel de organización y coordinación, en el cual había líderes que gestionaban y administraban los canales de abasto, así como la circulación de las manufacturas del vecindario.

Los residentes de las tres áreas bajo estudio parecen haber estado involucrados en las redes administrativas del gobierno, pues en ninguna de ellas tenemos evidencia de discordancia o procesos diferentes a los que se observan en el resto de las zonas estudiadas en la ciudad.

Hasta este punto de la discusión, hemos podido observar que los vecindarios a los que nos hemos referido muestran tres diferentes realidades y circunstancias que pudieron conectarse entre sí por la presencia de objetos que hacen referencia a la región

oaxaqueña. Las evidencias arqueológicas recuperadas revelan que los vínculos responden a una dinámica inter-regional de larga continuidad histórica, que permitió que los grandes centros urbanos del período Clásico mesoamericano, se constituyeran en polos de circulación de objetos e ideas, aglutinando a poblaciones con diversos orígenes, que construyeron de manera conjunta un modo urbano de vivir, mismo que no estuvo exento de conflictos y vicisitudes.

Por el momento no es posible determinar —basados en el registro arqueológico recuperado en la antigua ciudad de Teotihuacán—, la relación que hubo entre diferencia de origen y posición social, pues desconocemos los atributos sociales asignados a los diferentes grupos de inmigrantes que se sumaron a la población urbana, así como las condiciones históricas que dieron pie a dichos movimientos poblacionales. Y es que esto es fundamental para comprender la capacidad de gestión de los inmigrantes o la importancia que tuvieron sus vínculos con los lugares de origen, pues dependiendo de los motivos por los que migraron (exclusión ideológica, política o económica, nuevas oportunidades de reproducción social, entre otras) es que podríamos visualizar y comprender los niveles de interacción al interior y exterior del asentamiento urbano.

Tampoco es posible estereotipar a los grupos inmigrantes como minorías integradas a un entorno social mayoritario y homogéneo, y mucho menos en el sentido sociológico¹⁵, en el que se establecen diferencias asimétricas y desiguales *de facto*, sobre todo en una ciudad como Teotihuacán, donde aún se desconoce cuáles fueron los criterios de integración de los grupos en el poder.

Ante un entorno tan dinámico, es importante considerar que cada segmento de la sociedad teotihuacana, independientemente de las generaciones y el tiempo que ocupó el espacio urbano, debió forjarse una imagen de sí mismo para interactuar con el resto, negociando constantemente sus identidades y adaptando posiciones para determinar su lugar en el entramado social. La ciudad, en otras palabras, fue un ambiente en el que existieron muchas y variadas formas de darse a conocer a los demás, y donde podía o tenía que manipularse la información, debido a que las personas se relacionaban estrechamente con otras mediante códigos y mensajes de valor identitario.

Así las cosas, el análisis de los materiales arqueológicos foráneos, particularmente los oaxaqueños, en contextos de la urbe teotihuacana, requiere de un marco de

¹⁵ Una “minoría” en el sentido sociológico, es un grupo caracterizado por su falta de poder en relación con otros grupos en una sociedad. Por el contrario una “mayoría” es un grupo que, sin ser necesariamente más numeroso, domina a los demás grupos. Ambos son conceptos complementarios que denotan una relación jerárquica de dominación y subyugación entre grupos; conllevan una fuerte carga emocional y política por su asociación con dos conceptos relacionados: “raza” y “etnicidad” (Rodríguez, 2001: 64)

referencia más sociológico, en el que se consideren las diversas formas de integración de los actores que manejaron, reprodujeron y dieron un significado social a dichos materiales. Una mirada menos convencional permite visualizar a la sociedad teotihuacana como lo que debió ser: un entramado complejo de conflictos, acuerdos, alianzas, luchas, integración y exclusión, tanto en su interior, como con su periferia y las regiones alejadas. Lo anterior en el entendido de que no existe ningún modelo etnográfico que se acerque a la realidad que se vivió durante el período Clásico en el Altiplano Central, ni a los referentes de identidad que dieron sentido e importancia a los vínculos comunitarios internos e inter-regionales.

6.5 Comentarios finales

Este trabajo buscó la información arqueológica recuperada en las excavaciones de la antigua ciudad de Teotihuacán, relacionada con los grupos que utilizaron objetos y estilos arquitectónicos oaxaqueños, avecindados en la urbe y grupos que mantenían vínculos con aquella región sureña, con la finalidad de recrear un panorama menos fragmentario del fenómeno de integración multicultural de la población teotihuacana. De la misma manera, se analizaron los diversos enfoques a partir de los cuales se han interpretado los materiales y sus implicaciones en la construcción de un discurso que busca explicar la relación entre Teotihuacán y otras ciudades mesoamericanas, entre ellas Monte Albán.

Los registros arqueológicos, particularmente los de Tlailotlacan, nos mostraron la importancia de llevar a cabo investigaciones sistemáticas y con un seguimiento continuo en áreas específicas de la urbe —como son aquellas en las que se observan concentraciones de materiales foráneos en superficie— y no continuar con principios generalizantes de la participación de grupos diversos a partir de excavaciones aisladas.

El uso de las concentraciones de materiales foráneos en superficie, como herramienta metodológica para aislar espacios urbanos, nos permitió relacionar una serie de datos que anteriormente se encontraban inconexos, poniendo de relieve la urgencia de atender otros sectores de la ciudad bajo el criterio de estudio de “áreas urbanas” que nos permitan visualizar las diferencias y semejanzas que marcaron a los teotihuacanos en su devenir cotidiano.¹

Consideré el concepto de “vecindario” como una opción más conveniente para el estudio de las agrupaciones de conjuntos habitacionales teotihuacanos, pues a través de él es posible complementar y superar los modelos administrativos elaborados en gabinete y visualizar las interacciones de quienes los habitaron, así como los elementos

¹ Lo anterior no requiere de grandes excavaciones extensivas, sino de un muestreo sistemático en áreas contiguas que permitan relacionar las actividades y códigos que vincularon a los habitantes de la ciudad.

con los que pusieron en evidencia sus adscripciones y pertenencias sociales, tanto en los grupos domésticos, como entre los conjuntos.

El enfoque de las interacciones "cara a cara" abre una serie de posibilidades para exponer las relaciones artefactuales como el resultado de acciones que tuvieron un significado social, en un entorno compuesto por redes, en las que los individuos manipularon posiciones en beneficio propio y de sus grupos más inmediatos, así como en detrimento de otros, dependiendo de sus circunstancias históricas.

De la misma forma, el contexto sociológico al que pertenece el concepto de vecindario, rompe con los rígidos esquemas que consideran a las organizaciones urbanas como entidades homogéneas y estáticas, en las que los grupos sociales ven limitadas sus capacidades de agencia y mantienen la misma posición jerárquica de manera permanente.

En contraste, el vecindario es un constructo social cuyos límites son variables, dependiendo de los sectores sociales que se refieran a él, lo que hace indispensable evaluar los elementos de identidad que estarían cohesionando a las personas, permitiéndoles establecer vínculos, mismos que en determinados momentos les darían posibilidades de movilidad social y de agencia, pero que en otros los pondrían en situación de vulnerabilidad. En este contexto debe tomarse en cuenta que las bases de la identidad del vecindario se pueden socavar tan rápidamente como se establecieron, pues su construcción es producto de procesos sociales en un momento histórico y su temporalidad sigue el ritmo de las temporalidades vecinales (véase Tomas, 2005: 357).

Así, me parece fundamental subrayar que los estudios arqueológicos sobre la sociedad teotihuacana, requieren superar la visión de un agregado urbano segmentado, en donde cada parte se comportaba y se diferenciaba de las otras conforme a barreras "étnicas" infranqueables. En primer instancia, porque ninguna sociedad es absolutamente homogénea ni se desarrolla de manera aislada,² pues se encaminaría con rapidez a su desaparición y, en segundo lugar, porque el uso de los denominadores "etnia", "étnico", "etnicidad", "identidad étnica" y "grupo étnico" han sido utilizados de manera simple y arbitraria, sin la debida comprensión de lo que significan, ni de sus implicaciones sociales y políticas (Rattray, 1987, 1990, 1993, 1997; Spence, 1989 a y b, 1999, 2002; Spence y Gamboa, 1998, Croissier, 2007; Gibbs, 2001; Gómez y Gazzola, 2009; Palomares; 2006;

² De hecho la historia humana es también la historia de los mestizajes culturales, algunos de los cuales se consolidaron a lo largo del tiempo, dando lugar a una percepción de modelos culturales aparentemente autónomos y singulares, pero que en realidad son el resultado de antiguas mezclas culturales (Bartolomé, 2005: 35).

Roldán, 2010). Sobre todo porque asigna a los grupos foráneos un valor referencial de colectivos subordinados y minoritarios que contrasta con el grupo “teotihuacano” mayoritario, hegemónico y dominante.³

Lo anterior deriva de la persistencia ideológica de una relación estrecha entre los términos “etnia” e “indio”, contruidos como categorías de la situación colonial que servía para designar al colonizado, y como indicativos de una posición de subordinación estructural que se ha mantenido hasta nuestros días. Ya Bartolomé (2005a: 42) nos advierte de la constante confusión entre identidad y cultura, cuando se da por hecho que la enumeración de rasgos culturales basta para definir a una colectividad étnica, a pesar de que esos rasgos pueden variar con el tiempo y mantenerse el proceso de identificación diferencial. De acuerdo con dicho autor:

Antes de la irrupción mercantil hispana existían distintos tipos de agrupaciones políticas que podían influir en la identificación de sus miembros. No había tampoco mayas, tarahumaras, zapotecos o yaquis, sino personas hablantes de distintas lenguas diferenciadas entre sí y dentro de sí, cuyo uso podía eventualmente formar parte de las identificaciones sociales pero que seguramente no bastaba para definir las de manera genérica: el hablante de maya yucateco no defendía necesariamente una identidad colectiva de naturaleza excluyente, ni el mixteco correspondía a un modelo homogéneo de ser o hablar. Como es lógico, la pertenencia a una familia lingüística requiere que sus miembros hayan compartido alguna vez una lengua madre, pero los movimientos migratorios, las diferentes configuraciones políticas y las distintas adaptaciones ecológicas fueron generando los milenarios procesos de diferenciación lingüística y cultural (Bartolomé, 2005: 41).

Por lo tanto, vale la pena apuntar que en arqueología, es complejo establecer la presencia de “grupos étnicos” en un asentamiento, entendiendo a éstos como “unidades de conciencia para sí y de sí en relación, que tienen poder de convocatoria para la acción colectiva y que permiten, por lo tanto, entender la dinámica concreta de la etnicidad en la interacción social y política” (Barabás, 1996: 48). En otras palabras, los grupos étnicos, que pertenecen a etnias, que a su vez están sujetas a procesos de etnicización (véase Oehmichen, 2005), son sujetos colectivos, articulados y dotados de cierto grado de identificación compartida, tanto en el ámbito simbólico como concreto,

³ Extensos trabajos sobre cada uno de los conceptos derivados del vocablo *ethnos* se han desarrollado a partir de la obra clásica de Frederik Barth (1976) en el ámbito de la Antropología social. Sin embargo, disciplinas como la Sociología y el Derecho también han desarrollado concepciones que giran en torno al ámbito de las identidades étnicas. Es importante enfatizar que lo étnico no se limita únicamente a los pueblos autóctonos u originarios, sino también a cada grupo que reivindica su sentido de pertenencia particular, pues su principal componente no es la sustancia biológica o cultural de un grupo, sino la percepción de la importancia que se tenga para las relaciones sociales y las relaciones con el otro. Para un mayor acercamiento a estos temas se recomienda revisar a Alberti (1994), Bartolomé (2005) y Gutiérrez y Balslev (2008).

que en muchas ocasiones no cuentan con referentes materiales específicos para poder ser catalogados como tales, pues sus procesos de interacción son dinámicos y cambiantes en el tiempo. De esta forma, considerando las limitaciones de la evidencia material, opino que el registro de patrones arquitectónicos y artefactuales nos permite abordar, con mayores posibilidades de contrastación, el concepto de identidad que el de etnia.

En particular, los vecindarios estudiados se relacionan entre sí por la presencia de artefactos de origen y apariencia oaxaqueña, pero cada uno de ellos manifestó diversas formas de identidad e interacción, tanto en su interior, como entre ellos, lo que nos lleva a re-pensar la aparente homogeneidad que se ha establecido para el resto de la ciudad, misma que no debió ser tan clara, como lo indican las marcadas diferencias entre un conjunto arquitectónico y otro en áreas exploradas como La Ventilla.⁴ En este caso, a pesar de que se ha establecido que la relación entre los conjuntos puede ser la manifestación del modelo de barrio (Cabrera 2010, 2011, Cabrera y Gómez, 2008; Manzanilla, 2007), lo cierto es que no hay forma de establecer un límite ni una caracterización específica para dicha unidad urbana —como supone el mencionado modelo—, es decir, no hay un soporte material (o no se ha analizado) que determine cuál o cuáles son los elementos que cohesionan a los habitantes de los conjuntos, para poder establecer un parámetro funcional del barrio como unidad de integración social.

Lo anterior no pone en duda las aportaciones realizadas en torno a los posibles procesos de administración de recursos, así como el flujo de materias primas y objetos terminados en la ciudad; únicamente expone que el barrio ha sido tomado principalmente como unidad de reproducción económica antes que como espacio de reproducción social, lo que deriva en una visión mecanicista de la dinámica urbana, en la que se asume que los individuos y los grupos participaron en actividades asignadas por un tercero (llámese gobierno o grupo administrativo) sin oposición alguna.

En la arena de las interacciones la realidad es mucho más compleja, pues se ponen en juego asimetrías culturales, que se manifiestan en un constante flujo de las

⁴ Linda Manzanilla hace mención de la aparente imagen de un estado poderoso, muy organizado y articulador de la diversidad étnica y social, que se desdibuja al realizar un acercamiento a la estructura interna, donde se revela una variedad de “centros de barrio”, en los que las élites intermedias fraguaban sus intereses particulares (Manzanilla, 2012: 20). Los datos relacionados con los procesos geológicos de principios de la era cristiana, que dieron paso a movimientos poblacionales hacia el Valle de Teotihuacán (*ibíd.*: 19), permiten ahora proponer con mayor sustento que la sociedad teotihuacana se cimentó en la interacción de grupos de diverso origen, mismos que a su vez forjaron lazos permanentes, integrando comunidades extendidas a través de las cuales fluía información, mercancías, recursos naturales e ideas.

fronteras simbólicas e ideológicas que los diversos grupos sociales utilizan para obtener mejores posiciones sociales o consolidar estructuras existentes.

En este juego de posiciones participaron los habitantes de Monte Albán y los de Teotihuacán, así como los de todas aquellas zonas integradas a las esferas de interacción de las dos metrópolis, razón por la cual aún no es posible establecer relaciones de subordinación de ningún grupo en particular.

Hoy sabemos que no todos los habitantes de los vecindarios en que hay materiales oaxaqueños fueron migrantes de aquella región, y que quienes sí lo fueron no manifiestan condiciones de precariedad o exclusión que pudieran relacionarse con su origen foráneo. De la misma forma, estos grupos no muestran la adscripción a una actividad específica, sino al contrario, detectamos evidencias de una multiplicidad de labores desempeñadas, lo que da la pauta para proponer que algunos grupos de inmigrantes llegaron a la ciudad de manera voluntaria, incentivados por el desarrollo económico de Teotihuacán, al encontrar en ella un mercado focalizado, un enorme volumen de bienes y servicios, posibilidades de empleo y los recursos suficientes para mantener a especialistas y trabajadores en general, entre otros.

La presencia oaxaqueña en Teotihuacán es, entonces, uno de los aspectos más evidentes de los fenómenos de movilidad y las rutas migratorias que tuvieron lugar en el Clásico, mismos que nutrieron las dinámicas urbanas y definieron los vínculos entre ciudades, así como entre éstas y sus periferias inmediatas.

No hay que olvidar que hacia la fase II (100 a.C.-200 d.C.) en los valles centrales de Oaxaca se consolidaba el dominio de Monte Albán, a través de la expansión de su territorio hacia las regiones de la Cañada, Sola de Vega y la Mixteca (González, 2011: 147; Pérez, 2009: 97). Los grupos de elite reafirmaban su capacidad centralizadora a través de la construcción de grandes edificios públicos en torno a la Plaza Principal, que hicieron de la ciudad el centro político y religioso más importante de las tierras altas del sur de México, así como el "punto focal de afiliaciones sociales de amplio alcance" (Joyce, 2009: 48). Las evidencias arquitectónicas de esta fase apuntan a un incremento en la estratificación social, dando lugar a la conformación de una élite gobernante, que mostraba su diferencia de estatus a partir de la ubicación de sus casas en los sectores más cercanos a la Plaza Principal, la construcción de tumbas elaboradas y el uso manifiesto de objetos importados, principalmente de Teotihuacán, tales como vasijas de cerámica y figurillas de piedra verde (véase González, 2011: 149, 171).

La cronología de los contextos en los que hay objetos teotihuacanos en Monte Albán, corresponde con aquella en la que se encuentran objetos oaxaqueños en Teotihuacán (fase Miccaotli, 150-200 d.C.), lo que revela una interacción temprana entre ambas regiones, misma que favoreció el flujo de personas, aunque las evidencias indican que Teotihuacán fue más receptiva en términos de la permanencia de grupos de oaxaqueños en la ciudad.

Los migrantes llegaron a Teotihuacán cargando sus singularidades culturales, estableciendo procesos ampliados de reconocimiento del territorio y generando el capital social necesario para el tránsito humano, material y simbólico entre sus lugares de origen y la gran urbe. No sabemos qué tan discreta y localizada fue la presencia de los inmigrantes en las fases más tempranas del desarrollo de la ciudad, lo que sí es evidente es que hacia la fase Xolalpan, la presencia de materiales cerámicos oaxaqueños cubre casi toda la superficie urbana —distinguiéndose los tres vecindarios que se han tratado en este estudio—, a manera de manchones que nos refieren tanto mecanismos y redes migratorias de los grupos asentados en ellos, como su inserción habitacional y cotidiana. Dichos vecindarios muestran un proceso de crecimiento a partir de la fase Miccaotli hasta la fase Xolalpan y una ligera contracción en la fase Metepec, lo que indica que siguieron un ritmo similar al del resto de la ciudad.

Así, los datos arqueológicos establecen que los oaxaqueños en Teotihuacán fueron personas y grupos que manifestaron una pertenencia adicional a la de ser “teotihuacano”, identificándose entre ellos a través del principio (real o mítico) de un origen común o cercano, mismo que incluyó una idea de territorio (con la emulación de rasgos arquitectónicos como son los patios enlajados y las tumbas); una idea de ancestralidad, que los ligó con su pasado y su historia, a través el uso de vasijas efigie y sahumeros de coladera, utilizados en los rituales domésticos, así como de vasijas de pasta fina gris; y un referente geosimbólico al que se aludió con el uso de signos del sistema calendárico zapoteco.

Pero no eran grupos idénticos entre sí, ni todos se auto-referenciaban de la misma forma. Su heterogeneidad nos lleva a visualizar diferencias importantes en la presencia de los rasgos mencionados en la ciudad. Algunos de ellos —definidos como grupos domésticos—, pusieron mayor énfasis en la identidad familiar, a partir las relaciones parentales, manifiestas en las costumbres funerarias. Estos grupos se integraron a la comunidad urbana, avecindándose en ella, pero sin perder una identidad que les

permitía mantener sus vínculos primordiales y distintivos, a pesar de que pudieron haber cambiado diversos elementos de su cultura.

Otros más, dejaron constancia de su participación en las redes de intercambio y abasto, tanto de objetos traídos de la región oaxaqueña, como de otras áreas en las que participaban miembros de su comunidad, como pudo ser el Occidente y la Costa del Golfo de México. Debieron tener contacto o intervenir de manera directa en las dinámicas de intercambio y en las redes comerciales —a partir de las cuales se proveía a los habitantes de la ciudad de alimentos, materias primas y mercancías—, aunque no es posible determinar el tipo de estructura social derivada de las actividades de intercambio, ni tampoco se debe estereotipar a los oaxaqueños como agentes meramente mercantiles, ya que tanto ellos como otros grupos, se insertaban en actividades diversificadas.

Finalmente, tenemos aquellos que conocieron y utilizaron elementos del sistema gráfico predominante en Oaxaca, quienes dejaron plasmado dicho conocimiento en pinturas, vasijas e incluso una inscripción en piedra. Personas con esa preparación pudieron formar parte de elites, que además de intercambiar conocimientos, proveían de información, formalizaban alianzas, abrían nuevas rutas de comercio, pactaban acuerdos, conciliaban y velaban por los intereses de sus regiones de origen. Muchos de ellos también debieron residir por largas temporadas en la ciudad, incluso pudieron quedarse a vivir en ella permanentemente, formando parte de la comunidad urbana y adaptándose a la misma. No sabemos cuál fue el nivel de contraste que estas personas y grupos manifestaron en su convivencia cotidiana, pero suponemos que a través de ellos pudo haber continuidad en las dinámicas de organización e interacción de los inmigrantes avecindados en la ciudad.

La presencia de estos grupos rebasó las fronteras marcadas por las concentraciones de materiales cerámicos que se aprecian en los planos de distribución (Rattray, 1996), haciendo de la comunidad oaxaqueña la que mayor presencia, diversidad y continuidad tuvo dentro de la sociedad teotihuacana, lo cual refleja que la experiencia migratoria desde aquella región a esta ciudad, favoreció la integración de vínculos duraderos entre ambas áreas geográficas, mismos que debieron ser aprovechados por los diversos contingentes relacionados con los inmigrantes, incluyendo los grupos con poder.

Y esta presencia sobresale respecto de otras, como la maya, la veracruzana o la michoacana, no solo por su abundancia y perdurabilidad, sino por la diversidad de

aspectos que muestran una posición cómoda de los oaxaqueños respecto de las escalas sociales que conformaron a la sociedad urbana, es decir, parece que mantuvieron una situación propicia para integrarse a las redes ideológicas, de abasto, de intercambio y administrativas, sin menoscabo de su identidad individual y familiar. Así, había oaxaqueños en las élites, en las estructuras administrativas, así como en las actividades de abasto, producción e intercambio, conviviendo de manera cotidiana con el resto de la gente y construyendo de manera compartida un modo urbano de vivir.

Por el momento, las evidencias arqueológicas más abundantes son las que hacen referencia a los grupos domésticos; pero hemos visto ya que éstos tampoco son idénticos, hay sutiles diferencias que van marcando jerarquías y ámbitos de acción, a través de las cuales podemos percibir la diversidad con que están tejidas las redes sociales en una ciudad que, a todas luces, fue receptora, integradora y transformadora.

De esta forma, es posible decir que la sociedad teotihuacana no fue la suma de grupos y colectivos, sino que fue el escenario de diversas formas de participación, identidad e integración social, prácticamente desde su fundación, mismas que se acentuaron a partir de la fase Tlamimilolpan y se consolidaron en la fase Xolalpan. En estas dos fases es cuando se observa la presencia más abundante de los grupos de origen foráneo en la ciudad, sin embargo no hay que dejar de lado el hecho de que hace falta excavar una mayor cantidad de contextos tempranos, para delinear la participación de los diversos contingentes sociales en las primeras etapas de la vida urbana.

Así, tanto oaxaqueños, como veracruzanos, mayas y michoacanos — entre otros que aún no han sido identificados— hicieron de Teotihuacán una verdadera metrópoli internacional.

Bibliografía

- Acosta, Jorge
1958-1959 "Exploraciones arqueológicas en Monte Albán XVIIIa temporada" en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo XV, México, pp. 7-70.
- 1965 "Preclassic and classic architecture of Oaxaca" en: *Handbook Of Middle American Indians*, v. 3:814-836. R. Wauchope (Editor) University of Texas, Press, Austin.
- Acosta, Jorge R. y Javier Romero
1992 *Exploraciones en Monte Negro, Oaxaca 1937-38, 1938-39 y 1939-40* José Luis Ramírez Ramírez (Compilador) y Lorena Mirambell Silva (Coordinadora), Antologías, Serie Arqueología, INAH, México.
- Aguilera Muñóz, Rosalba
1997 *Rescate arqueológico, Santa María Coatlán. Av. Belém, predios El Potrero y Tres Palos, Construcción de la Gran Clínica de Servicios Teotihuacán A.C.* Informe técnico de excavación, manuscrito Archivo Técnico de la Zona Arqueológica de Teotihuacán, México.
- Alberti, Pilar
1994 "La identidad de género y etnia desde una perspectiva antropológica" En: *Revista Antropológicas*, No. 10, abril de 1994, IIA, UNAM, México.
- Alcina Franch, José
1989 *Arqueología como antropología*. Ediciones AKAL S.A., Madrid.
- Altschul, Jeffrey H.
1987 "Social Districts of Teotihuacan", en: Emily McClung y Evelyn Rattray (eds.), *Teotihuacan: nuevos datos, nuevas síntesis y nuevos problemas*, UNAM, IIA, México, pp. 191-217.
- Álvarez Asomoza, Carlos
1992 "Las esculturas de Teotenango", Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, pp. 233-264. Revisado el 2 de diciembre de 2012 en: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn16/255.pdf>.
- Amador Sellerier, Alberto
1983 *Diseño y trazo urbano en Teotihuacán* Tesis de Doctorado en Arquitectura, UNAM, México.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

- Andrade Olvera, David y Mónica Rodríguez
2009 "Análisis de la cerámica del Barrio Oaxaqueño" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Informe Técnico del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, Temporada 2009*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- Angulo Villaseñor, Jorge
1987 "Nuevas consideraciones sobre Tetitla y los llamados conjuntos departamentales" en: Evelyn Rattray y Emily McClung (Editoras) *Teotihuacán, nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*, UNAM, México, pp. 275-315.
- 1997 *Teotihuacán: el proceso de evolución cultural reflejado en su desarrollo urbano-arquitectónico*
Tesis de Doctorado en Arquitectura, UNAM, México.
- Angulo V. Jorge y Kenneth G. Hirth
1981 "Presencia teotihuacana en Morelos" en: Evelyn Rattray, Jaime Litvak y Clara Díaz O. (Compiladores) *Interacción Cultural en México Central, IIA-UNAM*, México, pp. 81-98.
- Archer Velasco, Jorge Nukyen
2010 "Informe del análisis osteológico de los entierros localizados en el Barrio Oaxaqueño" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Informe Técnico del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, Temporada 2010*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2011 "Informe del análisis osteológico de los entierros localizados en el Barrio Oaxaqueño" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Informe Técnico del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, Temporada 2011*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2012 "Informe del análisis osteológico de los entierros localizados en el Barrio Oaxaqueño" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Informe Técnico del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, Temporada 2012*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2012b *Prácticas funerarias y condiciones de vida en el Barrio Oaxaqueño de la Ciudad Prehispánica de Teotihuacán*. Tesis de Licenciatura en Antropología Física, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Argüelles, Amaranta
2012 "El hallazgo de la ofrenda 130 y su exploración arqueológica" en: *Humo Aromático para los dioses. Una ofrenda de sahumerios al pie del Templo Mayor de Tenochtitlan*, Leonardo López Luján (Coordinador), INAH, Museo del Templo Mayor, México, pp. 43-52.

- Armillas, Pedro
1944 "Exploraciones recientes en Teotihuacán", en: *Cuadernos Americanos* XVI, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 4: 121-136.
- Aveleyra Arrollo de Anda, Luis.
1963 *La Estela Teotihuacana de la Ventilla*. Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Balslev Clause, Helene
2008 "La etnicidad de los mazahua en un municipio mexiquense. Un estudio de violencia simbólica", en: *Revisitar la etnicidad. Miradas cruzadas en torno a la diversidad*, Daniel Gutiérrez Martínez y Helene Balslev (Coordinadores), Siglo XXI, El Colegio de Sonora y El Colegio Mexiquense, México, pp. 249-273.
- Barabás, Alicia
1996 "Renunciando al pasado: migración, cultura e identidad entre los chochos" En: Miguel A. Bartolomé y Alicia Barabás (Coordinadores) *La pluralidad en Peligro*, Instituto Nacional Indigenista, INAH, México.
- Barth, Frederik
1976 "Introducción" en: *Los grupos étnicos y sus fronteras* Ferderik Barth (Compilador), Fondo de Cultura Económica, México.
- Bartolomé, Miguel A. (Coordinador)
2005 *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual, Vol. II*. Colección Etnografía de los pueblos indígenas de México, INAH, México.
- 2005a "Introducción. Los rostros étnicos de México", en: Miguel Bartolomé (Coordinador) *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual, Vol. II*. Colección Etnografía de los pueblos indígenas de México, INAH, México, pp. 29-56.
- Bernal, Ignacio.
1965 "Notas preliminares sobre el posible imperio teotihuacano" en: *Estudios de Cultura Náhuatl* No. 5, UNAM, México, pp. 31-40.
- 1992 *Historia de la arqueología en México*
Editorial Porrúa, México.
- 1992 *Arqueología oaxaqueña*, Colección Vidzu, México.
- Binford, Lewis R.
1962 "Archaeology as Anthropology" en: *Rev. American Antiquity*, Vol. 28, No. 2 (Octubre, 1962), pp. 217-225.
- Blanton, Richard E.
1978 *Monte Albán: Settlement patterns at the Ancient Zapotec Capitol*. Academic Press, New York.

- Blanton, E. Richard, Stephen A. Kowalewski, Gary Feiman y Jill Appel.
1981 *Ancient Mesoamerica, A comparison of change in three regions*, Cambridge University Press New York.
- Blanton, Richard E., Stephen A. Kowalewski; Gary Feinman y Peregrine
1996 "Agency, Ideology and Power in archaeological theory"
En: *Current Anthropology* Vol. 37 No. 1, February.
- Boos, Frank.
1964 a *Las Urnas Zapotecas en el Real Museo de Ontario*. Union Académique Internationale, Corpus Antiquitatum Americanensium. Traducción, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 1964 b *An Análisis and Classification of the Oaxacan Urns in the Collection of the Museum Für Völkerkunde Leipzig*. Michigan, E.U.
- Braniff Cornejo, Beatriz
1995 "La frontera septentrional de Mesoamérica" en: *Historia Antigua de México, Tomo I El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el Horizonte Preclásico*, Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coordinadores), INAH, UNAM, Porrúa, México, pp.113-143.
- Broda, Johana
2001 "Astronomía moderna e historia de la ciencia" en: *Arqueoastronomía y desarrollo de la ciencia en el México Prehispánico*, disponible en <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx>
- Brüggemann, Jürgen
1991 *Cempoala, el estudio de una ciudad prehispánica*. INAH, México.
- Cabrera Castro, Rubén.
1994 *Informe técnico de las excavaciones de salvamento arqueológico en el Drenaje sanitario de San Juan Evangelista*. Mecanuscrito entregado Consejo de Arqueología, INAH, Archivo Técnico del Acervo Documental Centro de Estudios Teotihuacanos, México.
- 1995 "Caracteres glíficos teotihuacanos en un piso de La Ventilla" en: Beatriz De La Fuente (Coordinadora) *La Pintura Mural Prehispánica en México I Teotihuacán, Tomo II Estudios*, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, México, pp. 401-428.
- 1996a "Figuras glíficas de La Ventilla, Teotihuacan", en: *Arqueología, Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología*, No. 15, Enero-Junio, INAH México.
- 1996b "Las excavaciones en La Ventilla. Un barrio teotihuacano" en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo XLII, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 5-30.
- 1998 "Teotihuacán. Nuevos datos para el estudio de las rutas de comunicación" en: Evelyn Childs Rattray (Editora) *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosh Gimpera*, IIA- UNAM, México, pp. 57-76.

- 1998a "La cronología de la Ciudadela en su secuencia arquitectónica" en: Rosa Brambila y Rubén Cabrera (Coordinadores) *Los ritmos de cambio en Teotihuacán: reflexiones y discusiones de su cronología*, INAH, México, pp. 143-166.
- 1999 "Las Prácticas Funerarias de los Antiguos Teotihuacanos", en Linda Manzanilla y Serrano (eds.), *Prácticas Funerarias en la Ciudad de los Dioses*, UNAM México, pp. 503 – 539.
- 2000 "Teotihuacan Cultural Traditions Transmitted into the Postclassic according to Recent Excavations". En: David Carrasco, Lindsay Jones y Scott Sessions (editores), *Mesoamerica's Classic Heritage: from Teotihuacan to the Aztecs*. University Press of Colorado, Boulder, pp. 195-218.
- 2002 "El Problema de las relaciones de Teotihuacán con Monte Albán, recientes descubrimientos". Ponencia presentada en el Colegio de México, 22 de octubre, Mecanuscrito proporcionado por el autor.
- 2007 "Informe final de excavaciones, Proyecto Especial La Ventilla 2007". Mecanuscrito, Archivo Técnico de la Zona Arqueológica de Teotihuacán.
- 2009 "Monte Albán y Teotihuacán: interacciones políticas, ideológicas y científicas" en: Nelly M. Robles García (Editora) *Bases de la complejidad social en Oaxaca. Memoria de la Cuarta Mesa Redonda de Monte Albán*, INAH, México, pp. 243-264.
- 2010 "Los barrios teotihuacanos. Estructura sociopolítica y urbana". Ponencia presentada en el ciclo de Conferencias "Teotihuacán a través de sus materiales", Centro de Estudios Teotihuacanos, Zona Arqueológica de Teotihuacán, *mecanuscrito* proporcionado por el autor.
- 2011 "Las unidades domésticas y artesanales del Barrio La Ventilla, Teotihuacán" en: *Seis Ciudades Antiguas de Mesoamérica. Sociedad y medio ambiente*, INAH, México, pp. 295-302.
- Cabrera Castro, Rubén, Ignacio Rodríguez y Noel Morelos.
1991 *Teotihuacán 1980–1982, Nuevas Interpretaciones*, Colección Científica, Serie Arqueología, INAH, México.
- Cabrera castro, Rubén y Enrique Soruco.
1982 "Pequeños basamentos habitacionales en la Calle de los Muertos" en: R. Cabrera, I. Rodríguez y N. Morelos (Coordinadores) *Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacán 80-82*, INAH, Colección Científica, pp. 217-224.
- Cabrera Castro, Rubén y Sergio G.
2008 "La Ventilla: a model for a barrio in the urban structure of Teotihuacan", en: Mastache, A.G.; Cobean, R., García Cook A. y Hirth, K. (Eds.) *El Urbanismo en Mesoamerica/Urbanism in Mesoamerica*. Pennsylvania State University e Instituto Nacional de Antropología e Historia, University Park y México City, pp. 37-84.

- Carrasco, Pedro
1980 "La economía del México prehispánico" en: Pedro Carrasco y Johanna Broda (Editores), *Economía política e ideología en el México Prehispánico*, CIESAS-INAH, México, pp.13-74.
- Caso, Alfonso
1962 "Calendario y escritura en Xochicalco" en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, número especial del XXV aniversario de la fundación de la Sociedad, Tomo XVIII, México, pp. 49-79.
- 1965 "Sculpture and Mural Painting of Oaxaca" en: Robert Wauchope y Gordon Willey, (Compiladores) *The Handbook of Middle American Indians*, Vol. 3, University of Texas Press, Austin.
- 1967 *Los calendarios prehispánicos*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- Caso, Alfonso e Ignacio Bernal.
1952 *Urnas de Oaxaca*. Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia II, INAH México.
- Caso, Alfonso, Ignacio Bernal y Jorge R. Acosta.
1967 *La cerámica de Monte Albán*, Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia XIII, INAH México.
- Chase, John K.
1996 "The caciques of Tecali: class and ethnic identity in late colonial México" en *Hispanic American Historical Review*, University of Maryland, 76:3 pp. 475-502.
- Cid Beziez, José Rodolfo
1992 *Informe Final Proyecto salvamento arqueológico de la 37 Zona Militar, 20 de mayo de 1991 al 30 de junio de 1992, sitio 22:N2W6* Mecanuscrito, Archivo Técnico INAH.
- Cid Beziez, J. Rodolfo y Liliana Torres Sanders
1999 "IX. Los entierros del occidente de la ciudad" en: Linda manzanilla y Carlos Serrano (Editores) *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*, IIA, UNAM, México, pp. 285-344.
- Clayton S. C.
2005 "Interregional relationships in Mesoamerica: interpreting Maya ceramics at Teotihuacan" en: *Rev. Latin American Antiquity* 16 (4) pp. 427-448.
- Cisneros Sosa, Armando
2005 "Cotidianidad e historicidad en las identidades colectivas" en: Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (Coordinadores) *Identidades Urbanas*, Cultura Universitaria No. 85, Serie Ensayo, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 37-56.

- Cowgill L., George
 1977 "Processes of growth and decline at Teotihuacan: the city and the State" en: *XV Mesa Redonda de la SMA. Los procesos de cambio* Tomo I, Universidad de Guanajuato pp. 183-191.
- 1992 "Social differentiation at Teotihuacan" en: Diane Z. Chase y Arlen F. Chase (Editores), *Mesoamerican elites, an archaeological assessment* University of Oklahoma Press, Norman London, pp. 214-143.
- 1997 "State and Society at Teotihuacan, Mexico", en *Annu. Rev. Anthropology*, pp. 129-161.
- 1998 "Nuevos datos del Proyecto Templo de Quetzalcóatl acerca de la cerámica Miccaotli-Tlamimilolpa" en: Rosa Brambila y Rubén Cabrera (Coordinadores) *Los ritmos de cambio en Teotihuacán: reflexiones y discusiones de su cronología*, INAH, México, pp. 185-200.
- 2007 "The urban organization of Teotihuacan, Mexico" en: *Settlement and Society: Essays dedicated to Robert McCormick Adams*, Edited by Elizabeth C. Stone. Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles and The Oriental Institute of the University of Chicago, pp. 261-295.
- 1997 "State and Society at Teotihuacan" en: *Annual Review of Anthropology*, No. 26 pp. 129-161.
- 2008 "Teotihuacan as an Urban Place", en: Alba Guadalupe Mastache, Robert H. Cobean, Ángel García Cook, and Kenneth G. Hirth (Editores) *El Urbanismo en Mesoamerica/Urbanism in Mesoamerica, Vol. 2*, Instituto Nacional de Antropología e Historia and the Pennsylvania State University, Mexico City and University Park, PA, pp. 85-112.
- Cowgill G., Jeffrey Altschul y Rebecca S. Sload
 1984 "Spatial analysis of Teotihuacan: a Mesoamerican metropolis", en: Harold J. Hietala (ed.), *Intrasite Spatial Analysis in Archaeology*, Cambridge University press, pp. 159-195.
- Cowgill L., George y Hector Neff
 2004 "Algunos resultados del análisis por activación neutrónica de la cerámica foránea de Teotihuacán", en: María Elena Ruíz y Arturo Pascual (editores), *La Costa del Golfo en tiempos teotihuacanos: propuestas y perspectivas*, Memoria de la Segunda Mesa Redonda de Teotihuacán, INAH México, pp. 63-75.
- Crespo, Ana Ma. y Guadalupe Mastache
 1981 "La presencia en el área de Tula, Hidalgo, de grupos relacionados con el barrio de Oaxaca en Teotihuacán". En: Evelyn Rattray, J. Litvak y C. Díaz (eds.), *Interacción Cultural en México Central*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 99-106.

- Croissier Michelle, M.
 2006 Excavaciones en la estructura TL5 (N1W6) en el Barrio de Oaxaca Teotihuacán.
 Documento en formato PDF en la página de FAMSI
<http://www.famsi.org/reports/01068es/index.html>.
- 2007 *The zapotec presence at Teotihuacan, Mexico: Political, ethnicity and domestic identity*, manuscrito, Tesis de Doctorado en Philosophia, Urbana Illinois, USA.
- Cyphers Guillén, Ann
 1981 "La cerámica de Chalcatzingo: seriación, cronología e interpretación"
 En: Evelyn Rattray, J. Litvak y C. Díaz (eds.), *Interacción Cultural en México Central*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 21-34.
- Delgado, Jaime
 2000 *Nuevos datos arqueológicos para el estudio de la Avenida Este de la Antigua Ciudad de Teotihuacán, Excavación arqueológica del conjunto 11*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- Díaz Oyarzábal, Clara Luz
 1981 "Chingú y la expansión teotihuacana", en: Evelyn Rattray, J. Litvak y C. Díaz (eds.), *Interacción Cultural en México Central*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 106-112.
- De Vos, George y Lola Romanucci-Rossi
 1982 *Ethnic Identity*, University of Chicago Press.
- Diehl, Richard
 1987 "Tollan y la caída de Teotihuacan". En: Joseph B. Mountjoy y Donald Brockington (Editores) *El auge y la Caída del Clásico en el México Central*, UNAM, México, pp. 129-143.
- Drewitt, Bruce
 1966 "Planeación de la antigua ciudad de Teotihuacan" en: *Teotihuacan Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología México*, pp. 74-94.
- Esquivel Hernández, María Teresa
 2006 "Vida cotidiana e identidad". En: Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (Coordinadores) *Identidades Urbanas*, Cultura Universitaria No. 85, Serie Ensayo, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 57-90.
- Fahmel Beyer, Bernd
 1986 "Tradición e identidad en la Arqueología del Valle de Oaxaca", en: *Anales de Antropología*, Vol. 23, No. 1, IIA, UNAM, México, pp. 29-50.
- 1991 *La arquitectura de Monte Albán*, UNAM, México.

- 1992 "“Nuevos datos sobre el desarrollo arquitectónico-urbano en Monte Albán” en: *Rev. Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* No. 18, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, pp. 13-17.
- 1996 “La definición de la fase IIIA tardía en Monte Albán”. En: *Revista Indiana*, Berlín, pp. 87-98.
- 1997 *En el cruce de caminos. Bases de la relación entre Monte Albán y Teotihuacán*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM México.
- 1995 “Monte Albán II y Teotihuacán dentro del proceso civilizatorio Mesoamericano” en: *Anales de Antropología* No. 32, Vol. XXXII, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 101-119.
- 1998 “Monte Albán IIIB-IV y su red de interacción con el Altiplano Mexicano” en: Evelyn Childs Rattray (Editora) *Rutas de intercambio en Mesoamérica*. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera IIA-UNAM, México pp. 201-214.
- 2000 “Las lápidas del montículo J de Monte Albán y el surgimiento del Estado en los valles centrales de Oaxaca” en: *Anales de Antropología* No. 34, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 81-104.
- Feinman M., Gary; William D. Middleton y Guillermo Molina.
1996 “Reutilización de las tumbas en Oaxaca, México”. En: *Rev. Dimensión Antropológica*, Año 3, Vol. 7. INAH, pp. 7-31.
- Gaete Feres, Héctor
2005 *Administración y Gestión del Urbanismo*, Editorial Akal, Madrid.
- Gamboa Cabezas, Luis Manuel
1994 “Informe técnico de las excavaciones de salvamento arqueológico en el Drenaje sanitario de San Juan Evangelista” en: Rubén Cabrera Castro, *Informe técnico de las excavaciones de salvamento arqueológico en Teotihuacán*. Mecanuscrito, Archivo Técnico del Acervo Documental, Centro de Estudios Teotihuacanos, México.
- Giménez, Gilberto
1996 “La identidad social o el entorno del sujeto en sociología”, en: Leticia Irene Méndez (ed.), *Identidad: análisis y teorías, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad*, III Coloquio Paul Kirchhoff UNAM México, pp. 11-24.
- 1997 *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales* Conaculta, ITESO, México.
- 2000 “Una teoría de las identidades sociales” en: Valenzuela J. (Coordinador) *Decadencia y auge de las identidades. Cultura Nacional, identidad cultural y modernización*, México, El Colegio De la Frontera Norte/ Plaza y Valdés.

- González Miranda, Luis Alfonso y María Elena Salas Cuesta
1999 "Los entierros del centro político-religioso y de la periferia de Teotihuacán De la temporada 1980-1982" en: Linda Manzanilla y Carlos Serrano (Editores), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*. IIA, UNAM, México, pp. 219-246.
- Gutiérrez Martínez, Daniel y Helene Balslev (Coordinadores)
2008 *Revisitar la etnicidad. Miradas cruzadas en torno a la diversidad Siglo XXI*, El Colegio de Sonora y El Colegio Mexiquense, México.
- Flannery, Kent V.
1976 "Research strategy and formative Mesoamerica" en: *The Early Mesoamerican Village*, K.V. Flannery (Ed.) Academic Press, New York, pp. 1-11.
- 1976 b "Two possible subdivisions: the courtyard group and the residential ward" en: *The Early Mesoamerican Village*, K.V. Flannery (Ed.) Academic Press, New York, pp. 72-75.
- Fialko, Vilma
1988 "Mundo Perdido, Tikal: un ejemplo de Complejos de Conmemoración Astronómica". En: *Revista Mayab*. No. 4. Sociedad Española de Estudios Mayas, Madrid, pp. 13-21.
- Florescano, Enrique
2006 "El Altépetl". En: *Revista Fractal*, No. 42, julio-septiembre, México, pp. 1-25.
- Fowler, William A. y John Paddock
1975 "Nexos Teotihuacan – Monte Albán vistos en la cerámica", en: Sociedad Mexicana de Antropología XIII Mesa Redonda, *Balance y perspectiva de la antropología de Mesoamérica y del Norte de México*, Tomo Arqueología II, pp. 163 – 177.
- Gallegos Ruíz, Roberto
1978 *El Señor 9 Flor de Zaachila*. UNAM, México.
- Gamboa Cabezas, Luis Manuel
1995 "Informe Técnico de las Excavaciones Arqueológicas realizadas en el Barrio de San Juan Evangelista, Proyecto San Juan Teotihuacán: drenaje sanitario", Mecanuscrito Exp. 173/ 93. Archivo Técnico INAH, ZAT.
- García Capistrán, Hugo
2006 *Búhos, lanzadardos y anteojerías. Elementos teotihuacanos en Tikal ¿Presencia o influencia?*. Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y letras, UNAM, México.
- García Cook, Ángel y Leonor Merino Carrión
1996 "Situación cultural en Tlaxcala durante el apogeo de Teotihuacán" en: Alba Guadalupe Mastache et al (Coordinadores) *Arqueología Mesoamericana. Homenaje a William T. Sanders* INAH, México, pp. 281-332.

- García Mejía, Braulio
 1964 "Informe de trabajos realizados durante el mes de febrero de 1964" en: Salazar Ortigón, Ponciano, *17vo Informe Mensual del Proyecto Teotihuacán, Temporada V, Zona 6, Palacio 1*. Mecanuscrito, Acervo documental del Centro de Estudios Teotihuacanos, Zona Arqueológica de Teotihuacán, INAH, México.
- Gaxiola, Margarita
 1978 a *Huamelulpan, un Centro Urbano de la Mixteca Alta*. Centro Regional de Oaxaca, México.
- 1978 b "Las Urnas de Huamelulpan, Oaxaca", en *Boletín del INAH*, Época III Núm. 21, enero-marzo.
- 1986 "La Arquitectura Mixteca de Huamelulpan", en Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana, Número 7 (abril), *Arquitectura de Oaxaca*, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UNAM-México, pp. 71-74.
- Geertz, Clifford
 1991 *La interpretación de las culturas*
 Editorial Gedisa, 8va. reimposición, México.
- Gendrop, Paul
 1997 *Diccionario de Arquitectura Mesoamericana*, Editorial Trillas, México.
- Gendrop, Paul y Doris Heyden
 1989 "Arquitectura Precolombina", en: Aguilar/Asuri (eds.), *Historia Universal de la Arquitectura*, Madrid, pp. 22-65.
- Gibbs, Kevin
 2001 *Time and Ethnicity in the Oaxaca Barrio, Teotihuacan: The TL6 Ceramics*, Tesis, University of Western, Ontario.
- Goffman, Erving
 1956 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*
 Buenos Aires Ediciones, Amorrortu.
- Guillespie, Susan
 2000 "Rethinking ancient Maya social organization: Replacing «lineage» With «house»" en: *American Anthropologist*, Vol. 102 N. 3, septiembre, pp. 467-489.
- 2000 a "Beyond kinship: an introduction" en: Rosemary Joyce y Susan Gillespie (Comps.) *Beyond kinship. Social and material reproduction in Houses Societies*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, pp. 1-21.
- 2000 b "Lévi-Strauss: Maison and Société a Maisons" en: Rosemary Joyce y Susan Gillespie (Comps.) *Beyond kinship. Social and material reproduction in Houses Societies*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, pp. 22-52.

- González Licón, Ernesto
 2003 *Social inequality at Monte Albán Oaxaca: Household analysis from terminal formative to early classic*, Tesis de Grado Doctoral, University of Pittsburgh.
- 2007 "El proceso de urbanización prehispánica en el Valle de Oaxaca" en: *arqueoweb*. Revista sobre arqueología en internet, ISSN 1139-9201, Vol. 8, No. 2.
- 2009 "Ritual and social stratification at Monte Albán, Oaxaca" en: Linda Manzanilla y Claude Chapdelaine (Eds.), *Domestic life in prehispanic capitals. A study of specialization, Hierarchy and ethnicity*, University of Michigan, pp. 7-19.
- 2011 *Desigualdad social y condiciones de vida en Monte Albán* ENAH, INAH, CONACULTA, México.
- González Licón, Ernesto, Raúl Matadamas y Cira Martínez
 1992 *Informe general del proyecto Monte Albán 1991-1992. Salvamento arqueológico de unidades habitacionales en la carretera de acceso al sitio*. Mecanuscrito, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, Vol. II, México D.F.
- González Licón, Ernesto y Lourdes Márquez Morfín
 1995 "La zona oaxaqueña en el posclásico" en: Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coordinadores) *Historia Antigua de México. Vol. III El horizonte Posclásico y algunos aspectos intelectuales de las culturas mesoamericanas* INAH, UNAM, Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 55-86.
- González Quintero, Lauro y Jesús E. Sánchez
 1991 "Sobre la existencia de chinampas y el manejo del recurso agrícola-hidráulico" en: *Teotihuacán 1980-1982 nuevas interpretaciones*. Rubén Cabrera, Noel Morelos e Ignacio Rodríguez. (Coordinadores), Colección Científica INAH, México, pp. 345-376.
- Gómez Ch., Sergio
 1992 *Informe de los trabajos de salvamento arqueológico en la 37 a Zona Militar, San Juan Teotihuacán*, Mecanuscrito, Archivo Técnico INAH.
- 2000 *La Ventilla, un barrio de la antigua ciudad de Teotihuacán*, Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- 2002 "Presencia del Occidente de México en Teotihuacán. Aproximaciones a la política exterior del Estado teotihuacano" en: María Elena Ruíz Gallut (Editora) *Ideología y política a través de Materiales, imágenes y símbolos. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán*, México, UNAM-INAH, pp. 563-626.
- 2009 Gómez, Sergio y Julie Gazzola "Los barrios foráneos de Teotihuacán" en: *Teotihuacan, Ciudad de los Dioses*. INAH, México, pp. 71-78.

- Gómez Peña, Mónica y David Alejandro Espinosa Lucas
 2010 "Informe técnico de análisis de restos de fauna en el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacán" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Informe técnico de excavaciones y análisis de materiales del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, Temporada 2010*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2011 "Informe técnico de análisis de restos de fauna en el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacán" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Informe técnico de excavaciones y análisis de materiales del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, Temporada 2011*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2012 "Informe técnico de análisis de restos de fauna en el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacán" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Informe técnico de excavaciones y análisis de materiales del Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán, Temporada 2012*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- Gorbea, Alfonso, Ramón Arellanos, et al.
 1990 "Planteamientos en torno al concepto Mesoamérica" en: *La validez teórica del concepto Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. Colección Científica INAH No. 198, México, pp. 99-108.
- Gussinyer i Alfonso, Jordi
 2001 "México-Tenochtitlan en una isla: Ome Calli (1325)' Ei Calli (1521)", en: *Boletín Americanista* No. 51, Universitat de Barcelona, pp. 95-141.
- Hannerz, Ulf
 1993 *Exploración de la Ciudad. Hacia una antropología urbana* Fondo de Cultura Económica, México.
- Harris, Marvin
 2001 *The Rise of Anthropological Theory: A History of Theories of Culture*. London, Altamira Press.
- Healan, Dan M.
 2009 "Household, Neighborhood, and Urban Structure in an 'Adobe City': Tula, Hidalgo, Mexico", en: *Domestic Life in Prehispanic Capitals. A Study of specialization, Hierarchy and Ethnicity*, Linda Manzanilla and Claude Chapdelaine (Eds.), Universitu of Michigan, pp. 67-88.
- Hernández Reyes, Carlos
 1994 "Rescate de una tumba zapoteca en Tepeji del Río" en: Enrique Fernández Dávila (Coordinador), *Simposium sobre arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos recientes, 1989*, Colección Científica INAH No. 282, México, pp. 125-142.

- Hernando, Almudena
1992 *Enfoques teóricos en arqueología*
SPAL, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- Herrera Gómez, Manuel y Rosa María Soriano Miras
2004 "La teoría de la acción social en Erving Goffman" en: *Rev. Papers*, No. 73, Universidad de Granada, Departamento de Sociología pp. 59-79.
- 2002 *Arqueología de la identidad*
Ed. Akal, Madrid España.
- Hirth, Kenneth
2000 "Public architecture, Site planning and Urban community Organization", en: Kenneth Hirth G. (Editor), *Archaeological Research at Xochicalco, Vol. I Ancient Urbanism at Xochicalco: The evolution and organization Of a Pre-hispanic Society*, University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 210-243.
- 2009 "Household, Workshop, Guild, and Barrio. The organization of Obsidian Craft Production in a Prehispanic Urban Center" En: Linda Manzanilla and Claude Chapdelaine (Eds.) *Domestic Life in Prehispanic Capitals. A Study of specialization, Hierarchy and Ethnicity*, University of Michigan, pp. 43-65.
- Joyce, Arthur
2009 "Monte Albán como encrucijada material y simbólica en la antigua Oaxaca". En: Nelly M. Robles y Ángel Iván Rivera G. (Editores) *Monte Albán en la encrucijada regional y disciplinaria. Memoria de la Quinta Mesa Redonda de Monte Albán*, INAH, México, pp. 47-72.
- Juárez Osnaya, Alberto
2006 *El desarrollo arquitectónico de Totometla en el marco del sistema Urbano de Teotihuacán*.
Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- Juárez Osnaya, Alberto y Elizabeth C. Ávila Rivera
1995 "Totómetla" en: Beatriz De La Fuente (Coordinadora) *La Pintura Mural Prehispánica en México I Teotihuacán, Tomo I Catálogo*, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, México, pp. 347-360.
- Laporte, Juan Pedro
1985 "El 'Talud-Tablero' en Tikal, Petén. Nuevos datos", en: *Vida y Obra de Román Piña Chan*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 265-316.
- 2003 "Architectural Aspects of Interaction between Tikal and Teotihuacan during the Early Classic Period". En Geoffrey Braswell (editor), *The Maya and Teotihuacan: Reinterpreting Early Classic Interaction*. University of Texas Press, Austin, pp. 199-216.

- Lind, Michael O.
2009 "Unidades domésticas de Lambityeco durante la fase Xoo" en: Nelly M. Robles García (Editora) *Bases de la complejidad social en Oaxaca. Memoria de la Cuarta Mesa Redonda de Monte Albán*, INAH, México, pp. 107-122.
- Litvak King, Jaime
1970 "Xochicalco en la caída del Clásico: Una hipótesis", en: Revista *Anales de Antropología*, Vol. 7, IIA-UNAM, México, pp. 131-144.
- López Camacho, Javier
2006 "Consideraciones sobre ciertos elementos arqueológicos y su organización en algunos sitios del sur de Quintana Roo". En J.P. Laporte, B. Arroyo y H. Mejía (editores), *XIX Simposio de investigaciones arqueológicas en Guatemala, 2005*. Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, pp. 1058-1070.
- López Camacho, Javier y Kenichiro Tsukamoto
2003 "Levantamiento topográfico en El Resbalón, Quintana Roo, México". En J.P. Laporte, B. Arroyo, H. Escobedo y H. Mejía (editores), *XVI Simposio de investigaciones arqueológicas en Guatemala, 2002*. Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, pp. 959-970.
- López García, Pedro y Denisse L. Argote Espino
2007 "Análisis de correspondencias: una técnica para obtener cronologías relativas. Seriación de entierros de una tumba encontrada en el sitio arqueológico de Los Teteles de Ocotitla, Tlaxcala" en: *Revista Cuicuilco*, Vol. 14, No. 40, mayo-agosto, 2007, Escuela nacional de Antropología e Historia, México, pp. 165-185.
- León Portilla, Miguel
1986 *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, UNAM, México.
- López Aguilar, Fernando
1990 *Elementos para una construcción teórica en arqueología*
INAH, Colección Científica No. 191, México.
- López Austin, Alfredo
1985 "Organización política en el altiplano central de México durante el posclásico" en: Jesús Monjaráz Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez R. (recopiladores) *Mesoamérica y el centro de México*, Colección Biblioteca del INAH, México, pp. 197-234.
- 1994 *Tamoanchan y Tlalocan*, Fondo de Cultura Económica, México.
- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján
1996 *El pasado indígena*. Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México.
- Mahoney, Malgorzata J.
2004 *Teotihuacan Style figurines and ethnicity in the Oaxaca Barrio at Teotihuacan*. Tesis in Anthropology
The University of Western Ontario, London Ontario.

Manzanilla, Linda

- 1986 "Introducción" en: *Unidades habitacionales y sus áreas de actividad*, Linda Manzanilla (Editora), IIA-UNAM, México pp. 9-18.
- 1993 *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyohualco*, Tomos I y II, IIA – UNAM – México.
- 1995 "La zona del Altiplano central en el Clásico" en: *Historia Antigua de México, Tomo II El horizonte Clásico*, Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coordinadores), INAH, UNAM, Porrúa, México, pp. 139-173.
- 1996 "Corporate groups and domestic activities at Teotihuacan" en: *Revista Latin American Antiquity* 7 (3), Society for American Archeology, pp. 228-246.
- 1997 "Indicadores arqueológicos de desastres: Mesoamérica, los Andes y otros" En: Virginia García Acosta (Coordinadora), *Historia y desastres en América Latina, Vol. II*, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, CIESAS, IT Perú, pp. 20-43.
- 2001 "Agrupamientos sociales y gobierno en Teotihuacán, centro de México" en: Andrés Ciudad Ruiz, Ma. Josefa Iglesias Ponce de León y Ma. del Carmen Martínez Martínez (eds.), *Reconstruyendo la ciudad maya: el urbanismo en las sociedades antiguas*, Publicaciones de la Sociedad Española de Estudios Mayas no. 6, Madrid: 461-482 (memoria in extenso).
- 2003 "Teopancaxco: Un conjunto residencial teotihuacano", en *Arqueología Mexicana, Teotihuacán, Ciudad de Misterios*, Vol. XI, Núm. 64, pp. 54–53.
- 2007 "Las casas nobles de los barrios de Teotihuacán. Estructuras exclusionistas en un entorno corporativo" en: *Memoria de El Colegio Nacional*, México, pp. 485-502.
- 2007b "La unidad doméstica y las unidades de producción. Propuesta interdisciplinaria de estudio", en: *Memoria de El Colegio Nacional*, México, pp. 447-502.
- 2012 "Introducción. Teopancaxco, un centro de barrio multiétnico en Teotihuacán". En: Linda Manzanilla (Editora) *Estudios arqueométricos del Centro de barrio de Teopancaxco en Teotihuacán*, UNAM, México, pp. 17-68.
- Marcus Joyce y Kent V. Flannery
- 1983 "Capítulo 6, Monte Alban and Teotihuacan", en K. Flannery y J. Marcus (eds.), *The Cloud People*, Academic Press, New York, pp. 161–181.
- 2001 *La civilización zapoteca. Cómo evolucionó la sociedad urbana en el Valle de Oaxaca*. Fondo de Cultura Económica, México.

- Marcus Joyce
1983 "Teotihuacan visitors on Monte Albán monuments and murals" en: K. Flannery y J. Marcus (eds.), *The Cloud People*, pp. 175-214 Academic Press, New York.
- Marquina, Ignacio
1964 *Arquitectura prehispánica*
INAH, México.
- Martínez López, Cira
1994 "La cerámica de estilo teotihuacano en Monte Albán", en Marcus Winter (ed.), *Monte Albán, estudios recientes PEMA 1992 – 1994*, pp. 25 – 53.
- 2011 "El origen y desarrollo de las tumbas en Monte Albán y sus implicaciones sociopolíticas". En: Nelly Robles García y Ángel Iván Rivera Guzmán (Editores) *Monte Albán en la encrucijada regional y disciplinaria. Memoria de la 5ª. Mesa redonda de Monte Albán*, INAH, México, pp. 315-344.
- Martínez López, Cira y Marcus Winter
1994 *Figurillas y silbatos de cerámica de Monte Albán*, Contribución No. 5 del Proyecto Especial Monte Albán 1992–1994, INAH Oaxaca, México.
- Martínez López, Cira, Robert Markens, Marcus Winter y Michael D. Lind
2000 *Cerámica de la fase Xoo (Época Monte Albán IIIB – IV) del Valle de Oaxaca*, Proyecto Especial Monte Albán 1992–1994, Contribución No. 8, INAH Oaxaca, México.
- Martínez Neira, Christian
2008 ¿Qué son los movimientos étnicos? Las categorías de igualación y diferenciación. En: Daniel Gutiérrez Martínez y Helene Balslev Clausen (Coordinadores), *Revisitar la etnicidad. Miradas cruzadas en torno a la diversidad*, El Colegio de Sonora, Instituto Mexiquense de Cultura, Siglo XXI, pp. 71-82.
- Medina, Andrés
1995 "Los sistemas de cargos en la Cenca de México: una primera aproximación a su trasfondo histórico" en: *Revista Alteridades* No. 5 (9), México, pp. 7-23.
- Mercado Maldonado, Asael y Laura Zaragoza Contreras
2011 "La interacción social en el pensamiento sociológico de Erving Goffman" en: *Rev. Espacios Públicos*, Vol. 14, No. 31, mayo-agosto, UAEM, México, pp. 158-175.
- Merton, R. K.
1968 *Social theory and social structure*. New York Free Press, tercera edición.
- Merton, Robert K.
1980 "Sobre las teorías sociológicas de alcance intermedio" en: Robert Merton (Editor), *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 56-91.

- Millon, René
- 1960 "The beginnings of Teotihuacan" en: *Revista American Antiquity* Vol. 26, No. 1, Julio, pp. 1-10.
- 1966 "El problema de la integración en la sociedad teotihuacana" en: *Teotihuacán, Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México*, pp. 149-156.
- 1966 b "Extensión y población de la ciudad de Teotihuacán en sus diferentes períodos: un cálculo provisional" en: *Teotihuacán, Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México*, pp. 57-78.
- 1967 "Urna de Monte Alban IIIA encontrada en Teotihuacan", en *Boletín del INAH* No. 29, pp. 42 – 44.
- 1968 "Urbanization at Teotihuacan: The Teotihuacan Mapping Project" en: *Actas y memorias del 37 Congreso Internacional de Americanistas I, Argentina 1966*, Depto. de publicaciones científicas Argentinas, Buenos Aires, pp. 105-120.
- 1972 "El Valle de Teotihuacán y su contorno" en: *Teotihuacan XI Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 329-337.
- 1973 *Urbanization at Teotihuacan, México. The Teotihuacan Map, Part One: Text*, University of Texas Press, Austin and London.
- 1976 "Social relations in ancient Teotihuacan" En: *The Valley of Mexico*, E. Wolf (Editor), Albuquerque, Univ. New Mexico, Press, pp. 205-248.
- 1981 "Teotihuacan: City, State and Civilization", en: Jeremy A. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, volume 1, Archaeology, University of Texas Press, Austin, pp. 198–243.
- 1993 "The place where the time began: an archaeologist interpretation of what happened in Teotihuacan history" en: Kathleen Berrin y Esther Pasztory (Editoras) *Teotihuacan, Art from the City of the Gods*. The Fine Arts Museum of San Francisco, pp. 16-43.
- Mooser, Federico
- 1968 "Geología, naturaleza y desarrollo del Valle de Teotihuacan" en: José Luis Lorenzo (Editor), *Materiales para la arqueología de Teotihuacan*, Serie investigaciones XVII, INAH, México, pp. 32-37.
- Morelos G., Noel
- 1986 "El concepto de unidad habitacional en el Altiplano (200 a.C. – 750 d.C.)", en Linda Manzanilla (ed.), *Unidades Habitacionales y sus áreas de actividad*, UNAM, pp. 193–220.
- Müller, Florencia
- 1965 *El material lítico de Teotihuacán. Informe crítico* Mecanuscrito, Acervo Documental del Centro de Estudios Teotihuacanos, Zona Arqueológica de Teotihuacán, INAH, México.

- 1978 *La cerámica del Centro Ceremonial de Teotihuacán*, SEP, INAH.
- Nalda, Enrique
1990 "¿Qué es lo que define Mesoamérica?" En: *La validez teórica del concepto Mesoamérica*, XIX Mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Colección Científica INAH, México, pp. 11-20.
- Nava Rivera, Felipe
2008 *El control, distribución y manejo del agua en Teotihuacán* Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- Nichols , Deborah L, Michael Spence y Mark D. Borland
1991 "Watering the fields of Teotihuacan. Early irrigation at the Ancient City". En: *Rev. Ancient Mesoamerica*, 2, Cambridge University Press, pp. 119-129.
- Obregón de la Parra, Jorge
1948 "Estudio analítico de la arquitectura funeraria de Monte Albán, Oaxaca". En: *Actas del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas*, París, pp. 25-38.
- Oehmichen Bazán, Cristina
2005 *Identidad, género y relaciones interétnicas. Mazahuas en la Ciudad de México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- Olivé Negrete, Julio César
1990 "El concepto arqueológico de Mesoamérica" en: *La validez teórica del concepto Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. Colección Científica INAH No. 198, México, pp. 35-50.
- Ortega Cabrera, Verónica
2000 *El Barrio en Teotihuacán: un análisis arqueológico*, Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- 2006 *Estado y Ciudad en Teotihuacán: análisis de la interacción entre la organización sociopolítica y la dinámica urbana*, Tesis para obtener el grado de Maestría en Estudios Mesoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.
- Ortega Cabrera, Verónica y Teresa Palomares
2003 "Nuevas evidencias sobre el Barrio Oaxaqueño en Teotihuacan", en *Arqueología Mexicana*, Vol. XI – Núm. 61, pp. 6. Editorial Raíces, INAH México.
- Ortega Cabrera Verónica
2008a "Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán". Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2008b "Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán". Informe Técnico de excavación y análisis de materiales

- arqueológicos. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2009 "Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán. Informe técnico de excavación, restauración y análisis de materiales arqueológicos. Temporada 2008"
Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2010 "Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán. Informe técnico de excavación, restauración y análisis de materiales arqueológicos. Temporada 2009"
Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2011 "Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán. Informe técnico de excavación, análisis cerámico, lítico, faunístico, antropofísico y vinculación social. Temporada 2010"
Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 2011 a "La cerámica de la sección sur de Atetelco" en: Rubén Cabrera Castro y Verónica Ortega Cabrera (Coordinadores) Investigaciones recientes en el conjunto arquitectónico de Atetelco, Teotihuacán, CONACULTA, INAH, México, pp. 72-83.
- Oudijk, Michel R.
2008 "Mixtecos y zapotecos en la época prehispánica" en: *Revista Arqueología Mexicana*, Vol. XV, No. 90 La Mixteca, Editorial Raíces, México, pp. 58-62.
- Paddock, John
1966 "Oaxaca in Ancient Mesoamerica", en: *Ancient Oaxaca, Discoveries in Mexican Archeology and History*, Stanford University Press, pp. 87-193.
- 1972 "Relación de la sección sobre la extensión de la cultura teotihuacana" en: *Teotihuacán XI Mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, pp. 325-327.
- 1976 "Arqueología de la mixteca" en: Noguera Eduardo, *et al. Los señoríos y estados militaristas. México panorama histórico y cultural IX*, SEP-INAH, pp. 299-324.
- 1983 "The Oaxaca Barrio at Teotihuacan (Topic 52)", en K. Flannery y J. Marcus (eds.), *The Cloud People, Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec civilizations*, Academic Press, pp. 170-175.
- 1972 "Distribución de rasgos teotihuacanos en Mesoamérica", en: *Teotihuacan XI Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 223-239.
- Palomares Rodríguez, Ma. Teresa
2003 "Informe técnico: Excavaciones en San Juan Evangelista, Teotihuacán de Arista", Departamento de Protección Técnica y Legal de la Zona de Monumentos Arqueológicos de Teotihuacán. Edo. de México.

- 2006 a *Ocupación zapoteca en Tlailotlacan, Teotihuacan. Un estudio de identidad y adaptación en la unidad doméstica TL1.*
Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- 2006 b "Informe técnico: Excavaciones en Calle Tetitla, Barrio de Purificación, Teotihuacán de Arista", Departamento de Protección Técnica y Legal de la Zona de Monumentos Arqueológicos de Teotihuacán. Edo. de México.
- 2001 Peeler, Damon E. y Marcus Winter
Tiempo sagrado, espacio sagrado: astronomía, calendario y arquitectura en Monte Albán y Teotihuacán.
Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Panfichi H., Aldo
1996 "Del vecindario a las redes sociales: cambio de perspectivas en la Sociología urbana" en: *Rev. Debates en Sociología*, No. 20, Universidad de Buenos Aires, pp. 35-48.
- Paz Bautista, Clara
2010 "*Uso, producción y algunos significados de las conchas de color rojo en Teotihuacan, México*". Ponencia presentada en la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Puebla, México. En prensa.
- 2012 "Informe final del estudio de objetos de concha del Barrio Oaxaqueño" en: Verónica Ortega Cabrera (Coordinadora) *Proyecto de Investigación Arqueológica Barrio Oaxaqueño Tlailotlacan, Teotihuacán. Informe técnico de excavación, restauración y análisis de materiales arqueológicos. Temporada 2012*
Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- Peeler E., Damon y Marcus Winter
2001 *Tiempo sagrado, espacio sagrado: Astronomía, calendario y arquitectura En Monte Albán y Teotihuacán*, INAH, México.
- Pereira, Gregory
2010 "El sacrificio humano en el Michoacán antiguo" en: Leonardo López Luján y Guilhem Olivier (Coordinadores) *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, INAH, UNAM, México, pp. 247-274.
- Pérez Rodríguez, Verónica
2009 "Unidades domésticas del Oaxaca antiguo y su contribución a la complejidad social". En: Nelly M. Robles G. (Editora) *Bases de la complejidad social en Oaxaca. Memoria de la Cuarta Mesa Redonda de Monte Albán* INAH, México, pp. 91-106.
- Pérez Roldán, Gilberto
2013 *Informe del análisis del material de hueso trabajado de Tlailotlacan.* Mecanuscrito, Archivo del Proyecto de Investigación Arqueológica Tlailotlacan, Teotihuacán, Centro de Estudios Teotihuacanos, México.

- Piña Chán, Román,
1963 "Excavaciones en el Rancho de La Ventilla" en: Ignacio Bernal, *Teotihuacán Descubrimientos Reconstrucciones*, INAH, México, pp. 50-52.
- Plunket Patricia y Gabriela Uruñuela
1998 "Cholula y Teotihuacán: una consideración del occidente de Puebla Durante el Clásico" en: Evelyn Childs Rattray (Editora) *Rutas de intercambio en Mesoamérica*. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera IIA-UNAM, México pp. 101-114.
- 2002 "Antecedentes conceptuales de los conjuntos de tres templos". En: María Elena Ruíz Gallut (Editora) *Ideología y Política a través de materiales, imágenes y símbolos, Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán*, INAH-UNAM, México, pp. 529-546.
- Porter De Moedano, M.
1956 "Excavations at Chupicuaro, Guanajuato, México" en: *Transactions of the American Philosophical Society* 46: 515-637, Philadelphia.
- Price T. Douglas y Linda Manzanilla
2000 "Inmigration and the Ancient City of Teotihuacan in Mexico: a study using strontium isotope ratios in human bone and teeth" en: *Journal of Archaeological Science* 27, Academic Press.
- Quintanilla Martínez, Patricia E.
1982 a "Estructura 69", en Rubén Cabrera, Ignacio Rodríguez y Noel Morelos (eds.), *Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82*, Colección Científica 132, Vol. 1. INAH, México, pp. 355-360.
- 1982 b *Unidad Habitacional al pie del Cerro Colorado*, Tesis de Licenciatura en arqueológica, ENAH.
- Ramírez Luna, Ángel
2012 *Resultados de análisis de termoluminiscencia de fragmentos cerámicos del Barrio Oaxaqueño, Teotihuacán*. Mecanuscrito entregado por el autor a Verónica Ortega Cabrera.
- Rattray, Evelyn C.
1979 "La cerámica de Teotihuacan: relaciones externas y cronológicas", en *Anales de Antropología XVI*, IIA-UNAM, México, pp. 51-70.
- 1979 a *The Oaxaca-Teotihuacan interaction*. Mecanuscrito, IIA, UNAM, México.
- 1981 "Anaranjado Delgado: cerámica de comercio de Teotihuacan", en E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz, *Interacción Cultural en México Central*, IIA-UNAM, México, pp.55- 80.
- 1987 "Los Barrios Foráneos de Teotihuacan", en E. McClung de Tapia y E. Rattray, *Teotihuacan: Nuevos Datos, Nuevas Síntesis y Nuevos Problemas*, IIA-UNAM, México, pp. 243-273.

- 1990 "The identification of ethnic affiliation at the Merchants Barrio, Teotihuacan", en: Yoko Sugiura y Mari Carmen Serra (eds.), *Etnoarqueología, Primer Coloquio Bosh Gimpera*, IIA-UNAM, México, pp. 113-137.
- 1991 "Fechamientos por radiocarbono en Teotihuacan", en: *Revista Arqueología* No. 6, Julio–Diciembre, INAH.
- 1993 *The Oaxaca Barrio at Teotihuacan*. Monografías Mesoamericanas No.1, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de las Américas, Puebla.
- 1997 *Entierros y ofrendas en Teotihuacan: excavaciones, inventario, patrones mortuorios*. UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México.
- 1998 "Rutas de intercambio en el período Clásico en Mesoamérica" en: Evelyn Rattray (Editora) *Rutas de Intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosh Gimpera*, IIA-UNAM, México, pp. 77-100.
- 2001 *Teotihuacan, cerámica, cronología y tendencias culturales*. Serie Arqueología de México. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad de Pittsburgh.
- 2004 "The Teotihuacan-Oaxaca relationship", en Patricia Plunket (ed.), *Homenaje a John Paddock*, UDLA, Puebla, México, pp. 139-147.
- 2009 "Nuevos fechamientos por radiocarbono en Teotihuacán y sus correlaciones con otras regiones de Mesoamérica" en: Annick Daneels (Editora) *Cronología y periodización en Mesoamérica y el Norte de México. V Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, IIA-UNAM, México, pp. 53-78.
- Rizo García, Martha
- 2011 "De personas, rituales y máscaras: Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal" en: *Rev. Quórum Académico*, Universidad del Zulia, Venezuela, pp. 78-94.
- Robles García, Nelly M.
- 1986 "Arquitectura de las unidades domésticas en la Mixteca Alta", en *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana, Número 7 – abril: Arquitectura de Oaxaca*, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, pp. 27–36.
- 1993 "La arquitectura de Monte Albán y Mitla", en *El Alcaraván, Boletín trimestral del Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca*, Vol. IV Núm. 15, pp. 61–71.
- 1997 "Urbanismo y Arquitectura Mesoamericana en Oaxaca", en *Historia del Arte de Oaxaca, Arte prehispánico Volumen I*. Gobierno del Estado de Oaxaca, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, pp. 107–129.
- Rodríguez, Ernesto
- 1996 *Proyecto arqueológico Carretera Tulancingo-Pirámides, Libramiento Teotihuacán*, Mecanuscrito, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento arqueológico, INAH, México.

- Rodríguez Camaño, Manuel José
2001 *Temas de sociología II*. Huerga y Fierro Editores, España.
- Roldán Olmos, Luz María
2004 *Tlailotlacan: Un barrio oaxaqueño en Teotihuacán*
Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- 2010 *Identidad, Política y Arqueología: Teotihuacán y Tlailotlacan a través de la cerámica gris*. Tesis de Doctorado en Arqueología
Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Rosales de la Rosa, Edgar y Linda R. Manzanilla
2011 "Producción, consumo y distribución de la mica en Teotihuacán. Presencia de un recurso alóctono en los contextos arqueológicos de dos conjuntos arquitectónicos: Xalla y Teopancazco", en: Linda R. Manzanilla y K. Hirth, *La Producción artesanal y especializada en Mesoamérica. Áreas de actividad procesos productivos*, INAH-UNAM, México, pp. 131-152.
- Ruíz Gallut, María Elena
2002 "Imágenes en Tetitla: de disfraces y vecinos" en: María Elena Ruíz G. (Editora), *Ideología y Política a través de materiales, imágenes y símbolos, Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán*, INAH-UNAM, México, pp. 315-330.
- Safa, Patricia
1998 *Vecinos y vecindarios en la Ciudad de México, un estudio sobre La construcción de identidades vecinales en Coyoacán D.F.*
Ciesas/UAM-I/Porrúa, México.
- Sanders, William, Jeffrey Parsons y Robert Santley
1979 *The Basin of Mexico, Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*
Academic Press, New York.
- Scott, Sue
1993 *Teotihuacan Mazapan figurines and the Xipe Totec statue: A link between the Basin of Mexico and the Valley of Oaxaca*
Vanderbilt University, Publications in Anthropology.
- 1998 "A continuing connection between Teotihuacan y Monte Alban" en: Evelyn Chlids Rattray (Editora) *Rutas de Intercambio en Mesoamérica III Coloquio Pedro Bosh Gimpera*, IIA-UNAM, México, pp.185-200.
- Séjourné, Laurette
1966 *Arquitectura y pintura en Teotihuacán, Siglo XXI*, México.
- 2002 *Un palacio en la Ciudad de los Dioses, Teotihuacán*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Sellen, Adam T.
2007 *El cielo compartido. Deidades y ancestros en las vasijas efigie zapotecas*
UNAM, Serie Monografías Vol. 4, México.

- Sellerier, Alberto-Amador
1983 *Diseño y trazo urbano en Teotihuacán*
Tesis para obtener el grado de Doctor en Arquitectura
Facultad de Arquitectura, UNAM, México.
- Serrano Sánchez, Carlos (Coordinador.)
2003 *Contextos arqueológicos y osteología del barrio de La Ventilla, Teotihuacán 1992-1994*. UNAM, IIA, México.
- Smith, Michael
2010 "The archaeological study of neighborhoods and districts in Ancient cities", en: *Journal of Anthropological archaeology* No. 29, pp.137-154.
- 2011 "Empirical urban theory for archaeologists"
en: http://works.bepress.com/michael_e_smith/44.
- Smith, Michael E. and Michael D. Lind
2005 "Xoo Phase ceramics from Oaxaca found at Calixtlahuaca in Central Mexico", en: *Rev. Ancient Mesoamerica* No. 16, Cambridge, University Press. USA, pp. 169-177.
- Smith, Michael y Juliana Novic
2010 "Neighborhoods and districts in Ancient Mesoamerica", en: Linda Manzanilla y Charlotte Arnauld (editoras) *The assessment of intermediate units of spatial and social analysis* (libro en preparación).
- Spence, Michael
1966 "Los talleres de obsidiana de Teotihuacán" en: *XI Mesa Redonda: El Valle de Teotihuacán y su entorno*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 213-218.
- 1989a "Excavaciones Recientes en Tlailotlacan, el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacán", en *Arqueología* 5, INAH – México, pp. 82–104.
- 1989b "Tlailotlacan, a Zapotec Enclave in Teotihuacan" en: Janet Catherine Berlo (Editora) *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washintong DC, pp. 59-88.
- 1989c *Informe de la primera temporada de excavaciones en Tlailotlacan, Teotihuacan*. Mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, INAH, México.
- 1996 "A comparative analysis of Ethnic Enclaves", en Guadalupe Mastache, Jeffrey Parsons, Robert Santley y Mari Carmen Serra P. (eds.), *Arqueología Mesoamericana: Homenaje a William T. Sanders*, UNAM, México, pp. 333-353.
- 1998 "La cronología de radiocarbono de Tlailotlacan", en: Rosa Brambila y Rubén Cabrera (eds.), *Los ritmos de cambio en Teotihuacan: reflexiones y discusiones de su cronología*, Colección Científica, Serie Arqueología INAH México, pp. 283–296.

- 1999 "V. Mortuary Practices and Social Adaptation in the Tlailotlacan Enclave", en: Linda Manzanilla y Carlos Serrano (eds.), *Prácticas Funerarias en la Ciudad de los Dioses*, UNAM, pp. 173–201.
- 2002 "Chapter 6, Domestic Ritual in Tlailotlacan, Teotihuacan", en: Patricia Plunket (Editora), *Monografía 46 Domestic Ritual in Ancient Mesoamerica*, The Cotsen Institute of Archaeology University of California, Los Angeles, pp. 53–66.
- 2004 "Enclaves e Identidad Étnica en Teotihuacan, México". En: Julieta Aréchiga V. (Editora) *Migración, Población, Territorio y Cultura*, XXVI Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 103-118.
- 2005 "A zapotec diaspora network in Classic period Central Mexico", en: Gil J. Stein (Editor) *The Archaeology of Colonial Encounters*, School of American Research Press, Oxford, pp. 173-205.

Spence Michael y Luis Manuel Gamboa

- 1998 "Mortuary practices and social adaptation in the Tlailotlacan Enclave" en: Linda Manzanilla y Carlos Serrano (Eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacán*, UNAM, México, pp. 173-201.

Spence W. Michael, Christine D. White, Evelyn Rattray, Fred J. Longstaffe

- 2005 "The origins and relationships of Teotihuacan's foreign residents", en Richard E. Blanton (eds.), *Settlement, subsistence, and social complexity: Essays honoring the legacy of Jeffrey R. Parsons*, Cotsen Institute of Archaeology, University of California, pp. 155–197.

Sugiura Y., Yoko

- 1991 "En torno a los problemas étnicos en la arqueología regional: la Cuenca del Alto Lerma en el Posclásico (Parte I: consideraciones teóricas)", en *Anales de Antropología*, UNAM Vol. XXVIII, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, pp. 241–270.

Sugiyama, Saburo

- 1993 "Worldview materialized in Teotihuacan, Mexico" en: *Rev. Latin American Antiquity*, 4(2), pp. 103-129.
- 1998 "Cronología de sucesos ocurridos en el Templo de Quetzalcóatl, Teotihuacán" en: Rosa Brambila y Rubén Cabrera (Coordinadores), *Los ritmos de cambio en Teotihuacán: reflexiones y discusiones de su cronología*, INAH, México, pp. 167-184.

Suttles, Gerald.

- 1968 *The social order of the Slum*. The University of Chicago Press.

Tamayo, Sergio y Kathrin Wildner

- 2005 "Espacios e identidades" en: Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (Coordinadores) *Identidades Urbanas*, Cultura Universitaria No. 85, Serie Ensayo, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp.11-34.

- Tomas, François
2005 "Estrategias socioespaciales y construcción/destrucción de la identidad Urbana: apuntes a partir del caso de Tepito", en: Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (Coordinadores) *Identidades Urbanas*, Cultura Universitaria No. 85, Serie Ensayo, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 335-358.
- Trigger, Bruce G.
1972 "La arqueología de asentamientos: Objetivos y futuro" en: *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, Vol. 2 No. 5, pp. 108-130.

1992 *Historia del Pensamiento Arqueológico*, Editorial Crítica, México.
- Torres Contreras, Juan Francisco
1996 *Informe del rescate arqueológico del drenaje calle 20 de noviembre en el Barrio de Purificación*. Mecanuscrito, archivo Técnico INAH.
- Torres Sanders, Liliana y José Rodolfo Cid Beziez
2011 *Vida y salud en conjuntos habitacionales del sector Oeste de Teotihuacán*, Colección Científica INAH No. 570, México.
- Turner, Margaret Hempenius
1992 "Style in Lapidary Technology: Identifying the Teotihuacan Lapidary Industry", en: Janet Catherine Berlo (ed.), *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan. A Symposium at Dumbarton Oaks. 8th and 9th October 1988*, Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 89-112.
- Urcid Serrano, Javier.
1996 "Zapotec Mortuary Practices: Implications for the Oaxaca Barrio at Teotihuacán". Escrito presentado en la 61 reunión anual de la Sociedad de Arqueología Americana, New Orleans, Louisiana.

2003 "Las Urnas del Barrio Zapoteca de Teotihuacan", en *Arqueología Mexicana, Teotihuacan Ciudad de Misterios*, Vol. XI, Núm. 64, Editorial Raíces, INAH, México, pp. 54-57.

2005 *La escritura zapoteca. Conocimiento, poder y memoria en la Antigua Oaxaca*. Departamento de Antropología, Universidad de Brandeis.

2008 "El arte de pintar las tumbas: sociedad e ideología zapotecas (400-800 d.C.) En: Beatriz de la Fuente (Coordinadora), *La Pintura Mural Prehispánica en México III, Oaxaca*, tomo IV, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, pp. 513-617.

2010 "El sacrificio humano en el suroeste de Mesoamérica" en: Leonardo López Luján y Guilhem Olivier (Coordinadores) *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, INAH, UNAM, México, pp. 115-168.

- Vaillant, George
1930 *Excavations at Zacatenco*, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 32, núm. 1, Nueva York.
- Vargas Martínez, Enrique y Ana María Jarquín Pacheco
2006 "La cerámica de Puebla-Tlaxcala durante el Clásico" en: Beatriz L. Merino Carreón y Ángel García Cook (Coordinadores) *La producción alfarera en el México antiguo II*, Colección Científica INAH No. 495, México, pp.147-184.
- Vargas Pacheco, Ernesto
1995 "La frontera Meridional de Mesoamérica" en: Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coordinadores), *Historia Antigua de México, Tomo I El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el Horizonte Preclásico*, INAH, UNAM, Porrúa, México, pp. 145-174.
- Vega Sosa, Constanza
1981 "Comparación entre los Teteles de Ocotitla, Tlaxcala y Teotihuacán a través de materiales cerámicos" en: Evelyn Rattray, Jaime Litvak y Clara Díaz, *Interacción Cultural en México Central*, IIA-UNAM, México, pp.43-54.
- Velázquez, Castro Adrián, Gilberto Pérez Roldán y Clara Paz Bautista
2012 "Uso y producción de insignias estatales en Teotihuacán". Ponencia presentada en el XVIII Congreso Internacional de Antropología Iberoamericana, San Luis Potosí, México. En prensa.
- Von Winning, Hasso
1987 "La Iconografía de Teotihuacán. Los dioses y los signos. Tomos I y II Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- White Christine D., Michael Spence, F.J. Longstaffe, *et al*
2002 "Geographic identities of the sacrificial victims from the feathered serpent pyramid, Teotihuacan: implications for the nature of state power" en: *Rev. Latin American Antiquity* 13 (2), pp. 217-236.
- White Christine D., Michael W. Spence, Fred J. Longstaffe and Kimberley R. Law
2004 "Demography and ethnic continuity in the Tlailotlacan enclave of Teotihuacan: the evidence from stable oxygen isotopes" en: *Journal of Anthropological Archaeology* 23, pp. 385-403.
- Willey, Gordon and Phillip Phillips
1953 *Prehistoric settlement patterns in the Virú valley, Perú* Bureau American Ethnology. Bulletin No. 155, Washintong.
- 1958 *Method and Theory in American Archeology* University of Chicago Press, Chicago.
- Williams, Eduardo
2005 "Introducción: La etonarqueología, arqueología como antropología" en: Eduardo Williams (Editor), *Etonarqueología. El contexto dinámico de la cultura material a través del tiempo*, El Colegio de Michoacán, México, pp. 13-34.

- Winter, Marcus C.
 1986 a "Unidades Habitacionales Prehispánicas en Oaxaca", en: Linda Manzanilla (ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*, UNAM, México, pp. 325–374.
- 1986 b "Templo–Patio–Adoratorio: Un conjunto arquitectónico no residencial en el Oaxaca prehispánico", en: *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana. Número 7 – abril: Arquitectura de Oaxaca*, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, pp. 51–59.
- 1990 *Lecturas históricas del estado de Oaxaca, Vol. I, Época prehispánica*. Colección Regiones de México INAH, Gobierno de Oaxaca.
- 1991 *Exploraciones arqueológicas en Cerro de las Minas, Mixteca Baja, Oaxaca, temporada 1987-1990*, informe preliminar, Centro Regional Oaxaca, INAH.
- 1994 *Escritura zapoteca prehispánica: nuevas aportaciones*. Contribución No. 4 del Proyecto Especial Monte Albán 1992–1994, Centro INAH Oaxaca.
- 1995 "La zona oaxaqueña en el Clásico" en: Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coordinadores), *Historia Antigua de México, Vol. II: El Horizonte Clásico*, INAH, UNAM, Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 41-64.
- 1998 "Monte Alban and Teotihuacan", en: Evelyn Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamerica, III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, IIA-UNAM, pp. 153–184.
- 2006 "La cerámica del Clásico de la Mixteca Alta y la Mixteca Baja de Oaxaca" En: Beatriz Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook (Coordinadores) *La Producción alfarera en el México Antiguo II*, Colección Científica No. 495, INAH, México, pp. 91-118.
- Winter, Marcus C. y William O. Payne
 1976 "Hornos para cerámica hallados en Monte Albán", en: *Boletín No. 16 INAH*, pp. 37 – 40, Época II / enero-marzo.
- Winter, Marcus, Cira Martínez López y Damon E. Peeler
 1998 "Monte Albán y Teotihuacan: cronología e interpretaciones", en: Rosa Brambila y Rubén Cabrera (eds.), *Los ritmos de cambio en Teotihuacan: reflexiones y discusiones de su cronología*, Colección Científica, Serie Arqueología INAH- México, pp. 461-473.
- Winter, Marcus, Cira Martínez López, William O. Autry, Jr., Richard G. Wilkinson y Pedro Antonio Juárez
 1995 *Entierros Humanos de Monte Albán: Dos Estudios*. Contribución No. 7 del Proyecto Especial Monte Albán 1992–1994, Centro INAH, Oaxaca.
- Winter, Marcus, Cira Martínez López y Alicia Herrera Muzgo
 2002 "Monte Albán y Teotihuacan: Política e ideología" en: María Elena Ruíz G. (Editora), *Ideología y Política a través de materiales, imágenes y símbolos, Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán*, INAH-UNAM, México, pp. 627-644.

- Wirth, Louis
1938 "Urbanism as way of life" en: Albert J. Reiss, Jr. (Editor), *On cities And Social Life*, The University of Chicago Press, Chicago.
- 1988 "El urbanismo como modo de vida", en: Mario Bassols R. Donoso, A. Massolo y A. Méndez (Comps.) *Antología de Sociología Urbana*. Colección de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, pp. 162-182.
- Zamora Venegas, José Antonio
2007 "Excavaciones en San Juan Evangelista, Colonia Nueva Teotihuacán" en: Alberto Juárez Osnaya (Coordinador). *Informe Técnico Trimestral del Proyecto de Protección Técnica y Legal*. Mecanuscrito Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, pp. 191-226.
- Zanabria Martínez, Virginia, Angélica Rivero L. y Bernd Fahmel Beyer
2006 "La cerámica del Clásico en Oaxaca". En: Beatriz Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook (Coordinadores) *La producción alfarera en el México Antiguo II*, Colección Científica No. 495, INAH, México, pp. 47-90.